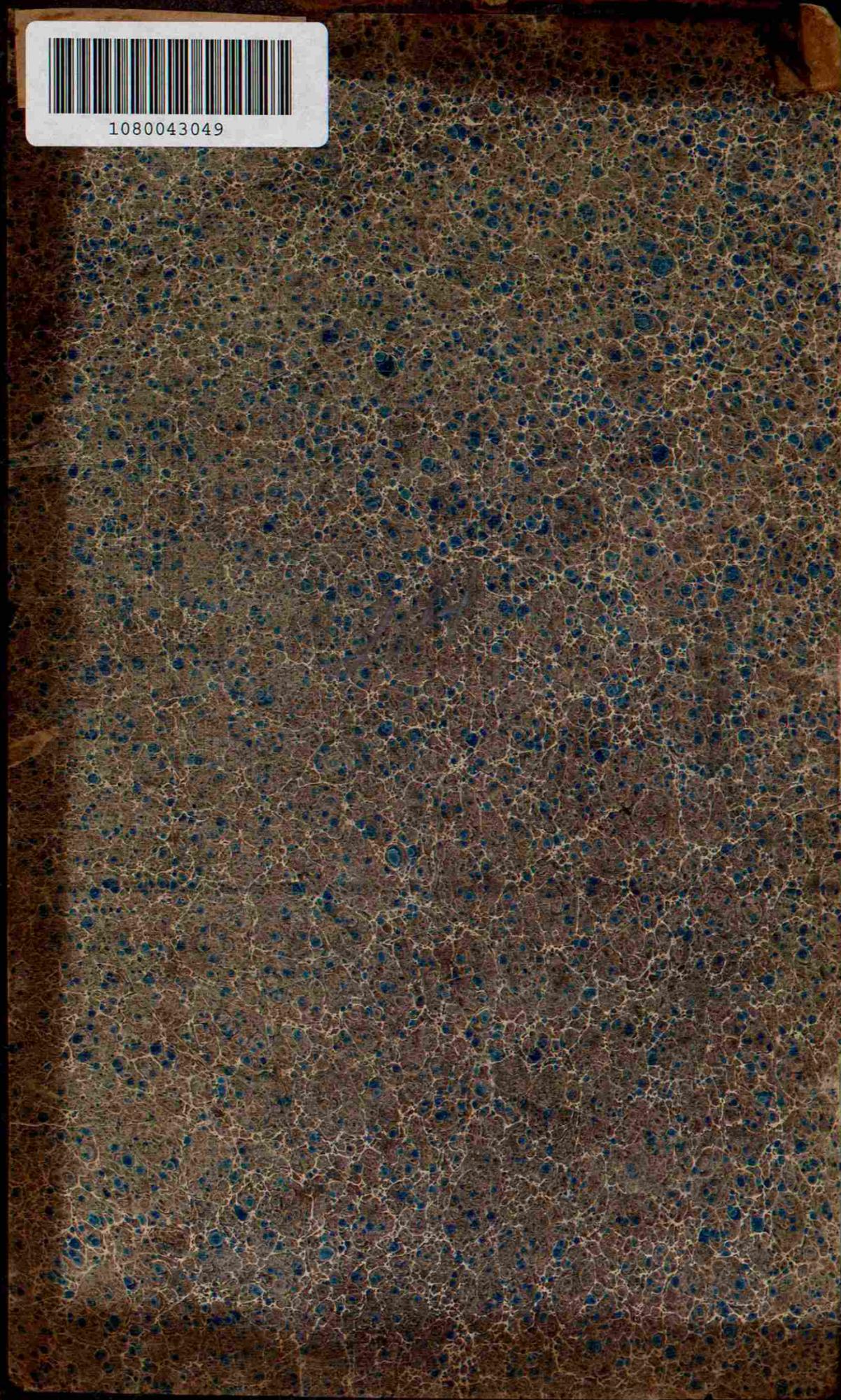


BV800
W31
c.1



1080043049



644693



CUADRO POÉTICO

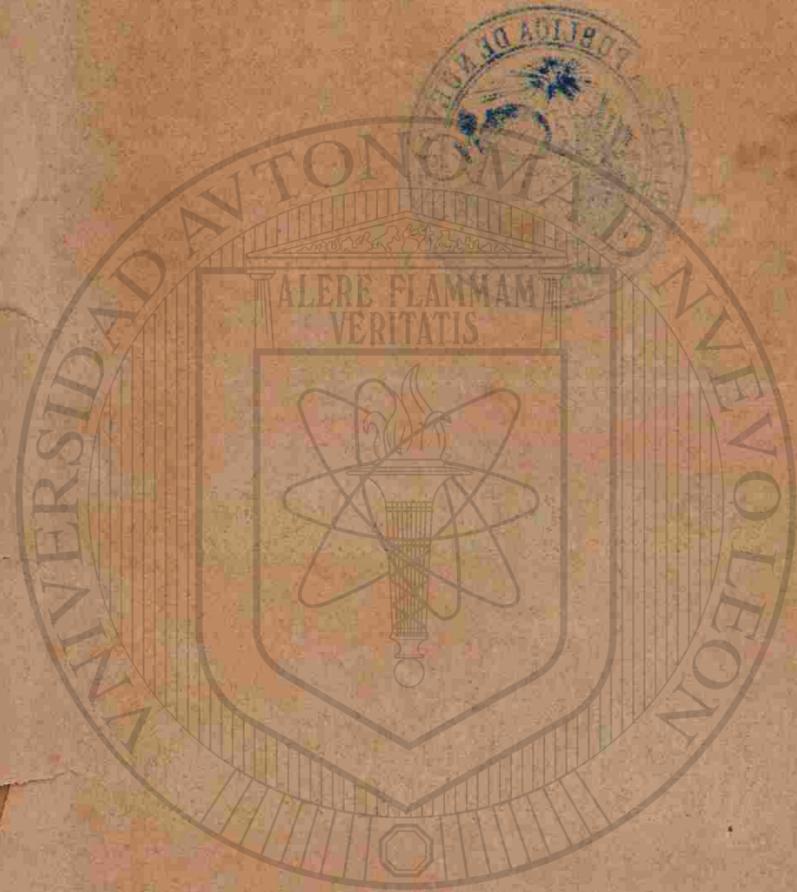
DE LOS

SACRAMENTOS.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

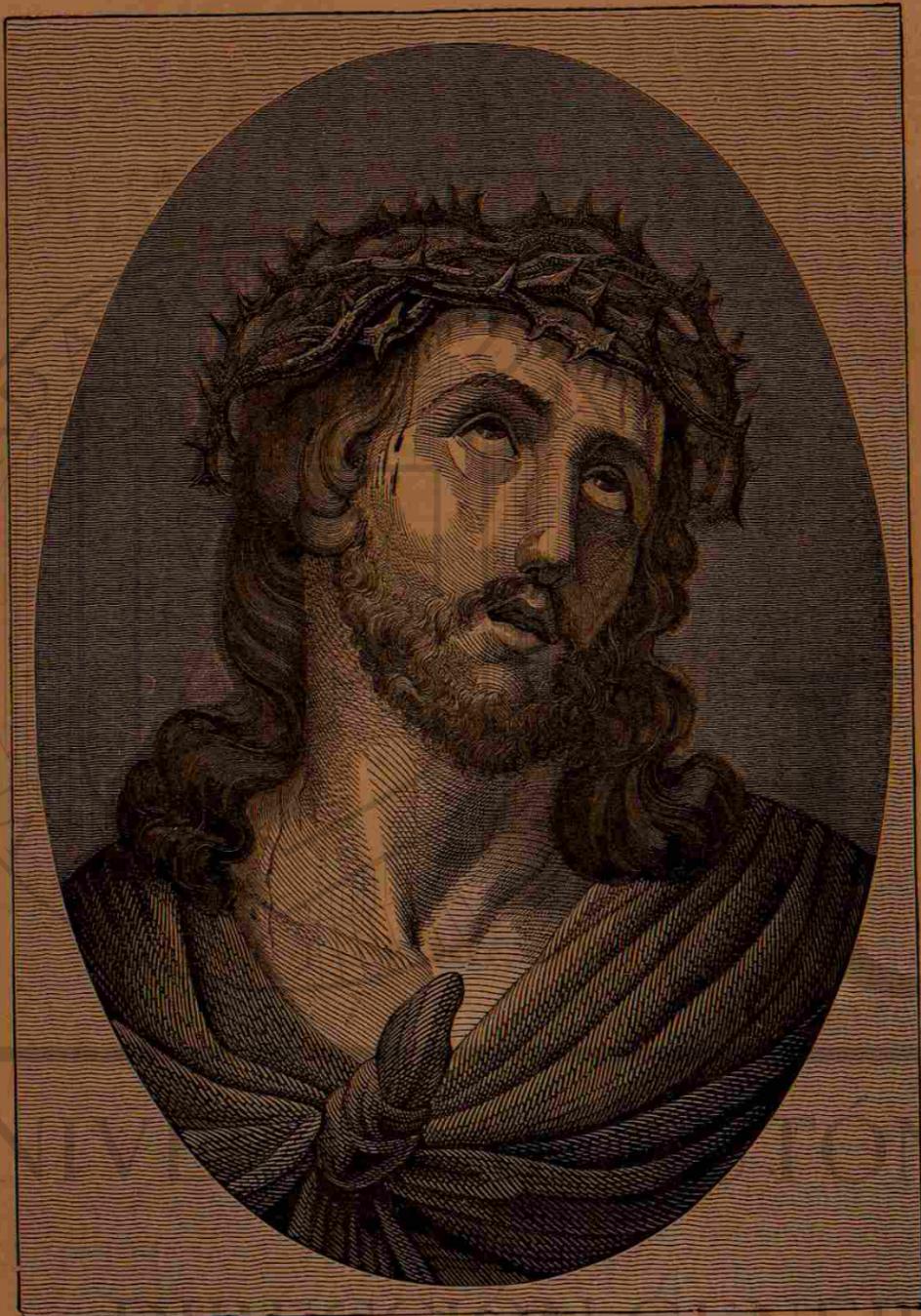
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



ECCE HOMO.

Biblioteca Universal Económica.

**BIBLIOTECA
UNIVERSAL ECONÓMICA ILUSTRADA.**

CUADRO POÉTICO

DE LOS

SACRAMENTOS.

OBRA ESCRITA EN FRANCÉS POR

EL VIZCONDE DE WALSH,

Y TRADUCIDA PARA ESTA "BIBLIOTECA"

POR UN MEXICANO.

00807E

110300



México.

BOIX, BESSERER Y COMPAÑIA, EDITORES, IMPRESORES Y LIBREROS

1852.



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEON

38040

BV 800
W 31



FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

DEDICATORIA.

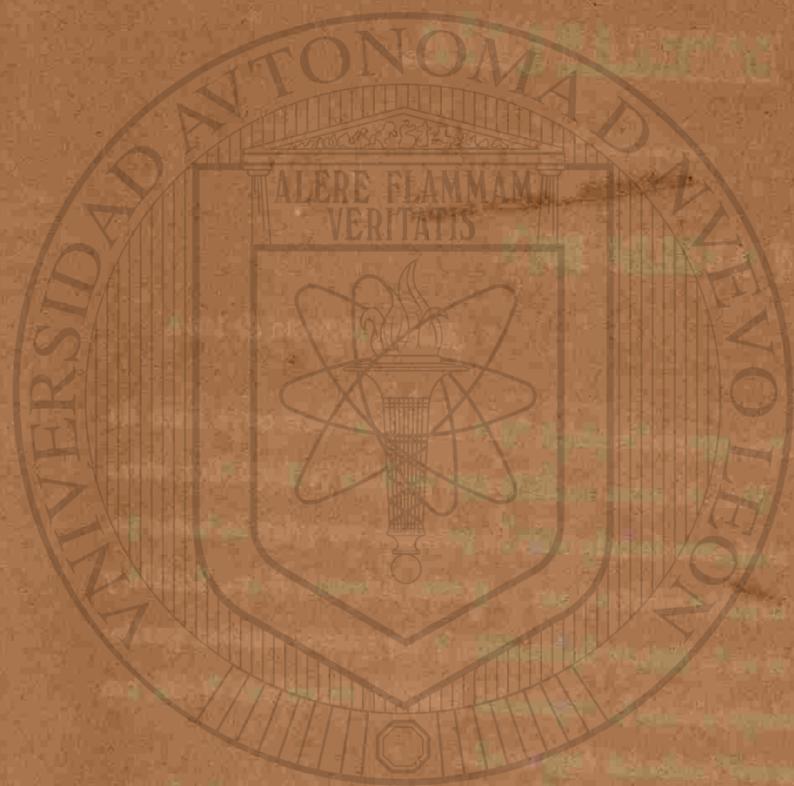
SEÑOR DON ANDRES BOIX.

México, Julio 30 de 1852.

¿A quién sino á vos, apreciable amigo, debe ir dedicado este corto fruto de mis tareas y afanes? Vos sois quien ha derramado por toda la República obras de mucho mérito, y al alcance de toda clase de personas; vos quien ha hecho penetrar hasta la mas humilde cabaña el eco de Nicolás Augusto, Ariza, Zorrilla y otros hombres célebres en la historia de las letras, y hoy quereis tambien que llegue á los oídos de todo mexicano la palabra del inmortal vizconde de Walsh, tan popular en los países civilizados del viejo mundo.

Recibid, ¡oh buen español! en union de vuestros dignos socios, esta traduccion que os dedico; y á nombre de todos los mexicanos, recibid igualmente la mas sincera gratitud por vuestros filantrópicos esfuerzos.

EL TRADUCTOR.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNA PALABRA A MIS LECTORES.

He aquí una obra que no he titubeado en lanzar al público; cosa atrevida en mi edad, pues el mundo pronto se fastidia de los que mucho tiempo han vivido. A pesar de esta inconstancia, que ha sido de todos los siglos, espero que los lectores de las *Cartas de la Vendée*, de las *Jornadas memorables de la revolución francesa*, y del *Cuadro poético de las Fiestas Cristianas*, lean también el nuevo libro que hoy les presento.

No fué enteramente mío el pensamiento de emprender el cuadro poético de los sacramentos. Un joven sacerdote, á quien no tenia yo el honor de conocer, pero que habia deseado leer mi obra sobre las Fiestas Cristianas, me escribió una carta, que insertaria en este prólogo, si no fuese tan lisonjera para mí.

Me decia en esta carta que á quien habia pintado la poesía de nuestras fiestas, tocaba describir la de nuestros divinos sacramentos; él es Mr. Pablo Sauceret, cura de Dampierre-le-Chateau, quien con tanta bondad como talento, me ha indicado el plan de esta obra. Despues de haberme inspirado el deseo de seguir su idea, tuvo la bondad de escribir para una nueva edicion de las *Fiestas Cristianas*, varios capítulos sobre las Fiestas de la Santísima Virgen. Despues ha compuesto y publicado un *Mes de María*, que figura entre cuanto libro ha inspirado la Reina de los ángeles á escritores eclesiásticos y profanos. Además, el cura de Dampierre tiene escrita otra obra titulada: *El Culto de María*.

He creído de mi deber publicar á quien pertenece el primitivo pensamiento del *Cuadro poético de los sacramentos*; y al hacer esta revelacion á mis lectores, me hubiera manchado con la ingratitude, no diciéndoles todo lo que vale el digno sacerdote que me indicó el origen de tantas bellezas poéticas y religiosas.

El hombre que hace algo por la gloria de Dios, luego recibe auxilio del cielo. Así, pues, no habia yo escrito mas que la introduccion del cuadro de los sacramentos, cuando me encontré en el fondo del Nivernais, cerca de Morvan, un joven de gran corazon, talento, é instruccion profunda, Mr. Berthammier, cura de Sennecey, á quien leí mis primeras páginas, y su aprobacion me alentó mucho: le pedí su auxilio y me lo otorgó; y todo lo que se halla en mi libro relativo á la teología, tratado con ciencia y claridad, el honor no es mas que para él.

Cuando un profano se pone á escribir asuntos sagrados, preciso es que someta cada una de sus páginas á jueces competentes en materias ortodoxas, que es lo que yo he hecho escogiendo los mejores jueces.

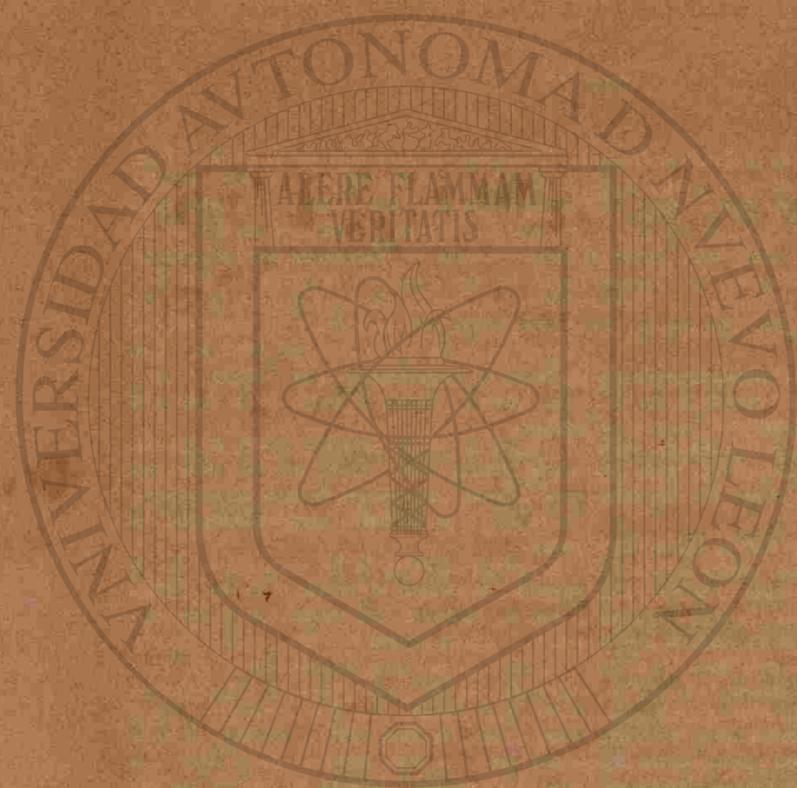
En cuanto al órden de los sacramentos, los he colocado como lo hace el Concilio de Trento: *el Bautismo, la Penitencia, la Confirmacion, la Eucaristia, la Estrema Uncion, el Orden y el Matrimonio*.

Mr. Hivert, mi editor, ha colocado en el *Cuadro poético de los sacramentos* muy hermosos grabados: cada fraccion de mi libro, tendrá en su primera página una linda estampa, copiada de cada una de las siete obras maestras de Poussin. En materia de grabados, hubiera yo querido que Mr. Hivert hubiese hecho otro tanto, pero omitiendo la idea de colocar mi retrato.

Cuando emprendí mi obra, pedí á Dios fuerzas para llegar hasta la última página; mi oracion fué escuchada; mi cabeza y mi mano han estado espeditas; mi corazon latia y se conmovia entre las bellezas sublimes y tiernas de la religion de nuestros padres. . . ¡Ojalá pueda mi libro hacerla amar á nuestros hijos!

V. WALSH.
Castillo de Chaumont, Diciembre 7 de 1850.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA Y DOCUMENTACIÓN

CUADRO POÉTICO

DE

LOS SACRAMENTOS.

DE LOS SACRAMENTOS EN GENERAL.

*Sapientia edificavit sibi domum,
exiit columnas septem.*

Ha criado Dios al hombre para lograr destino inmortal; y si Adán no hubiera abusado del libre albedrío que el Criador le concedió, él y toda su descendencia habrían alcanzado la eterna felicidad, sin verse condenados á sufrir y llorar en este nuestro valle de lágrimas.

El imperio del hombre cambió de aspecto, desde el momento en que nuestros primeros padres cometieron la mas culpable y funesta desobediencia; y los caminos que tenemos á nuestra vista, y van á parar á la eternidad, en nada se parecen á las floridas sendas del paraiso terrenal.

Para que los hijos de Adán, convertidos en peregrinos y viajeros, y ganando su pan cotidiano con el sudor de su frente, no se desalienten á la vista de las dificultades, riesgos, malezas y espinas de que está sembrada esta tierra dañada por el pecado, el cristianismo ha hecho brotar de ella manantiales de agua viva en que aquellos desgraciados puedan refrigerarse, purificarse y fortalecerse. Aquí es donde ellos beben juntamente con la gracia, la fé, esperanza y caridad.

Estos manantiales son siete. Estas fuentes de vida, enriquecidas con las comunicaciones del cielo, son los sacramentos de institucion divina, que administra y confiere á los fieles la Iglesia Católica Apostólica y Romana.

La Iglesia, hija de la verdad y esposa de Jesucristo, sabe que el hombre no puede vivir sin comunicacion con Dios, y se acuerda que desde sus primeros dias Adán y Eva oyeron la voz del Criador,

llamándoles por sus nombres, á lo que respondieron como hijos á su padre: "Señor, aquí nos teneis."

Entre el Dios eterno del cielo, y las dos criaturas bellas y puras que acababa de crear (1) poco inferiores á los ángeles, de coronar de honor y gloria y de colocar sobre todas las obras de sus manos en el jardín de delicias, debia haber frecuentes relaciones.

Ya existia la escala maravillosa que Jacob, dormido sobre la piedra de Bethel, verá mas tarde, y por la cual los espíritus celestiales bajaban y subian sin cesar, para venir á visitar á la tierra á los seres amados del Eterno, y volvian á subir mas allá de los astros, para cantar, acompañados por arpas de oro, las alabanzas de Jehovah!

¿Bajo qué figura sensible se dignaba Dios mostrarse á Adán y Eva? No lo dice el Génesis de un modo esacto; mas nos hace creer la tradicion que el Rey de los siglos, que ha existido ab-eterno y ante todas las cosas, se les aparecía bajo la forma de un anciano venerable y majestuoso (2); y era justo que pues el hombre era un compuesto de cuerpo y alma, Dios se diese á conocer á él segun el uno y la otra, á los sentidos y al espíritu: lo mismo sucedia con los ángeles que hablaban con el hombre. La Biblia nos los representa en muchos pasages, como á viajeros jóvenes y hermosos, que venian á pedir hospitalidad á las tiendas de los patriarcas, y que

(1) Salmos 6 y 7.

(2) Bossuet. Elevaciones á Dios sobre los misterios.

se sentaban como amigos á la mesa de Abraham, Isaac y Jacob.

Otras veces los mensajeros celestiales replegaban sus alas y aparecian á los habitantes de la tierra radiantes con el esplendor de los cielos. Cualquiera forma que hayan tomado en lo pasado, es cierto, es de fé, que Dios y los espíritus que lo sirven han conversado con nuestros primeros padres.

Ha sido el pecado lo que ha hecho menos frecuentes tales comunicaciones; pero ellas jamas han sido del todo rotas. Cuando el Señor nos hiere, se reconoce desde luego la mano de un padre; y el querubín encargado de conducir á Adán y Eva fuera del Paraíso, y que se plantó en la puerta para impedirles la entrada, no fué el último ángel que vino hácia ellos: despues de su desgracia, cuando los culpables para cumplir la tremenda sentencia pronunciada contra ellos, se vieron obligados á encorbarse hácia la tierra y regarla con el sudor de su frente; cuando los males y los pesares que produjo el pecado, vinieron tras las delicias del Eden á abatirlos y atormentarlos. . . . ¡Ah! estamos convencidos de que algun ángel consolador fué mandado por el Juez soberano; el Dios que *deja tantas veces á su misericordia derramar su justicia*, se acordaría desde luego, al oír sus primeros jermidos, que era su Criador y Padre!!

¿Qué sería del mundo? ¿Qué seríamos nosotros, Señor, si no nos miráseis con ojos de piedad, si no estuviéseis siempre inclinado hácia nosotros para escuchar nuestras quejas y oraciones? Las plantas, los árboles y las flores con que adornais la tierra, no podrían vivir si no derramárais el rocío que las refresca y fecunda: el hombre es como las flores, árboles y plantas; perece si el rocío de la gracia no cae sobre él. Es menester que entre el padre y el hijo haya un cambio de palabras y de amor; no hay necesidad que la yerba crezca en el camino que se estiende entre la morada del padre y la de su hijo. Cuando leemos las Santas Escrituras, vemos al hombre decaído de su primitiva pureza, llevando en la frente la señal del pecado original, y sin embargo, el Criador no se ha despojado de su amor hácia él; en todas las páginas del Antiguo Testamento vemos luchar á esta paternidad divina con la ingratitud del pueblo hebreo; encontramos por todas partes la misericordia y el perdón absolviendo la inconstancia y el perjurio. Para mantener á aquel pueblo en el camino de la fidelidad, para alejarlo del amor de los falsos dioses, suceden los prodigios y milagros, se confiere todo poder á los gefes, que vienen á ser otros tantos tenientes del Señor eterno, *Sabaot, el Dios de los ejércitos*. A la voz de Moisés, el mar se divide, consolida sus olas, y hace del fondo de la misma un paso para los hijos de Israel.

En la esterilidad árida y devoradora del desierto, la vara de aquel hombre prodigioso hace brotar de una roca un manantial de agua viva, abrevadero de todo un ejército.

Si Josué necesita algunas horas mas de luz para acabar de vencer á los amalecitas y filisteos, el sol obedecerá su voz, se parará y no bajará á ocultarse en el horizonte hasta que él se lo permita.

Para que el pueblo pueda llegar á la tierra de promision, perderá su oscuridad la noche, y una columna de fuego, disipando las tinieblas, guiará la inmensa multitud al traves de los océanos de arena.

Durante el ardor del día, se estenderá un largo velo de nubes sobre el ejército, marchando con él, para abrigo y defender á sus numerosos soldados de los rayos de un sol que abrasa y mata.

Donde la tierra es estéril y falte alimento á Israel, caerá el maná del cielo y alimentará á toda la nacion.

Junto á estos prodigios de bondad, de cuando en cuando el Todopoderoso se armará de sus rayos y mandará al ángel exterminador sacar la espada de la vaina; mas cuando Israel se postre al suelo, se cubra de cenizas y se golpee el pecho; cuando sus gemidos de arrepentimiento lleguen hasta el cielo, volverá Dios á su mansedumbre, y como una madre que ama á sus hijos, lo perdonará de nuevo.

Todos estos milagros, muestras brillantes de poder y bondad, mantenian en la memoria de los hombres el recuerdo de una providencia vigilante y protectora. Sin todos estos prodigios, sin *la voz de los profetas*, rodeados los adoradores del verdadero Dios de idólatras, hubieran perdido su fé, y hubieran tambien, entre las incertidumbres de su espíritu, sentádose con las naciones paganas bajo la sombra de la muerte. Para impedirlo, *nuestro padre que está en los cielos*, y que nos ha dado á todos los cristianos los *Sacramentos de su Iglesia* á fin de mantenernos en continua relacion con él, ya habia prodigado á su pueblo pruebas visibles de su proteccion divina; ya encontramos en la ley judaica los *sacramentos*.

Efectivamente, no se puede concebir una religion sin instituciones estables y sagradas, en que el hombre pueda beber la gracia, la resignacion y la fuerza necesaria para soportar las amarguras, dolores y angustias de la vida, que no son de nuestros días, sino que vienen desde el momento en que el pecado entró al mundo.

El Cordero Pascual, la Consagracion de los Sacerdotes, las Purificaciones del pueblo y sus ministros eran otros tantos sacramentos de la ley de Moises. Estos sacramentos de la antigua ley, comparados con los de la nueva, solo pueden ser considerados como emblemas y figuras. San Pablo los llama *principios pobres y débiles: infirma et egena elementa*; mientras que considera los fundados por Jesucristo como *fuentes inagotables de pureza y santificacion, manantiales abundantes que brotarán por toda la eternidad*.—Cuanto la realidad escede á la sombra, cuanto el cielo se eleva sobre la tierra, tanto nuestros divinos sacramentos esceden á los de los hebreos.

El pueblo judío solo podia con sus sacramentos ver muy á lo lejos la magnificencia de los dones reservados á la posteridad. Cuando la noche va á acabar, cuando palidecen las estrellas, se puede adivinar el brillo del sol que va á salir por el Oriente.

Los sacramentos de la ley antigua no recordaban solamente á los israelitas los beneficios que el

Señor habia tenido á bien derramar sobre ellos desde su antigua alianza con Abraham, Isaac y Jacob, sino que tambien les daba la gracia para cumplir los preceptos y mandatos que encierran los libros sagrados, y para comprender la importancia y santidad de la religion.

Con tales luces descendidas del cielo, el hombre lanzaba su mirada al porvenir y entreveia no pocas veces mejores días que los que se le habia ordenado atravesar, sintiendo entonces la necesidad de hacerse digno de los beneficios celestiales que el *Mesias Divino, el enviado del Altísimo, el deseado de las naciones*, debia traer á la tierra.

Estos beneficios lo saludaba á lo lejos como la vaga luz que precede al día.

El desgraciado que haya nacido en un calabozo y que haya crecido sin ver otra cosa por entre las barras de su encierro que un corto espacio de cielo, no podría ciertamente formarse una idea exacta de las maravillas de la creacion. . . . Pero si un hábil pintor de paisajes un día viniese á enseñarle una de sus obras maestras. . . . brotaría desde luego en el alma del preso un ardiente deseo de libertad, y ansiaría por ver la realidad de aquello cuya imagen no ha podido sino entrever.

En tiempo de la antigua ley, antes de la era notable de la libertad cristiana, habia estos indicios, estas pasageras iluminaciones, estos destellos de luz celestial que hacen presentir los beneficios de los tiempos venideros. ¿Y cómo no habria de ser así? Desde el día en que la desgracia dió su primer paso en este mundo, se elevó una profecía que hizo nacer la esperanza. El mal nació, producido por el pecado; mas Dios quiso que á despecho de Satanás, no desesperase el hombre. En aquel mismo día de la caída de Adán y Eva, fué cuando dijo el Señor á la serpiente: *“Pondré una enemistad eterna entre ti y la mujer, entre tu raza y la suya; ella pisará tu cabeza.”*

He aquí la primera de las profecías, la que comienza el gran libro de las esperanzas ofrecido á la humanidad decaída, paciente é incesantemente inquieta por una felicidad tras la que siempre corre y nunca alcanza.

Todo el género humano estaba corrompido: *Dios dejó á todas las naciones seguir su camino*. Como dijo S. Pablo, (1) cada uno queria tener su Dios, y formarlo segun su fantasia. El verdadero Dios, que habia hecho todo, habia venido á ser el *Dios desconocido*, y aun cuando *estuviese tan cerca de nosotros* por sus obras y sus dones, estaba muy distante de nuestro pensamiento. Tan grave mal iba ganando terreno y amenazaba hacerse universal; y Dios, para impedirlo, llama á Abraham y le dice que de él va á hacer nacer un nuevo pueblo, al que han de venir al fin todos los pueblos del mundo para ser en Dios un nuevo pueblo (2): tales son sus palabras: *Sal de tu país, y de tu parentela, y de*

la casa de tu padre; ven á la tierra que te mostraré, y yo haré nacer de ti un gran pueblo, y en ti serán benditas todas las naciones de la tierra.

La misma promesa se reiteró á Isaac y Jacob.

Cuanto mas avanza uno en los libros sagrados, tanto mas se afirma en la fé; porque todo lo que poseemos de mas sagrado, consolador y eficaz para nuestra santificacion en la religion católica, apostólica romana, ya estaba anunciado, ó mas bien diémoslo señalado con el dedo por los profetas (3).

El mismo Moises, sin saberlo, fué una figura de ese Cristo que los reyes y potentados de la tierra han de implorar, como Faraon al caudillo inspirado de los judíos, para verse libres de las plagas memorables de Egipto.

Quando el párvulo salvado de las aguas crezca y llegue á ser el primero de su pueblo, libertará á Israel de la tiranía de los egipcios, en el momento en que el ángel exterminador *vaya á herir de muerte á todos los primogénitos, desde el del rey que está sentado en el trono, hasta el del esclavo encerrado en una prision*. He aquí lo que ordena el Señor: *“Tomad un cordero sin mancha (4) [Figura de la justicia perfecta de Jesucristo; es menester que como el divino Salvador, este cordero sea inmolado y comido]; empapad un hisopo en la sangre de este cordero inmolado; con ella marcad los dos postes y el dintel de vuestras puertas; el Señor pasará en la noche á terminar á los egipcios, pero no tocará las puertas de las casas marcadas con la sangre del cordero.”*

No necesitaba Dios esta señal sensible (5) para discernir las víctimas de su santa indignacion: no era para él, sino para nosotros; y quiso indicarnos que la sangre del verdadero cordero sin mancha era el carácter sagrado que habia de hacer la separacion entre los hijos del Egipto, á quienes Dios debia

(3) Cuando se reflexiona que es Moises el historiador mas antiguo del mundo; cuando se advierte que jamas mezcla fábula alguna en sus narraciones; cuando se le considera como el libertador de un gran pueblo, autor de una de las mas bellas legislaciones conocidas, y el escritor mas sublime de cuantos han existido; cuando vemos flotar en un cesto sobre las aguas del Nilo, esconderse muchos años en los desiertos, volver despues entre los hombres, dividir el mar, hacer brotar fuentes de las rocas, hablar con Dios entre nubes, y por fin desaparecer en la cumbre de una montaña; cuando todo esto se viene á la imaginacion, se siente una admiracion tremenda. Mas cuando se viene á descubrir en las relaciones cristianas que la historia del pueblo israelita no es solo la historia de los primitivos días, sino la figura de de los tiempos modernos; que cada hecho es doble y encierra una *verdad histórica y un misterio*; que el pueblo judío es un compendio simbólico del género humano, que representa en sus acontecimientos cuanto ha sucedido y ha de suceder en el universo; que Jerusalem debe ser tomada por otra ciudad; Sion por otra montaña; la tierra prometida por otra tierra; y la vocacion de Abraham por otra vocacion; cuando se reflexiona que el hombre *moral* esta oculto en esta historia bajo el hombre físico; que la caída de Adán, la sangre de Abel, la cubierta desnudez de Noé, y la maldicion de este á sus hijos, se ven todavia en nuestros días representados en el parto de la mujer, en la miseria y orgullo del hombre, en los mares de sangre que inundan la tierra desde el fratricidio de Cain, en la descendencia maldita de Cham, que habita una de las mas bellas partes de la tierra; en fin, cuando se ve venir al hijo de David á restablecer la moral y religion verdaderas, reír á los pueblos, sustituir el sacrificio de la conciencia á los sangrientos holocaustos; entonces faltan las palabras, y solo puede uno esclamar con el profeta: *Dios es nuestro rey antes de todos los tiempos. ¡Deus Rex noster ante secula!*

[CHATEAUBRIAND.]

(1) Act. II, 6.

(2) Bossuet. Elevaciones sobre los misterios.

(4) Exod. XII, 5, 7 y siguientes.

(5) Bossuet. Elevaciones sobre los misterios.

dar la muerte, y los de Israel, á quienes debía salvar la vida (1).

A cada página, el libro de los días antiguos nos hace, por decirlo así, ver en lo pasado nuestro presente; se diría que los siglos que nos separan de aquella época remota han penetrado hasta el día, y que el ojo del escritor sagrado ha visto, y con el dedo ha tocado al traves de millares de siglos todos los dones y beneficios que la nueva ley ha derramado.

He aquí á uno de los mas admirables *Videntes del porvenir*, el abuelo de Jesucristo, el Rey-Profeta; EL HA VISTO *al Redentor en el seno de su Padre, engendrado antes de la Aurora, desde la eternidad; EL HA VISTO que seria al mismo tiempo su Hijo y su Salvador. EL LO HA VISTO Rey Soberano reinando por su hermosura, su bondad, su dulzura, y su justicia; EL LE HA ADORADO sobre su trono como á un Dios, á quien su Dios ha consagrado por medio de una divina Uncion.*

EL HA VISTO todas las maravillas de su vida, circunstancias de su muerte y angustias de su agonía.

EL HA VISTO sus piés y manos traspasadas con clavos; ha probado la hiel y vinagre que los verdugos dieron á beber al divino ajusticiado; y cuenta cómo fueron divididas las vestiduras del Cristo, y echada suerte sobre su túnica.

El Rey-Profeta no para aquí; despues de haber llorado los dolores de la Pasión del hijo del hombre, se regocija con toda su alma al verlo despues de su muerte anunciando la verdad á los gentiles en la gran Iglesia (2) en que todos los pueblos del universo han de reunirse, y en que los pobres como los ricos se sentarán á su mesa. Finalmente, ha seguido al triunfador á lo mas alto de los cielos con los cautivos atados á su carro victorioso, y lo ha adorado sentado á la diestra del Señor.

La Santa Escritura nos lo dice: David ha sido el hombre segun el corazón de Dios. Jamas en alma alguna ha derramado el espíritu divino, el espíritu que abraza lo pasado, presente, porvenir y la eternidad, tanta luz como sobre el alma del profeta coronado. Si ha descendido sobre David tanto don celestial, si tanta confianza ha sabido inspirar á Dios, que lee en el corazón del hombre como en un libro abierto, digamos tambien que no fué solo el cielo quien ha honrado al pastor de Judá, al vencedor de Goliath; tambien la tierra ha rendídole un brillante homenaje. No fueron los vasallos del rey de Israel los únicos que hayan repetido sus sublimes y poéticos cantos. Los cristianos, despues de dos mil años, se han apoderado de los salmos inspirados, y en sus dolores lloran con sus palabras, y con ellas cantan en su regocijo. Jamas escrito alguno ni composición alguna de hombre pudiera obtener écsito semejante, que durará mas que el

(1) Todo es profético y misterioso en el cordero Pascual. No se debían quebrar sus huesos, en figura de Jesucristo, cuyos huesos fueron preservados en la cruz mientras que se les rompían á aquellos que fueron crucificados con él.—Bessuet.

(2) Salmo XXI, 32.

mundo, porque los ángeles, para repetirlos en sus conciertos armoniosos, han llevado al cielo mas de un himno cantado en el templo de Salomon. Vive el genio del hombre un algo mas que el ser á quien dotó; pero tambien acaba por perderse en el olvido. Las obras de Dios no perecen; las palabras del Altísimo atraviesan todos los siglos; y si los salmos de David han de durar eternamente, es porque fueron hijos de una inspiración directa y divina.

Así es que no se pasa uno solo de nuestros días, una sola de nuestras solemnidades, no se pronuncia oración alguna, sin que vengan á mezclarse algunos versos ó algunos salmos del rey inspirado. En las catedrales magníficas de las ciudades, en la humilde capilla de la aldea, en el palacio de los monarcas mas poderosos, como en la choza mas miserable del pobre, en medio de nuestras prosperidades como de nuestros dolores, en nuestras victorias, en nuestros reveses, sobre el barco que surca los mares donde la tempestad asalta al marinero, en la profundidad de la tierra en que trabaja el minero, en las mas célebres universidades, en las mas insignificantes escuelas de pueblos, bajo la tienda del soldado, en la celda del religioso, por todas estas partes no se dice una oración, no sale un voto del corazón, no se eleva á Dios un grito de perdon ó gratitud, sin repetir algunas invocaciones de David. Ha venido á ser el idioma universal lo que aquel hombre admirable dijo al Señor.

Semejante honor, tan brillante homenaje, jamas se tributará á la sabiduría del hombre, sino á la sabiduría de Dios.

No hay circunstancia en la vida para la cual no pueda encontrarse en los salmos un verso perfectamente adecuado.

“Difícilmente se nos persuadiría de que todos los sucesos posibles, felices ó adversos, hayan sido previstos con todas sus consecuencias en un libro escrito de mano de hombre.” Sin embargo, nada mas cierto que el que *esta presciencia* reina de principio á fin en los salmos del profeta rey.

Preparada desde el principio del mundo la venida de Jesucristo, todos los profetas de Israel, á medida que los tiempos se acercan, ven despuntar la aurora del reino del Mesías, glorioso reinado que se anunció á los patriarcas. Daniel cuenta los años en que debían cumplirse su consagración, sufrimientos y su muerte, acompañada de una justa venganza y de la desolación eterna del antiguo pueblo, que despreció al Santo de los Santos. El ve en espíritu *al hijo del hombre, á quien se ha de dar un imperio, el imperio de los santos del Altísimo.*

La escena cambia con Isaías: él ve *al Cristo encorbado, hollado bajo los piés de nuestros pecados, colocado entre los malvados, crucificado entre dos ladrones, el último, y al mismo tiempo el mas grande de todos los hombres. No sufre la muerte por fuerza, sino porque ha querido someterse á ella. No ha abierto la boca para defenderse; está mudo como el cordero ante la mano que lo trasquila. Sufre por nosotros; por sus heridas somos curados. Saldrá*

de él una larga posteridad, y su sepulcro será glorioso (1).

“Este solo pasaje tan esacto y conciso, en que los sufrimientos del futuro Salvador están descritos de tantas maneras, bastaba para animar todos los sacrificios y el culto de la antigua ley, fijando continuamente en el espíritu de los verdaderos israelitas este pensamiento, á saber: que la ley dada por Moises contenía bajo sus figuras y sombras las positivas gracias que algun día debía traer á la posteridad la nueva ley, la remisión de los pecados por una muerte voluntaria; una sangre saludable que fuese expiación de estos; unas llagas que restableciesen la salud de los hombres; y para coronar todas estas misericordias, un Salvador tan justo como sufrido, que nos curase por medio de sus heridas (2).

Los remedios para las llagas que forman en el alma las pasiones, las aguas de vida que laven nuestras manchas, la fortaleza que nos levante de nuestro desfallecimiento, el bálsamo que cicatrice las heridas de nuestro corazón, el consuelo que mitigue nuestros pesares, todos estos beneficios emanen de los SACRAMENTOS DE LA LEY NUEVA.

Son estos sacramentos como unos depósitos en que el Señor hace llover su gracia, y á los cuales debemos acudir á beber. La virtud de estas aguas sostiene á nuestras almas contra los peligros del mundo, y las hace dignas de la vida eterna, objeto de nuestra peregrinación en este mundo.

La gracia emana de estas fuentes regeneradoras con abundancia sobre el corazón que no pone obstáculo alguno á su eficacia divina; allí produce la fecundidad, y hace germinar frutos de inmortalidad, suavizando con la resignación lo que la labor del hombre tiene de mas duro y pesado.

En los arenales ardientes y áridos de la vida, son los sacramentos como los tornasolados oasis que se dice encuentran los viajeros por el desierto; lugares privilegiados, abrigados con palmeros y cedros que producen una deliciosa frescura. Allí, cerca de la fuente que el sol no ha podido agotar, defendida por la espesa sombra que la abriga, descansa el peregrino, y al levantarse, cuando vuelve de nuevo á empuñar su báculo para seguir su camino, bendice á Dios, pues siente dentro de sí reconocimiento, fuerza, esperanza y valor.

Cuando Dios, dominando al mundo que acababa de salir de sus manos, dijo en los consejos de su santa é inmutable Trinidad: hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza, concedió al ser que quería instituir rey de la naturaleza, una parte de sus divinos atributos; así es que desde el primer instante, fué dotado Adán de fuerza, porque la fuerza tiene su origen en el poder supremo que regula el universo; y pues había querido el Señor que el hombre le fuese en algo semejante, lo hizo hermoso, fuerte y majestuoso como un dominador.

No obstante su pecado, ha conservado el hombre un resto de su primitiva fuerza, de la que ne-

cesita bastante en la escabrosa y dura peregrinación que tiene que cumplir; tiene que combatir en esta ruta contra enemigos encarnizados, sobre todo sus pasiones, que sin cesar se sublevan; Dios, que le ama siempre como á su criatura predilecta, le da para tales ataques un socorro eficaz, el de los sacramentos. No ha querido el padre dejar marchar á su hijo entre tanto escollo sin llevarlo de la mano, y le ha preparado en tan estrecha y escabrosa ruta, reposo á su cuerpo, consuelo á su alma.

Pueden venir á beber á estas fuentes de gracias todos los hijos de Adán, tanto el monarca agobiado bajo el peso de la púrpura y de la corona, el labrador que rasga la tierra y abre surcos, como el soldado que combate, el solitario que ora, el anciano que ya pisa el sepulcro, el parvulito que da su primer paso en la senda de la vida, la madre de familia que distribuye el pan á sus hijos, como la jóven pudorosa doncella que se consagra á Dios, á la Virgen y á los ángeles.

La religión presenta al justo la misma copa que al pecador; en su caridad inmensa á nadie excluye, pues ha hecho al arrepentimiento hermano de la inocencia.

Resumamos. He querido demostrar que no puede vivir el hombre sin comunicación con Dios. En la antigua ley, Israel se ligaba al Señor legislador del monte Siná, por medio de su culto, sus incompletos sacramentos, y las predicciones de los videntes del porvenir.

En la nueva ley, el órden sobrenatural de comunicación con el Altísimo, está en nuestros divinos sacramentos. Para definir bien á un sacramento de la ley nueva (sin que tema yo lo largo de la cita), voy á tomar de uno de nuestros mas ilustres oradores la definición del medio sobrenatural que la religión católica nos da para comunicar con Dios.

“El sacramento es un instrumento que contiene una fuerza que la tierra no puede dar. La idea de la profecía es la verdad fundamental, los hebreos la han tenido; la idea del sacramento es la fuerza, nosotros la poseemos.”

“La profecía es una luz que ilumina; el sacramento es una fuerza que obra y engendra otra nueva fuerza.”

“¿Qué cosa es la fuerza? Es una actividad, una energía, una acción que exteriormente se manifiesta por sus efectos; en el firmamento, los astros, desde que la poderosa mano del Criador los ha lanzado en el espacio con fuerza que solo pertenece á Dios, recorren estos globos luminosos su órbita, atraídos por una fuerza de atracción y otra de proyección, las cuales, por la combinación de su actividad, crean el movimiento elíptico de los cuerpos celestes.

“¿Qué cosa es, pues, en sí la fuerza? La energía del ser que retiene y condensa en sí la existencia y la derrama en su derredor por medio de la dilatación; he aquí una doble fuerza: la de concentración y la de expansión; pues bien, el extremo de la fuerza de concentración es la eternidad. Así es que solamente posee la fuerza el que reuna todo el ser en sí mismo: *Ego sum qui sum*; nadie

(1) Isaías.
(2) Bessuet.

me tocará, nadie me arrebatará, nadie me dará. Esta es la existencia reunida en un punto absoluto, el *Summum* de la fuerza de expansión, la creación por la cual Dios saca de su propio ser la existencia á oleadas, mundo tras mundo, satélites tras satélites.

“Hay una inmensa diferencia entre Dios y nosotros: porque Dios tiene la fuerza en su esencia y produce por dilatación, por un acto simple de la voluntad, mientras nosotros necesitamos por el contrario agentes secundarios, intermedios, *instrumentos*. Cuando se trata entre nosotros de obrar hacia fuera por medio de la fuerza de expansión, es insuficiente nuestra propia energía, y es preciso que sea secundada por aparatos y máquinas; no podemos poner una piedra sobre otra sin ayuda de un agente secundario, de un instrumento.

Pues bien, la idea de un instrumento destinado á comunicar una fuerza, es precisamente la idea del *sacramento*; y sin embargo, ¿cuál es el pequeño entendimiento, el estudiante de diez y seis ó diez y ocho años (educado en una escuela volteriana) á quien la palabra *sacramento* no haya hecho alguna vez sonreír? A cada paso recurren en cada una de las operaciones de sus estudios á medios extraños, palidecen sobre los planos y los mapas, armados de instrumentos que la ciencia presta á su debilidad; mas como en su diccionario *sacramento* no está inscrito como sinónimo de *instrumento*, no pasan una sola vez por nuestras iglesias sin sonreírse de compasión al pensar que hay gentes que vengan allí á usar lo que se llama *los sacramentos*.

“¡Oh! ¡ved, fué gran compasión! Cuando el gusano ha picado en el corazón el fruto de nuestros jardines, bien podrá el sol bañarlo; pero ni el calor del día ni el rocío de la noche podrán darle sabor; para siempre lo ha perdido.

“¿Qué cosa es un *sacramento* sobrenatural? Si el hombre solo hubiera sido criado para el tiempo y el espacio, le bastarían las fuerzas naturales para cumplir su destino.

“Dios, libre y feliz, no ha querido que sus criaturas puedan en este mundo llegar á un cierto grado de felicidad por las operaciones de la inteligencia y de la voluntad, sino que además las destina á participar en la eternidad la perfección y bienaventuranza que le son propias. Quiere que nos hagamos semejantes á él; quiere, en una palabra, *deificar*nos, como dice Santo Tomás de Aquino en su Comentario sobre las palabras de San Pablo: *Divine consortes nature*. No hemos sido creados para otro destino final; sin embargo, nos es imposible por el solo medio de las fuerzas naturales, conseguir este objeto de la creación. Las fuerzas que sacamos de nuestra propia naturaleza, son insuficientes para hacernos corresponder á nuestro destino. Además, ¿no llevamos dentro de nosotros mismos el presentimiento secreto y misterioso de nuestro porvenir? Sí; de manera que todos, excepto el ateo, y acaso este no pierde toda esperanza en su corazón; todos, creyentes ó incrédulos, sentimos dentro de nosotros mismos que esta vida no es mas que la preparación para otra futura, y co-

mo el vestíbulo de la iniciación final. Creyentes ó incrédulos, digo mas, cristianos ó infieles, mahometanos ó idólatras, todos aspiramos á lo infinito, todos descubrimos en la oscuridad del porvenir la obra de la divinidad, y la saludamos con nuestros votos.

“Cualquiera que no sea materialista, debe crearse fuerzas interiores con que poder realizar su destino; debe recurrir al *sacramento* sobrenatural.

“Pero á esto objeta el orgullo del hombre que todo se comprende en el orden natural, y dice: Yo tomo una palanca y produzco una fuerza que he calculado; hay proporción entre la causa y el efecto. Por el contrario, en el orden sobrenatural, todo es incomprendible; ¿qué proporción puede haber, efectivamente, entre unas gotas de agua derramadas sobre la cabeza de un catecúmeno, y la regeneración espiritual de una alma?

“Hombres ciegos por los sentidos, ¿creéis que nada hay oscuro en lo que llamais *orden natural*, y que haya reservado Dios sus sombras y misterios para la religión? Preciso es desengañarse, pues lo que os parece sencillo en el caso de la palanca y del movimiento que produce, es al contrario misterioso, oscuro é incomprendible. Es verdad que la ciencia calcula la fuerza de la palanca; ¿pero es creada esta fuerza por la misma palanca? No, pues no es esta otra cosa que un palo inerte que necesita ser levantado y puesto en movimiento por mi brazo; y en cuanto á mi brazo, ¿por ventura se mueve por su propia fuerza? no; obra en virtud de un impulso interior, de un acto formal de mi voluntad.

“¿Pues qué cosa es esta fuerza de la palanca, sino la misma voluntad que pone en juego los nervios, los que á su vez hacen obrar á los músculos, y estos por su parte dan impulso á los órganos?

“En último resultado, la materia no hace otra cosa que obedecer á un mandato de mi alma. Pues bien, ¿qué proporción hay entre la causa y el efecto; entre mi alma que quiere, que manda, y la masa inerte que yo levanto con una palanca? por una parte el espíritu, por otra la materia; entre ambos la organización é instrumentos adaptados á esta organización; pero siempre entre el espíritu y el cuerpo, un abismo insondable, que solo puede salvar el poder de Dios.

“Así es que toda fuerza emana de Dios. El *sacramento* que hace sonreír desdeñosamente al volteriano, es el instrumento de la gracia, como lo es la palanca de la materia que pone en movimiento: el *sacramento* presta su eficacia divina, creadora y sensible, y produce efectos espirituales como nuestra alma, sustancia espiritual, obra sobre el cuerpo por la voluntad.

“En un orden inverso; son las mismas las relaciones, y en el fondo las dos fuerzas, tan incomprendible una como otra.

“Dejad, pues, espíritus fuertes del día, de mirarnos á los católicos con desdeñosa compasión; no encojais los hombros á la vista de actos cuyo cumplimiento es un deber sagrado; respetad á la madre que alarmada por el alma de su hijo lo envía

al sacerdote para que lo bautice, y la turba que se arrodilla ante el altar en que se celebra el misterio Eucarístico; cuidaos de menospreciar á esta turba ni á esta madre, porque en el mundo nada hay despreciable mas que el crimen y el vicio. ¡Oh escépticos! ¿Quién de entre vosotros, á pesar de sus errores, no conserva dentro de sí la huella inextinguible de la virtud sacramental? Por débiles y culpables que seais, os desafío á llegar hasta las infamias del paganismo; pues aunque de este tenagais bastante, siempre permanecéis cristianos aunque lo negueis. Os hace traición vuestro origen, que se revela hasta en vuestros desórdenes, así como el infierno adonde fué precipitado el ángel rebelde, no ha podido hacerle olvidar su patria primitiva. Por mas que hagais, una gota de agua ha sellado vuestra alma para Dios por toda la eternidad.” (1)

La fuerza del *sacramento* es la fuerza de Dios. Si Dios ayuda mi insuficiencia, voy á referir cuál es la gracia, cuál la virtud y el consuelo que cada uno de los sacramentos de la Iglesia de Jesucristo proporciona á cada uno de nosotros, cuando á ellos nos acercamos dignamente.

“¡Oh Espíritu Santo, creador, fuente de luz! desde la altura de los cielos en que residís con el Padre y el Hijo en vuestra eternidad inmutable, dignaos dirigir sobre mí uno de esos rayos divinos que iluminan la inteligencia, dan fuego al corazón, des-

tierran del alma las sombras con que la envuelve el pecado.

Que vuestra luz me penetre, y vuestra gracia me anime; pues el hombre nada puede por sí mismo, y será su trabajo estéril y vano si vos no lo auxiliáis.

Al comenzar este libro de los *Sacramentos de la Iglesia*, ¿á quién pediré sino á vos que purifique y dirija la mano que va á escribir? A vos, que lavais lo que ha sido manchado, y aglomeráis todos los dones celestiales; á vos, fuente de claridad, de pureza y unción. A vos, que sois el padre de los pobres y os compadeceis de los que sufren en medio del fastidio y de los pesares de este destierro; á vos, huésped amable del alma; á vos, que sois nuestro reposo en el trabajo, consuelo en las penalidades, y nuestra esperanza en la tierra.

A vos, divino Paráclito, vengo á pedir con toda humildad la luz que me falta para describir como es debido los beneficios de Dios.

Iluminadme, purificadme, para que sea menos indigno de la empresa que acometo en mi avanzada edad. Largo tiempo he caminado luchando con las tormentas y tinieblas que las pasiones, á guisa de densas nubes, levantan entre el cielo y nosotros; concededme vuestra celestial claridad, que yo consagraré los días que aun Dios me concede, á referir las gracias, los consuelos que brotan de estas siete fuentes de Agua de Vida que nuestra santa religión ha abierto entre la cuna y el sepulcro, en el camino que nos conduce á la eternidad.

(1) Conferencias del padre Lacordaire.

EL BAUTISMO.

El primer Sacramento, según el orden del catecismo, es la puerta de la Iglesia y del cielo.

Por esta puerta santa entra el cristiano al mundo. La frágil criatura que ha arrojado su primer grito de dolor al salir del seno maternal, y á quien se va á presentar al sacerdote de Jesucristo, aun está envuelta en la maldición comun á todos los hijos de Adán; los parientes, los amigos, los hermanos, las hermanas del recién nacido con gozo llegan á la iglesia lujosamente vestidos; sin embargo, el niño que llevan á la fuente bautismal aun está sujeto á la esclavitud del demonio: ¿de qué proviene, pues, la alegría de aquellos?

Proviene de saber que la agua regeneradora que va á correr por la cabeza del parvulito que apenas cuenta horas de existencia, ha de obrar repentinamente un milagro de misericordia. El hijo de las tinieblas súbitamente va á convertirse en hijo de luz.

La ley de gracia, sellada con la sangre del cordero, es lo que produce esta maravillosa transformación. Con la efusión de las aguas saludables, se liberta el vasallo de Satanás del yugo infernal, y se hace hijo de la Iglesia y heredero del cielo.

Consagrado el niño cristiano en nombre de la Santísima Trinidad, tiene por padre á Dios, por madre á la Iglesia, y á Jesucristo por hermano y redentor.

El pensamiento de esta grande y milagrosa redención ha hecho del sacramento del bautismo una solemnidad de piadoso regocijo... regocijo que toca á cada familia, y que raro es el hombre que no lo ha experimentado... Dios acaso nos debe este regocijo, porque en la vida no siempre se ha de entrar á la Iglesia para llorar de alegría. Abre el sacramento del bautismo la puerta de entrada, así como otro abre la de salida; puerta que se cubre de duelo, y por la que, esperando llegue nuestro turno, hemos de ver pasar á nuestro padre, á nuestra madre, y cuanto tenemos mas caro en este mundo.

¿Mas de dónde me vienen estos recuerdos de muerte, si quiero pintar la santa alegría del bautismo? ¡Ah! es que la vida del hombre es tan corta, que el ojo á la vez abraza toda su estension, y percibe al mismo tiempo el principio y el fin: y si no recordamos á muchos niños que hemos visto retirar de la piscina bautismal al lecho materno, ¿no es verdad que recordamos las bendiciones de

los abuelos, de la jóven madre, y otros mil votos de felicidad que cual suave rocío cayeron sobre el tierno neófito? ¿Han sido escuchados todos estos votos y santos deseos? ¿Dios ha ratificado las bendiciones de la madre y del padre? A estos niños á quienes se han deseado largos y felices años, no pocas veces el anciano que ha presenciado la ceremonia del bautismo, los ve con sus ataúdes cubiertos de blanco, y sus cabecitas coronadas de siempreviva, caminar al último lugar de los mortales.

Ellos debían ver partir al hombre agobiado por los años; mas por el contrario, este es quien ve partir á aquellos. La piscina de piedra colocada en la capilla de las fuentes, frente á un cuadro que representa el bautismo del hijo de Dios en las aguas del Jordán por Juan el Precursor, es como el primer lindero del camino bueno ó malo que se abre ante el hombre que acaba de nacer... Quizás se nos lleva á todos allí para hacernos recordar que nos separamos por primera vez del lado de nuestra madre (1); para venir allí nos ha sacado de la cuna la nodriza con todos los encajes con que nos ha adornado el orgullo maternal... Para venir allí se han vestido nuestros padrinos con sus trages de gala.

“Para que el hijo sea conducido *alibi*, la madre indigente se quita de encima el harapo que la cubría sobre la paja que era su lecho para parir... y aunque miserable, aunque lánguida, se sonríe al ver que su tierno hijo va á ser cristiano... y dice á los vecinos que le han ofrecido ser padrinos de su hijo: id y volved pronto para calentarlo en mi seno: y durante la ausencia de su hijo todo el tiempo de la ceremonia, ruega á Dios y á la Madre de Jesús hagan á su hijo mas feliz que á ella.

“Como si todos los hombres hubieran de tener cada uno parte en la felicidad, siempre hay mas ó menos alegría en un bautismo: las madres son quienes han inventado este regocijo... Y á la verdad, ¿tienen razon? no podré contestar satisfactoriamente. ¿Por ventura de estas fuentes bautismales, de estos puntos de partida, marchan los hombres á regiones felices?

He aquí á los pequeños ángeles de la tierra que aun empapados en el agua del bautismo, quisieron

(1) Cuadro Poético de las fiestas cristianas.

emprender su vuelo hasta el cielo, y el viento de la muerte los arrebató á sus madres como flores humedecidas con el rocío de la mañana.

Y los que están destinados á crecer y envejecer, ¿encontrarán la felicidad entre la piedra de la santa piscina y la piedra de la tumba? ¿No habrá algunos que esclamen: ¡Maldija la noche en que fui concebido! ¡Maldito el día en que nací! ¿Por qué se ha dado la vida al que la pasa en la amargura del corazón? (1).

Sea el niño que acaba de venir al mundo, hijo de rey ó emperador; háyalo parido la madre en lecho de púrpura y oro; esté destinado el recién nacido á ceñir algun día la corona; sea traído á la iglesia en una gran carroza escoltada de soldados y nobles de la corte de su padre, de todas maneras el recién nacido será detenido con todo su aparato en la puerta de la catedral suntuosa y antigua, lo mismo que el hijo del pobre artesano, á la puerta de la humilde capilla de una aldea. Desde aquí comienza la igualdad ante Dios; el hijo del monarca bajo ricos lienzos bordados y cubiertos de encaje, lo mismo que el hijo del mendigo bajo sus harapos agujerados y desgarrados, llevan la misma mancha y sujetos están á la misma humillación, al mismo ceremonial.

Antes de tratar de los pormenores de las ceremonias bautismales que tomaremos del Ritual, *hecho para todos*, para los grandes como para los pequeños, para los pobres como para los ricos, establezcamos el origen divino del primero de nuestros sacramentos. Los hijos del Evangelio deben conocer la nobleza, la santidad del título de CRISTIANO.

Un día vino un hombre á encontrar á Jesús. La elevada posición que ocupaba entre sus compatriotas no le satisfacía, y deseos muy vagos inquietaban sin cesar su alma. Sus vastos estudios sobre la ley y los profetas, le habían enseñado que aun no se había pronunciado la última palabra sobre el género humano. La sociedad, en que había visto transcurrir gran parte de su vida, le veía disolverse, y que el mundo se mecía como un hombre ebrio. Los desórdenes se aumentaban, se estendían los vicios y se elevaban como un mar agitado por el viento y cuyas olas nadie podía contener.

Entonces comenzaba Jesús sus tareas evangélicas, recorría por todas partes haciendo bien á todo Israel. Ningun hombre había hablado antes como él, ningun profeta había obrado milagros semejantes á los suyos, ni personaje alguno de la ley había presentado modelo acabado de todas las virtudes, ni había dominado tanto los corazones de las turbas. ¿No sería este hombre el fundador de esa sociedad, esperado por tantos siglos por el pueblo, y que necesitaba en gran manera todo el universo? Va á encontrar á Jesús el doctor judío, y se establece entre ambos el siguiente diálogo.

—Maestro, dice el judío, sabemos que eres un doctor enviado por Dios, pues ningun hombre es capaz de hacer los milagros que tú, si Dios no está con él.

—En verdad, en verdad os digo, replica Jesús,

que nadie puede tener parte en el reino de Dios, si no nace de nuevo.

—¿Cómo un hombre anciano puede aún nacer? ¿Entrará segunda vez en el seno de la madre para nacer de nuevo?

—En verdad, en verdad os digo que si un hombre no nace en el agua y en el Espíritu Santo, no puede entrar en el reino de los cielos. Lo que ha nacido de carne es carne, y espíritu lo que ha nacido de espíritu.

“No os asombréis de lo que os digo, menester es que nazcais segunda vez.

“El espíritu sopla donde quiere, y vosotros oís su voz; mas no sabéis de dónde viene ni adónde va; lo mismo sucede con todo hombre que ha nacido del espíritu.

—¿Cómo puede suceder esto? Dijo el judío aun mas admirado. Y Jesús replicó: Pues qué, ¿sois maestro en Israel, é ignorais estas cosas?

“En verdad, en verdad os digo que nosotros no decimos sino lo que sabemos bien, ni damos testimonio sino de lo que hemos visto; y sin embargo, vos no recibís nuestro testimonio. ¿Y si vos no me creéis cuando os hablo de cosas de la tierra, ¿cómo me creereis cuando os hable de las cosas del cielo? porque nadie ha subido al cielo sino el que del cielo ha descendido, el hijo del hombre que está en el cielo.

“Al modo que Moisés en el desierto levantó en alto la serpiente de bronce, así tambien es menester que el hijo del hombre sea levantado en alto, para que todo aquel que crea en él no perezca, sino que logre la vida eterna.

“Que amó tanto Dios al mundo, que no paró hasta dar á su Hijo Unigénito, á fin de que todos los que creen en él no perezcan, sino que vivan vida eterna.

“Pues no envió Dios su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que por su medio el mundo se salve.”

Se descubre en todo este discurso que quien habla es la divinidad. Efectivamente, solo al hijo muy amado del Eterno corresponde fijar y establecer las condiciones y modos con que adquiriria en lo sucesivo la suprema felicidad; y solo á un Dios podia proponerse como principio de salvacion. Quien cree en él no perecerá; y ¿cuál es la base de esta confianza? “Así como Moisés elevó en alto la serpiente, así será elevado el Hijo del hombre en el Gólgota.” Allí es donde todo termina. El bautismo no puede lavar la mancha del pecado original, sino en cuanto á que la gracia del sacramento mana del pie de la Cruz, fuente de misericordia y de salud.

Al leer estas revelaciones del Cristo en la tierra, se olvida uno del judío que habia venido á instruirse, se coloca uno en su lugar, y se escucha al maestro que enseña; ninguna de sus palabras es inútil, todas llegan al alma para germinar allí; en efecto, tales palabras de vida no van dirigidas á un solo hombre, sino que han salido de la boca de Dios, para todas las generaciones que se sucedan hasta el fin de los tiempos.

Se halla en este discurso el plan de la sociedad

(1) Job.

EL BAUTISMO.

El primer Sacramento, según el orden del catecismo, es la puerta de la Iglesia y del cielo.

Por esta puerta santa entra el cristiano al mundo. La frágil criatura que ha arrojado su primer grito de dolor al salir del seno maternal, y á quien se va á presentar al sacerdote de Jesucristo, aun está envuelta en la maldición comun á todos los hijos de Adán; los parientes, los amigos, los hermanos, las hermanas del recién nacido con gozo llegan á la iglesia lujosamente vestidos; sin embargo, el niño que llevan á la fuente bautismal aun está sujeto á la esclavitud del demonio: ¿de qué proviene, pues, la alegría de aquellos?

Proviene de saber que la agua regeneradora que va á correr por la cabeza del parvulito que apenas cuenta horas de existencia, ha de obrar repentinamente un milagro de misericordia. El hijo de las tinieblas súbitamente va á convertirse en hijo de luz.

La ley de gracia, sellada con la sangre del cordero, es lo que produce esta maravillosa transformación. Con la efusión de las aguas saludables, se liberta el vasallo de Satanás del yugo infernal, y se hace hijo de la Iglesia y heredero del cielo.

Consagrado el niño cristiano en nombre de la Santísima Trinidad, tiene por padre á Dios, por madre á la Iglesia, y á Jesucristo por hermano y redentor.

El pensamiento de esta grande y milagrosa redención ha hecho del sacramento del bautismo una solemnidad de piadoso regocijo... regocijo que toca á cada familia, y que raro es el hombre que no lo ha experimentado... Dios acaso nos debe este regocijo, porque en la vida no siempre se ha de entrar á la Iglesia para llorar de alegría. Abre el sacramento del bautismo la puerta de entrada, así como otro abre la de salida; puerta que se cubre de duelo, y por la que, esperando llegue nuestro turno, hemos de ver pasar á nuestro padre, á nuestra madre, y cuanto tenemos mas caro en este mundo.

¿Mas de dónde me vienen estos recuerdos de muerte, si quiero pintar la santa alegría del bautismo? ¡Ah! es que la vida del hombre es tan corta, que el ojo á la vez abraza toda su estension, y percibe al mismo tiempo el principio y el fin: y si no recordamos á muchos niños que hemos visto retirar de la piscina bautismal al lecho materno, ¿no es verdad que recordamos las bendiciones de

los abuelos, de la jóven madre, y otros mil votos de felicidad que cual suave rocío cayeron sobre el tierno neófito? ¿Han sido escuchados todos estos votos y santos deseos? ¿Dios ha ratificado las bendiciones de la madre y del padre? A estos niños á quienes se han deseado largos y felices años, no pocas veces el anciano que ha presenciado la ceremonia del bautismo, los ve con sus ataúdes cubiertos de blanco, y sus cabecitas coronadas de siempreviva, caminar al último lugar de los mortales.

Ellos debían ver partir al hombre agobiado por los años; mas por el contrario, este es quien ve partir á aquellos. La piscina de piedra colocada en la capilla de las fuentes, frente á un cuadro que representa el bautismo del hijo de Dios en las aguas del Jordán por Juan el Precursor, es como el primer lindero del camino bueno ó malo que se abre ante el hombre que acaba de nacer... Quizás se nos lleva á todos allí para hacernos recordar que nos separamos por primera vez del lado de nuestra madre (1); para venir allí nos ha sacado de la cuna la nodriza con todos los encajes con que nos ha adornado el orgullo maternal... Para venir allí se han vestido nuestros padrinos con sus trages de gala.

“Para que el hijo sea conducido *alibi*, la madre indigente se quita de encima el harapo que la cubría sobre la paja que era su lecho para parir... y aunque miserable, aunque lánguida, se sonríe al ver que su tierno hijo va á ser cristiano... y dice á los vecinos que le han ofrecido ser padrinos de su hijo: id y volved pronto para calentarlo en mi seno: y durante la ausencia de su hijo todo el tiempo de la ceremonia, ruega á Dios y á la Madre de Jesús hagan á su hijo mas feliz que á ella.

“Como si todos los hombres hubieran de tener cada uno parte en la felicidad, siempre hay mas ó menos alegría en un bautismo: las madres son quienes han inventado este regocijo... Y á la verdad, ¿tienen razon? no podré contestar satisfactoriamente. ¿Por ventura de estas fuentes bautismales, de estos puntos de partida, marchan los hombres á regiones felices?

He aquí á los pequeños ángeles de la tierra que aun empapados en el agua del bautismo, quisieron

(1) Cuadro Poético de las fiestas cristianas.

emprender su vuelo hasta el cielo, y el viento de la muerte los arrebató á sus madres como flores humedecidas con el rocío de la mañana.

Y los que están destinados á crecer y envejecer, ¿encontrarán la felicidad entre la piedra de la santa piscina y la piedra de la tumba? ¿No habrá algunos que esclamen: ¡Maldija la noche en que fui concebido! ¡Maldito el día en que nací! ¿Por qué se ha dado la vida al que la pasa en la amargura del corazón? (1).

Sea el niño que acaba de venir al mundo, hijo de rey ó emperador; háyalo parido la madre en lecho de púrpura y oro; esté destinado el recién nacido á ceñir algun día la corona; sea traído á la iglesia en una gran carroza escoltada de soldados y nobles de la corte de su padre, de todas maneras el recién nacido será detenido con todo su aparato en la puerta de la catedral suntuosa y antigua, lo mismo que el hijo del pobre artesano, á la puerta de la humilde capilla de una aldea. Desde aquí comienza la igualdad ante Dios; el hijo del monarca bajo ricos lienzos bordados y cubiertos de encaje, lo mismo que el hijo del mendigo bajo sus harapos agujerados y desgarrados, llevan la misma mancha y sujetos están á la misma humillación, al mismo ceremonial.

Antes de tratar de los pormenores de las ceremonias bautismales que tomaremos del Ritual, *hecho para todos*, para los grandes como para los pequeños, para los pobres como para los ricos, establezcamos el origen divino del primero de nuestros sacramentos. Los hijos del Evangelio deben conocer la nobleza, la santidad del título de CRISTIANO.

Un día vino un hombre á encontrar á Jesús. La elevada posición que ocupaba entre sus compatriotas no le satisfacía, y deseos muy vagos inquietaban sin cesar su alma. Sus vastos estudios sobre la ley y los profetas, le habían enseñado que aun no se había pronunciado la última palabra sobre el género humano. La sociedad, en que había visto transcurrir gran parte de su vida, le veía disolverse, y que el mundo se mecía como un hombre ebrio. Los desórdenes se aumentaban, se estendían los vicios y se elevaban como un mar agitado por el viento y cuyas olas nadie podía contener.

Entonces comenzaba Jesús sus tareas evangélicas, recorría por todas partes haciendo bien á todo Israel. Ningun hombre había hablado antes como él, ningun profeta había obrado milagros semejantes á los suyos, ni personaje alguno de la ley había presentado modelo acabado de todas las virtudes, ni había dominado tanto los corazones de las turbas. ¿No sería este hombre el fundador de esa sociedad, esperado por tantos siglos por el pueblo, y que necesitaba en gran manera todo el universo? Va á encontrar á Jesús el doctor judío, y se establece entre ambos el siguiente diálogo.

—Maestro, dice el judío, sabemos que eres un doctor enviado por Dios, pues ningun hombre es capaz de hacer los milagros que tú, si Dios no está con él.

—En verdad, en verdad os digo, replica Jesús,

que nadie puede tener parte en el reino de Dios, si no nace de nuevo.

—¿Cómo un hombre anciano puede aún nacer? ¿Entrará segunda vez en el seno de la madre para nacer de nuevo?

—En verdad, en verdad os digo que si un hombre no nace en el agua y en el Espíritu Santo, no puede entrar en el reino de los cielos. Lo que ha nacido de carne es carne, y espíritu lo que ha nacido de espíritu.

“No os asombréis de lo que os digo, menester es que nazcais segunda vez.

“El espíritu sopla donde quiere, y vosotros oís su voz; mas no sabéis de dónde viene ni adónde va; lo mismo sucede con todo hombre que ha nacido del espíritu.

—¿Cómo puede suceder esto? Dijo el judío aun mas admirado. Y Jesús replicó: Pues qué, ¿sois maestro en Israel, é ignorais estas cosas?

“En verdad, en verdad os digo que nosotros no decimos sino lo que sabemos bien, ni damos testimonio sino de lo que hemos visto; y sin embargo, vos no recibís nuestro testimonio. ¿Y si vos no me creéis cuando os hablo de cosas de la tierra, ¿cómo me creereis cuando os hable de las cosas del cielo? porque nadie ha subido al cielo sino el que del cielo ha descendido, el hijo del hombre que está en el cielo.

“Al modo que Moisés en el desierto levantó en alto la serpiente de bronce, así tambien es menester que el hijo del hombre sea levantado en alto, para que todo aquel que crea en él no perezca, sino que logre la vida eterna.

“Que amó tanto Dios al mundo, que no paró hasta dar á su Hijo Unigénito, á fin de que todos los que creen en él no perezcan, sino que vivan vida eterna.

“Pues no envió Dios su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que por su medio el mundo se salve.”

Se descubre en todo este discurso que quien habla es la divinidad. Efectivamente, solo al hijo muy amado del Eterno corresponde fijar y establecer las condiciones y modos con que adquiriria en lo sucesivo la suprema felicidad; y solo á un Dios podia proponerse como principio de salvacion. Quien cree en él no perecerá; y ¿cuál es la base de esta confianza? “Así como Moisés elevó en alto la serpiente, así será elevado el Hijo del hombre en el Gólgota.” Allí es donde todo termina. El bautismo no puede lavar la mancha del pecado original, sino en cuanto á que la gracia del sacramento mana del pie de la Cruz, fuente de misericordia y de salud.

Al leer estas revelaciones del Cristo en la tierra, se olvida uno del judío que había venido á instruirse, se coloca uno en su lugar, y se escucha al maestro que enseña; ninguna de sus palabras es inútil, todas llegan al alma para germinar allí; en efecto, tales palabras de vida no van dirigidas á un solo hombre, sino que han salido de la boca de Dios, para todas las generaciones que se sucedan hasta el fin de los tiempos.

Se halla en este discurso el plan de la sociedad

(1) Job.

que va á formar el Divino legislador. Para entrar á ella preciso es creer en él; mas esto no es bastante, ES NECESARIO RENACER POR EL AGUA Y EL ESPÍRITU SANTO.

No hay que esperar salvacion sin fé, sin el bautismo. *El que crea y fuese bautizado, será salvo. El que no crea será condenado.*

El bautismo es el medio de regeneracion adoptado para el género humano. En vano se trataria de entrar de otro modo á la sociedad establecida por el Salvador del mundo; nadie puede tener parte en el reino celestial si no renace por el agua y el Espíritu Santo.

Es tan indispensable la humildad para la salvacion de los hombres, que el Hijo immaculado del Eterno ha querido abatir su divina frente bajo la mano de Juan el Precursor, para recibir el bautismo de penitencia. El santo de los santos, la fuente de toda pureza, ha querido descender en las mismas aguas del Jordan en que los judíos venian á la voz del hijo de Zacarías ó Isabel á lavar sus manchas.

Cuando este acto sublime de humildad tuvo su cumplimiento, el bautismo de Jesus, abatimiento augusto de la segunda persona de la Santísima Trinidad, es tan agradable al Ser Soberano de los ángeles y de los hombres, que se entreabre el cielo, desciende el Espíritu Santo, y bajo la forma de una paloma, se para en la cabeza del Redentor, mientras

la voz del mismo Dios proclama á los cielos y á la tierra que aquel *es su hijo muy amado en quien tiene su entera complacencia.*

Esta brillante manifestacion de las tres personas divinas en el bautismo de Jesus, nos revela la importancia y grandeza del primero de nuestros Sacramentos, del que el bautismo de San Juan no era mas que una figura.

El bautismo cristiano es la puerta del grande edificio erigido por el Redentor, el sello de la adopcion de los hijos de Dios, el título que confiere derecho al cielo, al hombre condenado á regar la tierra con el sudor de su frente; el lazo que une lo débil, al Dios de toda fuerza; el que se halla en agonía, al autor de la vida; el que está en la amargura del corazon, al Monarca de los cielos que produce la mas pura alegría.

He aquí otro pasaje del Evangelio que establece de una manera precisa y positiva el origen la divinidad y necesidad del bautismo.

“Entonces Jesus habló á sus discípulos en estos términos: A mí se me ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra: id, pues, á instruir á todas las gentes *bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo*, enseñándolos á observar todas las cosas que yo os he mandado; y estad ciertos que yo mismo estaré continuamente con vosotros hasta la consumacion de los siglos.”

CEREMONIAL DEL BAUTISMO.

La campana de la parroquia con sus repiques anuncia la llegada de una familia que trae á la fuente bautismal un niño que acaba de ver la primera luz; el cura se reviste de un sobrepelliz y pone á su cuello la estola morada. Acompañado de un clérigo y del acólito que lleva en la mano una vela encendida, va á recibir al recién nacido hasta la puerta de la casa de Dios, pues todavía no puede entrar en la iglesia. Esta es el lugar de reunion de los siervos de Jesucristo, y solo en ella tienen derecho de permanecer los miembros de la familia. Este derecho lo confiere el bautismo; así que solamente despues de haberlo recibido, puede el hijo de la tierra convertido en hijo del cielo, penetrar en el lugar santo, no como un extranjero que transita, sino como un habitante radicado en el lugar que lo ha visto nacer; como un hijo en casa de su padre, y no como un hombre sin asilo.

Para el hombre pensador, se encierra aquí una gran leccion. ¿Qué idea, en efecto, no debe formarse de la sociedad cristiana, en que solamente son admitidos aquellos que el bautismo ha purificado y revestido de inocencia, y en la que despues de diez y ocho siglos nadie ha podido entrar sin ser antes lavado por el agua santa; sociedad en que el hijo de un rey como el de un esclavo, son recibidos bajo las mismas condiciones, sin que pueda jamas hacerse concesion alguna al rango ó á la grandeza? Esta sociedad es ciertamente la sociedad de los hijos de Dios, ante quien desaparecen los rangos; ante este Señor eterno, que da leyes al rico lo mismo que al pobre, y salva á todos los hombres por medio de la humillacion de la cruz.

Llegados al pórtico los recién venidos, el ministro de Jesucristo pregunta al hombre y á la mujer que conduce al niño:

—¿Qué pedís á la Iglesia de Dios?

—La fé.

—¿Qué os promete la fé?

—La vida eterna.

—Si quereis, pues, entrar algun dia á la vida, dice el sacerdote, observad los mandamientos. Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazon, con toda tu alma y con todo tu espíritu, y al prójimo como á tí mismo.

Dios es caridad, ha dicho el apóstol muy amado;

así, el que no tiene caridad, no conoce á Dios ni puede tener parte en las esperanzas que nos da.

Los padrinos y la mujer á quienes fió la madre á su hijo, lo presentan al sacerdote; el ministro del Sacramento sopla tres veces sobre el rostro del niño conjurando al espíritu de las tinieblas, en estos términos: “Sal de esta criatura, espíritu inmundado, y deja el lugar que ocupas al Espíritu Santo consolador.”

No es la ceremonia bautismal el único paso en que el ministro de Jesucristo manda con autoridad al arcángel caído; la palabra de la Iglesia es poderosa contra todo lo que se opone al reinado de Jesucristo; los cedros del Líbano inclinan sus elevadas puntas á su voz, y no podría resistir el mismo infierno á sus mandatos. El divino fundador de la Iglesia ha colocado en ella su autoridad, y ninguno podrá resistir impunemente á su poder.

“Recibid, dice el sacerdote al hacer la señal augusta de la redencion sobre la frente y el pecho del niño; recibid el signo de la cruz sobre la frente y sobre el corazon; tened una fé viva en los preceptos del cielo, y sed tal por vuestra conducta, que desde este momento podais ser el ejemplo de Dios vivo.”

Hace la señal de la cruz en la frente, pues el cristiano debe siempre parecerlo y jamas sonrojarse de su glorioso título. La señal de la cruz en el corazon, porque la cruz debe ser querida al cristiano, hacer sus delicias y su felicidad. ¡Ah! Esta cruz no carece de condicion alguna de las de la vida; ella es bien pesada para muchos; por mas que haga el hombre, no está en su poder dejar de sufrir. Feliz aquel que se abraza á la cruz de Jesus. ¡La cruz! Este es el pensamiento fijo del cristianismo. Por esta razon es frecuentemente repetido su nombre en la administracion de los sacramentos, para recordar que su gracia viene del Calvario y del sacrificio que allí se ofreció en rescate, y para la salvacion de los hombres.

Al continuar el sacerdote sus oraciones por el niño que se va á hacer cristiano, pronuncia estas palabras: “¡Oh Señor! escuchad en vuestra clemencia las oraciones que os dirigimos, y por vuestra virtud guardad perpetuamente á este escogido marcado con el sello de la cruz del Salvador, para que

que va á formar el Divino legislador. Para entrar á ella preciso es creer en él; mas esto no es bastante, ES NECESARIO RENACER POR EL AGUA Y EL ESPÍRITU SANTO.

No hay que esperar salvacion sin fé, sin el bautismo. *El que crea y fuese bautizado, será salvo. El que no crea será condenado.*

El bautismo es el medio de regeneracion adoptado para el género humano. En vano se trataria de entrar de otro modo á la sociedad establecida por el Salvador del mundo; nadie puede tener parte en el reino celestial si no renace por el agua y el Espíritu Santo.

Es tan indispensable la humildad para la salvacion de los hombres, que el Hijo immaculado del Eterno ha querido abatir su divina frente bajo la mano de Juan el Precursor, para recibir el bautismo de penitencia. El santo de los santos, la fuente de toda pureza, ha querido descender en las mismas aguas del Jordan en que los judíos venian á la voz del hijo de Zacarías é Isabel á lavar sus manchas.

Cuando este acto sublime de humildad tuvo su cumplimiento, el bautismo de Jesus, abatimiento augusto de la segunda persona de la Santísima Trinidad, es tan agradable al Ser Soberano de los ángeles y de los hombres, que se entreabre el cielo, desciende el Espíritu Santo, y bajo la forma de una paloma, se para en la cabeza del Redentor, mientras

la voz del mismo Dios proclama á los cielos y á la tierra que aquel *es su hijo muy amado en quien tiene su entera complacencia.*

Esta brillante manifestacion de las tres personas divinas en el bautismo de Jesus, nos revela la importancia y grandeza del primero de nuestros Sacramentos, del que el bautismo de San Juan no era mas que una figura.

El bautismo cristiano es la puerta del grande edificio erigido por el Redentor, el sello de la adopcion de los hijos de Dios, el título que confiere derecho al cielo, al hombre condenado á regar la tierra con el sudor de su frente; el lazo que une lo débil, al Dios de toda fuerza; el que se halla en agonía, al autor de la vida; el que está en la amargura del corazon, al Monarca de los cielos que produce la mas pura alegría.

He aquí otro pasaje del Evangelio que establece de una manera precisa y positiva el origen la divinidad y necesidad del bautismo.

“Entonces Jesus habló á sus discípulos en estos términos: A mí se me ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra: id, pues, á instruir á todas las gentes *bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo*, enseñándolos á observar todas las cosas que yo os he mandado; y estad ciertos que yo mismo estaré continuamente con vosotros hasta la consumacion de los siglos.”

CEREMONIAL DEL BAUTISMO.

La campana de la parroquia con sus repiques anuncia la llegada de una familia que trae á la fuente bautismal un niño que acaba de ver la primera luz; el cura se reviste de un sobrepelliz y pone á su cuello la estola morada. Acompañado de un clérigo y del acólito que lleva en la mano una vela encendida, va á recibir al recién nacido hasta la puerta de la casa de Dios, pues todavía no puede entrar en la iglesia. Esta es el lugar de reunion de los siervos de Jesucristo, y solo en ella tienen derecho de permanecer los miembros de la familia. Este derecho lo confiere el bautismo; así que solamente despues de haberlo recibido, puede el hijo de la tierra convertido en hijo del cielo, penetrar en el lugar santo, no como un extranjero que transita, sino como un habitante radicado en el lugar que lo ha visto nacer; como un hijo en casa de su padre, y no como un hombre sin asilo.

Para el hombre pensador, se encierra aquí una gran leccion. ¿Qué idea, en efecto, no debe formarse de la sociedad cristiana, en que solamente son admitidos aquellos que el bautismo ha purificado y revestido de inocencia, y en la que despues de diez y ocho siglos nadie ha podido entrar sin ser antes lavado por el agua santa; sociedad en que el hijo de un rey como el de un esclavo, son recibidos bajo las mismas condiciones, sin que pueda jamas hacerse concesion alguna al rango ó á la grandeza? Esta sociedad es ciertamente la sociedad de los hijos de Dios, ante quien desaparecen los rangos; ante este Señor eterno, que da leyes al rico lo mismo que al pobre, y salva á todos los hombres por medio de la humillacion de la cruz.

Llegados al pórtico los recién venidos, el ministro de Jesucristo pregunta al hombre y á la mujer que conduce al niño:

—¿Qué pedís á la Iglesia de Dios?

—La fé.

—¿Qué os promete la fé?

—La vida eterna.

—Si quereis, pues, entrar algun dia á la vida, dice el sacerdote, observad los mandamientos. Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazon, con toda tu alma y con todo tu espíritu, y al prójimo como á tí mismo.

Dios es caridad, ha dicho el apóstol muy amado;

así, el que no tiene caridad, no conoce á Dios ni puede tener parte en las esperanzas que nos da.

Los padrinos y la mujer á quienes fió la madre á su hijo, lo presentan al sacerdote; el ministro del Sacramento sopla tres veces sobre el rostro del niño conjurando al espíritu de las tinieblas, en estos términos: “Sal de esta criatura, espíritu inmundado, y deja el lugar que ocupas al Espíritu Santo consolador.”

No es la ceremonia bautismal el único paso en que el ministro de Jesucristo manda con autoridad al arcángel caído; la palabra de la Iglesia es poderosa contra todo lo que se opone al reinado de Jesucristo; los cedros del Líbano inclinan sus elevadas puntas á su voz, y no podría resistir el mismo infierno á sus mandatos. El divino fundador de la Iglesia ha colocado en ella su autoridad, y ninguno podrá resistir impunemente á su poder.

“Recibid, dice el sacerdote al hacer la señal augusta de la redencion sobre la frente y el pecho del niño; recibid el signo de la cruz sobre la frente y sobre el corazon; tened una fé viva en los preceptos del cielo, y sed tal por vuestra conducta, que desde este momento podais ser el ejemplo de Dios vivo.”

Hace la señal de la cruz en la frente, pues el cristiano debe siempre parecerlo y jamas sonrojarse de su glorioso título. La señal de la cruz en el corazon, porque la cruz debe ser querida al cristiano, hacer sus delicias y su felicidad. ¡Ah! Esta cruz no carece de condicion alguna de las de la vida; ella es bien pesada para muchos; por mas que haga el hombre, no está en su poder dejar de sufrir. Feliz aquel que se abraza á la cruz de Jesus. ¡La cruz! Este es el pensamiento fijo del cristianismo. Por esta razon es frecuentemente repetido su nombre en la administracion de los sacramentos, para recordar que su gracia viene del Calvario y del sacrificio que allí se ofreció en rescate, y para la salvacion de los hombres.

Al continuar el sacerdote sus oraciones por el niño que se va á hacer cristiano, pronuncia estas palabras: “¡Oh Señor! escuchad en vuestra clemencia las oraciones que os dirigimos, y por vuestra virtud guardad perpetuamente á este escogido marcado con el sello de la cruz del Salvador, para que

conservando él las lecciones divinas, sea digno de llegar por medio de la observancia de los mandamientos, á la gracia de la regeneracion.

Dios todopoderoso y eterno, padre de Nuestro Señor Jesucristo, dignaos bajar vuestras miradas sobre este siervo que habeis querido llamar al beneficio de la fé; alejad de él toda ceguedad del corazon, romped los lazos con que lo tiene atado el demonio. Abridle la puerta de vuestras misericordias, á fin de que, marcado con el ligno indeleble de vuestra sabiduría, no eshalen de él su fetidez las palabras impuras, y que marchando con el olor suave de vuestros mandamientos, sea en vuestra Iglesia un siervo fiel, y crezca de dia en dia en fidelidad.

Al poner la sal en la boca del recién nacido, el oficiante le dirige estas palabras: "Recibe la sal de la sabiduría, que te sea propicia para la vida eterna.

Dios de nuestros padres, autor de toda verdad, os suplicamos humildemente dirijais una mirada sobre vuestro siervo. No permitais que despues de haber gustado el primer alimento de esta sal, experimente esa hambre que solo puede calmar el alimento celestial.

Que su espíritu sea siempre fervoroso, su corazon siempre lleno de la alegría que da la esperanza, y siempre sumiso á vuestro nombre; conducido, Señor, al baño de la nueva regeneracion, para que en union de vuestros fieles sea digno de participar de las recompensas celestiales que habeis prometido.

La voz del ministro de Jesucristo, que hasta aquí ha sido suplicante, se convierte en imperativa, y de una humilde y piadosa oracion pasa á una orden severa y formal para el demonio:

"Vete, le dice; vete, arcángel maldito, abandona esta alma libertada de tus lazos y marcada con el sello de la cruz. Reconoce la sentencia contra tí pronunciada; rinde homenaje al Dios vivo, á su hijo Jesucristo y al Espíritu Santo; yo te lo mando en el nombre de aquel que hizo á Pedro caminar sobre las olas del mar, y le tendió la mano cuando se hundía en ellas. No vuelvas á ensayar el someter á tu imperio el siervo de Dios que hemos marcado en el corazon y la frente con el signo de la cruz; nada haya de comun entre él y tú; el Espíritu Santo desde las alturas de los cielos ha descendido á su alma lavada en la divina fuente; así que esta alma ha venido á ser la habitacion y templo del Dios tres veces Santo; no vengas, condenado maldito, á violar este asilo."

Despues de haber hablado así con autoridad al demonio que Nuestro Señor arrojaba del cuerpo de los poseidos, el sacerdote, siempre preocupado de la salvacion del alma que él va á hacer cristiana, vuelve á orar á Dios de esta manera:

"Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, Señor que os aparecisteis á vuestro siervo Moises en el monte Sinai, que librásteis á los Israelitas de la servidumbre de Egipto y les mandásteis un ángel que dia y noche los guiase por lugares desconocidos hácia la tierra de promision, os suplico, Señor, os digneis mandar que uno de vuestros ángeles descienda en este dia sobre el nuevo hijo de vuestra

Iglesia, para que lo custodie en la tierra y lo conduzca al cielo, donde reine con vuestro hijo y con el Espíritu Santo por los siglos de los siglos."

El ministro de los altares, despues de esto, impone las manos sobre la cabeza de la criatura, como para tomar posesion en nombre del Todopoderoso, y volviendo al language suplicatorio, ruega al Dios de luz y de verdad se digne iluminar esta alma, purificar y santificar este corazon, concederle una verdadera ciencia para que su esperanza sea firme, su fé en la doctrina cristiana inalterable, y su conducta siempre en armonía con los preceptos divinos.

El neófito es introducido, terminada esta oracion, en la Iglesia.

Para el hombre que no sabe descender el velo de las miserias humanas, parecen difusos estos preámbulos; mas para quien mide el abismo en que nos precipita el pecado, se encierran aquí grandes y saludables lecciones; todo proclama hasta aquí la dominacion de Jesucristo sobre el infierno, la caridad hácia su criatura degradada, el conocimiento de las necesidades de nuestra alma; así que todo concurre á llenar de confianza al nuevo escogido.

La palabra de la Iglesia es viva y eficaz para atraer las bendiciones de Dios sobre el nuevo cristiano. Cuando la Iglesia ruega por las necesidades del hijo que ha adoptado, nadie puede impedir que el rocío celestial descienda sobre aquel.

El sacerdote, uniendo su voz á la de los padrinos, recita el símbolo de nuestra fé. Justo es que al aproximarse el recién nacido al santuario de su Dios, abraza las verdades que el Salvador ha revelado en la tierra; sin la fé, es imposible agradar á Dios; estas verdades compendiadas por los Santos apóstoles en doce artículos, han formado el Credo católico. Cuando se dió al mundo este compendio de verdades, se multiplicaron las persecuciones, se agitó la heregía y se rebeló la ciencia; pero las persecuciones terminaron, se disiparon las heregías, fué confundida la ciencia, y la verdad ha permanecido inmutable. Los dogmas del cristianismo son á manera de un haz que ningun esfuerzo humano puede desunir ni tempestad alguna destrozar. Escuchemos lo que sobre este punto dice un gran doctor de la Iglesia, San Ambrosio, gloria de Milan y del orbe cristiano, uno de los hombres que mas honra la Santa Iglesia.

"Es el símbolo como el estandarte que reúne el ejército de los cristianos, la señal que nos debe reunir en un solo punto de creencia: es un sello venerable que llevamos sobre nuestros corazones, y que nos caracteriza y distingue; por tanto, debemos recitarlo todas las mañanas cuando el alba blanquea el cielo, y revestimos de él como de una armadura que nos ponga á cubierto de los enemigos de nuestra fé. El soldado jamas debe marchar al combate, ni aun permanecer en su tienda, sin tener en el corazon y ante los ojos la señal y el juramento militar, hechos para dirigir sus pasos. Somos nosotros los soldados de Jesucristo, é incesantemente tenemos que combatir por la verdad y la virtud. Nuestro símbolo es nuestro estandarte, nuestro punto de reunion, nuestra armadura; así,

pues, llévelo cada uno consigo en todas las batallas, recítelo siempre con fé y devocion. En casa, en el trabajo, en el campo, en viaje, en la paz del claustro, en nuestros pesares, tribulaciones, tentaciones; en nuestra alegría, en nuestros sucesos prósperos; en medio de los bienes y de los males que nos sucedan, que nos dirijan los sentimientos de fé, esperanza, temor y amor que el símbolo nos recuerda; nos dirijan, decimos, en todas nuestras acciones, agitaciones y deseos; empleemos dia y noche esta armadura celestial para combatir y vencer, para derrotar á derecha ó izquierda al demonio, las pasiones y los enemigos que por todas partes nos atacan."

Despues del Credo, el sacerdote, en union de los padrinos, dirige al Altísimo la oracion dominical yéndose hácia la piscina sagrada. He aquí introducido en la casa del Señor al hijo de la tierra. Por la boca del hombre y la mujer que han venido á tenerlo en la fuente bautismal, ha rogado á su Padre que está en los cielos, como si ya hubiese corrido sobre su frente el agua de la regeneracion. Sin embargo, aun no es miembro de la familia santa y gloriosa; aun está bajo el poder del enemigo del hombre; se obstina Satanás en permanecer en esta alma, cual resuelto guerrero, combatiendo hasta el último extremo para defender un puesto cuya guarda se le ha confiado; se resiste, pues, terriblemente, antes que el agua vivificadora lo lance definitivamente. El cristiano nunca debe asombrarse de la virtud divina que el agua recibió el dia en que Jesús fué bautizado en el Jordan.

El oficiante despues toca las orejas del recién nacido, diciendo: *Epheta*, que significa *abrios*; despues las narices diciendo: *Abrios* para respirar el olor de suavidad de nuestro Señor Jesús; y tú, Satanás, huye, porque se acerca el juicio de Dios.

Por medio de una uncion semejante, curó otra vez el Salvador Divino á un sordo-mudo de nacimiento; la Iglesia se acuerda de las acciones como de las palabras de su Augusto Fundador, y sabe que á ellas está aneja una gracia celestial y eficaz. Recuerda la memoria de ellas en sus ceremonias, porque desea verla derramarse sobre sus hijos.

Entonces comienza un diálogo entre el ministro y los encargados de responder á nombre del niño, cuya voz aun no puede articular palabra; diálogo imponente escrito en el cielo en el libro de la vida, y en el corazon de todo cristiano con caracteres indelebiles.

- ¿Renuncias á Satanás?
- Renuncio.
- ¿Renuncias á sus obras?
- Renuncio.
- ¿Renuncias á sus pompas?
- Renuncio.

Despues de esto, el niño es ungido con el óleo de salvacion de Jesucristo, para que tenga la vida eterna; y el sacerdote, dejando la estola morada (estola de duelo) toma una blanca, símbolo de gozo y de inocencia. En efecto, cada vez que un esclavo de Satanás se ve libre del yugo infernal, hay

gran regocijo en los cielos... Continúa el diálogo de esta manera.

—¿Crees en Dios Padre todopoderoso, creador del cielo y de la tierra?

—Sí creo.

—¿Crees en Jesucristo, su único hijo nuestro Señor, que nació y padeció?

—Sí creo.

—¿Crees en el Espíritu Santo, en la Santa Iglesia católica, en la comunión de los fieles, la resurreccion de la carne, y la vida perdurable?

—Sí creo.

—¿Quieres ser bautizado?

—Sí quiero.

Despues de haber tomado todas estas precauciones, es cuando la Iglesia confiere el bautismo solemne.

En el momento que acaba de nacer un niño, en cualquier reinado ó república, se apodera de él la ley civil, y sin preguntar nada á sus padres, hace del recién nacido un súbdito ó un ciudadano. La ley cristiana obra menos despóticamente; he aquí cómo pregunta su ministro y escoge de los padrinos las fianzas del niño que presentan al bautismo. Antes que el agua santa corra sobre la frente del neófito, ya lo habeis oído, el sacerdote ha preguntado á los que tienen el cargo de responder:

—¿Renuncias á Satanás? ¿Crees en Dios? ¿Quieres ser bautizado?

Hasta que el ministro tiene seguridad plena del deseo y de la creencia, repetidos por los padrinos, es cuando pronuncia las palabras que con el agua derramada en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, abren la puerta de la Iglesia y de los cielos al ser que el pecado original tenia hecho vasallo de Satanás.

Los padrinos tienen al niño inclinado sobre la piscina, y el sacerdote toma el agua de la fuente en una pequeña concha destinada á este uso, y la derrama tres veces sobre la cabeza del recién nacido, haciendo la señal de la cruz, diciendo al mismo tiempo una sola vez con mucha claridad y devocion:

YO TE BAPTIZO EN EL NOMBRE DEL PADRE ✠ Y DEL HIJO ✠ Y DEL ESPIRITU SANTO ✠.

Estas palabras, dichas con la intención y la voluntad de bautizar, como lo entiende y ordena la Iglesia católica; esta agua derramada que ha tocado y mojado la desnuda cabeza del niño, operan ese grande y feliz misterio de gracia y regeneracion; y, cosa que revela toda la misericordia y bondad de Dios, aun cuando el sacerdote que ha derramado el agua y pronunciado gravemente las palabras sacramentales, sea un ministro indigno y sacrilego, si ha tenido la voluntad de bautizar como lo manda la Iglesia, á pesar de la indignidad del oficiante, el bautismo es bueno y válido. Verdad es que impuras manos han tocado el vaso; mas la gracia que contenia, corre con pureza y eficacia.

No es esencial para bautizar, el que el agua sea bendita; y en caso necesario, si no se la puede te-

ner á la mano, dice el catecismo que se debe tomar agua comun; mas cuando se administra solemnemente el sacramento del bautismo, no se debe usar de otra agua que la bendita el mismo año en sábado de gloria ó el sábado anterior al Pentecostés. He aquí el testo de la bendicion del agua en el oficio del sábado de gloria.

"Oh Dios, cuyo espíritu en el principio del mundo era llevado sobre las aguas, para imprimir á este elemento la virtud de purificar las almas! Dios, que al lavar las iniquidades del mundo criminal mostrásteis en el mismo diluvio una imágen de la regeneracion, para que por un misterio adorable el mismo elemento haga morir los vicios y nacer las virtudes, ¡oh Señor! volved los ojos sobre estas aguas y santificadlas."

Despues, tocando el agua con la mano, hace sobre ella la señal de la cruz, y agrega estas palabras:

"Que esté á cubierto de las empresas del enemigo esta agua, criatura inocente y santa, y sea purificada ¡oh Señor! con tu soplo divino.

"Que sea fuente de vida, manantial de gracia y regeneracion.

"El que en ella se lave, sea purificado por el Espíritu Santo.

"¡Oh agua! yo te bendigo por el Dios vivo, por el Dios verdadero, por el Dios Santo, por aquel mismo Dios que al principio de los tiempos te separó de la tierra por su palabra; aquel Dios cuyo espíritu era conducido sobre las aguas."

Despues de estas palabras, el celebrante divide el agua con la mano, y arrojándola hácia los cuatro puntos cardinales, dice:

"Yo te bendigo tambien por aquel Dios que te hizo correr en cuatro rios en el Paraiso Terrenal, ordenándote regar toda la tierra; yo te bendigo por aquel Dios que te hizo brotar de una roca; te bendigo tambien por nuestro Señor Jesucristo, que te convirtió en vino en las bodas de Caná; te bendigo por aquel á quien Juan bautizó en el Jordán; te bendigo por Jesucristo en la cruz, que te hizo salir con sangre de su costado, y que mandó á sus discípulos bautizar contigo á los que en él creyeron."

Soplando sobre el agua, agrega el celebrante:

"Señor, bendecid vos mismo esta agua pura, á fin de que no lave solamente el cuerpo, sino que adquiera tambien la virtud de purificar el alma.

El sacerdote sumerge tres veces el cirio bendito en el agua, y repite: que la virtud del Espíritu Santo descienda sobre toda la sustancia de esta agua, y le comunique la fecundidad y el poder de regenerar.

El oficiante toma la vela, y haciendo caer tres veces gotas de cera sobre el agua en forma de cruz, dice:

Sean santificadas y adquieran fecundidad estas fuentes, en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

Despues, echando tres gotas del óleo de los catecúmenos:

"Hágase esta mezcla del aceite de la unción y

el agua bautismal, en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

Derramando el santo crisma en el agua:

"La mezcla del crisma de santificacion, del aceite de unción y del agua del bautismo, hágase en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo."

Los fieles responden: "Así sea." Esta palabra podrá ser dicha irreflexivamente por algunos; pero los que la pronuncian con una poca de atencion, la encuentran muy grave en la presente circunstancia, porque el agua que acaba de ser santificada y ha recibido la bendicion, á lo que han contribuido ellos con sus oraciones, ha de ser vertida sobre la frente de sus hijos al entrar al mundo; y cuando el estertor de la agonía les haga sufrir y llorar, una mano piadosa rociará con esta misma agua sus miembros helados.

¡Ah! Nada hay fútil, nada que deje de inspirar serias meditaciones en las ceremonias del catolicismo: el agua que en las fiestas de la Iglesia se ve en grandes fuentes de mármol, en vastas conchas ó piscinas de piedra, está destinada para las cunas y los sepulcros, para los vivos y los muertos.

El agua, junto con las palabras del ministro, hace caer los hierros del esclavo; el condenado se rehabilita, y el niño se lava del pecado de sus primeros padres. Pero el nuevo cristiano que ha de crecer y verse obligado á luchar en este mundo, tiene necesidad de fuerza; por esto el ministro de Jesucristo pronuncia despues de las palabras sacramentales del bautismo esta oracion:

"Que el Dios Todopoderoso, Padre de Nuestro Señor Jesucristo que te ha regenerado en el agua y el espíritu, y te ha concedido el perdón del pecado, te señale por mi mano con el crisma de salud, en el mismo Jesucristo Nuestro Señor para la vida eterna."

La religion nos da por medio del bautismo una cruz que llevar; y por medio del santo crisma que unge nuestra frente, nos hace ver que el yugo del Señor es suave y ligero para quien sabe sobrellevarlo. El santo crisma de que ella se sirve en todos los bautismos, el mismo para el pobre que para el rico, lo mezcla la Iglesia en las pompas de la consagracion de los pontífices y reyes. ¿No existe, pues, en este derecho comun á los tesoros del santuario, una santa fraternidad, una igualdad absoluta ante Dios?

No falta para completar la ceremonia del bautismo, sino el velo blanco que el sacerdote va á estender sobre el niño pronunciando estas palabras:

"Recibe esta túnica de inocencia, y cuida de volverla á traer sin mancha al tribunal de Jesucristo, á fin de que logres la vida eterna."

El cristiano debe conservar con una escrupulosa vigilancia la inocencia figurada en la blancura de este ropaje; pues de otra manera su candor se marchitaría pronto, y no quedaria de su esplendor mas que un triste recuerdo.

El oficiante entrega á los padrinos la vela encendida y dice al niño:

"Recibe esta llama, y conserva el bautismo en

toda su pureza: guarda los mandamientos del Señor, para que en el día que lleve á sus criaturas á la tierra de la alegría, puedas comparecer en su presencia con todos los santos, gozar de la vida eterna, y vivir por los siglos de los siglos."

Este vivo deseo de la vida eterna se repite á cada instante en la ceremonia, que es el primer paso de la vida de aquí abajo. El hombre nacido de mujer vive poco sobre la tierra, y casi siempre en la amargura del corazón: la religion, que conoce todas nuestras miserias y la brevedad de nuestros días, eleva sus votos para que hagamos mejores los momentos que aquí se nos concedan; compadeciéndose de nuestros años de *trescientos sesenta y cinco días*, quiere darnos la ETERNIDAD, y desde nuestro primer día mas bien nos habla de aquella que de los que estamos condenados á pasar destrerrados de la patria celestial.

"Si en este primer paso de la vida cristiana no hay una mezcla de teología y moral, de misterio y sencillez, nada hay de divino en la religion (1).

"Mas si se considera en una esfera mas elevada, y representando un misterio de nuestra redencion, el bautismo es un baño que vuelve al alma su vigor primitivo. No se puede recordar sin profundo pesar la belleza de los primitivos días del cristianismo, en que los bosques no guardaban suficiente silencio, ni bastante profundidad las cuevas para venir los fieles á estos lugares á meditar sobre los sagrados misterios. Aquellos cristianos, testigos que fueron de la renovacion del mundo, se ocupaban de pensamientos muy distintos de los que hoy tenemos los cristianos envejecidos en el siglo y no en la fé. Esta habitaba en aquellos felices tiempos en las rocas y en las cuevas de los leones, é iban los reyes á consultar con el solitario de la montaña. ¡Oh días desvanecidos como el humo! Ya no existe San Juan en el desierto, ni el venturoso catecúmeno siente ya correr sobre sí las aguas del Jordán que se llevaban al mar todas las manchas de su alma."

Durante todas estas interesantes ceremonias del bautismo, la madre del tierno cristiano no tiene en su lecho mas que un pensamiento, el de que volverá á ver á su hijo con la bendicion de Dios. ¡Con qué entusiasmo ha escuchado las campanas, cantando de gozo en la torre de la capilla de la fuente bautismal, siendo el latido de su corazón maternal cada vez mas vivo y precipitado que el del repique de la iglesia!... Si penetramos hasta la sagrada piscina, encontraremos tanta agitacion como en la recámara de la recién parida, porque la religion católica compete en ternura con el corazón de una madre. Ya hemos visto que trata de alejar del niño que bautiza, el león que ora ronda la cuna como el lecho de agonía. ¿No os conmueve la oracion que al Todopoderoso dirige el sacerdote, á ese Dios cuyo brazo fuerte libró á Israel del yugo de Egipto, y le dió un ángel que le condujese á la tierra de promision? ¿No creéis que sea ese mismo Dios á quien el ministro de Jesu-

cristo ruega mandar un ángel, no para liberrar á un gran pueblo, sino para custodiar á un niño en su cuna?

¡Ah! Yo me imagino que lo que mas ha conmovido á la joven madre, es esta invocacion, esta solicitud de un ángel que proteja á su hijo. Las demas oraciones que acaso habrá leído desde su lecho, le habrán parecido hermosas, y le habrán hecho correr por sus mejillas, ajadas con los pasados sufrimientos, suaves y deliciosas lágrimas. Sus ojos empapados se fijan con ternura de cuando en cuando sobre la cuna vacía, junto á la que ve parado á un hermoso serafín.

Los neófitos, ora niños, ó bien adultos, entraban antiguamente á la participacion de todos los misterios sagrados, tan luego como se les administraba el bautismo; recibian al salir de la fuente bautismal la confirmacion y la eucaristía; y de esta manera se les ponía en el mismo día en posesion de todos los bienes, de todos los tesoros espirituales de la Iglesia.

No era fácil, dice el padre Chardon, dar la eucaristía á los parvulitos, sobre todo á los que estaban en la lactancia. Así es que vemos que regularmente solo se les daba la preciosa sangre.

En el siglo doce, para evitar los inconvenientes de esta comunión infantil, mojaba el sacerdote en la sangre preciosa el dedo, y llevándolo á la boca del niño bautizado, este la chupaba.

Era tan general el uso de dar la eucaristía (2) á los niños que acababan de nacer, por medio del agua regeneradora del bautismo, que cristianos muy respetables creian que los que no recibian aquella antes de la muerte, perdian muy grandes ventajas: lo cual se infiere de la cuestion que el diácono Ferrando propuso á San Fulgencio, con motivo de un joven esclavo negro, á quien su señor acababa de instruir en la religion, que se habia hecho catecúmeno, y repentinamente en peligro de muerte habia sido bautizado, sucumbiendo al mal antes de recibir la sagrada comunión, sobre lo cual decia Ferrando: pregunto si perjudica al bautizado no comer la carne del Señor, ni beber su sangre cuando es arrebatado por la muerte, entre el bautismo y la comunión. A lo que contestó San Fulgencio que no hay que apurarse por los que mueren antes de haber recibido la sagrada eucaristía; porque cada uno de nosotros, dice el santo, comienza á participar de este pan, cuando comienza á ser miembro del mismo cuerpo, es decir, de Jesucristo; lo cual se logra por medio del bautismo. Atendiendo á esta doctrina, se abandonó hace muchos siglos la costumbre de dar aún á los niños la eucaristía con el bautismo.

"En Occidente, era costumbre dar á los neófitos despues del bautismo y la comunión, *leche y miel*, para dar á entender que por medio de los sacramentos en que están iniciados los cristianos, entran en posesion de la verdadera tierra prometida, de la que solo era figura la Palestina."

(1) Chateaubriand. Génesis del cristianismo.

(2) Historia de los sacramentos, por el padre Chardon. Tomo V, página 365.

Nada prepara tanto á los goces de familia, como el cumplimiento de un deber religioso; nada dilata y engrandece nuestra alma, como las ceremonias santas, las hermosas oraciones del catolicismo. Su autor ha derramado sobre ellas, por medio de sus divinos sacramentos, una poesía maravillosa y sublime. La casa paterna no nos parece nunca tan hermosa ni tan grata, como cuando regresamos de la iglesia; orando en esta al padre de todos los hombres, nos hemos impregnado de amor; no hay que dudar, mana de los tabernáculos sagrados de nuestros altares, un rocío celestial que empapa y rejuvenece nuestro corazón; nunca amamos mas á nuestros parientes, jamas estamos mas dispuestos á sacrificios generosos, ni preparados á puros y tiernos afectos, como al salir de orar á Jesucristo. . . . ¿No es de esta divina persona de quien proviene toda paz y todo honor?

Reflexionad sobre el acompañamiento y amigos y parientes que acompañan al bautisterio al recién nacido. Concluida la ceremonia, cerrada el acta de bautismo y firmada en los registros de la parroquia, todos se apresuran á volver á casa de la madre del tierno cristiano, que ha entrado á la vida rodeado de sus votos, y bajo el patrocinio de algún santo del cielo. El gozo y la esperanza se hallan en el corazón de todos, porque el niño viene de buena estirpe, sus padres harán por él lo que por ellos otros hicieron, y lo educarán en el temor y el amor de Dios. El será para la aldea ó ciudad en que acaba de nacer, un justo mas. Los amigos, entre tanto, apresuran la marcha, pues suponen que la madre los espera muy impaciente, tras de sus cortinas de seda ó lana; ella ha estado contando los minutos que trascurren, y sería cosa cruel hacerla esperar mas á su tierno hijo; todos se apresuran, pues, y cuando el niño ve despues de mucho tiempo, la tierra cubierta de verdura y flores, encuentra el camino de la iglesia á su casa sembrado de poéticas ilusiones.

En este solemne día de maternal regocijo, el hogar mas vacío y desabrigado, se engalana y abriga; la flama refleja su luz rojiza y suave calor sobre la cuna. Bien podrá la miseria penetrar mas tarde en esta humilde morada. La desnudez con todas sus angustias se apoderará de los padres del niño bautizado; pero se puede asegurar que este será el último que sienta la desgracia; allí está la madre para defenderle del frío, salvarle del hambre, y dará hasta el último andrajo para cubrirle.

Al escribir sobre el bautismo, se viene á la imaginación la MADRE CRISTIANA, y para pintarla bien, no hay mas que recurrir á los siguientes renglones del Genio del Cristianismo.

"La bondad de la Providencia se muestra toda entera en la cuna del hombre. ¿Cuántos recuerdos patéticos! ¿Serán por ventura los efectos de una materia insensible? El niño nace, el pecho está lleno; aun no está armada la boca del joven comensal, para que no lastime la copa del banquete maternal; cuanto mas crece él, la leche se hace mas nutritiva; y cuando se le desteta, el manantial se agota. La mujer, tan débil de por sí, repentina-

mente adquiere fuerzas que le hacen soportar fatigas que no podría sobrellevar el hombre mas robusto.

"¿Qué es lo que la despierta en el centro de la noche, en el mismo instante en que su hijo ha de pedir su alimento? ¿De dónde le viene esta destreza que jamas habia conocido? ¿Cómo toca esta tierna flor sin ajarla! No parece sino que sus cuidados son fruto de la experiencia de toda su vida; y no obstante, aquel es su primogénito. [El menor ruido asustaba á la virgen: ¿en dónde están los ejércitos, los rayos y peligros que harán palidecer á la madre? Esta mujer necesitaba en otro tiempo delicada instruccion, fina ropa, muelle lecho: el menor soplo de aire la molestaba; y hoy un tosco pan, un vestido de paño y un puñado de paja, la lluvia, los vientos, nada le importa, con tal que tenga en su pecho una gota de leche con que alimentar á su hijo, y entre sus harapos un jiron con que envolverle.

"Pero no es solamente el corazón de la madre el que rebosa de alegría en el día de un bautismo, tambien el padre del recién nacido tiene sus transportes; él mezcla á su felicidad una especie de fiereza; el grito que su hijo ha lanzado al llegar al mundo, ha engrandecido su existencia: desde este momento (que no habrá tenido igual en el resto de sus días,) conoce que una raíz mas fuerte que todas las demas, lo ha de ligar en lo sucesivo á la tierra; él poseia lo pasado, mas ahora solo pensará en el porvenir; corre presuroso á tomar á su hijo de los brazos de la nodriza y llevarlo á la madre diciendo: "He aquí el lazo mas suave, mas fuerte, que estrecha nuestra union y prueba que Dios la ha bendecido. Por tí me ha venido este don del cielo: jamas me has sido mas querida, jamas me has parecido mas bella; y nunca has merecido tanto amor y respeto." Despues de haber devuelto su primogénito á los brazos de la joven madre, prócsima á desfallecer entre las suaves delicias de la maternidad, se vuelve hácia los amigos y parientes que ocupan la cámara y les dice: "regocijémonos, porque nos ha nacido un hijo á todos."

Entre los rasgos prominentes de alegría, no hay que olvidar la presencia del abuelo; se ha dado su nombre al nuevo cristiano; y uniendo todos los circustantes los recuerdos mas gratos á los presentes goces, les parece ver al anciano en el recién nacido.

Vienen tras el anciano los padrinos, pues habiendo sido los fiadores del niño ante la fuente bautismal, son *espiritualmente y segun la gracia, despues que los padres naturales*, los dos seres mas unidos al bautizado. Su paternidad es muy verdadera, y proviene nada menos que *del espíritu*. Así es que se les ve junto á los felices consortes, vestidos de ricos trages, con sus guantes blancos, sus grandes ramos de flores, y cajas de dulces, abrazando la parida y refiriéndole cómo llegó *el ahijado* al bautisterio, y allí *manifestó con sus gritos el deseo de vivir*. Refieren despues todos los votos que el cura elevó al cielo por el nuevo feligrés, y las aclamaciones que el pueblo dirigia al salir ellos de la

parroquia, á saber: "*Que Dios, la Santísima Virgen y los santos ángeles velen por este niño, cuyos abuelos han sido siempre compasivos y hospitalarios para con todos nosotros.*"

Relaciones son estas que hacen rebosar de alegría el corazón de la joven madre, y que la causarían algún mal grave, si no fuesen acertadas, pues no agobia menos la felicidad que la desgracia.

Pasados estos momentos de regocijo y familiaridad, todo el mundo se retira, y en la cámara quedan solos la madre y el hijo para reposar juntos de las fatigas que acaban de sufrir: primer sueño interesante que velarán dos hermosísimos ángeles; el que ha custodiado veinte años á la mujer que acaba de ser madre, y el que ha sido escogido para la guarda del niño bautizado.

La miserable criatura que acaba de libertar el bautismo de la esclavitud de Satanás; el niño que apenas ha vivido algunas horas, y ahora duerme al lado de la madre, que con delicia escucha su delicada respiracion; este primogénito ha causado un movimiento extraordinario, y animacion nada comun en la casa. Parece que los venerables abuelos se han sacudido del peso de la ancianidad, y en sus rostros está pintada la mas profunda alegría, la felicidad mas completa.

Se puede asegurar que tal alegría y felicidad refluirán en bien de los pobres, sobre todo de las mujeres que se hallen de parto. Nunca puede ser estéril la alegría del verdadero cristiano; es á manera de la rosa de Jericó, que no encierra su perfume y lo guarda para sí sola, sino que por todas partes lo esparce, embalsamando y purificando el aire.

Cuanto mas se estudia el mundo, mas patente se hace que la religion, como que purifica la atmósfera, y que los desgraciados tienen gran ventaja en vivir cerca del templo en que se adora á Dios como se debe; así que, antes del nacimiento del niño que acaba de traerse á las fuentes bautismales, y bajo el techo en que ha nacido, la sola ocupacion ha sido hacer los preparativos de la fiesta, se han dispuesto los adornos y los regalos; pero sin olvidarse nunca de las paridas pobres, á quienes se han distribuido vestidos y socorros, y á los presos libras de pan blanco. La alegría es tan grande, que va á buscar donde hace falta.

Tales obras se ejecutan en nombre del recién nacido, pues lo que se desea es que Dios esté con él, y para agradar al padre comun de los fieles, se practican los actos de caridad.

Los que hemos vivido largos años y asistido á muchos bautismos, sabemos todo lo que hacen los padres por transmitir *la fortuna* á sus hijos. Conocen la fragilidad de esta, y para que no se estrelle contra algún escollo, y llegue á la posteridad intacta y pura, el solo remedio es ponerla bajo la custodia del cielo. Vemos á veces cunas suntuosas, puestas bajo alas de ángeles, derramando por todas partes beneficios á los enfermos y necesitados, y entre estos piadosos sentimientos se ven espléndidas fiestas y danzas populares. Para la solemnidad de familia, un castillo habia adornado su

rica arquitectura, sus pilastras, sus cornisas, sus fachadas, con guirnalda de flores y de hojas. Hermosos naranjos adornaban el patio, y las plantas mas raras, los mas olorosos ramilletes, lucian su brillante esmalte y eshalaban su perfume en la rica y magnífica capilla.

Dentro y fuera de la grande y noble residencia, todo era placer, como en los días de *regocijo y caballería*: desde el balcon principal, al grito de *¡Largueza, largueza!* se hacia llover plata sobre la turba. En los salones en que innumerables parientes y amigos se reunian á la mesa, no se escuchaban mas que votos favorables espresados en gozosos motes, que eran repetidos y cantados á coro por todos los comensales. Cuando estos se retiraban á su casa, al verse cada uno solo en su cámara, se ponía á reflexionar si habia faltado algo en la fiesta, y se respondia á sí mismo: No.

Efectivamente, nada se habia olvidado allí: se habia adorado á Dios, invocado á la Virgen inmaculada, á los santos y ángeles; el anciano era honrado, y los pobres amplia y generosamente socorridos.

Con prevision humana, no se podia menos de augurar felicidad al niño bautizado en medio de tanta oracion, de tanto voto, de tanta limosna. Por muchos años se creia que todas las plegarias hechas á Dios eran atendidas. La infancia, la adolescencia y la juventud del cristiano, por quien tanto se rogó en los primeros días, fueron benditas de lo alto y adornadas de bondad y de gracia.

Cuando llegaba á los diez y ocho años é iba á salir del colegio, la madre, el hermano, sus parientes y amigos, los numerosos y antiguos criados, se reunian en el castillo en que habia recibido el bautismo. Se debia hacer una gran recepcion á este joven amado de todos, y efectivamente, se hizo á aquel sobre quien descansaban tantas esperanzas. Mas cuando se abria la reja del patio y las puertas de la capilla, ¡ah! ellas estaban cubiertas de duelo, pues en un ataud llegaba el hijo al solar paterno. Y yo, que le habia predicho sobre su cuna un largo y venturoso porvenir, honrado de estimacion y rico de bendicion, al escribir estos renglones, tengo ante mis ojos el altar en que fué bautizado, y las negras losas bajo las que descansa el pobre niño.

La religion, que ha nacido de un Dios de verdad, jamas ha hecho falsas promesas. Así es que en el ceremonial del bautismo, no promete al niño que admite en la gran familia, *una felicidad terrenal*. Al abrirnos las puertas de la iglesia, el sacerdote de Jesucristo dirige sus miradas muy alto y muy lejos de este valle de lágrimas. La *vida eterna, la felicidad sin fin* con los ángeles y los arcángeles, la veremos en el reino del Señor eterno, quien nos la ha prometido si conservamos limpia la ropa bautismal. Pero de las prosperidades del mundo, el ministro del Dios de los sufrimientos no dice una palabra. Así, pues, cuando nos sobreviene la desgracia, no obstante todos los votos que por nosotros se han hecho en la capilla de las fuentes y cerca de nuestra cuna, nada tenemos que echar en

cara al Dios que nos ha dado el ser; no hay mas que sufrir, orar y someternos. Cuando se está, como yo, en una edad avanzada, cuando se mira hacia atras, se observa á derecha ó izquierda del camino que se ha recorrido, unas como columnas ó linderos, las unas cubiertas de negro, y las otras de blanco. Estas recuerdan los bautismos y los matrimonios; las negras, los sombríos funerales. Así es como llegando á la cercanía de la eternidad, se puede en cierta manera contar los goees y dolores que se han atravesado.

O mi amor hácia el catolicismo estravia mi imaginacion, ó ecsisten en todo lo que acabo de tratar de pintar, al describir las ceremonias del bautismo, muchas bellezas poéticas unidas á muchas saludables lecciones. En el órden moral y religioso, se encuentra casi siempre el fruto al lado de la flor. Ved el campo del trigo, y al lado de esta planta encontrareis á la amapola y á la centaurea.

No se administra solamente el sacramento del bautismo bajo la bóveda de una iglesia, ante la piscina del bautisterio, en la cámara de una parida ó en una sala de familia, por mano de un sacerdote ó de un lego; ecsisten otras dos especies de bautismo, el *bautismo de sangre* y el *de deseo*.

Los Santos inocentes, aquellos tiernos infantes que el bárbaro Herodes hizo asesinar, se hicieron ángeles del cielo; por medio de este *bautismo de sangre*, ellos, aun en la lactancia, sobre el regazo materno, recogieron palmas del martirio que la eternidad no podrá marchitar, pues fueron los primeros que sufrieron y murieron por el divino hijo de Maria.

Estas palmas tambien están en las manos de adolescentes, jóvenes y viejos, que ha convertido la sublimidad de la muerte de los primeros cristianos, y, atrevidos *catecúmenos*, piden que su sangre enrojezca la arena en que los adoradores del verdadero Dios eran arrojados á los leones, panteras y tigres.

Tiene este bautismo, á la verdad, su nobleza y su grandeza, y desde que los hombres buscan lo bello y lo sublime, nada podrán encontrar mas grande, mas heróico, que dar la vida y sellar con su sangre la profesion de fé.

El *bautismo de deseo*, que como el de *agua y de sangre*, da la vida eterna y tiene menos grandeza á los ojos del mundo, no tiene menos eficacia á los ojos de Dios. El que lee en el fondo de nuestro corazon, aquel que ve nuestros pensamientos y penetra los deseos de nuestra alma, no ha querido que el menor de nuestros deseos se pierda cuando se dirija hácia él. Así es que ha mandado á sus ángeles recojan de la tierra y lleven al cielo al altar de los perfumes todos los homenajes, oraciones y piadosos deseos de los hombres.

En el fondo de los desiertos mas escondidos, en las soledades mas desconocidas, en las encrespadas cumbres de las montañas mas altas, en el abismo y oscuridad de las mas profundas minas; si ecsiste en cualquiera de estos lugares una alma que con sinceridad aspire á recibir el sacramento del bautismo, para llegar por medio de su gracia á la pre-

sencia de Dios. . . no lo dudeis, el Señor, que conoce el deseo ardiente de esta alma, antes le enviará un ángel para bautizarla, que dejar burlada su santa ambicion.

Para este *bautismo de deseo* no habrá, como para el *bautismo de agua* administrado por un sacerdote, un padrino, una madrina y un festivo séquito de parientes y amigos; no habrá brillantéz de cirios, ni repiques de campanas; pero el Dios hácia el cual subió el deseo de la pobre alma, hará descender sobre ella una gracia tan eficaz como el agua santa para borrar los pecados, y abrirle la puerta del cielo. Los ángeles serán los únicos testigos de esta regeneracion, que se ha ejecutado lejos de la tierra y de la mano de los hombres. En lo que nuestros ojos ven, lo que oyen nuestros oidos, en lo que tocan nuestras manos, encontramos todos los días abundantes pruebas de la bondad de Dios para alabarle sin cesar.

Para conservar la frescura y fertilidad de la tierra, la ha surtido el Criador de grandes corrientes de agua, que llamamos rios y fuentes; pero el Todopoderoso, ademas de esta, ha formado canales subterráneos para alimentar el globo.

Otro tanto sucede con el mundo moral; no todos los beneficios de la divina Providencia les muestran á la faz del sol; tambien los hay suaves y consoladores, que como el rocío descenden del cielo sin que nadie los vea ni los oiga.

Alabemos, pues, á Dios por los beneficios que vemos, y alabémosle tambien por los que no vemos. Persuadámonos á que la bondad del padre comun de los hombres, es tal que la luz y conocimiento de Dios llegan á todo hijo de Adán y Eva que los pida con toda la sinceridad de su corazon.

El ojo de Dios todo lo ve, y el que ha elevado cadenas de montañas, como murallas inmensas, para separar las naciones; el que ha fundado el abismo de los mares donde juega el Leviathán; aquel que ha sembrado de estrellas como de una brillante polvareda, el espacio del firmamento; *aquel*, desde las alturas de su eternidad, descubre entre millones de almas derramadas sobre la tierra, cuáles son las que á él aspiran.

Las almas que pueblan el globo terrestre, que viven sobre diferentes puntos sometidas á diversas leyes, nunca se mueven bajo las mismas impresiones; unas, calmosas, apáticas y perezosas, viven como vegetales alimentándose de lo que les rodea; otras solo se impresionan de lo que ven, de lo que las oprime; sueñan lo que no ven; el culto de sus ídolos no puede satisfacerlas, y buscan al Dios desconocido. Para aquellas hace Dios milagros, y á ellas envia el Señor sus ángeles.

Hace algunos días que preocupado con la obra que he consagrado mis últimos años y todos mis recursos, me paseaba por el parque de Serrant; era uno de esos calurosos días de Setiembre; el cielo no tenia una sola nube; las aguas no hacian ondas, y todo, hasta la hoja del álamo, parecia dormir en el calor y la inmovilidad. Repentinamente sobre una cortina de yedra, cuyo declive cubria una parte del muro que sostiene la bóveda del castillo,

observé sobre esta masa verde y reluciente *una sola hoja* que se movia y agitaba sobre su basa. ¿Por qué se movia ella sola, á la vez que sus hermanas y sus vecinas permanecian inmóviles, como si estuviesen clavadas sobre la vieja pared?

¿Por qué? Os lo voy á decir; porque esta hoja se hallaba mas elevada sobre su débil apoyo que las que la rodeaban. Otro tanto sucede con las almas cuando no se arraigan demasiado á las cosas de aquí abajo, cuando los intereses materiales no las pegan al suelo; entonces la brisa que descende del cielo y refresca la tierra, las mueve al pasar y las agita con su soplo.

Las ceremonias del sacramento del bautismo administrado á los niños recién nacidos, han inspirado muy felizmente á muchos de nuestros grandes pintores; han encontrado una graciosa poesia en la debilidad del párvulo que atrae todas las miradas, y llama sobre sí todos los votos del festivo séquito de parientes y amigos que lo han acompañado de la casa natalicia á la vieja iglesia de la parroquia.

El bautismo de los adultos no cede nada al de los niños. Ved al neófito (1) parado ante las olas del Jordan, el solitario de la roca derrama sobre su cabeza el agua santa; el rio de los patriarcas, los camellos de sus orillas, el templo de Jerusalem, los cedros del Líbano, parecen absortos ante el gran misterio de la regeneracion del hombre.

Se lee en las obras de San Ambrosio una descripción curiosa de la manera con que se administraba á los adultos el sacramento del bautismo en los primeros siglos de la Iglesia.

El día escogido para la ceremonia era el sábado de Gloria. Por medio de este sacramento resucitaba el neófito de la muerte del pecado á la vida de la gracia; la Iglesia quiso colocar esta resurreccion por medio del bautismo al lado de la de Jesucristo.

La víspera de Pascua se verificaba el bautismo de los catecúmenos con gran pompa, ante millares de fieles, preparados para las piadosas emociones con todas las ceremonias de la Semana Santa; á la mitad del día eran llevados procesionalmente á la iglesia, donde por última vez se les catequizaba, debiendo probar ellos que estaban bastante instruidos para poder entrar á hacer parte de la familia cristiana.

En alta voz recitaban la oracion dominical y el Símbolo de los apóstoles; despues de lo cual el obispo, recorriendo las filas, iba haciendo á cada uno en la frente la señal de la cruz, é imponiéndoles las manos, pronunciaba varios escorcismos.

Se pretendia imitar en esta ceremonia á la que habia hecho el mismo Salvador; se tocaba con los dedos mojados de saliva los ojos y orejas, lo mismo que ahora se hace con los niños, pronunciando al mismo tiempo la palabra *Epheta*, que significa *abiertos*. Los ojos que hasta aquí habian estado cerrados á la claridad divina, y los oidos que no habian escuchado las palabras de salud, veian y oian; y los hombres que habian vivido con pureza y deseado

con fervor, quedaban admitidos á nuestros misterios sagrados.

Para probar que estos nuevos cristianos estaban perfectamente dispuestos á luchar por la fé, y que eran ya vigorosos atletas de Jesucristo, sobre su pecho y espaldas derramaba el obispo el aceite de uncion, el aceite que les daba fuerza para saltar á la arena.

Despues de la bendicion de las fuentes, se procedia al bautismo por immersion: los padrinos llevaban á los mancebos, y á las jóvenes las madrinas. Los sacerdotes tomaban á los catecúmenos de la mano, y hacian la triple immersion á los fuertes y la simple á los débiles y delicados.

Al separarse del bautisterio, eran presentados todos los bautizados al ministro, quien les daba la uncion del santo crisma con el dedo pulgar en la parte superior de la cabeza.

Los nuevos cristianos vestian entonces ropas talaras blancas, sin mancha alguna, emblemas de la inocencia y virginidad.

Vestidos de esta manera, y purificados como unos ángeles, eran llevados, los jóvenes y los mancebos, ante el obispo, quien pidiendo para estos nuevos hijos de la Iglesia los siete dones del Espíritu Santo, les conferia el sacramento de la confirmacion.

Purificados por el bautismo, y fortalecidos con la confirmacion, iban los neófitos, cantando la letanía de los santos, de estos santos de quienes ya eran hermanos, á la iglesia, á oír la misa y comulgar.

El nuevo cristiano se dirigia al altar á recibir el pan de los ángeles, diciendo: "Entraré al altar del Señor, del Dios que alegra mi juventud." El neófito, á la vista de este altar cubierto de vasos de oro, de luces y flores, y de ricas telas de seda, esclama con el profeta: *Habeis preparado ante mí una mesa: el Señor es quien me alimenta; nada me faltará, él me ha provisto de abundantes manjares.* La ceremonia concluia con el santo sacrificio de la misa. Debía ser muy solemne fiesta en que los Ambrosios concedian al pobre inocente el lugar que rehusaban al emperador culpable.

Se dividian los catecúmenos en tres clases:

1.^a Los que deseado convertirse de su infidelidad á la fé, escuchaban la palabra de la Iglesia y sin solicitar aun al bautismo. Estos se conocian con el nombre de "oidores," *auditores, audientes.*

2.^a Los que despues de escuchar la palabra evangélica, pedian ser inscritos entre los neófitos, con deseo del bautismo. Se llamaban estos *catecúmenos*, ó tambien *cristianos*, porque en cierto modo empezaban á ser iniciados en el cristianismo.

3.^a Los que despues de terminado el tiempo del catequismo, se les prometia recibir el bautismo á la primera oportunidad; esto es, por la Pascua de Resurreccion ó Pentecostés que estuviese próxima. Eran conocidos estos con el nombre de "elegidos, ó competentes" *electi, competentes.*

Cada una de estas clases gozaba distintas prerrogativas. Los primeros asistian á la parte de la misa que se llama *misa de catecúmenos*, oían la lectura de las santas Escrituras, y la alocucion de

(1) Chateaubriand. Génio del cristianismo.

los obispos que pronunciaban siempre despues de aquella lectura: este honor disfrutaban los catecúmenos lo mismo que los paganos, judíos y hereges. Entre estos últimos se veían á veces hombres como un San Agustín antes de convertirse.

Despues del sermón subía el diácono á un atril y decía en alta voz: "Salgan de aquí oyentes é infieles," y pasado un corto rato, continuaba: CATECUMENOS, ORAD. Todos se postraban y hacían oración. Entonces el diácono, á nombre de ellos, refería al Señor todas sus necesidades y miserias, y la turba, principalmente los niños, sostenían con estas otras las palabras del diácono: Señor, tened piedad de nosotros, *Kirie elcison*. El oficiante continuaba: "Catecúmenos, cubrios la cabeza y recibid la bendición." Cuando se veía toda frente inclinada ante la Divina Magstad, el obispo desde mas allá de las gradas del altar, bendecía la concurrencia en las siguientes palabras:

"Señor todopoderoso, Ser increado, inaccesible, solo verdadero Dios, Padre de Cristo vuestro único Hijo, Dios del paráclito y Señor de todas las cosas, que habeis establecido por medio de Jesucristo á los discípulos para que sean los doctores de la piedad; he aquí á vuestros servidores que se han instruido en el Evangelio de vuestro Hijo; dadles un nuevo corazón, renovando en sus entrañas un espíritu de rectitud para que conozcan y cumplan vuestra ley con un corazón lleno de buena voluntad; hacellos dignos de ser iniciados en el santo bautismo, incorporados á nuestra santa Iglesia, haciéndolos participantes de vuestros santos misterios, por Jesucristo, esperanza nuestra, que por ellos ha muerto, y por quien os sea dada adoración y gloria en el Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos. Amen."

El diácono decía: *Catecúmenos, salid*.

Grande era el número de estos en tiempo de las persecuciones, porque aquellos eran días difíciles, y los falsos hermanos que fácilmente habían penetrado en la comunidad de los fieles, habrían podido pervertir á los buenos.

Fué grande también el número en el primer siglo de calma; entonces se presentaban muchos á quienes se podían atribuir motivos humanos, principalmente cuando los emperadores y los grandes comenzaban á reconocer y adorar á Jesucristo crucificado: era menester en esta época probar á los que pedían el bautismo.

Ademas de los sermones de los obispos á que aquellos asistían, eran instruidos los catecúmenos en lo particular por ciertas personas llamadas *catequistas*.

En Alejandría era muy célebre la escuela de los catequistas. Panteno, Clemente de Alejandría y Orígenes estuvieron sucesivamente encargados de ella.

En Cartago dió San Cipriano este empleo al rector Optato.

El diácono Deogracias desempeñó doscientos años despues las mismas funciones en la misma Iglesia, y á ruegos suyos escribió San Agustín su hermoso tratado *De Catechizandis rudibus*.

Sobre el mismo asunto escribió un discurso San Gregorio de Nicea.

En Constantinopla, el título de *catequista* era una de las dignidades de la Iglesia.

En otras Iglesias, este empleo no estaba anexo á persona alguna en particular, sino que el celo de cada uno suplía la falta. Los padrinos tenían costumbre de encargarse de la instrucción de aquellos por quienes iban á ser fiadores en el bautismo.

Para recibir y admitir en el catecumenado, examinaban los ancianos la conducta de los que asistían á la iglesia para oír la palabra de Dios; y cuando se tenía convicción de que querían convertirse, se les admitía en seguida en el rango de catecúmenos.

Se hacía esta admisión poniendo sobre ellos las manos, despues de hecha la señal de la cruz, rezándose las oraciones señaladas para este acto.

Poco á poco se fueron agregando nuevas ceremonias, como los exorcismos y las renunciaciones; pero esto fué hasta que las naciones se hicieron cristianas, época en que el uso de bautizar á los niños fué el único que subsistió.

La duración del catecumenado no era siempre la misma, pues dependía de las disposiciones de los que se presentaban. Sin embargo, el concilio de Elvira señaló *dos años* como término ordinario, lo que repitió Justiniano. Cuando se desconfiaba de las disposiciones de los aspirantes, se agregaba un tercer año, para los que se dejaban arrastrar de los grandes escándalos; se les hacía volver á entrar en las filas de los oyentes (1).

Las mujeres sufrían una prueba de cinco años (2). Sin embargo, cada Iglesia seguía sus costumbres, y no se puede decir que había una regla general.

Los *catecúmenos*, ya *competentes*, se disponían para el bautismo por medio del ayuno y de la explicación del símbolo de los apóstoles, de la oración dominical, y otros misterios de la religión. Se hacían los exorcismos á los competentes en las asambleas llamadas *escrutinios*, nombre que les venía de que allí se examinaba la fe y las disposiciones de los que iban á ser bautizados. Referían allí todas las instrucciones que habían recibido, rezaban el símbolo de los apóstoles, y la oración dominical.

Despues de todo esto, devolvían al diácono el escrito que se les había entregado para que lo aprendiesen, por temor de que cayese en manos profanas; esto se llamaba la *tradición* ó *la entrega del símbolo*.

He aquí cómo describe San Agustín estas ceremonias, á propósito de la conversión del célebre profesor de retórica, Victorino:

"Al llegar la hora de proclamar su fe, se le propuso hacer su profesión en secreto á causa de su timidez. Esta tolerancia se usaba algunas veces, pero Victorino no quiso usar de ella, sino entrar en la regla común de todos los catecúmenos: sube al púlpito, y confiesa en alta voz, ante la asamblea

(1) Concilio de Nicea.
(2) Concilio de Elvira.

cristiana, la fe que debía conducirle á la salud; no era la doctrina de salud que enseñaba en su escuela de retórica, y sin embargo, la había profesado públicamente. Si él no había temido esponer su palabra al juicio de una turba de insensatos, menos debía temer hablar ante una asamblea ilustrada y pacífica.

"Desde que subía las gradas para hacerse oír, se levantó un murmullo de aprobación por todo el concurso, y su nombre fué pronunciado por todos los que le conocían. ¿Y de quién no era conocido en esta asamblea? Así es que por medio de un transporte unánime de alegría, con dificultad comprimido, todos exclamaron: ¡Es Victorino, Victorino! Su presencia había escitado repentinamente aquella conmoción de alegría. . . . el deseo de oírle hizo á todos entrar en silencio. Entonces pronunció, con una voz muy clara, la fórmula que lo unía á la verdadera fe. En este momento hubiera querido todo el auditorio arrebatarse y colocarlo en el fondo del corazón, y en efecto, allí lo colocaba con los transportes de amor y gozo con que parecía estrecharlo."

Al levantarse en el mundo el cristianismo, ha derramado una moral divina, y una poesía sublime y tierna. En los países idólatras, la razón humana se asocia incesantemente, sacrificada á ficciones pueriles, á *cuentos mitológicos*. Todo lo contrario, bajo la ley de Jesucristo, la sabiduría domina lo que la Iglesia establece, enseña y ordena.

La prudencia y ternura maternal de nuestra santa religión, se encuentran á cada página del ritual de sus ceremonias; y quién no se conmueve al leer y estudiar cuánta precaución se toma en lo relativo á la administración de los sacramentos?

Con el conocimiento que la religión tiene de la ligereza de nuestro corazón, y de la futilidad de nuestro entendimiento, lucha contra la inconstancia de nuestra memoria, ofuscada con el estruendo del mundo; ella ha reunido las imágenes que hieren nuestros sentidos, á las nociones de que nuestra alma tiene que acordarse á menudo. Pone la cruz por todas partes á nuestros pensamientos, para que el viento de las pasiones no los disperse ni los destruya.

La mujer fuerte de la Escritura descendiendo á mil pormenores sobre el arreglo de su casa: igual cosa hace la religión; hija del cielo, como lo es, deja á veces las sublimes alturas para venir á nuestro alcance.

He aquí lo que yo encuentro en el Ritual:

"Parece que la costumbre de la asistencia de los padrinos, viene desde el tiempo de los apóstoles y es tan antigua como la Iglesia; su encargo solo es cuando el bautismo es solemne; y tiene por objeto presentar á los niños ó adultos, salir de fiadores por ellos, tenerlos en la fuente. Se llaman padres espirituales, porque contribuyen á la regeneración del bautizado; y tanto con este como con sus padres, contraen una relación que imposibilita al padrino de casarse con la ahijada ó madre de esta, y á la madrina con el ahijado ó su padre. Igual afi-

nidad contrae el ministro del sacramento con la persona bautizada y sus padres.

"Ninguna otra persona que toque al niño en la fuente bautismal adquiere parentesco, así como tampoco los que van en representación y con poder de los padrinos. Otro tanto sucede á los que tienen á un niño con quien se suplan las ceremonias del bautismo, ó que por ignorancia de las reglas hayan tomado el carácter de padrinos en un bautismo sin solemnidad y fuera de la Iglesia."

"Segun el concilio de Trento, no deben admitirse mas que un padrino y una madrina, con el objeto de no multiplicar estos parentescos: como deban responder por el bautizado é instruirlo á falta de padres, deben tener una edad no muy tierna, ser de buenas costumbres y saber la doctrina cristiana; sería de desear que estuviesen confirmados, y debe cuidarse que hayan hecho ya su primera comunión.

"Los curas deben cuidar de todo esto cuando se les venga á proponer un bautismo; deben informarse de quiénes son las personas elejidas para tener al niño en la pila, preguntarles algo si tienen duda de su capacidad, y rehusar su intercesión si no los hallan dignos, tales como los infieles, hereges, escarnulados, pecadores públicos, escandalosos, *los que no hayan cumplido con la Iglesia* (ó sea la comunión pascual), los que ignoren los principales misterios de la fe, el Símbolo de los apóstoles, la Oración Dominical, los Mandamientos de Dios y de la Iglesia: les está prohibido á los párrocos admitir á los insensatos, personas desconocidas y niños impúberos. No obstante, si en el bautismo de un niño, el padrino tiene cerca de catorce años, se puede admitir de madrina á una niña de siete á ocho; si es niña la bautizada, se podrá recibir de padrino á un niño de siete á ocho años, con tal que la madrina tenga doce por lo menos.

"Segun los cánones de la Iglesia, los religiosos y monjas no pueden ser padrinos ni madrinas, como tampoco los eclesiásticos que tengan cura de almas.

"No permitirán los curas que se den nombres profanos á los niños, sino solamente *nombres de santos y santas* reconocidos por la Iglesia, que puedan ser modelo, y sirvan de intercesores en el cielo cerca de Dios."

He prolongado esta cita del ritual, para hacer ver á los enemigos de nuestra santa religión, lo injustos y calumniadores que son al presentarla á la juventud de nuestra época como un comercio de la moral y de la paz de las familias, cuando se trata del interés de sus ministros, *avarientos siempre y ambiciosos*. En todas esas precauciones, en todas esas medidas de sabiduría y prudencia, que el ritual establece para la elección de padrinos, ¿quién no ve una atención maternal de la religión? Si los padres del bautizado son desde luego arrancados de este valle de lágrimas, ¿qué sucederá al tierno huérfano, si no tuviese en sus padrinos un firme apoyo, ó si ellos fueren gentes sin moral, sin honor, sin creencia y sin Dios? La muerte causará el primer aislamiento del niño; y el segundo, la indiferencia y la deslealtad.

Digo *deslealtad*, porque *desleal* es echar en olvido las promesas que se hacen ante Dios y los hombres; y ¡cuáles mas solemnes, mas sagradas que las que se han pronunciado en voz alta é inteligible por los padrinos que llevan á la fuente bautismal al hijo de sus parientes ó amigos, promesas de no dar al nuevo cristiano mas que ejemplos de virtud! este pacto se ha hecho ante los altares del *Dios de la verdad*; y ante ellos los dos responsables han dado sus fianzas por la débil criatura cuya voz aun no pronuncia palabras. A nombre de ella han pedido el bautismo; á su nombre han declarado querer vivir y morir en la fé católica apostólica romana; por ella han recitado, al acercarse á la piscina de regeneracion, el Símbolo de los apóstoles y la Oracion Dominical: por ella han recibido las lecciones y escuchado los consejos del ministro, que les ha repetido con la autoridad del santo ministerio, que el carácter de los padres espirituales es sagrado é indeleble, y que deben conservar un interés y afeccion paternales hácia el ahijado que va á entrar á la vida y fé cristiana.

Tales actos que pasan en la casa de Dios, no pueden olvidarse sin grave pecado. La Iglesia, inspirada del cielo, ha tomado contra tal olvido las mejores precauciones: así es que en la cita del Ritual que he estampado antes, se encuentran á todos los individuos que tienen por indignos de llevar el carácter de paternidad espiritual. Quiere la Iglesia que los padrinos sean elegidos entre los *fieles que crean en Nuestro Señor Jesucristo y practiquen las obras del Evangelio*.

Es de desear que la mision de los padrinos sea mejor comprendida de lo que es hoy desgraciadamente: sí; yo quisiera que los padres, antes de fijarse, investigasen si aquellos á quienes van á ceder una parte de su autoridad paternal, son dignos de tal confianza. Yo quisiera que los que deben sostener á un cristiano en los combates de la tierra contra el cielo, fuesen, no solamente hombres de los que el mundo llama *gentes honradas*, sino de aquellos que el Cristo, en el gran día de la remuneracion, ha de reconocer como verdaderos cristianos... Pero ¡ay! en muchos países, ¡á quién se escogeria para llenar los requisitos que yo deseo! La indiferencia religiosa se ha estendido como una atmósfera que narcotiza; ha marchitado tanto corazón noble, hecho inclinar tanta frente, otras veces radiante y pura, manchado tanta reputacion, al principio venerable, y arrebatado tanto consuelo al pobre pueblo, que no podria yo, sin maldecir á los sembradores de impiedad, contemplar las huellas desoladoras que dejan á su paso.

Tampoco apruebo el uso adoptado por muchas familias, que prefieren para padrinos á niños que apenas comienzan á tener uso de razon, y que absolutamente comprenden los compromisos que van á contraer, y á que *estarán fuertemente ligados* algun día. Tiernos inocentes, que no ven en el bautismo mas que la vela encendida que les presenta el ministro, los encages y listones azules, ó rosas de que está adornado el ahijado, y los alcatraces

de confites que han distribuido á los convidados á la bella y festiva ceremonia.

¡Pobres niños! cuando el recién nacido, que han llevado á la fuente, y de quien son *tutores*, comienza á crecer, no verá en ellos mas que á su hermano, hermana, ó compañeros de sus juegos. La autoridad tiene en sí misma alguna cosa respetable que yo quisiera que donde ella existiese, se presentase á primera vista bajo un carácter venerable.

En el mundo, tal como hoy lo vemos, hay dos sentimientos que dictan regularmente la eleccion de padrino: el orgullo del nombre y el interés de la fortuna. Muy á menudo se engañan los padres, al dar por protectores á sus hijos á los grandes y poderosos del siglo; porque bajo del sol, ¡qué cosa hay mas frágil que lo que se llama *las grandes fortunas*? ¡No se ve al infatigable nivelador, hollarlas en su incesante marcha, sin dejar mas que un confuso polvo?

Existia en Bretaña una costumbre que manifiesta, mejor que todas las frases liberales, cómo comprenden estas provincias verdaderamente católicas, *la igualdad*. Hace apenas medio siglo que en este país leal, cuando nacia, aun entre las familias mas nobles, un niño, se le buscaban padrinos entre los aldeanos.

Al ver así honrados á los cultivadores, lacayos, criados y demas servidumbre de los castillos, se aprendia á considerar y respetar á los hombres de alquería, á los sustentadores del país; y al mismo tiempo se convencia el jóven descendiente de los caballeros, de que todos los hombres, nobles y labradores, son hijos de un mismo padre, todos tienen ángeles que los custodian, y los mismos derechos á la herencia celestial.

El padrino es el protector en la tierra: él es quien debe reemplazar al padre y madre del bautizado, si hiriéndolos la muerte, lo hace huérfano antes de ser hombre. A los ojos del mundo, era acaso bastante este tutor moral; para la religion, que es mas maternal que todas las madres, esto no era suficiente: así que, desde el primer día en que el niño fué al bautismo, le asegura un patron celestial en el empuje. El hombre y la mujer que lo han tenido en la fuente sagrada, no han podido llamarle por el nombre hereditario que los distingue en la sociedad. Los padres y padrinos deben escoger en el *libro de la vida*, en la *lista de los santos*, los nombres que darán al nuevo cristiano al entrar á la vida.

Los anales profanos no tienen glorias bastante puras para comunicar felicidad á los hombres que se plantan bajo su sombra. ¡Ah! la gloria humana no es regularmente mas que la encina altiva que atrae el rayo sobre el imprudente que viene á abrigarse bajo sus viejas ramas; mas los amigos de Dios, los bienaventurados habitantes de la celestial Jerusalem, estos hombres, hermanos nuestros, que si han subido tanto no ha sido sino porque con las pruebas, desgracias y pesares de acá abajo, se han formado escalones y gradas por donde llegar á la beatitud, á la gloria eterna, siendo ellos nuestros protectores poderosos, y á la verdad que se ha

hecho muy bien en darnos sus nombres. La nobleza obliga: mas tambien obliga un nombre.

Desde nuestras primeras lecciones, nuestra madre, al enseñarnos á adorar á Dios y rogar á la Virgen, ¡no nos ha enseñado al mismo tiempo, para hacernos sabios y guardarnos puros, á invocar mañana y noche á nuestro santo patrono? ¡No nos refiere muchas veces, para escitarnos á la virtud, la vida del bienaventurado cuyo nombre llevamos?

¡Ah! ¡cuán bellas historias, cuán interesantes y patéticas no hay en las *vidas de los santos*! ¡Qué lecciones! mejor dicho, ¡qué buenos ejemplos para todo hombre que viene á este mundo, no se hallan en aquellos libros que toda familia católica debería tener después del *Antiguo y del Nuevo Testamento*! Encontramos en esas páginas modelos para todas las clases, para todos los rangos; para el mas grande como para el mas pequeño; para el que nada posee, ni una piedra en que apoyar su cabeza, como para el que vive en la abundancia entre sus hijos en el campo hereditario; para el condenado á galeras, cargado de hierros, arrastrando su bala en la mazmorra, como para el que honra el rey con el primer cargo; para el soldado bajo la bandera, como para el religioso bajo el estandarte de la cruz; para el hombre de mundo, como para el cartujo de la Trapa; para el pobre mendigo, como para el millonario; para el preso, como para el magistrado; para la gran señora que habita su castillo cercado de torres, como para la aldeana bajo el techo de su choza; para la jóven que vive en la riqueza al lado de la madre, como para la desgraciada huérfana que anda por los caminos implorando la piedad y pidiendo limosna; para aquel á quien todo sonríe, como para el infortunado que vive en la amargura del corazón; para el artesano, como para el campesino; para el sabio que ha penetrado las ciencias, como para el idiota que no sepa mas que su *Padre nuestro*; para el laico, como para el sacerdote; para el hermano lego que ora y trabaja en el silencio del claustro, como para el prelado que bendice al pueblo desde un trono arzobispal; para la hermana en los hospitales como para la hija de un rey; para el vasallo como para el monarca; para un maestro de taller como para un gefe de ejército, para un emperador que tenga derecho á la corona cerrada, el globo de oro, la espada larga y la mano de la justicia, como para el supremo pontífice que lleve la tiara de diadema triple y tenga las llaves y el callado de S. Pedro; para todos estos *bautizados*, ilustres los unos, los otros oscuros, pero todos destinados á pasar mas tarde ó mas temprano por la puerta de la tumba para llegar á la inmortalidad, la Iglesia ha tenido patronos que darles.

En los primitivos tiempos del cristianismo, solo se elegian para los catecúmenos y recién nacidos los nombres de los apóstoles y discípulos de Jesucristo. Tales eran los de Juan Bautista, José, Zacarías, Isabel, María, Marta, Magdalena, Lázaro, Pedro, Pablo, Andrés, Santiago, Felipe, Tomás, Bartolomé, Mateo, Juan, Lucas, Marcos, Simon, Tadeo, Lino, Cleto, Clemente, Sixto, Cornelio, Ci-

priano, Lorenzo, Crisógono, Cosme, Damian, Matias, Bernabé, Ignacio, Alejandro, Marcelino, Pedro, Felicitas, Perpetua, Agueda, Lucía, Ines, Cecilia, Anastasia; todos estos nombres no solo eran venerables, sino que eran de contemporáneos y amigos. Los ancianos de la comunidad de los fieles se acordaban de haberlos oido confesar la nueva fé, y visto morir para sellar con su sangre su divina creencia. El suave perfume de los méritos de todas estas almas, que para llegar al cielo han atravesado la vida, cual blancas palomas, ó que á manera de valerosos atletas se han hecho inmolar por tigres y panteras, tal olor de santidad no habia tenido tiempo de evaporarse de entre la familia cristiana; duraba allí como el olor del incienso que embalsama el templo cerca del sacrificio. Así que recordándolo, se le queria imitar.

El pecador que no habia tenido valor de confesar á Cristo en voz alta, aspiraba á la contricion y las incesantes lágrimas de San Pedro, cuyo nombre llevaba. El que se llamaba Pablo pedia al cielo el valor y ardiente celo del convertido de Damasco.

El neófito que sentia dentro de sí poca fé, invocaba al Dios del apóstol Tomás, suplicándole aparecerse para desterrar de su alma toda incredulidad.

El adolescente que habia recibido el nombre de Juan Evangelista, luchaba contra las pasiones nacientes para permanecer casto y puro como el *amigo del corazón* del divino Hijo de María.

Tambien se escogia por patronos de los bautizados á los ángeles, arcángeles como Rafael, Gabriel y Miguel; mas aunque estos espíritus celestiales sean por su rango en el cielo poderosos intercesores, se dan sus nombres con menos frecuencia que los de los santos. Cuando reflexionamos sobre esto, caimos en cuenta por qué se prefiere el mas humilde, el mas ignorado de los santos del calendario, al mas glorioso de los gefes de la milicia del Altísimo. El ser que ha sufrido sabe compadecer mejor que el que siempre ha ignorado la desgracia. Los bienaventurados que en el bautismo se hacen nuestros patronos, antes de gozar la felicidad que Dios asegura á sus escogidos, han gemido por los mismos males que nosotros. Han pasado nuestras inquietudes y nuestras angustias; deben, por tanto, tener para nosotros *una piedad de hermano*, que los ángeles no pueden conocer ni sentir tan bien como los que han sufrido y llorado en este nuestro valle de lágrimas.

Quando la llama de la fé, que no derrama en todas las almas tan viva claridad; cuando el sagrado fuego ha comenzado á perder sus divinos ardores, se han encontrado cristianos que han preferido dar á sus hijos nombres tomados de la antigüedad pagana. Han desdeñado los orgullosos para sus hijos los nombres de los apóstoles y de los primeros discípulos de Cristo. A su modo de ver, César, Augusto, Marco-Aurelio, Tito, Scipion, Paulo-Emilio, Cincinato, Milciades, Temístocles, Leonidas y Aristides, son mejores modelos para la juventud que Pedro, Pablo, Juan, Lorenzo, Cipriano y otros santos personajes.

Desdeñaban poner á sus hijas el dulce nombre de MARIA, esta suave voz que se oye tantas veces en los cánticos de los ángeles; lo tenían en menosprecio los malos cristianos, y no lo juzgaban propio sino para las criadas de aldea y cuidadoras de ganado.

Y ¿cuáles nombres preferían estos espíritus soberbios al de la Reina de las Vírgenes? Los de las mujeres célebres de Roma, Esparta y Atenas: Lucrecia, Livia, Egeria, Fulvia, Aspasia. Todas estas celebridades robadas á la historia griega y romana, y á veces aun al olimpo de Homero y Virgilio, se hallaban como resucitadas en medio de una sociedad cristiana, y traían insensiblemente á nuestras familias y costumbres, recuerdos del paganismo, que nada tenían en verdad de edificante. Se necesita mucho abandono de la religión para llegar á esta impiedad. Figuraos una persona que lleve el nombre de Flora, Hebé, Citeres ó Aurora. (1)

Los ministros de esta época filosófica, no podían á la verdad consentir en que se diesen tales nombres á los niños que se acercaban al bautismo; pero los espíritus fuertes y escépticos de estos días de locura, no haciendo caso del nombre que el cura había señalado, llamaban á sus hijos con nombres paganos escogidos por su manía de antigüedad idolátra.

Acaso encontrarían en los anales de la primitiva Iglesia, en el Martirologio y en las páginas de la Biblia nombres tan suaves al oído como ilustres por poéticos recuerdos; pero su admiración no era de los libros santos, y veían con lástima á Moisés, á los profetas y al Evangelio.

Hemos visto muchas veces junto con los nombres de los dioses, semi dioses y deidades del monte Ida, los de los héroes de la Iliada y Eneida. Al entrar al mundo, salen á recibirnos los Aquiles y Hectores, los Ajax y Ulises, los Euriales y Nisus, que solo tienen de heróico los nombres.

Tal serie de nombres ridículos en una sociedad cristiana, es debida á las inspiraciones del genio del mal: la alegría del infierno es el escándalo. En nuestra historia, sobre todo de un siglo acá, la cadena de escándalos es bastante larga, y aun no tocamos á su fin. Era preciso que la Francia fuese castigada, y lo fué. Tras los días de cambios y reformas vinieron los de delirio y terror. Soplaron los cuatro vientos del cielo, y alzaron contra nosotros la venganza del Señor. La impiedad redobló sus blasfemias contra Dios; los tronos y los altares, los palacios y los templos, los castillos y las chozas se conmovieron y arruinaron; y tras de esto, la sangre de reyes y príncipes, nobles y plebeyos, del artesano y aldeano, del simple sacerdote como la del obispo y arzobispo, corrió á torrentes tan grandes que inundó á toda la Francia.

Fué tal el delirio de aquellos contemporáneos, que ya va haciendo desaparecer la generación presente, que no tenían embarazo algunos franceses

(1) He conocido á dos jóvenes, condenadas á responder á estos nombres.

en poner á sus hijos los nombres de *Danton, Saint-Just, Fouquier-Thinville, Robespierre y Marat*.

No han faltado en esta época de crueldad y bajeza, hijos de guillotinos que á nombre de la patria ponían á sus hijos los nombres de los verdugos de sus padres. Digámoslo de una vez: las iglesias estaban entonces cerradas, las fuentes bautismales quebradas y por los suelos, lo mismo que nuestros tabernáculos sagrados. El bautismo solo se administraba entonces en secreto y con riesgo del ministro y del laico que derramaba en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, el agua santa sobre la cabeza del tierno niño.

El que venía entonces al mundo no se ponía bajo la protección de Dios ni de los santos. En esos funestos días no se entraba á la vida por la puerta de la Iglesia, sino por la de la alcaldía, llamada hace cincuenta años *la casa comun*. Allí era donde en un sucio bufete, adornado con el busto de Marat, un agente de policía inscribía en el registro de nacidos el nombre de familia y de pila del ciudadano que acababa de nacer. El catolicismo colocó en otro tiempo á Dios en las estremidades de la vida: nos recibía la religión en nuestros primero y último días, y siempre en nombre de la Santísima Trinidad; el filosofismo revolucionario cambió todo esto, y al principio y fin de nuestra existencia apostó á un agente de policía, digno representante de la nada.

Cuando un niño era presentado á la *municipalidad*, el agente recorría el calendario para ver qué nombre tocaba á aquel día en que acababa de nacer un ciudadano, y despues le daba el nombre de la legumbre que designaba el mes. Concluida esta solemnidad republicana, este absurdo cívico, volvía el niño al hogar paterno, donde era llamado no como algun bienaventurado del Paraíso, sino como uno de los vegetales del jardín de su padre: *col, zanahoria, alcachofa ó nabo*.

Esto era lo que la impiedad con sus grandes tareas y afanes había encontrado digno de sustituirse á los antiguos usos de la Iglesia.

¿No se ve desde luego en ESTA ESTUPIDEZ, que durará eternamente en las páginas de nuestra historia, un verdadero castigo de nuestro orgullo? Hace un siglo decíamos, repetíamos, escribíamos y publicábamos ser nosotros el primero de los pueblos, que las demas naciones estaban envueltas en las sombras de la ignorancia, y que de nuestra Francia había de brotar la ley y regeneración del mundo. Merecía un buen castigo esta soberbia, y lo ha recibido; y las naciones que mirábamos como semi-bárbaras en cuanto á locuras y absurdos, no pueden compararse al calendario de 1793, que los filósofos de entonces creían que haría olvidar el del gran papa Gregorio.

Decían nuestros padres que nada estaba tan bien guardado como lo que Dios guardaba; así que cerca de nuestros altares, en la sacristía de cada parroquia se depositaba y conservaba el libro de los nacidos y de los muertos. ¿Qué libro mas solemne que este, donde están consignados los gozos y dolores de cada iglesia? Son sus alegrías el naci-

miento espiritual de sus hijos, y su establecimiento en la sociedad cristiana por la union que bendice sus dolores, la muerte de los que ha visto crecer bajo su tutela, y que ha amado con cariño maternal, y han ido á confundirse con las generaciones que ya no existen, como las aguas del rio con las del mar. En sus anales no hay indicado mas que el orden del tiempo: parece que un mismo sentimiento guió á la mano que escribía el nacimiento que la muerte; y es porque la Iglesia es tranquila en sus goces como en sus dolores. Su gozo se apoya en la razon, y su dolor jamas es sin esperanza.

Ninguna distincion hallan en este libro el rango ni la fortuna: en presencia de la Iglesia lo mismo que en presencia de Dios, no hay mas cualidad que cristiano y nada mas. Reconoce la Iglesia la jerarquía de la sociedad, la honra, la proteje; pero no ve al distribuir sus dones mas que hijos para quienes su amor no admite preferencia: los grandes de la tierra han comprendido esta leccion de igualdad al recordar las instrucciones de Jesus crucificado.

Queriendo un día el delfin, padre del rey mártir, dar á sus hijos una instruccion digna de un descendiente de Luis IX (que deseaba firmar los actos mas importantes del nombre de LUIS DE POISSY en conmemoracion de su bautismo) hizo traer al cuarto de estudio de los príncipes el registro de los nacidos en la parroquia en que ellos habían sido bautizados. He aquí, les dijo, á vuestros nombres precedidos y seguidos de una larga lista de nombres oscuros; aquí os encontrarais confundidos con multitud de hombres cristianos como vosotros: son vuestros hermanos, recordadlo siempre. El TITULO DE CRISTIANO es lo que hay de mas grande en vosotros.

Entre las almas piadosas y tiernas, el amor de Dios se convierte en una pasión; pasión tanto mas enérgica cuanto que está en contradicción con las

demás, y necesita devorarlas para subsistir. Como todas las grandes afecciones, tiene algo de seria y triste; ella nos arrastra á la sombra de los claustros y sobre las montañas. La belleza que adora el cristiano no es una belleza perecedera; es aquella belleza eterna por la que los discípulos de Platon deseaban abandonar la tierra. Solo se muestra aquí á sus amantes, cubierta con un velo; se envuelve en los pliegues del universo como en un manto, porque si una sola mirada suya diese sobre el corazón del hombre, no podría sostenerse y desfallecería de placer (1).

¿Qué número de mártires no ha hecho esta pasión cristiana? ¿Qué soledad no ha escuchado los suspiros de esos rivales que entre sí se disputaban el objeto de las adoraciones de los serafines y de los ángeles? Aquí un Antonio eleva un altar en el desierto, y se inmola por cuarenta años desconocido de los hombres: allá un San Gerónimo abandona á Roma y atraviesa los mares, y va como Elías á "buscar su morada al borde del Jordan."

Masillon, pintando el amor que hace tantos milagros, esclama: "Solo el Señor (2) le parece bueno, verdadero, constante en sus promesas, amable en sus contemplaciones, magnífico en sus dones, real en su ternura, indulgente aun en medio de su cólera; solo él grande para llenar toda la inmensidad de nuestro corazón; solo él bastante poderoso para satisfacer todos los deseos; solo él bastante generoso para suavizar las penas; solo él inmortal para amarlo siempre; en fin, el solo que no se arrepiente de haber amado tarde."

Solo la religión puede elevarse al último grado de entusiasmo, pues el cristiano ama á Dios como á la soberana belleza, y al cielo como á su patria.

(1) Genio del cristianismo.
(2) El jueves de Pasión.—La Pecadora.

EL BAUTISMO DE AGUA Y EL BAUTISMO DE SANGRE.

LEYENDA.

El año de 290, llevó San Claro á los habitantes de Condivicum (hoy Nantes), el estandarte de la fé por medio de sus predicaciones, su santidad y sus milagros, y quitó á los falsos dioses un sinnúmero de adoradores. Uno de estos nuevos cristianos era el jóven Donaciano, hijo del gobernador de la ciudad. Las verdades sublimes del Evangelio habian penetrado hasta su corazon, y héchole abandonar las prácticas seductoras de un culto afeminado, para entregarse á la cruz del Dios de los sufrimientos.

No pudo permanecer mucho tiempo ignorada una conversion tan notable, y el neófito, ante el pontífice de los ídolos, confesó á *Jesucristo*. En el acto fué vestido con la túnica de los mártires; y tal como un célebre pintor nos ha representado á San Gervasio, marchando á la muerte, así Donaciano se dirigía al lugar del suplicio. . . . cuando se presenta á su vista su tierno hermano Rogaciano, que coronado de flores iba al banquete de una fiesta voluptuosa, ignorante de la nueva religion y de los riesgos de su hermano.

—¿Adónde le llevais? grita á los lictores.

—A la muerte: contestan los bárbaros.

—A la gloria, replica el valeroso cristiano. Voy á morir por *Jesucristo*. ¡Oh hermano! desgraciado de tí, que no conoces á este Dios de cielo y tierra; él es el solo Dios, y no existen otros. Los que tú adoras son obras de manos de los hombres, que como estos perecen. Mas el salvador por quien voy á padecer aquí algunos instantes, es *la resurreccion y la vida*; él me dará en el cielo delicias eternas. Rogaciano, cree lo que yo, y muero en paz. ¡Muramos juntos, para renacer inmortales!

Las palabras del cristiano tenian una fuerza divina: el corazon del idólatra se conmovió, y sus ojos se abrieron á la luz de lo alto. Rogaciano ve á un Dios radiante de gloria que desde el paraíso eterno le muestra dos coronas; se lanza hácia Donaciano, lo estrecha entre sus brazos, y se adhiere á él. En su santo regocijo, el mártir no podia estrecharlo en su seno; con sus manos cargadas de ca-

denas, solo podia dar gracias á Dios y compadecer la tierna edad de su hermano: la turba estaba igualmente conmovida. Se derrama la compasion entre esta turba, que una feroz curiosidad habia reunido: y se oian voces que decian:

“Acaban de salir de la infancia y ya quieren morir; ¿qué clase de gente son estos cristianos, que así desprecian muerte y tormentos?”

Otros exclamaban:

“Adorarán á Júpiter si se les lleva al templo. Si rehusan sacrificar á los dioses inmortales, tiempo habrá para matarlos.”

Conforme á estas voces, los hermanos fueron llevados al templo de los ídolos. Llenos de inocencia y resignacion, marchaban uno al lado del otro. Rogaciano aun estaba adornado de flores y listones: escuchaba las palabras de vida que le dirigía su hermano, y se afirmaba en la fé. Llegan al templo de Jano: el pontífice les presenta la copa de las libaciones, y el incienso de los sacrificios. El pueblo une á las órdenes del gran sacerdote sus ruegos: todo es vano, Rogaciano tira el vaso de oro y esclama:

“Perezca el culto de los falsos dioses: los que aquí se adoran solo son vanas imágenes. El Dios verdadero es el de los cristianos. . . . es el de mi hermano; es el mio. Hacednos morir, que dispuestos estamos á solo hacer sacrificios á *JESUCRISTO*, y este sacrificio será nuestra propia sangre; llevadnos á la muerte.”

La multitud hace á un lado la piedad, pide su muerte, cubriéndolos de ultrages. Los dos hijos de Dios no se demudan, y con paso firme marchan al suplicio.

A unos mil pasos del templo de Jano (lugar en que hoy se halla la Catedral), y donde aún se ven dos cruces y dos olmos en el camino de Paris, fué donde los verdugos ensayaron nuevos tormentos, antes de dar la muerte á los cristianos. Cuando vió Donaciano correr la sangre de su tierno hermano, le gritó: “Amigo, valor; ahí tienes el bautismo que pedias; la sangre del martirio es otro bautismo que abre la puerta de los cielos y da la bienaventuranza eterna.” Eshortaba á Rogaciano

aun despues de haber dejado de existir, hasta que el hacha mortífera le quitó la vida, y las dos almas cristianas, cual cisnes que huyen la region de las tempestades, volaron de la tierra al cielo que les esperaba.

FELICES CONSECUENCIAS DE UN BAUTISMO.

HACE unos veinte años, recuerdo haber visto un ejemplo patente de lo que puede la tenacidad de la caridad.—Un sacerdote apóstata, casado con una cómica, merced á la proteccion de Fouquier-Thinville, obtuvo una plaza de hacienda en una de las ciudades mas importantes en las provincias del Oeste. En Bretaña, como en Anjou y la Vendée, no lo hace todo el dinero; habiendo gastado el rentista su caudal en comilonas y fiestas, las gentes honradas le volvan la espalda, y su amor propio herido, lo hacia mas malvado: de lo que él llamaba su salon brotaban denuncias repetidas y odiosas contra todos los que creian en Dios y echaban de menos al rey.

Quando el alma se entrega al odio, va de prisa al abismo. Se habia hecho la casa de este hombre un conciliábulo para todo lo que habia de mas impío en la ciudad, y al mismo tiempo un lugar de escándalo. Las personas honradas ponian todo su esmero en ser olvidadas de los caudillos políticos y en vivir en la oscuridad. Así es que evitaban pasar por las puertas y ventanas del sacerdote casado.

En el interior de este hotel se habia arrancado y borrado todo lo que podia recordar el antiguo reinado, y en aquellos grandes salones en que pasaban en otro tiempo graves é interesantes conversaciones, en que no se oia mas que decencia, talento y buenas maneras, ahora solo se escuchaban groseras é innobles chocarrerías, palabras vulgares y espantosas careajadas.

En medio de esto, crecía un precioso niño entre el perjurio y su concubina. Nada revelaba en él á sus padres, y era como un hermoso querubín desviado de la senda del cielo, y prócimo al abismo anchuroso del infierno. Se acordaba su padre de todo lo pasado, y sonrojándose de lo presente, separaba de su hijo cuanto pudiera inspirarle idea religiosa alguna. Como la de Dios, de quien habia renegado, le atormentaba y producía remordimientos, quiso evitar á su hijo los tormentos que él sobrellevaba. En cuanto á la madre del pequeño Mario, jamas habia tenido la desgraciada un solo deseo de amar á Dios, ni conocía mas ser supremo que Robespierre. Se podrá por aquí inferir cuán velozmente marcharía el hijo del apóstata y la cómica por el camino que ante sí se le abria; tanto mas, que nunca habia oido hablar de deberes, y solo de placeres y fútiles entretenimientos.

Mientras que Mario crecía, los acontecimientos políticos marchaban á su ocaso: habia sucedido el directorio á la convencion, y el consulado al direc-

torio. El general Bonaparte, que se sonrojaba de los revolucionarios, y queria moralizar la Francia para reinar en ella, desde que habia convertido en cetro su victoriosa espada, quiso purificar todas las administraciones en que los *corrompidos* habian encontrado el modo de introducirse en gran número. En esta limpia de los establos de Augias, el ex-sacerdote rentista fué destituido como concusionario, dilapidador de los caudales de la República: despues pasó el apóstata desde su casa rica y espléndida, á la mazmorra. ¿Qué va á ser del jóven Mario, solo, con la desgraciada á quien está condenado á llamar su madre? Hasta el momento en que su padre habia recibido el justo castigo de su conducta, habia corrido los peligros de sus malos ejemplos; pero al fin, habia tenido en él una especie de apoyo. Su padre le destinaba á la carrera de hacienda; su madre encontraba que esta carrera era demasiado grave y seria para su hijo, y que solo era para el teatro, donde ella habia brillado en otro tiempo.

He aquí al pobre niño, en sus quince años, sin haber recibido el bautismo, sin haber visto jamas un crucifijo, sin haber pronunciado una sola palabra de oracion; hélo aquí, en medio de todos los peligros, abandonado á todas las seducciones. Como todos nosotros, tenia su ángel de guarda; pero el desgraciado niño jamas le habia dicho: “¡Espíritu celeste, á quien Dios me ha confiado, ved cómo he quedado solo; velad por mí y ayudadme!”

El Señor tiene sus caminos para salvar á las almas, y vais á ver el que escogió para salvar á dos.

Quando la consagracion del emperador Napoleon, fueron llamados todos los cantantes de los principales teatros de Paris, para formar con los coristas de las diversas iglesias un inmenso coro, que ejecutase un *Te Deum*, de la composicion de Lesneur. El jóven Mario, cuya voz y talento musical habian adquirido una especie de renombre en el teatro de la Opera Cómica, fué invitado para esta gran solemnidad; y quince dias antes del 2 de Diciembre de 1804, el hijo del sacerdote y de la cómica pisó por primera vez el pavimento de una iglesia. ¡Oh! El habia visto bien los teatros con todas sus mágicas decoraciones, los palacios con sus ricas y brillantes colgaduras; habia visto los cien mil fuegos y la radiante luz de las iluminaciones en las fiestas nacionales; y nada de esto habia conmovido su alma: pero esta vez, luego que pasó el umbral de la antigua y santa basílica, cuando vió extenderse ante él la espaciosa y alta nave, y percibió en lontananza el santuario y el altar, un sentimiento desconocido hizo palpitar su corazon.

La primera noche durante la repeticion del *Te Deum*, la casualidad. . . . me equivoqué, Dios colocó al jóven Mario, al lado de un niño de coro de la catedral, que era conocido en la sacristía y en el seminario con el nombre del *pequeño santo*. La voz y la figura de esta criatura estaban en armonía con el sobrenombre que le daban: su fisonomía tenia en efecto algo de angélica.

Antes de la gran fiesta de la consagración, se repitió muchas veces el *Te Deum*, y siempre el joven Mario se encontraba en el mismo atril que el piadoso corista. A su edad se liga uno fácilmente, y así se formó bien pronto entre ellos una amistad que no debía ser estéril.

Cuando se acababan las repeticiones, antes de irse, jamás faltaba el pequeño santo á rezar su oración de la noche en la capilla de la santa Virgen: Mario le seguía allí, aunque maquinalmente, porque no sabía rogar ni hacer la señal de la cruz, y se estaba arrodillado cerca de su nuevo amigo. Este, al salir de la capilla, se encontraba siempre con una mujer como de unos cuarenta años, de maneras distinguidas y una piedad fervorosa: era su madre. Tres días antes del 2 de Diciembre, esta señora no vino á buscar á su hijo, y los dos jóvenes amigos se volvían juntos; como caminaban por los muelles para llegar á sus habitaciones, Mario dijo á su compañero:

—¿Por qué habeis estado hoy de rodillas mas largo tiempo que el de costumbre?

—Porque mi madre me tiene lleno de inquietud; sufre mucho, y he rogado por ella.

—¿Rogar! ¿Y qué es eso de rogar?

—Oh...! ¡esto es imposible! Vuestro padre, vuestra madre, os lo habrán enseñado. ¿No os ha enseñado vuestra madre, cuando érais pequeño, á hacer la señal de la cruz?

—Ni de pequeño ni de grande: yo no la sé hacer.

—¿Oh Dios mio! ¡Esto es imposible...! ¿Pues qué, no sois cristiano...? ¿No habeis sido bautizado...?!

—No, jamás. Mi padre y mi madre no tenían religión alguna: nunca oraban, no iban jamás á la iglesia, y yo he hecho lo mismo que ellos. La primera vez que he doblado las rodillas, ha sido á vuestro lado por imitaros.

—¿Oh! tanto mejor tanto mejor que sea yo quien os haya inspirado esa idea... Mario, bien sabeis lo que os amo, y sé que sois mi amigo; es preciso que las cosas no queden así. Es preciso que creais lo que yo creo; que esperéis lo que yo espero; que adoreis el Dios que yo adoro... Cuando tengamos una misma creencia, entonces nos abrazaremos mejor. El otro respondió:—Yo bien quiero, Javier, que mi Dios sea el vuestro; ¡pero quien es ese Dios? jamás he oído hablar de eso.

—Desde esta tarde misma, querido Mario, venid donde está mi madre; es una santa, y ella os enseñará lo que todo cristiano debe saber, si vuestra madre no os espera, venid con nosotros. ¿Estais libre?

—Sí: esta noche no se trabaja en la Opera Cómica; ni ella ni yo tenemos que cantar.

—¿Qué...! ¿sois actor?

—Sí: desde que estamos arruinados, nos metimos en el teatro.

—¿Y teneis padre todavía?

A esta pregunta, Mario no respondió; pero cubriendo sus ojos con las manos el desgraciado niño rompió en llanto. Javier no le dirigió pregunta al-

guna mas, é hicieron silenciosamente el resto del camino: bien presto llegaron á la calle Jacob, al modesto alojamiento de Madama d'Urbois, viuda de un antiguo negociante, que no teniendo á quien amar sobre la tierra, mas que al hijo que su marido le dejó al morir, habia puesto todo su afecto en este niño.

Madama d'Urbois era una de esas mujeres cristianas, de que hay muchas en Paris; seres mas apegados al cielo que á la tierra, por la elevación de su alma, la pureza de su conducta, y la extrema delicadeza de sus sentimientos; mujeres que comienzan, oyendo la misa del alba, por poner el día bajo la protección de Dios; madres de familia que ocupadas de las necesidades de su casa, no son sin embargo, extrañas á las artes ni á la santa literatura. Existía entre Madama d'Urbois y su hijo una confianza ilimitada, de tal manera, que el joven jamás se acostaba, sin haber hecho á su madre una relación circunstanciada de cuanto le habia pasado en el día: por lo mismo, sabia la naciente amistad de Javier á Mario. Cuando los vio entrar á los dos, dijo á su hijo: Te agradezco, hijo mio, me presentes á tu nuevo amigo; y á vos, señor, es agradeceré que ameis á Javier, porque Dios nos ha puesto en este mundo para amar y hacernos amar.

En esta primera entrevista de Madama d'Urbois con los dos jóvenes, penetró con esa doble perspicacia de mujer y de madre, cuanto faltaba á Mario. Dios le habia dado mucho; pero su educación, lejos de haber correspondido á estos dones, no habia hecho mas que aminorarlos; faltaba, pues, volver al adolescente aquello que habia recibido de la Providencia, de que sus malos padres lo habian privado. La idea de que este joven no estuviese aún bautizado, esijia con urgencia comenzar la educación cristiana del amigo de su hijo: le invitó á venir á la mañana siguiente á almorzar con Javier, y le previno que, como tenia que venir á su casa, debía pedir á su madre el permiso de pasar el día con ellos. Mario respondió que su madre estaba ausente, y que le quedaban libres todos los días.

Al dar esta respuesta á Madama d'Urbois, un pensamiento triste y lastimoso traspasó el corazón de Mario: comparó la madre que tenia á la vista, con la que le habia dado la naturaleza. El día siguiente estuvo esacto á la hora indicada, y madama d'Urbois, ingeniosa por su celo en la salud de las almas, quiso que este día fuese agradable á los dos jóvenes. Despues del desayuno, los condujo á visitar muchos monumentos de Paris: de aquellos capaces de conmover el alma, é inspirar elevación de pensamientos. Como puede adivinarse, muchos de los edificios visitados fueron iglesias, porque allí hay siempre alguna cosa para el corazón, al mismo tiempo que para los ojos, para el artista, y para el cristiano ferviente. Dios habia querido que en el momento mismo en que Javier y Mario entraban en la Iglesia de San Estévan del Monte, llegase un entierro; iba un pequeño ataúd con su sábana mortuoria blanca, y su corona de sempiter-

nas, y lo que el sacerdote cantaba al recibir el muerto en la iglesia, era el himno de acción de gracias, el *Te-Deum*.

—Es singular, dijo Mario á Javier, entonar un canto de alegría para un muerto!

—Es que este muerto es un ángel mas para el cielo, respondió la madre de Javier; y de aquí tomó ocasión para explicar á Mario, que el bautismo daba una eternidad feliz, no solo á los niños, sino tambien al hombre que lo recibia con esa persuasión que daba las creencias vivas. La piadosa católica esplicó claramente la necesidad del primero de los sacramentos. Pintó á los ángeles del paraíso rodeando el bautisterio, para recibir el niño recién nacido que es llevado allí... Luego que la criatura ha sido lavada en las aguas de la gracia, uno de estos espíritus celestes debe ser su guardian en todo el resto de sus días.

—¿Y se puede ser bautizado en toda edad? preguntó el hijo de la cómica y del malvado padre.

—Oh! sí, sin duda, exclamó Javier; y si tú quieres, podrás hacerlo desde mañana, y despues seremos hermanos en Dios.

—Señora, hacedme bautizar luego.

—Me conducireis á casa de la señora vuestra madre, y le pediré el permiso de instruiros, respondió madama d'Urbois.

—Mi madre!... Podemos hacerlo todo sin su intervención... Ahora está ocupada exclusivamente de una nueva contrata para ella y para mí... Por otra parte, no entiendo cosa alguna en materia de religion.

—Pues bien, voy á comenzar á instruiros, y cuando sepais lo que debeis saber, Javier será vuestro padrino... vuestro padrino espiritual: él responderá de vos ante Dios y el sacerdote. Yo os daré tambien una madrina, una madre, segun la gracia.

A tales palabras, fué completa la alegría de Mario; se arrojó en los brazos de Javier repitiendo:—Nosotros nos amaremos cada día mas. ¿Oh, qué dicha! Decidme, señora, lo que debo saber, para aprenderlo sin tardanza... para que sea cristiano lo mas pronto.

Desde este día, Javier y su madre dieron la primera instrucción al joven neófito. Este día pasó pronto y dulcemente para los dos jóvenes: alguna vez los días de dicha tienen su mañana; he aquí una prueba.

El 1.º de Diciembre, Mario y Javier se habian dado cita para Nuestra Señora, prometiéndose ir á ver juntos los aprestos que se hacían sobre el camino que debían seguir el Santo Padre y Napoleón, para llegar á la catedral. En un punto donde se estrechaba una de las calles designadas para el cortejo, los arquitectos encargados del adorno, tuvieron la idea de levantar en madera un arco de triunfo para cubrir la irregularidad de este pasaje: los jóvenes amigos se habian detenido allí para leer las inscripciones grabadas sobre el *grano en tela pintada*, que estaba destinada á la construcción de esta puerta triunfal; los carpinteros, apurados por el tiempo y por los vigilantes de

la fiesta, se apresuraron (sin tomar las precauciones debidas) á fijar las viguetas y largos travesaños de palo en la cima del edificio. Entre tanto, el tropel de gente era compacto y apiñado; y luego que una patrulla de caballería pasó por esta calle para despojarla, hubo un flujo y reflujo en la multitud: en este movimiento, Javier y su amigo fueron empujados hasta debajo de la viga mal sujeta... Uno de los travesaños se desprende de una altura de mas de veinte piés, y una de sus estremidades alcanza á Mario en la cabeza: cae al golpe, ensangrentado é inmóvil... en seguida fué llevado como muerto, y depositado en una casa vecina... Javier, cuyo dolor se conocia, lloró, y sus lágrimas corrieron por el rostro del herido mezclándose en su sangre. Despues de algunos instantes, Mario reposaba sobre un lecho, y el joven d'Urbois dijo al médico que acababa de llamar:—Señor, asegúradme si vivirá; salvad su cuerpo, que yo voy á salvar su alma.—La buena señora, en cuya casa se habia depositado el enfermo, y á quien Javier dijo algunas palabras, le trajo una pila de agua bendita... Despues de haber apartado de la frente los cabellos ensangrentados de su amigo, elevando los ojos al cielo, y haciendo la señal de la cruz, el piadoso cristiano vertió el agua santa sobre la cabeza de Mario, diciendo: *Yo te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo. Amen.*

El pequeño santo habia tenido en este acto tanta piedad y tanta fé; la espresion de su semblante era tan angelical, su emoción tan visible, que todos los espectadores de esta escena habian caído de rodillas... y el médico, que durante el bautismo no habia levantado la mano de encima del corazón de Mario, dijo á la señora de la casa:—Creo bien que no es un muerto el que se acaba de bautizar.

No, no era ciertamente un muerto: Dios en su inescrutable misericordia habia decretado que este bautismo, dado por un adolescente é otro adolescente, salvase mas de una alma. Mario habia recuperado sus fuerzas al cabo de algunas semanas: no hay necesidad de pintar cuánto se habia hecho encantadora y dulce la amistad de estos dos jóvenes. Sus dos almas, como las de David y Jonathás, no formaban mas que una, para alabar y cantar las alabanzas del Señor. La mas bella flor de los jardines se convierte todavía en mas bella, si la colocais bajo los rayos del sol naciente, si la esponéis al rocío del cielo. Lo mismo es en la amistad, el mas dulce de todos los sentimientos; ponedla bajo las miradas de Dios; aprocsimadla á las fuentes de la gracia, y se hará mucho mejor. Javier y Mario se habian convertido en dos verdaderos hermanos, y por espacio de mas de siete años vivieron en Paris. Madama d'Urbois, por la consideración de que gozaba con el arzobispo Monseñor Juigné, consiguió una plaza bien lucrativa en la secretaría para Mario, abandonado del todo por su madre, y que por sí mismo habia renunciado á todo lo que le ligaba al teatro: en cuanto á su caro Javier, habia hecho tantos adelantos y dado tan

grandes pasos en el sendero de la piedad y la virtud, que era uno de los sujetos mas distinguidos en el seminario de San Sulpicio.

Hay en el mundo madres que se desolan, y cuyo corazon se desgarran el dia que sus hijos vienen á declararles que Dios les llama á sí, y que su vocacion es hacerse sacerdote. . . . ¡Oh! El dia en que Javier hizo tal declaracion; el dia en que, despues de haber comulgado, vino á abrazarse á sus rodillas, y le dijo tomándole las manos:—Madre mia, no quiero amar mas que á Dios y á vos; quiero consagrarme á su servicio, á sus altares, y allí rogarle cada dia para que os cubra de sus bendiciones. Madre mia, ¿consentís? . . .

¡Oh! entonces. . . os lo aseguro; la madre cristiana llora. . . llora mucho, pero es de alegría. Esta dicha indecible, de apegarse mas al cielo que á la tierra, es la que hace correr su llanto.

Levantándose de su sillón, fué madama D'Urbois á arrodillarse en su reclinatorio. Al cabo de algunos instantes, pone sus dos manos sobre la cabeza de su hijo, que estaba de rodillas á su lado. Hijo mio (le dijo), tú llenas mi corazon de un santa alegría, tú llevas la mejor parte, y yo he bendecido á Dios. Que él te tome bajo su proteccion; yo te encomiendo á él.

Cinco años habian pasado desde que este permiso maternal fué otorgado á Javier; y como para recompensarla su sacrificio, una gran felicidad habia favorecido á la piadosa madre. Habia asistido á la primera misa de su hijo. . . El tiempo marchaba, pues, dulcemente y sin desgracia, hasta que un dia, Mario, pálido y jadeando, descompuesto el rostro, llegó á la casa del jóven sacerdote. "Javier, le gritó entrando en su oratorio, no tenemos instante que perder. . . Ve; lee esta carta." Y diciendo estas palabras, la pone en manos de Javier.

Esta carta, fechada en Tolon, estaba escrita por el director del presidio, que prevenia á Mario que su padre, atacado de una enfermedad mortal, pedia verlo antes de morir.

Tendiendo la mano á su amigo, le dijo Javier: "Estoy dispuesto; dentro de una hora estaremos en camino: la nueva que recibimos es terrible. Pero veo en esto el dedo de Dios; corramos, pues, al lugar que él nos designa: partamos."

Antes de entrar en el carruaje, el jóven sacerdote recibió una doble bendicion; la de su superior y la de su madre.

De Paris á Tolon el espacio es inmenso, y la marcha pareció bien larga á los dos viajeros. En fin, hélos aquí llegados al punto. . . punto terrible para el hijo del viejo condenado á morir en este lugar, guarida del deshonor y del crimen. Ha querido entrar solo en el cuarto de la enfermería, donde yace sobre un mal lecho el presidario. Javier se detiene en una pieza próxima, y ruega á Dios inspire el corazon del criminal. . . Al ver á Mario, el viejo tiende los brazos, y el hijo se arroja sobre el seno paternal, correspondiendo al abrazo del moribundo. . . Solo en un momento igual, en aquel en que la muerte estiende su brazo sobre un ser que os ama, es en el que podéis recordar

sus tormentos, á la vez que sus crímenes. Mario, pues, lloraba con su padre. . . Lo compadecia, y sus sollozos se redoblaban, cuando el viejo le repetia. . . yo creí que tú no habrias querido venir. . . creí que hoy, que eras devoto, tendrias tanta vergüenza de mí, que permanecerias en tus iglesias rogando á tu buen Dios. Mario, te agradezco que hayas venido á verme un momento antes que sea arrojado á los gusanos. . . Bien pronto habrá acabado todo para mí. . . y tú. . . tú no volverás á pensar mas en el presidario.

—¡Padre mio! ¡padre mio! no me hableis así. . . sois injusto conmigo. . . jamas os borraré de mi memoria.

—¿Qué. . . tú pensarás sin maldecirme, sin sonrojarte de vergüenza, en el sacerdote apóstata y casado. . . ?

—¡Oh. . . siempre. . . ! Sin cesar rogaré por vos.

—¿Y á qué Dios te atreverás á rogar por mí. . . ?

—Al mio, y al vuestro. . .

—Yo no lo tengo ya. . . He renegado del Dios de mi juventud. . . Me hice apóstata, impúdico, falsario. . .

—Sois cristiano, y este título. . .

—Por este título debo ser condenado.

—Teneis sobre vos la sangre de Jesucristo, padre mio; y una sola gota de sangre divina sobre vuestra alma. . . la puede salvar. . . ¡Ah! . . . yo os suplico que escuchéis al amigo que me ha acompañado. . . el amigo que ha esparcido sobre mi frente el agua santa del bautismo, y que ha venido á ser tan querido como un hermano. . . Dejadle conducirle cerca de vos.

—¿Qué. . . vas á mostrar á tu padre, infamado. . . marcado. . . presidario. . . ! Bien. . . si tienes tanto valor. . . si ha venido de tan lejos para acompañarte aquí. . . hazlo entrar. Yo he sido vicioso; he cometido crímenes, he aglomerado infamias sobre mi nombre. . . Pero no quiero ser ingrato. . . Así, ya que viene, lo recibiré.

—¡Bendito seas, padre mio, bendito seas, dijo Mario corriendo á buscar á Javier. El viejo criminal, pasando y repasando sus manos sobre la frente y por sus ojos, como para rechazar las tinieblas, repetia muchas veces. . . "¿Qué han dicho. . . ? Bendito seas. . . bendito seas. . . ¡Oh, hace veinte años que no habia oido semejantes palabras. . ."

En este instante, mientras el viejo lanzaba en derredor sus estraviadas miradas, entra Mario con Javier, vestido con su sotana. A esta vista, el enfermo, dando un grito, se cubre los ojos con ambas manos, y dice con espanto: "Un sacerdote. . . un sacerdote! Mario. . . que se vaya. . . échale de aquí. . . ¿Cómo quieres que pueda yo mirar un sacerdote. . . ? ¿Cómo quieres que un sacerdote pueda mirarme sin horror. . . ?"

—Mi hermano en Jesucristo, respondió Javier con una voz llena de una suave bondad; hermano mio, os vengo á traer la paz del perdón.

—¡La paz. . . ! Ya no existe para mí. . . ¡El perdón. . . ! ¿Cómo quereis vos que lo pueda alcanzar?

—La bondad de Dios es inagotable.

—Mis prevaricaciones son sin número.

—Arrepentios de ellas, y el Señor las arrojará tan lejos de sí, que no las volverá á ver mas.

—¡Ah! Me decís ahora las palabras que en otro tiempo les decia yo á otros.

—Ellas siempre son verdades: el arrepentimiento lo borra todo.

—¡Oh, sí, padre mio! continuó Mario; la misericordia de Dios perdona á todos. . . Aunque jóven, yo tambien tenia necesidad de perdón, y al presente gozo una paz que quisiera daros.

Hablando así, el hijo del renegado besaba las manos de su padre, y las bañaba con sus lágrimas.

—¡Ved, hermano mio, replicó Javier; ved, ¡la bondad de Dios no se revela toda en vos, por la presencia de vuestro hijo? ¿No es este paso para vos, el principio de las misericordias divinas?

—Sí. . . yo lo conozco. . . efectivamente es un beneficio. . .

—A que seguirán otros, no lo dudeis. . . vuestro hijo no me ha traído cerca de vos, mas que para esparcirlos de nuevo sobre vuestra cabeza.

—Mi cabeza ha encanecido en el crimen. . . Yo he envejecido en la iniquidad. . .

—La contricion lava esas manchas, y el Señor os rejuvenecerá como el águila, por una eternidad bienaventurada. . .

—Todo eso que me decís lo he creído. . . Yo quisiera creerlo todavia.

—Nosotros rogarémos porque os vuelva la fé.

—Sí, sí, padre mio, dijo Mario; yo rogaré con todas las fuerzas de mi alma.

—Hijo. . . te agradezco que hayas venido. . . Si mi mano no estuviere tan manchada, la estenderia sobre tí para bendecirte.

Despues de estas palabras, hubo un silencio glacial. Javier habia sacado del seno uno de esos crucifijos que los hijos de Loyola llevan siempre sobre sí, y una reliquia de la verdadera cruz, y los habia puesto sobre la mesa, cerca del lecho del viejo. . .

En este momento de silencio, se conocia que el pecho del enfermo se llenaba de agua, la respiracion se hacia mas difícil, la emocion parecia amenazar una crisis. . . No habia, pues, tiempo que perder, ademas del perdido: el adormecimiento soporífero del enfermo duró mas de una hora; esta hora fué empleada en orar.

En los instantes del sueño de los moribundos, de ese reposo que precede al gran reposo de la tumba, se operan frecuentemente milagros de misericordia. Dios se hace ver entonces á los ojos cerrados, habla á los oídos sordos, y toca al corazon que va á cesar de latir. Esto fué lo que sucedió mientras Javier y Mario habian rogado en silencio cerca de la cama del viejo. . . y cuando éste recobró la vista, su primer mirada se dirigió al crucifijo; su primer movimiento fué llevar la mano á la pequeña mesa en que acababa de ver la señal del perdón. . . pero la retiró, como indigno de tocarla. . . Entonces Javier tomó la cruz, y le dijo: La cruz pertenece al pecador; para salvar al pecador, se hizo

el Hijo de Dios clavar en ella, y murió por nuestra salud: llevad este crucifijo á vuestros labios; para vos lo he colocado aquí.

El enfermo, con una voz débil, respondió: Mis labios deben estar purificados por la confesion de mis pecados, antes que bese los piés del Salvador. Vos, ministro de misericordia y de perdón, quedad solo conmigo; y tú, pobre hijo mio, ve á rogar de rodillas en la vecina iglesia, y tu amor filial interceda con Dios, y arranque á su justicia el perdón del sacerdote apóstata.—A una señal de Javier, Mario tomó la reliquia de la verdadera cruz, y la hizo besar á su padre, á quien abrazó despues, derramando abundantes lágrimas, menos amargas ya por la esperanza de la completa conversion del anciano.

Luego que el viejo sacerdote, que en otro tiempo habia renegado de Dios, y el sacerdote jóven que le servia con toda su pureza, con todo el fervor de su alma, se encontraron solos, pasaron cosas tan santas, tan inefables, que la pluma no puede relatarlas.

Despues de mas de una hora de ausencia, Mario volvió á tocar á la puerta de la cámara de su padre, y Javier le dijo: Amigo mio, dad gracias á Dios, pero no entreis todavia; vuestro pobre padre quiere estar solo conmigo toda la mañana. . . idos, y rogad al Señor. . . Estas pocas palabras fueron bastantes para esparcir un bálsamo de consuelo en el alma del jóven cristiano. Poseído de un pensamiento fijo de que nada podia distraerlo, visitó todas las iglesias, se arrodilló ante todos los altares, repitiendo en todos la misma plegaria: ¡Dios mio, salvad el alma de mi padre. . . ! ¡Virgen santa, refugio de pecadores, rogad por él. . . !

Sus oraciones no fueron vanas: cuando cerca de medio dia volvió donde estaba el sacerdote arrepentido, encontró otra expresion en su semblante; notó en sus ojos que habia llorado mucho, y con una voz dulce y cariñosa dijo á Mario: "Hijo mio, ya puedo abrazarte y bendecirte. . . El Dios que me acaba de perdonar, perdone algun dia á tu madre: haz por ella lo que has hecho por mí. . . ¡Llévale este hombre de misericordia. . . Yo te bendigo, hijo mio: sé siempre puro, y mas feliz que aquellos á quienes debes el ser. Te he dado una triste vida aquí abajo; y tú, hijo mio, has hecho demasiado, me has puesto en el camino de la vida eterna. Sé, pues, tres veces bendito."

El resto del dia fué tranquilo; sin embargo, las fuerzas del viejo disminuian rápidamente; cerca de las diez de la noche, despues que el moribundo habia recibido el sagrado viático y la extrema-uncion, comenzó la agonía, y á eso de media noche, el alma en otro tiempo manchada por la apostasia, pero que la contricion y los sacramentos de la penitencia, de la extrema-uncion, y de la Eucaristía acababan de lavar y preparar para el cielo, pasó del tiempo á la eternidad, y de la justicia de los hombres á la misericordia de Dios.

LA CONFIRMACION.

HABIENDO sabido los apóstoles que estaban en Jerusalem, que los samaritanos recibían la palabra de Dios, les enviaron á Pedro y á Juan; que al llegar hicieron oracion por ellos á fin de que recibiesen al Espíritu Santo, porque aun no había descendido sobre ninguno de ellos, sino que solamente estaban bautizados en nombre del Señor Jesus. Entonces les imponían las manos y recibían al Espíritu Santo." (1)

Este sagrado testo prueba el origen y remota antigüedad del sacramento de la confirmacion, sacramento que sigue al bautismo, y completa la gracia.

Otros pasages del Evangelio se refieren á la confirmacion, y demuestran que ella es de institucion divina. Dijo Jesus á sus apóstoles: *Yo rogaré al Padre, y os dará otro consolador para que esté con vosotros eternamente, á saber, el espíritu de verdad* (2).

Tambien dijo á su padre, hablando de los apóstoles: "no ruego solamente por estos, sino tambien por todos aquellos que han de creer en mí por medio de su predicacion (3).

En los hechos apostólicos dijo San Pedro á los que le escuchaban: "Recibid cada uno de vosotros el bautismo, y recibiréis los dones del Espíritu Santo, porque la promesa es atañe á vos y á vuestros hijos y á todos los que están lejanos, pero que llamará Dios nuestro Señor."

En el capítulo diez y nueve refiere el escritor sagrado que venido Pablo á Epheso, encontró algunos discípulos que no habían recibido mas bautismo que el de San Juan, y que segun las instrucciones del apóstol recibieron el bautismo de Jesucristo. Dice el testo santo que despues de haber escuchado estas cosas, fueron bautizados en nombre del Señor Jesus, y habiéndoles impuesto Pablo las manos, descendió el Espíritu Santo sobre ellos, hablaban varias lenguas y profetizaban.

"He aquí una señal sensible y práctica de la gracia; he aquí un verdadero sacramento de la ley nueva; (4) aquí hay materia y palabras; imposicion de manos y oracion; hay ministros que son

los apóstoles y sus sucesores; hay un efecto del sacramento, que es la gracia santificante ó el Espíritu Santo."

Los antiguos padres designan el sacramento de la confirmacion bajo una multitud de nombres diversos, y parecen complacerse en levantar su esencia. Los nombres mas empleados por ellos para designarlo, son los de *imposicion de las manos* (5), *crisma de salvacion*, (6), *sacramento del crisma* (7), *sello de la vida eterna* (8), *sello real y uncion espiritual* (9). Los griegos y los latinos le dan el nombre de *perfeccion*. En fin, San Ambrosio fué el primero que empleó la palabra CONFIRMACION, porque el principal efecto de este sacramento, es fortificar y *confirmar* nuestro corazon contra todos los ataques y las seducciones del mundo. San Prudencio ha encerrado en dos versos latinos muchos de los nombres que se daban en su tiempo al sacramento.

Inscripta oleo fronti signacula, her quam Unguentum regale datum est et chrisma perenne.

El aceite ha marcado tu frente con la señal saludable; y el crisma inmortal con su líquido dorado te ha dado la uncion real y consagrado á Dios (10).

San Cipriano, que siguió tan de cerca á los apóstoles, dijo hablando de la confirmacion: "Dirigiéndose Pedro y Juan á Samaria á los que había convertido Felipe, suplieron lo que faltaba, y les impusieron las manos para invocar y hacer venir sobre ellos los dones del Espíritu Santo; lo que tambien se practica entre nosotros, en que los bautizados en la iglesia son presentados á los obispos, á fin de que por nuestra oracion reciban el Espíritu Santo y sean perfeccionados con el sello del Señor."

Tertuliano con San Cifoniano había hablado con mucha claridad de la confirmacion, y de la imposicion de las manos con que ella se administra, y despues de haber discurrido acerca del bautismo y sus efectos, designa los ritos que le son propios." Salidos del baño sagrado, somos unguidos con el oleo

(5) S. Ag. De Bap. Contra Donat.

(6) S. Leon, serm. 4 De Nativ.

(7) S. Ag. lib. III

(8) S. Leon.

(9) Theodoret, lib. IV.

(10) Prud. in Psychon.

(1) Act. cap. VIII v. 17.

(2) San Juan cap. XIV v. 16.

(3) San Juan cap. XVII v. 20.

(4) Instituciones políticas de un doctor en teología.

santo. Se hace esta uncion sobre el cuerpo, pero produce su efecto sobre el alma; despues se nos imponen las manos con la bendicion, invocando é invitando al Espíritu Santo. El mismo padre agrega: "Caro manus impositione adumbratur, ut et anima Spíritu illuminatur."

La confirmacion supone necesariamente el bautismo, y por muchos siglos recibían los fieles los dones del Espíritu Santo al salir de la piscina sagrada.

Leemos en la *historia de los Sacramentos de la Iglesia*. (1) Eran admitidos los neófitos á la Confirmacion al llegar á las fuentes, y despues de recibida, participaban de la hostia vivificante con el resto de los fieles: así que eran puestos simultáneamente en posesion de todos los bienes y de todas las ventajas de la Iglesia.

"La práctica de comulgar los niños recién nacidos, estaba vigente, no solo en los siglos doce y trece, sino que se observaba en Beauvais hace trescientos años, segun se ve en los ordinarios de esta Iglesia en aquel tiempo; y de allí ha venido la costumbre de llevar aun hoy al altar mayor al niño recién bautizado, lo cual se practica en toda la diócesis de Rouen." (2)

Puede ser que me deje alucinar del encanto que hay en las costumbres antiguas, pero se me perdonará esto, porque las ceremonias mudas con tanta religion son santas y venerables, sobre todo las que son parte de la administracion de los sacramentos; ellas son al mismo tiempo misteriosas y llenas de piedad; son predicaciones mudas con que los apóstoles y los primeros fundadores de las iglesias, nos hablan diariamente, nos hacen conocer nuestros deberes y nos guían y escitan á cumplirlos.

La primera disposicion que se debe traer al sacramento de la Confirmacion es hallarse instruidos de los principales misterios de la fé y renovar su profesion. Hay tres misterios principales que jamas debe perder el cristiano de vista y siempre debe confesar: el misterio de la SANTISIMA TRINIDAD: el de la ENCARNACION y el de la REDENCION.

Es tambien necesario que el aspirante á los dones del Espíritu Santo, sepa la doctrina de los sacramentos, principalmente del BAUTISMO, CONFIRMACION y PENITENCIA, la Oracion dominical, el Símbolo de los apóstoles, la Salutacion angélica, y los Mandamientos de Dios y de la Iglesia.

Para ser admitido en las academias científicas y literarias, para tener un lugar entre los sábios y doctos del mundo, es menester sufrir un exámen de infinidad de conocimientos adquiridos en dilatados estudios, para ponernos en camino del cielo, y hacernos participantes de los beneficios de los sacramentos; Dios pide de nosotros mucho menos: él desea la pureza antes que el saber. Todos podemos fácilmente adquirir la ciencia que escije

(1) Padre Chardon Vol. I. Cap. 11.

(2) Le Brute.

de nosotros, que es la del cristiano humilde y pobre: el cura de la aldea la enseña al hijo del miserable gañan. Esta ciencia indispensable para la salvacion, está contenida toda entera en un libro muy pequeño . . . en el catecismo.

Ya veo que los volterianos, los escépticos y los filósofos del día, fruncen los hombros y se sonríen de lástima; pues bien, á pesar de su orgulloso desprecio, conservo toda admiracion y toda veneracion hácia este libro honrado con su desden.

Este pequeño libro que vemos en manos de los niños, y que enseña en su pobre iglesia el cura de pueblo, era el mismo que Blanca de Castilla bajo el dorado techo de los castillos de Poissy, Compiègne, Fontainebleau y Louvre enseñaba á todos sus hijos; y si Luis IX fué *humilde de corazon, justiciero y caritativo*, lo debió á no haber olvidado jamas los preceptos y consejos del catecismo. (3)

Ha sido hecho el catecismo con el Evangelio, y no es por ventura en este libro divino donde se encuentran mejor que en ninguna otra parte lecciones de humildad, de mansedumbre, de justicia, de caridad y tolerancia?

¿No es el Evangelio lo que ha emancipado al mundo? ¿No ha establecido, al proclamarnos á todos hermanos é hijos de un comun padre, una santa y verdadera igualdad?

¿No es en sus páginas donde aprendemos á ser caritativos y tolerantes mutuamente, á socorrer al pobre, y á temer la suerte reservada al rico malvado?

¿No es allí donde está escrito que el reino de los cielos jamas se abrirá al orgulloso, al opresor de la viuda y del huérfano, al que posee los bienes de otro, ni al hombre que no se compadezca de los que tienen sed y hambre, ni tenga piedad de los afligidos y presos?

El catecismo es el libro de todos, pequeños y grandes, débiles y fuertes; el hombre del pueblo y el rey, todos encuentran allí bien señalados sus deberes por la mano de Dios.

Nos enseña ese manual, "que á pesar de no ser la confirmacion tan necesaria como el bautismo, es, sin embargo, un gran pecado despreciar tal sacramento; es desobedecer á Jesucristo que lo ha establecido para fortificar en nosotros la gracia del bautismo, y que nos ordena recurrir á él para crecer en la vida espiritual."

El cristiano que recibe dignamente en el santuario de su alma la tercera persona de la Santísima Trinidad, posee la fuente de toda perfeccion. Los dones que emanan de la confirmacion, se revelan por el suave olor de las buenas obras; á la manera que el perfume encerrado en una vacija de barro, se da á conocer por el delicado olor.

Aunque el Espíritu Santo no descienda visiblemente sobre aquellos á quienes "los sucesores de los apóstoles, nuestros obispos, administran el sacramento de la confirmacion, lo reciben con la misma realidad que los apóstoles lo recibieron. Las maravillas exteriores, el viento impetuoso que

(3) Vida y sig. de San Luis.

convivia el cenáculo de los discípulos del Dios crucificado y resucitado, las lenguas de fuego que señalaron el descenso del Paráclito sobre los apóstoles, todo esto era necesario para llamar la atención y convertir á los judíos y gentiles; pero ya no se necesitan estos prodigios hoy que el inmenso beneficio de la religion de Jesucristo se ha extendido por todo el mundo."

Escuchemos á San Agustín: "Los milagros eran á propósito para aquella época; era necesario que el Espíritu Santo fuese proclamado en todas las lenguas, porque de todas ellas necesitaba el Evangelio para derramarse por el universo; Dios ha hecho comprender esto con sus prodigios, y los prodigios han cesado: ¿esperais acaso que aquellos á quienes se imponen las manos para recibir al Espíritu Santo hablan diferentes lenguas?"

Hoy por solo el hecho de administrar el sacramento un obispo, baja el Espíritu Santo á nuestra alma.

Quando esto sucede, nos da una alegría pura y sólida que jamas puede dar el mundo: dulce paz que nada puede turbar, porque nos eleva mas allá de las agitaciones de la sociedad. Con esta paz celestial nos han venido una paciencia que ningun obstáculo irrita, que ninguna lentitud fatiga, una complacencia discreta é ilustrada que se anticipa á los deseos de nuestros hermanos; una bondad tan amable, que no solamente nos desvia de contristar á nuestro prójimo, sino que nos conduce á quererle hacer tanto bien como á nosotros mismos.

En el rito griego aun es costumbre cofirmar los niños luego que son bautizados, lo cual ha sido constante disciplina por doce siglos. Quando en las poblaciones pequeñas, dice San Jerónimo, se confería el bautismo por los sacerdotes y diáconos, hacia el obispo expediciones á ellas despues de pasqua, para imponer las manos invocando al Espíritu Santo. De donde se sigue que aun hoy podia ser administrado el sacramento á los niños, y que el obispo que lo confirió á estos en el acto de morir, lejos de censura, mereceria alabanza. "Este sacramento, dice Santo Tomás (1), debe darse á los que van á morir para que aparezcan *cristianos perfectos en la resurrección*," segun aquellas palabras de la Epístola á los efesios: "Hasta que hayamos llegado á formar en nosotros hombres perfectos."

Dios ha dicho á Noé: "Los sentidos y los pensamientos del hombre, se dirigen al mal desde su adolescencia (2)." Es conveniente, pues, con los niños, desde que la razon comienza á apuntar en su inteligencia, redoblar los socorros y la protección celestial; porque á medida que se alejan de la piscina donde se han hecho cristianos, avanzan mas en los senderos de la vida. Estos senderos están adornados á su entrada de flores, pero pronto suceden las zarzas y espinas á los preciosos ramilletes y frescas guirnalidas. A medida que el niño aleja la distancia entre él y su madre, es nece-

sario que su ángel custodio redoble su vigilancia, á causa de los precipicios y abismos, de las seducciones y peligros que obstruyen su camino. La religion, que conoce tanto las cosas de acá abajo como las del cielo, ha querido defender á la infancia contra tantos escollos.

El lirio que crece en el fresco valle á orillas de las aguas, no ostenta abiertas sus blancas hojas, cuando el gusano las roe, las marchita y las mata; se introduce por la verde cubierta del boton, para picarlo en su corazon. Sucede lo mismo con la adolescencia: su ropa bautismal tiene manchas entre sus pliegues, cuando á la vista parece pura y cándida.

El catolicismo ha hecho bien en administrar el sacramento de la confirmacion, en esta época en que acaba la infancia y comienza la juventud. Edad de transicion, que ejerce casi siempre un poderoso influjo en el resto de nuestra vida. "Ese momento en que el corazon no tardará en inflamarse con el fuego de las pasiones, es tambien el momento en que puede concebir la divinidad. Dios desvia el inmenso espíritu que se apodera, que atormenta con frecuencia al adolescente, y que llena su alma engrandecida. Pero aumenta el peligro, se necesitan nuevos socorros para este extranjero sin esperiencia, espuesto en el camino del mundo; la religion no lo olvida, tiene de reserva un apoyo. La confirmacion viene á sostener sus pasos inciertos, como el baston en manos del viajero. Observemos que la moral entera de la vida se encierra en el sacramento de la confirmacion. Cualquiera que tenga la entereza de confesar á Dios, practicará necesariamente la virtud; porque cometer el crimen, es renegar del Criador (3)."

El bautismo nos ha hecho hijos de la Iglesia; la confirmacion debe hacernos hijos del cielo: por ella se confirman en nosotros la fe y las virtudes necesarias para la santificacion de nuestra alma. La gracia propia de este sacramento, es darnos fuerza y valor de confesar enérgicamente el Evangelio, y de sufrir los mas crueles tormentos por el nombre de Jesucristo. Esto se demuestra con el ejemplo de los apóstoles, á quienes el glorioso resucitado, prócsimo á subir al cielo, dijo: "Permaneced en la ciudad, hasta que seais revestidos de la virtud de lo alto." (4)

La excelencia de este sacramento nos la revela admirablemente San Cirilo de Jerusalem. Escuchémosle, dirigiéndose á los neófitos de las comarcas en que evangelizaba (5): "Habeis venido á ser Cristos, les decia, habiendo recibido el símbolo del Espíritu Santo... Despues que habeis salido del baño sagrado, se os ha mareado con el crisma, porque el crisma es el símbolo con que fué ungido Jesucristo, es decir, el Espíritu Santo... Se os ha hecho la unción, primero en la frente, á fin de libraros de la afrenta que el primer hombre habia merecido por su prevaricacion, y que llevaria siempre... Se os ha hecho sobre el pecho, para que

(1) Par. III, cuest. LXXII, art. VII.

(2) Cap. VIII, v. 21. *Sensus et cogitatio humani cordis in malum prona sunt ab adolescentia sua.*

(3) Chateaubriand. *Genio del Cristianismo.*

(4) Lucas, cap. XXIV, v. 49.

(5) Catec. misto 9.

estando cubiertos de la coraza de la justicia, os podais sostener contra los lazos del demonio; porque así como el divino Salvador, despues de su bautismo y la bajada del Espíritu Santo sobre él, ha venido á Satanás, lo mismo, despues del bautismo y la unción mística, estando revestidos de las armas del Espíritu Santo, combatiereis contra los enemigos mas poderosos, y los destruireis, gritádoles: "Yo lo puedo todo en aquel que me da la fuerza."

San Eucherio de Leon, no desennueve con menos claridad esta materia, é insiste principalmente sobre la virtud que tiene este sacramento para fortificar las almas. Es bueno oirlo hablar á él mismo.

"Cada uno puede decir de sí mismo: ¿qué me aprovecha, despues del misterio del bautismo, el ministerio de aquel que me confirme? Aquello que exige el órden de la milicia; porque despues que un general recibe á alguno en el número de sus soldados, no solamente le imprime una marca (1), sino que le proporciona ademas las armas convenientes. Es lo mismo la bendicion que se da á los bautizados, es para ellos una defensa... El Espíritu Santo, que desciende de las aguas del bautismo para darles medios de salud, otorga con abundancia en las sagradas fuentes la gracia de la inocencia; y en la confirmacion un aumento de la gracia."

¿Y cómo no ha de haber aumento de gracia, cuando de este sacramento descienden sobre aquel que lo recibe dignamente, LOS SIETE DONES DEL ESPÍRITU SANTO? Enumeremos estos tesoros celestiales.

EL DON DE SABIDURIA, que nos hace juzgar rectamente de todo lo relativo á nuestro fin, y nos hace ver de luego á luego todas las miserias del mundo.

Ella es la que tiene la balanza para pesar los intereses de la tierra y los del cielo: es esta sabiduría de lo alto la que nos defiende y nos garantiza contra las iras, los vértigos y los delirios que las pasiones hacen levantar en nuestra alma; ella templá el fuego de la edad juvenil; ella mantiene la razon en la virilidad; ella reanima el desfallecimiento en la vejez. Con ella lo vemos todo bajo su verdadero aspecto; con ella se evitan las apariencias engañosas y las locas ilusiones.

Hermana de la verdad, la sabiduría, que proviene del Espíritu Santo, jamas engaña y siempre consuela.

Quando viene la prosperidad, la sabiduría nos repite: "No os envanezcáis con vuestra dicha, porque dentro de poco no quedará de ella mas vestigio que el de un sueño vano, y pasará como la vision de una noche (2)." Mientras seais feliz, haced el bien, para que la adversidad os sea menos dolorosa y cruel cuando os venga. Sí, ella os vendrá como un ladrón en el momento en que menos la esperais. La verdadera sabiduría es creer en

(1) El santo hace alusion á la costumbre de los romanos, de marcar en la mano á aquellos que toman partido en sus ejércitos.

(2) Libro de Job.

Dios, y la verdadera inteligencia alejarse del mal (3)."

Esta divina sabiduría nos dice: "No desecheis la correccion del Señor, ni os desesperais cuando os castiga; porque castiga á quien ama y se complace de él, como un padre con un hijo obediente.

"No tengais envidia al injusto ni imiteis sus ejemplos.

"Aplicaos á guardar vuestro corazon, porque él es la fuente de la vida.

"La caridad encubre las faltas.

"El orgullo va siempre acompañado de confusion, y la humildad de sabiduría.

"La sencillez de los justos los conducirá felizmente, y los embustes de los malos serán su ruina.

"No sirven las riquezas el dia de las venganzas de Dios; pero la justicia librárá de la muerte.

"El hombre caritativo hace un bien á su alma.

"El que vive con los sabios, se hará sabio; y el amigo de los insensatos se les parecerá."

El espíritu de sabiduría contiene otras muchas doctrinas saludables: así, pues, si el hombre se estravía, no puede quejarse mas que á sí mismo, porque Dios ha puesto para él la vigilancia y el cariño que una madre para su hijo: sin duda el camino de la vida es difícil; pero Dios ha puesto á los ángeles para indicarnos los riesgos y escollos.

San Pablo dice (4): "Jesucristo nos ha sido dado para nuestra sabiduría, nuestra justicia, nuestra santificacion y nuestra redencion, á fin de que aquel que se glorifique, no se glorifique mas que en el Señor.

"No es, pues, el espíritu del mundo el que hemos recibido, sino el espíritu de Dios, á fin de que conozcamos los dones que nos ha hecho.

"No anunciamos las gracias de Dios con los discursos que enseña la sabiduría humana, sino con los que enseña el Espíritu Santo, tratando las cosas espirituales, espiritualmente."

No hay mas sabiduría que la del Espíritu Santo. Los hombres se vanaglorian de tener una á su modo, y hemos visto á los poderosos del siglo no querer gobernar mas que con ella. En su orgullo han dicho los emperadores y los reyes: "Podemos pasarnos sin aquel que es llamado Santísimo y Señor de las naciones: para hacer imperar la justicia, la paz y la abundancia, no tenemos mas que estender nuestro cetro sobre nuestros pueblos, y ellos serán felices, y nosotros encomiados hasta la posteridad."

Así han hablado: sin embargo, miremos el mundo entero y busquemos allí la verdadera sabiduría: miremos cerca y lejos de nosotros, busquemos... y no la encontraremos en parte alguna: se diría que ha temido al estruendo de los hombres, y que se ha huido al cielo. La sabiduría no existe ni en nuestras casas ni en los palacios de los monarcas, ni en las asambleas legislativas, ni en los campamentos militares; como los vientos que so-

(3) Idem.

(4) San Pablo. Epístola á los corintios.

plan del Septentrion al Mediodía y del Poniente á Oriente, las pasiones desencadenadas ahullan por todas partes; la turbulencia, el pavor, la turbacion en todas partes.

“Los hombres espertos (1), que se han propuesto la obra de recobrar el órden, la verdad, la paz, se aniquilan en vanos esfuerzos, y parecen no estrechar en sus brazos mas que vanos fantasmas que se les escapan: van y vienen, corren, sudan; y cuando se encuentran y se preguntan: ¿Podremos saber si habeis encontrado alguna cosa?—No, nada. ¿Y vos?—Nada.—¿Qué harémos?—Marchemos, marchemos.... ¿Mas á dónde vamos?”

He aquí la marcha del mundo, el curso de los hechos, y el triunfo de la sabiduría humana.

Para nuestra dicha, no es necesaria en lo alto ¡cristianos! mas sabiduría que la de allá: pidamos, pues, aquella que solo el Espíritu Santo puede otorgarnos, y que comienza la lista de sus dones.

EL DON DE INTELIGENCIA ó DE ENTENDIMIENTO nos hace comprender cuanto es capaz á un espíritu perecedero, las verdades eternas: estas verdades eternas son tan superiores á la inteligencia del hombre, cuanto el cielo distante del profundo abismo de los mares. Así, el sabio que ha consagrado una larga vida de patriarca á estudiar día y noche los misterios de nuestra divina religion, ayudado de la simple razon humana, sabe menos que el simple cristiano que ha recibido los dones del Espíritu Santo. Dios se revela mucho mas al corazón cándido y puro, que á la inteligencia nutrida y robustecida por la ciencia.

Con el don de INTELIGENCIA, descendida del cielo, el pastor sabe bastante para conservar su salud. La profundidad de los sagrados misterios no asombra su fé; y él llegará á las regiones bienaventuradas mas fácilmente que los grandes genios del mundo, que con frecuencia se poseen del orgullo. Simples cristianos, con el entendimiento que el Señor nos ha dado, gozamos emociones piadosas y dulces que los sabios no pueden probar; nuestra debilidad, es cierto, y nuestra ignorancia, no pueden menos que doblegarse ante el gran misterio de la Santísima Trinidad, y adorar un solo Dios en tres personas: el mortal no puede comprender lo infinito; pero en su profunda adoracion, nuestra inteligencia no repugna creer en la potestad que creó, en el amor que rescata, en el espíritu que ilumina.

Para el hombre caído por el pecado, ¿la rehabilitacion no emana toda del misterio de un Dios encarnado en el seno de una Virgen? ¿No provienen de mil ochocientos años atras, todos los suaves y mejores consuelos concedidos á los hombres, del pesebre de Bethlehem?

Y cuando despues de una larga vida, manchada de pecados, de inconstancias y de reincidencias en el mal, es el culpable purificado al fin por la penitencia y el arrepentimiento, ¿no es al Dios crucificado á quien eleva sus miradas y sus plegarias?

(1) Monseñor Dupanloup, obispo de Orleans.

¿No es del Calvario de donde le vienen la esperanza y la paz?

Con el don de inteligencia, el cristiano, sin escurrir los misterios, comprende perfectamente sus beneficios.

EL DON DE CONSEJO es una luz sobrenatural que esclarece nuestro entendimiento, y nos hace conocer los medios mas seguros para llegar al cielo, nuestra grande y verdadera patria.

El don ó espíritu de consejo, segun San Bernardo, arregla lo que debemos hacer, y nos conduce á reflexionar sobre lo que hemos hecho.

San Juan Crisóstomo definia el mismo don: *El espíritu de consejo es para el alma lo que el ojo para el cuerpo.*

Con este resplandor de lo alto, podemos marchar con paso firme y seguro en el sendero de la vida.

El hombre no tarda en sentir la necesidad de ser iluminado por Dios. Para todos llega el momento terrible y solemne en que tenemos que escoger estado.

Si entonces no poseemos el don de consejo, ¿cuántos riesgos corremos de engañarnos y tener todos los días que nos fueren concedidos sobre la tierra, que arrepentimos de una equivocada vocacion!

Acá, en nuestro valle de lágrimas, hay dos caminos que se cruzan y se contrarian; y no es suficiente el discernimiento humano para hacernos tomar aquel que debe conducirnos á nuestro contento en esta vida, y á nuestra eterna felicidad en la otra.

El hombre tiene dos grandes deberes, á los cuales se refieren todos los demas; glorificar á Dios y salvar su alma.

Para atender á este doble objeto, no sigais (lo dice la Sagrada Escritura) los senderos floridos del mundo, pues conducen al ruido y la disipacion: el hombre que quiera seriamente buscar ó dar un buen consejo, debe alejarse de todo lo que pueda distraerlo y aturdirlo; en la calma, en el recogimiento y en el silencio, es donde se tienen las buenas y saludables inspiraciones.

¿Dónde encontraremos la paz del alma, sino al pie de la cruz? ¿No se acallan las pasiones allí mejor que en ninguna otra parte? He ahí adonde se necesita ir para entender bien *el espíritu del buen consejo*. Cerca del árbol de salud se aprende mejor que en la escuela de los sabios á salvar su alma, y á dirigir á aquellos que se fian de nosotros, para que los pongamos en el camino del cielo.

“Al pie de la cruz, encontraremos el refugio contra los enemigos, la dulzura de la gracia, la fuerza del alma, la alegría del espíritu, la perfeccion de las virtudes, y el coimo de la santidad.

“No hay mas camino que el de la cruz para llegar á la vida, y adquirir paz interior y verdadera.

“Id adonde querais, buscad cuanto se os antoje; no encontrareis camino mas propio para ir al cielo, ni mas seguro para evitar el peligro, que el de la cruz de Jesucristo.” (2)

(2) *Imitacion.* Cap. XII.

Es preciso colocar entre las gracias eminentes el don de consejo. Es una llama luminosa, un brillante sol, que disipa las tinieblas y las nubes que elevan nuestras pasiones sobre los senderos que tenemos que atravesar acá abajo.

¿Ireis á pedir al mundo el modo de huir de sus peligros? El mundo es un niño ciego que os conducirá á la perdicion. Si quereis que vuestra barca no zozobre, no le confieis el timon á un piloto ebrio: el mundo está embriagado en sus placeres, aturrido con sus locuras, incapaz de aconsejar bien. Si quereis ser conducido al puerto con seguridad, buscad al que habiendo estudiado los escollos, los conozca para evitarlos. El buen piloto mira frecuentemente al cielo, para que las estrellas lo guien: el hombre mundano jamas dirige sus miradas á este punto, y las fija en la tierra. Fiarse en este seria perecer.

Pidamos, pues, que el espíritu de consejo descienda sobre cada uno de nosotros y de nuestras familias, porque sin él se pierde el hombre, las familias se desorganizan, y el estado corre á su ruina.

Hace mucho tiempo, que el espíritu del siglo se ha puesto en evidente oposicion con el espíritu de Dios. El filosofismo ha ido á sentarse en las alturas de la sociedad, y desde su advenimiento al poder, se diria que el don de consejo se ha retirado de Francia, en otro tiempo tan cristiana, amada y protegida del cielo.

“Esto no es solamente un desórden político (1), sino una desorganizacion moral de profundidad inaudita, que se revela contra todas las clases de la sociedad, de un extremo á otro de la Europa. La autoridad y el respeto, estas dos grandes y santas obras, estos dos lazos providenciales de la armonía social, no son hoy mas que lazos rotos. ¿Quién sabe en el día á quién puede mandar? ¿Quién es el que quiere obedecer?”

“La autoridad digna, la autoridad grande, la autoridad fuerte, bienhechora, que viene de lo alto; la autoridad, en fin, que protege y salva, ¿dónde está?”

“Y el respeto! El respeto á nosotros y á los demas; el respeto á Dios; el respeto á nuestros padres; el respeto á los magistrados y representantes del poder público; el respeto profundo, religioso, inmutable, divino; el respeto que eleva, que ennoblece aun mas al que lo tributa que al que lo recibe, ¿dónde está?”

“Despues de tantos años en que la fé y la caridad cristiana han dejado de iluminar, enardecer, fortificar y unir las almas; el egoismo, el individualismo, constituyen la esencia de la sociedad á que está ligada nuestra vida. Así, siempre que el viento de las revoluciones se eleva sobre ella, es como en un desierto; no se encuentra resistencia. Todo es débil, todo es solo, todo arena, todo polvo, todo elevado á la ventura; en un día, en una hora, las llanuras ocupan el lugar de las montañas, y las montañas el lugar de las llanuras....

“Cuando uno ha sido testigo de tales dias, no se

(1) Monseñor Dupanloup, obispo de Orleans.

puede menos de escribir con San Agustin: “Cuando dirijo de un extremo á otro de la tierra las miradas, no descubro un solo hombre que pueda salvar el imperio.”

Ahora, yo apelo á todo hombre de sentido, de lealtad y de fé; á todo hombre que habiendo vivido medio siglo, se acuerde de lo que ha visto en su juventud, y de lo que ve en el día: yo le pido, le conjuro me diga con toda la fé de su conciencia, puesta la mano sobre el crucifijo, si no tiene la conviccion íntima y formal, de que el estado de perturbacion, de desórden, de delirio, en que vemos agitarse y vacilar la Francia y la Europa, no provienen mas que de las doctrinas impías.

Si Francia hubiese permanecido la Francia de San Luis; si los mandamientos de Dios y de la Iglesia no hubiesen sido olvidados; si la fé hubiese subsistido viva, la cruz honrada, los altares respetados; si el domingo se hubiese reputado por nosotros como lo fué por nuestros padres, día de seña y de reposo santificado; día de reunion para la familia, y de asistencia á la parroquia, ó en el hogar paterno; si la aridez del egoismo no hubiese venido á reemplazar en la sociedad y entre las masas populares la ardiente caridad y las generosas y cristianas doctrinas de las abnegaciones y de los sacrificios; en fin, si el perjurio por instigacion del interes personal no hubiese brotado de golpe, como una planta emponzoñada sobre la tierra de los lirios y de la sinceridad, para hacer caer en menosprecio la santidad del juramento, ¿seria nuestra desgraciada patria, tal como la vemos en nuestros dias?

No; para salvarnos de las desgracias, de las miserias y de nuestros temores por el porvenir, no falta mas que una cosa: acordarse de los preceptos del catecismo, seguirlos y obedecer sus mandamientos.

EL ESPÍRITU DE PUREZA da al cristiano un valor sobrenatural, que lo lleva hasta el extremo de confesar sin debilidad la fé de Jesucristo: este espíritu animaba á los primeros fieles cuando rehusaron sacrificar á los falsos dioses, y cuando, sobre los potros de tormento, las ruedas y las cruces, el aceite hirviendo y los hornos encendidos, proclamaban por verdadero Dios al crucificado.

Este mismo don de fuerza es el que nos provee de armas templadas en el cielo, y á prueba de las perfidias de Satanás.... Con la gracia de este don del Espíritu Santo, podemos luchar contra los enemigos de Dios y de la fé, y sobrepujar las tentaciones del demonio, y las seducciones del mundo.

Hace muchos siglos ha colocado el infierno un ídolo en medio de la sociedad humana, ante el cual tanto los hombres como los pueblos se inclinan al pasar. Los grandes y pequeños, los fuertes y los débiles, incensan este falso Dios. Y se ha visto, y aun vemos todavía grandes hombres, poderosos monarcas, sacrificar á esta ruin divinidad.... al RESPETO HUMANO.

“Oh! Ciertamente, despues que el pecado original ha degradado nuestra naturaleza, despues que la decadencia, la inercia y la vileza han reemplazado la fuerza de que el Criador habia dotado á

nuestro primer padre, los socorros del cielo han sido siempre indispensables á la humanidad; pero, lo digo con toda verdad, si Dios no hubiese dado todavía á su Iglesia el sacramento de la confirmacion, seria necesario que nos lo otorgase al presente. Jamás la fuerza cristiana ha faltado tanto en el mundo.

Los orgullosos se abaten, las grandezas se degradan, las potestades, las nombradías se oscurecen, bajo el influjo de una incomprensible y miserable vergüenza; y esta vergüenza no nace de sus defectos ni de sus vicios (lo que por cierto estaria puesto en razon); tal sonrojo nace de marchar bajo el estandarte de la Cruz, de servir á Dios como quiere ser servido.

Todas las clases de la sociedad se resienten de la infernal malicia de Satanás: un temor culpable, una indecible cobardía se apodera de los corazones de los hombres que se jactan de valor y de fortuna. El temor de desagradar al mundo, retiene en la serdumbre de las pasiones á muchas almas de buen temple de quienes se debia esperar mas.

¿Por qué avergonzarse, sin embargo, por qué sonrojarse de adorar al Dios de sus padres, al Dios de sus antepasados, al Dios de su país, á causa de la sonrisa ó el desden de los impíos? ¿Qué! Porque los incrédulos se rian de nuestra fé, de nuestra esperanza en el Señor, ¿afectarémos menospreciarlo? ¿Renegarémos ante esas personas que no podemos menospreciar? El Todopoderoso, el soberano Criador de todas las cosas, aquel que nos ha permitido, que nos ha mandado llamarle NUESTRO PADRE, ¿no será para nosotros mas que nuestra divinidad sagrada, mientras el mundo tiene nuestros homenajes y nuestro culto declarado? . . . ¿El Dios del cielo y de la tierra no valdrá para nosotros mas que un Dios doméstico, y le confundiremos con los ídolos encerrados otras veces en el hogar ó en el recinto de cada familia; y nos contentarémos, como Raquel, con adorarle sin noticia de nuestros hermanos?

¿Ah, no! no seamos tan cobardes, no descendamos á tan baja abyeccion. Se condena á muerte al soldado que deserta de su bandera, ¿y podemos estimar el cristiano que se sonroja de JESUCRISTO! No queremos infamar la cobardía; esto es mas que insultar el honor.

Acabemos de confesar nuestra miseria; acabemos de poner al descubierto nuestra llaga. Para curarla es preciso recurrir al médico de las almas, porque los hombres nada pueden; su patrimonio es la debilidad; y para librarnos de nuestro desfallecimiento, solo la fuerza de lo alto que da el Espíritu Santo es la que debemos pedir.

En los primeros siglos de la Iglesia, el *don de fortaleza* poblaba el cielo de mártires; el heroísmo cristiano daba á los fieles una ambicion noble y santa, que hacia sellar con su sangre la fé y esperanza en Jesus. No tenemos hoy á la vista los verdugos, los tormentos y los suplicios; no vienen á arrancarnos de nuestro hogar doméstico, para arrastrarnos á los templos de los falsos dioses: nosotros mismos nos dejamos ir por una pendiente risueña y florida. No encontramos ídolos de már-

mol y bronce, de plata y oro, los dioses del Olimpo no existen, sus estatuas se han fundido ó reducido á polvo . . . pero lo que no se ha ido, lo que no se ha destruido ni reducido á polvo, son nuestras pasiones. A ellas tributamos incienso, y las adoramos en una elegante y voluptuosa molicie, recostados en soberbios cojines, y en medio de flores . . . Este culto es el de una inmensa multitud, y se celebra en medio de placeres seductores, y de conciertos armoniosos.

¿Quién será capaz de arrancarnos esta adoracion? El espíritu de fuerza que nos viene del cielo. Con la ayuda de sus luces verémos cuán miserable y vengozoso es este culto. El divino Paráclito, es quien de estas muelles delicias, nos trae al culto puro y severo de la Cruz.

Nada ha perdido este espíritu de fuerza de su primitiva virtud, y nosotros lo recibimos, en el sacramento de la confirmacion, tal como los primitivos cristianos lo han recibido por la imposicion de las manos de los Apóstoles. Así, pues, no digamos que no podemos despojarnos de nuestros vicios, y romper las cadenas de nuestras pasiones. Si queremos, si recibimos dignamente los dones del Espíritu Santo, serémos tan fuertes, intrépidos y heroicos como los primeros mártires. Tenemos la misma sangre, la misma carne, el mismo cuerpo, que aquellos que tenian hambre y sed de sufrir, de morir por Jesucristo: tengamos la misma fé, la misma esperanza, la misma caridad, y tendrémos el mismo valor, y como ellos, estarémos dispuestos á sacrificar hasta la última gota de nuestra sangre por el Eterno.

Uno de los mártires primitivos, que deseaba con ardor inmolar su vida al Dios muerto por rescatar al hombre, fué un viejo obispo, Ignacio de Antioquia (1); pastor de una suavidad angelical, piedad expansiva, tierna é inalterable caridad, se habia hecho el ídolo de su rebaño. Luego que Trajano lo condenó á servir de espectáculo al pueblo ocioso de Roma, Ignacio no respondió mas que estas palabras: "Os doy gracias, mi Dios, porque habeis querido honrarme con este testimonio de vuestro amor, permitiendo que sea encadenado como Pablo vuestro apóstol."

Paseado así por las ciudades y villas, desde Antioquia hasta Seleucia y Smirna, en todas partes encontraba el noble cautivo á los obispos, diáconos y fieles, mandados por las Iglesias para darle socorros, unirse á sus oraciones, y recibir sus bendiciones paternas. Enseñaba el santo sacerdote, confortaba á los débiles, consolaba á los afligidos. Hubiéseis dicho que era un bienaventurado, insensible al mal personal, y que consagraba su compasion á nuestros sufrimientos.

Luego que los cristianos de Roma lo tuvieron cerca de la ciudad, corrieron á su encuentro, y le recibieron con esa alegría, con ese entusiasmo de los hermanos que sufren y esperan. Habia allí muchos que querian excitar al pueblo para entremecerlo y

(1) Roma Cristiana, por E. de La Gournerie.

hacerle pedir el perdón del santo viejo; pero Ignacio les dijo, y les repitió en una admirable carta.

"Temí vuestra caridad; sospecho que no tengais hácia mí una piedad demasiado tierna . . . Dejádme servir de pasto á los leones ó á los osos; es camino muy corto para llegar al cielo . . . Yo soy el trigo de Dios: él hace que yo sea triturado para amasar un pan digno de ser ofrecido á Jesucristo . . ."

"¿Cuándo gozaré del espectáculo de bestias del circo preparadas contra mí? ¿Quisiera verlas enfurecidas y ávidas de su presa! Yo las acariciaré; mas para que se apresuren á devorarme, y no para que me contemplen como á esos mártires á quienes no se atreven á acercarse. Si vacilan, sabré provocar su furor. Dejádme obrar; yo conozco mis intereses. Desde este momento empiezo á ser discípulo de Jesucristo. Nada deseo sobre la tierra ni en el cielo, con tal que lo posea. Sea yo lanzado al fuego, crucificado, arrojado á las bestias; sean mis huesos dispersados; destrozados mis miembros, todo mi cuerpo hecho pedazos en los tormentos: descargue el demonio sobre mí toda su rabia; todo lo sufriré con valor, con tal que posea á Jesucristo.

"Hermanos míos: os suplico no me impidais vivir, queriendo impedirme morir. Cuando quiero ser de Dios, no interpongais el mundo entre él y yo; no pretendais arraigarme á este mundo. Dejádme ir hácia esa luz pura, en cuyo seno debo volver á ser verdaderamente hombre. Quiero imitar los sufrimientos de mi Dios. Si alguno lo tiene en su corazón, comprenderá bien lo que yo ahora pruebo; poseerá los sentimientos que poseo; sentirá el ardor que me anima . . . No envidieis la felicidad que me ha tocado, y si en medio de la lucha imploro vuestro socorro, no me escuchéis; creed lo que ahora os pido; porque os escribo viviendo en Jesucristo, é impaciente de morir por él. Mi amor es crucificado: el fuego en que me devoro no puede sufrir cosa alguna que lo temple. El que vive en mí, que habla en mí, me grita: Ven á tu padre.— No tengo hambre de alimento corruptible, ni sed de los placeres de este mundo. No quiero otro alimento que el pan de Dios, la carne de Jesucristo, que es nacida de la raza de David; ni otra bebida que la sangre, que es el amor inmortal."

En aquellos dias en que el ángel de la muerte recogia los laureles de la tierra para adornar el cielo, dos mujeres, otras dos madres de los macabeos; Sinforosa, viuda de un tribuno, sus siete hijos, y Felicitas, señora romana, con el mismo número de hijos, murieron confesando á Jesucristo, despues de haber asombrado á sus verdugos por su inalterable serenidad en medio de los tormentos.

Como los dones del Espíritu Santo nada pierden de su virtud por el transcurso de los siglos, la Iglesia y la historia han tenido sus mártires en todos tiempos. He aquí un ejemplo de valerosa constancia en la fé, que merece ser referido. Lo he tomado de la vida de San Pio V. (1)

(1) Por el vizconde de Falloux.

La isla de Scio, situada en el mar Egeo, entre Samos y Lesbos, descansaba en los tratados de la confederacion, que la unian, mediante un tributo, al imperio otomano. Gozaba de una larga paz bajo el gobierno de los príncipes de la familia Justiniani, y sus habitantes celebraban sin desconfianza las fiestas de pascuas, cuando los turcos cayeron de improviso en medio de ellos, y entregaron la isla al saqueo.

El reverendo padre Timoteo Justiniani, obispo de Scio, viendo á los bárbaros avanzar en la iglesia hasta el pié del altar, se apoderó del Santísimo Sacramento, pronto á arrostrar mil muertes antes que permitir una profanacion. La actitud de este viejo pareció tan imponente, que se retiraron con respeto. Esta fué, por otra parte, la sola resistencia que encontraron los turcos. La poblacion, consternada, tendió las manos á las cadenas que se le llevaban. La familia entera de Justiniani fué aprisionada y conducida á Caffá.

Los dos príncipes mas jóvenes, de edad de diez á doce años, fueron bien pronto sacados de la prision, y destinados á ser educados á la vista del sultán, en la religion musulmana. Se les prometió restablecerlos en los estados de sus padres, si consentian en renegar de su fé, y arrastrar mas tarde sus pueblos á la apostasia. Las caricias no sedujeron á estos dos generosos niños: se apeló á las amenazas, y se siguieron bien pronto los mas duros tratamientos. Su constancia no se quebrantó, sino que fortificada mas y mas, escucharon sin temblar el decreto que los condenaba á morir bajo el látigo de los verdugos. El mas jóven de estos príncipes habia empezado á sufrir el suplicio, cuando suspendieron de nuevo sus golpes, para ofrecerle la vida si consentia en levantar el dedo en señal de obediencia á los mandatos del gran señor. Desgarrado y agonizante como estaba, el niño cerró su mano y pidió la muerte, que no se hizo esperar. Su hermano, abandonado en el suplicio antes de espirar, sufrió tres dias de agonía, sin cesar de pedir á Dios que le acordase la gracia del martirio. No dudeis, pues, que estos nobles niños habian sido confirmados; tenian el valor y las convicciones que solo pueden venir del cielo.

DON DE CIENCIA.—La ciencia que viene del Espíritu Santo, hace á los santos. Es una luz sobrenatural que nos pone en camino de conocer á Dios, nuestros deberes y nuestro destino.

Conocer á Dios, tal como es, frente á frente en el cielo, es la soberana, la eterna felicidad de los escogidos. Conocerlo de otro modo de como él se digna revelar acá abajo, es la dicha mas grande que el hombre puede gozar sobre la tierra, y el medio mas eficaz para convertirse en santo.

Esta ciencia de salud debe colocarse ante todas las ciencias de los sabios; y comparados con ella los conocimientos mas vastos y elevados del genio, no son mas que vanidades.

Que la palabra vanidad que he escogido espresamente, no os haga creer que nuestra santa y divina religion desdena las ciencias humanas; lejos de ello, las ama, las patrocina, porque ellas tien-

den á demostrar la grandeza, el poder y la bondad del Soberano Creador de todas las cosas; pero otorgando su poderoso apoyo á los trabajos del espíritu, las pone en su lugar, inferiores á esta ciencia que nos viene del Espíritu Santo; porque el Evangelio nos enseña, que *una sola cosa es necesaria, salvar el alma*. El talento de esta ciencia no se aprende en las escuelas, nos viene de lo alto, y lo recibimos con el sacramento de la confirmación: también este conocimiento del camino que conduce al cielo, se encuentra frecuentemente en el centro de los campos, bajo el bálago de las cabañas, donde habita y trabaja el labrador. Sí, frecuentemente se hallan en estos pobres lugarejos, mujeres encorvadas bajo el doble peso del trabajo y de los años, y labradores llenos de canas, que sabiendo apenas el *Padre nuestro* y el *Ave María*, poseen sin embargo, esta ciencia. ¿Y quién se las ha enseñado? ¡Oh Dios mio! El catecismo de los niños, la plática de su cura, y la gracia del Espíritu Santo. Olvidaba que los sufrimientos, y sobre todo, la miseria, habían sido para ellos como dos maestros rudos y severos, cuyas lecciones no han sido vanas. En sus pruebas habrán rogado, y sus plegarias al Dios de los sufrimientos, habrán hecho descender sobre su alma la resignación, y la sumisión á la voluntad del Señor, les habrá ganado esta ciencia de salud.

Un ejemplo que prueba que las almas sencillas y los corazones puros reciben con preferencia á otros el *don de ciencia*, es este, que ocurrió un día al venerable obispo de Perpignan, Monseñor Flammenville. Una pobre jardinera había venido á encontrarle en la comunidad de San Sulpicio; allí se empeñó entre el sabio prelado y la paisana una conversacion religiosa, y en todo lo que decía la jardinera, había tal sublimidad de pensamientos, que el prelado asombrado y lleno de admiración, escribió palabra por palabra la paráfrasis que esta buena y piadosa mujer acababa de hacerle del *Padre nuestro*.

Nos ha parecido tan admirable, que trasladamos aquí algunos pasajes, sin embargo de encontrarse en algunos libros devotos,

I. *Padre nuestro, que estás en los cielos.*

“Soy demasiado feliz, Dios mio, en gozar la dicha de teneros por padre, y mi alegría es extrema, soñando que el cielo puede ser algun dia mi morada! ¡Hacedme la gracia, Dios mio, de no dejarme desmerecer del carácter de vuestra hija; no permitais que haga cosa que me prive de tan gran dicha!”

II. *Santificado sea tu nombre.*

“Dios mio: yo no soy mas de una pobre mujer, y por consecuencia fuera de estado de poder por mi misma santificar vuestro santo nombre: pero deseo con todo mi corazón, que sea santificado por toda la tierra!”

III. *Venga á nos ese tu reino.*

“Yo deseo, mi Dios, que reineis en mi corazón, por vuestra bondad, para que pueda reinar eternamente con vos en la gloria.”

IV. *Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo.*

“Dios mio! me habeis condenado á ganar mi vida con el trabajo de mis manos; acepto, señor, esta desgraciada condicion, y no la querré cambiar por otra, contra vuestra santa voluntad.”

V. *El pan nuestro de cada día, dánosle hoy.*

“Dios mio! Os pido tres clases de pan: el de vuestra divina palabra, para aprender lo que debo hacer: el de la santa Eucaristía, que fortifique mi alma; y el que me es necesario para alimentar y sostener mi cuerpo; y os prometo, mi Dios, que despues de haber tomado el que me es necesario, dar el resto á aquellos que puedan tener necesidad de él.”

Preguntamos, pues: ¿la inspiración divina, no se muestra toda radiante en esta oración, y un sabio doctor en teología, pudiera demostrarnos mejor que esta labriega, todo lo que contiene la divina oración que nos ha dejado nuestro Señor Jesucristo....?

Ya que me he puesto á citar ejemplos de fé, recogidos como las flores campestres, lejos de la corrupción de las ciudades, no cometeré la ingratitud de negar mis recuerdos á las pueblos católicos, que tengo elogiados y ensalzados en mi juventud. En tiempos de revolución, nada es mas difícil que hacer uno su deber; porque es difícil saber, en medio de la turbulencia general de los espíritus, lo que es el deber. ¡Pues bien! Cuando todo el resto de la Francia caía en los vértigos y el delirio, nuestros paisanos vandeos y bretones, simples y puros en su ignorancia nativa, merecieron ser iluminados y guiados por el *don de ciencia*, porque comprendieron al momento cual era su deber, y en el acto se armaron para defender los altares de su Dios y el trono de su rey.

DON DE PIEDAD. “Ejercitaos en la piedad, porque los ejercicios corporales sirven de poco provecho; mas la piedad es útil á todos; y á ella están prometidos los bienes de la vida presente y futura.” (1)

Leemos en el Eclesiastes: “La piedad guarda el corazón; lo hace justo, y le da la alegría y un dulce placer.” El mismo escritor inspirado llama á la piedad, cultura de Dios, *cultura Dei*, y continúa: “Haced todas vuestras acciones con dulzura, porque la dulzura es mas amable, que todo lo que hay de mas amable entre los hombres.”

“Las palabras dulces multiplican los amigos y savizan los enemigos.”

“El señor lo ha hecho todo; y da la sabiduría á aquellos que viven en la piedad.”

Podría prolongar mucho estas citas de los sagrados libros, que abundan en elogios del don de piedad; pero me privo de este placer, porque todo hombre que ha envejecido en el mundo, entregado á sus agitaciones, inquietudes y zozobras, cuan poco tiene la sociedad que promete á los que se entregan en cuerpo y alma á sus seducciones: les ofrece alegría y placer, y no les da mas que enga-

(1) San Pablo, I. Timot. cap. IV. v. 7 y 8.

ños, y fraudes: contra esas inquietudes y zozobras, ha sido necesario que la pobre alma agitada, traqueada, atormentada por ese incesante flujo y reflujo de un mar dominado por todos los vientos de las pasiones; ha sido preciso, repito, á esta alma inocente y pura, un punto de reposo, un lugar de refugio. . . . En la calma y la quietud que se encuentran bajo los brazos siempre abiertos de Jesucristo, es donde solamente puede gozarse de la paz que ella busca.

Al pié de la cruz es donde vive y ruega, cree y espera la dulce y sufrida piedad; de este verdadero lugar de refugio, es de donde se elevan mejor que de otras partes, sus fervores; pretensiones y plegarias.

Allí, el alma ferviente y cristiana, no es perturbada por los vanos ruidos del mundo; y si acaso percibe algunos lejanos rumores, no son sino el murmullo de las olas que se percibe desde el puerto en que estamos seguros.

Toca á otro mejor que á mí, referir las inefables delicias y alegrías celestes que saborea el alma piadosa en sus íntimas conferencias con Dios. ¡Ah! ¿Quién es capaz de pintar los goces puros de la inocencia! Nadie hay en el mundo tan elevado que describa la bondad de los ángeles; no es dado al ciego alabar la brillantez de la luz; ni al sordo, que pueda repetir los armoniosos conciertos del cielo. Empero, de los mismos santos á quienes su ángel de guarda ha conducido á las fuentes de aguas vivas, aquellos que por sí mismos han probado los bienes que ellas hacen al alma, y el reposo que dan al espíritu, y que han pintado la piedad de ellas y sus escritos, es donde voy á tomar los rasgos que la harán mejor conocer y amar.

Ella ama el recojimiento y busca el silencio; y cuando se crea una soledad, se goza, descansa en ella, y habla á Dios, que la ve y la oye. Para ser bien escuchada, para ser bien acogida, habla en nombre de Jesucristo, y su palabra está en su boca.

Ella no se contenta con ofrecer á Dios una fé estéril, sino que agrega la ofrenda de su corazón contrito y sufrido. Ella, no solamente quiere seguir al divino Salvador, sino alcanzar la gloria del cielo, despues de haber pasado y compartido los oprobios y dolores del Hijo de María.

Ella se coloca siempre en medio de los herederos de Jesucristo (1), porque Jesús, dejándose crucificar por el amor de los hombres, nada dejó en este mundo á sus verdaderos hijos, mas que la cruz; es decir, sufrimiento y dolor!

En la noche como en el dia, el alma piadosa repite á Dios: “Hablad, Señor, que vuestro siervo escucha. Vos sois el que tenéis, el que dais la vida eterna: hablad.”

Despues, oye palabras llenas de dulzura, que sobrepasan infinitamente la ciencia de todos los filósofos y sabios del mundo; palabras que penetran en su corazón, como las gotas de una lluvia bienhechora en la tierra abrasada por el estío.

(1) San Cipriano,

Ella esclama con amor, dirigiéndose al Todopoderoso: “¡Vos sois mi gloria y mi alegría! ¡Vos mi esperanza y mi refugio! ¡Oh, quién me diera alas para volar hácia vos!”

“La piedad vuelve ligero todo lo que existe de mas pesado, y soperta con igualdad todas las tribulaciones de la vida. Quiere ser despojada de todas las afecciones mundanas, para que no la retengan lejos de las miradas del Señor: sabe que los que repelen los placeres de la tierra, reciben los dones del Espíritu Santo! (2)”

La piedad no se alimenta solo de meditaciones y de plegarias; no está siempre de rodillas, porque mezcla las obras de la caridad á las oraciones: así se ve á aquellos que le están consagrados, constantemente en los lechos donde el sufrimiento y la miseria hacen sentir sus gemidos y llantos. Despues de Dios, lo que mas ama la piedad es el prójimo, y corre á este prójimo pobre y desnudo del todo, como á Jesucristo mismo. Cuando va así donde la llama el dolor, lo hace secretamente, porque se acuerda de las palabras del Evangelio: (3) “Guardaos de hacer vuestras buenas obras ante los hombres para que sean vistas; de otro modo, no recibireis la recompensa de vuestro Padre en el cielo.”

La piedad no da solamente á los necesitados y enfermos á quienes va á visitar, los alimentos y remedios que la necesidad ó su adolescencia reclaman, sino que tiene para los que prueban la miseria y el dolor, palabras de fé y de esperanza, que alivian á los pobres y á los que mas sufren, y ayudan á los moribundos á pasar á la region eterna. Ama la paz de su oratorio, pero no puede permanecer allí, cuando la llaman el sufrimiento y la miseria; porque es hermana de la caridad, y jamas lo olvida. Despues de sus buenas obras, reposa; mas la plegaria es su mejor y mas dulce reposo.

La piedad no es austera mas que para sí misma: para todo lo que le rodea, es apacible y llena de benevolencia; no la espantan los placeres inocentes; antes bien sonríe con ellos y los fomenta.

“Hijo mio, dice en el libro de los Proverbios, no olvideis mi ley, y guarde vuestro corazón fielmente mis preceptos; porque en ellos encontrareis la longevidad de dias, y multiplicación de los años de vuestra vida. No os abandonen jamas la justicia y la misericordia, no; la confianza en Dios llene vuestro corazón. Creed en el Señor, y alejaos del mal; y vuestra carne será sana, y el riego de un jugo saludable penetrará hasta vuestros huesos. ¡Feliz aquel que ha encontrado la piedad! porque el fruto que de ella se obtiene, es mas excelente y precioso, que el oro mas puro y fino!”

“La piedad es para el alma un manantial de luz. La experiencia demuestra que es para el entendimiento, lo que la claridad para la vista; disipa las tinieblas y las nubes. La alegría, la calma que acompañan la inocencia, dejan al espí-

(2) Imitación de Jesucristo.
(3) San Mateo.

ritu toda su actividad: jamás se eleva mejor, que cuando está sostenido por el testimonio de una buena conciencia; y si existen miras sublimes, ideas verdaderamente grandes, sentimientos nobles y generosos, es sin duda á una alma pura, á una alma piadosa á quien pertenece concebirlos, darles el ser y ponerlos en accion.

DON DE CREENCIA. Este don del Espíritu Santo, es el principio de la sabiduría. La creencia que nos da, es para no ofender al Señor: este sentimiento de respeto y amor hácia Dios, nos hace conocer que no hay mayor desgracia, como la de ultrajar su divina Majestad. Esta creencia que todo cristiano debe desear, en nada se parece al temor que oprime el corazón y hace doblar la cerviz ante los poderosos de la tierra: los mártires tenían en el alma, la creencia en el Señor, y por eso no temblaban ante los tiranos, ni ante los verdugos.

David, en sus inmortales salmos, esclama (1): "Señor, cuantos bienes y dulzuras habeis reservado á aquellos que creen en vos, los habeis preparado para los que esperan en vos, á vista de los hijos de los hombres."

"Los ocultareis en el secreto de vuestra presencia, contra las tribulaciones de los hombres.

"Los protegeréis en vuestro tabernáculo, contra las lenguas mordaces."

Después continúa el profeta rey:

"Creed en el Señor, vosotros, los que sois sus santos, porque nada falta á los que creen en él.

"La creencia en el Señor (2) va acompañada de gloria y alegría.

"El que cree en el Señor, será feliz hasta el fin de su vida, y bendecido el día de su muerte.

"La creencia del Señor, santifica la ciencia.

"La creencia de Dios, es la plenitud de la sabiduría, que lleva sus frutos con abundancia.

"La sabiduría detesta el pecado.

"El que no tiene creencia no puede llegar á ser justo.

"El que cree en el Señor, honra á sus padres, y será como los señores que le han dado la vida.

"Los que creen en el Señor, tendrán cuidado de preparar sus corazones, y santificar sus almas en su presencia.

"Los que creen en Dios, guardarán sus mandamientos, y mirarán con paciencia hasta aquel que fije en ellos los ojos, diciéndoles: "Si no hacemos penitencia, no caeremos en las manos del Señor, sino en las de los hombres.

"La sabiduría y la ciencia serán las riquezas de la salud, y la creencia del Señor será el tesoro (3)."

Este don de la creencia en Dios, es tan precioso é indispensable á la salvacion, que bien hubiera podido extender mas mis citas; porque la Escritura Santa ofrece, en muchas de sus páginas, los elogios y recomendaciones que se han citado. Para tratar debidamente las materias religiosas, es mejor recurrir á los libros sagrados, que tratar de inventar frases sonoras. Las palabras del mundo literario tie-

(1) Salmos.
(2) El Eclesiástico.
(3) Isaías.

nen mas ó menos mérito; pero jamás serán como los versículos de los salmos y de las profecías, humedecidos con el rocío celeste, é impregnados de la gracia del Altísimo; sin duda, aquellas encantan frecuentemente el oído, pero rara vez penetran el corazón.

En otros días, cuando el bello país de Francia era todavía un reino cristianísimo, he visto con mi padre y mis hermanos, las antiguas y nobles abadías, y me acuerdo que lo que hacia brotar mas los pensamientos serios en mi alma de niño, eran el claustro y sus góticas bóvedas, formando un inmenso cuadro, en medio del cual se elevaba una cruz: al pié, y en derredor de esta cruz, se extendía un huerto con sus gradas prominentes, contorneadas y guarnecidas de box: allí crecían y se esparcían las flores mas bellas y perfumadas. Los religiosos las cultivaban con amor, y jamás las regaban sino con agua clara, entibiada al sol. ¡Estas flores jamás se cortaban sino para adornar el altar, y mezclar su perfume á los olores del incienso!

Las palabras que acabo de tomar de la Sagrada Escritura, son como estas flores del claustro; vienen de Dios, y las vuelvo á Dios.

Consagrandó algunas páginas á cada uno de los dones del Espíritu Santo, hemos demostrado todos los beneficios del sacramento de la confirmacion: son todavía, y serán siempre lo que fueron en el tiempo de los apóstoles. Todas las gracias invisibles que se repetían entonces en las almas puras por la imposición de las manos, descienden hoy lo mismo, cuando el obispo ruega por nosotros, y nos marca con el crisma de la salud.

"Cuando sean llegados los tiempos, dice el Señor por boca del profeta Joel, derramaré mi espíritu sobre toda carne. Vuestros hijos é hijas profetizarán; vuestros jóvenes tendrán visiones; y vuestros ancianos viejos tendrán sueños. . . Y aparecerán prodigios en el cielo, y señales extraordinarias sobre la tierra."

Estas palabras del profeta de Israel se han realizado; y los cristianos de la Iglesia primitiva han visto y sentido el Espíritu del Señor, derramado sobre toda carne. . . . Entonces el Espíritu Santo se derramó por todas partes, y el río de la gracia, como los ríos de la tierra, tuvo sus avenidas, que subieron y se extendieron por todas partes.

"Había entonces en la iglesia de Antioquía, dice San Lucas (4), dos profetas y dos doctores, á saber: Bernabé, y Simon, que se llamaba el negro; Lucio el Cireneo; Manahen, hermano de leche de Herodes el tetrarca, y Saulo. Mientras estaban glorificando al Señor, pagándose de su santo ministerio, y ayunando, les dijo el Espíritu Santo: "Separadme á Saulo y Bernabé, para la obra á que los he destinado."

Después de haber citado este pasaje de los Actos de los apóstoles, el Sr. Chardon, autor de la *Historia de los Sacramentos*, continúa: "Vemos aquí cinco profetas en la misma ciudad, y todavía no eran los únicos, porque la Escritura no habla como que

(4) Act. cap. XIII, v. 1 y 2.

este fuese solamente el número de aquellos que se encontrasen por entonces en Antioquía; á lo menos, siguiendo nuestra Vulgata, que dice: *In quibus &c.*, lo que significa, *entre los cuales estaba Bernabé.*"

No era solamente en Antioquía donde estaban los profetas; se encontraban en cada iglesia particular. San Pablo lo atestigua así. Hablando á los sacerdotes de la iglesia de Efeso, del viaje que pensaba hacer á Jerusalem (1), les dice que su deseo era volver á aquella ciudad, aunque en todas aquellas en que habia estado, el Espíritu Santo le hizo conocer (por boca de los hermanos á quienes inspiraba), que le estaban preparadas las cadenas y las aflicciones (2). Por esto se le vió llegar á Tiro, donde como habia discípulos, dice el historiador sagrado, nos demoramos siete días, y repetían por el Espíritu á Pablo, que no iría á Jerusalem. Habiendo pasado el apóstol con sus compañeros, de Tiro á Cesarea, fué alojado en casa del diácono Felipe, que tenia cuatro hijas doncellas que profetizaban. Allí vino á encontrarlos otro profeta llamado Agabus, que predijo claramente á Pablo los malos tratamientos que debía recibir en Jerusalem.

Lo que acabamos de extractar de los Actos de los apóstoles, demuestra evidentemente cuán comunes eran en aquellos felices tiempos los dones del Espíritu Santo, y por decirlo así, cuán populares, porque Dios los repartía abundantemente, no solo á los simples fieles, sino á las mujeres y sus hijas. Así San Pablo, en sus Epístolas, habla de estos dones milagrosos, como de cosas demasiado conocidas; los llama dones del Espíritu Santo, y algunas veces simplemente el Espíritu Santo.

En la primera Epístola á los de Corinto, por el año 57, veinticuatro años después de la pasion del Divino Salvador, les dice: "Los dones del Espíritu Santo se han hecho conocer en lo exterior, y son concedidos á cada uno por la utilidad de la Iglesia. Uno recibe del Espíritu Santo el don de sabiduría divina; otro el don de ciencia humana. El mismo Espíritu da el don de la fé. Otro obtiene la gracia de curar las enfermedades; otro el don de profecía; otro el don de distinguir los talentos; otro el don de hablar diversas lenguas; otro el don de interpretarlas."

En esta grande y memorable época de redencion, no dejaba Dios caer el rocío de la gracia, gota á gota, como el que se escapa de las nubes para fecundar la tierra, sino que, por decirlo así, á grandes ríos se repartió sobre la Iglesia naciente.

"Desde principios del siglo III, estas gracias exteriores y sobrenaturales empezaron á hacerse mas raras; pero no cesaron sin embargo; si fueron menos repartidas en la multitud, aparecieron con mas brillantez en las personas eminentes y piadosas, que (3) si es permitido valerme de esta espresion, *los honraba* por la santidad de su vida y la rigidez de sus costumbres."

Como primer ejemplar, citaré á Santa Perpetua, profetiza y mártir, cuya sangre bañó los arenales

(1) Act. cap. XX, v. 23.
(2) Act. cap. II, v. 4.
(3) Señor Chardon, pág. 639.

de Africa, doscientos tres años después del gran martirio del Calvario.

San Dionisio de Alejandría, que conoció el porvenir en las visiones que Dios le concedía para el gobierno de su Iglesia.

San Cipriano, que vivía casi tanto con los ángeles como con los hombres, sabía las cosas futuras lo mismo que las pasadas. Fué advertido por un sueño profético que tuvo, del tiempo y de la clase de su muerte gloriosa, un año antes de que sucediese, y toda la grey de este buen pastor aseguraba que Dios le revelaba las cosas mas secretas, y que su muerte se tenía por cierta desde mediados del año á cuyo fin se efectuó. *Medio nihilominus tempore*, dice Poncio diácono, *imminens passio pro certo ab omnibus sciebat* (4).

Mientras que los dones del Espíritu Santo se derramaban así, solamente los ancianos, cargados de años y virtudes, estaban iniciados en los secretos del porvenir: San Gregorio Taumaturgo dice en cierta parte: "El Señor no cesa de hacernos sentir día y noche, el rigor de la censura divina, porque además de las visiones que nos envía por las noches, los niños inocentes que viven con nosotros, están llenos del Espíritu Santo, y en sus éstasis ven, entienden y meditan este don de que Dios se ha servido favorecernos."

Por su pureza, los niños son hermanos de los ángeles. El divino Hijo de María quiso que se les dejase llegar á él, y hay en la inocencia un perfume que agrada al cielo como á la tierra, á Dios lo mismo que á los hombres.

El don de los milagros disminuyó, á medida que la Iglesia engrandecía y se consolidaba: estas gracias extraordinarias no eran acordadas por Dios mas que para conseguir el establecimiento de su reino; una vez conseguido el objeto, cesaron de ser comunes los dones milagrosos á la generalidad de los fieles, hácia fin del siglo III.—Esta gracia sobrenatural, que huye de las ciudades y asambleas numerosas, se estiende en el silencio de los desiertos: así la Tebaida se pobló de anacoretas; la soledad vió sus voces proféticas y prodigios. Estos eran los tiempos en que se veía á los grandes, á los poderosos de la tierra, abandonar sus moradas, para venir á consultar á un Pablo, á un Antonio, á un Gerónimo, entreviendo en medio de sus austeridades y maceraciones las delicias del cielo, y á veces los secretos del porvenir. Amantes del retiro y de la oracion, conversaban con los ángeles cuando se alejaban del ruido que hacen los hombres!

El brazo de Dios no se ha retirado; su poder ha permanecido siempre el mismo: ¿ni quién osará decir que las fuentes de gracia del Señor están agotadas? ¿No vemos cada día demostrarse su justicia? ¿Sus decretos de condenacion, no se escriben en grandes y gruesos caracteres en los muros de los palacios, para que todos puedan leerlos y comentarlos?

Sí, la época que atravesamos es grave, y para

(4) Pontius. *In vita Cyprian.*

no tropezar ni equivocar el camino, nos son indispensables los socorros de lo alto. Llevemos, pues, á los obispos, sucesores de los apóstoles, nuestros hijos adornados de la inocencia; pongamos sobre ellos la mano que *bendice y confirma*, para que el rocío divino descienda sobre sus tiernas cabezas. Todos los padres tienen siempre y en todos casos, un constante y ardoroso deseo de que sus hijos crezcan y se eleven adquiriendo mérito á los ojos de los hombres y de Dios. ¡Bien! Todo aquello que vuelve puro y casto, todo lo que dilata el corazón y ennoblece el alma, lo que da la calma al espíritu, todo lo que nos hace estimar y amar á aquellos con quien estamos destinados á vivir; todo lo que puede asegurar nuestra dicha en este mundo, y nuestra felicidad eterna en el otro, se encuentra en los siete dones del Espíritu Santo.

No pudiendo ser administrado el sacramento de la confirmación mas que por un obispo, es necesariamente de mas pompa que el bautismo. Cuando un recién nacido es llevado á la iglesia para hacerse cristiano, es una fiesta para su familia, un día de gloria bajo el techo paternal; pero cuando un príncipe del santuario sale de su ciudad episcopal para ir á repartir por las diversas parroquias de su diócesis las gracias y los dones del Espíritu Santo, esta solemnidad periódica se anuncia por un edicto, y la alegría se estiende en el camino que el prelado traza en su disposición.

La pequeña aldea, como la villa populosa y la gran ciudad, reciben la visita del sucesor de los apóstoles, el ministro de Jesucristo, que á ejemplo de su divino Maestro, recorre el país haciendo bien. Y no olvidará que los custodios de los rebaños han sido llamados antes que los reyes á los establos de Betlehem, y se complacerá en bendecir á los hombres que riegan con su sudor la tierra que fertilizan: sí, reposará complacido en medio de vosotros, valientes y buenos campesinos, cuya existencia es la de los patriarcas; vosotros, que como los hombres primitivos, os levantáis antes que llegue el día, y glorificáis á Dios en su primer rayo de sol; vosotros, que vivís con la naturaleza, y veis á todas horas sus maravillas y estudiáis sus secretos; vosotros, que ayudáis con vuestros trabajos á las diferentes estaciones para redoblar sus beneficios; vosotros, á quienes no aturde el ruido de las ciudades, á quienes su corrupción no contagia, que vivís directamente bajo los ojos del Criador, en medio de los prodigios de la creación; vosotros tenéis derecho al amor, al interés del buen pastor. El habitará también bajo vuestro techo; con vosotros, que sois en los campos como los ángeles consoladores, y como las providencias visibles: ricos, según el corazón de Dios, como en los antiguos días, ofreceréis una noble y respetuosa hospitalidad al digno sucesor de los apóstoles, y antes de la noche, le conduciréis al mas bello aposento del castillo que habeis adornado piadosamente para él. Le llevaréis vuestros hijos y vuestros nietos, y le pediréis que se digne bendecirlos en nombre del Hijo divino de María; le presentareis también vuestros antiguos sirvientes, porque queréis que las bendicio-

nes del cielo desciendan sobre toda vuestra casa, como sobre vosotros mismos. Mientras que el pastor de las almas esté con vosotros, aprovecharéis su presencia para que arroje sobre vosotros y sobre todo lo que os rodea, el verdadero espíritu cristiano; espíritu de dulzura y de justicia en los señores, de obediencia y fidelidad en los criados.

Cuando este espíritu entra en una familia, se asegura la paz y goza de encanto y dicha; entonces, la vista y el oído del dueño pueden abrirse: el ojo no verá, ni el oído escuchará mas que lo que está en el orden, la sumisión, la caridad y el respeto; porque ante el soplo que arroja el ministro del Dios del Evangelio, desaparecen los zelos, los rencores que la diferencia de condiciones hace frecuentemente nacer en una misma habitación; así como las nocivas nieblas y los vapores deletéreos se desvanecen y disipan ante los bellos y puros rayos del sol.

Hace ya muchos siglos visitaban los obispos las comarcas confiadas á su vigilancia paternal; y en lo que vemos en nuestros días, encontramos tradiciones de lo pasado. En los primitivos días del cristianismo, los Ciprianos, los Cirilos, los Eucherios, eran los mejores consoladores de los pueblos, sobre los que esparcían las divinas luces del Evangelio. En el siglo XIX es todavía lo mismo; y por donde quiera que hacen nuestros obispos su visita episcopal, dejan los consuelos, reaniman el celo de los pastores, y reparten la paz en medio de las ovejas.

El obispo, sucesor inmediato de los apóstoles, visitaba antiguamente con mucha sencillez la comarca confiada á su cuidado espiritual: era casi siempre un anciano cargado de años y virtudes, un atleta acreditado, que llevaba sobre su cuerpo las cicatrices de los tormentos que había arrostrado en defensa de Jesucristo. Cabalgaba en un asno, como el Hijo de María; llegaba lleno de mansedumbre en medio de su rebaño: otras iba á pié, apoyándose en un bastón en forma de cayado, como el hombre Dios caminaba hácia sus ovejas, con una capa blanca, ocultando en parte su hábito de pastor. Por donde quiera que pasaba era recibido con las mas señaladas muestras de respeto: grandes y pequeños, ricos y pobres, se prosternaban ante él, besaban sus sagrados piés, cantaban *Hosana*, y le saludaban con los nombres de *muy santo* y *muy querido de Dios*.

Después de quince siglos, encontramos á la llegada de un obispo, y en su recepción, mucha parte de esta antigua y bella poesía: el *Hosana* se canta todavía, y todavía también se dobla la rodilla, cuando se recibe al enviado del Señor. El bastón en forma de cayado se encuentra en el báculo de oro, como emblema de las funciones pastorales, y de la peregrinación del hombre acá abajo.

Leyendo la vida de Santa Genoveva, vemos dos obispos de Francia, San German d'Auxerres y San Lupo, caminando de este modo á cortas jornadas, atravesando el país para ir á combatir en Inglaterra la herejía de Pelagio. Por donde quiera que iban, hicieron beneficios, hallaron miserias que so-

correr, dolores que consolar, impíos que convertir, demonios que lanzar: los dos ilustres amigos se detenían, sin volverse á poner en camino, sino después de haber pacificado, consolado y bendecido.

En la edad media, muchos de los príncipes de la Iglesia tenían mas fausto que los príncipes de la tierra; entonces no eran solamente poseedores de poderes de lo alto, y su apoyo no les venía todo del cielo, sino que pedían también algo al mundo: así, las visitas episcopales que hacían, no podían menos que ser muy diversas de las sencillas de los primeros tiempos: sobre todo, el prelado que partía de su palacio para ir á bendecir y evangelizar, parecía por su escolta á un príncipe entrando en campaña para conquistar; entonces tenían á su alrededor mas hombres armados que clérigos, mas lanzas que cirios.

En la Iglesia de Dios, los abusos no pueden durar largo tiempo: lo que no es bueno no puede crecer, y debe morir. Así, de estos abusos que acabo de indicar, nada queda ya, y todo ha venido á ser lo que debe ser, simple y noble, religioso y tierno.

Yo trasportó mis recuerdos á 1802, época de renacimiento y renovación. Un hijo de la revolución de 1789, después de haber pasado á través de los crímenes de 93, vino al fin á ruborizarse de su madre; y para cicatrizar las llagas que ella había hecho á Francia, el joven vencedor de Marengo (que algunos han nombrado un nuevo Ciro) volvió á abrir las iglesias, y á levantar los altares del verdadero Dios. Me acuerdo haber visto entonces á los obispos, confesores de la fé, volviendo de un largo destierro, y con una alegría mezclada de inquietud, tomar de nuevo el camino de sus antiguas diócesis: sin duda el pastor se apresura á volver cerca de su ganado... pero cuando los lobos han dejado las selvas para descender sobre el llano, el pastor se aproxima al aprisco, temeroso y lleno de cuidado. Los obispos volvían de la emigración en que habían estado hasta allí: cada uno de ellos, al aproximarse á su ciudad episcopal, debía sentir oprimido el corazón por el temor y la incertidumbre: ¡la muerte, agitada por la mano de los verdugos, había hecho tan horrible siega...! ¿qué encontraría él de sus ovejas? ¿Y estas, abandonadas tanto tiempo á sí mismas, volverían á la voz de su pastor? Todas estas dudas debían entristecer el regreso á la patria.

Francia ha tenido siempre poderosos patronos en el cielo, y á pesar de las infernales doctrinas del filosofismo, no está el país tan gangrenado todavía, que haya perdido la creencia. La sangre de los mártires había gritado *¡misericordia!* y la justicia divina se ha dejado desarmar: los trastornos, las tempestades, no habían podido desarraigar la fé del país de Clovis, de Carlo-Magno y de San Luis; y cuando el Padre común de los fieles habló, luego que los obispos franceses volvieron á entrar en sus antiguas ó nuevas diócesis, se levantó de todas partes un grito de bendición. Era á la vez espectáculo pasmoso y consolador, ver á todas las poblaciones de Francia correr ante los enviados del Señor y pedirles las gracias espirituales, de que tan

largo tiempo habían estado privadas. Este pueblo, á quien la impiedad había acabado por desecar el corazón, se apresuraba á refrigerarse en las fuentes de aguas vivas.

Así, apenas habían tenido los obispos tiempo de orar en sus catedrales empobrecidas y degradadas, y de tener algunos días de reposo en sus devastados palacios, cuando les fué preciso dirigirse á recorrer los campos, y llevar á sus ovejas los dones y consuelos del Espíritu Santo.

Las huellas de la persecución se descubrían por todas partes: las iglesias de las ciudades, como las de las villas y aldeas, atestiguaban sobre sus muros exteriores, en sus naves y en sus santuarios, cuán grande había sido la rabia de los vándalos modernos. Para contristar á los sucesores de los apóstoles, no estaba solamente la destrucción en las obras materiales de nuestros monumentos religiosos: mientras las parroquias habían estado viudas de sus sacerdotes, la cizaña había crecido en abundancia en el campo del padre de familia, y amenazaba sofocar enteramente el buen grano... Era, pues, preciso estirpar la ignorancia de las masas populares. Los obispos venían á ser entonces como los misioneros, y los hemos visto hace cincuenta años, predicar el Evangelio á la multitud, de lo alto de los Calvarios, que la piedad bretona y vandeana, tiene costumbre de elevar en las encrucijadas de los caminos del campo... ¡Oh! había allí escenas bellas que estudiar, y admirables impulsos que comprender! Toda esta multitud, hambrienta del pan de la palabra, se transformaba á medida que los consuelos celestes descendían sobre ella. Se podía leer en los ojos y en los rostros conmovidos del gentío, que la verdad penetraba en las almas, y arrojaba la indiferencia y la frialdad. Este efecto de la gracia era palpable á la vista; se le veía como el repentino cambio producido por una buena y abundante lluvia de estío sobre las praderas y los campos desecados y quemados por largos y ardientes calores.

En los terribles días de 1793, cesistían en París y en las provincias, sacerdotes fieles y ortodoxos, que con peligro de sus vidas administraban los sacramentos del bautismo, penitencia, eucaristía, matrimonio y extrema-unción. La impiedad revolucionaria había hecho todo lo que dependía de ella, para evitar que las gracias sacramentales llegasen á las poblaciones que se querían corromper mas y mas, para dominarlas mejor; pero el celo apostólico de los buenos sacerdotes que quedaban en Francia, había encontrado el medio de repartir, con ayuda de almas piadosas, los tesoros y beneficios de Jesucristo, á pesar de las amenazas de proscrición y muerte.

No había podido ser lo mismo para los sacramentos de *orden* y *confirmación*; así, durante mas de quince años, la juventud de nuestro desgraciado país estuvo privada de la dicha de recibir este sacramento, que da la fuerza y el valor de confesar la fé cristiana, bajo el peso de las cadenas, como sobre las gradas del cadalso. Así en la época que intento pintar, los cristianos de todas clases,

de todos los partidos, de todas edades, se apresuraron á venir á inclinar sus frentes bajo la mano de los obispos, para recibir el crisma y el signo de salud: las iglesias de las grandes ciudades no eran bastantes para recibirlos; en las villas, pueblos y aldeas, se habia recurrido á formar tiendas y pabellones de lienzo para alargar sus naves: ¡tan inmensa era la afluencia!

Para llegar á estas casas de piedad, á estos santuarios de regeneracion, los caminos se habian compuesto y adornado, los malos pasos desaparecian bajo la arena, las ruinas se ocultaban detras de verdes espesuras, los arcos de triunfo se improvisaban por los caminos, y tejidas en guirnaldas las flores de los campos suspendidas en festones, embellecian la rústica arquitectura. . . . A la entrada de las iglesias, ramas de encinos y olmos formaban tapices para defender del sol, como en otro tiempo las palmas de la Idumea cubrieron las calles de Jerusalem; como en la ciudad de David, el pueblo de vuestras provincias hacia resonar los gritos de *Hosana! Bendito sea, aquel que viene en nombre del Señor!*

Este gran movimiento religioso, este manifesto retorno á la fe de nuestros padres, ha sido la gracia mas señalada y brillante del siglo diez y nueve; el espíritu volteriano quedó aterrado. Habia esperado mas del veneno de sus doctrinas, habia trabajado bien la tierra francesa, habia repartido tanto su malvada semilla, que no podia creer que el catolicismo hubiese allí conservado tan profundas raíces.

Este espíritu católico existe hoy todavía; lo afirmo por lo que vemos en nuestros dias, cuando nuestros obispos visitaban sus diócesis para repartir en ellas los dones del Espíritu Santo: las poblaciones lejanas del centro de la corrupcion, que no conocen los predicadores de la impiedad, han permanecido deseosas de lo que eleva el alma sobre las inquietudes y los disgustos de acá abajo; se apresuran á ir ante los ministros de Dios, porque los miran todavía como sus mejores consoladores. Les llevan sus hijos para que los confirmen en la fe.

Las gracias del cielo nos son distribuidas por la Iglesia con una santa majestad que ningun otro culto posee. Así, en la vida del católico, el dia en que recibe el sacramento de la confirmacion, es una gran fiesta, y aunque llegue á envejecer, jamas olvida la emocion con que en medio de aquellas pompas sintió bajar el Espíritu Santo sobre su alma, cuando el obispo marcó su frente con el místico y sagrado crisma.

Este crisma, con que el prelado confirma, toca y marca nuestra frente, es tambien el de las consagraciones de los pontífices y reyes.

Si el segundo de los sacramentos es administrado en una gran ciudad, entonces cada parroquia tiene su dia de fiesta y su santa alegría; mas de un mes antes, las instrucciones de los sacerdotes, las plegarias y los cánticos de alabanzas preparan á los fieles á recibir el Espíritu Santo. . . . El templo del verdadero Dios se adorna para la cere-

monia con toda la magnificencia; las columnas se revisten de tapices recordando los milagros de la antigua y nueva ley. . . . En el santuario á la derecha del altar se eleva un trono; un baldoquin con gruesos plumajes sirve de cubierta á la silla, y dos cortinas de seda carmesí con franjas de oro se levantan formando colgadura, á cada lado del sillón episcopal; sobre el fondo del trono se ostentan el escudo del arzobispo ú obispo oficiante; alguna vez estos escudos de armas datan de muy antiguo, y traen á la memoria la guerra santa de las Cruzadas; otras son las *armas* que un humilde sacerdote escoge al recibir la cruz y la mitra, otorgados á su piedad y saber. Nosotros hemos visto á muchos oscoger y poner sobre su escudo un cayado en aspa con una cruz, y esta divisa: *Vivir y morir por su rebaño.*

El altar brilla con sus candelabros de plata y oro, los relicarios son espuestos con sus preciosas osamentas; entre los ramilletes de flores cuelgan los altos encajes sobre el mármol de las gradas, y adornan los manteles sagrados, las llamas de los cirios centellean á cada lado del tabernáculo, como pequeñas estrellas, y el humo del incienso se escapa de las urnas flotantes (incensarios.) A lo lejos del altar, el coro situado sobre la gran puerta de la entrada, el órgano deja escapar sus magisteriosos y armoniosos acentos. Todo anuncia la presencia de Dios, y un piadoso arrobamiento se apodera de la multitud que observa. . . . La cruz, adornada de rojo, aparece radiante sobre todas las cabezas; va delante, llevada por un levita revestido de alba de puro lino, dos acólitos, á la derecha é izquierda, la escoltan con sus cirios, y tras de ellos se despliegan dos largas hileras de jóvenes aspirantes á la carrera eclesiástica; todos revestidos de sobrepellices de muselina con largas alas flotantes; preceden á los jubilados del santuario, los canónigos, los párrocos y grandes vicarios que llevan capas de terciopelo, de brocados y telas de oro. Terminada esta procesion de dignatarios de la Iglesia, sigue el *muy santo, el muy querido de Dios*, el obispo, avanzando lentamente, báculo en mano, la mitra de oro en la frente, y bendiciendo la multitud arrodillada bajo su mano llena de las gracias del cielo; las frentes se inclinan á su paso, y no se alzan hasta despues de ser bendecidas. Lo mismo que en un campo de trigo las espigas se doblan y vuelven á enderezarse cuando una brisa de estío viene á deslizarse por encima de los sulcos. A medida que el prelado avanza cerca del santuario, la apretada multitud se lanza ante él. . . . Vedlo ahora dirigiéndose al altar; ha subido las gradas, y despues de haber rogado en silencio sobre el último escalon, toma lugar en un sillón vuelto hácia los que deben ser confirmados. Allí se lava las manos, las enjuga, y juntándolas sobre su pecho, dice en alta voz (1):

“El Espíritu Santo venga sobre vosotros, y la virtud del Todopoderoso os conserve sin pecado.”

Despues, haciendo la señal de la cruz, continúa:

(1) El Ritual.

—Nuestro socorro está en el nombre del Señor, Y el coro responde: “Del Señor, que ha hecho el cielo y la tierra.”

—Señor, esenchad mi ruego.

—Que mi voz se eleve hasta vos.

—El Señor sea con vosotros.

—Y con tu espíritu.

Despues de este corto diálogo entre el oficiante y los que responden, se levanta el obispo, y estendiendo la mano sobre los que aspiran á los dones del Espíritu Santo, pronuncia esta oracion, de manera que pueda ser oída de todos:

“Dios Todopoderoso, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que habeis regenerado vuestros siervos por el agua y el Espíritu Santo, y que les habeis otorgado la remision de sus pecados, haced descender sobre ellos vuestro espíritu consolador, el Divino Paráclito con sus siete dones.

—El espíritu de consejo y fuerza.

—Así sea.

—El espíritu de ciencia y piedad.

—Así sea.

“Llenadles del espíritu de creencia en Dios y en nuestro Señor Jesucristo, y ordenad que sean señalados con el signo de la cruz para la vida eterna.

Despues, todos los que deben recibir la confirmacion, niños, jóvenes, viejos, vienen con gran recogimiento á arrodillarse á la barandilla del santuario, y el prelado, aprosimándose á cada uno, le pregunta el nombre del santo que tiene por patrono. En seguida, mojado la estremidad del dedo pulgar de su mano derecha en el santo crisma, nombra á aquel á quien va á confirmar, y pronuncia estas palabras sacramentales: *Yo te señalo con el signo de la cruz, y te confirmo con el crisma de salud, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.*

Al mismo tiempo que salen estas palabras de su boca, el obispo hace con el dedo pulgar que ha mojado en el santo crisma, una cruz sobre la frente del aspirante; despues, con sus tres dedos, da un golpe suavemente en el carrillo del confirmado, diciéndole: *Pax tecum: la paz sea contigo.*

Luego que el sacramento ha sido administrado á todos, el ministro de Jesucristo dice en alta voz: “Así será bendito el hombre que crea en el Señor. El Dios del cielo y de la tierra os bendiga desde Sion, á fin de que tengais los bienes de Jerusalem, por todos los dias de vuestra vida.

“Que el Señor os conserve en su santísima creencia, en donde vive y reina por los siglos de los siglos.”

Despues de esta oracion, continúa el obispo: “Dios, que habeis dado el Espíritu Santo á vuestros apóstoles, y que habeis querido que fuese comunicado al resto de los fieles por ellos y sus sucesores, dirigid una mirada de bondad sobre nosotros, que ejercemos su santo ministerio, aunque séamos tan indignos, y haced que los corazones de aquellos á quienes hemos señalado la frente con la santa uncion y confirmado con la señal de la cruz, se abrasen en vuestro amor por la presencia del Espíritu Santo, y que dignándose habitar en su alma, la convierta en templos de vuestra gloria.”

En seguida repite: “Así sea bendecido todo hombre que tenga la creencia del Señor.”

Luego, haciendo la señal de la cruz sobre todos los confirmados, dice de nuevo: “Que el Dios Todopoderoso os bendiga desde Sion, para que goceis todos los dias de vuestra vida los bienes de Jerusalem, y tengais la vida eterna.”

Despues de esta bendicion solemne (parte esencial del sacramento), el prelado que confirmó se sienta sobre el sillón arrimado de espaldas al altar. Con la mitra en la cabeza y el báculo en la mano, y con toda su majestad episcopal, pide á los cristianos sobre quienes acaba de hacer descender los siete dones del Espíritu Santo, que rueguen por él.

En seguida, uno de los sacerdotes asistentes se arrodilla en una de las gradas del santuario, y recita en alta voz el *Credo in Deum*, el *Pater noster* y el *Ave Maria*: los nuevos confirmados repiten en voz baja las mismas oraciones. En esta uncion de votos, los pobres dan á los ricos, y el hombre del mundo, reconociendo los dones espirituales que acaba de recibir, ruega por el hombre de Dios, dispensador de los beneficios del cielo.

Leemos en el ritual de la diócesis de Troyes, publicado en 1754:

“Cuando un fiel haya recibido el santo crisma, un sacerdote le enjugará con un algodón ó una estopa la parte de la frente que haya recibido la uncion sagrada. Este algodón ó estopa serán quemados, y sus cenizas arrojadas á la piscina.”

En muchas diócesis se ponen vendas de tela fina y blanca á los confirmados; en algunos lugares se ha dado á estas vendas el nombre de *crismera*.

Antiguamente habia la costumbre (1) de que los que debian ser confirmados, llevasen consigo una cintilla ó listoncito de tela, con el cual se les envolvía la frente despues que se les habia hecho la uncion del santo crisma. Parece que este uso fué muy antiguo, porque se encuentra prescrito en el pontifical de Egberto, arzobispo de York, escrito en hermosos caracteres sajones, y pertenecia á la iglesia de Evreux. Egberto vivió á mediados del siglo VIII. Segun el concilio de Wigornia, estas cintas ó vendas debian ser de tela nueva.

“El concilio de Colonia del año de 1280, ordena ademas que sean de una tela de lino espesa, sin nudo ni fractura, de tres dedos de ancho, y del largo conveniente y propio. El uso antiguo era llevar estas vendas sobre la frente por espacio de ocho dias, por respeto al santo crisma, á fin de que nada se perdiese.

“Diversos autores (continúa el docto dominicano) presentan las razones mas misteriosas para esta práctica, las cuales creo mas piadosas que sólidas. En consecuencia, no se debe miramiento alguno á las razones místicas de estos autores, que habian dicho se hacian llevar las vendas *siete dias* á causa de los *siete dones del Espíritu Santo*, cuando desde los principios del siglo décimo tercio se redujo este tiempo á tres dias.

En el concilio de Chartres del año de 1526, se

(1) Historia de los Sacramentos por el padre Chardon.

escijia que aquellos que acababan de ser confirmados conservasen sus vendas sobre las frentes por espacio de veinte y cuatro horas: *Ne chrisma, dicen los padres del concilio, possi ab aliis tangi*, porque no pueda el cristiano ser tocado por otros.

San Basilio (1) hace remontar el origen y la bendición del santo crisma hasta los apóstoles.

San Optato de Mileve (2), que vivía en la misma época, dice que el aceite que se consagra por la virtud del nombre de Cristo (que significa oleo) se llama *crisma*, porque *crisma* y *cristus* vienen de un mismo origen.

La bendición del crisma con que se administra la confirmación, pertenece solamente á los obispos.

En las iglesias de Oriente existe una tradición, que puede no ser verdadera, pero en medio de todo lo que tiene de apócrifa, conserva las trazas de una verdad muy antigua. Se ha repetido de siglo en siglo que así que la mujer pecadora hubo vertido el precioso y perfumado aceite en los pies del Salvador, los discípulos de Jesús se aproximaron á recoger una parte, y antes de su separación para ir á predicar el Evangelio, partieron entre ellos el que habían recogido, y lo dejaron en las iglesias establecidas por ellos, donde fué mezclado con el que bendijeron para las necesidades de los fieles.

“Este Crisma sagrado se prepara con extremo cuidado (3) en las iglesias de Oriente y entre los griegos; hay allí sobre esto un libro entero, que comprende un gran número de oraciones, los aromas que deben entrar en la composición, y la manera de hacer su infusión. Este tratado, que es para la Iglesia cophta, no contiene sin embargo cosa que no sea también observada entre las otras comuniones. El patriarca Gabriel, habla demasiado en su Ritual, lo mismo que Abulbireat, autor de la *Ciencia Eclesiástica*. Además del aceite y bálsamo, los orientales emplean la canela y ciertas flores que nosotros no conocemos, el ámbar, madera de aloés, clavo especia, nuez moscada, spicanarda (4), y rosas coloradas de Irak. La preparación se hace en la iglesia por los sacerdotes mismos y con muchas oraciones. La enciclopedia de los griegos señala hasta cuarenta especies de aromas y perfumes, que hacen entrar en la composición del crisma.”

El mismo autor continúa: “En la Iglesia latina, aunque se hace al parecer con mas sencillez, menos gastos y magnificencia la consagración de que hablamos, la ceremonia, sin embargo, ha sido siempre demasiado augusta, demasiado solemne. Nos contentaremos con señalar que despues de la bendición del crisma, el obispo debe ser asistido de doce sacerdotes y siete diáconos, con otros tantos subdiáconos, y otros clérigos menores. Esto parece haber sido tomado de los tiempos de la antigüedad cristiana, en que el colegio ó cabildo de cada iglesia catedral estaba compuesto de doce sacerdo-

tes, doce diáconos, y otros tantos de menores ordenes para la administración de la diócesis y el servicio del obispo y del pueblo.”

To sé que en el siglo diez y nueve existe todo un pueblo (que ciertamente no llamaré el *pueblo de Dios*), que está diseminado en todas las naciones. Este pueblo, muy positivo, no busca punto donde colocar su cuna en la oscura noche de los tiempos pasados. Lejos de ello, no quiere datar sino de ayer, vivir hoy, y ni aun soñar en el porvenir. No es para él para quien escribo; también se ha podido conocer que deseo animar, colorear mis páginas, con lo que los orgullosos racionalistas del día llaman desdeñosamente *vejstorios*. Eso que ellos menosprecian, lo tengo yo en gran veneración; cuando me dejo llevar del encanto que hay en salir de lo presente, para remontarme por el camino que han trazado los siglos, y encontrarme con los antiguos relicarios de las edades trascurridas, tengo esperanza de que muchas almas amarán lo que yo amo, y venerarán lo que yo venero; no me escuso, pues, con los verdaderos católicos, por haber trasportado su pensamiento hácia los tiempos primitivos, transcribiendo las fórmulas de las oraciones que nuestros piadosos antecesores han legado (en sus manuscritos que datan de novecientos años) á la Iglesia una é inmutable.

Bien sé que los campeones de la razón humana repiten que la antigüedad de un error ó de una superstición, no la justifica, y que por mas que les haya demostrado que el origen del sacramento de la confirmación remonta á los tiempos de los apóstoles, insistirán en que es abusar groseramente del buen sentido de los hombres, querer hacerles creer que la imposición de manos de un obispo, la unción de aceite y bálsamo sobre la frente, y algunas palabras pronunciadas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, pueden jamás dar á una criatura humana las cualidades, las virtudes y una fuerza que la naturaleza y la educación no la han dado.

Estos fieros atletas no quieren creer en nuestros sacramentos, porque *no los comprenden*. . . . Todo lo que es *incomprensible*, lo rechazan lejos, y lo dejan á las mujeres, á los espíritus débiles y á los niños. . . . Pero, ¡soberbia escéptica! dignaos un instante descender de las alturas en que domina vuestro genio, y decidnos:

— ¿Estais bien ciertos de que lo *incomprensible* os ha sido siempre inútil? Vosotros tenéis un espíritu, una alma, un cuerpo; veamos lo que lo *incomprensible* ha hecho por vuestro cuerpo, vuestra alma y vuestro espíritu.

Fijemos una mirada en la antigüedad, y veremos en presencia de las religiones, el politeísmo y el cristianismo; estudiemos sus diferentes espíritus. El paganismo nada tiene en sí, que el hombre no pueda comprender: sus doctrinas son naturales y en armonía con las pasiones.

Pero el cristianismo es otra cosa; lo que forma su esencia, su espíritu, son sus misterios; la *Trinidad*, la *Encarnación*, la *Redención*. ¡El Dios del cielo y de la tierra, el Criador de los mundos mu-

riendo sobre una cruz, como un facineroso sobre un patíbulo! He aquí lo *incomprensible* de donde ha salido la religión cristiana.

Las inclinaciones mas perversas del hombre, que concordasen bien con el culto del Olimpo, jamás se coordinarán, por el instinto natural, con el culto del divino ajusticiado. . . .? No, sin duda; porque la vida cristiana se compone de mortificación, de penitencia y de sacrificios hechos al pie de la cruz.

Las divinidades paganas estaban todas coronadas de rosas; y una corona de espinas ciñe la frente de nuestro Dios.

Para pulverizar, para vencer esta religión de risueñas y voluptuosas ficciones, ha bastado un si-

glo de Catacumbas: las cenizas de los ídolos se han mezclado á las de los mártires. Sí, un patíbulo (1) plantado en el seno de las generaciones, ha derribado el Partenon y el Capitolio. ¡Ved aquí lo *incomprensible*! Y esto es lo que reina y reinará hasta el fin de los tiempos. El cristianismo ha nacido de él, y de él vive, y el cristianismo lleva la voz, despues de diez y ocho siglos: desde la venida de su divino autor, ha sido escuchado constantemente de todo el género humano: su palabra es racional. Creamos en él, por nuestra felicidad y por la gloria de Dios.

(1) El padre Lacordaire.

LA EUCARISTIA.

MIENTRAS llega el día de los Acimos, en que es preciso inmolar la Pascua (1).

"Jesus envió á Pedro y á Juan, diciéndoles: Id y preparadnos lo que sea menester para celebrar la Pascua.

"Y ellos dijeron: ¿Dónde quereis que la preparemos?

"Y él les respondió: Luego que entreis en la ciudad, encontrareis un hombre que lleva un cántaro de agua; seguidle hasta la casa en donde entrare.

"Y direis al señor de esta casa: El Maestro nos envia para deciros: ¿Dónde está el lugar en que debo comer en la Pascua con mis discípulos?

"Y él os mostrará una gran sala *entapizada*. Disponed allí lo que sea necesario.

"Y habiéndose ido, encontraron todo como se les habia dicho, y prepararon allí todo lo que era necesario para la Pascua.

"Y cuando la hora fué llegada, él se sentó á la mesa, y los doce apóstoles con él.

"Y él les dijo: Con ansia he deseado comer esta Pascua con vosotros, antes de padecer.

"Porque os digo que no comeré mas de ella en lo adelante, hasta que sea cumplida en el reino de Dios.

"Y despues de haber tomado la copa, dió gracias, y les dijo: Tomadla y distribuidla entre vosotros.

"Porque os digo, que no beberé ya del fruto de la vid, hasta que el reino de Dios haya llegado.

"Despues tomó el pan, y habiendo dado gracias, lo partió y les dió, diciéndoles: ESTE ES MI CUERPO, QUE ES DADO POR VOSOTROS: HACED ESTO EN MEMORIA DE MI.

"Y tomó asimismo la copa despues de cenar, diciendo: ESTA COPA ES LA NUEVA ALIANZA EN MI SANGRE QUE SERÁ DERREMADA POR VOSOTROS."

Cuando tenemos que anunciar algun acontecimiento grande, recurrimos al estilo mas pomposo: las voces de Dios son muy diferentes. Así, vemos aquí al divino Redentor que va á inmolarse; en su omnipotencia va á operar la mas grande de las maravillas, á fin de permanecer en medio de los hombres á quienes su sangre dejaria rescatados...

1. Evang. de San Lucas, cap. XXII, vers. 7, 8, 9, 10, 11 y 12.

Y ved con qué sencillez sublime nos prepara la institucion del mas santo, del mas consolador, del mas adorable de los sacramentos!

En verdad, en verdad, no hay mas que el Espíritu Santo que pueda dictar palabras tan simples, para referir á la tierra el prodigio de amor que hace la admiración del cielo. En tanto que podamos, sacáremos de los libros sagrados, lo que escribamos sobre la divina Eucaristía. Así, despues de haber citado el pasaje en que el evangelista San Lucas nos da cuenta de la última Pascua que el Hijo de Dios celebró con sus apóstoles, copiaremos algunos versículos del divino discurso que siguió á la cena: el amor que allí se revela, que allí brilla en cada palabra, explica mejor que nada el origen y la institucion del sacramento de nuestros altares.

"Hijos míos, dijo Jesus, yo no tengo mas que poco tiempo para estar con vosotros. Vos me buscareis, y como he dicho á los judíos que no podian venir donde yo voy, lo mismo digo ahora á vosotros.....

"Que vuestro corazon no se turbe: si creéis en Dios, creed tambien en mí.

"Hay muchas moradas en la casa de mi padre; si fuera de otro modo, yo os lo hubiera dicho, porque voy á prepararos un lugar.

"Y despues que yo me haya ido y os haya preparado lugar, volveré á vosotros, y os volveré á traer á mí, á fin de que donde esté, estéis vosotros tambien.

"Vosotros sabeis bien dónde yo voy, y sabeis el camino."

Tomás le dijo: "Señor, no sabemos donde vas, y así, ¿cómo podremos conocer el camino?"

Jesus le dice: "Yo soy el camino, la verdad y la vida: nadie viene al Padre mas que por mí."

"Felipe le dice: "Señor, mostradnos vuestro Padre, y esto nos basta."

"Jesus le responde: "¿Hace tanto tiempo que estoy con vosotros y no me conocéis todavía? Felipe, aquel que me ve á mí, ve tambien á mi Padre: ¿cómo, pues, decís vosotros: Mostradnos vuestro Padre?"

"¿No creéis vosotros que yo estoy en mi Padre, y

que mi Padre está en mí? Esto que yo os digo no os lo digo de mí mismo, sino de mi Padre que está en mí y hace él mismo las obras que yo hago.

En verdad, en verdad os digo que aquel que cree en mí, tambien hará él mismo las obras que yo hago, y las hará todavía mas grandes, porque yo me voy con mi Padre.

"Nadie puede tener mas grande amor que el de dar la vida por sus amigos.

"Vosotros sereis mis amigos, si haceis todo lo que os mando.

"Ya no os daré el nombre de siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; sino que os llamaré amigos, porque os he hecho saber todo lo que he sabido de mi padre (1)."

Luego que uno ha prosternado, por decirlo así, su espíritu y su corazon ante estas páginas donde están escritas las palabras de Jesus, pronto á entregarse á los cómplices de Judas, apenas puede sustraerse á la emocion santa que hacen nacer esta tierna y sublime despedida. Se estienden las citas, para no tener que usar las palabras de de que se sirve el mundo: la atmósfera en que se ha respirado algunos instantes, era tan pura, tan suave, tan impregnada de gracia, que no se debe descender sino con pesar desde las alturas celestiales hasta las cosas de acá abajo. Cuando aquel resuena, ¡oh, qué pobre y miserable parece el lenguaje de los hombres, comparado con el de Dios!

"Hay aquí alguna cosa grande que se prepara (2); alguna cosa mas grande que la Pascua ordinaria, porque el Señor envia á los dos de sus apóstoles mas queridos: San Pedro, que habia puesto á la cabeza, y San Juan, á quien honraba con su particular amistad. Los evangelistas no señalan como cosa ordinaria ó comun en las otras Pascuas, este uso de escoger un lugar y que allí hubiese una sala adornada. Por eso los santos Padres han notado que este aparato era relativo á la institucion de la Eucaristía. Jesucristo queria hacernos ver con cuánto esmero era preciso que se decorasen los lugares consagrados á la celebracion de este misterio. No hay nada en esta circunstancia en que no se note que no ha querido aparecer pobre."

Los cristianos han comprendido por este ejemplo, todo el aparato que se vió aparecer en los primeros tiempos, para celebrar decorosamente la Eucaristía, segun las facultades de las Iglesias. Pero lo que principalmente debian aprender, era prepararse ellos mismos á recibirla bien; es decir, á prepararlo como una gran sala, un corazon dilatado por el amor de Dios, y capaz de las mas grandes cosas, con todos los adornos de la gracia y de las virtudes que se han representado por la colgadura de la sala que estaba preparada. Preparemos todo para Jesus, que viene hácia nosotros; para que todo sea digno de recibirlo.

La señal que da Jesus sobre el aguador, debia hacer entender á sus discípulos que las acciones

(1) San Juan XIII y XIV.

(2) Meditaciones sobre el Evangelio por Bossuet.

mas vulgares son dirigidas especialmente por la divina Providencia. ¿Qué hay en efecto mas comun, y que parezca mas casual, que el encuentro de un hombre que venia de sacar agua de una fuente de la ciudad? ¿Qué habia allí que pareciese depender mas de la propia voluntad, por no decir, del capricho de este hombre, que llevar su cántaro de agua á esta casa en el preciso momento en que los dos discípulos debian entrar en la ciudad? Y sin embargo, todo esto estaba dirigido secretamente por la sabiduría de Dios; y otras acciones semejantes son á su modo, y por otros fines conducidas por Dios. De suerte que si se llega á menudo á los acontecimientos notables, por esos encuentros que se llaman fortuitos, es preciso convenir en que Dios es quien ordena todo, hasta nuestros menores movimientos, sin coartar por eso nuestro libre albedrío, sino dirigiendo todas las cosas á conseguir sus fines ocultos.

Preciso es que siga mi obra, y que mi mano, á pesar de ser poco digna, intente describir todos los beneficios, todos los prodigios, todos los socorros, todos los consuelos que emanan del muy santo, muy augusto, muy adorable sacramento de la divina Eucaristía.

La Eucaristía es el resumen de toda la religion cristiana. En todos los siglos, los fieles de todos los países han tenido la mas profunda veneracion hácia este prodigio de caridad. Todos los artificios, todos los odios del infierno se han sublevado, se han concertado contra el sacramento de nuestros tabernáculos; los incrédulos, los biblistas modernos, y los racionalistas, se encarnizan todavía contra él en nuestros días, y en su satánica crueldad, se esfuerzan en arrebatarlos el sublime consuelo que nos da durante la peregrinacion de esta vida. Atacando sin descanso los misterios de la *Encarnacion* y de la *Redencion*, procuran al mismo tiempo destruir la Eucaristía, que es como su continuacion ó estension.... ¡vanos esfuerzos! Dios vigila sobre su Iglesia, y en su infinita bondad dejará hasta la consumacion de los siglos, á su divino Hijo entre los hombres, para consolarlos, socorrerlos y santificarlos.

La palabra *Eucaristía* viene del griego, y significa *buena gracia* ó *accion de gracias*.

La verdadera naturaleza de la Eucaristía consiste, como lo enseña el catecismo romano, en el cuerpo y sangre de Jesucristo, bajo las especies de pan y vino, para ser el alimento celeste de nuestras almas.

La Eucaristía difiere, en efecto, de los otros sacramentos:

Primero. En que los otros sacramentos reciben su fuerza del *uso*, mientras que la Eucaristía la recibe en la *consagracion de la materia*; razon porque dura tanto como las especies de pan y vino.

Segundo. Porque en los demas Sacramentos, la sustancia de la materia no experimenta cambio alguno, mientras que lo sufre en la Eucaristía.

Tercero. En fin, porque ella tiene por carácter particular, no ser solamente un *sacramento*, sino tambien un *sacrificio*; como sacramento tiende en

LA EUCARISTIA.

MIENTRAS llega el día de los Acimos, en que es preciso inmolar la Pascua (1).

"Jesus envió á Pedro y á Juan, diciéndoles: Id y preparadnos lo que sea menester para celebrar la Pascua.

"Y ellos dijeron: ¿Dónde quereis que la preparemos?

"Y él les respondió: Luego que entreis en la ciudad, encontrareis un hombre que lleva un cántaro de agua; seguidle hasta la casa en donde entrare.

"Y direis al señor de esta casa: El Maestro nos envia para deciros: ¿Dónde está el lugar en que debo comer en la Pascua con mis discípulos?

"Y él os mostrará una gran sala *entapizada*. Disponed allí lo que sea necesario.

"Y habiéndose ido, encontraron todo como se les habia dicho, y prepararon allí todo lo que era necesario para la Pascua.

"Y cuando la hora fué llegada, él se sentó á la mesa, y los doce apóstoles con él.

"Y él les dijo: Con ansia he deseado comer esta Pascua con vosotros, antes de padecer.

"Porque os digo que no comeré mas de ella en lo adelante, hasta que sea cumplida en el reino de Dios.

"Y despues de haber tomado la copa, dió gracias, y les dijo: Tomadla y distribuidla entre vosotros.

"Porque os digo, que no beberé ya del fruto de la vid, hasta que el reino de Dios haya llegado.

"Despues tomó el pan, y habiendo dado gracias, lo partió y les dió, diciéndoles: ESTE ES MI CUERPO, QUE ES DADO POR VOSOTROS: HACED ESTO EN MEMORIA DE MI.

"Y tomó asimismo la copa despues de cenar, diciendo: ESTA COPA ES LA NUEVA ALIANZA EN MI SANGRE QUE SERÁ DERREMADA POR VOSOTROS."

Cuando tenemos que anunciar algun acontecimiento grande, recurrimos al estilo mas pomposo: las voces de Dios son muy diferentes. Así, vemos aquí al divino Redentor que va á inmolarse; en su omnipotencia va á operar la mas grande de las maravillas, á fin de permanecer en medio de los hombres á quienes su sangre dejaria rescatados. . .

1. Evang. de San Lucas, cap. XXII, vers. 7, 8, 9, 10, 11 y 12.

Y ved con qué sencillez sublime nos prepara la institucion del mas santo, del mas consolador, del mas adorable de los sacramentos!

En verdad, en verdad, no hay mas que el Espíritu Santo que pueda dictar palabras tan simples, para referir á la tierra el prodigio de amor que hace la admiración del cielo. En tanto que podamos, sacáremos de los libros sagrados, lo que escribamos sobre la divina Eucaristía. Así, despues de haber citado el pasaje en que el evangelista San Lucas nos da cuenta de la última Pascua que el Hijo de Dios celebró con sus apóstoles, copiaremos algunos versículos del divino discurso que siguió á la cena: el amor que allí se revela, que allí brilla en cada palabra, explica mejor que nada el origen y la institucion del sacramento de nuestros altares.

"Hijos míos, dijo Jesus, yo no tengo mas que poco tiempo para estar con vosotros. Vos me buscareis, y como he dicho á los judíos que no podian venir donde yo voy, lo mismo digo ahora á vosotros.

"Que vuestro corazón no se turbe: si creéis en Dios, creed tambien en mí.

"Hay muchas moradas en la casa de mi padre; si fuera de otro modo, yo os lo hubiera dicho, porque voy á prepararos un lugar.

"Y despues que yo me haya ido y os haya preparado lugar, volveré á vosotros, y os volveré á traer á mí, á fin de que donde esté, estéis vosotros tambien.

"Vosotros sabéis bien dónde yo voy, y sabéis el camino."

Tomás le dijo: "Señor, no sabemos donde vas, y así, ¿cómo podremos conocer el camino?"

Jesus le dice: "Yo soy el camino, la verdad y la vida: nadie viene al Padre mas que por mí."

"Felipe le dice: "Señor, mostradnos vuestro Padre, y esto nos basta."

"Jesus le responde: "¿Hace tanto tiempo que estoy con vosotros y no me conocéis todavía? Felipe, aquel que me ve á mí, ve tambien á mi Padre: ¿cómo, pues, decís vosotros: Mostradnos vuestro Padre?"

"¿No creéis vosotros que yo estoy en mi Padre, y

que mi Padre está en mí? Esto que yo os digo no os lo digo de mí mismo, sino de mi Padre que está en mí y hace él mismo las obras que yo hago.

En verdad, en verdad os digo que aquel que cree en mí, tambien hará él mismo las obras que yo hago, y las hará todavía mas grandes, porque yo me voy con mi Padre.

"Nadie puede tener mas grande amor que el de dar la vida por sus amigos.

"Vosotros sereis mis amigos, si haceis todo lo que os mando.

"Ya no os daré el nombre de siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; sino que os llamaré amigos, porque os he hecho saber todo lo que he sabido de mi padre (1)."

Luego que uno ha prosternado, por decirlo así, su espíritu y su corazón ante estas páginas donde están escritas las palabras de Jesus, pronto á entregarse á los cómplices de Judas, apenas puede sustraerse á la emoción santa que hacen nacer esta tierna y sublime despedida. Se estienden las citas, para no tener que usar las palabras de de que se sirve el mundo: la atmósfera en que se ha respirado algunos instantes, era tan pura, tan suave, tan impregnada de gracia, que no se debe descender sino con pesar desde las alturas celestiales hasta las cosas de acá abajo. Cuando aquel resuena, ¡oh, qué pobre y miserable parece el lenguaje de los hombres, comparado con el de Dios!

"Hay aquí alguna cosa grande que se prepara (2); alguna cosa mas grande que la Pascua ordinaria, porque el Señor envia á los dos de sus apóstoles mas queridos: San Pedro, que habia puesto á la cabeza, y San Juan, á quien honraba con su particular amistad. Los evangelistas no señalan como cosa ordinaria ó comun en las otras Pascuas, este uso de escoger un lugar y que allí hubiese una sala adornada. Por eso los santos Padres han notado que este aparato era relativo á la institucion de la Eucaristía. Jesucristo queria hacernos ver con cuánto esmero era preciso que se decorasen los lugares consagrados á la celebracion de este misterio. No hay nada en esta circunstancia en que no se note que no ha querido aparecer pobre."

Los cristianos han comprendido por este ejemplo, todo el aparato que se vió aparecer en los primeros tiempos, para celebrar decorosamente la Eucaristía, segun las facultades de las Iglesias. Pero lo que principalmente debían aprender, era prepararse ellos mismos á recibirla bien; es decir, á prepararlo como una gran sala, un corazón dilatado por el amor de Dios, y capaz de las mas grandes cosas, con todos los adornos de la gracia y de las virtudes que se han representado por la colgadura de la sala que estaba preparada. Preparemos todo para Jesus, que viene hácia nosotros; para que todo sea digno de recibirlo.

La señal que da Jesus sobre el aguador, debía hacer entender á sus discípulos que las acciones

(1) San Juan XIII y XIV.

(2) Meditaciones sobre el Evangelio por Bossuet.

mas vulgares son dirigidas especialmente por la divina Providencia. ¿Qué hay en efecto mas comun, y que parezca mas casual, que el encuentro de un hombre que venia de sacar agua de una fuente de la ciudad? ¿Qué habia allí que pareciese depender mas de la propia voluntad, por no decir, del capricho de este hombre, que llevar su cántaro de agua á esta casa en el preciso momento en que los dos discípulos debían entrar en la ciudad? Y sin embargo, todo esto estaba dirigido secretamente por la sabiduría de Dios; y otras acciones semejantes son á su modo, y por otros fines conducidas por Dios. De suerte que si se llega á menudo á los acontecimientos notables, por esos encuentros que se llaman fortuitos, es preciso convenir en que Dios es quien ordena todo, hasta nuestros menores movimientos, sin coartar por eso nuestro libre albedrío, sino dirigiendo todas las cosas á conseguir sus fines ocultos.

Preciso es que siga mi obra, y que mi mano, á pesar de ser poco digna, intente describir todos los beneficios, todos los prodigios, todos los socorros, todos los consuelos que emanan del muy santo, muy augusto, muy adorable sacramento de la divina Eucaristía.

La Eucaristía es el resumen de toda la religion cristiana. En todos los siglos, los fieles de todos los países han tenido la mas profunda veneracion hácia este prodigio de caridad. Todos los artificios, todos los odios del infierno se han sublevado, se han concertado contra el sacramento de nuestros tabernáculos; los incrédulos, los biblistas modernos, y los racionalistas, se encarnizan todavía contra él en nuestros días, y en su satánica crueldad, se esfuerzan en arrebatarlos el sublime consuelo que nos da durante la peregrinacion de esta vida. Atacando sin descanso los misterios de la *Encarnacion* y de la *Redencion*, procuran al mismo tiempo destruir la Eucaristía, que es como su continuacion ó estension. . . . ;vanos esfuerzos! Dios vigila sobre su Iglesia, y en su infinita bondad dejará hasta la consumacion de los siglos, á su divino Hijo entre los hombres, para consolarlos, socorrerlos y santificarlos.

La palabra *Eucaristía* viene del griego, y significa *buena gracia* ó *accion de gracias*.

La verdadera naturaleza de la Eucaristía consiste, como lo enseña el catecismo romano, en el cuerpo y sangre de Jesucristo, bajo las especies de pan y vino, para ser el alimento celeste de nuestras almas.

La Eucaristía difiere, en efecto, de los otros sacramentos:

Primero. En que los otros sacramentos reciben su fuerza del *uso*, mientras que la Eucaristía la recibe en la *consagracion de la materia*; razon porque dura tanto como las especies de pan y vino.

Segundo. Porque en los demas Sacramentos, la sustancia de la materia no experimenta cambio alguno, mientras que lo sufre en la Eucaristía.

Tercero. En fin, porque ella tiene por carácter particular, no ser solamente un *sacramento*, sino tambien un *sacrificio*; como sacramento tiende en

primer lugar á la santificación del hombre, y como sacrificio á la gloria de Dios, que se ofrece en reconocimiento del dominio soberano sobre todas las cosas creadas: este es el principal de los cuatro fines para que ha sido instituido.

Volvamos al momento solemne de la institución de este adorable sacramento, y meditemos algunos instantes sobre la última Pascua celebrada por el Hijo de Dios con sus apóstoles. Con esta celebración, Jesús como que se separa de la humilde sencillez de sus hábitos, ordena á sus discípulos adelantarse á preparar la sala del banquete del cordero; y cuando toma asiento en medio de los doce, muestra en cada una de sus palabras la ternura y mansedumbre de su alma. A pesar de ser Dios, penetra su corazón ese sentimiento de tristeza que nos viene á todos cuando estamos á punto de alejarnos de lo que amamos; en aquella noche, la última que pasará sobre la tierra, al conversar con los apóstoles, repetía muchas veces: "Hijos míos, poco tiempo he de estar ya con vosotros. . . . Después que me haya ido y os haya preparado lugar, volveré y os llevaré conmigo para que donde esté, estéis vosotros también. No os dejaré huérfanos, sino que vendré hacia vosotros."

"Dentro de poco tiempo ya no me vereis; y después me vereis, porque me voy con mi padre."

En estos versículos que transcribo con respeto, ¿no veis á cada palabra un amor divino hacia los hombres (iba yo á decir la amistad mas tierna) para consolar á sus discípulos que van á quedar como huérfanos cuando él suba al cielo? ¿No admirais con cuánta frecuencia les repite esta palabra consoladora volveré á vosotros?

El ha visto con su presciencia de Dios la traición y el suicidio de Judas Iscariote; con el mismo conocimiento del porvenir ve que esos hombres sencillos y puros que ha quitado de sus barcas, de sus redes, de sus trabajos diarios, van á ser transformados en valientes atletas, elocuentes misioneros de la ley nueva, que tendrán que sufrir y morir por confesar su nombre. A este pensamiento, el Dios hecho hombre se *convuelve dentro de sí mismo*, y promete enviar sobre ellos la fuerza, los consuelos y las esperanzas celestiales. Estas esperanzas, estos santos consuelos, no se concederán solamente á los hombres privilegiados que han vivido con el Redentor, á sus apóstoles, á sus discípulos muy amados: no, la liberalidad divina abre la fuente á todos los hijos de Adán, á todas las hijas de Eva; fuente inagotable, adonde todo el que sufre, todo el que lleva con pena el peso del día, puede venir á refrigerarse y fortalecerse.

En el acto de dejar nuestro valle de lágrimas é ir á sentarse á la diestra de su Padre en todo el esplendor de su majestad, el Hijo de María, que había vivido de nuestra vida de aquí abajo, ha sentido una gran piedad por nosotros; se podía decir que ha temido entonces que elevándose tan alto sobre nosotros, todas nuestras quejas, nuestros gemidos no subiesen hasta él, y se perdiesen algún suspiro y algunas lágrimas de infortunio y de miseria. En medio de esta preocupación de bondad y amor, se ha

dicho á sí mismo: Iré cerca de mi Padre que me llama hacia sí; iré á recibir los homenajes de los ángeles y arcángeles, de las potestades y dominaciones; pero al mismo tiempo me formaré una morada entre los hombres, y en esta permaneceré hasta el fin de los tiempos; yo, rey de gloria, habitaré los humildes tabernáculos que me erijan, y allí estará mi oído mas cerca de ellos para mejor escucharlos, y mi mano para mejor enjugar sus lágrimas.

De este divino pensamiento nació la institución de la adorable Eucaristía; sacramento que es el gran lazo que une á la sociedad cristiana por medio de la caridad; llama del mundo por medio de las luces divinas de Jesucristo, corporalmente presente en nuestros altares.

La Eucaristía reúne á todos los cristianos en una gran familia, é invita á todos los hijos de Adán á un mismo banquete.

Para que pueda existir la sociedad humana, es menester que se comunique con el soberano autor de todas las cosas. Esta comunicacion se hallaba establecida en los primeros dias entre el criador y la criatura; (1) pero se rompió esta alianza con la desobediencia. Ya no podía el Ser Eterno comunicar con la muerte, la espiritualidad con la materia; pues entre dos cosas de propiedades diferentes, no puede haber contacto sin un intermedio.

El primer esfuerzo que hizo el amor divino para acercarse á nosotros, fué el establecimiento de los sacrificios; figuras que anunciaban al mundo la venida del Mesías. Al restablecernos el Salvador nuestro fin, debió restablecernos nuestros privilegios; y el mas bello de estos era sin duda comunicar con el Criador. Pero esta comunicacion no podía verificarse inmediatamente como en el Paraiso terrenal, primeramente porque nuestro origen estaba manchado, y en segundo lugar porque nuestro cuerpo, sujeto al sepulcro, es muy débil para comunicarse directamente con Dios. Era menester, por lo mismo, un intermedio, y este es Dios. El se ha dado al hombre en la Eucaristía; y se ha hecho la ruta por la cual nos reunimos de nuevo á aquel de quien emanó nuestra alma.

Mas si el Hijo de Dios hubiera quedado en su esencia primitiva, es evidente que la misma separacion hubiera existido acá en la tierra entre Dios y el hombre; porque no puede haber union entre la pureza y el crimen, entre una realidad eterna y el sueño de nuestra vida. Pues el Verbo, al entrar en el seno de una mujer, se ha dignado hacerse semejante á nosotros: por una parte está unido á su padre, por la otra á la espiritualidad, y por la otra á la carne por su efigie humana. El es por lo mismo el punto de reunion que se buscaba entre el hijo culpable y el padre misericordioso. Al ocultarse bajo el emblema del pan, es un objeto sensible para el ojo del cuerpo, á la vez que un objeto intelectual para el ojo del alma. Si ha escogido el pan para ocultarse, es porque el trigo es un emblema puro del alimento divino.

Oculto así el brillo de su divinidad, el hombre

(1) Chateaubriand, Genio del cristianismo vol. 1.

ha podido acercarse al Hijo del Eterno Señor sin morir.

"Este Dios hecho hombre, (1) este Verbo encarnado ¿á qué ha venido al mundo? ¿Con qué aparato ha venido á enseñarnos? ¿Se ha ocultado en una nube como otras veces lo hacia el Eterno? ¿Ha hecho resonar sus rayos en medio de los relámpagos? ¿Ha retumbado su voz desde lo alto de una montaña humeante de su majestad? ¿Ha dicho con una voz terrible: retiraos. . . solo mi siervo Moises se acerque; y los hombres y animales (2) que lleguen á la montaña morirán?"

La ley mosaica se dió con este tremendo aparato. Para el Evangelio cambia Dios de lenguaje: ¿Hay por ventura cosa mas accesible, mas afable y dulce que Jesucristo? A nadie aleja de sí. No solamente sufre, sino que llama á los mas grandes pecadores, y muchas veces va hacia ellos y les dice: venid á mí y no temais; venid á mí los oprimidos, que os ayudaré á llevar vuestros fardos (3); venid, los enfermos, y os curaré; venid, los hambrientos, y os alimentaré; pecadores publicanos, acercaos; yo soy vuestro libertador." El los sufre, los invita, ¿Qué quiere decir este cambio, cristianos? ¿De dónde viene esta amable condescendencia de un Dios que se familiariza con nosotros? ¿Quién no ve que quiere alejar todo temor servil, y á cualquier precio hacerse amar, aun, si me atrevo á hablar así, á espensas de su propia grandeza? Decidme: ¿Para hacerse temer ha querido ser colgado de una cruz? ¿No es mas bien para tendernos los brazos y abrirnos tantas fuentes de amor como tiene llagas? ¿Por qué se da á nosotros en la Eucaristía? ¿No es para atestiguarnos el extraño amor que le une á nosotros? ¿No diriais, cristianos, que no pudiendo sufrir nuestra frialdad, nuestra indiferencia, nuestra deslealtad, ha querido él mismo traer á nuestros corazones carbonos encendidos? ¿Cómo escusaríamos nuestra negligencia? ¿Dónde se ocultará nuestra ingratitud? Después de estas consideraciones, es muy justo esclamar con el apóstol San Pablo: "Si alguno no ama á nuestro Señor Jesucristo, sea anatematizado (4)."

Sentencia justa y formidable. Sí, ciertamente debe ser anatematizado el que no ama á Jesucristo. "Cuando amais á alguno en la tierra, ¿rompeis todos los dias con él por motivos de poca monta? ¿Arrojais al suelo lo que él os da? ¿Faltais á la palabra que le dais? No hay un solo hombre en la tierra á quien quisierais tratar de ese modo: y sin embargo, así es como procedéis regularmente con Jesucristo. El ha hecho las amistades con vos, y renunciáis diariamente á ellas; os ha dado su cuerpo y le profanais; le habeis prometido vuestra fe y la violais; si él os ruega por vuestros enemigos, os haceis sordos; os recomienda á sus pobres, y los despreciáis; no hay una sola parte de vuestro cuerpo que la blasfemia no haya deshonrado." (5)

(1) Bonnet.
(2) Exod. XIX. 12 y 13.
(3) S. Mat. XI. 29.
(4) I. Cor. XVI. 22.
(5) Sermones de Bossuet.

Nuestra alma ha sido hecha para Dios, y es preciso que tome sus fuerzas en aquel que es autor de su ser; si va á buscar su alimento en otra parte, como el hijo pródigo que se alejó de la casa de su padre, nada encontrará que la satisfaga. ¡Oh! ¡Cuántos seres lánguidos, desalentados, no pueden en este mundo adelantar en la carrera del bien! Prócesimos á desfallecer, ¿por quién serán socorridos si no es por el Dios de nuestros tabernáculos? Ahí está él para venir en alivio de nuestras enfermedades, dispuesto siempre á presentar sus espaldas á la pobre oveja descarriada, y desfallecida, "porque errante acá y allá, se encuentra excesivamente fatigada." "Multum enim errando laboraverat." (6) El la busca cuando la invita con sus santas inspiraciones; la encuentra cuando la cambia con la virtud de su gracia, la lleva sobre sus espaldas cuando le da la perseverancia. Cuanto mas avanzamos en la vida, tanto mas conocemos la razon que ha tenido la Sagrada Escritura para nombrar á la tierra que el Señor nos ha concedido para cumplir nuestra peregrinacion, "UN VALLE DE LAGRIMAS," en donde todo engaña y hace traicion al corazón; todo, hasta la esperanza misma con que tanto tiempo nos alimentamos. Desde que entró el pecado al mundo por la desobediencia del primer hombre, invadieron con esa horrible mancha á esta tierra todos los males que nos asaltan, inquietudes que nos agitan, desengaños que nos desalientan, traiciones que nos afligen, y dolores que nos atormentan. A vista de tantos reveses, aflicciones, peligros y escollos, se conmovió Dios en su bondad, y envió ángeles custodios á los infelices desterrados del paraiso terrestre. Pero los ángeles no son bastante poderosos; á pesar de su vigilancia y buenas inspiraciones, no pudieron impedir á los hijos de Adán desviarse y perderse mas y mas en sus caminos. . . . La desolacion y la abominacion subian, subian siempre como las grandes olas del mar. . . . Para salvar al mundo de este diluvio de impiedad, se hizo hombre y murió en una cruz el Hijo muy amado del Altísimo, para rescatar á los culpables y abrirles la puerta del cielo que el pecado les había cerrado. . . . ¿Se han agotado despues de tantos prodigios la bondad y la misericordia de Dios? ¡Ah! no; guardémosnos de creerlo así. Ha corrido hasta la última gota de sangre de Jesucristo en el Calvario; ha quedado el autor de la vida tres dias acostado en la noche del sepulcro; el tercero ha resucitado. . . . Después de cuarenta dias, el vencedor de la tierra y rey de la gloria subió al cielo y está sentado á la diestra de su Padre. . . . ¿Y deben los hombres juzgarse abandonados á sí mismos? ¡Ya no vivirá el Salvador en medio de ellos? ¡Oh! Al contrario, recordad la última Pascua que con sus apóstoles celebró Jesucristo, el sacramento que entonces instituyó; las palabras que pronunció al bendecir el pan y vino, le han hecho permanecer desde esta gran noche de redencion, y le harán habitar entre los hombres hasta la consumacion de los tiempos.

Sí; despues de diez y nueve siglos habita Jesu-

(6) Tertuliano, de Penit. núm. 8.

cristo, á pesar de su gloriosa ascension, entre los hijos de los hombres, y no solamente en espíritu, sino que su cuerpo adorable está tambien entre nosotros. Los ángeles y bienaventurados gozan de su presencia en el cielo, ven brillar su gloria; nosotros lo poseemos acá abajo y vemos su amor hácia nosotros bajo el pan y vino de la Eucaristía tres veces santa.

Allá arriba, recompensa; acá abajo, consuela. Dios, que ha criado el corazón del hombre, conoce todas sus debilidades; sabe bien que la ausencia debilita las mas vivas afecciones. (1) "En la última Pascua bien preveía Jesucristo que cuando hubiera subido al cielo, olvidarían insensiblemente sus discípulos los beneficios y las divinas instrucciones. ¡Ah! Moisés no permaneció mas de cuarenta dias en la montaña, y ya habían olvidado los israelitas los prodigios que había obrado para librarlos del yugo de los egipcios. ¿Qué ha sucedido á Moisés? decían ellos: hagamos unos dioses que nos acompañen y defiendan de nuestros enemigos. Jesucristo, para atacar esta inconstancia del corazón humano, quiso, al subir á la Sion celestial, dejarnos una muestra de su presencia; allí es donde quiere que vayamos á consolarnos de su ausencia sensible; allí donde debemos encontrar el compendio de todas sus maravillas, el cumplimiento del gran sacrificio del Calvario.

Jamas asunto sagrado, jamas cosa divina ha excitado la admiración, el entusiasmo, las alabanzas y la adoración de los santos, como el sacramento de nuestros altares, en que nuestro Señor se hace alimento de nuestra alma y se une tan estrechamente á nosotros, que ha dicho hablando de esta union: "como yo vivo de mi padre, así el que me come vivirá de mí."

Para darnos idea de esta union, se sirve San Cirilo de la comparación de dos velas de cera que fundidas y mezcladas se unen y se pierden de tal manera la una en la otra, que de las dos no queda mas que una (2). Agrega el Santo Padre: "El Hijo de Dios se une á nosotros corporalmente, en cuanto es hombre, por medio de la Eucaristía; y espiritualmente, en cuanto Dios, por la energía y gracia de su espíritu, conduciendo el nuestro á una nueva vida, y haciéndolo participante de la naturaleza divina."

En materia tan elevada y sagrada, me sirvo con temor de los pensamientos y palabras que me vienen á mí, pobre hombre del mundo; y para que no haya tan gran desacuerdo entre la mano que escribe y el asunto divino que trato, tomo en cuanto puedo de los santos las páginas que en estos mis últimos dias dedico á Dios y á la Santa Iglesia.

He aquí cómo habla San Cirilo, obispo de Jerusalén, de nuestra union con Jesucristo en la Eucaristía: "El nudo de nuestra union con Dios Padre es su divino Hijo unido á nosotros como hombre, y á Dios su padre como á Dios; porque no es posible á la naturaleza del hombre subir á la inmortalidad,

como tampoco á aquella descender á una naturaleza mortal; y por la participación de sí mismo reformarnos y elevarnos de nuestra inmortalidad á su perfección. Estamos, pues, reducidos á la union de Dios Padre por el intermedio de nuestro Salvador; pues tomando, como acabamos de decir, corporal y sustancialmente al Hijo que se ha unido con el Padre por naturaleza, nos hemos hecho gloriosos y participantes de la divinidad."

He aquí las palabras, ó mas bien los oráculos (3) de San Cirilo, dignas de ser grabadas sobre todos los mármoles, con los rayos del sol. He aquí, no la famosa cadena de oro de Homero repetidamente cantada por los autores profanos, con la cual el fabuloso Júpiter se vanagloriaba de poder atraer la tierra al cielo, los hombres hácia sí; sino aquella sagrada y preciosa cadena divina que escede infinitamente á toda estimación y valor, con la cual Dios Padre atrae y une sustancialmente aun desde esta vida los cuerpos y la naturaleza de los hombres mortales y terrestres á la esencia de la divinidad."

"Los tres eslabones de que la compone San Cirilo son: el primero, la residencia sustancial y esencial de la divinidad del Padre en la persona del Hijo, por medio de la generación eterna; el segundo, la residencia sustancial y personal de la divinidad del Hijo, en su humanidad, por la Encarnación; y el tercero, es la residencia sustancial y corporal del cuerpo de Jesucristo en el nuestro por medio de la Eucaristía.

"La piedra mantiene una fuerza admirable para atraer y unir á sí al hierro, y por medio de este hierro atraer y unirse á otro de tal manera que el segundo le está unido, no inmediatamente, sino por el intermedio del primero, sobre el cual ha ejercido primero su virtud y al que se ha unido inmediatamente; de la misma manera el Hijo de Dios nos atrae y une á sí por medio de la humanidad, á la cual se ha unido primera y perpetuamente, y en la cual nos unimos por el sacramento; de suerte que por él volvemos al Padre como nuestro principio, y á él nos unimos para tomar de él nuestra última perfección."

"No solamente el sacramento de la Eucaristía es el mejor consuelo del hombre, pues lo acerca á Dios, y lo incorpora á la misma divinidad, sino que es tambien el gran lazo de la sociedad cristiana; porque recibir en su alma á Jesucristo es beber la caridad en el mismo manantial. . . . Pues ¿qué sería del mundo sin la caridad cristiana? Para formarse una idea exacta de lo que vendría á ser la sociedad humana si esta virtud abandonase á la tierra remontándose al cielo para no volver á bajar, basta retrotraer el pensamiento á dos mil años. Lo que era el mundo antes de la venida de Jesucristo, lo sería todavía. Sin la caridad, hija del Evangelio, la antorcha de la civilización se extinguiría, se levantarían del infierno las mas densas tinieblas, y en tal oscuridad los hombres se entregarían á odio

(1) Missillon, sobre la comunión.
(2) San Cirilo, in Joan. 6 y 88.

(3) Del conocimiento del amor de nuestro Señor por el padre Saint Jure de la compañía de Jesus.

pasiones, infames voluptuosidades, y á todos aquellos desórdenes abominables que hicieron lanzarse las aguas del diluvio sobre la tierra impía y manchada.

Entre los hombres que se han elevado sobre sus hermanos y sentábase en la silla del poder, muchos se han dicho á sí mismos: "el pueblo es menos difícil de gobernar de lo que se piensa; tiene en sí mismo un instinto de sumisión y obediencia; una voluntad justa y firme obtiene de él lo que quiere y lo mantiene fácilmente en el orden. La multitud abunda en miseria, y sin embargo se resigna y no se irrita contra los dichosos del mundo á quienes todo sonríe, nada falta, y que hacen comunmente alarde de su fausto; ella se inclina con respeto ante el poder revestido de oro y púrpura, y cuando el jefe del estado necesita del pueblo que lo defiende, el pueblo se levanta y le ofrece sus mil brazos."

Los gobernantes que hayan hablado así y juzgado al poder fácil de dirigir, es por que han encontrado masas populares impregnadas del pensamiento cristiano. Con la doctrina evangélica nadie se rebela, todos se aman entre sí; el lazo de la caridad retiene é impide la división; el cristianismo nos dice: "amarás á tu Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como á tí mismo, y harás lo que quisieras te hiciesen á tí." En nuestros libros santos leemos: *el que quiera elevarse será abatido. . . . Bienaventurados los humildes de corazón porque ellos serán glorificados. . . . Y en el Evangelio: Bienaventurados los mansos y pacíficos. . . . Bienaventurados los que lloran porque ellos serán consolados.*

Con tales ideas inculcadas en los entendimientos y dirigidas á los corazones, costumbres y hábitos, bien concebimos que es posible gobernar á los hombres, guiarlos, mantenerlos y contentarlos; mas cuando el libro en que se encuentran todas estas máximas santas y saludables no se abre á la infancia ni á la juventud, cuando el lazo que unia el haz de la sociedad se desata, todo se divide, todo cae, nacen las dificultades y viene detras la imposibilidad.

He aquí dónde nos hallamos. Los hábiles y grandes políticos, los hombres de estado de nuestra época (1850) proclaman que la Francia es ingobernable, y repiten que los bárbaros están á nuestras puertas para acabar con la civilización.

Hombres de poca fé, en vez de esparcir el terror por el pueblo. . . clamad al Salvador de lo pasado, al Salvador de lo presente, al Salvador del porvenir. Clamad á Jesucristo: Señor, levantaos, ó perecemos.

El se levantará; él nos salvará. Recordemos que el Hijo del Señor Eterno no está solamente en el cielo sentado en su trono de gloria, sobre los arcángeles, serafines, virtudes y dominaciones, sino que tambien está en nuestros tabernáculos, muy cerca, al lado de las criaturas que sufren y lloran. Vamos, pues, á implorar su auxilio; sobre nuestros altares oculta su majestad la misericordia y la mansedumbre: podemos, pues, acercárnosle, verle, esponerle nuestras penas, nuestras miserias, y rogarle so-

corrernos, sin temer, como los Israelitas, que el rayo brillante del rostro del Eterno nos priva de la vida.

El arcángel del gran consejo, el supremo juez que sobre las nubes vendrá al fin de los tiempos á juzgar á todas las generaciones, despertadas del sueño de la muerte, no tiene aquí abajo en sus tabernáculos mas que rasgos de misericordia y de perdón. ¡Oh! ¡cuán bellos y tiernos son los anales que reflejan todas las gracias, reconciliaciones y rehabilitaciones que ha hecho el sagrado corazón de Jesus, adorable y oculto en el sacramento de la Eucaristía!

¡Ah! todos lo sabemos: el mundo es fértil en miserias, en inquietudes, en dolores, en angustias que no pueden ser socorridas, calmadas ni curadas, sino por una mano divina; en nuestro valle de lágrimas son raros los hombres que consuelan, y casi todos nuestros grandes dolores no son apaciguados sino por los amigos celestiales que el Criador ha dado á cada uno de nosotros para custodiarnos y conducirnos. Estos espíritus bienaventurados nos ven de cerca, oyen nuestros suspiros y gemidos, son testigos de nuestros dias inquietos, de nuestros largos insomnios, y ellos son los que nos inspiran el buen pensamiento de ir cerca de su Dios, que es el nuestro, á pedir la calma, la paz y el reposo que el mundo no puede dar. . . . Cuando obedecemos á estas inspiraciones de nuestros ángeles custodios, cuando salvándonos del ruido que hacen los hombres, nos refugiamos en la sombra y el silencio de la casa de Dios, cuando nos postramos ante los altares, sentimos poco á poco apaciguarse la agitación del corazón, y calmarse la inquietud de nuestro espíritu. Ninguna voz ha herido nuestro oído, y sin embargo, desde el fondo del tabernáculo nos ha hablado el Dios que allí reside. Escuchémoslo bien: él dirá á cada uno la palabra que le consuele y cure, la palabra que le purifique y salve.

El dirá al hombre que soporta el peso del día y come un pedazo de pan duro regado con el sudor: Vosotros los que trabajais, venid á mí, y yo os aliviaré.

Al rico que se consume en la opulencia y se fastidia de la vida, porque no hace bien alguno, le dirá: Cuando hagais la cosecha, no corteis vuestros trigos muy cerca de la tierra, ni amontoneis las espigas que hayan quedado. No recojais tampoco en la vendimia las uvas que caigan, sino que las dejareis tomar á los pobres que no tienen viñas ni campos.

El añadirá: Cuando hagais un festin, convidad á los pobres, pues no pudiendo ellos recompensaros, Dios os premiará el dia de la resurrección de los justos.

Al que llora sobre una tumba le hará ver la gloria del justo resucitado, y le dirá: Yo soy la resurrección y la vida, y el que en mí cree vivirá eternamente.

A la desgraciada madre que gima como Raquel, y que no quiera consolarse de la muerte de su hijo, le dirá: Dejad, dejad (1) á los parvulitos venir á

(1) Evangelio de San Lucas.

mí; el reino de los cielos solo pertenece á los que á ellos se asemejan.

Al pecador arrepentido que se golpea el pecho y clama á Dios, le dirá: Hay mas gozo en el cielo por un solo pecador que hace penitencia, que por noventa y nueve justos que no la necesitan.

Al justo experimentado por la adversidad, traerá el recuerdo de Job, y le dirá: Si rehusais padecer, rehusais ser coronado. . . . Si deseais la felicidad del cielo, sobrellevad los padecimientos de la tierra, sufrid valerosamente; la victoria es la recompensa del combate. (1)

Al que ha sido calumniado, al que se queja de la maldad y de la injusticia del mundo, dirá el Señor: 'Hijo mio, permanece firme en mí; (2) no te aflijas de lo que se ha dicho de tí. Pesa las palabras de los hombres; ellas vuelan por el aire y no conmueven la tierra; si eres culpable, atiende bien sobre lo que de tí se ha dicho para enmendarte; y si no has faltado, regocíjate de la injuria que se te hace y ofrécela á Dios.'

"Escucha bien mi palabra, y no te harán daño alguno todas las palabras de los hombres."

Aun cuando ellos publicasen para mancharos, todo lo que la calumnia mas envenenada pudiera inventar, ¿qué mal os harian todas las injurias, si las dejáseis pasar como la paja que vuela por el viento? ¿Tendrían todas ellas juntas la fuerza de hacer caer un solo cabello de vuestra cabeza?

Al padre de familia que se inquieta demasiado por la suerte de sus hijos, y que en algunos momentos deje de tener confianza en el Señor, dirá Jesus: "Reflexionad sobre los pájaros del cielo; ellos no siembran, no cosechan, ni guardan cosa alguna en sus graneros, y vuestro Padre celestial los alimenta; ¿no valeis vos mucho mas que ellos?"

"Considerad como crecen los lirios de los campos, ellos no trabajan, ellos no hilan:

"Y sin embargo, os declaro que el mismo Salomon en todo su esplendor, jamas estuvo vestido como uno de ellos (3)."

Al cristiano que se queja de su tibieza y ceguera dirá el Salvador: no podreis conservar siempre en el fervor y sentimientos elevado en la contemplacion; menester es que tambien resistais al grave peso de la vida corruptible.

Mientras esteis revestidos de cuerpo mortal, estará vuestra alma como fastidiada y abatida bajo un fardo tan grande (4). Tened valor; orad, orad siempre: la oracion que sale del corazon encuentra siempre un ángel que la lleve á Dios.

—Ah! para aquel que sabe escuchar con fé, son infinitas, por decirlo así, las consoladoras palabras que salen del tabernáculo; el mundo no las oye, pero las almas piadosas las recogen y las guardan; entre ellas y Dios hay una conversacion sin fin, un cambio incesante de oraciones por una parte y de beneficios por la otra; el siervo pide y el soberano

(1) Imitacion de Jesucristo.

(2) Ibid.

(3) Evangelio de San Mateo.

(4) Imit. de Jesucristo.

Señor concede; el hijo sufre y gime, el padre alivia y consuela.

El Hijo del Eterno hubiera permanecido sin duda despues de su gloriosa ascension en el reino celestial de su Padre, si su amor á los hombres no lo hubiera encadenado á nuestros altares: nuestros gemidos, oraciones y votos siempre hubieran subido hasta él. Digámoslo con profunda gratitud, la magnificencia y la bondad divinas hubieran sido siempre las mismas; pero sin la institucion de la adorable Eucaristia ¿habrian sido lo que hoy, la confianza, la intimidad del hombre con Dios? En el cielo Jesucristo es un rey radiante de majestad; en el tabernáculo es un amigo que se hace casi tan pobre como nosotros. Así es que vemos á su divinidad no infundir temor á nadie: el mendigo se arrodilla tan cerca de él como el monarca; el párvulo tartamudea su pequeña oracion cerca del anciano cargado de años, y la tierna virgen se pone al lado de su madre bajo la proteccion del Divino Hijo de María.

En nuestros dias, una simple muchacha del pueblo se ha elevado á un grado tal de piedad por su devocion al santo sacramento, que su nombre es casi tan conocido de los hombres como de los ángeles. María Eustelle, muerta á la edad de veintiocho años, ha reunido en tan corta vida tesoros de santidad que ha llevado al cielo, dejando en la tierra recuerdos de su ardiente amor á Jesucristo y al prójimo. En una serie de cartas escritas por ella encontramos pensamientos dignos de Santa Teresa. He aquí algunos:

"Yo no podía ver sin amargo dolor á Nuestro Señor tan abandonado en su tabernáculo: hubiera querido permanecer allí sin cesar. Me quedaba todo el tiempo que me era posible; los domingos y dias festivos, no salia de la iglesia sino hasta en la noche. En toda ella me hubiera quedado, si me lo hubieran permitido: era una especie de iman que me atraia y me retenia en este lugar lleno de encantos. ¿Cuán suaves y veloces se pasan allí las horas? ¿Cuán apacibles y saludables son aquellos momentos para el alma? Cuando venian sobre mí, por voluntad de mi divino maestro, las persecuciones, las calumnias, las humillaciones y las penas interiores, las sentia yo como otros tantos rasgos de amor que amo y adoro; todavia mas, me rebosaba la alegría cuando tenia yo alguna cosa que sufrir, y no sabia cómo atestiguar el reconocimiento de que estaba penetrada mi alma."

"Lo que tanto tiempo habia deseado se me concedió: esto es, pasar sola una parte de la noche en la iglesia. ¿Cuán feliz era yo sola en presencia de nuestro adorable Salvador! ¿Cuán gozo, qué felicidad gustaba yo al pie del altar, allí en la calma y la oscuridad! Allí no estaba yo alumbrada mas que por la débil luz de la lámpara que consumiéndose ante Dios, me hacia recordar que yo tambien debia arderme y consumirme en su presencia, para honrar con mi completa destruccion la grandeza y soberanía de su ser."

"Entonces exclamaba yo con David: Ya no puedo contener mi corazon los sentimientos de que está

repleto, y consagro mis cánticos al Rey de los cielos."

El sacramento de la Eucaristia, no solamente da consuelo y fuerzas al alma, sino que tambien ilumina al entendimiento, calienta y abrasa la voluntad. San Efrén lo llama: "un fuego del cielo que purifica la tierra." Segun San Juan Crisóstomo, es una fuente de luz que brota rayos de verdad. "En efecto, dice este gran doctor, sabemos por lo que nos enseña la historia de los santos, que los mayores conocimientos y las comunicaciones mas íntimas que les ha dado nuestro Señor de sus misterios y secretos, les han venido despues de la comunión; porque teniendo dentro de sí al sol de justicia que encuentra sus almas transparentes y como de cristal á causa de su pureza, las ilumina sin obstáculo y las llena de su esplendor."

Se escapa de nuestros tabernáculos ese perfume, ese bálsamo celestial que nos vivifica, y hace caminar con un santo regocijo en el camino duro y sembrado de espinas que conduce al cielo; bálsamo celestial digo, es decir, suavidad, casto deleite, atractivo inmortal, placer celestial y sublime. De todo esto es fuente la Eucaristia, y nos lo hace probar este sacramento de los sacramentos, á medida que nos unimos mas íntimamente á Jesucristo que se oculta tras de sus especies. Al levantarse de la sagrada mesa, se experimenta, se siente la necesidad de proclamar ante todo lo que existe, que nada es mas dulce, nada mas amable que el reino del Salvador.

Entonces se dice uno á sí mismo, abismado en el gran misterio: "He subido hasta lo mas alto de mi espíritu, y he encontrado que el Verbo está infinitamente mas arriba; he bajado á lo mas profundo de mi alma para sondear curiosamente este secreto, y he reconocido que él estaba mucho mas abajo. Dirigiendo mis ojos á lo que está fuera de mí, he visto que está mucho mas allá de todo lo que me es exterior; y trayendo la vista á mi interior, lo he encontrado mas íntimo á mi corazon, que mi corazon mismo (1)."

El manantial de todos estos celestiales goces, derrama sus aguas vivas no solamente sobre los justos que recurren á él, sino tambien sobre los pecadores; siempre ingeniosa la caridad, encuentra medio de llevar las olas limpias y saludables hasta los ojos de los hombres embriagados con el vino de las pasiones; y para que los hijos del mundo quieran beber de este torrente de gracias, ruegan noche y dia las almas piadosas nutridas del pan eucarístico, pidiendo á Dios estienda su reino á los que no le conocen.

El mundo va mal; pero iria peor, si los justos no se colocasen entre él y Dios. No vacilemos en decir en el fondo de nuestro pensamiento, que la sociedad no está custodiada de todos los peligros que la amenazan, sino por la Eucaristia.

"La oracion del justo, dice un apóstol, es de un gran peso ante el Señor." La misericordia de Dios seria menor, si no se elevasen tantos votos diaria-

(1) Bossuet. De la union de Jesucristo con su Esposa.

mente al cielo; si la escala mística que Jacob vió en un sueño estuviere rota ó invertida, no dudemos que la tierra seria castigada con mas frecuencia á causa de los crímenes que la manchan. Si el Eterno dirige miradas de bondad sobre nosotros, si derrama favores sobre el mundo, todo esto lo atraen las oraciones y gemidos secretos de las gentes piadosas que van á postrarse á nuestros tabernáculos. Ellas son las que componen la parte pura de la iglesia, que no tienen mas voz para pedir que la de Jesucristo, cuyos clamores tienen fácil acceso cerca del Padre. Allí es donde gime sin cesar y nunca en vano esta paloma. A las oraciones de los verdaderos amigos, de Dios, deben los siglos, los príncipes religiosos, los pastores fieles, la paz de la Iglesia, las victorias de la fé; y esos hombres célebres por sus luces, que Dios suscita en medio de las necesidades de su Iglesia, para oponerse á los asaltos del error, á la relajacion de las costumbres, á la debilidad de la disciplina. ¿Qué mas diré! A esas gentes debe el mundo sus recursos inesperados en las calamidades públicas; de ahí viene la tranquilidad de los pueblos, la felicidad de los siglos; porque todo se hace por los escogidos. Nosotros honramos, porque solo juzgamos por los sentidos, la sabiduria de los soberanos, el poder ó habilidad de los que nos gobiernan; mas si viésemos los sucesos en sus causas, las encontraríamos en los gemidos secretos de los justos, en la oracion de una alma sencilla y oscura, que oculta á los ojos de los hombres, decide aun mas cerca de Dios de los acontecimientos públicos, que los césares y sus ministros que aparecen al frente de los negocios, y quieren tener en sus manos los destinos de los pueblos y de los imperios (2)."

No ha cambiado lo que dijo á nuestros padres el elocuente obispo de Clermont; siempre crímenes, siempre expiaciones, siempre pecadores que insultan á Dios, y siempre justos que imploran su misericordia. Y el mundo criminal, tan ingrato como ciego, tiene siempre burlas y sarcasmos contra las almas devotas, y pregunta lo que ellas hacen tanto tiempo al pie de los altares. Ellas hacen violencia al Señor; nuestras impiedades, nuestros desarreglos, nuestras blasfemias han subido hasta su trono, han encendido su cólera, han levantado su justicia; . . . ella iba á herir. . . . y si su brazo ha sido detenido, no es mas que por la oracion, los ayunos, las maceraciones y los méritos de esos justos que desde la cima de vuestro estúpido orgullo los mirais con lástima.

Jamas entro en una iglesia, cuando se han terminado los oficios, y no se ve en la casa de Dios mas que algunos cristianos que se quedan á orar en el silencio y recogimiento, sin que al punto me venga este pensamiento y me diga yo á mí mismo: "Hay sin duda entre estos fieles alguna alma muy pura, muy amante, á quien la fé, la esperanza y la caridad han acercado de tal manera á Dios, que se ha hecho su voz omnipotente para con él. Ese viejo mendigo postrado en las baldosas con las

(2) Massillon, Sermon sobre la mezcla de los buenos,

manos juntas y las miradas fijas en la cruz, en medio de su adoracion estática, quizá alcanza en este momento al perdon del malvado rico que bruscamente le ha rehusado la limosna; y esa pobre y sencilla mujer arrodillada ante la imagen santa de la madre del Salvador, acaso desvia en este instante con su ardiente súplica el inminente peligro que amenazaba á una cabeza ilustre y cara. No se diga que esagero aquí el poder de la oracion. Aquella muchacha que custodiaba carneros en las cercanías de Nanterre, y cantaba las alabanzas y misericordias del Señor hilando con su rueca, ¿cómo ha hecho con su cayado desviar el camino al terrible Atila, ejecutor de la venganza divina? Todo el poder de Genoveva estaba en su proximidad á Dios; y ¿quién la habia puesto en tan íntima relacion con el soberano Señor de todas las cosas? La oracion.

Y esa otra vírgen inspirada de lo alto, ¿dónde ha tomado su valor? En la oracion. Cuando iba á los campos y estaba allí sola dias enteros, oia *unas voces*. Los que oran oyen con frecuencia estas voces, pues se entabla como un diálogo entre la criatura que ruega y el Criador que escucha. Para con las almas creyentes y fervorosas, Dios no está siempre mudo: desde el fondo del tabernáculo responde á quien le implora:

"Y mas allá de los cielos el Dios de los cielos reside."

Tiene este pensamiento en su majestad algo de terrible para el hombre sencillo. El teme que su oracion, que su vuelo hacia el Señor se pierdan en los espacios infinitos que separan al cielo de la tierra. El no ve, como Jacob, la maravillosa escala que comunica al valle de lágrimas con la mansion de los bienaventurados. Si él ignora cómo se establece tal comunicacion, sabe el camino de la iglesia en que ha sido bautizado, donde ha hecho su primera comunión: allí es á donde corre cuando le sobreviene un trabajo ó le atormenta una inquietud; le ha enseñado su fé que encontrará un Divino Consolador en el tabernáculo, y que va á descubrir su miseria, confiar su pesar y pedir socorro al Dios de la Eucaristía.

Nuestro Señor Jesucristo no pudo para nuestra felicidad en este mundo y la eterna en el otro, instituir nada mas consolador y adorable que el santísimo sacramento del altar.

De todas las cosas celestiales, la Eucaristía es para nuestra perfeccion, lo mas santo, lo mas eficaz y que mas nos ayuda á sacudir la corrupcion del pecado, y revestirnos de la túnica de la inocencia, que debemos llevar sin mancha para ser admitidos á las bodas eternas del cordero.

Aquellos que nos han precedido en la tierra y hoy son nuestros patronos y protectores en el reino de Dios, nos enseñan que lo que hoy poseen, lo deben al culto que tributaron á la Bucaristía; despues de haber adorado sincera y piadosamente al Dios oculto bajo las especies de pan y vino, fueron admitidos á contemplar por toda la eternidad al Señor de los señores, al rey de los reyes, al Todopoderoso,

al Altísimo Jehovah, criador de los mundos, Sabaoth, el Dios de los ejércitos, en todo el brillo de su majestad, en todo el aparato de su indestructible gloria.

Decia Santa Catalina de Sena á las piadosas mujeres que vivian con ella: "cuando tengo en mi pecho el pan de los ángeles, siento dentro de mí llamas que me purifican de tal manera, que creo volver á la inocencia que tenia á los cuatro años, y entonces me encuentro abrasada de un desco tan ardiente de la salvacion de los hombres, que daría mi vida, no solo voluntaria, sino gozosamente por cada uno de ellos."

Escribia San Ignacio á los romanos: "ya no tengo gusto por el alimento corruptible; solo tengo hambre del pan de Dios; y solo sed de la sangre de Jesucristo, bebida divina que da la vida eterna."

Es la Eucaristía un manantial donde se bebe, por decirlo así, el valor y la fuerza. Ella era en los primitivos tiempos, el preludio del martirio: en el momento que se declaraba el furor del tirano, y comenzaba á levantarse la persecucion, corrían todos los fieles á proveerse de este pan de vida, llevaban el caro depósito á sus casas; y la muerte les parecia menos terrible cuando tenían á la vista la prenda preciosa de la inmortalidad.

Encierran nuestros tabernáculos un *maná oculto*, un verdadero alimento de fuertes, una prenda sensible y permanente del amor de Jesucristo. ¿De cuánto respeto, de cuánta adoracion no debemos, pues, rodearlos? En tiempos de fé empleaban nuestros padres cuanto hay mas precioso en la tierra para formar la morada del Dios del cielo; la madera mas olorosa, el mármol mas raro, la plata mas fina, el oro mas puro se ofrecian á aquel que nos lo ha dado todo; á la manera de Salomon, que levantaba un templo al verdadero Dios, pedian nuestros abuelos á la naturaleza entera lo que tenia de mas hermoso para entregarlo al Criador. ¡Oh! si se mide nuestra fé por el celo que tenemos de adornar la casa del Señor, ¿cuán débil y lánguida se encuentra! ¿Por qué echar cálculos, por qué andar mezquinos cuando se trata de levantar un altar á Jesucristo; y cómo sabemos para escusar nuestra avaricia traer á cuento el pesebre del Salvador? ¿Qué bien recordamos entonces que el divino Hijo de María es el *Dios de los pobres, y fué su gusto pasar su peregrinacion en la pobreza!* No le damos entonces los demas títulos que le pertenecen; no lo saludamos con los nombres de *Enmanuel, Hijo muy amado del Altísimo, rey de los siglos y de los cielos, Señor soberano de los tronos y de las dominaciones, de las potestades y de las virtudes, de los ángeles y de los arcángeles...* Buscamos apelativos menos magníficos, como para vernos obligados hácia él; preferimos decir el hijo adoptivo del carpintero José, al descendiente del rey David; tanto así tenemos vernos obligados á emplear algun lujo, alguna suntuosidad cuando le dedicamos un tabernáculo. Guardamos el lujo para nuestras casas, y decimos bien claro: "que en la casa de Dios solo se necesita limpieza, sencillez y decencia." Estas tres palabras aplicadas á las iglesias, han sido empleadas por la

tibieza y por una fé rebelde. La fé sincera, viva y eficaz pide mas que esto.

Si creéis sinceramente en el fondo de vuestra alma; si veis con los ojos de la fé á nuestro Señor Jesucristo en el sacramento del altar, como veis con los del cuerpo al sol que os calienta y alumbrá; si teneis tal conviccion de esta realidad que seais capaces de sellarla con vuestra sangre; si amais al Dios que cual consolador y humano ha venido á habitar cerca de vos, no seréis tan frio ni tan mezquino para con él. El amor da mas; la fé calcula menos.

Si es sabiduría obrar así con Dios que con tal liberalidad nos da todo, me alegro que nuestros padres hayan sido tan poco sabios, porque su locura, *la locura de la Cruz*, les ha hecho dotar al mundo cristiano de maravillas que la sabiduría de hoy no sabe emprender. Vamos, pues, á postrarnos bajo las bóvedas santas que han levantado y consagrado al Rey del cielo y de la tierra, al monarca de los ángeles y de los hombres, y á la Virgen consoladora de los afligidos y refugio de los pecadores; arrodilémonos sobre las losas que cubren los huesos de nuestros padres, y levántese nuestra oracion ante los tabernáculos de donde les vinieron durante su peregrinacion socorros y consuelos. Es el mismo Dios el que allí reside, y jamas se agotan los tesoros de su misericordia.

El hombre oprimido por las pasiones no respirará sin la oracion. Venga, pues, con frecuencia á la fuente de las aguas vivas; allí encontrará su alma refrigerio y consuelo; y abriendo su corazon al que lo ha formado, alcanzará del divino consolador, las gracias y el socorro que necesita para vencer sus malas inclinaciones.

Para traer á la religion á los que han despreciado muchos años sus prácticas y deberes, han establecido los pastores de las almas, medios piadosos á que recurran de cuando en cuando; *las misiones, los retiros, los ayunos, las penitencias, las plegarias públicas, las peregrinaciones y los jubileos*. Es verdad que todas estas cosas santas, obran conversiones sinceras y brillantes; pero es preciso persuadirse que nada ayuda mas á mantenernos en el camino de la perfeccion que las visitas al Santísimo Sacramento. Así es que en los paises de fé, cuando recorren las ciudades y las campiñas, no se puede entrar en iglesia alguna en que no se encuentren almas piadosas entregadas al reposo de la oracion. En muchas parroquias se establece una adoracion perpetua, y son mas benditas que las otras; allí el rocío cae mejor, los lucros son mas fértiles, mejor pagados los sudores del aldeano, mas feliz la familia, la paz menos turbada, la juventud mas dócil, la infancia mas pura, y el párroco mejor recompensado por su vigilancia y celo.

Cuando se reflexiona esto, no puede ser de otra manera; porque cuando el hombre aspira á Dios, Dios lo inspira; y á quien el Espíritu Santo ilumina, lleva buen camino; los perversos se hacen menos malos acercándose á los justos; ¿qué será cuando vengan á refugiarse cerca del mismo Dios, y orar en medio de la deliciosa paz que reina en los

santos tabernáculos? Las velas, los relicarios, los vasos de oro y plata que sirven á los misterios sagrados y pertenecen á los altares, se impregnan del incienso que allí se quema. Lo mismo sucede á nuestras almas; toman olor de santidad en el Santo de los Santos.

¡Oh! ¿Cuánto inspira el santuario á la piedad? No se *familiariza* el sacerdote que lo sirve con el Dios que allí reina, pues faltaria al respeto y adoracion debidos. Cuando allí no brillan el oro y la plata, cuando la magnificencia se ausenta, cuando no ha venido el arte á embellecerlo con sus maravillas, deben entonces el órden, el cuidado y la limpieza, levantando la fé, reemplazar la pompa y el brillo. Si el presbítero es pobre, tendrá al menos flores en su jardín, que se recojan y coloquen en ramos sobre el altar del Dios que las ha hecho nacer y brillar. El mantel de lino fino, (obra de las tejedoras de la parroquia) sea limpio y sin mancha, como el vellon del cordero. Allí debe tenderse al Dios de toda pureza como víctima de propiciacion; no encuentra allí jamas el ojo la menor mancha; sea la luz de las velas viva y clara como la fé que no está dormida; la lámpara colgada ante el Dios de la luz brille por la limpieza, y su llama, que como nuestro amor nunca debe apagarse, resplandezca noche y dia como la estrella del santuario, como la estrella que muestra dónde está Dios.

¡Oh! ¿Cuántas veces me he puesto á envidiaros esa pequeña flama que una mano pura debe alimentar cada dia con aceite claro y limpio; flama que los vientos desencadenados del mundo no agitan; flama que arde ante Dios y se estingue en su presencia, sin dejar tras de sí una señal del lugar en que ha brillado! Entre las suaves delicias de un santuario, es menester colocar el silencio en que descansa al mismo tiempo el oído y el espíritu, y que con su calma deja paso libre al vuelo religioso. En la completa ausencia de todo ruido exterior, el alma está en toda su libertad; y sin el peso de las distracciones mundanas, se siente con alas para subir hasta Dios.

Hijo de la nueva tribu de Levi, vos que habeis jurado vuestra fé á la iglesia como á una esposa, alejad de su santuario todo lo que hay de ruidoso; los jóvenes que presentan al altar el vino del sacrificio y el incienso que debe zahumar la iglesia durante las ceremonias sagradas, no deben tener allí nada de la disipacion ó inquietud de su edad; su traje sea limpio y decente, y su postura tranquila y respetuosa. Cuando columpian ante el altar la urna flotante de los perfumes, cuidad que el incensario no esté vacío ni frio, como un corazon sin amor; brille el fuego para recibir y quemar el incienso que allí echais, para que en humo y buen olor, suban nuestras oraciones hasta el Dios del tabernáculo (1).

(1) Hoy en la mayor parte de los santuarios de Paris se economiza mucho el incienso; casi ya no humea. Los turnoforarios ya no agitan ante el altar mas que incensarios sin fuego y sin perfume. Los jóvenes coristas muestran en sus evoluciones, en sus genuflectiones y en el movimiento de sus urnas flotantes armonía y habilidad; pero entre todo esto no se ve la mas pequeña nube de humo, no se eleva el mas ligero perfume, ni se encuentra aquel olor del

Las pasiones se han apoderado de las bellas artes. Es menester traerlas á su verdadero origen. Las estatuas de los ángeles y santos colocadas bajo las bóvedas sembradas de estrellas, y cerca del altar, sean tales que no produzcan sino buenos pensamientos. Allí están para inclinar nuestro espíritu á las cosas santas: haced de manera que no produzcan un efecto contrario.

Si, es menester repetirlo hoy; los hombres que tienen encargo de velar sobre la construcción y administración de las iglesias, deben penetrarse mas y mas, del verdadero espíritu católico. Fuera de esta, no hay iglesia según el corazón de Dios; algo de extraño pasa en este tiempo en el mundo; menester es aprovecharlo. Al fin del siglo diez y ocho el filosofismo frunció las espaldas al ver poner la primera piedra de una iglesia. En su odio y orgullo, repetía: *¿para qué sirve construir un templo cristiano? Acabó la época del cristianismo, y ha comenzado la de la razón.* También se decía en aquellos días: *¿para qué es elevar iglesias á Dios? ¿No es el universo el mas hermoso de los templos? Bajo la bóveda del firmamento, y no bajo una bóveda de piedras, se le debe adorar; no en un estrecho recinto, sino frente á frente de lo infinito, debe el hombre prosternarse á Dios.*

En nuestra época se piensa y se habla mejor; la experiencia es un gran maestro. Hace medio siglo que mirando la Francia y la Europa lo que valen las obras de los volterianos y racionalistas, miran con desprecio sus mas bellos sistemas. Los reyes y los pueblos han probado cuánta amargura, decepción y desgracias se encuentran bajo sus bellas máximas y palabras sonoras; ha llorado tanto el mundo, y tanto se ha desangrado, que ha vuelto á la fé, y hoy por todas partes se erigen, se agrandan, se restauran, se construyen iglesias.

Lo que importaba á los primeros cristianos era tener al Señor Jesus en medio de ellos, hacerlo residir como un divino huésped y protector poderoso en su familia y bajo su techo. San Clemente de Alejandría y Tertuliano, nos dicen que en las asambleas de los fieles, terminado el sacrificio, era permitido llevarse á su casa un fragmento del pan eucarístico.

Encontramos ejemplos de esta costumbre en las actas de Santa Indis, de Santa Dona, en Surio, y en las actas de Santa Eudoxia; llevaban los anacoretas y ermitaños á su soledad la Eucaristía bajo la especie de pan para nutrirse á medida que pasaba el tiempo, guardándola respetuosamente en relicarios de madera.

Al acercarse la persecución, dice el autor de la historia de los Sacramentos (1), era cuando se hacía provisión del alimento sagrado, pues prefiriendo los enemigos del cristianismo á los pastores á quienes pertenecía consagrar, temían con razón los

paraíso que era antiguamente perenne en nuestras iglesias. Los ornamentos de los sacerdotes, las albas, las casullas, las dalmáticas, las capas, son mas bellas y ricas que lo eran hace medio siglo; pero los perfumes benditos que Dios ama y ordena, son demasíadamente economizados.

(1) Padre Chardon, pág. 156.

fieles ser privados del celestial alimento, y le llevaban con este temor á sus casas, para fortificarse recibiendo diariamente y así preparándose al combate.

“Otra razón de esta costumbre era que había muchas ciudades en que solo se celebraba una misa, á la cual, no pudiendo asistir todos los cristianos, había precisión de llevar la Eucaristía á los ausentes.”

Un joven acólito, cuya feliz muerte he leído en el Martirologio, y cuyo nombre, inscrito en los anales del cielo, ha ocurrido hoy á mi memoria, tenía el encargo de su pastor de llevar en medio de una cruel persecución, el pan que da la vida eterna á un santo anacoreta agonizante. Lleno de celo y de valor se pone en camino ocultando en su pecho al Dios sacramentado.

Lo encuentran en el camino unos paganos, lo detienen y piden todo lo que traiga consigo.

—“Nada tengo que entregaros, responde el adolescente.

—“Tú traes lo que llamas tu Dios, gritan los idólatras blandiendo los palos sobre su cabeza.

—“Nada tengo que entregaros, repite el cristiano; y desprendiéndose de uno de ellos, quiere huir. Pero en este instante recibe multitud de golpes, que lo dejan en el suelo ensangrentado y moribundo. . . Invoca entonces al Señor Jesus y á su ángel custodio.

Se le aparece el ángel custodio, é inclinándose hacia él entreabre la túnica del viajero, toma el pan consagrado, y dice al piadoso acólito: “Rompe este pan en dos partes; come esta, y voy á llevar la otra al ermitaño á quien te dirigias. Mañana, ambos fortificados con el celestial alimento, os encontrareis en el reino de Dios; él con sus virtudes y el mérito de sus largas austeridades, y tú con tu valor, tu fé y tu inocencia.”

Refiere San Cipriano un hecho que prueba que existía en su tiempo el uso de conservar en las casas la sagrada Eucaristía, y demuestra cuán peligroso es acercarse indignamente á este terrible misterio.

“Una mujer, dice, queriendo por curiosidad ó algun otro motivo, abrir el relicario en que se hallaba el Santo del Señor (*Sanctum Domini*), y habiendo estendido sus manos profanas para tomarlo, fué rechazada violentamente por un brazo invisible, y vió, con gran terror, salir llamas, con un ruido semejante al de la tempestad. La desgraciada, que después de haber pecado no había vuelto á la gracia de Dios, se salvó por un sacrilegio.”

No solamente se guardaba la sagrada Eucaristía en las casas, sino que se llevaba consigo en los viajes. Era tan grande la confianza de los cristianos en el sacramento de los sacramentos, que no querían separarse de él. Los hijos no están contentos sino cuando su padre está entre ellos. Los niños lloran cuando no ven á la madre.

Tenían los obispos de los primeros siglos en señal de fraternidad y union, la costumbre de enviarse unos á otros el pan eucarístico, y no solamente de lugares cercanos, sino entre países muy remo-

tos. Se ve en una carta de San Irineo al papa Victor, que amenazaba escornular á los obispos de Asia que no se conformasen con los usos de su iglesia en la celebración de la Pascua, sino que, sobre este punto de disciplina, seguían lo que decían haber oído del mismo apóstol San Juan, principal fundador de las iglesias de Asia, donde murió mucho tiempo después de los otros apóstoles. Queriendo San Irineo en esta carta inspirar al papa Victor sentimientos mas pacíficos, le representa humildemente, que al separarse así de la comunión de los asiáticos, se desviaba del ejemplo de sus predecesores que habían sabido conservar armonía entre las dos iglesias de Dios, no obstante la diferencia de disciplina que deseaban traer á la uniformidad. Agrega: “para probar la union de los corazones y de los espíritus que reinaban entre ellos y los obispos de Asia, les enviaban la eucaristía, verdadero simbolo de union, el mas perfecto que pueden emplear los cristianos para hacer ver que son hermanos.” (1)

“Este envío no podía hacerse entonces sin grandes inconvenientes, sobre todo, en tiempo de persecución; aun cuando la Iglesia estuviese en paz, siempre este divino sacramento estaba espuesto á accidentes tempestuosos y graves irreverencias. Por esta razón el concilio de Laodiceo prohibía este uso á principios del siglo cuarto.”

Pero como había un gran pensamiento de union en esta costumbre, siempre algo quedó de ella. En vez del pan sagrado de la Eucaristía, se enviaban reciprocamente los ministros del altar en las grandes fiestas del año, pan comun que llamaban *eulogias*, por razón de la bendición que se unía á la oración.

San Gregorio Nacianceno habla de los panes blancos señalados con una cruz que tenía costumbre de bendecir. San Paulino envió á San Agustín uno de estos panes, y otro á San Alipo, obispo de Tagasta, escribiéndoles: *recibidos en espíritu de caridad, y haced de ellos eulogias.*

Aun hoy en nuestra ciudad, y sobre todo en los campos, cuando algun miembro de la familia no puede venir por causa de enfermedad á la misa mayor parroquial, sus parientes le traen el pan bendito, marcado en su corteza con la señal dorada de la cruz.

Al escribir esto, tengo esperanzas de que haya muchos cristianos que gusten, como yo, de hallarse ligados los usos de nuestros días á las costumbres de los tiempos antiguos. Ayer, al recibir mi pedazo de pan bendito en la pequeña iglesia de Chaumont-sur-Loire, pensaba en San Gregorio Nacianceno, y al través de los siglos lo veía haciendo la señal de la cruz sobre el pan que bendecía. El *Credo* que se cantaba y yo cantaba también, había sido cantado por él. . . ¡Oh! cuán bueno, cuán dulce es rogar uno con la oración de sus padres! ¡Cuánto compadezco á los hermanos que se hallan separados de nosotros, y no tienen nuestro antiguo simbolo!

(1) Hist. de los sacramentos. vol. XI. pág. 215.

El hombre que vive bajo el techo en que ha nacido, y que nada llama la atención fuera del campo paternal, no puede decir con certeza, al ver levantarse el sol sobre su heredad: “Aquí mismo lo veré ocultarse.” El viajero que atraviesa tierras y mares desconocidos, tiene aun mas incertidumbre de ver acabar el día que ha comenzado; por eso nuestros padres, preocupados de los peligros que surgen en la senda del hombre á quien el deseo de la ciencia ó de la fortuna alejan de su país natal, querían que el cuerpo del Señor les acompañase en sus viajes; con su fé viva, con su piedad ardiente, era para ellos un salvaguardia omnipotente contra los peligros de cuerpo y alma á que se espone diariamente el que se aleja de todos los suyos en una tierra extraña.

Refiere San Ambrosio, en uno de sus escritos, que su hermano Sátin, que no era mas que catecúmeno, hallándose en el mar en una tormenta horrible, mirando á todos los cristianos á bordo recibir la sagrada Eucaristía, suplicó á uno de ellos le diese una parte del sagrado cuerpo de Jesus, no para comulgar como ellos, pues no había recibido el bautismo, sino para llevarla sobre sí, como una salvaguardia contra el furor de las olas. Pedía con tantas lágrimas, insistía con tanta fé, que sus ruegos fueron escuchados: y se le dió un fragmento del pan consagrado: lo hizo atar en un lienzo (2), sobre su pecho, y lleno de confianza en el Dios que calma las tempestades, se lanzó al mar buscando solamente alguna tabla ú otro objeto fuera del buque que flotase sobre las aguas para afianzarse de él; tan seguro estaba del socorro divino por la prenda que llevaba consigo. . . Su esperanza no fué engañada.

San Gregorio el Grande refiere un hecho semejante en el libro tercero de sus diálogos. San Birin, obispo de Dorcestre, á quien envió Honorio á la Gran Bretaña, recibió de este papa la palia sobre que consagraba el cuerpo de Jesucristo, en que lo envolvía y llevaba colgado de su cuello. Se observaba principalmente esta costumbre en las islas británicas. La introdujo San Bonifacio en Alemania; ordenó en sus estatutos que jamás viajasen los monjes sin la Eucaristía, y que siempre llevasen los sacerdotes consigo en campaña el oleo de enfermos, el santo crisma y el sacramento del cuerpo de Jesus.

Establecieron el mismo uso en Francia, los discípulos de San Columbano. Tenía costumbre de conservar en un vaso llamado *crismal* una parte de la hostia á que daban el nombre de *sacrificio*, y la llevaban consigo en todas sus peregrinaciones.

Habiendo ofrecido Adalberto de Praga el divino sacrificio, mandó reunir todo lo que quedaba, y envuelto en un lienzo muy blanco, lo guardó para servir de *viático*, es decir, para llevarlo en los viajes que emprendía para la conversión de los paganos.

Este santo apóstol de la Hungría, Polonia y Prusia, sufrió el martirio en el siglo décimo. Así, pues,

(2) [Un pañuelo] *linteum absurgendes faciei destinatum.*

en este tiempo se recordaba la Eucaristía como *pan del viajero*. De aquí ha venido el nombre de *viático*.

Santo Tomás de Cantorbery, al ir á encontrar al rey Enrique segundo para defender los derechos de la santa Iglesia católica, llevaba secretamente consigo el cuerpo del Señor. Para no acobardarse ante el monarca ambicioso, quiso ir acompañado del Dios de los mártires.

Cuando se ponía en camino el rey Roberto, de piadosa memoria, hacia preparar ante todo un carro en que fuese la suntuosa tienda del divino misterio, y cada vez que se paraba en alguna parte, la hacia bajar y depositar el cuerpo sagrado de nuestro Señor. *Deponebantur ibi sancta*. "Con el objeto, dice Helgaud, monge de Fleury, que la tierra, que pertenece al Dios que la ha criado, y á todo lo que le adorna, tribute al Señor homenaje y adoración.

Luis IX, volviendo de su primera cruzada, trajo á Francia la sagrada Eucaristía que el nuncio del Papa le habia permitido llevar mas allá de los mares. He aquí lo que yo he escrito en la *Historia de San Luis y de su siglo*.

"El navío en que iba el monarca, tenia á bordo ochocientas personas, entre otras muchos sarracenos bautizados. El fraile Hamond, caballero del Templo, mandaba el equipaje. La reina y sus hijos ocupaban el castillo de popa, donde estaba la capilla en que el legado habia permitido esponer la sagrada Eucaristía; unas religiosas tenían sus cámaras bajo la de la reina, y desde allí muchas veces al día y á la noche elevaban sus cánticos y fervorosas plegarias por Francia á la que regresaban, y por Palestina de que se alejaban con tristeza del corazón."

Parece que de entonces data el privilegio del Papa de llevar ó permitir la Eucaristía en un viaje. Según el cardenal Bonald, á principios del siglo diez y ocho, cuando emprendía el Santo Padre un viaje fuera de Roma, se acostumbraba llevar el Santísimo Sacramento escoltado magníficamente.

En el libro de las ceremonias romanas se lee que el *Cuerpo del Señor* está respetuosamente encerrado en una caja de cedro forrada de láminas de oro y llevada por un prelado montado en un caballo blanco ricamente enjaezado.

En los tiempos de que acabo de citar algunos usos que atestiguan una fé viva y práctica, los caminos que seguía el viajero, las campiñas, los desiertos, los bosques que tenia que atravesar, estaban muy distante de ofrecerle los recursos que hoy por todas partes se encuentran. En nuestros días el católico que se aleja de la parroquia nativa, hallará por todas partes hoteles espirituales siempre abiertos, quiero decir, la casa de Dios, la casa de oración. Así que ya no es necesario llevar consigo la divina Eucaristía. Está, para consuelo de los fieles, en todos los tabernáculos, á fin de que pobres y ricos, felices y desgraciados puedan venir á adorarla.

Recordemos á nuestros padres, seamos creyentes

como ellos; muchas veces se les veía salir de su país, abandonar su fortuna, separarse de la madre, mujer é hijos, para ir á visitar y venerar la tierra señalada con tantos milagros, y regada con la sangre del Redentor. El cristiano fervoroso deseaba entonces conocer cada lugar que se habia hecho célebre por sus milagros, por sus beneficios referidos en los santos Evangelios.

Entre todos los valientes guerreros que llevaban la cruz sobre el pecho, y habian hecho voto de rescatar el santo sepulcro, casi todos conservaban el recuerdo de sus pasados extravíos, y querian que su fé y valor les alcanzasen el perdón.

Aquel que en su país natal se habia fugado en su tierna edad de la casa paterna, al llegar á la Judea se apresuraba á visitar la casa de que se huyó el hijo pródigo para ir á disipar su patrimonio; deseaba ver el suelo en que el padre habia estrechado á su hijo arrepentido contra su pecho, rebotando de alegría, y la sala del banquete en que se comió la robusta ternera.

Otro preguntaba cuál era el campo en que Jesus habia propuesto la parábola del buen pastor y de la oveja descarriada.

Este deseaba besar el suelo en que habia escrito el Dios de la misericordia el perdón de la mujer adúltera.

Aquel corría á sentarse en la montaña en que el Hijo del hombre habia dicho: *Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados*.

Todos querian ver las sendas por donde habia caminado, *haciendo bien*, curando á los cojos, dando oído á los sordos, palabra á los mudos, vista á los ciegos, y vida á los muertos.

Todos corrían á prosternarse en el establo de Betlehem, en la casa de Nazaret, en el monte de los Olivos y en las rudas asperezas del Calvario. Al visitar nuestros padres todos estos lugares, (1) se sentían dominados de un santo regocijo; derramaban sobre esta dichosa tierra lágrimas de ternura y religión. Les recordaban este espectáculo y estas imágenes, el tiempo, las acciones y misterios de Jesucristo, encendían su ardor y consolidaban su fé. Allí encontraban los pescadores una dulce confianza, los débiles nueva fuerza, y nuevos deseos los justos.

Para encontrar todos estos recuerdos, todas estas emociones, toda esa confianza y esos deseos, no necesitamos ir tan lejos, no atravesar los mares, no dejar nuestras familias ni el suelo natal. . . . La salud está muy cerca. . . . Corramos á nuestros sagrados tabernáculos; abramos los ojos de la fé; miremos bien nuestros altares, que allí veremos á Jesucristo tal como lo vieron sus discípulos y apóstoles recorrer la Judea, enseñando en los campos, predicando en la montaña, apaciguando la tempestad sobre las aguas, y revelando su misericordiosa bondad en todas las acciones, en todos los milagros de su vida.

Hemos dicho antes que puede ser definida la sagrada Eucaristía: *el sacramento del cuerpo y de la sangre de Nuestro Señor Jesucristo, bajo las especies*

(1) Massillon, pequeña eucaristía.

de pan y vino, instituidos por el Divino Salvador para ser alimento espiritual de nuestras almas.

Segun esta definición, hemos tratado de referir los consuelos, los beneficios, las celestiales esperanzas que emanan de la Eucaristía, sobre los que lo adoran con pureza, fé y amor. Hemos tratado de mostrar que la fuente de toda perfeccion, demuestra que la garantía de nuestra felicidad eterna en la otra, se halla en nuestros tabernáculos.

Recordamos ahora, sobre este divino asunto, algunos antiguos usos de la primitiva Iglesia.

En los primeros siglos traían los mismos fieles su ofrenda ú oblation; la depositaban invocando el nombre del Señor, sobre la mesa ó altar en que iban á ser consagrados el pan y el vino. Los apóstoles prohibieron colocar allí cosa alguna estraña á la celebración del sacrificio, escepto sin embargo, las espigas de la nueva cosecha, los racimos, primicias de la viña, el aceite de las lámparas, y el incienso para los perfumes.

El tercer concilio de Cartago separó estas cosas de la oblation de los fieles, (1) mandando que en la celebracion de los misterios solo se ofreciese pan y vino mezclado con agua. En lo sucesivo se determinó que lo destinado á los clérigos, á los pobres y á las viudas, se ofreciera aparte antes de la misa, ó al menos antes de la lectura del Evangelio, y lo que habia de ser materia del sacrificio, en la ceremonia que ha conservado el nombre de *Ofertorio* ú *Oblacion*. "Se ha querido, dice el docto historiador de los sacramentos, sin duda, por este medio, desterrar los abusos que se habian introducido y cortar de raíz la vanagloria de aquellos que para atraerse los aplausos de la multitud, hacían donaciones extraordinarias al altar para tener la satisfacción de oír recitar sus nombres por los ministros sagrados juntamente con la lista de dones que ofrecían."

San Gerónimo (2) esclamaba con este objeto: "vemos á cristianos que nada tienen de la humildad de su divino Maestro, y vienen á oprimir á los pobres hasta las gradas del altar, ofreciendo á Dios y á los desgraciados con ostentacion el producto de sus rapiñas y usuras."

He aquí cómo se hacían esas oblationes. Se verificaban mientras el coro cantaba los versículos del Ofertorio. Primero venían los hombres, despues las mujeres, llevando todos sus ofrendas de pan y vino sobre un mantel blanco. El obispo recibía los dones, que se colocaban por el subdiácono sobre un mantel tenido por dos acólitos. El arcediano derramaba el vino ofrecido en un gran cáliz, que cuando estaba lleno se colocaba en el altar.

El obispo entonces se sentaba en su gran silla, se lavaba las manos, volvía al altar, se inclinaba, lo besaba, recitaba una oracion, y recibía solamente en pan, la oblation de los sacerdotes y diáconos que pueden acercarse al altar.

Tal era la manera con que se hacia en otro tiempo la oblation. En seguida el arcediano, segun el

orden romano, ponía sobre la sagrada mesa, tantos dones ofrecidos, *Oblata*, cuantos se necesitaban para la comunión del pueblo, ó bien los presentaba al obispo, que los colocaba allí, y echaba al traves de una coladera el vino en el cáliz que debia servir para la consagracion.

Un subdiácono recibía del primer chantre la vinagera del agua, *fontem*, y la traía al arcediano que la derramaba en forma de cruz en el cáliz, colocando este sobre el altar, ante el pontífice á la derecha del altar cerca de las oblationes. (3)

Los cristianos que sucedieron á los apóstoles, recibían la Eucaristía despues de la *agapa*, hecha en comun en nombre de Jesus; banquete de caridad y union, á que contribuían principalmente los ricos, y eran invitados los pobres. En la última pascua, no consagró el Hijo de Dios el pan y vino, sino hasta el fin de la cena Pascual; y los apóstoles no recibieron el cuerpo y sangre del Salvador, sino despues de haber comido su parte de cordero inmolado. Siguieron este ejemplo los primeros cristianos, y solo comulgaban despues de la *agapa* durante el canto de los salmos.

Tertuliano describe de esta manera aquellos banquetes de la tierra, dignos de los habitantes bienaventurados del cielo. "Ahí se viene, dice, con el amor de Dios y del prójimo en el corazón; se sienta uno con modestia, y despues de agradecer al Señor los bienes que nos da, solo se come lo necesario para satisfacer el hambre, y se bebe lo que corresponda á cristianos que aman y quieren guardar la castidad. Se sacia uno allí de tal suerte, que se acuerde deber adorarse á Dios durante la noche; y se ocupa uno de conversaciones de que se sabe Dios es testigo. . . . Allí se invita á cantar en alabanza del Señor, algún cántico tomado de la sagrada Escritura. La oracion termina el festin; de allí se retira uno, no para ir á cometer asesinatos, ó entregarse á la prostitucion, sino para dedicarse á vivir en la modestia y con pudor, de suerte que parece que mas bien se ha venido á aprender á vivir que á saciarse." (4)

Los israelitas comían parados en la pascua; tambien comulgaban parados los primeros cristianos. He aquí el antiguo ceremonial.

Llegado el momento solemne de la comunión, colocado un diácono sobre una plataforma ó púlpito, pronunciaba en alta voz estas notables palabras:

SANCTA SANCTIS. ®

Las cosas santas para los santos. Esto era dar á entender á los concurrentes que no debían acercarse á los tremendos misterios los que no se hallasen puros.

(1) Padre Chardon, hist. de los Sacramentos, vol. II.

(2) Exequiel cap. VIII.

(3) Padre Chardon hist. de los Sacramentos,

(4) Tert. Apol. c. XXXIX.

Comulgaba el mismo celebrante, en seguida los obispos presentes y los clérigos que ayudasen al santo sacrificio; después los diáconos, los subdiáconos los clérigos, los monjes, las diaconisas, las vírgenes consagradas, y al fin el pueblo, hombres primero, y después mujeres.

Al llegar el padre Chardon en su historia de los sacramentos á la descripción del ceremonial de la comunión, en el artículo de la postura en que se recibía el cuerpo y la sangre del Señor, se expresa de esta manera: "no hay duda que antiguamente se comulgaba parado, no solo los ministros de la Iglesia, sino los simples fieles, lo que hacían bajando respetuosamente la cabeza, y teniendo los ojos cerrados con suma modestia, para atestiguar así los sentimientos de adoración con que recibían el alimento divino, *que nadie*, como dice San Agustín, *debe recibir sin haberlo adorado*."

Para todos los que han hecho un estudio de la antigüedad eclesiástica, es un hecho tan reconocido que los primeros cristianos recibían en sus manos el pan eucarístico, que parece inútil buscar pruebas para probar este uso; sin embargo, vamos á citar algunos pasajes de los santos padres.

Tertuliano hace alusión á esta práctica cuando echa en cara á algunos cristianos el que fabriquen ídolos ó falsos Dioses, y se atreven después de esta conducta indigna á venir á estender la mano para recibir el cuerpo de Jesucristo.

San Cipriano hace la misma alusión cuando escribía á los fieles para alentarlos á no desfallecer durante la persecución que amenazaba. Dice: *pongámonos en la mano LA ESPADA espiritual*, á fin de que rechacen con horror y valor los golpes que se les dan para sacrificar á los ídolos. *Arme-mus dextram gladio spirituali*. Refiere el mismo padre que un hombre manchado por el sacrificio de los falsos dioses, se atrevió á recibir entre la multitud lo que el sacerdote cristiano acaba de consagrar, y queriendo con sus manos impuras tocar el cuerpo del Señor, no se encontró mas que ceniza.

Tratando de esta misma costumbre San Ambrosio, para escitar al emperador Teodosio á hacer penitencia por los asesinatos de Tessalónica, le decía: *"cómo estendereis esas manos que están chorreando la sangre que habeis derramado INJUSTAMENTE! cómo con tales manos recibireis el cuerpo del Señor!"* (1)

San Cirilo de Jerusalén, en la instrucción que daba á los nuevos cristianos, les dirigía estas palabras: "cuando os acercáis á comulgar, no debeis venir con las manos estendidas ni los dedos abiertos, sino con la mano izquierda sosteniendo á la derecha que va á recibir un rey tan grande. Recibid el cuerpo de Jesucristo en la palma de la mano diciendo *amen*, para responder al sacerdote que os lo da como prenda de la vida eterna.... Si os diesen oro, ¿qué cuidado no tendríais para guardarlo y no perderlo? ¿qué precaución no debeis tener para que no se caiga la mas pequeña

parte de un don mas precioso que el oro y los diamantes!" (2)

Habiendo reconocido la sabiduría de la Iglesia algunos abusos é inconvenientes sobre la costumbre de poner las fracciones del pan eucarístico en manos de los fieles, cambió este uso. El cambio se hizo en Francia bajo el reinado de Luis el Benigno. Ordenó el concilio de Roven este cambio de disciplina; previene á los sacerdotes que no pongan la especie de pan en manos de los cristianos que vienen á comulgar, sino que se las lleven á la boca, sean hombres ó mujeres: *Nulli laico aut femine, eucharistiam in manibus ponat, sed tantum in ore ejus*.

En cuanto á la sangre del divino Salvador, desde los principios del cristianismo se ofrecía en el mismo cáliz en que había sido consagrado el vino. Lo dice formalmente San Cipriano cuando habla de aquella niña á quien su nodriza había hecho comer una cosa ofrecida á los ídolos. El sacerdote acercaba el cáliz á los labios de la criatura, y esta lo rechazaba y no se abrían sus labios. Hasta después de escorcizada pudo recibir como los demas niños la celestial bebida. El vino inmundo de los ídolos había rechazado la sangre del verdadero Dios.

"Esta manera de dar la comunión con la sangre preciosa, estaba en uso en Francia en tiempo de San Gregorio de Tours, es decir, á fines del siglo sexto, segun lo manifiesta la reprimenda que hace á los arrianos, cuando dice que tenían costumbre de comulgar *los reyes con un cáliz y el pueblo con otro. Ut ad alterum bibentes, de alio calice reges communicent, de alio populus minor*. El uso de tomar la comunión de la sangre preciosa con un tubo cuyos extremos se introducían uno en el cáliz y otro en la boca del que comulgaba, se introdujo por entonces en Roma. El cardenal Bona refiere el modo con que esto se hacia en la misa solemne segun la antigua orden romana, que es conforme en esto á lo que se prescribe en el ceremonial del papa. Creo que el lector verá con placer lo que él dice: "Habiendo tomado el papa el cuerpo de Jesucristo, el obispo asistente le presenta un tubo de oro con que toma una parte de la sangre, dejando el resto para el diácono y subdiácono. El pueblo comulgaba tambien de esta manera después de los ministros del altar, segun está prescrito en algunas ordenes romanas (3)." Agrega el mismo autor: "Esta precaución de servirse de un tubo para tomar la especie de vino, había sido sugerida para evitar los inconvenientes é impedir que se derramase la sangre preciosa. Después, para obviar mas á los inconvenientes, se observó en muchos lugares dar en una sola vez las dos especies, lo que se hacia poniendo en la boca del que comulgaba un pedazo de pan consagrado mojado en la sangre preciosa. Burchard cita, para probar esta costumbre, á un concilio de Tours, que lo dice formalmente: *Sacra oblatio intincta esse debet in*

(2) Hom. XXI ad pop. Antioch. Catech. mist.
(3) Historia de los Sacramentos del padre Chardon.

(1) Apud. Teodoret. I Hist. Eccl. cap. XIII.

sanguine Christi, ut veraciter presbyter possit dicere infirmo: corpus et sanguis Domini propiciat tibi.

En los tiempos de fé, cuando una inmensa turba se dirigía á la sagrada mesa, el temor de deramar por el suelo ó sobre los trajes de los fieles algunas gotas del vino consagrado, debía preocupar á los ministros de la Iglesia. Así es que á menudo se habla de este peligro en los libros de los escritores religiosos de aquellos dias de piedad; entre otros, en un poema de Rodulfo, abad de San Tron, del que el cardenal Bona ha insertado algunos versos en su libro de la liturgia. Allí se ve que este abad, asustado de las irreverencias que á veces se cometían en las grandes solemnidades, aconseja escluir de la copa á los fieles, por causa del peligro de efusion: *Propter periculum et scandalum evitandum*.

Acordándose siempre la Iglesia del amor que tenia su Divino Esposo á los párvulos, ha tenido siempre una gran predilección para estos ángeles de la tierra. En muchos lugares se acostumbraba, después de la ceremonia de los fieles, repartir los sagrados restos de la santa Eucaristía, á los tiernos niños inocentes. Con motivo de esta práctica permitió Dios un milagro tan brillante, que lo refiere San Gregorio de Tours en su libro sobre la gloria de los mártires. Este prodigio, atestigüado y referido por Evagrio y Niceforo, sucedió bajo el reinado del emperador Justiniano y del patriarca Mennas.

Entre los judíos mas enemigos de los cristianos, se hallaba en Constantinopla un maestro vidriero. Este hombre, por la inteligencia y habilidad que tenia en su trabajo, se había formado una reputación, y ya no se confundía entre la turba de artesanos. Casado con una judía como él, había tenido un hijo. Este hijo, que estaba en la tierna edad, siendo poco vigilado por la madre, habiéndose juntado un dia á varios camaradas de juegos infantiles, entró á una iglesia. Cuando vió las velas, los ramilletes, los vasos sagrados del altar, los adornos de los sacerdotes; cuando oyó el canto armonioso de los signos y cánticos, se estasió y permaneció en la casa de oración durante el santo sacrificio; y cuando el diácono llamó después de la comunión de los fieles á los *tiernos inocentes* á venir á consumir las migajas del banquete celestial, el hijo del judío se acercó al santuario juntamente con los párvulos cristianos.

Lo que él había visto, lo que había oído en el templo del Hijo de Dios, le pareció tan maravilloso, tan superior á todo lo que él había visto y oído hasta aquel dia, que de regreso á casa de sus padres les refirió todo.... todo, hasta de su participación de los sagrados misterios.

—¿Qué! exclamó el enemigo de Cristo....; tú has comido el pan y bebido el vino de los cristianos!

—Sí, respondió el niño: un anciano nos ha dado á mí y á otros niños pan mojado en vino, mientras cantaban unos sacerdotes los salmos.

—¡Ah! ¡desgraciado muchacho! exclamó el judío entrando en un violento acceso de cólera, ¡ah! ¡des-

graciado! tú has comido la carne y bebido la sangre del Nazareno; tú has tomado parte en el banquete de los que nos humillan, nos persiguen y nos maldicen, ¡pues bien! tú morirás. Diciendo estas palabras, furioso y fuera de sí, cogió á su hijo y lo arrojó al horno que acababa de encender. Era tan grande el odio del vidriero judío, que los furibundos gritos del hijo no pudieron enternecer su corazón; ni su cólera hubiera parado, si la madre de la tierna víctima, ignorante de todo, no hubiera llegado al taller.

Una madre no puede estar mucho tiempo sin averiguar dónde se halla su hijo; esta fué, pues, á preguntar á su marido dónde estaba el pequeñuelo, y por qué tardaba en volver.

—¡Volver! no volverá jamas, contestó el vidriero furioso de rabia.... lo has perdido para siempre.

—Señor! ¡señor! ¿qué quieres decir? ¡esclamó la desgraciada mujer; ¡perdido para siempre! espícate.

—Sí; no lo volveremos á ver jamas. Tú no has sabido custodiarlo.... tuya es la culpa.... tú lo has dejado ir con los niños cristianos á su infame asamblea.... El ha cometido la abominación.... ha comido, ha bebido con ellos.... ha recibido el pan de mano de los sacerdotes.... Tuya es la culpa, y vas á morir en mis manos como él.

Al pronunciar estas palabras, el judío se arroja sobre la mujer, que no se hubiera librado de la furia del marido, sino por los vecinos que acudieron á sus gritos.

¡Pobre mujer! Cuando supo todo lo pasado, dijo á los que la habían salvado: "¿Por qué no me habeis dejado morir á los golpes del furioso? ¿qué quereis que haga desde hoy, que mi alegría, mi felicidad, todo lo que yo amaba se ha reducido á cenizas?... No, no; no quiero ya vivir ni consolarme, porque mi hijo ya no existe."

Cuando ella gemía así, estaba encerrada en un cuarto muy lejos de los hornos de su marido; mas de una vez había intentado en vano salir.... Una noche, que lloraba como Raquel, oyó en medio del silencio una voz dulce como la de un ángel, que ella amaba mas que todas, la de su hijo que la decia:

"VEN, MADRE MIA, VEN."

Ella sabía bien que la puerta estaba cerrada, pues había oído las vueltas que á la llave diera su marido; pero ella obedeció sobre todo á la voz que acaba de escuchar, y cuando se acerca á la puerta, la encuentra entreabierta, y ve una luz desconocida para ella que iluminaba la escalera. La voz misteriosa le parecia salir del lado del horrible horno.... Continúa marchando en esta dirección hasta hallarse en la boca cerrada de dicho hor-

no: su corazón jamás había latido con más desorden... "VEN, MADRE MIA, VEN," repite con impaciencia la voz que sale de detrás de la plancha de hierro... ¡Oh! ¿quién dará á esta débil mujer la fuerza que le va á faltar? ¿Será el Dios que veló sobre el niño Moisés flotando en su cuna sobre las aguas del Nilo, el Dios que ha salvado á Daniel en la cueva de los leones, el Dios que ordenó á las llamas respetar á los tres jóvenes hebreos en el horno de Babilonia?... *El amor es más fuerte que la muerte*, ha dicho la sabiduría divina; y el amor de una madre es el más fuerte de todos los amores... El horno se abre... ¡Oh felicidad! ¡oh gozo! ¡oh transportes inexplicables! inclinado ante la anchurosa boca del horno, el niño, fresco como una flor humedecida del rocío, tiende

sus brazos á la madre: había tres días que su padre lo había arrojado á la hoguera, y ni un solo cabello de su hermosa y rubia cabeza había sido quemado.

Al encontrar así á su hijo, la judía dió un grito tan fuerte, que multitud de gente acudió allí. El hijo refirió á la madre y á todas las mujeres que llegaron, que una reina divina que él había visto en la iglesia de los cristianos, se le había aparecido en el momento de caer en las brasas, y repentinamente... las llamas, obedeciendo á sus órdenes, volaban suavemente perdiendo su calor al rededor de él... agregó que esta reina de los ángeles había extendido su mano sobre él, diciéndole: *Yo te tomo bajo mi protección; la sangre divina de mi Hijo te ha salvado.*

LA MISA.

No es solamente la Eucaristía el más grande de los sacramentos de la Iglesia, sino que también es un sacrificio ofrecido al Dios del universo por la sociedad cristiana, esparcida sobre todos los puntos del globo, y que cada sol que nace ve celebrar en nuestros altares. En la antigua ley, el cordero Pascual servía á los judíos de sacramento y sacrificio. Sucede otro tanto bajo la ley nueva. El cuerpo y la sangre del Cordero de Dios, que borra los pecados del mundo, es á un tiempo sacrificio y sacramento.

Desde el nacimiento de las sociedades humanas, ha habido por todas partes y siempre sacrificios.

La ignorancia y el error los ofrecían á ídolos vanos.

Israel, en los suyos, invocaba el verdadero Dios. "Pero ellos, ha dicho San Pablo, *eran pobres y defectuosos: infirma et egena elementa*, porque no podían borrar los pecados ni conferir la gracia." Pero el sacrificio de la nueva ley es perfecto en todos sus puntos; y David, que lo vió á través de los siglos, lo llamó *sacrificio de justicia, sacrificium justitiae*.

"Sacrificio de justicia, dice un piadoso escritor (1), ora porque contiene al Justo de los justos, al Santo de los santos, y la justicia y santidad de nuestro Señor Jesucristo, como porque justifica él mismo por la infusión de la gracia y demás dones que comunica."

"Así como el sacrificio es el punto principal, alma y esencia de cada religión, y como la nuestra es la más santa y perfecta de cuantas han existido y existirán jamás, es preciso también que el sacrificio con que ella honra á la divinidad, sea el más noble y excelente de todos."

Este sacrificio cristiano es realmente en esencia el mismo que el del Calvario, y no difiere de la gran inmolación consumada en el Gólgota, sino por algunas ceremonias y ciertos accidentes. Al mismo Dios se ofrece, y se bebe la misma sangre.

Las diferencias accidentales que distinguen á estos dos sacrificios, son el que la inmolación en la cruz fué cruel y sangrienta, y se hizo una sola vez, y la de nuestros altares es invisible, no enrojecida con sangre, y reiterada cada día. Después de más

de mil ochocientos años, no se pasa en la inmensidad del universo un solo día (excepto el viernes santo), sin que una iglesia se abra, se ordene un altar, suba á él un sacerdote y un Dios descienda allí, y sin que algunos fieles oren ante el santuario y honren al soberano Señor de todas las cosas.

Vos sobre todo, hombre de los campos, que vivís en medio de las maravillas de la creación, respondednos: ¿no sentís en vuestra alma una gran dulzura cuando se van las sombras y llega la luz, cuando la brisa de la aurora hace ondular las copas de los árboles y espigas de los trigos, y la campana de la iglesia despierta al mismo tiempo á toda la campiña?... Estos primeros toques son de la oración *Angelus Domini*; pero á esto sigue el toque de la primera misa que llama á los hijos de la labor y del arado; muchos de ellos vendrán allí con sus mujeres á suplicar al Dios de los patriarcas que bendiga y haga fecundos sus surcos. Yendo así á rogar á la antigua iglesia en que ellos y sus padres fueron bautizados, cumplen los buenos aldeanos un grande y sublime deber; porque la misa es, de cuanto tenemos acá abajo, lo que más regocija á los bienaventurados del cielo, consuela á las almas piadosas de la tierra, y alivia á los detenidos en el purgatorio. Así es que las gracias que emanan de este sacrificio, se extienden más allá de las regiones que alumbra el sol, y más allá de las puertas del sepulcro.

Bajo la ley de Moisés, según las órdenes del Señor eterno, tenía Israel cuatro especies de sacrificios. Los primeros se llamaban *holocaustos*, y tenían por objeto y fin la gloria de Dios; los segundos eran *propiciatorios*, para pedir perdón de los pecados cometidos; los terceros, *eucarísticos ó acciones de gracias*, que se ofrecían en reconocimiento de los beneficios recibidos de Dios; los cuartos se llamaban *impetratorios*, para suplicar al Señor concediese nuevos favores á su pueblo.

La santa misa reúne en sí estas cuatro especies de sacrificios; de aquí es que jamás acto religioso alguno, en ningún lugar ni tiempo, ha podido, puede, ni podrá compararsele. Es sacrificio por excelencia; allí se ofrece Jesucristo por nosotros á su Padre, y se da á nosotros como alimento espiritual.

"La Iglesia ofrece á Jesucristo y se ofrece ella

(1) El padre Saint-Jure, de la Compañía de Jesús.

no: su corazón jamás había latido con más desorden... "VEN, MADRE MIA, VEN," repite con impaciencia la voz que sale de detrás de la plancha de hierro... ¡Oh! ¿quién dará á esta débil mujer la fuerza que le va á faltar? ¿Será el Dios que veló sobre el niño Moisés flotando en su cuna sobre las aguas del Nilo, el Dios que ha salvado á Daniel en la cueva de los leones, el Dios que ordenó á las llamas respetar á los tres jóvenes hebreos en el horno de Babilonia?... *El amor es más fuerte que la muerte*, ha dicho la sabiduría divina; y el amor de una madre es el más fuerte de todos los amores... El horno se abre... ¡Oh felicidad! ¡oh gozo! ¡oh transportes inexplicables! inclinado ante la anchurosa boca del horno, el niño, fresco como una flor humedecida del rocío, tiende

sus brazos á la madre: había tres días que su padre lo había arrojado á la hoguera, y ni un solo cabello de su hermosa y rubia cabeza había sido quemado.

Al encontrar así á su hijo, la judía dió un grito tan fuerte, que multitud de gente acudió allí. El hijo refirió á la madre y á todas las mujeres que llegaron, que una reina divina que él había visto en la iglesia de los cristianos, se le había aparecido en el momento de caer en las brasas, y repentinamente... las llamas, obedeciendo á sus órdenes, volaban suavemente perdiendo su calor al rededor de él... agregó que esta reina de los ángeles había extendido su mano sobre él, diciéndole: *Yo te tomo bajo mi protección; la sangre divina de mi Hijo te ha salvado.*

LA MISA.

No es solamente la Eucaristía el más grande de los sacramentos de la Iglesia, sino que también es un sacrificio ofrecido al Dios del universo por la sociedad cristiana, esparcida sobre todos los puntos del globo, y que cada sol que nace ve celebrar en nuestros altares. En la antigua ley, el cordero Pascual servía á los judíos de sacramento y sacrificio. Sucede otro tanto bajo la ley nueva. El cuerpo y la sangre del Cordero de Dios, que borra los pecados del mundo, es á un tiempo sacrificio y sacramento.

Desde el nacimiento de las sociedades humanas, ha habido por todas partes y siempre sacrificios.

La ignorancia y el error los ofrecían á ídolos vanos.

Israel, en los suyos, invocaba el verdadero Dios. "Pero ellos, ha dicho San Pablo, *eran pobres y defectuosos: infirma et egena elementa*, porque no podían borrar los pecados ni conferir la gracia." Pero el sacrificio de la nueva ley es perfecto en todos sus puntos; y David, que lo vió á través de los siglos, lo llamó *sacrificio de justicia, sacrificium justitiae*.

"Sacrificio de justicia, dice un piadoso escritor (1), ora porque contiene al Justo de los justos, al Santo de los santos, y la justicia y santidad de nuestro Señor Jesucristo, como porque justifica él mismo por la infusión de la gracia y demás dones que comunica."

"Así como el sacrificio es el punto principal, alma y esencia de cada religión, y como la nuestra es la más santa y perfecta de cuantas han existido y existirán jamás, es preciso también que el sacrificio con que ella honra á la divinidad, sea el más noble y excelente de todos."

Este sacrificio cristiano es realmente en esencia el mismo que el del Calvario, y no difiere de la gran inmolación consumada en el Gólgota, sino por algunas ceremonias y ciertos accidentes. Al mismo Dios se ofrece, y se bebe la misma sangre.

Las diferencias accidentales que distinguen á estos dos sacrificios, son el que la inmolación en la cruz fué cruel y sangrienta, y se hizo una sola vez, y la de nuestros altares es invisible, no enrojecida con sangre, y reiterada cada día. Después de más

de mil ochocientos años, no se pasa en la inmensidad del universo un solo día (excepto el viernes santo), sin que una iglesia se abra, se ordene un altar, suba á él un sacerdote y un Dios descienda allí, y sin que algunos fieles oren ante el santuario y honren al soberano Señor de todas las cosas.

Vos sobre todo, hombre de los campos, que vivís en medio de las maravillas de la creación, respondednos: ¿no sentís en vuestra alma una gran dulzura cuando se van las sombras y llega la luz, cuando la brisa de la aurora hace ondular las copas de los árboles y espigas de los trigos, y la campana de la iglesia despierta al mismo tiempo á toda la campiña?... Estos primeros toques son de la oración *Angelus Domini*; pero á esto sigue el toque de la primera misa que llama á los hijos de la labor y del arado; muchos de ellos vendrán allí con sus mujeres á suplicar al Dios de los patriarcas que bendiga y haga fecundos sus surcos. Yendo así á rogar á la antigua iglesia en que ellos y sus padres fueron bautizados, cumplen los buenos aldeanos un grande y sublime deber; porque la misa es, de cuanto tenemos acá abajo, lo que más regocija á los bienaventurados del cielo, consuela á las almas piadosas de la tierra, y alivia á los detenidos en el purgatorio. Así es que las gracias que emanan de este sacrificio, se extienden más allá de las regiones que alumbra el sol, y más allá de las puertas del sepulcro.

Bajo la ley de Moisés, según las órdenes del Señor eterno, tenía Israel cuatro especies de sacrificios. Los primeros se llamaban *holocaustos*, y tenían por objeto y fin la gloria de Dios; los segundos eran *propiciatorios*, para pedir perdón de los pecados cometidos; los terceros, *eucarísticos ó acciones de gracias*, que se ofrecían en reconocimiento de los beneficios recibidos de Dios; los cuartos se llamaban *impetratorios*, para suplicar al Señor concediese nuevos favores á su pueblo.

La santa misa reúne en sí estas cuatro especies de sacrificios; de aquí es que jamás acto religioso alguno, en ningún lugar ni tiempo, ha podido, puede, ni podrá compararsele. Es sacrificio por excelencia; allí se ofrece Jesucristo por nosotros á su Padre, y se da á nosotros como alimento espiritual.

"La Iglesia ofrece á Jesucristo y se ofrece ella

(1) El padre Saint-Jure, de la Compañía de Jesús.

misma (1) con el Divino Salvador, con una protesta solemne que hace de que Dios es el Señor absoluto de todas las cosas; que todas las criaturas son una nada ante él; que de él han recibido y reciben ellas en todo momento el ser, la vida y el movimiento. Este sacrificio se ofrece para adorar á Dios, para reconocer su grandeza y tributar homenaje á sus perfecciones divinas, para honrar su soberano dominio, no solamente sobre la vida y la muerte, sino sobre el mismo ser: porque solo Dios es el autor del ser, y solo él puede darlo."

Es tan santo y augusto el sacrificio de los cristianos, que hace de nuestras iglesias un lugar celestial. El Cordero divino es immaculado allí, y adorado, como nos lo hace ver San Juan, en medio del santuario de los cielos. Los ángeles, los arcángeles, las virtudes, los tronos, las dominaciones, los serafines y los querubines, toda la milicia del rey de los reyes, del señor de los señores, vienen allí á asistir con un santo temor, ocultándose con las alas. San Crisóstomo, después de otros antiguos padres, ha referido varios hechos autorizados; y esta verdad de la presencia de los ángeles, ha sido siempre tan conocida, que San Gregorio el Grande esclama: "¿Cuál es el fiel que pueda dudar que á la voz del sacerdote, en el momento mismo de la inmolación, no se abre el cielo, y no asisten los coros de los ángeles al misterio de Jesucristo, y que no se reúnen al rededor del altar las criaturas celestes y terrestres, visibles é invisibles?" Escuchemos á la Boca de oro de la Iglesia al describir las celestiales maravillas del gran sacrificio:

"Cuando veis al Señor inmolado, estendido sobre el altar, al sacrificador inclinado sobre la víctima, y á todos los fieles teñidos con la preciosísima sangre, ¿creéis estar entonces en la tierra entre los hombres? ¿No os trasportais mas bien á los cielos? Y desterrando de vuestro espíritu todo pensamiento carnal, ¿no contemplais con los ojos de una alma libre y de un corazón casto, la gloria celestial que os rodea? ¡Oh prodigio! ¡oh bondad de Dios! El que está sentado allá arriba á la diestra de Dios Padre, se deja coger en este momento por las manos de todos, se entrega á quien quiere recibirle y darle señales de amor. He aquí lo que pasa para todos los fieles á los ojos de la fé. ¿Os parecen dignas de desprecio estas maravillas? ¿Deben por ventura pisarse de una manera indigna é injusta?"

"¿Queréis juzgar de la existencia de nuestros santos misterios por otro prodigio? Representaos á Elías, una turba inmensa preparada á su rededor, y la víctima colocada sobre las piedras; ved á todos los demás inmóviles y en el silencio mas profundo; solo el profeta eleva la voz para rogar, y precipitándose de repente la llama desde lo alto del cielo sobre el holocausto: ved los prodigios que se apoderan del alma entera, trasportaos de este sacrificio á la celebración de nuestros misterios, y

(1) Instrucciones sobre el rito, por M. Alberto de Choin, obispo de Tolosa.

vereis, no digo prodigios, sino cosas muy superiores á todos los prodigios. El sacerdote está en pié atrayendo sobre la tierra, no un fuego que se distingue, sino al mismo Espíritu Santo; él ora largo tiempo, no para que una llama enviada de lo alto devore las ofrendas, sino para que la gracia, descendiendo sobre la víctima, abra las almas de todos los fieles y las haga mas brillantes que la plata purificada por el fuego. ¿Quién podrá, si no es en un momento de delirio, ó en un acceso de locura, despreciar un misterio tan tremendo? ¿No sabeis que jamas ha sido capaz el alma humana de resistir á la acción de este fuego celestial, pues que todos seriamos aniquilados bajo su acción sin el poderoso socorro de la divina gracia?"

Antes de describir las diferentes misas que se celebran en diversas circunstancias de la vida, misas que tienen un carácter particular y una poesía especial, robemos á San Justino el apologista, la pintura del gran sacrificio de los cristianos, ofrecido en las Catacumbas en el primer siglo de la Iglesia.

"Cuando el que se asocia á nuestra fé y á nuestras creencias ha recibido la ablucion del bautismo de que hemos hablado antes, lo conducimos al lugar en que se hallan reunidos los que llamamos nuestros hermanos. Entonces comienzan las fervorosas oraciones que hacemos por el iluminado, por nosotros mismos y por los demás, por la esperanza de alcanzar por medio del conocimiento que tenemos de la verdad, la gracia de vivir en la rectitud de las obras y observancia de los preceptos, y así merecer la salud eterna. Terminada la oración, nos saludamos todos con un beso de paz; en seguida se presenta al principal de los hermanos, pan, agua y vino. El toma todo esto, celebra la gloria y canta las alabanzas del Padre del universo por el nombre del Hijo y del Espíritu Santo, y recita una larga acción de gracias por todos los bienes que de él hemos recibido. Concluidas las plegarias y acción de gracias, el pueblo esclama: Amen Amen; que en hebreo significa: Así sea. Cuando el jefe de los hermanos acaba las oraciones y le ha contestado el pueblo, los que llamamos diáconos distribuyen á cada uno de los concurrentes el pan, vino y agua, sobre que se han dicho las acciones de gracias, y los llevan á los ausentes."

"Llamamos á este alimento *Eucaristía*, y nadie puede participar de él, si no cree la verdad de nuestra doctrina, no ha recibido la ablucion en remisión de sus pecados, ni vive según los preceptos de Cristo. No tomamos este alimento como un pan ordinario y una bebida comun, sino que á la manera que por la palabra de Dios, habiéndose hecho carne Jesucristo nuestro Salvador ha tomado sangre y carne para nuestra salvación, así este alimento, que por la asimilación debe nutrir nuestras carnes y nuestra sangre, se ha hecho, por la virtud de la acción de gracias que contienen las palabras del mismo Jesucristo, la propia sangre y la propia carne de Jesús encarnado: tal es nuestra fé. Los apóstoles en sus escritos que se llaman *Evangelios*,

nos han enseñado que Jesucristo les recomendó obrar de la misma manera, cuando al tomar el pan les dijo: "Haced esto en mi memoria: este es mi cuerpo;" é igualmente tomando el cáliz y dando gracias: "esta es mi sangre," agregó, y le distribuyó solo á ellos.

"Después de la asamblea nos entretenemos mutuamente en recordar lo que en ella ha pasado. Si tenemos dinero, socorremos á los pobres, y siempre nos auxiliamos recíprocamente, y alabamos en todas nuestras ofrendas al Criador del universo por Jesucristo su Hijo, y por el Espíritu Santo. El día del sol, como se le llama, todos los que habitan las ciudades ó campiñas, se reúnen en un mismo lugar, y allí se leen las relaciones de los apóstoles y los escritos de los profetas, según el tiempo de que se puede disponer. Cuando ha concluido el lector, hace un discurso el que preside, exhortando á la imitación de estos sublimes hechos. Después nos levantamos todos; y, como antes se ha dicho, terminada la oración, se trae pan, vino y agua, y el que preside hace las oraciones y acciones de gracias con el fervor mas grande. El pueblo responde Amen, y la distribución y comunión general de las cosas consagradas se hace inmediatamente á todo el concurso, llevando á los ausentes los diáconos su parte. Los que están en abundancia y dan limosnas, las entregan al que preside, quien socorre á las viudas, huérfanos, enfermos, indigentes, presos y extranjeros; en una palabra, tiene cuidado de aliviar todas las necesidades (1)."

Hemos hablado en las precedentes páginas de una misa dicha en la campiña, en una pobre iglesia rústica, antes que los labradores vayan á sus campos; tratamos entonces de pintarlas cuales las hemos visto en Bretaña y la Vendée, implorando con fé y esperanza al Dios cuya bondad se estiende sobre toda la naturaleza; la primera misa celebrada en una gran ciudad, antes de comenzar todo ruido y toda agitación, tiene tambien su poesía; en estas ciudades que necesitan de siete justos que allí habiten y oren, para que el fuego de la cólera divina no caiga sobre ellas, es consolador ver á los fieles levantarse al mismo tiempo que el día, para ir á pedir al soberano Señor de todas las cosas, bendiga á ellos y á sus familias en el día que comienzan. Si entráis entonces á la iglesia, os edificará el recogimiento que allí reina; entre los cortesanos que han venido á buscar fuerza y resignación al pié de la cruz, entre las almas buenas que desde el alba naciente hasta la sombra de la noche (a solis ortu usque ad occasum) alaban al Señor, vereis regularmente hombres de ciencia y de piedad, médicos según el corazón de Dios, que comienzan el día asistiendo á la primera misa de su parroquia, y van de la casa de Dios á la de los pobres, á quienes las enfermedades y miserias afligen al mismo tiempo. ¡Oh! benditos sean estos hombres, y si están condenados á llorar, Dios enjague sus lágrimas!

Es tan móvil y versátil el entendimiento del

(1) San Justino I spol., traduce. de Riansey.

hombre, que no puede admirar largo tiempo lo que hay mas admirable; él, que no ama la monotonía, se deja vencer por el hábito. Entusiasmado en el primer día, cae al tercero en la frialdad é indiferencia. Con esta verdadera enfermedad, que nace del pecado original, nos desgastamos aun en las cosas divinas. Si no fuera por esta triste y funesta disposición, ¿con qué respeto, con qué profundidad de temor, amor y adoración no iriamos á postrarnos al altar en que se celebra la santa misa? ¡Oh! ¿cuán gran beneficio del cielo es una fé pura, y cómo debíamos pedirle con fervor á Dios para nuestra felicidad en este mundo y en el otro! Con ella se perciben las delicias del cielo al traves de las nubes; y ella es la que ha traído á los santos visiones maravillosas y consoladoras. Santa Catalina de Sena, veia muchas veces un divino niño radiante de gloria en las manos del sacerdote en el momento de la elevación. Muchos justos han oído conciertos celestiales, han entrevistado á los serafines con sus arpas de oro, cuando á la voz del ministro del altar, el pan y el vino del sacrificio se han transformado súbita y verdaderamente en el cuerpo y sangre de Jesucristo.

Es la misa una cosa tan excelente y divina, palabras de un piadoso y docto escritor (2) que si se pusiesen reunidas como en un ramillete todas las cualidades, todas las virtudes, todas las buenas obras de los hombres, toda la santidad y pureza de los ángeles y María reina del cielo, todas las alabanzas, todos los honores, y todos los servicios que se han hecho y hagan eternamente á Dios; todo esto no será tan agradable á su Divina Magestad ni le dará tanta gloria... como una sencilla misa celebrada en una pobre capilla para unos cuantos fieles."

El mismo autor refiere con su estilo austero, que "el grande Alburquerque, conquistador de la India Oriental, hallándose en peligro de naufragar por una violenta tempestad que agitaba su barco, tomó un niño en sus manos, y lo puso, levantándolo, entre el cielo y la tierra, á fin de detener con la interposición de este inocente, el castigo que Dios quería tomar de sus ofensas. Cuando el sacerdote levanta la sagrada hostia en la misa, debemos con él levantarla para oponer tambien este cordero sin mancha, á los rayos que la justicia de Dios va á lanzar contra nosotros en castigo de nuestros crímenes."

Repito aquí lo que he dicho otras veces: para describir las cosas santas se deben usar las palabras de los santos. En el Apocalipsis de San Juan encontramos una magnífica descripción de la antigua liturgia. Al leer este pasaje, se ve que la Iglesia triunfante se asemeja tanto á lo que la Iglesia militante observa en sus asambleas, que no sabeis, por decirlo así, si el apóstol ha trasportado nuestra liturgia al cielo (3), ó á nuestras asambleas cristianas la liturgia celestial.

"Lo que hiere desde luego nuestro pensamiento

(2) Juan Baut. Saint Jure de la compañía de Jesús.

(3) Instituciones teológicas por Liebermann, tomo IV, p. 475.

en esta ciudad inmortal, es el rey mismo, el anciano de los días, semejante al Hijo del hombre sentado en su trono, brillando con un admirable esplendor; despues las sillas de los veinte y cuatro ancianos colocados á uno y otro lado del trono. Allí vemos vestidos blancos, coronas, siete candelabros, un altar, incienso, perfumes, y un libro sellado. Ante el trono y en medio de los ancianos, el Cordero como inmolado y sin vida; y los ancianos y los cuatro animales postrados ante el Cordero; y bajo el altar las almas de los que han sufrido la muerte por el Verbo de Dios. En fin, vemos coros de ángeles en gran número al rededor del trono, y una turba innumerable de escogidos de todos los pueblos é idiomas, entonando un cántico en honor de Dios y del Cordero."

Con estos datos es fácil representarse las asambleas de los cristianos. Allí presidia el obispo y ocupaba un trono levantado en la estremidad del santuario. Venerable por su edad y virtudes, estaba en medio del pueblo fiel, como imagen visible de Dios. A los lados habia sillas para los ancianos y sacerdotes que rodeaban al obispo. Los diáconos y demas ministros que se hallaban parados, figuraban á los ángeles y espíritus servidores, dispuestos siempre á ejecutar las órdenes de Dios. Ante el trono del obispo estaba el altar con siete candelabros, y sobre el altar el Cordero como muerto, es decir, Jesucristo, que á pesar de no poder ya morir, se inmolaba en el altar de una manera mística é inefable. Tambien habia incienso, vestidos para los sacerdotes y levitas, oraciones, fieles, y una turba esparciendo alabanzas á Dios, turba que representa la que vió San Juan ante el trono de Dios y en presencia del Cordero. No es circunstancia insignificante la de las almas de que habla San Juan, las almas de los mártires colocadas bajo el altar, pues es uso de los mas antiguos de la Iglesia, erigir estos altares sobre los sepulcros de los mártires, ú ocultar al menos sus huesos bajo los altares. En cuanto á lo que se dice de la multitud de elegidos, que el Cordero que está en medio del trono los conduce hasta el manantial de las aguas que dan la vida, esto nos prueba no ser *vanas ceremonias* lo que se practica en las asambleas de los cristianos, pues de allí manan las fuentes vivas de las gracias en que los fieles se purifican, se nutren y fortifican para la vida eterna.

Ha declarado el divino fundador del cristianismo, que estará con su Iglesia hasta la consumacion de los siglos. Hasta ahora el Dios de verdad ha cumplido su palabra, y todo lo que vemos en la Iglesia católica apostólica romana, revela la inspiracion de lo alto. Nada hay en nuestro culto que no sea un emblema, ni tenga su significacion moral y religiosa. Demos una rápida ojeada á todo lo que se refiere al traje y las ceremonias del sacrificio del altar.

Los pontífices y sacerdotes de la ley antigua, ejercieron el sacerdocio profético con los vestidos que el eterno Señor no se desdenó describir él mismo á su siervo Moises; tambien ha querido la Iglesia revestir al sacerdocio de la ley nueva de orna-

mentos particulares, que hiciesen aparecer la santidad: pues aunque este sacerdocio esté mas allá de las sombras y figuras de la antigua alianza, no posee, sin embargo, ni representa la verdad, sino por medio de señales visibles. Los hombres necesitan á menudo de signos exteriores que los traigan interiormente á las grandezas visibles de los misterios.

Dice San Gerónimo que debe estar el sacerdote separado del mundo, no solo por sus costumbres y espíritu, sino hasta por su traje: es preciso que el ministro del verdadero Dios jamas pueda ser confundido con los pontífices de Baal. Así es que la Iglesia ha querido con su acostumbrada sabiduría, establecer perfectamente esta distincion. Los vestidos que señala á sus ministros, son muy particulares, y los que deben usar en la celebracion de los sagrados misterios, recuerdan por sus formas y colores, algunos rasgos y circunstancias de la pasion dolorosa de nuestro Señor Jesucristo.

He aquí al sacerdote católico ya por subir al altar; antes de pisar el santuario, debe recojerse profundamente en el silencio para mirar bien el interior de su alma: "porque, dice San Crisóstomo (1), ¿cuáles deben ser las manos que operen semejantes maravillas, y toquen al soberano Señor de todas las cosas? ¿Cuál debe ser la lengua que pronuncie aquellas palabras? ¿Qué santidad debe ser comparable á la del alma que ocupa el Espíritu divino? ... Es menester que el sacerdote tenga los mismos sentimientos que el Hijo de Dios, es menester que se anonade por medio de una profunda humildad, y que en el momento de representar la crucifixion del divino ajusticiado, lleve las señales de sus llagas grabadas en su corazon, y sea este mismo corazon un altar en que se sacrifique él mismo."

"Es menester, agrega San Lorenzo Justiniano, que el sacerdote suba al tribunal del altar como Jesucristo al Calvario; es menester que asista allí como un ángel, sirva como un santo, ofrezca los votos y plegarias del pueblo como un pontífice, y pida la paz como un mediador."

Eexaminemos los vestidos de que se reviste el sacerdote para la celebracion del tremendo sacrificio. Es el primero, el *amito*, que cruza sobre sus espaldas; este lienzo representa el pedazo de tela con que los judíos cubrieron el rostro del Salvador, diciéndole: *Adivina quién te ha golpeado*. El *amito* recuerda al ministro de Jesucristo, que debe cubrirse con todas las armas de Dios para poder resistir los asaltos del demonio.

El *alba*, vestidura de lino fino que cubre toda la sotana, debe traer á la memoria del celebrante, aquella túnica blanca con que hizo vestir Herodes por burla al Redentor. Conviene su valor tanto mas á los hombres consagrados al altar en que se inmola el cordero sin mancha, cuanto que todos los espíritus bienhechores se representan vestidos de ropas blancas como la nieve. En efecto, el sacerdote debe por su pureza ser el hermano de los ángeles, y llevar su color.

(1) De Sacerd., lib. VI. cap. III.

El *Cingulo*, que se anuda sobre el Alba, es un recuerdo de las ligaduras con que fué atado el divino Hijo de María.

El *Manípulo*, especie de pequeña estola, que el oficiante lleva en el brazo izquierdo, reemplaza una servilleta, un mantel que los sacerdotes de los primeros tiempos se ataban al brazo, cuando querian servir y soborrer á los enfermos. Regularmente estaba este lienzo empapado en los sudores y lágrimas de los desgraciados. A esto alude el obispo cuando dice al subdiácono al ordenarlo, poniéndole el Manípulo sobre el brazo izquierdo: *Accipe manipulum, per quem designantur fructus donorum operum*. Recibid este manípulo, que designa el fruto de las buenas obras.

La *Estola*, que besa el sacerdote como los demas ornamentos, antes de ponerla sobre el cuello, recuerda las humillaciones de Jesucristo llevando su Cruz en el camino del Calvario. El advierte la obligacion estrecha que le impone el sacerdocio, de llevar con paciencia el yugo del Señor, sea que la Providencia lo haga pesado ó ligero.

La *Casulla* (que en la antigua forma), representa la vestidura de púrpura con que fué adornado el Hombre de dolores, cuando Pilatos lo presentó al pueblo diciéndole: *Ecce homo*. El principal ornamento de la casulla, es la cruz señalada ó bordada por los galones de plata, oro ó seda, para que el ministro de Jesucristo no olvide que tiene tambien una cruz que llevar, y que lo mismo que nuestro divino Modelo, debe dirigir en el doloroso camino de la vida palabras de esperanza y consuelo á los que sufren y lloran.

Tales son las lecciones que dan á los ministros de los altares los ornamentos exteriores de que es preciso que se adornen para el grande y santo sacrificio. Y nosotros, que los vemos salir de la sacristía al santuario, debemos rogar por ellos; porque cuando estén frente á frente de un Dios, cuando tengan en sus manos al Hijo muy amado del Altísimo, se inmolan por nosotros, y nos encomiendan á sus misericordias sin término.

"Supongamos que la misa sea una ceremonia antigua, cuyas oraciones se encuentren en los juegos seculares de Horacio, ó en algunas tragedias griegas; ¿cómo podiamos dejar de admirar el diálogo que abre el sacrificio cristiano?

—Me acercaré al altar de Dios.

—Del Dios que llena mi juventud de regocijo.

—Haz lucir tu luz y tu verdad; ellas me conducieron á tu sagrada montaña y á tus tabernáculos.

—Me acercaré al altar de Dios; del Dios que llena mi juventud de regocijo.

—Cantaré, Señor, tus alabanzas en el arpa.

—Mas ¿de dónde te viene alma mia esta tristeza? ¿por qué te turbas?

—Es este diálogo un poema lírico entre el sacerdote y el catecumeno. El primero con la experiencia que da los años gime por las miserias del hombre por quien va á ofrecer el sacrificio; y el segundo lleno de esperanza y juventud canta á la víctima por la que va á ser rescatado." (1)

(1) Chateaubriand.—Genio del Cristianismo.

"Sigue el *Confiteor*, oracion admirable por su profunda moralidad. Implora el sacerdote la misericordia del Omnipotente para el pueblo y por sí mismo."

—Señor, escucha mi oracion.

—Llegue mi vez hasta vuestros oidos.

"Entonces sube el sacrificador al altar, se inclina y besa con sumo respeto la piedra que contiene los huesos de los mártires."

"Recuerdos de las Catacumbas.

"Se apodera en este momento del sacerdote un fuego divino; y como los profetas, de Israel entona el cántico que hicieron resonar los ángeles en el pesebre del Salvador, y del que oyó Izequiel parte en una nube."

"Gloria á Dios en las alturas y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad. Té alabamos, te bendecimos, te adoramos, Rey del cielo, en medio de tu gloria inmensa."

Sigue la Epístola á este cántico; el amigo del Redentor del mundo, Juan, nos hace escuchar palabras llenas de dulzura, ó el sublime Pablo insulta á la muerte y descubre los misterios de Dios.

Listo el sacerdote, para leer el Evangelio, se detiene en medio del altar á suplicar al Eterno purifique sus labios con el carbon ardiendo que purificó los labios del profeta Isaías. Resuenan las palabras de Jesucristo en la asamblea: ya es el juicio de la mujer adúltera; ó bien el Samaritano que derrama el bálsamo en las llagas del viajero; ora los parvulitos benditos en su inocencia, ó el hijo prodigo que regresa á la casa paterna. En los siglos de la caballería todo militar sacaba la espada á la lectura del Evangelio, para atestiguar que estaba dispuesto á defenderlo.

"¿Qué hará el sacerdote y concurso al oír tales palabras? declarar que creen firmemente en la existencia de un Dios que dejó tales ejemplos en la tierra. Se canta el símbolo de la fe con toda solemnidad. La filosofia, que gusta tanto de las cosas grandes, debe notar aquí que es la primera vez que un pueblo profesa públicamente la unidad de Dios: *Credo in unum Deum*.

"Despues de ofrecer la hostia el sacrificador por sí, por los vivos y los muertos, presenta el cáliz: Señor, os ofrecemos la copa de nuestra salud. Bendice el pan y vino. Venid, Dios eterno, á bendecir este sacrificio. Despues de todo esto se lava las manos."

"Lavaré mis manos entre los inocentes. ... No permítas acabar mis días con los hombres sanguinarios."

Recuerdo de las persecuciones.

Ya preparado todo, el sacerdote vuelto al pueblo le dice: *Orad, hermanos*...

Responde el pueblo:

"Recibu el Señor el sacrificio de tus manos para la mayor gloria de su nombre, utilidad nuestra y de toda la Iglesia."

Queda un momento el sacerdote en silencio, y despues anunciando repentinamente la eternidad esclama.

Per omnia secula seculorum.

—Elevad vuestros corazones. *Sursum corda.*
—Contestan mil voces: "Habemos ad Dominum. Los elevamos al Señor."

"Se canta el prefacio con el estilo de la melodía antigua, ó recitado de la tragedia griega. Se invita á las dominaciones, las potestades, las virtudes, los ángeles y serafines, á bajar hácia la gran víctima, y repetir con el coro de los fieles el triple *Sanctus* y *Hosana al Eterno*."

Llega el terrible momento; se abre el Cántico.

La consagración termina con las mismas palabras de Jesucristo: *Señor*, dice el sacerdote inclinándose profundamente, *que os sea agradable la hostia santa como los dones del justo Abel y el sacrificio de vuestro patriarca Abraham, como el de vuestro gran sacerdote Melquisedech. Os suplicamos sean llevados estos dones á vuestro sublime altar por las manos de vuestro ángel á presencia de vuestra divina majestad.*"

A estas palabras desciende el Cordero para ser inmolado y se cumple el gran misterio.

¡Oh solemne momento! Prostrado
El pueblo allí, en silencio religioso . . .
Ese templo divino á quien piadoso,
Los pórticos de un musgo ha devorado . . .
El muro secular iluminado
Por una vaga claridad sombría;
Las góticas vidrieras y el fanal,
La lámpara sagrada de metal
Que ante el Señor desde lo antiguo ardía,
Cual símbolo de sol y eternidad . . .
Un Dios, que ante los hombres desde el cielo
Se digna descender, y baja al suelo
Cubierto de su gloria y majestad . . .
Las lágrimas, las voces y el incienso
Que sube hasta el altar, y las doncellas,
Que á la materna vista sus querellas,
La dulce voz, ante el concurso denso
Elevan con su fe, pura, inocente,
Y engrandecen aun mas la gloria eterna
Y de la religion la pompa tierna . . .
Ese órgano que calla reverente . . .
El piadoso silencio, y misteriosa
Esa union invisible de los cielos
Con la tierra infeliz, calamitosa . . .
Todo inflama, conmueve y engrandece
La sensación del hombre que estasiado
A ese mundo se juzga trasportado,
Que inaccesible á su maldad parece:
Al mundo celestial, do en arpas de oro
Inmortal serafín el himno canta
A los piés de Jehovah, y allí levanta
Esa trova sin fin en tierno coro.
¡Ay! Dios entonces por do quier presente
Se esconde al sabio, se revela empero
Al tierno corazón puro y sincero . . .
¡No me es dable explicar lo que se siente (1).

No he querido cambiar una sola palabra á es-

(1) Hemos tomado esta poesía de una traducción que nos ha venido últimamente á las manos.

ta descripción rápida y poética de la misa; la he copiado sin cercenar las páginas del *Genio del cristianismo*, obra que ha hecho inmenso bien desde su publicación, demostrando á nuestra juventud, que se puede sin incurrir en lo *pequeño y simple*, amar, admirar y practicar la religion de nuestros padres.

Repito que era un *inmenso servicio*, hecho al catolicismo tanto tiempo ultrajado por los filósofos del siglo diez y ocho; y hoy que Chateaubriand descansa en el sepulcro, á la sombra de la cruz que defendió, rindámosle la justicia, que los hombres del santuario no han sabido tributarle debidamente.

Cuando la Iglesia ruega para que el Señor reciba el pan de vida y de salud, como recibió los dones de Abel y sacrificios de Abraham y Melquisedech, no quiere comparar á un don con otro; pues la Eucaristía es superior á los antiguos sacrificios, mas que el cielo á nuestro valle de lágrimas; sino á sacrificadores con sacrificadores, á los sacerdotes por cuyas manos hace su divina ofrenda con Abel, Abraham y Melquisedech.

Es muy de observarse, que aquí no se hace mención de los sacrificios de Aaron; solo se citan tres justos que en el Antiguo testamento fueron en sí mismos y en sus ofrendas al Eterno, figura de Jesucristo y de su sacrificio, mas espresa que todos los restantes. Abel, ya por su inocencia como por el género de muerte y fidelidad con que ofreció las primicias de su rebaño, fué figura de Cristo inocente, entregado á la muerte por la envidia de los judíos (2).

Fué Melquisedech el símbolo y emblema del Redentor, ora por su cualidad de sacerdote, ó por la de *rey de paz y de justicia*. Entre las figuras que anunciaron la venida del Salvador, fué la de Melquisedech la mas ilustre (3), y la única que parece digna de él; léase la epístola á los hebreos, que no necesita de comentarios. En el Génesis se nos muestra á Melquisedech, *sin padres, sin genealogía, sin principio, y sin que se vea su fin* (4). No fué porque careciera de todo esto, ni porque fuese preciso que, como han querido algunos, fuese un ángel, sino para ser figura de Jesucristo es para lo que se presenta Melquisedech como *sacrificador del Altísimo, para ofrecer á Dios pan y vino, presentarle á Abraham que lo bendijera* y en su persona á todo el sacerdocio levítico, *recibiendo el diezmo como un homenaje debido á la excelencia de su sacerdocio, recibéndolo al mismo tiempo de Leví, del mismo Aaron y de toda la raza sacerdotal, que se hallaba en Abraham como en su tronco; cuyo diezmo no es mas que el despojo de los reyes vencidos, concedido á Abraham para honrar á Melquisedech, gran pontífice, rey de justicia y de paz, que es la interpretación de su nombre y de la ciudad en que reina*. En toda la serie de

(2) Abel, el justo, es por justicia figura de Jesucristo que ofreció por nosotros la sola oblación agradable al cielo, y capaz de apaciguar á su Padre.—Bossuet.

(3) Elevación sobre los misterios por Bossuet.

(4) Heb.—Gen. 15, 19, 20.

la historia, no se vuelve á mentar á Melquisedech; no se habla de él sino para hacer relacion á las divinas funciones; y repentinamente, novecientos años despues, mirando David con ojo profético al Cristo que llama su Señor *sentado á la diestra de Dios*, en gran majestad y poder, *engendrado en el seno de Dios antes de la Aurora, vencedor de sus enemigos, vencedor de reyes*, le dirige con juramento estas palabras. *Vos sois sacerdote eternamente segun el orden de Melquisedech*; no teneis antecesor ni sucesor (1); no depende por lo mismo de la promesa dirigida á Leví y Aaron. "He aquí, concluye San Pablo, en un nuevo sacerdocio, un nuevo servicio y una ley nueva (2)."

El sacrificio de Abraham que recuerda el sacerdote cristiano en el ofertorio, es aquel gran sacrificio, de admirable obediencia, que el patriarca estuvo próximo á cumplir cuando colocó en el altar de la montaña á su amado Isaac.

Cuando pronunciadas las palabras de la consagración, el Dios de cielo y tierra, soberano Criador de todas las cosas y redentor de los hombres, baja al altar, el sacerdote frente á frente de él, ora por el pueblo y por sí mismo, y durante el silencio que sigue á la elevación, espone á la víctima divina que ha amado tanto á los hombres hasta morir por ellos con muerte de cruz, todas sus necesidades, todas sus miserias; el sacerdote debe en medio de su caridad; interceder por sus amigos por sus enemigos y sus prójimos. No se debe reducir su oración á los vivos; tambien debe orar por las almas de los difuntos, y pedir por ellas un lugar de descanso de las penas que sufren, la luz, á causa de las tinieblas en que se hallan abatidas; la paz, á causa de las agitaciones que experimentan, en espera del reposo y las delicias del paraíso.

La admirable oración que se eleva hace dos mil años, de todo el universo cristiano, oración que solo Dios ha podido componer, porque solo el Criador es capaz de conocer todo aquello que necesita la criatura para este mundo y el otro, la Oración dominical debía entrar tambien en el santo sacrificio, y así precede á la comunión del sacerdote.

Despues de haber roto la hostia en tres partes el celebrante, desea la paz al pueblo fiel por medio de estas palabras; *Pax Domini sit semper vobiscum. La paz del Señor sea con vosotros*. La paz que les da no es la paz del mundo, sino la paz del Señor; paz con Dios, paz con nosotros mismos, paz con nuestros hermanos.

El sacerdote anuncia este deseo teniendo en la mano el cuerpo del divino Salvador. Entonces forma la señal de la cruz sobre la sangre preciosa para significar: *que por esta sangre derramada sobre la cruz, se ha hecho la paz entre el cielo y la tierra*.

El sacrificador deja caer en el cáliz la parte de la hostia que tenía en la mano, llega el momento de la comunión, y para estar mejor preparado, invoca tres veces la misericordia del Cordero de Dios, que lleva sobre sí; y quita los pecados del mundo.

(5) Ps. c. IX. 1, 2, 3, 4, 5.

(6) Heb., VII, 22 y sig.

Hasta esta parte de la misa, ha dicho el sacerdote todas las oraciones por sí y por el pueblo; pero llegado el momento solemne de la comunión, solo tiene á la vista sus pecados, y ya no hace mención de los asistentes. El ministro de Jesucristo en el altar, siempre habla de sí con sentimientos y en términos llenos de humildad, y de los fieles con respeto. El dice que está *cargado de innumerables pecados, de iniquidades y crímenes*; no habla de su persona sino diciendo: *mi esclavitud*, mientras que llama á los asistentes *Hijos de la familia de Dios*. Así es que la humildad del divino Maestro se reproduce en su ministro.

Invocaré el nombre del Señor, agrega el sacerdote; *llamaré á Dios en mi alma para que sea su apoyo y vida*. Al decir estas palabras, toma las dos partes de la sagrada hostia, y cada vez mas penetrado de la distancia infinita que media entre un pecador y la misma santidad, confiesa en alta voz su indignidad, dándose golpes de pecho y repitiendo tres veces: *Domine, non sum dignus ut intres sub tectum meum, sed tantum dic verbo, et sanabitur anima mea*.

Despues de esta triple confesion de su profunda indignidad, hecha en todo el recogimiento de su alma abismada ante la grandeza del misterio, consume el sacrificador la hostia. Despues de algunos instantes y nuevas oraciones, toma el cáliz de salud y bebe la sangre preciosa.

Así se consuma el gran sacrificio que recuerda el del Calvario. No hemos visto á los verdugos; no hemos oido el ruido de los martillos que introducen los clavos en las divinas manos; no han herido nuestros oidos los crueles gritos de la turba deicida; y sin embargo, sobre el altar que rodeamos ha palpitado la carne del Salvador en la hostia, y la sangre ha corrido del cáliz al pecho del sacerdote, medianero entre el cielo y nosotros.

Así como el sacerdote cambia segun las solemnidades del año el color de sus vestiduras sagradas, de la misma manera la misa permaneciendo siempre el mas grande, mas santo y adorable de los sacrificios, varia algunas veces de forma y aspecto. Se celebra la misa por nuestros gozos y dolores, por el niño que hace su primera comunión, y por el anciano cargado de dias, que pasa de esta vida á la otra, por los desposorios y por los entierros, para implorar el auxilio del Dios de los ejércitos, antes de la batalla, y por el reposo de las almas de los guerreros despues del combate.

¿Qué cosa hay mas saludable y mejor para el reposo de la sociedad cristiana que la misa parroquial del domingo? Hay una gran ventaja en reunirse en esta asamblea de fieles de una misma ciudad, bajo la relacion puramente humana, para asistir á un mismo sacrificio y rogar al mismo Dios. La gran misa del domingo, enseña á la familia á conocerse. Hombres que jamas se encontrarían, se reúnen allí cada ocho dias, bajo las miradas de aquel que lee en todos los corazones. Si hay en el fondo del alma deseos cristianos que se miran al pié del altar, algun pensamiento de rencor ó odio, este odio y este rencor, abandonarán co-

mo todos los malos espíritus, al corazón que los había acogido. Huirán para no volver á aparecer ante el Señor que arroja á los demonios. No lo dudemos, hay hombres dominados del odio que aprenden á sacudirse de esta pasión en la misa oída en común, una comida de familia. En la casa del Dios de amor, es donde mejor se aprende á amar.

Cuando no estamos bajo el techo en que hemos nacido, cuando nos es preciso pagar nuestra deuda de soldados, cuando estamos en el campo; ¿conocéis cosa alguna que haga latir el corazón, que mas eleve el alma, que una misa militar? ¡Ah! el gran sacrificio cristiano es magnífico con todas sus pompas, bajo las bóvedas de nuestras catedrales; pero hay también, una mágica é indecible majestad, cuando se eleva el altar del Dios de los ejércitos sobre tambores rodeado de banderas destrozadas por las balas y ennegrecidas con el humo de cien batallas! La voz de los coristas y cantores, son admirables los sonidos del órgano, cuando entre el perfume del incienso se elevan en el santuario hasta el Criador de los mundos. . . . pero, escuchad los ruidos sublimes de los campos, escuchad los clarines y trompetas que rompen el aire y resuenan á lo lejos. . . . no llaman á la matanza sino á la adoración! Los tambores atruenan el campo, no para un rey que pasa; para un Dios, para *Sabaot*, que desciende al altar; y esos cañones que truenan, saludan á un Dios de paz. Las salvas son para *Aquel*, que ha mandado á los hombres amarse como hermanos.

¡Oh! vosotros los que teneis en vuestras manos el poder, cuan culpables sois, cuando despues de haber reclutado en vuestros campos esa juventud, que era al mismo tiempo nuestra flor y nuestro orgullo; cuan culpables sois, por haberla despojado de sus piadosas costumbres, por haberla desacomodado á sus creencias! Entonces, cuando por obedecer á la ley han abandonado la nativa aldea, estos jóvenes han prometido á sus madres, no avergonzarse jamas de su Dios, y cuando vuelven de la BANDERA, ya no lo encuentran. No se los habeis grabado minuciosamente hora por hora del día; ni les habeis señalado una siquiera para llenar los deberes religiosos. ¿Habeis creído que el HONOR, se sostendría mejor con la incredulidad que con la fé? Los llevais á todas partes, les permitís *figurar* en un teatro; pero jamas los conducis á la Iglesia. . . . y si algunos de estos buenos jóvenes van á ella alguna vez á rogar, jamas ven allí á sus gefes. . . . Los que llevan la espada de Bayard y de Turena, no guardan la fé de estos héroes. . . . todos nos acordamos de ese hijo de las cruzadas, de ese valiente oficial que muriendo en uno de los campos de batalla de Africa, pedía en vano una cruz, para enviar en ella su último suspiro á Dios (1).

¡Oh! Lástima da esa sabiduría que quiere que un ejército tenga el sentimiento del honor, y le apaga el de la religion! Nosotros echamos me-

(1) El general Capaman.

nos las *misas militares*; eran demasiado útiles para los soldados y para las gentes de las poblaciones, que gustaban concurrir allí entre el campesino y el soldado: era un buen lazo para ellos y vosotros lo habeis roto. Y sobre nuestros navíos, los Juan Bart, los Dagnay-Truin, los Suffren, los Tourville, los Vandreuil de otros días, tenían para ellos y sus valientes marineros de todas clases las tiernas ceremonias y los dulces consuelos del catolicismo. La misa se celebraba, al pié del gran mástil, y cuando á la elevación aparecían la hostia y el cáliz en las manos alzadas sobre la cabeza del sacerdote, toda la tripulación prosternada, recogida, adoraba en silencio el Dios á quien había aprendido á amar bajo el nativo techo; aquel cuya poderosa mano había ahondado el abismo; aquel cuya voluntad eleva y sumerge las olas; aquel que ha sembrado el firmamento de estrellas, que consulta el piloto para orientarse en sus lejanos y peligrosos viajes.

La voz del sacerdote, la vista de la hostia consagrada, el cáliz de oro, el incienso que se eleva como una pequeña nube sobre el altar, las oraciones recitadas, el sonido de la campanilla de plata, agitada por el mozo de cámara que sirve de asistente; todas estas cosas han hablado al corazón de los marineros y les han vuelto lo que la distancia les había robado.

Ya no son los hombres que viven en el mar entre las alturas de los cielos, y profundidades del Océano los que no saben orar: sino que despues del culto á Dios, los marineros rinden su culto á la *Estrella de los mares*, á esa Virgen divina, que con una sonrisa, calma las mas violentas tempestades, y aplaca los vientos. . . . Volvamos, pues, á cada navío su limosnero, su misa de Domingo, y su *Ave Maris stella*.

MISA DE HOSPITAL.

OTRA misa menos majestuosa que las celebradas en el campo de batalla, y á bordo de un navío, es la *misa de hospital*. Siempre me acordaré haber asistido al santo sacrificio en una sala llena de enfermos y de agonizantes. A derecha é izquierda de esta espaciosa galería, estaban colocados cincuenta lechos, con sus cortinas y cubiertas, que rivalizaban en blancura con la nieve. ¡Ay! Ninguno de estos lechos estaba desocupado. ¡Se empuñaban la enfermedad y la miseria en llenar los lugares que les estaban reservados!

Sobre cada una de esas camas, yacía un sér que sufría, ó un moribundo, que ya llegaba al momento de no sufrir mas; y cuando la campanilla del niño de coro que acompaña al sacerdote que sube al altar, se oyó para anunciar que comenzaba la misa, ví á todos los heridos, enfermos y convalescientes levantarse, mientras podían incorporarse, y llevar á su frente la mano pálida y descarnada para hacer la señal de la Cruz: los menos débiles, se inclinaban adelante, y con las manos juntas miraban al altar. Entre las dos luces que alumbraban éste,

arriba del tabernáculo, donde se conservan las hostias del Viático y los santos oleos para los agonizantes próximos á partir para el gran viaje, para el viaje que no tiene regreso, se veía una bella estatua de la Virgen de los Dolores, sentada al pié de la Cruz, vertiendo lágrimas sobre el cuerpo ensangrentado de su divino Hijo.

Algunos santos, algunos justos que Dios protege especialmente, han visto á veces, asistiendo á la misa, una escolta de ángeles y serafines prosternados ante el altar, adorando el Dios de la Eucaristía. ¡Yo, pecador! nunca he tenido estas visiones; pero en esta misa que nunca se borrará de mi memoria, he visto otros ángeles diversos de los del cielo; he visto, mientras se celebraba el sacrificio, marchar silenciosamente á las hermanas de la caridad, pasando de un lecho á otro, para ver donde llevar sus socorros. La piedad de las hijas de San Vicente de Paul es muy ardiente; viene á ser su pasión dominante la caridad. En esta media hora que duraría la misa, habría quizá sufrimientos mas agudos, pechos mas oprimidos, debilidades mas extremas, agonías mas avanzadas, y últimos suspiros entregados al Dios de los vivos y de los muertos. . . . Era preciso que las hermanas nada ignorasen de esta triste estadística, para poder decir al sacerdote donde estaban los que *partían*, y donde los que *habían partido*. Despues de esta solemne revista, iban á decir algunas palabras al limosnero, que bajando del altar, se dirigía á los lechos indicados por las vigilantes, y allí, ejerciendo su santo ministerio, daba á uno el pan de los fuertes, á otro la unción de salud, á éste le cubría el rostro la hermana de la caridad, porque mientras el celebrante había pedido á Dios misericordia y compasión para aliviar los sufrimientos de todos los que estaban presentes al Divino Sacrificio, este enfermo se había ido suavemente sin esfuerzo de este mundo de dolores.

Una de las hermanas me contó, que el joven sacerdote cuya misa acababa de oír, celebrada con tanta devoción, había tenido hacia poco tiempo una dura prueba, seguida de una gran dicha.

Desde sus primeros años, el digno ministro del Dios que ha *atravesado el mundo haciendo bien*, había recibido una educación esmerada. Abandonada su madre de su marido, que se había hecho marino despues de haber disipado su patrimonio, vivía en la soledad, los pesares y la resignación, y frecuentemente su hijo, colocándose sobre sus rodillas maternas para orar á Dios y á la Santa Virgen, había sentido caer dos lágrimas sobre su frente, y sobre sus pequeñas manos. Samuel no ha sido el solo niño á quien el Señor ha hablado. Cuando en una familia ha cesado el torbellino, cuando ya no hay ruido alguno, tiene la buena suerte de que la voz de lo alto se hace oír.

La piadosa cristiana, que vivía como una viuda, y que estimaba mas confiar sus desgracias á Dios que á sus vecinas, pasaba todos los días una hora en la Iglesia, y una de las dichas del pequeño Estanislao era ir con ella. Sin poder definir qué atractivo lo llevaba allí, él se sentía mejor que en

ninguna otra parte: las luces del día que le llegaban, á través de las góticas claraboyas, le agradaban mas que la clara luz del sol; la paz que reinaba bajo las altas bóvedas, llegaba mejor á su alma pensativa, que el bullicio de las calles y las plazas públicas; las piedras de la casa de Dios, impregnadas despues de tantos siglos del humo del incienso, le daban un perfume bendito, que prefería al de las flores. Así es, que para él las cosas exteriores ayudaban al desarrollo de sus sentimientos íntimos. Un año despues de su primera comunión, se distinguía en el Seminario, por su amor al trabajo y por su piedad. Llegado el tiempo prescrito recibió las órdenes. La elevación de su espíritu lo llevó á la vida contemplativa; pero su caridad hacia los pobres y enfermos le hicieron solicitar el encargo de agregado inferior del Hotel-Dieu, de Paris.

Hacia dos años que veía de cerca el sufrimiento, la miseria, la mala conducta y corrupción, cuando fué una tarde llamado para un enfermo que acababa de llegar al hospital, golpeado y ensangrentado por una pendencia en una taberna. Este hombre, en medio de una excitación extrema, no hablaba mas que juramentos, maldiciones y blasfemias. Cuando se le acercó el abate Estanislao, la irritación redobló su violencia, y fué preciso al joven sacerdote todo el valor, toda la abnegación de sí mismo que da el celo apostólico, para atreverse á aproximarse á este furioso lleno de rabia, y que repetía agitándose y revolcándose sobre la cama: "¡Ah! bribones, malvados. Si no nos hubieran separado, tenía ya su vida en mis manos; me hubieran saciado en su sangre."

—Desgraciado! le dijo el ministro del Dios que perdona, renunciad á esos pensamientos de odio y venganza. No os pese no haber arrebatado la vida á vuestro contrario. . . . La vuestra está en peligro. . . .

—No es cierto. . . . callad. . . . me siento bien. . . . viviré todavía para matarlo. . . . para perseguirlo siempre. . . . Pero dejadme. . . . No quiero gentes de vuestra especie. . . . Dirigios á otro, á otro que crea en vuestro Dios.

—Hijo mio. . . . si hubiese aquí otro mas grave. . . . mas cercano á la muerte que vos, os dejaría para ir á él. . . .

—Os repito que mentís. . . . no moriré hasta que haya tomado venganza. . . . Mirad. . . . ¿es este el puño de un hombre que va á morir? y diciendo estas palabras, asió del brazo al joven sacerdote, y lo apretó con tanta fuerza, que aquel vió en efecto que la muerte no estaba tan próxima como había creído al principio. . . . Entonces, despues de algunas palabras de perdón, que el herido rechazaba siempre, el abate Estanislao se separó de aquel lecho para dirigirse á otro.

La mañana siguiente, se apresuró á preguntar á la hermana vigilante, cómo estaba el nuevo enfermo: "La noche ha sido horrible; el desgraciado no ha tenido un instante de reposo, ni un momento de silencio; siempre suplicios atroces, siempre blasfemias," respondió el ángel de la caridad.

"Hace media hora que se ha calmado: su furor se ha apaciguado, mientras rezábamos las letanías del Santo nombre de Jesús...."

Quiero verle un instante antes de la misa, rogad por él, hermana.

Después se dirigió de puntillas el abate á arrodillarse junto al lecho donde estaba acostado el extranjero. Este no se movía y sus ojos estaban cerrados. ¡Dios mío! dijo en voz bajo el sacerdote, prolongad esa calma para que pueda yo con vuestra gracia hacer que desciendan á esta alma ideas de arrepentimiento, de misericordia y perdón.

Dichas estas palabras con gran fervor, se levantó el capellan y se dirigía á la sacristía. Había dado algunos pasos cuando retrocedió al lecho.... Habiendo tomado de su breviario una de las pequeñas imágenes devotas que las almas piadosas colocan en ellos, se fué á colocarla en las cortinas del herido, de modo que pudiese verla al despertar. Representaba esta imagen á San Estanislao de Koska orando ante el altar de la Virgen. Este recuerdo era muy caro para el abate; como que venía de su madre.

Llegando al altar, el joven sacerdote no podía desechár el pensamiento del enfermo. Entre esta multitud de seres que sufren, ¿cuántos no habría allí mas interesantes que aquel? Sin embargo, era aquel solo, aquel que los enfermeros llamaban el bandido, el que lo ocupaba mas, y durante el sacrificio rogó por él mas que por los otros.

Concluida la misa, hacia el capellan su acción de gracias, cuando una hermana, con quien había hablado en la misma mañana al entrar en la sala, vino á decirle con una expresión de alegría:

— Señor abate, os llama.

— ¿Quién?

— El hombre del número 48.... el furioso de ayer tarde.

— ¿Le han vuelto los furros?

— ¡Oh, no! está tranquilo y suave como un cordero. Os llama.

— ¡Bendito sea Dios! Apresurémonos pues.

Si hubiese visto alguno aquella escena, habría descubierto dos lágrimas de alegría en los ojos del capellan, y en los de la hija de San Vicente de Paul, porque la caridad tiene mas ternura que todos los amores de la tierra.

Helos aquí á los dos, junto al hombre á quien la cólera habiendo roto los vasos interiores se llenaba el pecho de sangre.... Ya no se agita ni se revuelve sobre su lecho.... Su vista ya no está inflamada; su boca ya no blasfema.... Medio sentado sobre su lecho, tenía los ojos fijos sobre una imagen que tenía en una de sus largas manos; con la otra se limpiaba el sudor frío que caía sobre sus mejillas.... Era tal su preocupación, que ni oyó ni vió al sacerdote, y la hermana de la caridad que llegaban cerca de él.... Al cabo de algunos instantes levantó los ojos.... con una sonrisa en sus labios como de reconocimiento, que la víspera no proferían mas que blasfemias y maldiciones, y con una voz dulce preguntó:

— ¿Quién ha puesto esta imagen en la cortina?

— Yo respondí el abate.

— ¿Me conocía vd.?

— Absolutamente.

— ¿Pues, por qué me habeis puesto la imagen de San Estanislao?

— Porque tengo gran confianza en él.

— ¡Ah! ¿no habeis tenido otras razones? Es que yo, agregó pasando la mano sobre su frente, es que yo tambien.... amaba ese nombre.... y lo amo todavía....

A estas palabras, llevó el desconocido la imagen á sus labios.... brotaron las lágrimas de sus ojos.... su boca se entreabrió.... ¡Dios mío! exclamó ¡Dios mío!

Le repitieron las convulsiones de la noche. Menos violentas que las de la víspera, no duraron largo tiempo; pero fueron seguidas de una debilidad grande, porque en su agitación había vomitado gran cantidad de sangre.

Luego que se hubo calmado un poco, se puso á hablar.... pero como consigo mismo; á veces se abrian sus ojos demasiado, pero tenían la apariencia de no distinguir objeto alguno. "Es extraño, decía, este nombre que ella y yo hemos querido darle.... este nombre que yo jamás pronuncio.... le encuentro aquí.... sobre esta imagen.... fijado en mi lecho.... Y después, cuando este sacerdote ha dado la comunión.... he podido mirarlo.... he fijado mis ojos sobre los suyos.... se parecen tanto á los que yo he amado.... y que tanto he hecho llorar. ¿Por qué se acerca él á mí? Ayer renegaba de él.... Me causaban horror él y su ropaje negro, y ahora si lo volviese á ver.... Se ha efectuado tal cambio en mí durante su misa.... si lo volviese á ver ahora.... lo bendeciría.

— Heme aquí, heme aquí, gritó el abate Estanislao; héme aquí cerca de vos.... no sé quién serais; pero jamás por enfermo alguno de los que aquí han llegado he sentido en mi corazón tanta caridad.... daría mi vida por salvar vuestra alma.

— ¡Oh, mi alma! ¡Si supieras, joven, cuán manchada está! en cuántas iniquidades está envuelta! No pensarais salvarla.... Dios mismo no podría....

— ¡Callad! no blasfemeis. Vuestros pecados os tendrán rojo como la escarlata, pero el Señor os pondrá mas blanco que la nieve. El arrojará vuestras iniquidades lejos de sí, apartará vuestras prevaricaciones, y no las verá.... no verá mas que vuestro arrepentimiento.... En nombre del Salvador no desesperéis de la misericordia divina.

Rogando el joven sacerdote había caído de rodillas junto al lecho; tenía las manos del extranjero sobre las suyas, y las regaba con sus lágrimas.

Después de algunos instantes, el desconocido que no retiraba sus manos de las del capellan, y dejaba correr abundantes lágrimas, dijo con una voz reposada: "Mi cabeza está débil.... mis ideas trastornadas; sin embargo, en la oscuridad que me envuelve, creo entrever algo del pasado.... Hará mas de veintitres años, que yo había abandonado y condenado á las privaciones, á la des-

gracia, tal vez á la miseria, á mi mujer y á mi hijo....

— ¿Qué, gritó el sacerdote levantándose é inclinándose sobre el desconocido, tenéis una mujer? ¿un hijo? ¿habeis vivido en Nantes? Una palabra mas.... una sola, os lo ruego.... ¿Vuestro nombre?

— José Le Mellier.

A esta palabra, el abate Estanislao Le Mellier, no pudo permanecer en pie.... estaba en los brazos, sobre el seno de su padre.... Las palpaciones de sus corazones, las lágrimas de alegría, se confundieron, se mezclaron en una dicha comun.... Y la piadosa hija de San Vicente de Paul, testigo de tanta felicidad, bendecía á Dios desde el fondo de su alma, admirando sus caminos, y cómo había traído al padre culpable cerca de la ardiente caridad del hijo.

Todos los estravios de la vida de José de Le Mellier, todas las vicisitudes, todos los excesos y remordimientos de semejante existencia, habían gastado su naturaleza de corsario, tan terrible para él como para los demas. La alegría que en aquel instante experimentaba, y á la cual se abandonaba como á un desconocido encanto, era saludable á su alma, y su hijo sabía aprovecharla; ¡mas no sería para el cuerpo un golpe demasiado violento? He aquí todo lo que se podía pedir.... y era lo que su hijo podía temer. Así, con su celo de apóstol, no dejó mucho tiempo á su padre con la falsa tranquilidad que su reconocimiento había hecho nacer. Acababa Dios de acercarlo á su padre; debía conducirlo hasta Dios. No faltó á este deber, y cuando habló al pecador arrepentido sobre un confesor, José Le Mellier respondió: "A vos es á quien escojo: quiero sepais todo lo que me ha hecho desgraciado por mi odiosa conducta para con vuestra madre, y cuánto me he maldecido en mis escandalosos estravios, por haber abandonado á mi mujer y mi hijo."

Hay gracias divinas reservadas al sacerdocio; así es que nosotros los del mundo, no podemos tener mas que una idea imperfecta de lo que debe sentir un hijo cuando vé á su padre en el tribunal de la penitencia, arrodillarse ante él, acusándose de todo el mal que ha cometido y confesando humildemente sus pecados. Suponemos que el orgullo filial debe sufrir entonces; pero tal vez será porque no sentimos los ardores del celo apostólico. David ha dicho, que el Señor no desprecia un corazón, contrito y humillado (1). Poseyéndose el sacerdote, de este sentimiento, debe medir su estimación por el valor y la sinceridad de las confesiones que se le hacen.

Cuando el culpable está en el camino que lo lleva á Dios, es necesario quitar todas las piedras, todas las trabas que pueden embarazar y retardar el paso. Así, el feliz Estanislao, facilitando todo á su padre, supo llegar pronto al grande y decisivo momento. Las contusiones que el herido ha-

(1) Cor contritum et humilatum Deus non despiciet. Salm. Miserere.

bia recibido en la cabeza, los dolores que resentía hacían una congestión cerebral; no había un instante que perder, y en efecto no se perdió.

¡Oh! Luego que la mano del sacerdote, la mano del hijo se extendió sobre la blanca cabeza de Le Mellier; luego que el perdon atraído por su hijo descendió sobre el culpable, ¿cuánta fué la alegría, la indecible, la celeste dicha del padre y del hijo! El perdonado, respiraba con gozo; el peso de sus pecados ya no le oprimía, y el sacerdote que había quitado el peso y había arrojado á otra parte las iniquidades del penitente, repetía con trasporte: "Este, que pongo ahora en el camino del cielo, es mi padre. ¡Oh, Señor, seais bendito para siempre!"

La muerte siguió al perdón, y la mañana siguiente al día en que se había confesado, recibió Le Mellier, de manos de su hijo, el Santo Viático y la Extrema-Úncion; y como si hubiese conocido que nada tenía ya que hacer acá abajo, repetía en su delirio: *Partamos: ella me ha perdonado; partamos.*

Cuando el alma purificada emprendió su vuelo, cuando después de haber pagado Estanislao filialmente su deuda á la naturaleza, hubo rogado y llorado sobre su padre, la hermana de la caridad tendió el velo sobre el rostro del muerto, diciendo al sacerdote: "Bendigamos á Dios: el que acaba de partir, os dió una vida corta y desgraciada acá abajo: vos le habeis asegurado en la de lo alto la dicha eterna. En correspondencia él rogará por vos."

MISA DE DIFUNTOS.

La religion, que nos bendice en el bautisterio, nos bendice en el ataúd. La tumba es la cuna de la inmortalidad; y es preciso pensar mucho en ella.

Cuando uno ha vivido sesenta años, ¿en cuántas misas de muertos no ha rogado? Envejecerse es ver morir, y ver morir, es una advertencia, es oír una voz que nos grita: "hoy por mí, mañana por tí."

Las misas de muertos, á que nos convidan nuestros amigos, son como manchas negras, como pausas graves en nuestra disipada vida. Jamás se nos muestra mas poderoso el valor de la plegaria y la excelencia de nuestro gran sacrificio, que en un altar enlutado. Junto al sepulcro ha querido hacernos ver la Iglesia que la oración es mas poderosa que la muerte. Sin duda lo ha conseguido, y después de diez y ocho siglos, no ecsiste en este mundo de dolores, en este valle de lágrimas, consoladora como ella; con sus plegarias por los que han dejado de ecsistir, ha hecho menos amargo, este duro pero saludable pensamiento de la muerte, que le ha sido preciso darnos frecuentemente para morigerar nuestra vida. "Así ablanda la paloma en su pico el trigo que ofrece á sus pichones (2)."

En las anteriores páginas, hemos intentado des-

(2) Chateaubriand.

cribir la ceremonia y las oraciones. Se suprime parte de estas oraciones, cuando el sacrificio se celebra por los muertos, toda alegría, aun ya que viene de lo alto, seria desagradable junto a un féretro y en medio de una familia agobiada del llanto.

En una misa de *Requiem*, la primera entrada, el diálogo entre el sacerdote y el pueblo, representado por el que responde, es sumamente corto. El cántico de triunfo que entonaron los ángeles sobre el establo de Belen, se omite cuando la Iglesia ruega por los difuntos, parece mas ocupada de su reposo eterno que del pensamiento de glorificar á Dios. En lugar de gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, repite: *Dadle, Señor, el reposo eterno, y hazed lucir sobre ellos la luz eterna.*

En la conmemoracion general de los difuntos, comienza el oficiante por esta oracion:

"Fijad la vista, señor, en nuestra alianza, y no entreguéis á las bestias feroces las almas de los que alaban vuestro nombre; no olvideis las almas de vuestros pobres; no las olvideis para siempre."

"¿Por qué nos habeis repellido, Señor? ¿Será para siempre?"

"¿Por qué se ha encendido vuestra cólera contra las ovejas de vuestros rebaños?"

Después en la epístola resuenan las palabras del gran apóstol: "Todos resucitarémos; pero no todos seremos cambiados. Esta resurreccion se verificará en un momento: al sonido brillante de la trompeta final, resucitarán los muertos en un estado incorruptible; y entonces serémos cambiados; porque es preciso que este cuerpo corruptible sea revestido de incorruptibilidad, y el cuerpo mortal se revista de inmortalidad. Entonces se cumplirá la palabra de la Escritura: La muerte será absorbida por una completa victoria. ¡Oh muerte! ¿Dónde está tu victoria? ¡Oh muerte! ¿Dónde está tu aguijón?"

En el gradual: "Sacad mi alma de la prision en que está, á fin de que os bendiga, Señor."

"El alma en el dolor que la oprime, y el espíritu en la inquietud que lo agita, claman por vos."

"Escuchad, Señor, y tened compasion, porque sois un Dios de bondad; tened misericordia de nosotros, porque hemos pecado. . . . Dios de Israel, escuchad la plegaria de los muertos de Israel."

Después sigue el gran himno de la muerte, el himno de la cólera, el *Dies irae*, terrible y magnífico recuerdo del juicio final, y de los decretos eternos del soberano Juez.

El evangelio viene en seguida á confirmar todo lo que el inspirado poeta ha cantado.

"En aquel tiempo, dijo Jesus á sus discípulos: En verdad, en verdad os digo, la hora viene, y ya ha llegado, en que los muertos oirán la voz del Hijo de Dios, y los que la escucharen vivirán; porque así como el Padre tiene la vida en sí mismo, también ha concedido al Hijo tener la vida en sí mismo, y le ha dado el poder de juzgar, porque es el Hijo del Hombre. No os admireis: porque vendrá tiempo en que todos los que están en el sepulcro, oirán la voz del Hijo de Dios, y los que hubiesen hecho buenas obras se resucitarán á la vida, y los

que hayan cometido malas obras resucitarán para su condenacion."

Al ofertorio dice el sacerdote: "Fijaré los ojos sobre el Señor. . . . Enterneceré á mi Salvador; él escuchará mi voz. Me levantaré después de haber estado sumido en las tinieblas; el Señor será mi luz."

En la comunión: "El que coma mi carne y beba mi sangre, tendrá la vida eterna, y lo resucitaré en el día del juicio."

En todas estas citas, tomadas de la misa de muertos (y de un libro en que una muerta muy cara ha rogado por los que ya no viven) veo toda la solicitud de una madre que intenta fortificarnos y alimentarnos con esperanzas celestes, para que nuestro valor no se debilite en este momento supremo. En el tesoro de los libros santos, ha buscado la Iglesia, ha reunido todo lo que revela nuestra inmortalidad; y para que no tengamos pavor cuando avancemos á las regiones de la muerte, ha hecho descender dos luminosas hijas del cielo, la fé, y la esperanza.

En esos aniversarios de familia, establecidos en nuestra vida social, para protestar contra el olvido y hacernos venir á rogar por los que ya ni vemos ni oímos, y que hacia muy poco tiempo tenían lugar entre nosotros; ¿quién en esas misas negras que mandamos decir, no siente dulcificarse la amargura de sus recuerdos, oyendo al sacerdote leer el evangelio en que se cuenta la resurreccion de Lázaro; sobre todo, cuando oímos en el altar enlutado estas palabras: *ego sum resurrexio et vita.* "Yo soy la resurreccion y la vida: el que crea en mí, cuando muera vivirá."

Con toda sinceridad, con toda verdad, declaro creer firmemente que no he conocido, que no hay, que no habrá jamas, una frase tan mas llena de consuelo que aquella. Cada sílaba, cada palabra está impregnada toda de esa gracia divina, que aleja las tristezas del alma, y embota las tiros de la muerte. La porcion de tierra que cae sobre el ataúd, el mármol, que cubre el cadáver, los gusanos, la corrupcion que vienen á pesar de todos nuestros esfuerzos, á pesar de las cajas de box, de encina y plomo, á devorar lo poco que nos queda de nuestros prójimos y amigos; todas estas cosas que destruirían el corazón, pierden su horror con estas palabras: *Yo soy la resurreccion y la vida.*

MISA DE MATRIMONIO.

Hasta ahora he vagado en las regiones fúnebres, por junto á los ataúdes y entre las tumbas; las palabras que acaban de salir de mi pluma, han sido cadáveres, gusanos y corrupcion. Hace un instante, los tañidos lúgubres de un doble mortuorio, herian mis oídos, y entristecieron mi espíritu. . . . Ahora, escuchad. . . . Son los repiques mas alegres, los que salen del campanario rústico para alegrar las campiñas. Sobre los sinuosos caminos, bordados de espinos en flor, todos los fieles que veis

aproximarse á la iglesia, van adornados con sus mas bellos trages; sus rostros están risueños; el contento los anima: van á una *misa de esponsales*.

En nuestros campos, los esponsales se celebran con su antigua poesia. En una bella mañana de Estío, uno ó dos músicos del lugar, sucesores de nuestros antiguos *trovadores ambulantes*, van á la cabeza del cortejo de los esposos. Hombres y mujeres, jóvenes y niñas, llevan cintas blancas y rosadas, color de *inocencia* y *amor*. Los que tocan los violines, no son de ayer, han hecho danzar á generaciones que duermen en la tumba.

Entretanto; está adornado el altar del lugar de ramilletes y cirios, y el párroco, que conoce á sus feligreses, como un padre á sus hijos, no tiene necesidad de preparar el discurso que ha de dirigir á los futuros esposos: no tendrá necesidad de hacer la apologia de las dos familias que van á enlazarse: pero como á hijos de la alquería y del arado, les hablará de honestidad, de probidad, de la piedad hereditaria en sus ramas, y les ordenará marchar por el mismo sendero de sus abuelos.

El ministro de la nueva ley traerá á su memoria los poéticos dias de la antigua, evocará los recuerdos de los patriarcas, primeros de la propiedad. Hará venir á la memoria de los cultivadores que le escuchan los recuerdos de las hijas de Jetró; los segadores de Booz, y los *esponsales* de Jacob y Raquel.

Al introito de la misa de matrimonio, dice el sacerdote: "El Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, sea con vosotros! ¿os una él mismo y eche sobre vosotros su bendicion!"

"Dichosos los que temen al Señor, y siguen los mandamientos de su ley"

A la epístola, la voz de San Pablo, los preceptos de este gran apóstol, son los que el pastor hace escuchar á los esposos que se unen, y deben amarse toda la vida, como Jesus ama á su Iglesia.

En el evangelio, escuchamos al mismo Salvador, proclamar que *el hombre no debe ni puede separar jamas lo que Dios ha unido.*

Suspendo aquí las citas llenas de encantos y poesia antigua, que podia tomar de la parte del ritual consagrada á la union del hombre y la mujer; no puedo olvidar que el matrimonio es un SACRAMENTO, y mas adelante debo describir el ceremonial cuando llegue al término de mi obra.

MISA DE PRIMERA COMUNION.

CUANDO volvemos nuestra vista atras, y echamos una ojeada á nuestros dias pasados, encontramos uno que no se confunde con los otros, que queda fuera de la línea y permanece radiante en medio de los de nuestra infancia: el de NUESTRA PRIMERA COMUNION!

Bien podemos envejecer; aquel suceso no se pierde en el estruendo de lo pasado, en las nubes que se estienden sobre nuestra memoria. ¿Y quién, ha marcado así este dia, para que pueda durar siem-

pre, á pesar del influjo del tiempo? Es la bondad del *Dios que ha alegrado nuestra juventud*: no ha querido que este dia de fé y de oracion, de pureza y de inocencia, en que hemos sido por primera vez admitidos al banquete celeste, pueda irse de nuestra mente y de nuestro corazón. En la vida de acá abajo, la dicha perfecta es tan rara, que es bueno y saludable acordarse del dia que nos ha dado una felicidad sin nubes, y radiante de inefables alegrías del cielo.

Al meditar sobre este dia, tan lejano de nosotros, hemos adquirido la conviccion de que esta dicha no reconoce otras fuentes, que *Dios y una conciencia pura*, querremos volvernos á uno y á otra. Para volver al Soberano Señor de todas las cosas, y á la pureza de corazón, nunca es demasiado temprano ni demasiado tarde. Para hacer bien nuestra primera comunión, teníamos nuestra nativa inocencia. . . inocencia que el mundo verá muy pronto manchada en su blanca túnica. . . . empero, hay para los pecadores una segunda inocencia; la del arrepentimiento. El recuerdo de nuestra primera comunión, puede darnos esta inocencia.

Después de su pecado, Adán, lanzado del Paraíso terrestre, no podia volver á entrar en él. Un serafin armado de una espada de fuego estaba situado en la frontera del Eden, para cerrar el camino al hombre caido. Nosotros somos tratados con mas misericordia que nuestro primer padre. Nos es permitido volver á *nuestra jornada del Paraíso*, puesto que, con las lágrimas de la contricion y la Sangre del Cordero, podemos volver á nuestra manchada ropa su primera blancura.

Evoquemos nuestros recuerdos de la infancia; trasportémonos á aquellos años de transicion, donde acaba la primera edad, comienza la segunda, y el espíritu del adolescente se abre á la razon, y percibe la diferencia que existe entre el bien y el mal. . . . Solemne momento de la vida, casi siempre decisivo del resto de nuestros dias.

Cerca de los doce años, es admitido el cristiano al banquete eucarístico. Para esto, el pastor que lo ha instruido en la religion, debe esperar á que el niño tenga el conocimiento necesario, bastante discernimiento para concebir la grandeza del misterio, y estimar el divino alimento que va á recibir.

En general por la Primavera, cerca de las fiestas de pascuas, es cuando celebran en todas las parroquias las primeras comuniones. "Después de haber llorado la muerte del Redentor del mundo, con las montañas de Sion; después de haber recordado las tinieblas que cubrieron la tierra, el mundo cristiano sale del dolor. Como la naturaleza ha tomado su verdura y sus flores, la Iglesia toma sus bellos ornamentos. Las campanas se reaniman, se quitan los velos á los santos, el grito de alegría, la antigua *aleluja* de Abraham y de Jacob, hace retumbar la cúpula de los templos. Jóvenes vestidas de blanco, niños que han adornado sus madres, marchan en dos largas filas con gran recogimiento. De cuando en cuando, es interrumpido el silencio por el canto de los cánticos. Los padres, mudos de

santa alegría los siguen. El altar, cerca del cual se dirigen todos estos ángeles de la tierra, con orden y modestia, está brillante de luces, y perfumado con el olor de los ramilletes."

El ministro del Dios que quería que los niños viesen á él está allí, en el santuario, rodeado de los que le ayudan á instruir, y salvar á las almas: como los padres según la carne, así el padre según la gracia, tiene el corazón rebosando de emoción. Antes de salir al altar para consagrar las hostias que va á distribuir entre los niños purificados de toda mancha por el Sacramento de la penitencia, siente la necesidad de hablarles todavía más del Dios que va á descender á sus corazones, y de la pureza que es preciso para recibirle dignamente.

Jamas ha faltado en esta solemne ocasión la gracia á los oradores de parroquia; y sea bajo las altas y ricas bóvedas de una catedral, ó en una humilde Iglesia de campo, el cura, nunca ha dejado en aquel día de estar elocuente. Su paternidad se exhala sobre los que le escuchan. En los ojos que aquellos adolescentes tienen alzados hacia el púlpito, y en los de sus padres, veis las lágrimas. . . . Lágrimas como las que debe haber en el cielo, porque son más dulces, más puras que todas las alegrías de la tierra.

Las palabras que ocurren más comunmente al Crisóstomo campestre, son: *hijos míos, queridos hijos*, y cada vez que las pronuncia, se conmueve toda la concurrencia.

El párroco desciende en seguida de la tribuna santa, para subir al altar. Todos los niños arrodillados, las niñas con sus largos velos de muselina blanca; tienen en las manos cirios encendidos. Todas estas luces que brillan sobre las tiernas cabezas, me han hecho frecuentemente (en la *media luz* de la Iglesia), el efecto de pequeñas estrellas que resplandecen sobre los predestinados.

El día de la primera comunión fija el destino de un gran número de seres, y este punto de partida hacia la dicha ó la desgracia eterna, es conmovedor y admirable al considerarse.

Entre tanto sigue el santo sacrificio: el *Kyrie eleison*; el *Gloria in excelsis*, el *Credo*, se han cantado. El *Prefacio* anuncia que el momento de la consagración está próximo. . . . La fé, la piedad se redoblan en todas las tiernas almas que van á saciarse con la Sangre divina; entonces, la Iglesia parece el cielo; Dios desciende allí, y los ángeles lo adoran. Los cánticos más suaves, se entonan en este momento á Jesús y á María, con las voces más dulces mejores de la parroquia. Mientras se elevan estos amorosos ruegos, el humo del incienso sube hasta el Señor. . . . ¡Oh! si en esta pequeña colección de ángeles, tenéis un hijo, ¡cómo rogáis entonces! ¡Cómo os inundan las delicias del cielo; y cómo amáis á Dios. . . .!

Cuando ha entrado esta emoción una vez en vuestro corazón, bien podéis envejecer, que no se borrará jamás, y cuando penseis en ella, os causará recuerdos gratos.

El sacerdote se da tres golpes de pecho. . . . Después comulga. Cuando el maestro de ceremonias

hace la señal, se levantan simultáneamente á derecha é izquierda los niños y las muchachas; con los ojos bajos y las manos cruzadas sobre el pecho, los nuevos comulgantes se adelantan en número igual, se arrodillan ante la sagrada mesa, y reciben el trigo de los ángeles de mano del pastor, que aun tiene sus labios teñidos en la sangre de Jesucristo.

Durante la comunión hay momentos inexplicables de silencio y recogimiento, y cánticos para desahogar el alma su reconocimiento y amor. Resuenan entonces las bóvedas sagradas con estas palabras:

¡Cuánto me son amados,
Señor, tus tabernáculos!
Cuán amados y caros
Para mi corazón!
Allí tú, con agrado,
Pronuncias tus oráculos,
La fé triunfa en tus aras,
Y vence allí el amor.

Feliz la criatura
Que llega á contemplarte,
Y gime al implorarte
Al pié del mismo altar:
Mas vale un solo instante
Del templo en los espacios,
Que un siglo en los palacios
Del misero mortal.

En otros instantes se establece una especie de diálogo entre los coros de los niños.

TODOS JUNTOS.
Alábase el gran día
Que al alma satisface,
Y en cantos de alegría
Bendígase al Señor.
Cantemos su ternura
La bienaventuranza,
La dicha y bienandanza
Que nos legó el Criador.
Descienda en este día,
En medio de este mundo
Le plugo al sin segundo
Hacer grata mansion.
Bajo este antiguo techo
Cantemos nuestro amor,
Las gracias del que reina
En nuestro corazón.

LOS NIÑOS.
¡Oh hijas de Sion! que este recinto
Resuena con los cánticos sagrados!
Estos lugares santos
Llenos están de majestad divina,
Del Dios que al mundo en su poder domina,
Padre bondadoso que á sus hijos ama.
¡Oh cielos, cuánto bien, cuánta bondad!
Por sí mismo se da,
Y dándose asegura
El santo pan de la inmortalidad.

LAS NIÑAS.

Como nosotras
En este día,
Del pan del cielo
Ahora nutridas:
Venid, cristianos,
Con voz unida,
Y alcemos todos
Nuestra cantiga;
Y bendigamos
Al que la inspira;
Alabad todos
Al Dios, que vida,
Salud reparte,
Bienes y dichas.
Pastor divino,
Sus ovejillas
Al pasto umbrroso
Terno las guía:
Con frescas sombras
El las abriga,
Con aguas puras
Su sed mitiga.

LOS NIÑOS.

Tu palabra es, Señor, acá en mi oído,
Mas grata y dulce que el tañido blando
Del más suave instrumento: es un sonido
Como el jugo sabroso que la abeja
Libando está en la flor. . . . ¡Feliz tres veces
La familia que fiel á tus mandatos,
Tus leyes sigue, y tus preceptos gratos!
¡Feliz la madre, que en afán prolijo
De ellos instruye al fruto de su vida!
¡Feliz el padre, que á leer convida
Esas máximas santas á su hijo!

Vienen al banquete de la sagrada mesa á arrodillarse, el hijo del pobre junto al del rico, y junto á la hija del príncipe la del artesano. . . . Los vestidos de todos son iguales; porque de antemano el cura y las principales señoras de la parroquia, se ocupan en vestir á los desnudos, y dar pan á los que no lo tienen.

En nuestras campiñas, al salir de la iglesia, cuando los niños tienen todavía á Dios en el pecho, se les lleva á la casa del cura, ó al castillo, á desayunar; es una gran fiesta en todo el lugar: los niños se han hecho ángeles, y para que comuniquen su dicha á las casas, se les abren de par en par.

En las vísperas y en la salve, se llena de nuevo la iglesia con los dichos niños y sus venturosas familias. En nuestras provincias de Aujon, Vendea, y Bretaña, en la procesion de la tarde cuando el sol baja al horizonte y dora con sus rayos los collados bosques y prados, lleva cada niño su bandera desplegada al frente del estandarte de la Reina de los ángeles. Para repartir estos estandartes de paz, se colecta entre los ricos una suma regular, y se cortan en el castillo tiras de muselina blanca para distribuir á los niños. No hay cosa más gra-

ciosa y pintoresca, que todas estas banderas blancas que se despliegan sobre el verdor de la campiña; tras de la cruz de plata y el estandarte de terciopelo rojo, forman los niños dos largas filas, señalando con sus huellas el giro de la procesion.

Estas banderas de la primera comunión, se conservan en las familias. Se les vuelve á ver en la fiesta de Corpus; y cuando la Francia prosperaba bajo el cetro de los descendientes de San Luis, se enarbolaban estos estandartes en la puerta de cada choza, cuando un príncipe venia á visitar el país de Catelineau Bonchamps, Jorge Cadoudal, Lescaur, Charette y La Rochjacquelein.

Al citar estos nombres célebres, no hablo de política; solamente quiero recordar que los hombres que los han llevado eran católicos defensores de la cruz y de los tabernáculos, y que todos habían hecho su primera comunión; habiendo sabido morir con valor y defendiendo la causa de Dios.

Los grandes artistas encuentran inspiraciones sublimes en todo lo que toca al sacramento de la Eucaristía. Una primera comunión de pueblo, con todo el encanto religioso que mi pluma ha ensayado indicar, sería un cuadro muy poético. En espera de que algun pintor acometa la empresa, tenemos una obra maestra cuyo asunto se refiere á la sagrada Eucaristía: Carlos Borromeo dando la comunión á los epidemiados de Milan. Marsella tiene un cuadro, que hace pareja con el anterior: Belzunce en medio de sus ovejas heridas por el azote de la peste.

En todo lugar en que el catolicismo derrame las gracias de sus sacramentos, se han de levantar santos, y han de brillar milagros de caridad.

Para cerrar todo lo que he escrito con temor y temblor sobre la sagrada Eucaristía, como sacramento y sacrificio, necesito como cuadro final, referir todas las pompas, magnificencias, y doctrinas que acompañan y prueban el triunfo del sacramento del altar sobre la herejía. Contra este grande y adorable misterio, habian blasfemado muchos herejes; así es que, reconoció la Iglesia la necesidad de una brillante y solemne expiacion. La decretó el Papa Urbano IV, el 8 de Setiembre de 1264. El breve que la instituye, se dió en Orvieto.

La voluntad del santo pontífice, se ha cumplido perfectamente. El catolicismo no tiene una fiesta más conforme á su espíritu, ni que más satisfaga el corazón de los pueblos, que la FIESTA DEL SANTISIMO CORPUS, que bien se puede llamar *la fiesta del orbe, la fiesta de las ciudades y de los pueblos*.

En mi cuadro de las fiestas cristianas, he tratado de pintar esta magnífica solemnidad, en una gran ciudad, en una aldea, y sobre el mar á bordo de un buque de almirante. Para no repetir aquí, voy á describir la procesion del Corpus en un convento de Paris, escena sublime y tierna que acabo de ver este año (1850).

En el centro de Paris en una de sus manzanas mas populosas, en el centro de este gran corazon de piedra, cuyas venas y arterias son las calles donde circula la vida y la turba, en la region mas animada del barrio de San German, el 2 de Junio de 1850, creí hallarme á mil leguas de esta gran ciudad, que algunos llaman la *moderna Babilonia*.

En la calle de Bac no hay solamente almacenes y viejos hoteles, sino tambien algunos puntos privilegiados, en que debe caer el rocío celestial con mas abundancia que en otra parte. Tras las dos filas irregulares de casas, que forman la calle, existen grandes espacios: verdes, puros, y frescos oasis, asilos de oracion y meditacion en que el alma encuentra la calma, y á los que con trabajo pueden llegar los rumores del mundo.

La mas importante de estas mansiones sagradas, es sin contradiccion la de las hermanas de la caridad. Hay tanta futilidad y ligereza en el carácter parisiense, que la mayor parte de los habitantes de esta capital, de un pais en otro tiempo tan cristiano, ignoran que de esa morada salen á cuidarlos en sus enfermedades y consolarlos en sus penas, las caritativas hijas de San Vicente de Paul.

Sí; de allí salió la hermana que vemos á la cabecera del agonizante, junto al soldado herido, ante el obrero agobiado por el peso del trabajo, cerca del preso, y mas cerca del criminal, que va á entregarse al verdugo.

Para disculpar un poco á los parisienses, debo decir: que si no llama su atencion el establecimiento admirable é inmenso, es porque su puerta humilde y sin adorno, se confunde con las demas. Sin embargo, al otro lado de estas puertas de encino, hay una colonia de santas, un enjambre de terrestres ángeles educándose y preparándose para las obras de misericordia, y de allí emanan tantos socorros y consuelos sobre Paris, sobre Francia, sobre Europa, y mas allá de los mares sobre los países mas remotos.

En este gran día de Corpus, sale una voz del cielo que anima todas las comunidades. Las jóvenes, las mujeres que han renunciado al mundo y consagrado al Señor, á los pobres y á los niños, abrazando todas las privaciones, y sometiéndose á una vida austera y á una observancia rígida, conservan un santo placer, el de adornar su iglesia y su altar.

No desarraigan el buen gusto los hábitos del claustro; las hijas de Eva conservan siempre su elegancia nativa. Ya no quieren acordarse de su belleza ni de sus gracias; pero sí quieren que los tabernáculos de Dios brillen con el oro, y que las imágenes de la reina de las Vírgenes, estén adornadas con ricos encajes y lindas flores.

Los altares de *pozos* que las hermanas de la caridad colocaron este año en el patio, corredores y claustros, verdadero campo de la celestial Jerusalem en medio de Babilonia, prueban lo que acabo de decir.

Nada mas gracioso, mas fresco, virginal ni de mejor gusto, que estos altares, construidos al estre-

mo de largas filas de ramas de árboles que la segur habia respetado muchos años, y que recuerdan con el enlace de sus ramazones, las naves góticas de nuestras suntuosas catedrales.

Bajo esta verdura, densa y lujosa, brilla la luz de mil bujías, contra la sombra de las ramas; las flores mas primorosas esmaltaban los altares, mezclando su delicado olor al incienso que se elevaba con los himnos sagrados y plegarias de aquella turba, hácia el Dios del universo.

Es preciso decir aquí para asegurar á los que sufren y se inquietan por el porvenir, que la santa colonia de las hermanas de la caridad, nunca ha sido mas numerosa que hoy. Parece que Dios mide el número de nuestras aficciones, para así mandarnos los consuelos.

Las dos hileras de la procesion de hermanas, eran largas y numerosas. Las *novicias* con sus capuchas negras y las hermanas con sus fallas blancas y prominentes, eran de seis á setecientas (1). El estandarte blanco de la immaculada Virgen, abria la procesion, y á derecha é izquierda, niños acólitos llevaban sus luces, y despues de todos, las hermanas de la caridad cristiana, orando, cantando y llevando en la mano su cirio encendido.

Tras las vírgenes del Señor, tras los ángeles de la tierra, venia el clero con capas y dalmáticas. Las voces graves de los sacerdotes en alternativa con las de las hermanas de las galerías del convento bajo las bóvedas del claustro, y entre las ramas con que éste se veia adornado, eran de un efecto admirable en el sagrado recinto. Ningun ruido se escuchaba, capaz de distraer la piedad y el recogimiento, á no ser el suave gorjeo de algun pajarito que entre las ramas cantaba á su modo: "Toda criatura debe cantar un himno al Señor."

Habia recorrido la procesion la mitad de su curso trazado por un cordón de flores deshojadas; habia llegado á la mas linda de las pozas que se hallaba en el centro del inmenso jardín; la radiante Eucaristía iba á bendecir á la gente arrodillada; ya habia dicho el sacerdote desde lo alto de las gradas con voz clara y levantada: *Nuestro auxilio está en el nombre del Señor.*

Y habiamos contestado:

Del Señor que ha hecho el cielo y la tierra.

Acabábamos de inclinar nuestras frentes para recibir la bendiccion, cuando se oyeron repentinamente los acentos de una música marcial; hasta aquí nada habia resonado en el asilo de paz y de oracion. Los sonidos guerreros nos venian de una casa vecina, *las misiones extranjeras*; pues la guardia nacional, de la que una parte todavia cree en Dios, habia querido proporcionar el brillo de sus armas y la armonía de su música, al clero de las misiones. Y mirando bien la cosa, ¿no son tambien los misioneros soldados tan valientes é intrépidos como los que llevan sable y fusil, y no merecen que los hombres que conocen el valor lo estimen y honren?

(1) En 1848, deben haber sido mas numerosas en la procesion; porque en 1849, cien de ellas, murieron del cólera asistiendo á los epidemizados.

Los sacerdotes, consagrados á llevar lejos la palabra evangélica, mas allá de los mares, á los pueblos salvajes y crueles, así como las mujeres consagradas á repartir las limosnas de la caridad y las divinas esperanzas en las almas desgraciadas y frecuentemente marchitas, adoran al mismo Dios.

Al Dios que ha dicho: *Id, y enseñad.*

Al Dios que ha dicho: *Id, y haced el bien, dad y consolad.*

El misionero y la hermana de la caridad, son hermanos y hermanas; unos tienen por patrono á San Francisco Javier, las otras á San Vicente de Paul. La hermana de la caridad no cura solamente las llagas del cuerpo, sino que vierte tambien el bálsamo de la palabra santa sobre las heridas del alma. Cuando el apóstol está lejos de su país natal, cuando planta el estandarte de la cruz en alguna isla desconocida y poblada de hordas salvajes, no solamente va á proclamar á Jesucristo, hacerle adorar por los bárbaros á quienes su palabra habra iluminado, sino que tiene necesidad de condolerse de los males físicos, y hacerse médico del cuerpo como lo es del alma.

Al enfermo á quien cura la hermana de la caridad, habla de Dios; al idólatra que convierte el misionero, presta cuidados paternales.

Una feliz casualidad ha aprocsimado tanto estas dos casas de Dios, y sus cánticos y sus himnos han debido elevarse juntos hácia el cielo como un solo y majestuoso acorde. Así cuando he oído sus voces mezclarse y confundirse en el momento de la bendiccion, en este instante dulce y solemne en que mi alma rebosaba en emociones indecibles, no oré por mí, pobre pecador, sino que desde el fondo de mi corazon impetraba del Señor dejase caer su rocío sobre los sacerdotes de las misiones y sobre las hermanas de la caridad. Unos y otras no apetecen mas que la mayor gloria de Dios y la dicha para los hombres.

¿En qué fuentes han tomado y van á tomar estos valerosos apóstoles, estas santas hijas ese ardor tan caritativo? ¿Dónde pueden unos y otras hallar la fuerza que les es precisa, la fuerza que consumen diariamente? No lo dudemos: en nuestros tabernáculos, en la santa Eucaristía es de donde la gracia destila sobre los elegidos de Dios.

LA PENITENCIA.

En aquel mismo día (1) primero de la semana, siendo muy tarde y estando cerradas las puertas de la casa, donde se hallaban reunidos los discípulos por miedo de los judíos, vino Jesús y apareciéndose en medio de ellos, les dijo: "La paz sea con vosotros."

"Dicho esto, mostróles las manos y el costado. Llenáronse de gozo los discípulos con la vista del Señor."

"El cual les repitió: La paz sea con vosotros. Como mi padre me envió, así os envío también á vosotros."

"Dichas estas palabras, alentó ó dirigió el aliento hácia ellos, y les dijo: Recibid el Espíritu Santo."

"Quedan perdonados los pecados á aquellos á quienes los perdonareis, y quedan retenidos á los que se los retuviereis."

Jamás se han pronunciado palabras más exactas ni más positivas.

El concilio de Trento dice con este motivo: *por esta acción tan notable y por estas palabras tan claras han reconocido todos los santos padres de unánime consentimiento, que el poder de perdonar y retener los pecados, fué comunicado á los apóstoles y á sus legítimos sucesores para reconciliar á los fieles caídos en el pecado después del Bautismo.*" (2)

Antes de la resurrección, había dicho el divino Legislador á San Pedro: "Te daré las llaves del reino de los cielos (3). Todo lo que atares sobre la tierra, será también atado en los cielos; y todo lo que desatares sobre la tierra, será también desatado en los cielos."

Repite Jesús estas mismas palabras, en otra circunstancia, al conferir á los demás apóstoles como á San Pedro, la facultad de perdonar los pecados (4).

Si conservasen los fieles, dice el concilio de Trento, inviolable la gracia que han recibido en el bautismo, habría bastado este sacramento para la remisión de los pecados; mas como Dios es rico de misericordia, y conoce á fondo nuestra debilidad, ha querido dejarnos en otro sacramento un recurso para los que caen después de haber sido regenerados.

(1) Evang. de San Juan cap. XX ver. 19.
(2) Sess. XIV, cap. I. de Pœnit.
(3) San Mat. XVI, vers. 19.
(4) San Mat. XVIII, vers. 18.

Tal es el sacramento de la penitencia que llaman los santos padres, una segunda tabla después del naufragio, y un remedio que da á nuestra alma la vida espiritual que el pecado le quita.

"LA PENITENCIA considerada como virtud, es decir como un dolor sincero y un aborrecimiento de los pecados cometidos contra Dios, con resolución de no cometerlos más y satisfacer á su justicia, ha sido en todo tiempo necesaria al hombre para volver á la gracia del Señor." (5)

"Sin embargo, agrega el concilio, la penitencia no era un sacramento antes de la venida de Jesucristo; ni después lo ha sido tampoco para nadie antes de recibir el bautismo."

"La materia remota del sacramento de la penitencia, son los pecados cometidos desde el día en que el agua santa nos regeneró en las fuentes, con la sola diferencia, que los pecados mortales son la materia necesaria, pues el pecado mortal cometido después del bautismo, no es perdonado sino por el sacramento de la penitencia. Por lo cual el concilio de Trento dijo: "Que es necesario y de derecho divino para la remisión de estos pecados, confesar, decir y declarar todos los pecados mortales de que se pueda uno acordar después de pensar seriamente en ello (6). Mas los pecados veniales son únicamente, la materia suficiente del mismo sacramento, pues no son incompatibles con la gracia de Dios, y hay muchos medios de borrarlos sin el ministerio de los sacerdotes. Sin embargo, es práctica muy útil confesarlos, y debe ser recomendada por los que tienen cura de almas. Los pecados mortales ya perdonados, también son materia suficiente del sacramento de la penitencia. Los tres actos del penitente, *contrición, confesión y satisfacción*, son como la materia próxima de este sacramento, *quasi materia* dice el concilio de Trento; y estos mismos actos siendo de institución divina, se requieren en el penitente para la integridad del sacramento y para la remisión plena y perfecta de los pecados; por todo lo cual, son las partes de la penitencia."

"Los tres actos del penitente, no son necesarios en el mismo grado y de la misma manera, para la validez del sacramento de la penitencia. Se requiere

(5) Sess. XIV, cap. V.
(6) Instruc. Sobre el ritual por M. Poli de Chom, obispo de Tolosa.

re esencialmente la *contrición*; pero basta la *confesión* virtual, no se exige necesariamente en la práctica la *satisfacción*. La *contrición*, la *confesión* son partes esenciales del sacramento, mas la *satisfacción* es solo parte integrante. Así es que, sin la *contrición* y la *confesión*, no subsiste el sacramento; pero sin la *satisfacción*, subsiste en la esencia, aunque no es perfecto."

La necesidad del arrepentimiento viene de tiempos muy atrás en la historia de los hombres. No habiendo sabido nuestros primeros padres conservar la inocencia de que los dotó el Criador, el pesar de haber ofendido á Dios y la penitencia, debieron nacer y seguir de cerca á la ofensa. Pues bien, de este punto de partida data el origen de la confesión.

El Señor después del pecado de Adán y Eva, fué para ellos un padre compasivo; pero antes de hacerles escuchar palabras de misericordia para ellos y su raza, quiere que los culpables reconozcan su crimen. Sin embargo que él todo lo sabe, interroga á su criatura y le dice:

— "¿Dónde estás, Adán

— Me he ocultado, contesta, el primer hombre, porque he tenido miedo.

— ¿De dónde te ha venido este temor, replica el Señor, sino de que has comido del fruto del árbol que yo te había prohibido?"

Así es como Dios le puso en los labios la confesión de su desobediencia. Adán le replicó al Señor:

"La mujer que me has dado me presentó este fruto y lo comí."

Estas tres palabras componen la *primera confesión* que ha hecho el hombre al Eterno, la primera declaración que ha salido de una conciencia turbada.

Los annales del antiguo testamento están llenos de ejemplos de penitencia; Israel á la voz de sus profetas se golpea el pecho, se cubre de cenizas, se ciñe el cilicio, y clama al Señor pidiendo perdón y misericordia.

"El viejo Tobías, después de la salida del ángel que conducía á su hijo, exclama: Señor, vos sois grande por toda la eternidad, y vuestro reinado se estiende á todos los siglos.

"Vos castigáis y salváis: vos nos salváis, nos dejáis bajar hasta los abismos, y de allí nos sacáis; ¿y quién podrá sustraerse al poder de vuestra mano?"

"Vos nos castigáis por nuestros pecados, y nos salváis por vuestra misericordia.

"Convertíos, pecadores, llevando una vida justa ante Dios, con la confianza de que vuestro dolor de haberlo ofendido desarmará al fin su justicia.

"El Eclesiástico nos dice: Aborrece el Altísimo á los pecadores, y hace misericordia á los penitentes.

"Dios hace entrar á los penitentes en la senda de la justicia, robustece á los escasos de fuerza y valor, y les destina la herencia y la recompensa de la verdad.

"Confesad vuestros pecados cuando estais en vida y en salud; y alabaréis y glorificareis á Dios por la misericordia que os ha hecho."

Escuchemos la gran voz de Isaías:

"Yo pasaré ante vos todos los años de mi vida en la amargura de mi alma.

"Yo encontraré la paz en la aflicción mas amarga.

"Vos habeis librado, Señor, á mi alma, la habeis salvado de perecer; y por causa de la penitencia que yo he hecho, habeis arrojado lejos de vos mis pecados.

"Hablad al corazón de Jerusalem, y decidle que se han acabado sus males, sus iniquidades se le han perdonado, y ha recibido una doble gracia para la expiación de sus pecados.

"¿Por qué os dejais morir, casa de Israel (1)? Yo no quiero la muerte del pecador; volved á mí y vivireis.

"Si el justo peca, su justicia no podrá salvarlo; y si el pecador se convierte, su pecado no podrá dañarlo."

Después de tantas citas de profetas de la antigua ley que podría yo prolongar demasiado, y demuestran la utilidad de la penitencia, voy á tomar algunos ejemplos de la ley de gracia.

"Estuvo Jesús cuarenta días y cuarenta noches en el desierto sin tomar alimento alguno. Fué tentado por Satanás, estaba entre las bestias salvajes servido por los ángeles (2).

"El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios está cerca. Haced penitencia y creed en el Evangelio.

"Si no haceis penitencia, perecereis (3).

"Hay mas gozo en el cielo por un pecador que hace penitencia, que por noventa y nueve justos que no la necesitan."

Correspondia al Dios legislador de los cristianos hacer un sacramento de lo que es mas indispensable para la salvación del hombre; y es cosa admirable y digna de eterna gratitud, el que este sacramento de penitencia que asegura, cuando está recibido con las condiciones prescritas, nuestra felicidad en la otra vida, comienza á proporcionárnosla en ésta.

El arrepentimiento de nuestras faltas, es lo único que puede suplir en nosotros la inocencia, y es preciso confesarlas para arrepentirse bien. Cuanto mas nos cueste esta confesión, tanto mas saludable nos será. Siendo el orgullo el principio de todo pecado, como nos lo asegura el Espíritu Santo, no puede ser reparado mas que por una humillación voluntaria que salga de nosotros mismos. Esta confesión de nuestras faltas, esta revelación de las torpezas de nuestro espíritu y de las manchas de nuestro cuerpo, debe sublevar nuestra soberbia y ajarla cruelmente. Hasta el día en que se ha venido á caer á los pies del sacerdote, sentado en el confesionario, no se había vivido sino equivocándose las opiniones de los hombres. Se marchaba en medio de ellos, estimado y honrado. Se iba adornado de una capa prestada; bajo ricas vestimentas se ocultaban enfermedades y llagas. Y he aquí, que él mismo vino á destruir todas sus ilu-

(1) Ezequiel.
(2) San Marcos.
(3) San Lucas.

siones y despojarse uno á uno de sus trages para mostriarse desnudo con su horrible lepra. ¡Oh! ¡Ciertamente hay allí con qué hacer retroceder al orgulloso, y para que pueda vencer tan fuerte repulsion, es preciso que haya tenido bastantes miserias, bastantes errores, bastantes humillaciones en la vida que ha llevado! Con la mirada fiera y atrevida que tenia, se podía pensar que nada tenia que debiese hacerle bajar la frente: con la sonrisa que sabia colocar en sus labios, os imaginárais que no habia mas que paz y tranquilidad en el fondo de su alma. ¡Pues bien! Cuando creiais en esta tranquilidad, en esta calma, os engañabais completamente. El cocodrilo estaba escondido bajo la serena superficie de las aguas, y roía silenciosamente esta alma, que os parecia feliz.... ¡Oh! yo sé bien que la gracia de lo alto, cayendo repentinamente sobre un pecador, lo detiene en el camino del pecado, como á Saulo en el camino de Damasco; pero hay gran número que no son llamados á Dios, mas que por las angustias y los tormentos secretos que les ha hecho sufrir el juez interior.... El ejecutor de las altas justicias de Dios, la conciencia con todos sus poderes está allí. No la vemos, no la oímos; pero ella hace su deber, y manda á los remordimientos levantarse, ir á rodear al pecador, y no darle tregua de día ni de noche.... Entonces el desgraciado, cansado de esta guerra, y hambriento de reposo, acaba por sentir dentro de sí mismo una cosa parecida á la que arrojó al hijo pródigo aquel grito de salud: *Surgam et ibo ad patrem. Me levantaré é iré á mi padre.* Y abandonando el rebaño inundo, volvía á la casa paterna, donde encontraba alegría y festín.

Si, en la confesion que temen tantas personas, hay alegría y dicha para el hombre que tras largos estravíos, mezclados de tormentos morales, encuentra allí un recurso. Las palabras que han servido para hacer la confesion, son tan de cerca seguidas de las de absolucion y perdon, que se sienta uno feliz con las revelaciones humillantes que ha tenido valor de hacer. ¡El cambio es bueno! ¿Por un momento de rubor asegurada una eterna dicha?

En cuanto á la liturgia del sacramento de la penitencia, es tan simple como debe serlo. Al que viene á hacer la confesion de sus faltas, no le es conveniente nada que se parezca al ruido ó escándalo. En nuestras iglesias siempre es en la parte mas retirada, mas solitaria, donde están los confesonarios. No es á la faz del sol donde uno llora mejor sus pecados; sino lejos de todo ruido, de toda distraccion es donde se hace bien el ecsámen.

Ante el pecador, el tribunal de misericordia está siempre abierto, y para invitarle á entrar allí, es costumbre en muchos países poner sobre los confesonarios diferentes dísticos, que convidan al culpable á entrar allí (1). Un protestante célebre, conocido por sus preocupaciones contra la Iglesia romana, no ha podido dejar de admirar estas inscripciones. Ha tenido el trabajo de recoger aque-

llas que encontró sobre los confesonarios de Italia. Hélas aquí tales como se encuentran en sus obras (2): *Id, mostraos al sacerdote.— Iré á mi padre y le diré: He pecado.— Ellos serán perdonados en el cielo.— Vuelve, alma mia, á tu reposo.— Id en paz y no pequeis mas.— Aquel que os escucha, me escucha.— Venid á mí, vos que lleváis un fardo, y os ayudaré.— El justo me corregirá con misericordia.— Ved: hay en mí un camino de iniquidad: desviadme de él y llevadme por el del cielo.*

Antes de venir á poner sus iniquidades á los pies del sacerdote, ¿dónde ha estado el pecador? Se formaba diariamente una sucesion tan continua y rápida de deseos, alegrías, disgustos, odios y amores de celos, errores y esperanzas que en la confesion de tantos movimientos se estraviaba, y no sabia qué camino seguir en este laberinto creado por sus pasiones.

El que durante largos años habia bebido la iniquidad como agua, y habia dicho á los vicios y á las torpezas del pecado: *Vosotros sois mis hermanos y hermanas, hagamos un pacto, y vivamos juntos...* bien conocia que para quitar de su pecho la opresion de conciencia, era preciso hacer una confesion general de todas sus transgresiones de la ley divina, de todos sus malos hechos y ofensas hácia Dios. Pero despues de haber vivido largo tiempo con los hombres, los conocia y sabia todas sus exigencias. Sabia que una lágrima de arrepentimiento sincero bastaba para con Dios; pero eran precisos torrentes de sangre á los ojos del mundo, para la reparacion de una injuria....

¿A quién, pues, hará la confesion que sola puede aliviar su alma, y hacerla respirar? ¿En qué seno descargará el peso de su corazon? (3) ¿Será en el de un amigo? ¿Y quién puede contar con la amistad de los hombres? ¿Tomará los desiertos por confidentes? Los desiertos retumban siempre con el crimen, con el ruido de esas trompetas que el parricida Neron creia oír alrededor de la tumba de su madre (4). Cuando la naturaleza y los hombres son inhumanos, es consolador hallar un Dios pronto á perdonar. No pertenecia mas que á la religion cristiana haber hecho dos hermanos de la inocencia y el arrepentimiento.

El pecador se decide al fin, ha dicho: "me levantaré, é iré cerca de mi padre" y se ha levantado, y ha corrido á arrojarle á los pies del sacerdote de Jesucristo, que es su padre.

En este tribunal, está sentado el juez; y oye al culpable.... ¡Oh! este juez no se parece en nada á los jueces establecidos en el mundo. Estos, se hallan rodeados de guardias, de lictores; todo el aparato de la fuerza los rodea. Aquí nada de eso: es regularmente un anciano con cabellos blancos, que ha envejecido sobre esta tierra y que ha padecido; y pues ha sufrido, sabe compadecer, y el que sabe compadecer, sabe perdonar.... Vos, los que llegais encorvados bajo el peso de vuestras iniquidades, llegad, no tengais miedo; es el ministro del

(2) Addison's Remarks on Italy.

(3) Chateaubriand.

(4) Tácito. Hist.

(1) Catec. de Persev. del abste Gaume.

Dios, que todo lo ha sufrido, que todo lo ha perdonado, quien os escucha.... llegad;.... el culpable está de rodillas; para animar su confianza, hace la señal de la cruz y su boca pronuncia estas palabras: *Padre mio, bendecidme, porque he pecado.*

Desde este prelude, ya no son las costumbres, los pasos del mundo: es un criminal que viene á arrojarse junto al sacerdote; y sin embargo lleno de una maravillosa confianza, dice: *BENDECIDME.* ¿Es, pues, sobre la cabeza del culpable sobre las que deben recaer las bendiciones?... Sí, porque á los ojos de Dios, el hijo pródigo que ha vuelto á la casa natal y ha gritado, *yo he pecado contra mi padre*, es digno de las bendiciones paternas.

En toda su confesion, el culpable no da al sacerdote otro nombre que el de *padre*.

Esta palabra lo dice todo.... El ministro de Jesucristo ha aceptado este título; porque la gracia que ha descendido sobre el corazon del penitente, no ha faltado tampoco al confesor. Una tierna y santa paternidad le ha venido, y sus entrañas se han conmovido á la voz del hijo que pide ser lavado de sus manchas. He aquí pues, como habla haciendo la señal de la cruz: *Que el Señor esté en vuestro corazon y en vuestros labios, á fin de que hagais una sincera y entera confesion de vuestros pecados, en el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo. Amen.*

Entonces comienza la revelacion plena, entera, y sincera de todos los pecados, de todos los crímenes, que tanto han oprimido y atormentado la conciencia del cristiano arrepentido.

El sacerdote, confidente de las miserias de la humanidad, se conmueve de compasion; porque de todas las desgracias la mas grande es haber desconocido á Dios, haber violado sus mandamientos, y manchado la blancura de la ropa bautismal. Despues de haber oido al pecador, esponerle toda su larga vida de iniquidad, el ministro de Jesucristo, no tiene otro nombre que dar al penitente, que aquel de: *hijo mio.... mi caro hijo!*.... Porque lo que siente por el hombre prosternado, palpitante, abismado á sus pies, no es horror ni odio, sino una ardiente caridad.

El sacerdote no es solamente un juez y un padre; sino que es tambien el médico del alma que viene á revelársele. *Conoce todas sus lagas, y sabrá curarlas*, sus palabras son dulces como el aceite y el vino vertido sobre sus heridas.... dulces, como aquellas de una madre que ha escuchado á su hijo.... ¡Oh! entonces el penitente experimenta una satisfacion desconocida; tiene dentro de sí la contricion de haber ofendido á Dios, detesta los pecados que allí habian entrado.... Todo su cuerpo tiembla de una vergüenza saludable, y las lágrimas del arrepentimiento humedecen sus ojos.... ¡Oh, entonces, cuánto se regocija el pecador! el perdon del Señor está próximo.

Para evitar nuevas recaidas al hijo, el padre le impone una penitencia dulce en comparacion de sus faltas. Pero no lo olvidemos, la misericordia del Señor desarma frecuentemente su justicia; y

este es aquí un tribunal de misericordia.... Un instante aun, y el hijo pródigo será restablecido en todos sus derechos. Hijo mio, le dice el padre, arrepiéntete, humíllate; la sangre de la expiacion va á correr sobre tu alma.

El penitente se inclina, y pronuncia con toda la amargura de su corazon el acto de contricion, evocando sobre él todo lo que pueda inspirarle el odio á sus pecados, y el amor á Dios.

Por su parte el confesor, invocando el Dios de bondad y clemencia, de quien desempeña el lugar en el tribunal sagrado, le dice: *el Señor. Todo poderoso y misericordioso, os conceda el perdon, la absolucion y remision de todos vuestros pecados. Amen.*

Y levantando la mano, pronuncia las omnipotentes palabras divinas de la fórmula de la absolucion, que terminan así: *Ego te absolvo á peccatis tuis, in nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti.*

Yo te absolvo de todos tus pecados en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo.

La palabra que el Criador pronunció, cuando hizo salir la luz de la oscuridad del caos, no produjo un efecto tan pronto, tan rápido, como las dichas por el sacerdote cuando nos da la absolucion. Si, desde que la sentencia misericordiosa, proclama el perdon, creemos sentir caer sobre nosotros una gota de la sangre de Jesucristo para rescatarnos de nuevo. Si; lo mismo que el relámpago desgarró la nube, con igual rapidez nuestra ropa bautismal, manchada por nuestros pecados ha tomado de nuevo su primitiva blancura.

¡Qué repentino, qué maravilloso, qué delicioso cambio! y cómo experimentamos dentro de nosotros mismos, que el Dios de misericordia acaba de arrojar nuestros pecados lejos de sí para no verlos mas! Con la paz celestial, que desciende á nuestra alma, y nos envuelve como una túnica tejida por los ángeles, y brillante con la blancura de la inocencia, nos vemos en el camino del cielo, y entonces querriamos morir.

Esta conversion nos parece un nuevo nacimiento, nuestro corazon de ayer nos parece rasgado y un nuevo corazon el que late hoy dentro de nosotros; el otro pertenecia á Satanás, y este es todo de Dios y para Dios. Entonces, exclamamos:

Alma mia, (1) bendice al Señor, y todo lo que está dentro de mí, bendiga su santo nombre.

Alma mia, bendice al Señor, y no olvides jamas la gracia que acaba de hacerte.

El es quien te ha perdonado tus ofensas, y él quien cura tus angustias.

El, quien ha arrancado tu vida á la muerte, y quien te rodea de misericordias y de gracias.

El, quien llena todos tus deseos; y él, quien te renueva y te rejuvenece como el águila."

"Muchas obras han demostrado la divinidad de la confesion, contra los hereges, y la utilidad contra los filósofos. (2) Esta *divinidad*, no ha sido atacada mas que por los que no la conocen; pero los cristianos que á ella han recurrido, y conocen

(1) Salmo 102.

(2) Enciclop. Catal.

bien sus ventajas, saben que es la salvaguardia de la virtud, un remedio poderoso contra las pasiones, una fuente de generosidad y de amor; la prenda de la fe conyugal, el custodio de la paz de las familias, el antidoto de las turbulencias civiles en los Estados; que ella es, en una palabra, la enemiga de todos los vicios, y el manantial de todas las virtudes."

J. J. Rousseau, dice en una parte: "cuántas restituciones, cuántas reparaciones, cuántas reconciliaciones, ha hecho ella entre los católicos." (1)

Voltaire dice á su vez: "la confesion es una cosa muy excelente, un freno para el crimen, inventado desde la mas remota antigüedad: uno se confesaba en la celebracion de todos los antiguos misterios. Hemos santificado esta sabia costumbre; ella es demasiado buena, para inducir á perdonar á todos los corazones poseidos del odio."

"Oh vosotros jóvenes que leís las páginas que he escrito para vosotros! (2) yo no sé que suceso, qué alegrías, qué dichas os están reservadas en el mundo: no sé si vuestra ciencia podrá elevarlos á mas altura que á todos nuestros émulo: no sé si las artes, las ciencias ó el genio os prepara sus coronas: pero sí sé una cosa, y es, que si una de esas dichas; que si todas esas dichas juntas os están reservadas, el día en que esteis rodeados de homenajes, aturridos por las alabanzas, embriagados por el incienso, palpitantes de gloria; ese día, sereis menos felices que el hombre que despues de haber sido culpable y atormentado de remordimientos, se levanta del confesonario rejuvenecido y purificado por la absolucion. . . Oh, entonces, él encontrará los ángeles en su ruta y podrá decirles: ángeles, yo soy vuestro hermano."

"Antes de atacar la confesion como inútil y abusiva, sus enemigos debieran al menos hacer un ensayo; porque para juzgar de los defectos ó de las cualidades de una constitucion, preciso es conocerla (3); y ¿cómo conocer la confesion sin confesarse? No es, absurdo y ridículo, querer juzgar de una cosa segun los desvarios de su mente, ó las fantasmas de su imaginacion, sin tomarse el trabajo de examinar la realidad? Esto es, sin embargo, lo que la escuela filosófica del día hace con todo lo que toca á la religion. Lo que viene de Dios, es diariamente ultrajado por la ignorancia y la mediocridad. Para juzgar de un cuadro ó de una estatua, es preciso ser pintor ó escultor. Un arquitecto seria muy mal recibido si quisiera dar su juicio sobre un sistema científico, ó sobre el tratamiento de una enfermedad; y se acogeria su opinion cuando se tratase de un edificio. No hay, pues, mas que un buen católico para apreciar el catolicismo, y para juzgar de la confesion es preciso ir á confesarse."

El hombre fatigado del mundo, y encorvado bajo el peso de sus faltas, como el obrero bajo un fardo muy pesado; el que vive en la amargura del corazon, y maldice la noche en que ha sido conce-

bido porque á su alrededor no encuentra mas que frialdad y abandono, vaya á buscar bajo las bóvedas de nuestras iglesias uno de esos tribunales siempre abiertos á la desgracia y al arrepentimiento, y se convencerá bien pronto de que el ministro de Jesucristo, sentado en el confesonario, es el mejor y mas compasivo de los consoladores; verá que un confesor es el mas tierno de los padres, el mas seguro de los amigos, el mas discreto de los confidentes. Si uno es pecador, él perdona; si uno está entre los justos, él dirige; en la afliccion, consuela; en el abatimiento, levanta; en el desfallecimiento, fortifica; en el infortunio, socorre; en la tibieza, inflama; y cuando todo nos encorva sobre la tierra, él da alas á nuestra alma, para levantar-se hasta Dios.

Con razon han llamado los padres al tribunal de la penitencia, una santa escuela de sabiduria.

Echemos una mirada sobre todas las edades de la vida, y nos convenceremos de que la confesion de nuestras faltas, templada nuestro orgullo, y vuelve mas fácil y mejor cada una de las épocas de nuestra existencia.

Comencemos por el niño. Desde que la razon comienza á despuntar en su inteligencia, haciéndole un deber de la verdad, le ayuda la confesion á conservar el perfume de la inocencia, tesoro demasiado frágil si no se le pone á tiempo bajo la guarda de los ángeles y del ojo ejercitado y paternal de un confesor, habituado como su divino Maestro, á dejar á los niños venir hasta él. Esta primicia de la vida, es preservada por el temor del mal que le inspira el sacerdote, por los sabios consejos que dá al niño, por la separacion de las malas compañías, que le recomienda, por la obediencia y el respeto á sus padres, que sabe inculcar en esta alma tierna.

El joven encuentra en el confesonario un preservativo contra el torrente formidable de las pasiones. La voz que oye lo escita á la vigilancia haciéndole evitar las lecturas peligrosas y las compañías sospechosas, le pinta todos los peligros de una vida ociosa y le muestra las víctimas de la ociosidad que han llenado el infierno.

A esta escuela de sabiduria deben los esposos la confianza mútua que hace la dicha de las uniones cristianas. Allí hay para ellos una garantía santa, una prenda de fidelidad, un principio de armonía y de paz, una fuente de verdadera felicidad conyugal. La confesion, asegurando el cielo al penitente sincero, le hace tambien eminentes servicios acá abajo. Ella es la que, en el pueblo sobre todo, preve esos desarreglos funestos que absorben en la orgía de un día todo el fruto de los trabajos de la semana, y lanzan así en las familias la ruina, la miseria, el crimen y el suicidio.

¿Será para un viejo inútil el tribunal de la penitencia? ¿Será al hombre cargado de años al viajero fatigado por un largo y penoso camino, á quien se le dirá: no vayais á buscar reposo y solaz al confesonario; allí anadireis á la lacsitud de vuestro cuerpo penas á vuestro espíritu. . . Habéis salido de la tormenta de las pasiones, gozad de la

(1) Emilio tom. III, p. 201 en la nota.
(2) Cuadro de las fiestas cristianas.
(3) Enciclop. Catol. art. Penit.

paz que os dá su ausencia, y no entristezcais vuestros últimos días encorvandoos bajo el yugo de un confesor? ¿Cuán culpables y crueles son los escépticos que hablan así! Y nosotros los que tocamos á los límites de la vida, á las fronteras de la eternidad, ¿cuán insensatos seriamos si prestásemos oído, si creyésemos estos vanos discursos! La confesion, de origen divino, se ha hecho para todos, es saludable á todos, y ninguno mas que el viejo tiene necesidad de recurrir allí. Ella dá la paz á sus últimos años, ella le conserva la calma de sus días, el sueño de sus noches; ella quita los remordimientos que son las espinas de la conciencia, ella le asegura el reposo.

La edad nos ha traído bastantes enfermedades, bastantes dolores; el tiempo ha dejado bastantes vacíos en nuestro derredor; muchos de nuestros amigos han caído como las hojas desecadas, y el viento del olvido los ha hecho desaparecer en la polvareda. Los caprichos de la fortuna habrán sido tal vez para nosotros rigurosos. ¿Quién nos consolará de la venida de las enfermedades, de la fuga de nuestros años, de la ausencia de nuestros amigos, y de las privaciones de la adversidad? Será el amigo que nos ha dado Dios en el confesonario. El, mejor que ningún otro sabe las palabras que consuelan y fortifican, que sostienen y levantan.

El que ha penetrado hasta lo íntimo de vuestro corazon, aquel ante quien habeis descubierto todo lo pasado de vuestra existencia, aquel que ha sondeado toda la profundidad de las llagas que os ha hecho el pecado, aquel cuya mano os ha absuelto, os ha blanqueado y purificado en el nombre del Señor, de todas vuestras iniquidades, es sin contradiccion el hombre que os ayudará mejor al rápido y tremendo tránsito del tiempo á la eternidad.

Oh, en muchas familias que se resienten todavía de la era del filosofismo, no se reciben sacerdotes. No se les quiere ver mas que en la iglesia; se creeria entristecer un salon si se invitase á él á un hombre de Dios. . . Estraña ceguedad hay en esto, porque los hombres que saben mucho, parece que harian mejor efecto entre tantas gentes fútiles que nada saben. En todo, son precisos los contrastes; la hoja que no está muerta, no parece tan verde como cerca de aquella que el otoño ha hecho palidecer. San Vicente de Paul, entrando en los salones de las primeras y mas ilustres familias, no salvaba solamente del frío y de la miseria á sus queridos pobres niños abandonados, sino que salvaba tambien las almas de las grandes señoras que le recibian cerca de sí.

Insisto sobre esta ausencia de los sacerdotes, y la miro como demasiado temible por las consecuencias que trae. Como no se les ve casi nunca en nuestras casas, resulta frecuentemente una inmensa dificultad en hacer entrar uno cuando su presencia se hace indispensable. ¿Quién de nosotros no ha sido testigo del embarazo que se toca cuando una enfermedad se declara grave y peligrosa? ¿Cómo hacer llegar un sacerdote, cerca de aquel á quien ella ha herido? Un sacerdote, para muchos

cristianos tibios, llega allí como un hombre de mal agüero. . . y el que trae la salud, causa miedo. . . Entonces, en la casa sobre que se coloca la muerte, no hay mas que desórden y perturbacion, y alguna vez la familia del moribundo es tan atormentada del espanto que producirá sobre el enfermo la vista de una sotana negra, las perplejidades, las tergiversaciones procuran dilatarlo tanto, que cuando el sacerdote viene á tocar á la puerta de la casa, la muerte ya ha agarrado su presa. Y del pecador, que el ministro de Jesucristo habria reconciliado con Dios, ¡ay! no queda mas que un cadáver!

Lloremos aquellos que la muerte nos ha arrebatado: pero hagámoslo de modo, que nuestros recuerdos no vayan jamas mezclados de remordimientos.

Vemos, que desde el primer siglo de la Iglesia, los pastores de las almas usan de la autoridad de ligar y desatar los pecados. San Pablo nos lo enseña, con la conducta que él siguió con un cristiano que se habia casado con la mujer de su padre. Esto, que entre los paganos mismos, en medio de los cuales vivian los cristianos, debia causar gran escándalo, pues Antioco se habia hecho detestable á su pueblo, por haberse casado con su madrastra viviendo su padre Seleuco, fundador de la monarquía de los seleucidas (1); este apóstol, digo, sabiendo esta union, escribió á los corintios, y les censuró enérgicamente haber sufrido con paciencia tal crimen, y no haber rogado y llorado ante Dios, á fin de que tal escándalo se hubiese quitado de en medio de ellos; despues de lo cual, agrega en su primera epístola á esta Iglesia: "Yo, aunque ausente con el cuerpo, pero presente en espíritu, he pronunciado como presente esta sentencia contra aquel que así se portó, congregados vosotros y mi espíritu en el nombre de nuestro Señor Jesucristo; el que es culpable de este crimen, por la potestad de nuestro Señor Jesus, sea entregado al demonio, para mortificar su carne, á fin de que su alma sea salvada en el día de nuestro Señor Jesucristo." (2)

"He aquí á este hombre, ligado por el apóstol y los ministros de la Iglesia de Corinto, en presencia del pueblo que gemia ante Dios, y le pedia con lágrimas, que no siguiese tal escándalo entre ellos, y no les atrajese la cólera del cielo. Este hombre fué iluminado, entró en sí mismo, y abandonó su crimen; en una palabra, hizo penitencia, y parecia llevar su arrepentimiento al exceso. San Pablo, sabedor de esto, pensó que era tiempo de librar esta alma; y he aquí en qué terminos escribió sobre este asunto á los corintios:

"Basta para él [el incestuoso], en el estado en que está, que haya sufrido la correccion y la pena que le han sido impuestas, y vosotros debeis ahora tratarlo con indulgencia y consolarlo por temor de que no vaya á ser abrumado por un exceso de tristeza. Por esto os ruego que le deis las pruebas

(1) Historia de los sacramentos, p. 395.
(2) Corint. — I. — V. 3 á 5.

efectivas de vuestra caridad y de vuestro amor; por esto os escribo á fin de probaros y reconocer si sois obedientes en todas las cosas. Lo que concedais por indulgencia á alguno, tambien yo lo concedo: porque si uso de indulgencia, la uso á causa de vosotros, y en la persona de Jesucristo, á fin de que Satanás no traiga nada sobre nosotros, porque no ignoramos ni sus astucias ni sus artificios."

"He referido, (dice el historiador de los Sacramentos) esto que es un poco largo, porque en esta ocasion el gran apóstol ha trazado á los ministros de la Iglesia la norma de conducta que deben seguir con respecto á los grandes pecadores, y porque en los cinco ó seis primeros siglos todo se conformaba en la imposición de las penitencias y en la reconciliación de los pecadores, á lo que se habia hecho en esta circunstancia en que San Pablo intervino. Puede añadirse, que en lo sucesivo la Iglesia ha seguido siempre el mismo espíritu."

Sin duda el espíritu de la Iglesia, que es el espíritu de Dios, es inmutable como la verdad; pero como la verdadera religion está impregnada de la misericordia divina; como despues de haber establecido la necesidad de la penitencia, esta tierra Madre ha tenido piedad de sus hijos condenados á largas y trabajosas penas, manteniendo el principio, ha dejado obrar su caridad. . . . Y cuando leemos en los anales del cristianismo naciente, cuando vemos que las penitencias impuestas por los obispos, duraban tres y cinco años. . . . y alguna vez mas, y que durante este entredicho, el cristiano arrepentido no podia ser admitido á la santa mesa; que así como el leproso, tenia su lugar señalado, desviado de la Iglesia, relegado con los otros culpables, y fuera de la comunión de los fieles; cuánto debemos estar penetrados de reconocimiento, de que el Dios, tres veces santo, ha dejado á su misericordia desarmar su justicia y dignándose permitir que nosotros, que no somos mejores ni mas puros que nuestros antepasados, seámos tan prontamente y con tanta dulzura reconciliados con él, por los ministros que tiene establecidos entre nosotros para ligar y desatar nuestros pecados. Nuestros padres eran tratados por la Iglesia, como hombres fuertes y robustos; y á nosotros nos mira como hijos mimados, enervados y sin energia. Sonrojándonos de nuestra debilidad, agradezcamos á nuestra madre su compasion, la piedad que ha tenido por nosotros.

Los concilios de Nicea y de Ancira, reconocian en los obispos una supremacia, una potestad que durante muchos siglos les dieron una grande y saludable influencia sobre la sociedad cristiana.

"Ordenamos (dicen los padres de estos concilios, cuyos cánones forman parte del código general de la Iglesia), que los obispos despues de haber examinado la manera de conducirse los penitentes, tengan la facultad de usar de clemencia, ó de añadir mas tiempo. Ante todas cosas examinen la vida que ha precedido y la que ha seguido, y despues de este ecsámen, usen de clemencia con ellos."

Era una bella y grande institucion la de este tribunal sagrado, presidido por el obispo, asistido

de sus sacerdotes, con los cuales, al pié de la Cruz, componia este senado de la Iglesia. Este tribunal venia á ser tan respetable á los ojos de los fieles, á causa de su pureza, de su equidad, de la ciencia y buena fé de los hombres que formulaban allí las sentencias de condenación y de perdon, que toda la sociedad queria levantarse de allí, y se sometia voluntariamente á sus decisiones hasta en los negocios temporales. Obrar así, era seguir felizmente la intencion de San Pablo, que no queria que los cristianos fuesen á litigar ante los tribunales de los jueces paganos.

Sucedia lo propio cuando los emperadores se convirtieron á la fé, y los magistrados se hicieron cristianos (1), pues la mayor parte querian mejor terminar sus diferencias por el arbitraje de los obispos á llevarlas ante un tribunal en que se sentaban los adoradores de los falsos dioses.

"Constantino el Grande publicó á este propósito un edicto célebre, que se lee al fin del código Teodosiano, por el cual permitia á todos los pueblos llevar sus causas ante los obispos, siempre que otros jueces no hubiesen todavía pronunciado sentencias."

La santidad de los obispos inspiraba á los mismos paganos tal respeto, tan gran confianza, que se veia á un gran número hacer juzgar las diferencias que tenian entre ellos por los ministros de Jesucristo.

¿No se ve en esto un magnífico, un brillante homenaje tributado por el error á la verdad? He aquí que esos romanos tan feroces, esos griegos tan civilizados, vienen á someterse al juicio de los discípulos de Cristo crucificado.

La confesion de sus faltas, es el primer paso que da el pecador para ponerse en gracia de Dios. Ella es, como dice San Cesario de Arles, el principio de la salud del alma: *Initium sanitatis est* (2). Para que el alma, enferma por las manchas del pecado, pueda ser curada y renacer á la vida de la gracia, son necesarias dos cosas: la confesion de las faltas, y el dolor, el arrepentimiento de haberlas cometido. En los siglos en que el amor de Dios se convertia en una verdadera pasion, la Iglesia pensó que las ofensas hacia la Majestad divina, debian ser reconocidas y confesadas á la faz de todos. El amor es ecisigente, y aquel que los cristianos tenian al soberano Autor de todas las cosas, ecisigia del pecador una reparacion ruidosa, y de allí emanaron las confesiones públicas.

Mas tarde el fervor de los primeros cristianos disminuyó, y los inconvenientes de esta clase de confesiones se hicieron notar mas y mas: está costumbre pasó sensiblemente; y si en los siglos posteriores se encuentran algunos ejemplos, son demasiado raros.

He aquí algunos:

Potamius, obispo de Braga, al sentarse en el concilio de Toledo, que cuenta como el décimo, tenido en esta ciudad en el año 556, declaró á los

(1) Historia de los Sacramentos, por el P. Chardon.

(2) Sermon CCLIII. In Append. S. August.

obispos reunidos, un gran crimen oculto, de que él se habia ya confesado. Las alabanzas que sus hermanos en Jesucristo dieron á su piedad, se le hicieron insoportables, y lo obligaron á acusarse él mismo de la iniquidad cometida, asegurando que la confesion pública que hacia era verdadera. . . . Fué depuesto del obispado, golorificando á Dios.

San Teodoro, obispo de Narbona (1), habiendo llegado al monasterio de San Martin, en el país de Chartres, y caido peligrosamente enfermo, llama al abad, le ruega reunir á todos los religiosos y sacerdotes de los alrededores que dependiesen de él, y luego que el abad permitió hacerle algunas reflexiones, le respondió el prelado: "Quiero hacer una confesion pública y general de mis pecados, porque mi orgullo me aconseja no hacerla, Nada hay mejor para entrar en el cielo, que un acto de humildad." Segun Teodoro lo habia deseado, todos los religiosos y muchos sacerdotes de los alrededores vinieron á cercar su lecho, y fueron edificados por las lágrimas y gemidos del santo penitente, que espiraba y entregaba á Dios su alma humillada, en el momento mismo en que el abad pronunciaba: *Ego te absolvo omnibus peccatis tuis, in nomine Patris, et Filii, et Spiritu Sancti.*

Podria citar otros santos así que han pasado de esta vida á la otra; pero me abstengo, porque el número es sumamente grande. Ved aquí un toco y valiente guerrero, un conquistador cuyas victorias han dado resultados durables, y que hombre de hierro y de batallas, quiso humillarse en sus últimos momentos, como esos prelados mitrados de quienes acabo de hablar. El glorioso bastardo de Normandía, Guillermo el Conquistador, despues de sus numerosos combates y heridas, estando postrado sobre el lecho, en su morada, cerca de Rouen, junto algunos santos hombres de Dios, en su cámara. Entre los que llevaban la capilla y los hábitos del santuario, que habian venido al llamado del príncipe, habia compañeros de armas del moribundo. En presencia de semejante asamblea, era donde el conquistador, que *habia querido tambien conquistar el cielo*, habia resuelto confesarse en alta voz, de todo lo que habia hecho desde su juventud hasta su vejez.

Segun lo habia deseado, *dejando la enfermedad una voz buena y firme, como en otro tiempo la habia tenido peleando, comenzó y acabó una confesion general. Su arrepentimiento pareció tan grande á todos los asistentes, que todos esperaban que el Señor le tuviese misericordia, y le recibiria en su santo paraíso.*

La historia del Bajo Imperio nos suministra un rasgo de costumbres de aquellos tiempos de fé, que quiero consignar en mis páginas, para demostrar cuán considerada ha sido siempre la humildad, y la inmolation del orgullo para llegar al cielo.

Nicéforo Gregoras (2), que describia elocuente-

(1) Acta, párr. Theod. apud Bolland. 1 Maii.

(2) Dom. Chardon. Historia de los Sacramentos, vol. II, pag. 455.

mente la penitencia del emperador Miguel Paleólogo, nos cuenta que este príncipe, atormentado dia y noche, ya en su palacio, ya en los campos, por el recuerdo de su perfidia y crueldad hacia el hijo del emperador, á quien habia hecho sacar los ojos para inhabilitarlo de subir al trono, vino á encontrar al patriarca José, con quien tenia la costumbre de confesar sus pecados. Un dia de gran solemnidad, el pontífice estaba rodeado de muchos sacerdotes, y asistido, durante los santos misterios, de muchos obispos; ante todos estos ministros del Dios de las misericordias, el emperador se prosternó con la cara en tierra sobre las gradas del santuario, y se acusó en alta é inteligible voz, de los crímenes que una condenada ambicion le habia hecho cometer.

Nicéforo Gregoras añade, que habiendo oido el patriarca de pié esta confesion, que el criminal coronado venia á hacerle, prosternado á sus piés, le habia leído el escrito que contenia la fórmula de la absolucion que le estaba concedida: esto lo hicieron uno despues de otro todos los obispos presentes, estando siempre el emperador acostado sobre las baldosas del coro.

Despues de alcanzar esta absolucion por medio de tanta humildad, le fué soportable la vida al emperador, reconciliado con Dios y su conciencia.

Por lo que acabamos de citar en las precedentes páginas, creemos haber probado que la confesion no solamente nos asegura la dicha eterna en la otra vida, sino que tambien nos garantiza la calma y la paz en ésta. La historia está llena de ejemplos que lo demuestran. Fuera de las vias de Dios, no hay fortuna feliz: despues, sin la confesion, con nuestra fragilidad nativa siempre saldriamos de los buenos senderos, siempre estariamos en desgracia con el Rey de reyes.

Está fuera de duda, que la confesion de los pecados es uno de los principales deberes que Dios impuso á su pueblo. "Luego que un hombre ó una mujer, ha dicho él en el libro de los Números, hubiesen cometido algunos de los pecados que vienen de ordinario á los hombres, y que hubiesen violado por negligencia el mandamiento del Señor, y hubiesen caído en falta, *confesarán su pecado*, y volverán á aquel contra quien han pecado el justo precio del daño que le hubiesen hecho, añadiendo todavía una quinta parte encima." Era una mácsima universalmente reconocida en el pueblo de Dios (3), mácsima de Dios mismo: "que aquel que oculta sus crímenes, nada conseguirá; y obtendrá misericordia, el que los confiese y se aparte de ellos."

"No os avergonceis, dice el Eclesiastes, de confesar vuestros pecados."

"En ciertos casos extraordinarios, entre los israelitas, la confesion se hacia á los profetas que Dios enviaba para recibir las del culpable."

Vemos de esto un ejemplo en la historia del reinado de David. Habiendo hecho este príncipe, pe-

(3) Inst. sobre el sacramento de la penitencia, por el abate Marius Aube.

recer á Urías para alzarse con su esposa, se presenta Nathan para oír la confesion de su crimen, y para inducirlo á ello recurrió á esta graciosa y hábil ficcion.

"Habia en la ciudad dos hombres, de los que uno era rico y otro pobre. Los apriscos del rico estaban llenos de numerosos rebaños de ganado mayor y menor.

"El pobre no tenia mas riqueza, que una pequeña oveja, que habia guardado y criado cerca de él entre sus hijos: ella comia de su pan, bebia en su copa, dormia en su seno; y él la acariciaba como á una hija.

"Habiendo llegado un viajero cerca del rico, no quiso tocar á sus propias ovejas, ni á sus bueyes para obsequiarlo; pero se llevó la oveja de su pobre vecino, y la hizo aderezar para regalarla á su huésped."

Indignado David lo que acaba de oír, no escuchando mas que su cólera, gritó: "Juro por el Señor, que el que ha cometido esta horrible accion, es digno de muerte; él volverá con el cuádruplo la oveja que se llevó."—*Tu es ille vir*: Vos sois ese hombre, replicó en el acto Nathan: vos sois ese hombre, y hé aquí lo que dice el Señor, el Señor Dios de Israel y de Judá: Yo os he consagrado; os he elevado sobre el trono de Israel y de Judá; hubiera hecho mas si lo hubiérais deseado.

"Responded ahora: ¿por qué habeis llevado el menosprecio de mis leyes hasta el estremo de cometer un gran crimen? Vos habeis hecho perecer con la espada á Urías el Heteneo; vos le habeis inmolaado bajo el yerro de los hijos de Ammon, vos le habeis arrebatado su esposa muy amada para apropiársela....

"Y bien. Entretanto, la espada no saldrá de vuestra casa.... Vos habeis cometido vuestro crimen en las tinieblas de la noche, y yo satisfaré mi venganza á la faz del sol; vos habeis hecho blasfemar el nombre del Señor. El Señor herirá de muerte al hijo de vuestro adulterio; el hijo que os ha nacido va á perecer.

"HE PECADO CONTRA EL SEÑOR. PECAVI, esclama David, cayendo con el rostro en la tierra ante el profeta del Señor. Y desde este día de la sentencia llevada contra él y contra el hijo de su culpable amor, ¿cuántas lágrimas vertidas! ¿cuántos llantos no han empapado su lecho! ¿Cuántas veces no ha gritado al Señor en el silencio de la noche: "He pecado contra vos, Señor, tened piedad de mí: apartad vuestra mirada de mi iniquidad, y perdonadme segun la magnitud de vuestras misericordias."

El real penitente ha rogado tanto, ha implorado tanto su perdon, que aun repetimos sus propias palabras cuando suplicamos al Señor aleje de sí nuestros pecados.... No se qué eco ha llevado á lo lejos sus ardientes ruegos, sus gritos de penitencia y de arrepentimiento; pero toda la tierra los ha aprendido y los siglos que se suceden los saben y los repiten todavía.

Esta palabra: HE PECADO, ha venido á ser como la divisa de todo lo que ecsiste, de todo el

que ha ofendido á Dios, de todo el que se arrepiente. Cuando esta confesion sale de un corazon humillado y arrepentido, no hay en la naturaleza, ni temblor, ni desórden, ni tormento, ni huracán, ni borrasca, ni tempestades capaces de impedirle llegar hasta Dios. Los mundos se desplomarán y en medio de sus estragos y de sus inmensas ruinas, el Señor de las misericordias oírá todavía el grito del arrepentimiento.

El Dios de los cristianos, cuyo ojo lo ve todo, y cuyo brazo puede alcanzar todo, para herir ó socorrer, abatir ó elevar, se inclina frecuentemente hácia la mansion de los hombres para escuchar sus gemidos y recoger sus confesiones.

El confesonario se ha establecido en nuestras iglesias para que los pecadores puedan venir allí y descargarse del peso de sus faltas ó de sus crímenes. Allí es dónde á ejemplo de David, en presencia del profeta mensajero del Señor, el hombre culpable se humilla ante el sacerdote, se golpea el pecho y dice: YO HE PECADO.

Pero aquí, notad, cuánto la ley nueva es mas dulce y menos severa que la antigua. Comparad el castigo impuesto al rey de Israel para la expiacion de su crimen y las ligeras penitencias que nos imponen los ministros de Jesucristo. Esta diferencia es tan grande, la misericordia de Dios está de tal modo estendida, los perdones se han hecho tan frecuentes, tan fáciles, que las almas timoratas y delicadas han pensado que para obtener la remision de sus pecados, deben hacer para con Dios mas de lo que le piden los hombres.

La costumbre de acusarse en alta voz ante el pueblo, ha durado muchos siglos; pero la Iglesia, esposa prudente y misericordiosa de Jesucristo, despues de haber pesado en su divina sabiduria y reconocido los graves inconvenientes de estas confesiones públicas, las ha suprimido.

Hé aquí lo que escribia con este motivo San Leon (1) en su carta á los obispos de la Campania, que les dirigió para moderar el celo de aquellos que obligaban á los penitentes á acusar públicamente ellos mismos sus faltas secretas. Esta carta es de la mitad del siglo quinto.

"Ordeno, que se borre absolutamente la presuncion de ciertas gentes, que contra la regla apostólica y contra todo derecho, exigen de los fieles que escriban en sus libelos, ó que reciten públicamente todas las especies de pecados; que sea suficiente descubrir al solo sacerdote, por una confesion secreta, los pecados de que se siente culpable; porque sin embargo del ardor de la fé de que aquellos que por el temor de Dios, quieran sufrir gustosamente la confesion pública de sus faltas que les parece laudable; sin embargo los pecados de todos no son tales, que los que piden la penitencia, no tengan nada que temer haciéndolos públicos. Que se estinga esta costumbre, por temor de que muchos no se desvien de valerse de los remedios de la penitencia, avergonzándose ó retrayéndose de hacer conocer lo que

han hecho á sus enemigos, y de esponerse así al rigor de las leyes."

"Esta carta de San Leon (1) nos muestra claramente desde luego: que la costumbre de la Iglesia no fué jamas obligar á los pecadores á declarar públicamente los crímenes porque tuviesen ocasion de temer, ya el rigor de las leyes, ó ya cualquier otro inconveniente considerable, porque esto desviaría á los fieles de los remedios saludables de la penitencia.

"En segundo lugar, que si algunos á pesar de esto, para la edificacion de otros, ó poseidos de compuncion, querian declarar públicamente en la Iglesia algunos de sus pecados, harian una accion laudable; pero que no debia ser obligatoria para persona alguna. En fin, vemos, que en aquel tiempo, esta práctica estaba todavía en uso, y se llevaban las cosas á tal esceso, que este gran papa, se creyó obligado á reprimirlas."

Hemos dicho cómo el sacramento de la Penitencia, atrayendo la paz al alma de cada uno de nosotros, contribuye al buen acuerdo, á la tranquilidad de la familia; podriamos agregar, que la confesion ayuda poderosamente á mantener el orden y la paz de los Estados. En efecto, las ventajas que la sociedad saca de este sacramento, son inmensas; y serian mas grandes, sin las malvadas semillas, que el escepticismo volteriano ha esparcido por el mundo hace un siglo. Una maldita vergüenza, un desgraciado respeto humano, han nacido de estas funestas doctrinas. ¡Ah! el hombre se hace ilusion acerca del principio de su dicha; va siempre á buscarla en aquello que no puede procurársela, mientras desdena las creencias, las prácticas y las virtudes cristianas, que le asegurarian lo que desea sin cesar, y que siempre se le escapa.

En toda gran ciudad, en las capitales de los imperios, de los reinos ó de las repúblicas, ecsiste una mezcla de bien y de mal, de virtudes y de vicios, de hombres de orden y de perturbadores, de malvados y honrados, de cristianos de hecho, y de otros que no lo son mas que de nombre. ¡Y bien! En lugar de esta mezcla incoherente, de esta amalgama que turba el espíritu y contrista el corazon, suponed que se forman dos ciudades distintas, la una cristiana, obediente á Dios; la otra impía, obediente á Satanás; en una palabra, la una compuesta de cristianos que se confiesan, la otra de los que no se confiesan jamas: ¿en cuál de estas dos ciudades tendriais la fortuna de encontrar la tranquilidad, el orden, la paz y la dicha? ¿Será en la Jerusalem nueva, ó en la Babilonia moderna? ¿Será preciso hacer largos y penosos cálculos para poder designar cuál de estas dos grandes ciudades tendrá mas necesidad de alguaciles, de tribunales, de prisiones y de cadalsos? Un niño que no supiera mas que su catecismo responderia en el acto á estas preguntas, y señalaria sin vacilar la ciudad sometida á Satanás. Es, pues, en la otra, donde se encuentran en mas número buenos padres de familia, fieles esposos, hijos sumisos y respetuosos. No es, pues, en

las márgenes de un lago infestado donde crecen los lirios y las flores con que agrada adornar los altares.

Todo lo que es puro y bueno, estará en la ciudad guardada por el Señor; allí reinarán, bajo las miradas del Altísimo, la justicia, la generosidad, la buena fé, la templanza, la castidad, la union y la verdadera fraternidad. Allí se verán los señores justos y complacientes, y los servidores fieles y adictos; allí el rico ayudará al pobre, el pobre respetará al rico; el padre cuidará su tierna familia, y los hijos en la edad madura, estarán consagrados á sus ancianos padres. Todos se amarán, cada uno será respetado, y los verdaderos pobres serán socorridos. Si de esta ciudad verdaderamente cristiana, el vicio no está del todo desterrado, el crimen á lo menos será muy raro. La diferencia entre una y otra será inmensa bajo todos aspectos; y para llenar este objeto, basta la confesion, tal como está ordenada por la Iglesia (2). "Que se renuncie á esas utopias sociales que no pueden ser realizadas. Solo el catolicismo ofrece una institucion que puede servir de base sólida á la dicha del hombre en la tierra, asegurándola todavía mas grande en las regiones de la vida futura. La confesion, bajo el punto de vista social, equivale en efecto al mejor de los códigos. El filósofo Raynal ha convenido en ello: "El mejor de los gobiernos, dice, seria una teocracia, donde se estableciera el tribunal de la confesion, si fuese siempre dirigido por hombres virtuosos (3)." El revolucionario Cerutti, ardiente amigo de Mirabeau, espresa su opinion de una manera todavía mas notable: "Inspirar el horror ó el arrepentimiento del crimen, dar un freno á la infamia, un apoyo á la inocencia; reparar las depredaciones del latrocinio, renovar los nudos de la caridad, sostener el amor de la concordia, de la subordinacion, de la justicia, de todas las virtudes; desarraigar de los corazones los hábitos del desorden, de la desunion, de la rebelion y de todos los vicios; ser así en lugar de Dios, y para el bien de los hombres, el juez de las conciencias, el censor de las pasiones; esto es lo que hace del ejercicio de los confesores, uno de los empleos mas propios para conservar las costumbres, y por tanto, uno de los mas conformes al interés público (4). Voltaire, Rousseau, Marmontel, espresan los mismos sentimientos. Todavía mas, los padres de la reforma, Lutero y Calvino, no se han podido negar á probar la confesion. El primero dice en un catecismo que publicó poco tiempo antes de su muerte. "Ante Dios es preciso confesarse culpable de todos sus pecados, aun de aquellos que no se conocen; pero debemos declarar al confesor los pecados que conocemos, y sentimos en nuestro corazon." "Quisiera mejor, dice en otra parte, soportar la tiranía del Papa, que consentir en la abolicion de la confesion." Calvino no es menos terminante: "Que la absolucion privada sea demasiado útil, dice, no pretenderé negarlo; al contrario lo he hecho en mu-

(2) Enciclop. Catal. art. Penitencia.

(3) Hist. filos.

(4) Nonnotte dicc. anti-filosof.

(1) Historia de los sacramentos por el Padre Chardon.

(1) S. Leo. Epistola ad Episcopos Campaniae.

chas de mis obras, y la recomiendo." Leibnitz, aunque protestante, ha dado tambien un brillante testimonio de este mismo sacramento. Hé aquí sus palabras: "No se puede negar que esta institucion es digna de la Divina Sabiduría, y seguramente, nada mas bello y digno de elogio en la religion cristiana; los chinos mismos y los japoneses se han poseído de admiracion por ella. En efecto, la necesidad de confesarse, desvía mucho á los hombres del pecado; dá grandes consuelos á los que han caído. Así es que, yo miro á un confesor piadoso, grave y prudente, como un gran instrumento de Dios para la salud de las almas; porque sus consejos sirven para dirigir nuestras afecciones, iluminarnos sobre nuestros defectos, hacernos evitar las ocasiones del pecado, restituir lo que se ha robado, reparar los escándalos, disipar las dudas, levantar el espíritu abatido, en fin, suspender ó disminuir todas las enfermedades del alma; y si uno apenas puede encontrar sobre la tierra cosa mas escelente que un amigo fiel, ¿cuánta dicha no es encontrar uno que está obligado por la religion inviolable de un sacramento divino, á guardar la fé, y á socorrer las almas?" (1)

Hay gracias para todos los estados; el confesor las recibe mas que todos y Dios es quien se los dá.

En los dias en que se condenaba á muerte, ó se asesinaba sin remision á todo sacerdote descubierto, y sorprendido diciendo la misa, administrando un sacramento, en el escondrijo de un castillo, ó bajo la cabaña de una alquería; estos dias no están muy lejos de nosotros, para que yo los haya podido olvidar. Entonces, cuando el terror se extendia por todas partes, cuando no habia tranquilidad en ninguna; cuando no se oían en toda la estension de nuestro desgraciado país, mas que los cantos sagrientos de los cannibales, y los gemidos de las viudas y huérfanos; cuando las lágrimas y el dolor se derramaban por todas partes, era preciso que el Dios de las misericordias dejase algunos ángeles consoladores en medio de tantos sufrimientos y angustias. Sí, á pesar de todas las amenazas, á pesar de las sangrientas ejecuciones de Robespierre, á pesar de los ahogamientos de Carrier, á pesar de las jornadas de Setiembre de Danton (2), quedó en Francia un gran número de sacerdotes, valerosos dispensadores de las gracias de lo alto, que encontraban á riesgo de su cabeza, los medios de llevar los consuelos y el MISMO DIOS en las prisiones mejor guardadas, y en los calabozos mas profundos. 'Oh! yo no he podido dejar al tiempo borrar de mi memoria todo esto que ha sido referido á mi vuelta á Francia, por personas que me eran muy queridas y no habian podido emigrar, y que se habian unido á otras buenas almas para ocultar los sacerdotes, para preparar y adornar los altares en las cuevas y los graneros, allí donde el ojo de los sicarios de Goulin y de Carrier (3) no podia penetrar; ¿cuántas hermosas y conmovedoras historias me han sido contadas por Madama Brejoliere y su hija, y por

(1) Enciclop. Cat. sistem. teolog.

(2) Hombres, que hoy un partido trata de rehabilitar y exaltar.

(3) Tribunales sanguinarios de Nantes.

muchas de sus nobles y piadosas amigas, madamas Hervé de la Bauche, Roger de Codrocy, de Treveneuc, de Martel, de Regnon y de Goulaine, todas las que habian tenido cerca á las víctimas inmoldadas ó á los proscriptos!

"La Convencion (4) no queria reconocer oficialmente la necesidad de los socorros religiosos: lo que habia concedido á Luis XVI, lo rehusó á su viuda; y cuando los gobernantes permitian que los sacramentos fuesen llevados á los presos, pretendian que fuesen al traves del cisma. Era como si hubiesen otorgado agua envenenada á los que tenían sed. Pero la piedad de una simple mujer, de una humilde cristiana, el valor y celo de un eclesiástico fiel, burlaron en 1793 los planes de la poderosa y terrible Convencion; porque entonces, así como yo escribia en medio de los sucesos, en lo mas fuerte de la tormenta revolucionaria, cuando el terror paralizaba todo valor humano, habia allí un valor que nunca es vencido; el que Dios hace descender á los corazones que creen y esperan en él; y cuando los perversos y los impíos se ligaban para hacer perder la vida á los cuerpos y la salud eterna á las almas, habia en Paris y, en toda la Francia una santa asociacion misteriosa, oculta, pero sin cesar ocupada en hacer penetrar tras las barras y calabozos mejor guardados los consuelos religiosos; no pudiendo libertar á los presos que allí gemian, lo intentaba todo para asegurar la salud de sus almas; y para vencer los carceleros tenia oro; y para atreverse á sobornarlos, tenia la valentía que dan las convicciones vivas y profundas. Frecuentemente esta afiliacion católica, por piadosas astucias y una santa corrupcion, llegaba á sus fines; y aquel que iba á subir al cadalso, gracias á ella, llegaban como por milagro los divinos socorros de la religion.

"Entre los cristianos, á quienes el terror no habia vuelto apáticos, es preciso citar aquí á la señorita Fouché, Mas de una vez antes de que la reina fuese conducida á la conserjería, ella habia penetrado en esta prision, y se habia proporcionado inteligencias. Cuando supo que la viuda de Luis XVI estaba detenida, redobló sus cuidados cerca de los protectores que habia sabido buscarse; y ella fué, segun se cree, quien á mediados del mes de Setiembre de 1793, llevó á María Antonieta un sacerdote fiel y valeroso, el abate Magnin, cura de San German l'Auxerrois en 1832, que llevaba entonces el nombre de Carlos, y aun vivia en 1847. El conserje Bault lo dejó penetrar muchas veces con la señorita Fouché, cerca de la real cautiva, que recibió de él la santa comunión despues de la santa misa, que se dijo entre la media noche y la aurora.

"Cosa admirable y que no se debe pasar en silencio, es que los dos gendarmes que estaban en la cámara, sea porque fuesen buenos naturalmente, ó que la piedad de la reina los hubiese conmovido, se hallaron en estado de comulgar en la san-

(1) Jornadas memorables de la revolucion francesa, por el vizconde Walsh.

ta misa celebrada ante S. M. El sacerdote lo atestigüa.

"Así es que todos los esfuerzos de los impíos, para privar á la real prisionera de los socorros de la religion, y de los consuelos que ella sola podia darle, habian sido vanos, y la piedad de una mujer, reunida con otras buenas almas, habia sido mas hábil y mas fuerte que toda la policía de la Convencion; y en este calabozo, donde una lápida de marmol atestigüa que allí fué donde María Antonieta sufrió y perdonó; en esta antigua cámara del cabildo, que yo he visitado como un lugar santo, ha pasado una escena digna de los primeros tiempos del cristianismo; y allí una reina católica cautiva, ya próxima al cadalso teñido con la sangre de su esposo, ha sido divinamente consolada! y los guardas mismos apostados para alejar de ella los socorros religiosos, calleron de rodillas para participar de ellos piadosamente con su prisionera! 'Oh! es preciso dar gracias á Dios, y ver allí una celeste recompensa concedida en este mundo á la resignacion de la viuda del rey mártir. De lo alto del cielo, Luis XVI, libertado del Templo, habrá obtenido este consuelo para la heroica compañera de su trono y de su adversidad (1).

"Dios, que en la obra admirable de la creacion, ha colocado por todas partes lo gracioso al lado de lo sublime, y hace crecer las flores sobre los precipicios propios de los abismos, ha tratado del mismo modo el órden moral. Así cuando las revoluciones conmueven el mundo, permiten casi siempre que cerca de los vicios se eleven las virtudes, y que las bellas acciones se muestren al lado de los crímenes. . . . Cuando la impiedad triunfa, la fé sale debajo de la nube, y brilla con gran fulgor. Acabamos de ver una prueba en lo que la señorita Fouché y el abate Carlos se atrevieron á hacer en el momento mas terrible de la revolucion del filosofismo; cuando todo Paris bastaba á la religion de Robespierre y de Marat.

"He aquí mas rasgos de aquella sangrienta época.

Trajeron un dia á Nantes un centenar de mujeres, y diez ó doce viejos, todos vestidos en traje de lugareños: los soldados de Carrier habian hecho esta captura, y habian vuelto triunfantes de una caza á los nobles y á los sacerdotes, hecha en las parroquias de Loroux, de la capilla Heulin, y de Valet. . . . Cuando este batallon de asesinos entró en Nantes, lo hizo de manera, que todo el cuartel atravesado por ellos, pudiese conocer con cuánta fidelidad, escrupulosa obediencia ejecutaban las órdenes del procónsul. Los gritos; ¡á las ventanas! ¡á las ventanas! resonaban en las calles por donde llegaban los triunfadores y las víctimas. . . . Las ventanas se abrieron para salvar las casas del pillaje, y aparecieron allí figuras pálidas; cabezas que se mostraban obedientes, para no caer bajo el hierro

(1) Esta comunión de la reina ha sido puesta en duda. Hace algunos años, cuando yo escribia las Jornadas memorables de la revolucion francesa, he tenido del mismo señor abate Magnin el atestado del hecho, y todos los detalles que acabo de escribir.— J. W.

de la guillotina. . . . Este dia la tropa selecta del comisario de la convencion, estaba mas soberbia, mas escaltada que de costumbre; su expedicion habia sido feliz. No habia encontrado, es verdad, al gefe vandeano; pero habia descubierto bajo el suelo de una era para trillar el trigo, el escondrijo de una iglesia quemada de los alrededores, y lo que se habia encontrado allí, una cruz plateada, un cáliz, un copon, algunas viejas capas y casullas, y una estatua de la Santa Virgen en madera dorada, era para hacer un gran efecto sobre la multitud. La crédula muchedumbre tenia miedo, viendo quemar y ensuciar todos estos restos de la supersticion y de las mogigangas de los clerizontes, cuando el reinado de la diosa Razon estaba sólidamente y para siempre establecido, por la voluntad soberana de la república francesa, una, indivisible é inmortal.

"Cuando Carrier habia mandado esta expedicion á las parroquias que acabo de nombrar, tenia la esperanza de hacer arrestar al marques de Riviere, que segun voces que corrian por el país habia venido de Escocia á conferenciar con el general Charette. . . . A pesar de todas las solicitudes é investigaciones, sus fieles no pudieron echar el guante sobre el infame emisario de los principes. Y para desquitarse de esta contrariedad, hicieron en las campiñas una horrible carnicería de niños. Habiendo interrogado á muchos, y no habiendo podido obtener de ellos revelacion alguna, les cortaban las orejas. . . . Y ¡cosa horrible de contar (pero verdadera) muchos de estos monstruos que no puedo resolverme á llamar soldados, hicieron su entrada en la ciudad con las orejas chorreando sangre, cosidas á sus sombreros á manera de cucardas! . . . Semejantes hombres podian pasar fácilmente de la crueldad al sacrilegio: así, habian atado un perro muerto á la cruz! . . . Y ante las tabernas, algunos revestidos de casullas, de dalmáticas y capas, se detenian y hacian verter los vasos en el cáliz y en el santo copon! . . . En cuanto á la estatua de la santa Virgen, la llevaron hasta la plaza de Bonifay, y la entregaron al verdugo, que obedeciendo al mandamiento de este pueblo soberano, la puso bajo el hierro de la guillotina. . . . Cuando la cabeza de esta imagen de la reina de los ángeles, fué separada del tronco, el infierno lanzó tales aullidos, los esclavos del demonio, la liga de asesinos vociferaron tales blasfemias, danzando en derredor de la máquina roja, que jamas Nantes habia oido gritos tan horrosos y salvajes.

Para que pudiesen asistir á este odioso é infernal espectáculo, los presos y algunos viejos, habian sido detenidos sobre las gradas de la escalera que conducia de la plaza al umbral de la prision. . . . Entre la turba se oían unas especies de furias que decian: "La caza no ha sido tan mala; entre los lugareños hay bastantes manos blancas."

Nada faltaba para que todos los horrores fuesen cometidos en una misma jornada. Los altos funcionarios de la Convencion eran muy hábiles en economizar los placeres del pueblo. Las mujeres ar-

restadas en sus aldeas, fueron repartidas en diversas prisiones de la ciudad; en la de Bonflay no había ya lugar... Al tercer día de su llegada á Nantes, los *bandidos* fueron llevados con los viejos aldeanos al pie del cadalso. Mientras los caníbales y las mujeres rabiosas insultaban cruelmente á los que iban á morir, los piadosos vandeos, de pie, juntas las manos, y teniendo sus rosarios, entonaban el cántico de la buena muerte.

En vuestro amparo fia,
¡Oh, Virgen! mi confianza,
Vuestro cuidado afianza,
Que protejáis mis días:
Y en el postrer momento
Que fijará mi suerte,
Alcanzad que yo muera
De la mas santa muerte.

Mientras cantaba así el coro de las víctimas, el aldeano que parecia el decano de los viejos, habiendo sido llamado por el ejecutor de las altas obras de la república, subió con paso firme los diez escalones del cadalso. Antes que la mano del verdugo lo hubiese atado á la plancha de la báscula, se adelantó al borde de la plataforma ensangrentada y gritó: "¡Compañeros de prision y de muerte, arrodillaos! ¡Como sacerdote de Jesucristo, os voy á dar la absolucion que se otorga á los moribundos!..."

Entonces, el viejo confesor de la fe, que iba á ser mártir, levantó la mano... Los cien aldeanos cayeron de rodillas; los cantos habían cesado... Pero cuando el sacerdote fué colocado bajo el hierro, el cántico volvió á empezar... y no cesó, hasta que aquellas mujeres tan heroicas como piadosas, hubieron ropas pasado de la tierra al cielo... Se ve en este rasgo todo lo que producen los sacramentos. Estos cristianos, tan valerosos y fuertes, habían sido en su juventud *confirmados y alimentados con el pan de los ángeles*: este viejo sacerdote que reveló su carácter sagrado sobre el patíbulo, había recibido todas las gracias del sacramento del orden; y esta absolucion que descende sobre las víctimas, es el sacramento de la penitencia.

"En los primeros siglos de la Iglesia, la confesion secreta ó pública se hacia al obispo ó á los sacerdotes; algunas veces á unos y otros al mismo tiempo (1), otras al obispo solo, ó al *sacerdote cardenal*, ó al *penitenciario* nombrado por el obispo. Efectivamente á ellos es á quienes con esclusión de todos los demas, han sido confiadas las llaves del reino de los cielos; y es preciso estar revestido del carácter sacerdotal, para ejercer este sagrado ministerio con autoridad y eficacia."

El concilio de Elvira estableció la misma disciplina (2).

"Este caso de necesidad debía ser demasiado frecuente, cuando el número de los sacerdotes era poco considerable, y había *diáconos cardenales*,

(1) Historia de los Sacramentos, por el padre Chardon.
(2) Elvira, ciudad de la antigua España, de que no quedan en el día mas que ruinas.

in cardenati, ó agregados á ciertos cantones del distrito de las ciudades, ó parroquias de la campiña, como se hacia muchas veces.

La Iglesia ha sido siempre una Madre tan tierna, que ha tomado todas las precauciones, todos los medios de salvar y hacer llegar á Dios las almas de sus hijos. Así leemos en la obra del docto Dominicano (3), que citamos con frecuencia, el pasaje que sigue:

"No solamente se confesaba á los diáconos en el caso de necesidad, sino tambien á los clérigos inferiores, al menos en lo que toca á los pecados secretos."

"Lanfranc, obispo de Cantorbery, que ha muerto, lo menos sesenta años antes que los doctores de la escuela, distingue en una pequeña obra que hizo sobre la confesion, los pecados en dos clases, de los que llama á unos *secretos* y á otros *públicos*; y enseña que los *clérigos inferiores* pueden oír la confesion de los pecados secretos y dar la absolucion, reservando la de los públicos á los obispos."

En fin, añade "que si no se encuentra un eclesiástico con quien confesarse, puede uno dirigirse á un hombre de bien, en cualquier paraje que sea."

Se lee en la historia de Orderico-Vital, "que un esforzado caballero, Richer del Aguila [de Aquila] mortalmente herido en una batalla contra los infieles, no viendo algun hombre de religion cerca de él, para no renunciar al paraíso, se confesó humildemente con sus compañeros de armas [*sodabibus suis*]."

Cesareo cuenta tambien "que ciertos peregrinos que pasaban á la Tierra Santa, habiendo sido sorprendidos en la mar por una furiosa tempestad, y viendo la muerte casi á sus ojos, se pusieron á confesar los unos á los otros, y con gran contricion y *mea culpa*, porque la concavidad del abismo estaba debajo de ellos, y el rayo sobre sus cabezas."

En la crónica de Fernando rey de Castilla, se vé "que los soldados españoles, estando cerca de venir á las manos con los moros, bajo el mando de Alvaro Perez, se confesaron unos con los sacerdotes que pudieron encontrar, y los otros cada uno con sus camaradas. Luis conde de Liege, estando para morir, hizo venir una vírgen cristiana de gran santidad, y se confesó con ella de todos sus pecados, con muchas lágrimas; y esto, [dice el autor (4) que cuenta el hecho] no por el perdon que ella pudiese otorgarle, sino á fin de empeñarla á rogar por él.

El señor de Joinville cuenta, en la vida de San Luis, que habiendo sido puesto en fuga el ejército cristiano por los sarracenos, y aproximándose el enemigo, cada uno se confesó con el sacerdote que pudo encontrar, y en esta ocasion Guy d'Ebelin, condestable de Chipre, se habia confesado con él, y le habia dado la absolucion. Pero dejemos hablar al mismo sincero y piadoso Senescal.

"Ví un gran trozo de nuestra gente que estaban allí y se confesaban con un religioso de la Trinidad, que estaba con Guillermo, conde de Flandes. Pe-

(3) El padre Chardon.
(4) Tomás Campat.

ro en cuanto á mí, yo no me acordaba entonces de mal ni de pecados que hubiese cometido, y no pensaba sino en recibir el golpe de la muerte. A mi lado se arrodilló *Messire* Guy d'Ebelin, condestable de Chipre, y se confesó conmigo, y yo le dí tal absolucion, como Dios me daba el poder."

En todos tiempos, la vida insensible de un campo de batalla; con sus heridos y muertos tendidos sobre los surcos, en medio de los trigos ennegrecidos y tendidos, ó entre la polvareda de los caminos, ó en las riberas de un rio, es un espectáculo horrible y lamentable... En frente de estas armas rotas, de estos miembros esparcidos, de estos caballos matados, y de estos cadáveres humanos, el corazon comprimido se pregunta: ¿dónde están las almas de estos soldados, que en este mismo lugar han afrontado y recibido la muerte?

Hubo un tiempo, tiempo de piedad y de fé, en que el aspecto del lugar ensangrentado por una batalla, era menos triste que en nuestros días. La caballería era cristiana, creia en el otro mundo; y cuando uno de sus valientes por resultado de sus heridas, estaba á punto de pasar de esta vida á la otra, lejos de desdeñar el socorro de un sacerdote, lo llamaba con toda la fuerza de sus deseos... y cuando el hombre de Dios le faltaba, plantaba su espada ante él para adorar la cruz... Ahora la valentía de nuestros soldados iguala á la de los caballeros, compañeros de armas de Francisco I y de Bayardo; pero tienen menos fé; ella está *tan segura de sí* que rara vez piensa en Dios. Se diría, que se avergüenza de pedirle ayuda y socorro.

Sin embargo, todos esos jóvenes y viejos franceses, que hace sesenta años han sembrado la Europa con sus cadáveres, eran creyentes cuando han sido sacados de sus poblaciones para defender la patria; en su infancia, en su juventud, habían aprendido á rogar, á adorar al Dios de sus padres... Y cuando la Francia los ha puesto al frente del enemigo, entre esa multitud anhelante de gloria que corria al encuentro de la muerte, ¿estaba allí el ministro de Jesucristo, para mostrarles junto á la flotante bandera, en el camino del honor, la cruz que salva y asegura la dicha eterna? ¡Ah, no! Hace muchos años se está deseando que el ejército sea ateo, y olvide el viejo culto del país.

Se ha dicho al soldado: *Vé á hacerte matar*... sin añadir: *para renacer á una vida mejor, para resucitar en Jesucristo!*

Los gobiernos escépticos no han querido mas que la *carne que da el cañon*, y Dios sabe, que no les ha faltado.

A pesar de estas injusticias impías con nuestros soldados, los ejércitos franceses han llevado muy lejos la gloria de su bandera; mas lejos que la antigua caballería... Mas lejos, sí, pero no mas alto. La gloria moderna se ha *estendido sobre el mundo*, la de los caballeros cristianos se *elevó hácia el cielo*, dejando un gran renombre acá abajo.

Lo que acabo de decir, está probado mirando en nuestros museos los grandes cuadros de las batallas del imperio. En los primeros términos de es-

tas carnicerías históricas, los pintores de entonces colocaban de cuando en cuando patéticos episodios, pero me acuerdo haber notado siempre *la ausencia de un pensamiento religioso*... Chateaubriand sin embargo, ya habia publicado su *Genio del Cristianismo*.

¿Cuál es el hombre de bien que no gusta de encontrar en nuestras iglesias, durante los oficios del domingo, y despues, los jóvenes soldados de rodillas, devotamente como en su pueblo, ante el altar de esa divina Vírgen, á quien su madre y sus hermanas ruegan tan frecuentemente? *Un soldado que ora*, habla al corazon del cristiano, y debe ser escuchado con bondad por Dios.

Gamaliel decia á los judíos que querian perseguir los adoradores de Jesucristo, cuando la religion cristiana empezó á tomar acrecentamiento en el mundo: "O esta secta viene de Dios, ó viene de los hombres. Si viene de Dios, es no solamente un crimen, sino tambien una locura el tratar de destruirla; porque estando apoyada por el brazo del Todopoderoso, triunfará siempre de nuestros esfuerzos: si por el contrario, viene de los hombres, es inútil perseguirla; porque todo lo que es de institucion humana no puede ser duradero: perecerá por sí misma, y se desvanecerá como el humo."

Lo que Gamaliel decia de la religion cristiana en general, podemos decir de la confesion en particular. Esta divina puerta que la misericordia del Señor ha abierto á nuestro arrepentimiento, resistirá hasta el fin de los tiempos á los ataques del infierno: Satanás y los que le pagan feudo por el tributo del pecado, harán y redoblarán bastantes esfuerzos, pero nada podrán contra ella.

Al intento, os recuerdo los crímenes y sangrientas locuras de aquellos tiempos que por sí mismo se dieron el nombre de *reinado del terror*. Entonces habia entre todos los enemigos del catolicismo una infernal alegría; triunfaban, gritaban como Voltaire: ANQUILEMOS AL INFAME! Desde lo alto de su eternidad, se burlaba Dios de ellos, y riéndose de sus proyectos impíos, les trastornaba todas sus obras, con todos sus mandatos que debian á su entender durar *para siempre, perpetuamente*.

¡PERPETUAMENTE! ¿Qué palabra en medio de nuestras inconstancias! Es preciso dejarla á Dios.

Durante la gran tormenta revolucionaria, cuando todas las iglesias despojadas y destruidas no abrian sus puertas, cuando todos los confesonarios estaban destrozados ó quemados, el filosofismo debió creer que la confesion estaba estinguida; debieron entonces congratularse de haber conseguido su objeto... Mas hoy los incrédulos de canas, ven cuan equivocados estaban... Es un hecho, que en nuestros días [1850] un gran número de párrocos de París y de provincia, tienen la feliz certeza de que los confesonarios son mas frecuentados que ahora cincuenta años. Sin duda que lo que vemos en el día, está lejos de la piedad, del fervor de los dichosos siglos de la fé; pero es preciso decir, porque es un consuelo al mismo tiem-

po que una verdad: la tibieza, la indiferencia en materia de religion, son menores hoy que ahora cien años. El respeto humano tiene menos imperio en el mundo, la sociedad se avergüenza menos del Evangelio, que en los tiempos de Voltaire, de Rousseau, de Diderot y D'Alembert.

"Cuando la fé vuelve á un pueblo, todo se puede esperar de él (1). Un corto número de soldados, persuadidos de la habilidad de su general, pueden producir milagros. Treinta y cinco mil griegos seguían á Alejandro á la conquista del mundo. Babilonia se presumió hecha para las grandezas, y las grandezas se prostituyeron á su fé mundana. Un oráculo da la tierra á los romanos, y los romanos dominan la tierra; Colon, solo en el universo, se obstina en creer hallar un nuevo mundo, y el nuevo mundo sale de las aguas."

De la fé que nos vuelve, nacerá la regeneracion del mundo. El hombre que crea en Dios, querrá comunicar con él, y recurrirá á los sacramentos, únicos medios de ponerse en comunicacion con él: de allí la vuelta á la confesion. ¡Fé celestial! ¡Fé consoladora! Tú haces mas que trasportar las montañas, tú levantas los pesos opresores que agobian el corazon del hombre.

La Iglesia ha reconocido de tal manera que la confesion era indispensable á la dicha del hombre en particular y á la sociedad en masa, que la ha hecho una obligacion rigorosa.

"Aunque fué permitido otras veces á los que se sentian culpables (2) de algunos pecados, venir á encontrar los sacerdotes, y confesarse en todo tiempo: aunque los domingos fuesen empleados por los ministros de la Iglesia en oír las confesiones de los penitentes; todos estaban obligados por el precepto de la Iglesia, á hacer su confesion al principio de la cuaresma. Esto es lo que se puede probar, no solamente por casi todos los antiguos libros pontificales y rituales escritos hace novecientos años, sino tambien por los cánones de los concilios, y los estatutos de los obispos.

El Papa Inocencio III en el concilio general de Letrán, ha prescrito á todos los fieles de uno y otro sexo, confesarse á lo menos una vez al año.

Se encuentra en los anales de la Iglesia que muchos obispos recomendaban á su pueblo confesarse tres veces al año, es decir, en las tres cuaresmas que se observaban entonces: el concilio de Tolosa del año de 1228, prescribe tambien la confesion tres veces al año; lo mismo que San Edmundo, arzobispo de Cantorbery en sus instituciones, y el sínodo de Worcester del año de 1240.

San Othon, obispo de Bamberg, exhortaba á los pueblos de Pomerania, que habia convertido al cristianismo, á confesarse y comulgar cuatro veces al año.

"El concilio de Ses, bajo el arzobispo Tritad, señala cinco fiestas en el año, en las cuales exhortaba á los fieles á acercarse á Dios por la confesion de los pecados."

(1) Chateaubriand.

(2) Historia de la Iglesia, tom. IV, pág. 513.

Todas estas citas hacen ver cuál era la práctica de la Iglesia en general, y de las diferentes iglesias particulares al objeto de la confesion sacramental en los antiguos tiempos. Pero no obstante esto puede decirse, que cada uno procedia segun su devocion particular, sobre todo en las ocasiones importantes, como en los grandes peligros, antes de emprender viajes largos, antes de entrar en el estado monástico, y antes de empeñarse en el estado militar.

El caballero y sus guerreros, antes de partir á pelear contra los infieles, se echaban á las rodillas del sacerdote, haciendo la confesion de sus faltas, y una vez absueltos se levantaban alegres y puros esclamando *partamos, Dios lo quiere!*

El santo obispo Anselmo, escribia á su hermano Bargundio: No dejes tu mansion con tus pecados, porque te serán de mucho peso en el camino, y te incomodarán en los peligros; vé á encontrar tu pastor, y derrama tu alma en la suya.

El abad de un monasterio, en una carta dirigida á un gran señor, que queria consagrarse á Dios, le habla así: "Vuestros pecados se han cometido en el mundo; dejadlos allí, lejos de vos, y no penetreis en el umbral de vuestra casa, sino con una alma blanca y sin mancha. Vos venís á ser en el claustro un hombre nuevo, haceos una conciencia nueva; los ángeles se regocijarán, y nosotros bendeciremos al Señor."

Ingulfo, abad de Croiland, dice en cierta parte de sus obras: "Era el uso en Inglaterra, que el que debia consagrarse á una milicia legítima, venia á pasar la velada, y por la tarde al obispo, un abad, un monje ó cualquier sacerdote le hacia una confesion de todos sus pecados, con sentimientos de compuncion; y siendo absuelto, pasaba la noche en la iglesia en orar y contristarse devotamente ante Dios. A la mañana siguiente, antes de oír misa, colocaba su espada sobre el altar, y el sacerdote, despues del evangelio se la ceñia alrededor del cuerpo, bendiciendo al pretendiente de armas. Comulgaba despues de la misa, y se convertia en soldado: *miles legitimus manebat.*

Esta era la vigilia de las armas de los caballeros. La religion es la madre de la caballería. Las virtudes cristianas tienen alas (3); no contentas con abstenerse del mal, quieren hacer el bien; tienen la actividad del amor, y se sostienen en una region superior: tales eran las virtudes de los caballeros.

La fé ó la fidelidad eran su primera virtud: la fidelidad es igualmente una gran virtud del cristianismo.

El caballero era pobre y el mas desinteresado de los hombres. He aquí el discípulo del Evangelio.

El caballero se lanzaba á traves del mundo, recorriendo la vinda y el huérfano. He aquí la caridad de Jesucristo.

Si nuestros padres se consagraban á Dios, al mismo tiempo que á la noble profesion de las ar-

(3) Chateaubriand.

mas, no eran por eso menos religiosos en las circunstancias peligrosas en que se trataba del servicio de la patria. Leemos en la vida de San Bertin, que estando sitiada la ciudad de San Omer por los normandos, un hombre justo tuvo una vision, en la cual el arcángel Miguel, gefe de la milicia celeste, se le apareció: dando el arcángel sobre su broquel con su lanza, como para despertar los habitantes, gritó:

"Los que llevan la espada, adoren la cruz y vencerán."

A esta voz, el pueblo y los soldados fueron á arrojarse á los piés de los sacerdotes, se confesaron, comulgaron, y la ciudad fué salvada.

El duque Conrado, estando á punto de dar la batalla á los húngaros, antes de montar á caballo, al despuntar el día, quiso oír devotamente misa, y recibió la comunión de mano de Odelrico, su confesor; despues de lo cual, se lanzó como un leon sobre el enemigo, segun lo atestigua la crónica de Magdeburgo. Fué sin duda con ocasion de este acto piadoso y de valentía, por lo que un concilio de Alemania, cuyos decretos fueron confirmados por Liptino, ordenó "que el príncipe tuviese en su campo uno ó dos obispos con sus capellanes y sacerdotes, y que cada comandante de tropas tuviese un sacerdote que pudiese juzgar de los pecados de los que se confesaban con él, y les aplicase la penitencia que hubiesen merecido. Esto lo confirmó Carlo Magno despues, insertando en sus capitulares del año de 800, el decreto del concilio.

En este tiempo se pensaba que era bueno llamar á Dios por todas partes; se le queria bajo la tienda, lo mismo que bajo las bóvedas de las basílicas sagradas. El gran emperador de Occidente, no creia poder gobernar las naciones sin el pensamiento religioso; despues de su muerte, como durante su gloriosa vida, tenia en su mano el globo de oro con una cruz. Asi es como se le ve sentado sobre su silla de granito, en su imperial sepultura de Aix-la-Chapelle.

Carlo Magno se confesaba todos los meses, y cada vez que recibia á Dios, adquirian la libertad cien prisioneros; las cadenas de cien cautivos caian cada vez que el poderoso emperador sentia su conciencia libre del peso de sus pecados. ¿Dónde aprenderán los soberanos mejor la misericordia que en el Evangelio?

Despues que la Iglesia fijó á los fieles el número de confesiones y comuniones que debian hacer cada año, habia una multitud de almas piadosas, hambrientas del pan celestial, que recurrían todos los días á los sacramentos de penitencia y Eucaristía.

Esta comunión cotidiana existia en muchos conventos; así se ve en las actas de los santos del tercer siglo, por el padre Mabillon. Esta devocion se estendió asimismo á los legos, de los que muchos no dejaban de perjudicar todos los días sus conciencias, con la confesion de sus faltas. Jonás, obispo de Orleans, lo atestigua, y el venerable Beda lo aconseja.

Luis el Benigno se confesaba todos los días con Drogon, su hermano, obispo de Metz.

San Felipe de Bourges tenia la misma piadosa costumbre; todas las tardes, despues de completas, lavaba su alma en la piscina saludable y sagrada.

Hay todavía hoy para hacer descender sobre el mundo la misericordia divina, un gran número de almas piadosas que comulgan muchas veces á la semana. Este rebaño de elegidos, no está solo encerrado en los claustros; en la sociedad se encuentran muchos. A nadie dicen la santidad de su vida. Salen á la madrugada de sus casas, y cuando los hombres de mundo despiertan con la cabeza entorpecida, el corazon empalagado de las fiestas de la víspera, ya estas almas escogidas han sido alimentadas en la sagrada mesa. De vuelta de allí, llevan á sus casas con su pureza una bondad amable. Las gentes que les sirven, los bendicen y se sienten arrastrados á imitarlos. La casa se convierte así en un vestíbulo del cielo.

En cuanto á las confesiones públicas, el pecador las hacia en presencia de todos, humildemente prosternado á la puerta, y fuera de la Iglesia, cubierto de polvo y ceniza y revestido de un saco.

La confesion auricular era diferente, y sus formas exteriores no eran las mismas que las de hoy. En algunos penitenciales, que datan de tiempos atras, hemos recogido algunos de estos usos que interesarán á nuestros lectores.

Segun Aleuino, preceptor de Carlo Magno, el penitente no debia acercarse al sacerdote que se sienta en el tribunal de la penitencia, sino con una gran modestia. El culpable debia estar humildemente; debia dejar su baston ó espada al pié del confesonario. El rey Pepino estaba tan convencido de que la humildad y el arrepentimiento del pecador no debian solamente ser interiores, sino demostrarse por fuera, que nunca venia á confesarse, sino con los piés desnudos y despojado de su suntuoso manto.

Poniéndose el penitente á inmediacion del sacerdote, se inclinaba profundamente ante el representante de Jesucristo. Entonces el confesor decia sus oraciones y estendia las manos sobre el pecador. . . . Acabadas estas oraciones, lo invitaba á sentarse en un banco cerca de él. Así era, sentado como un niño cerca de su padre, como el pecador hacia la confesion de sus faltas. Cuando ya todo habia sido humildemente revelado, el sacerdote daba paternalmente á su hijo, segun la gracia, todos los consejos, todas las prevenciones de que podia tener necesidad. Le interrogaba sobre su fé y su creencia (segun muchos formularios estas preguntas debian preceder á la confesion). Aleuino continúa: "El penitente, doblando las rodillas en tierra, estendiendo las manos y mirando al sacerdote con una vista que indica el dolor de su alma, le ofrece, como ministro de reconciliacion de los hombres con Dios, interceder por él. En seguida se prosterna con el rostro en la tierra, llora y gime, mientras Dios le otorga su gracia.

El ministro del Señor tres veces santo, deja en-

tregado algun tiempo al pecador á su arrepentimiento y sus lágrimas: despues le ordena levantarse y que se ponga de pié frente á él. Luego, como juez prescribe la pena, los ayunos, las abstinencias, con que el criminal debe satisfacer la justicia divina.

Despues de esta sentencia pronunciada sobre él, el penitente cae otra vez de rodillas, suplicando al confesor que pida á Dios por él la fuerza y el valor necesarios para cumplir la penitencia impuesta.

El sacerdote en el acto recita muchas oraciones en número de siete, pero Alcuino no trae de ellas mas que el principio, porque eran muy conocidas y de uso comun, siendo poco mas ó menos las mismas en todos los libros penitenciales recibidos en Occidente. Terminadas estas oraciones, el confesor y el penitente, estando ya dentro de la iglesia, arrodillándose, recitaban muchos de los salmos y plegarias indicadas, con esta advertencia que se encuentra en otros libros de esta naturaleza: "Que no se puedan prescribir largos ayunos á los siervos ó á los criados, mas que á los ricos y sus señores, sino solamente la mitad de lo que á estos se imponga, porque ellos pueden disponer de sí mismos."

En estas cortas líneas se encuentra toda la caridad de la Iglesia acerca de aquellos cuya vida es dura y penosa. La madre no olvida jamas á sus hijos.

Para distinguirse de los idólatras, los primeros cristianos, por algun tiempo, han orado de pié: esta actitud era un signo de libertad. No se ponian de rodillas, sino despues de haber libremente y de espontánea voluntad confesado sus pecados. Despues, para ser absueltos, se prosternaban bajo la misericordia de Dios, y bajo la mano de su ministro, que debía concederles la absolucion de sus faltas.

Entre los religiosos de la regla de San Benito, los monjes se confesaban sentados. Los cartujos, mas austeros, se ponian de rodillas, así como los monjes de Grammont. Hasta fin del siglo doce, fué cuando los seculares comenzaron á adoptar la actitud mas humilde, la mas implorante, tal como los vemos en el dia. No será yo ciertamente quien condene los usos antiguos; en general, los amo y los respeto. Empero ver al juez y al culpable sentados sobre la misma silla, en un acto tan santo como el de la confesion, me parece muy extraño. Y para esplicármelo, es preciso que me diga: que entonces, cuando cada pecado tenia en alguna manera su pena especial, era preciso que el sacerdote tuviese en su memoria, lo que los libros penitenciales indicaban para tal ó tal falta. Esta obligacion podia dar lugar á largas perplejidades para aplicar á cada uno de los males sus remedios especiales.

He aquí un rasgo que he tomado de la vida de San Joaquin, abad de Hore (1), y que prueba que la costumbre de estar sentado confesándose, existia aun al principio del siglo décimotercio. Este

(1) Extracto de los Bollandistas.

rasgo de costumbres podia, á mi juicio, inspirar á un pintor católico.

"Yo estaba con Joaquin (dice el autor de esta vida) sentado en el claustro de la abadía del Espiritu Santo en Palermo, cuando se le vino á llamar de parte de la emperatriz Constanza, que queria confesarse con él. Se presentó al momento, y la encontró en la Iglesia, sentada en su silla ordinaria, adornada de púrpura y franjas de oro. Lo hizo sentar sobre otra silla cerca de ella, pero cuando la emperatriz quiso comenzar la confesion de sus faltas, él la detuvo y la dijo con autoridad:

— Yo tengo aquí el lugar de Jesucristo, y vos, señora, el de Magdalena penitente. Descended, y sentaos en tierra; de otra manera no os escucharé.

Al instante hizo Constanza lo que el sacerdote le ordenó, y se sentó sobre las piedras, como Magdalena penitente á los piés del Divino Salvador."

Se vé por esto, que así como hemos dicho arriba, la costumbre de sentarse confesándose, no estaba abolida al fin del siglo doce, época en que murió la princesa de quien acabamos de hablar. La costumbre, sin embargo, variaba algun tanto, en que otras veces el sacerdote y el penitente estaban sentados sobre un mismo banco; en lugar de que en el ejemplo citado, Joaquin esigió que la emperatriz se sentase en el suelo. Esto no cambia mas que débilmente la costumbre que se introdujo despues, de confesarse de rodillas.

El ejemplo de los cartujos y de los monjes de Grammont, contribuyó tambien á hacer adoptar esta costumbre. "Se podia, dice el padre Chardon, agregar la de los monjes de Citeaux, que segun dice Manrique, no se confesaban sin que tuviesen las espaldas desnudas y varas en las manos, con las que el confesor daba al penitente antes de absolverlo.

"Manrique nos enseña esta práctica, contando los actos de San Walthon, abad en Escocia, donde murió por los años de 1660. Dice, que este santo abad, viendo que su confesor no le daba fuerte le ordenó, bajo pena de desobediencia, no contemplarlo ni dejarlo de azotar hasta hacerle salir la sangre." Esto lo hacia muchas veces por dia, dice la sencilla crónica, hasta fatigar á su confesor con este ejercicio."

En la molición de nuestro siglo voluptuoso, los que vivimos en el mundo, no concebimos ninguna de estas austeridades de otros tiempos, y sin embargo, hay todavía santos que hacen correr su sangre con los nudos y agudas puntas de sus disciplinas; frecuentemente es por sus propias faltas, mas tambien con frecuencia para alcanzar de Dios la conversion de los pecadores, ó el éxito de una mision en una comarca impía. Cuando se observa la marcha de las cosas, se ve que el mundo comienza á volver á las ideas que los espíritus fuertes del siglo diez y ocho, creian pasadas de manera que no volverian jamas. La sociedad con sus incertidumbres, sus vacilaciones, y sus temores incesantes, ha fastidiado, ha desengañado á todo el mundo, que se ha convencido ya de que ella no tiene, á pesar de *todo su progreso*, ni dicha ni paz que darle. En to-

das sus bellas promesas, ha mentido á todos. . . . Así véase como en todas partes se reedifican, se vuelven á abrir las comunidades y los conventos. Los trapenses han sido los primeros en reaparecer, en el momento mismo en que el espíritu filosófico hacia reimprimir precipitada y abundantemente las obras de Voltaire y de Juan Jacobo Rousseau, á fin de repartirlas entre el pueblo de los campos y de las poblaciones. . . . Hoy no se lee á Rousseau ni á Voltaire; los libreros que habian especulado con este pan emponzoñado, están en quiebra; y los establecimientos que hemos visto profanados, devastados, ó medio demolidos, los vemos levantarse de nuevo de sus ruinas; que prosperan y que no son con mucho, ni tan vastos ni tan numerosos que puedan recibir y abrigar en su *tranquila paz* las almas fastidiadas y desencantadas del mundo.

Dios es admirable en sus vias. Sentado en su eternidad, sabe esperar, y deja frecuentemente al tiempo el oficio de justiciero. Ha bastado solo medio siglo para hacer conocer á los hombres de buena fé, que bajo las grandes y presuntuosas máximas del filosofismo, no hay mas que vanidad y decepcion. Esa *RAZON*, tan envanecida por la escuela moderna, no ha consolado jamas á persona alguna, jamas ha apaciguado los remordimientos de una conciencia culpable; se la reconoce en el dia; se ha llorado, se ha creído, se ha vuelto á arrodillarse al confesonario, como el lugar de donde se vuelve á tomar el reposo.

Vemos en los antiguos escritores que los sacerdotes de los primeros siglos, colocaban el confesonario en un sitio de la Iglesia que podia ser visto de todo el mundo, á fin de alejar toda penosa sospecha de los ministros del sacramento de la Penitencia: era en general ante un altar donde se hacia la confesion de los pecados. De allí viene que la fórmula de la confesion de Egberto, arzobispo de York, comienza por estas palabras: "Yo me confieso ante el Dios Todopoderoso, ante el santo altar."

Cuenta Pedro Damian, que oyó la confesion de la emperatriz Inés, bajo la confesion secreta de S. Pedro, ante el santo altar; *ante sacrum altare*.

El padre Marténe (1), cita un concilio, tenido en Reading en Inglaterra, del cual este es uno de los decretos: "Hemos juzgado á propósito, dicen los padres, ordenar que las confesiones no se hagan mas que en un lugar público, espuestos á la vista de los fieles, y ante el altar, so pena de nulidad de la absolucion." Toda la sabiduría de la Iglesia se encuentra en estas disposiciones: la divina esposa de Jesucristo debe colocarse sobre los impuros pensamientos de los hombres perversos.

Sin colocar los confesonarios frente á los altares, como lo recomendaban los antiguos penitenciaros, los obispos de hoy como los de otros tiempos, quieren que estén establecidos de manera que sean vistos de los fieles en las capillas, en los lados: allí están fuera del movimiento, pero no fuera de la vista; estas capillas de las naves laterales, están reti-

(1) Historia de los Sacramentos de la Iglesia.

radas del paso de los que van y vienen, tienen algo de solitarias, y recuerdan aquellas grutas que habitaban en los desiertos de la Tebaida los piadosos anacoretas. Todas están dedicadas á algunos santos. Así la piedad, tiene donde escoger. Aquí está la de Luis Gonzaga, la de Estanislao de Koska. Vereis allí arrodillados cerca del confesonario recogidos y piadosos como los ángeles, á los jóvenes estudiantes. Este otro oratorio, donde se ve sobre una playa batida por las olas, bajo una ch:za cerrada con algunas tablas, restos de algunos navios naufragados, un sacerdote espirando que estrecha un Crucifijo contra su pecho, es Francisco Javier, el gran apóstol de las Indias. . . . Cerca del altar que le está dedicado, es donde los jóvenes y viejos misioneros vienen á beber el celo y la pasion de la salud de las almas.

Mas lejos, bajo otra bóveda, está Magdalena llorando sus pecados, en la soledad y la aridez del desierto; con dos ramas secas ha hecho una cruz para recordar la del Salvador Jesus que la ha perdonado. A pesar de este divino perdon, quiere llorar mas sus desvarios. A esta capilla vienen á confesarse las grandes señoras y las mujeres del pueblo.

En el fondo de la iglesia, tras del santuario, sobre un trono brillante de blancura, se vé una reina, siete estrellas de oro fulgulan sobre su frente; tiene en sus brazos un niño; los querubines, los serafines, los ángeles, los arcángeles replegan sus alas, y están prosternados ante el niño y la madre. . . . En esta pintura, reconocereis la capilla de la Virgen. . . . ; cerca del confesonario, vereis un enjambre de niñas que sus madres llevan á la fuente de toda pureza.

A estos cuadros, podia yo añadir otros; porque nuestra Santa Iglesia Católica, Apostólica Romana, tiene perdones para todas las faltas, consuelos para todas las penas, patronos para todos los arrepentidos, y modelos para todas las virtudes.

Cuando estas capillas están construidas como deben, son á propósito para la confesion. La luz clara y radiosa del medio dia, no penetra allí sino al través de vidrios pintados. La luz que, así llega asemejándose á la del crepúsculo, es propia para el recogimiento y la meditacion; y si habeis tenido la dicha de que la contricion haga correr lágrimas sobre vuestros pecados, los profanos no lo verán, pero los ángeles las recibirán.

Cuando las confesiones y las penitencias públicas estaban en uso, la Iglesia habia establecido cuatro divisiones distintas entre los penitentes. La primera de estas estaciones era la de los *gemidos*. San Basilio los coloca á la puerta del oratorio, ó de la casa del sacerdote. Cuando los fieles pasaban ante ellos, mendigaban de rodillas oraciones, para que los justos intercediesen en su favor cerca del Dios de las misericordias.

San Jerónimo en una carta á Decano, nos hace conocer cuál era la penitencia que se imponia en esta estacion. Cita el ejemplo de una ilustre matrona llamada Fabiola, descendiente de una familia patricia. Estaba separada del marido, que te-

nia su gloria en el escándalo, y su fama en los mas grandes desórdenes, y se habia casado con otro, estando vivo su primer marido. Las leyes imperiales, lo mismo que las de los príncipes cristianos, no lo prohibian espresamente, como lo atestiguan las de Theodosio y Valentiniano. A pesar de esta tolerancia de aquellas instituciones, la piadosa y ferviente cristiana, no sentia su conciencia tranquila, y teniendo en su foro interno mas respeto por las leyes de Dios, que por las de los césares, se presentó, dice San Gerónimo, la víspera de Pascuas, á vista de toda la ciudad de Roma, ante la basílica de Letrán, con los demas penitentes. El obispo, los sacerdotes, el pueblo, se bañaron de lágrimas al verla tan ilustre por su nacimiento, como humilde por su arrepentimiento. Sus cabellos estaban esparcidos, su rostro pálido y lívido, sus vestidos semejantes á los de los pobres y cubiertos de polvo. Roma, que le habia visto en su esplendor, la miraba con gran piedad en esta voluntaria humillacion. Ella no entró en la iglesia del Señor: se quedó fuera del campo como María, hermana de Moisés, á fin de que el sacerdote llamase á la que habia arrojado. Se habia destruido el rostro, que encantara á su segundo marido. Aborreció las alhajas y composturas que habian hecho resaltar su belleza. Permaneció prosternada en el suelo, como si hubiese cometido un adulterio.

La segunda clase de penitentes, era la de los *oyentes*. Estaba su lugar señalado en el vestíbulo de la casa del Señor. Su parte no era mas dulce que la de los *gemidores*: su consuelo era oír la lectura de los libros santos, el canto de los salmos, y los discursos de piedad que los diáconos hacian en la iglesia; pero salian con los judíos, los paganos y los catecúmenos, que no podian estar allí cuando la misa comenzaba.

La tercera estacion penitencial, era la de la *prostracion*. El lugar destinado á esta clase, era entre la puerta de la basílica, y el *ambon*, ó *púlpito*, en que se canta el Evangelio y epístola. Esta clase era como las dos precedentes, y los catecúmenos, espelida de la Iglesia, en el momento en que el gran sacrificio de la misa iba á comenzar. San Gregorio de Tours, nos dice con qué vigor mantenian los obispos esta disciplina en el siglo sexto. Escuchémosle (1). El rey Teodorico (primero de este nombre, hijo mayor de Clovis) habia muerto, y habiéndole sucedido su hijo Theoberto, hacia muchas cosas contra la justicia permitiendo que se hiciesen muchas mas en sus Estados, por lo cual Niceto, obispo de Treves lo reprendia frecuentemente. Habiendo el rey un domingo, entrado en la Iglesia, con aquellos á quienes el santo obispo habia privado de la comunión, se habian leído las lecciones que el antiguo cánón prescribe, los dones se habian ofrecido sobre el altar, y dijo el obispo: el santo sacrificio no será celebrado aquí hoy, á menos que aquellos que están privados de la comunión, no se retiren antes de todo. El rey se resistia á dejar su sitio, y mos-

(1) Greg. in vita Patrum, cap. XVII.

traba algunas dificultades para salir... cuando un hombre poseido del demonio, le hizo grandes y vivos cargos al rey por no obedecer al ministro del Señor... Theoberto, espantado pidió que este energúmeno fuese lanzado del santo lugar. El obispo le respondió: Que esos incestuosos, esos homicidas, esos adúlteros que vos habeis introducido en la iglesia, sean espelidos, y entonces Dios hará callar á ese endemoniado. El rey ordenó al punto, que todos los que habian sido condenados por el obispo, se dispusieron á salir. Verificado esto, San Niceto libró al poseido haciendo la señal de la cruz sobre su trage para no ser visto y evitar la vanagloria... Desde entonces el rey se hizo mas tratable."

Cuando abre uno los libros antiguos, encuentra en ellos una especie de magia que impide á la pluma detenerse... Oíd, otra historia, contada por San Gregorio el Grande; y pues él la ha escrito, la referiré á pesar de la desdenosa sonrisa de ciertas gentes; "Habiendo muerto dos religiosas que San Martín habia escumulado, fueron enterradas (por la superchería de sus parientes,) en una iglesia de Tours. Cada vez, que segun la costumbre, el diácono decia en alta voz: si hay aquí alguno que no comulgue, deje la casa de Dios, la nodriza de estas dos hermanas religiosas, que tenia la costumbre de hacer la oblation por ellas, las veía siempre levantarse de su tumba, y vestidas con sus sudarios, salir de la iglesia llorando y desoladas."

La última estacion de penitencias, es, la de los *consistentes*. Los que estaban en este grado, tenían derecho de asistir al sacrificio de nuestros altares, pero no tenían el de participar, sino el de ofrecer y depositar sus dones sobre la santa mesa; sus nombres no eran pronunciados en el ofertorio, como se hacia con el de los otros fieles, que habian llevado pan, vino, incienso y cera vírgen.

La ventaja que los *consistentes* tenían sobre los *prosternados*, se encontraba en el derecho de asistir á todas las oraciones de la Iglesia, generalmente y sin escepcion; despues de haberles hecho recorrer la pesada y difícil carrera de la penitencia canónica, se les tenia todavía algun tiempo en esta estacion, para probarlos y asegurarse de su conversion. La fé que todos estos penitentes de estas diferentes clases tenían entonces en su corazón los hacia contar por poco las pruebas de muchos años; cuando el tiempo se mide comparado con la eternidad, es contado por lo que es realmente, ¡por nada! un punto, entre dos espacios sin límites! un *segundo*, entre los siglos pasados y los siglos porvenir.

Vuelvo á un pensamiento que se ha apoderado de mi ánimo con frecuencia cuando he escrito sobre el sacramento de la penitencia, y que me habria infundido miedo mas de una vez, si no hubiese opuesto á mis temores la infalible autoridad de la Iglesia. Si ella ha vuelto tan fácil para nosotros, lo que estaba erizado de tantas dificultades para nuestros antecesores en la fé, es porque Dios que le habia hecho conocer entonces la fuerza de

nuestros padres, le ha revelado despues nuestra debilidad y nuestra falta de energia; confiemos pues en ella, sigamos sus mandamientos y encontraremos allá en lo alto aquellos de quienes no somos acá abajo mas que sombras.

Las antiguas basílicas donde los primeros cristianos han orado, celebrado la Pascua, llorado sus pecados y adquirido sus virtudes, estaban divididas de este modo en su interior: primero la portada ó pórtico, vestíbulo por el cual se entraba á un patio cuadrado, circundado en cada una de sus cuatro partes por una galería cubierta, formando claustro alrededor de este primer recinto. Este claustro, compuesto de arcos, tenia su bóveda elevada sobre columnas. Esta disposicion existe todavía en los conventos y monasterios, que los vándalos revolucionarios han respetado; y estos claustros, en que los religiosos meditan y ruegan paseándose, tienen sus muros, tapizados de piedras mortuorias, donde se leen los nombres de los hermanos que han pasado del silencio de la soledad á los eternos conciertos del cielo. El espacio de terreno que se estiende entre los cuatro flancos de este patio es á veces un jardín de flores que sirven para adornar los altares, y se abre frecuentemente á las sepulturas de los siervos ó siervas del Señor bajo estas galerías contiguas á las iglesias de los primeros cristianos, era donde se collocaban los pobres á quienes se les permitian mendigar; y en medio del patio (1) habia una fuente donde los fieles venian á lavar sus manos y rostro antes de la oracion. Las pilas de agua bendita les han sucedido. En el fondo habia un doble vestíbulo, por el cual se entraba por tres puertas, á la sala ó basílica, que formaba el cuerpo de la iglesia. He dicho que era doble, porque tenia uno fuera y otro dentro, que los griegos llaman *Narthex*. Cerca de la basílica estaban de ordinario dos edificios, el bautisterio á la entrada, al fondo la sacristía ó el tesoro llamado tambien *Secretarium*, ó *Diaconicum*. A cada lado de la iglesia habia cámaras para la comodidad de los que querian meditar y orar en particular; nosotros las llamariamos capillas.

La basílica estaba dividida en tres partes, á su largo por dos filas de columnas sosteniendo las galerías de los dos costados, en cuyo medio estaba la nave. Hacia el fondo al Oriente, estaba el altar, y detras el presbiterio ó santuario, donde los sacerdotes estaban sentados durante el oficio, teniendo al obispo en medio de ellos, cuya silla estaba tambien en el fondo de la basílica, y terminaba la vista de aquellos que entraban por la puerta principal.

Habia ante el altar una trinchera de una balastrada abierta, que se le puede llamar el *coro* ó *cancel*, y á la entrada, en el medio estaba el *púlpito* ó *ambon*, que era una tribuna elevada donde se subia por ambos lados que servia para las lecturas públicas. Algunas veces se hacian dos para dejar el medio libre y no ocultar el altar. A la derecha del obispo y á la izquierda del pueblo, estaba la

tribuna del evangelio, y del otro lado la de la epístola; desde esta tribuna hasta el altar, se collocaban los cantores (*chantres*), que eran simples clérigos destinados á esta funcion. Detras del altar estaba, como se ha dicho, el lugar de los sacerdotes. Era una bóveda mas baja que el resto de la iglesia; se llamaba *concha* porque tenia la forma de tal, o bóveda (*abside*) á causa del *arco* que la terminaba por delante. Se designaba tambien este fondo de la iglesia con el nombre de *tribunal*, porque en los templos profanos era el lugar donde el magistrado venia á sentarse acompañado de sus oficiales. Tambien esta parte de la basílica era mas elevada que el resto, de manera que el obispo tenia que descender algunas gradas para acercarse al altar."

Esta descripcion del conciso abad de Fleury, haciéndonos conocer en todas sus partes las primeras iglesias, nos viene al mismo tiempo á dar noticia de las *diferentes estaciones de los penitentes*, y qué parte de la basílica ocupaba cada uno de ellos (2).

La Iglesia ordena á sus ministros, so pena de anatema, de degradacion y de reclusion perpetua, guardar el silencio mas absoluto sobre todo lo que han oido en el sagrado tribunal de la penitencia. Esta ley es general y no admite escepcion alguna. Por ninguna razon, en ningun caso y bajo pretexto alguno, cualquiera que sea, el confesor puede revelar á los hombres lo que ha sido confiado solo á Dios y á su ministro.

Nada bajo del sol, ni las instancias, ni los ruegos, ni los tormentos, ni la amenaza contra el honor y la vida, ni los mas afrentosos suplicios, ni la muerte mas cruel, pueden alzar de los lábios del confesor, el sello del secreto.

"La ley natural y divina prescribe tan estrechamente el secreto inviolable de la confesion (3), que es casi inaudito que se haya contravenido á él. La historia apenas presenta algunos ejemplos *du-dosos*.

"El decreto mas auténtico que sobre esto tenemos, es el del concilio de Letran: "Que el sacerdote ponga mucho cuidado en no descubrir al peccador en manera alguna, sea por palabras ó por señas. Mas si tiene necesidad de consejo, que lo pida prudentemente sin hacer mencion alguna de la persona de que se trata; porque el que descubriese el pecado que hubiese conocido por la vía de la confesion *in penitenciale iudicio sibi detectum*, será, por nuestra orden, no solamente despojado de la dignidad sacerdotal, sino tambien encerrado en un monasterio de estrecha observancia, para hacer penitencia el resto de sus dias."

Tal ha sido siempre el espíritu de la Iglesia so-

(2) Existe en nuestros dias en Nivernais una iglesia tan vasta casi como la basílica de Nuestra Señora de Paris, donde todas estas divisiones y partes se ven todavia; es la de la antigua abadía de Vezelay, bajo sus bóvedas ha predicado S. Bernardo la primera cruzada ante Felipe Augusto y Ricardo corazón de Leon. La parte que estaba en aquellos tiempos reservada á los catecúmenos, constituia por sí sola una bella y espaciosa iglesia. En tiempo de San Bernardo, Vezelay contaba mil religiosos en sus claustros.

(3) Historia de los Sacramentos por el P. Chardon, Sac. de la penitencia.

(1) Fleury. Costumbres de los cristianos.

bre este secreto, que no es punto de simple disciplina y de policía eclesiástica, sino de derecho natural y divino. No se puede ser mas severo con el que lo violare... Dios, que ha instituido la confesion, no ha querido que semejante crimen pueda alejar á los pecadores del sacramento de la penitencia. Es casi inaudito en los anales católicos.

Algunos han preguntado: ¿si se tratase del interes general de la sociedad, de una conjuracion contra el Estado, no podría un confesor, no debería hablar? No: el confesor no sabe nada como hombre: por consecuencia, en ningun caso le es permitido romper el silencio.

"Pasciéndose un dia Enrique IV con el duque de Bouillon (1), hizo llamar al padre Cotton para preguntarle qué pensaba acerca de una cuestion que se disputaba entonces: la de saber si habia alguna cosa que impidiese advertir secretamente al rey de una conspiracion que se sabia por el tribunal de la penitencia, en que se tramase contra su vida.

"El padre respondió que si se daba la menor laxitud á la revelacion de las confesiones, se destruiria el sacramento de la Penitencia; que la vida y la salud de los reyes, eran á la verdad el mayor bien de un Estado; pero un bien puramente natural, inferior por lo mismo al culto y al honor que se debe á Dios... Que por otra parte la vida de los reyes, estaba mas á cubierto por este silencio impenetrable, que por la revelacion del secreto de la confesion; que un pecador que hubiese meditado tan gran crimen, se guardaria de presentarse á los sacerdotes, si tuviese el menor temor de ser alguna vez descubierto, y por tanto, no habria monitores secretos para desviar de semejantes sacrilegios á aquellos que viniesen á acusarse, si no estuviesen seguros de la discrecion de sus confesores."

"Satisfecho el rey de esta respuesta, le preguntó ¿si á lo menos, él no desviaría al pecador de este crimen?—Sí señor, respondió el padre. Yo no omitiría nada para conseguirlo: haria todavía mas, pues si él queria descubrir su crimen y sus cómplices fuera de la confesion, yo me arrojaría á los pies de vuestra majestad para impetrar su perdon."

Desde el divino establecimiento del sacramento de la Penitencia; desde que se ha mandado á los hombres hacer á los ministros de Jesucristo la confesion de sus pecados, ¿cuántos millones de confesores han venido á sentarse en el tribunal de misericordia y de perdon! ¿Y bien! Registrad los anales del pasado, y os convencereis, como todos los que han hecho un estudio especial de las cosas religiosas, que existe con este motivo un "milagro de descripcion," que dura cosa de dos mil años.

En la historia moderna encontramos un gran ejemplo de esta discrecion cristiana, y cuando atravesais la vieja Alemania, no podeis pasar por un solo puente sin que el rasgo de valor y de fé de Juan Nepomuceno, se presente á vuestro recuerdo. Sobre un humilde y pequeño puente de una corriente de agua sin nombre, como sobre aquel en

que una larga hilera de arcos liga dos riberas de un gran rio, encontrareis siempre la estatua venerada del santo confesor de la emperatriz Juana, esposa de Wenceslao. Tan piadosa como bella la hija de Alberto de Baviera, gustaba de oír la palabra de Dios, y entre los ministros de Jesucristo encargados de esparcirla y darla al pueblo y á los grandes como un alimento celeste, encontró que Juan Nepomuceno estaba dotado de una fé tan viva, de un amor de Dios tan ardiente, de una caridad tan activa, que iba á todas las iglesias en que él predicaba, y jamas eran tan abundantes sus limosnas, como cuando ella salia de escucharlo.

El santo sacerdote venia frecuentemente á abogar por la causa de los desgraciados, en las suntuosas salas del palacio imperial, y cuando los pobres le veían ir á la corte, decían: "He aquí el cortesano segun el corazon de Dios: va á pedir, pero no para él."

Wenceslao, admirador de su elocuencia, escuchaba sus reclamaciones en favor del pueblo, sumido en la miseria y la ignorancia, y hacia llover los consuelos y los beneficios entre la muchedumbre tan desgraciada y corrompida de las grandes ciudades. En esta época, Wenceslao seguía los caminos de Dios, tanto, que quiso en diversas épocas elevar á Juan Nepomuceno á las mas altas dignidades de la Iglesia; pero el santo hombre las rehusó todas, y permaneció simple canónigo de la catedral de Praga.

Se ha dicho hace mucho tiempo, y es verdad, que nada es tan *mudable* y *ondulante* como el favor de los grandes; hoy sonrien y os tienden la mano, mañana se agría su amistad y se cambia en odio. Wenceslao abrió un dia su alma á las mas inquieta de las pasiones, y desde entonces no podia ver al orador cristiano, confesor de la emperatriz, venir á palacio, sin entregarse á los accesos furiosos de los zelos. Juana, pura como un ángel, estaba condenada á sufrir cruelmente tan injustas y odiosas sospechas. Ella no fué la sola víctima. El sacerdote, á quien el monarca habia ofrecido dignidades y honores, debia muy pronto probar que valia mas poner su confianza en el rey del cielo, que en los reyes de la tierra. Wenceslao, á pesar de todo su poder, esclavizado mas que nunca por sus zelos, manda comparecer ante él al confesor de la angélica Juana, é intenta, primero con promesas, y despues con amenazas, hacerlo revelar la confesion de la emperatriz. El siervo de Dios respondió como debia á esta pregunta impía y sacrilega. El emperador se espalta y esclama:

—Desgraciado sacerdote! ¿Desde cuándo osais desobedecer mis voluntades?

—Desde que son contrarias á la de Dios, dijo Juan Nepomuceno.

—Me revelareis lo que deseo saber.

—Jamás.

—Me obedecereis al instante, ó este es vuestro último dia.

—Venga, pues, mi último dia, antes que yo olvide mi deber de confesor.

Ante esa resistencia calmosa y digna, Wences-

lao dejándose arrebatar de la violencia, se lanza sobre el ministro de Jesucristo, y estrechándolo fuertemente del brazo, le repite: Habla, ó mueres hoy mismo.

—Hacedme conducir á la muerte; yo no hablaré jamas. Vos mandais, Dios prohibe; mi eleccion está hecha. A Dios es á quien debo obedecer.

Entonces, segun las órdenes del emperador, Juan Nepomuceno fué puesto en un calabozo, y cuando llegó la noche, dos ayudantes del verdugo lo sacaron y lo condujeron sobre el gran puente de Praga, y allí, atándolo de piés y manos, lo precipitaron en el Moldaw. Cayendo sobre las aguas, el santo bendecia al Señor, y no se dejó de oír su voz hasta que las aguas lo sumergieron.

La desolacion de la emperatriz y de toda la poblacion fué estrema, y los duelos que resonaron en la ciudad ofendieron á Wenceslao, encerrado en su palacio y atormentado en su conciencia por agudos remordimientos.

La noche era oscura, ni un rayo de luna se percibia en las nubes, ni una sola estrella brillaba en el firmamento; esta oscuridad era favorable á los fieles que querian escapar á las miradas de los sicarios de Wenceslao. Una vez fuera del recinto de la ciudad, podrian, con la ayuda de los barqueros, hacer escursiones por el rio, para encontrar el cuerpo del valeroso confesor. Algunos cristianos habian venido del lado exterior de las murallas de la ciudad, y el cielo estaba cubierto de gruesas nubes sombrías; se hubiera dicho que Dios no queria ayudar á sus servidores en su celo piadoso: cuando de repente, sin que el firmamento hubiese dado la menor luz, un punto brillante con una viva luz apareció sobre la superficie de las aguas del Moldaw. Este punto luminoso, demasiado pequeño, iba creciendo progresivamente, como si un fogan hubiese podido encenderse bajo las aguas. Al instante, muchas barcas guiadas por los fieles, se dirigieron al punto radioso, y á pocos minutos, se sacó un cuerpo glorioso del fondo del rio: era el del mártir; ¡era el de Juan Nepomuceno! Entonces estos valerosos cristianos, tan bien recompensados de sus penas, lo sacaron á la ribera, y se pusieron á alabar á Dios.

La voluntad de los poderosos de la tierra se estrecha frecuentemente contra la del Señor, soberano Señor de todas las cosas: Wenceslao desde lo alto de su trono habia jurado que el santo sacerdote, que habia resistido á sus deseos y á sus amenazas, pasara de su desgracia á la muerte, y que ninguna persona osara honrar su memoria: he aquí que, viviendo el mismo emperador, el cuerpo del mártir es llevado con pompa á la catedral de Praga, y depositado en un magnifico mausoleo.

Mas de un siglo despues, estos honores tributados á Nepomuceno, volvieron á abrir su ataúd, y el esqueleto del santo, despojado de toda carne, se encontró entero y blanco como marfil. Su lengua, que no habia querido revelar el secreto de la confesion, estaba todavía intacta, fresca y roja, como cuando habia dicho al emperador: *Lo que vos me*

mandais, Dios lo prohibe; mi eleccion está hecha. A Dios es á quien debo obedecer.

Esta lengua, milagrosamente conservada, se vé todavía entre las mas preciosas reliquias de Praga, y la Alemania, hoy tan agitada por los revolucionarios, y que se lanza al delirio contra sus antiguas instituciones, no ha arrojado todavía una sola de las mil estatuas elevadas á la memoria de un sacerdote católico, mártir de su deber.

Hemos dicho en lo que acabamos de escribir sobre la confesion, que la gracia de lo alto es indispensable á la salud de todo hombre venido al mundo; pero que el confesor, cuyo ministerio es oír la confesion de los pecados; cuyo deber es pesarlos, ligarlos y desatarlos, debe en cierto modo recibir de Dios una parte doble de esta gracia divina; porque debe no solamente salvarse, sino tambien á todos aquellos que vienen á él para ser conducidos por el camino recto. En el navío que se dirige al puerto, el que tiene mas necesidad de sabiduría y de luces, es el piloto que lleva el timon.

Cuando se vuelve el pensamiento cincuenta años atrás, cuando se fija sobre los gobernantes de 1793, está uno obligado á confesar que no ha faltado crimen alguno á esta época de vértigo y de terror: entonces habia establecido un concurso de bajezas y celos, de despojos y robos, de ingratitudes y denuncias, de traiciones y perjuros, de parricidios y sacrilegios... Registrad en los anales de los tribunales de entonces, buscad en el archivo del comité de salud pública, y no encontraréis, no veréis mas, que el señor denunciado por su camarero, el rico por el pobre, el amo de la granja por el mozo del cortijo, el administrador por sus subalternos, el párroco por el sacristan, el magistrado por el portero de estrados, el bienhechor por su beneficiado, el hermano mayor por el menor, el padre y la madre por sus hijos... Pero bien podeis remover las hojas corrompidas y manchadas de sangre de este horrible archivo; no encontraréis allí la prueba de que un sacerdote haya revelado la confesion de su penitente; que un confesor haya llevado al verdugo el pecador que se ha confiado á él.

Hace medio siglo, la iglesia de Francia se ha visto afligida por grandes escándalos: se han visto sacerdotes (1) echando á sus piés los juramentos mas sagrados, abjurar el sacerdocio y la fé; se ha visto á otros violar el celibato con sus costumbres disolutas, y contraer matrimonios sacrilegos; pero en medio de las saturnales del vicio, jamas se ha oido decir que ninguno de estos infelices haya violado el secreto de la confesion."

Sí: cuanto mas se investiga en lo pasado, mas se queda uno convencido de que Dios ha puesto su dedo sobre los labios de los sacerdotes: hace diez y ocho siglos que la Providencia vela sobre el siglo de la confesion. Así, este secreto, atravesando tantos siglos sin ser traicionado, se invoca como una prueba del origen divino del sacramento de la Penitencia. Una institucion humana, no habria podido nunca ser tan discreta. Lo que viene de

(1) Inst. sobre la confes. por el abate Marius Aubert.

(1) Lenglet Dufresnoy. Trat. del sac. de la Confes.

los hombres, se va; lo que viene del Señor, permanece eternamente.

En los días tranquilos, cuando el orden reina en las familias y en los estados, la garantía más grande de la moralidad de la sociedad, es la confesión: el señor ó la señora de la casa, que entran en ella después de haber obtenido del sacerdote de Jesucristo la absolución de sus pecados, llevan bajo su techo una paz de conciencia, que se esparce alrededor de ellos; su corazón está abierto; han recordado la inocencia con sus confesiones, y se sienten en la familia como un perfume celeste. El frasco que contiene la suave esencia, guardará en sus cavidades de cristal el olor que despierta los adormecidos sentidos; pero si una mano levanta el tapón de oro, la casa es de repente embalsamada con el suave aroma.

Cuando el cielo está amenazante, cuando el trueno retumba, cuando la tierra se conmueve, cuando las revoluciones amenazan, rompen y destrozan, los confesonarios son el mejor lugar de refugio, porque es allí donde tomamos más conformidad á la voluntad de Dios, mas resignación para la adversidad que él nos envía. Por interés de nuestras almas, no deseamos días demasiado prósperos, porque ellas se duermen frecuentemente bajo los cielos á los que nada turba su azul. Lo que aquí decimos es triste, pero verdadero: el hombre en el infortunio, piensa más en su salvación que en la prosperidad; los sacerdotes son más llamados al confesonario en los tiempos malos, que cuando nada despierta la inquietud y la alarma.

Hay otros días en que los tribunales de penitencia no dan á basto á la solicitud pública. Es cuando una misión se abre en una gran población ó en una parroquia de campo. . . . Cuando el sople del Señor pasa por la comarca, todo se conmueve; como el campo de trigo que ondula bajo la brisa. No cayendo bastante rocío sobre el país, todo se desecaría; el clero de la gran ciudad, ó el pastor de la pequeña población, han pedido al obispo nuevos obreros espirituales, para ayudarles á trabajar en la viña del padre de familia.

Antes que empiece la misión, el cura sube á la tribuna, y anuncia á los feligreses la *buena nueva*, la apertura de los grandes asientos de la misericordia de Dios. Ha enumerado las gracias, los beneficios, las indulgencias, los perdones, las reconciliaciones, que resultan de los piadosos y saludables ejercicios, que no tendrán lugar, sino antes y después de los trabajos del día, y durarán muchas semanas.

A estas cortas palabras de monición, mezcladas en la plática del domingo, se revela una inocente curiosidad entre los fieles, y ya se quisiera que los misioneros llegasen á la parroquia; las madres de familia son las primeras en alegrarse y dar gracias á Dios, porque se acuerdan de antiguas misiones que habían dejado á las tabernas desiertas, á los hombres más sabios, y á los niños más obedientes. Las niñas y los jóvenes van á aprender y á cantar los cánticos, y este será para ellos un santo placer. Entre los habitantes de la parroquia, hay mu-

chos que han aprendido en los ejércitos ó en las grandes ciudades la incredulidad y la indiferencia. Por mucho tiempo se han abstenido de ir á hacer la confesión de sus pecados á su pastor (que algunos se lo han representado áspero, inaccesible y severo). ¡Y bien! como sienten el peso de sus faltas, irán á confesar á los hombres de Dios, que el obispo envía para evangelizar el país, purificar las conciencias, y reanimar el fuego sagrado.

El día de la venida de los misioneros, los notables de la comarca van ante ellos, y los rodean pidiéndoles su bendición. El humilde aposento del presbítero recibe uno ó dos, y el castillo vecino á la villa, como en los días de la antigua hospitalidad, ofrece á los otros nuevos apóstoles la mesa y la cama.

En la familia cristiana se acogen con dicha estos hombres evangélicos, que han hecho voto de pobreza, y que frecuentemente han tenido gran mérito en hacerlo, porque muchos de ellos han nacido en ricas moradas, y renunciado á las pompas del mundo para ir á repartir al pobre pueblo el pan de la palabra. . . . Cuando para llenar este ministerio, salen de su casa y retiro de oración, no son extraños á los usos y costumbres de la buena sociedad: su lenguaje es puro, sus maneras son tan escogidas como decentes, agradan á las personas de edad, y encantan á los niños; como nuestro Señor, ellos dejan á los pequenuelos venir hacia ellos, y brincar sobre sus rodillas; tienen para ellos mil cuentos é interesantes historias.

Cuando llegan á una parroquia sumergida en la tibieza, antes de comenzar sus predicaciones, van á visitar los habitantes de la granja y los de la pobre cabaña; y allí se hacen amar por la caridad que emana de todas sus palabras y de todas sus costumbres. La miseria que han visto es socorrida; porque las recomendaciones de estos verdaderos amigos del pueblo, rara vez dejan de ser escuchadas.

En fin, se abre la misión: ha comenzado por una invocación del Espíritu Santo. El *Veni Creator* ha sido cantado. El programa de cada día se traza de tal suerte, que los trabajos del campo no se interrumpen por los piadosos ejercicios. La misa de la mañana se llama antes de la hora de irse á los campos, y las instrucciones y los cánticos de la tarde no se comienzan hasta que se ha concluido toda obra. El reposo es santificado y duplicado de este modo; no es solamente el cuerpo del labrador el que va á reposar, también su alma, á quien la oración va á refrigerar como el rocío que cae del cielo, reverdece y fertiliza los surcos y los prados.

Los nuevos oradores han despertado la atención del rústico auditorio. Hombres y mujeres, jóvenes y viejos, no doblan sus cabezas entorpecidas; todos las levantan y fijan sus ojos bien abiertos sobre el hombre de Dios, que sabe mezclar á las saludables doctrinas de la religión un interés sostenido; intereses, que agrada en la alquería como en la ciudad, en la iglesia de aldea, como bajo las bóvedas de Nuestra Señora de París. Es bueno dogmatizar, pero relatar; es mejor; y estos misioneros, educados

en la escuela de San Francisco Javier, saben mucho mejor que otros, apoderarse de la atención del pueblo: han visto mucho y tienen mucho que decir.

Ellos poseen otra ciencia, la de saber tocar el corazón. Su palabra desciende para conmoverlo. . . . para encender su tibieza, para arrancarlo del amor de la tierra, y elevarlo hacia el cielo. . . . El aldeano ha derramado tanto sudor sobre los surcos; sus cosechas le han costado tanto trabajo, que ama su campo más que cualquier otra cosa; frecuentemente piensa en él más que en Dios; es preciso curarlo de esta injusticia, el misionero lo conoce; muestra al Criador en todos lugares, y más en el campo que en cualquiera otra parte. Con la Biblia en la mano, demuestra al cultivador la alianza estrecha que ha existido siempre entre el Señor Dios de Israel, y los patriarcas.

Cuando el orador ha traído así al pasivo al pensamiento de Dios, le inspira horror al pecado. . . . de este horror á la confesión, no hay más que un paso. Empero la misión no está á la mitad de su curso, y ya ha sido preciso construir nuevos confesonarios en la Iglesia. Las almas han estado tan conmovidas por las bellas y tiernas ceremonias de la renovación de los votos del bautismo, de la consagración de los niños, y de los oficios de los muertos, que todas sienten la necesidad de descargar sus conciencias del peso de sus pecados. Entonces, los días, y una parte de las noches se emplean en esta purificación de los corazones. Los confesores están en su puesto; y mientras más fatiga tienen, más gracias dan á Dios; una alegría santa los anima, cuando ven largas hileras de penitentes arrodillados en derredor de los confesonarios. . . . Ellos van á hacer llover el perdón sobre todas estas cabezas inclinadas, y llevar la inocencia á todas esas almas arrepentidas. . . . ¡Oh! ¡Cómo no alabar entonces, y dar gracias á aquel que les ha dado el poder de desatar y de absolver!

Mientras más se aproximan los fieles al día de la comunión general, que debe, con la plantación de la cruz, terminar la misión, más redobla la caridad, y se revela en las oraciones que se dirigen á Dios para pedirle que haga caer su gracia sobre los incrédulos, que se han mantenido fuera del movimiento religioso. La dicha que ellos sienten, la dulce paz que gozan, la quieren hacer gustar á las almas áridas y secas, que han permanecido desviadas.

Es raro que la santa destreza, que el infatigable celo y ardiente caridad de los misioneros, no consiguen vencer el capricho de los volterianos. A pesar de toda su humildad, los hombres de Dios conocen la verdad de lo que aquí espreso: no tienen temor á las fatigas y molestias del confesonario, y se les ve llevarlas en los tiempos ordinarios, como en el de misiones, con un celo que no puede provenir más que de la caridad. Solo Dios puede saber lo que les espera en el tribunal de la penitencia, y cuán preciso es que el confesor esté impregnado de la misericordia divina, para hacer descender sobre ciertos penitentes la gracia del perdón. Un

hecho contemporáneo, que he contado en otra parte, prueba cómo el verdadero sacerdote de Jesucristo sabe perdonar y absolver. He lo aquí:

Durante la guerra de la Vendée, las poblaciones de San Juan, y de San Estévan de Corcoué, fueron sucesivamente tomadas y vueltas á tomar, por los realistas y los azules. Un hombre de San Estévan (Dios me guarde de decir aun la primera letra de su nombre), se unió á los republicanos mientras ocuparon el país. Conocía los aldeanos más ricos, las granjas donde había más que robar. Conducía los soldados de la república, asesinando con ellos á los habitantes que encontraba, y sabía siempre apropiarse una buena parte del botín. Cada día empezaba de nuevo sus expediciones, y su sed de sangre y rapiña era tal, que fatigaba á los soldados. Estaba lejos de cansarse: se veía rico á fuerza de robos, y se ponía á sonreír con una horrible alegría, cuando solo, y en medio de la noche, á la luz de una tea de resina, contaba y recontaba todos los objetos robados. Los amontonaba sobre una buhardilla, y trataba de ocultarlos á todos los ojos. Un día se había ido á una de sus sangrientas expediciones. Mientras estaba ausente, las pobres vandeanas, con sus hijas y niños, fueron conducidas prisioneras y encerradas en la capilla de San Juan de Corcoué. Entre estas desgraciadas había muchas parientes de aquel que no hemos querido designar. Ella venía de las casas de ellas, había llevado los soldados más feroces; y temblaba de rabia al ver que las hermanas de su madre se le habían escapado, que no estaban en sus chozas, y que los soldados republicanos las habían llevado sin asesinarlas. (1).

Desde el umbral de su puerta, muchos habitantes de San Estévan de Corcoué miraban el monstruo convertido en terror del país; el verdugo de las mujeres y de los niños. . . . Le habían visto alejarse de la población, y dirigirse á la capilla armada de pistolas, de puñales, y arrastrando un gran sable, atravesar la ribera y escalar la cuesta. . . . Como el hombre á quien devora una sed ardiente se regocija de llegar á un manantial de agua. . . . así corrió á la capilla, donde la sangre debía refrigerarlo.

En el silencio del horror, le vieron quitar su chupa, arrojarla sobre un zarzal, levantarse las mangas de la camisa, y lanzarse en el cementerio, por el cual le fué preciso pasar para llegar á la capilla. . . . Al instante, los tiros de pistola, los gemidos, los gritos se hicieron escuchar. . . duraron largo tiempo; y cuando cesaron se pudo decir: ¡Todo, bien, está concluido; todo está asesinado. . . . !

Mientras el verdugo concluía su obra, corrió un niño hacia la capilla; quería entrar allí; allí estaba su madre. Miró por el agujero de la puerta, y retrocedió espantado, viendo al monstruo acabando sus víctimas. . . . Sus piés nadaban en sangre. . . . A esta horrible vista, el niño se puso á huir, y escapó así del verdugo de su familia.

(1) Sus rasidos y sus hermanos estaban en el campo de batalla.

Sin vergüenza, y envaneído de su proeza, el aldeano volvió á bajar la cuesta, lavó sus manos en la ribera, enjugó sus armas, entró en su casa, y se sentó tranquilamente á tomar la comida que su mujer le había preparado. . . . Oh vergüenza. . . . Este hombre era casado tres veces. . . .

Los tiempos del terror pasaron; ya no se asesinó mas; la muerte se había cansado; se respiraba, en fin, en las ciudades y en los campos. Aquel cuya historia voy contando se enojaba de este reposo, pero era preciso resignarse. Sus robos le habían hecho rico, é hizo muchas adquisiciones en el país. Bien conocía, que todos se desviaban de su paso, que temblaban á su aproximación; pero él se había creado una frente que no se enrojecía jamas. En medio de los hijos de las víctimas inmoladas por él, vivía sin inquietud; se le huía, pero no se le amenazaba.

Cuando concluyó la guerra, cuando todo volvió al orden, este hombre, que había hecho sufrir tanto, cayó en un estado horrible de sufrimiento; en sus crueles dolores, no se quejaba; bramaba: era el tigre saciado de sangre, que va á morir, y que todavía se resiste. El espanto se pintaba en los dolores de su cuerpo, el volvía á ver, y numeraba sus víctimas. . . . A veces gritaba: tened piedad de mí! otras decía: ¿qué hacéis aquí con vuestros pálidos semblantes? ¡Matadme, como yo os he matado! acabad conmigo. . . . acabad!

La desgraciada que no había tenido vergüenza de ser su mujer, fué á buscar un sacerdote, y le dijo: solo vos podeis tranquilizarlo; y avergonzándose añadió: Señor, llevad un Crucifijo, porque nosotros no tenemos en casa. El sacerdote siguió á la aldeana. Mucho antes de llegar á la casa del enfermo, oyeron sus gritos; eran horribles.

—¿Qué venis á hacer aquí? gritaba el moribundo.

—A consolaros, á tranquilizaros, respondió el sacerdote.

—No hay tranquilidad, no hay alivio para mí!

—La hay para todos los que sufren. Dios viene al socorro de todos los que le llaman.

—Yo no lo he llamado, ni á vos tampoco; mi mujer es quien ha ido á buscaros. —Entonces el revolucionario se volvió hácia ella, la amenazó y la llenó de injurias.

La desgraciada mujer no hacia mas que repetir á todas estas violencias:

—Era preciso ir á buscar á un sacerdote; ¿no gritabas tú sin cesar: hélos aquí. . . . hélos aquí. . . . vienen á buscarme; para arrastrarme al infierno. . . .? ¿Cómo alejar de aquí estos demonios que te atormentan dia y noche? ¿Teníamos siquiera aquí una imagen de la santa virgen, un ramo bendito, un Crucifijo. . . .? ¿Tenemos acaso vecinos, que vengan á rogar con nosotros? Tú lo sabes bien; ellos huyen de nosotros. He creído que un sacerdote te haria bien, y por eso lo he ido á buscar.

—Hacerme bien. . . .! El será uno mas de los que me maldigan.

—Ah! exclamó el sacerdote, os equivocais; mi deber me prohíbe maldecir.

—Es igual; no llenareis ese deber. . . . me maldecireis. . . .

—En nombre del Dios que adoro, os juro. . . .

—No jureis! ¿Dónde está vuestra madre?

—En el cielo, entre los mártires.

—¿Ha sido matada con todas las aldeanas de la Venda?

—Sí, cruelmente asesinada,

—¿Estaba arriba. . . . en la capilla de San Juan de Coreoué?

—No, fué cogida y asesinada en el bosque de Roche-Serviere.

—Ah! ¿El bosque de la Roche-Serviere? Yo tambien estaba. . . . Y ahora que me direis?

A estas palabras el siervo de Dios cubierto de horror permaneció de rodillas por algunos instantes, rogando en voz baja; y levantándose dijo al moribundo:

—Acabo de decir á Dios: Perdonadme como yo perdono; y á vos, hermano mio en Jesucristo, repito: Yo os perdono.

—Los otros no me perdonarán, y vuestro mismo Dios no me concederá el perdón. No hay para mí mas que el infierno, y ya siento sus tormentos. ¡Ah! Si todos los asesinos sufren lo que yo, las víctimas quedan vengadas.

—Vuestros tormentos pueden ser provechosos; quizá os traerán el arrepentimiento.

—El arrepentimiento no me servirá mas que á los ojos de Dios; los hombres no creen en él.

—¿Qué os importa lo opinion de los hombres? Vais á dejarlos; y á caer en las manos del Dios vivo.

—Ah! Ya lo sé, ya lo sé, exclamó el hombre que había derramado tanta sangre; ya me veo delante de él; no puedo soportar sus miradas. ¿Para qué me habláis de él? ¿No veis alrededor de su trono á todas las mujeres y niños que he asesinado? . . . Me muestran con el dedo al Juez y le dicen: El es, él es, castigadle. . . . Y el fuego de los infiernos me rodea, y los demonios se apoderan de mí. Entonces en un horrible delirio, el revolucionario moribundo, se medio levantó de su lecho, estendió los brazos para repeler la vision que le sobrevenia á cada instante; sus cabellos grises se erizaban sobre su frente pálida y arrugada; el sudor bañaba su rostro, y el temor contraía sus facciones. ¡Ah! dijo el sacerdote, si la misericordia de Dios no fuese infinita, yo creeria estar mirando á un réprobo; sin duda que así deben ser.

La mujer entre tanto le miraba con una piedad mezclada de horror, y repetía: esto le sucede veinte veces al dia.

Repentinamente el enfermo cogió la mano del sacerdote, y le dijo: quedaos, quedaos cerca de mí; ellos han visto la cruz que habeis colocado junto á mi lecho, han visto á un ministro de Dios y no se atreven á avanzar. No han venido á desgarrarme el corazon. Yo los oia; se decian entre sí: ha llamado á Dios; la cruz le defiende. El sacerdote quedó muchas horas cerca del pecador. Su vista le daba mucha tranquilidad. A fuerza de exhortaciones, había decidido al revolucionario á comenzar

la confesion de sus crímenes y pecados. Por mas de ocho dias, hubo constantemente junto al lecho del moribundo un ministro del Dios de las misericordias. Ya los vecinos no eran molestados con el grito de la desesperacion; la religion había traído un poco de paz á la casa del que había sido el terror del pais.

La enfermedad había detenido sus progresos, como para dar al antiguo revolucionario, tiempo de arrepentirse. Se habían pasado mas de tres semanas desde que fué llamado el sacerdote. El hombre que había renegado por tanto tiempo de Dios, ahora invocaba á Dios, con toda la fuerza de sus deseos, y frecuentemente repetía á su confesor: los hombres acaso me perdonarán cuando vean que Dios me ha perdonado. ¡Ah! Yo no tenia esta esperanza de perdón. Pero vos me habeis dicho que la bondad divina es mas grande que todos mis crímenes; y esto me ha desviado de la desesperacion.

Aun vacilaba el sacerdote; temía introducir en un corazon que tanto había amado la sangre, á un Dios de dulzura y de paz. Para probaros, decía muchas veces al convaleciente, es menester tiempo, ó un grande acto de humildad.

—Un grande acto de humildad! Decidme ¿Qué debo hacer?

—Vuestro corazon os lo dirá. Os habeis confesado conmigo, ya nada tengo que exigir de vos, ya pasó el tiempo de las penitencias públicas.

—Deben existir para un criminal como yo. Escuchad, para convenceros de mi contricion y arrepentimiento, quiero reunir á los hijos y parientes de mis víctimas; me arrojaré á sus piés; y les gritaré: perdonadme, yo soy el asesino de vuestras madres, de vuestras hermanas y de vuestros hijos. . . . Perdonadme para que Dios me perdone.

—Tal resolucion os viene del mismo Dios; yo debo alentaros á su ejecucion.

Desde mañana quiero poner en obra lo que Dios me ha inspirado. Y vos, señor, que me habeis enseñado á creer en su misericordia, encargaos de prevenir á aquellos ante quienes debo humillarme. ¡Ah! son muchísimos los que yo he perjudicado; no podrán venir todos. . . . Pero escuchadme, he aquí los nombres de los habitantes del país que deben venir.

Entonces el penitente recitó muchos nombres, y el ministro de paz y reconciliacion convocó á su casa para el dia siguiente á los parientes de las víctimas.

Todos acudieron á la cita sin saber nadie el motivo de la reunion. El sacerdote les dijo: Amigos míos, voy á decir la misa; venid á asistir á ella, pidiendo á Jesucristo que ha perdonado sus verdugos, una caridad sin límites, una caridad que no retroceda ante horribles recuerdos: mucho la necesitais.

Los aldeanos, sin comprenderle, lo siguieron á la iglesia y oraron con fervor.

El cura despues de la misa los condujo á casa del asesino arrepentido.

—¿Qué! Esclamaron algunos jóvenes. ¿Queris hacernos entrar á casa de este hombre? El es el que ha matado á nuestras madres.

—La mia tambien ha sido asesinada. Los que son verdaderos cristianos que me sigan.

El sacerdote entró en casa del pecador.

Ninguno se quedó fuera; todos siguieron sus pasos. Nadie había en la cámara. Todos se miraban en silencio, una grande emocion agitaba los corazones. Lo observó el ministro de Dios y habló de esta manera:

Todos sois cristianos; todos decís del dia á la noche: perdonanos, Dios mio, como nosotros perdonamos. Pues bien, ahora vais á perdonar á un gran culpable, á un criminal; se va á arrojar á vuestros piés un asesino; pero este hombre que ha sido culpable, criminal y asesino, se ha arrepentido. No lo rechazeis; no seais mas difíciles que Dios. El que va á abrazar vuestras rodillas, es hermano nuestro: perdonadle en nombre de Jesucristo.

Un movimiento de sorpresa y vacilacion se manifestó entre los circunstantes. Se abre una puerta, y se presenta súbitamente aquel que fué por tanto tiempo el temor de la comarca. Un espanto involuntario, hace que todas las mujeres corran al otro extremo de la cámara.

El enfermo observa el pavor que infunde, y dice con una voz alterada: ¿Qué! ¿todavía infundo temor? Con su mano enjugaba el sudor que brotaba de su frente; temblaban sus rodillas; trataba de hablar y no encontraba palabras. El buen cura se le acercó, y le hizo sentarse. Todavía pasaba sus manos muchas veces sobre la frente, como un hombre que busca un pensamiento. Al fin exclamó con fuerza: No debo estar de esta manera; sino que debo pedir perdón de rodillas. Perdon á todos vosotros, hijos cuyas madres he matado; perdon á vosotros hermanos, cuyas hermanas he degollado; á vosotros padres, cuyos hijos he asesinado. Y hablando de esta manera se arrastraba el desgraciado sobre sus rodillas é iba pidiéndoles de uno en uno perdón.

Todos respondian: perdonete Dios como nosotros te perdonamos.

Solo un hombre, al mirar al suplicante acercarsele, le mandó no avanzar un paso. Retírate, le gritó; no me levantes tus manos, que todavía veo en ellas la sangre de mi madre y de mi hijo. Jamas, jamas podré perdonarte. Y se esforzó para salir; pero el enfermo le coge sus vestidos, le contiene y le dirige esta súplica: á nombre de Jesucristo os suplico me perdoneis. ¡Ah! conozco todo el mal que os hecho; sé que merezco vuestro odio y vuestras maldiciones; mas imitad á vuestros hermanos: tambien ellos tienen por qué maldecirme y me han perdonado. El ministro de Dios que veis aquí, que me ha enseñado á creer en la bondad divina, tambien tiene derecho de decirme: Maldicion! Maldicion sobre tí! En vez de esto él no ha hecho mas que bendecirme en nombre del Dios que perdona. Pero vos no quereis perdonarme. Pues bien, vengaos, vengaos, pisotead al asesino de vuestra familia; merezco sufrir, aquí me teneis. Al decir estas palabras el pecador se echó por tierra, y repetía: pisoteadme, pisoteadme; vengaos.

El sacerdote hizo algunas observaciones al que no quería perdonar. La vista del anciano, dirigida sobre él, pálida y sofocada como si fuese á morir, acabó de vencerle. Le inclinó hácia el hombre que le inspiraba tanto horror, y le dijo: levantaos, os arrepentís; yo os perdono, y ruego á Dios haga lo mismo. A estas palabras el vendeano se separa, atraviesa el pueblo, entra á la iglesia y allí permanece por algunos instantes.

El sacerdote se quedó con el anciano que necesitaba su socorro: tan terrible escena había aumentado la fiebre: unas piadosas mujeres del pueblo, permanecieron con el ministro de Jesucristo ayudándole en los cuidados que tenían del nuevo convertido.

Lo mismo que en el cielo, siempre hay alegría entre las mujeres cuando un gran pecador se convierte á Dios.

LA ESTREMA-UNCION.

Si alguno de vosotros está enfermo, llame á los sacerdotes de la Iglesia, que oren por él y le unjan óleo en nombre del Señor: la oracion de la fé salvará al enfermo; el Señor lo consolará, y si ha cometido pecados, le serán perdonados."

Este pasaje del apóstol explica claramente, tanto el rito sensible como la institucion divina, y la promesa de la gracia: el rito exterior está espresado con la unción del óleo prescrita por Santiago, á la que se une la oracion del sacerdote. La institucion divina y la promesa de la gracia, están unidas á este rito, y se comprende por la naturaleza misma del objeto de que se trata, pues solo pertenece á Dios, conferir la gracia. Estas palabras: "Si se halla en estado de pecado, se le perdonan sus pecados," demuestran claramente que la Estrema-Unción confiere la gracia; y efectivamente los pecados no pueden ser perdonados, sin el don de la gracia divina. San Crisóstomo, en el capítulo tres de su libro sobre el sacerdocio, dice en términos muy claros: "No solamente los sacerdotes nos regeneran, sino que despues de habernos regenerado, pueden remitirnos los pecados; porque si alguno de vosotros está enfermo, ha dicho el apóstol, llame á los sacerdotes." Posidonio y San Cirilo de Alejandria (1), se apoyan en la Estrema-Unción para exhortar á los fieles á recobrar así la salud, y desviarlos de las supersticiones paganas. En cuanto á la materia del sacramento, las palabras mismas de Santiago prueban que es el aceite de olivo. La sola palabra *óleo*, basta para hacerlo comprender sin necesidad de explicacion.

Por tradicion de los apóstoles, recibida de mano en mano, ha comprendido la Iglesia, que la materia de este sacramento era el aceite bendito por el obispo (2). En fin el concilio de Trento nos demuestra, que el efecto de este sacramento es la gracia del Espíritu Santo. "Este efecto real, dice el santo concilio, es la gracia del Espíritu Santo, cuya unción, borra las manchas del pecado y los pecados mismos, si aun hay algunos que expiar, alienta y conforta el alma del enfermo, escitando en él una gran confianza en la misericordia de Dios, por medio de la cual, está sostenido y soporta más fácilmente las incomodidades y progresos de la enfermedad: resiste más fácilmente las tentaciones del demonio que le tiende redes en esta ocasion estrema, y algunas veces alcanza al enfermo la salud del cuerpo, cuando es necesaria para la salud del alma."

El catecismo romano, da pormenores estensos, acerca de los efectos de la Estrema-Unción; y los contiene el dístico del poeta en estas breves palabras:

*Ungor in extremis, ut fiat gratia major,
Et morbus levior, et mea culpa minor.*

Hasta este sacramento que viene á cerrar la vida cristiana, habíamos marchado entre el gozo y las magnificencias. En la senda que la mano divina ha trazado entre la tierra y el cielo, las misericordias del Altísimo se han desarrollado ante nosotros, trayendo á nuestras almas el perdón, la fuerza y el amor. Hemos cogido al hombre en su entrada al mundo, sostenido por la mano de su Dios; es tiempo de interrumpir nuestra carrera. Ahora es presa de todos los sufrimientos, y vamos á ver en lucha con la muerte al hijo de Adán; pero el espectáculo tambien estará lleno de grandeza, imponente y digno de toda nuestra atencion.

Acerquémonos sin temor ni terror al lecho de angustias. Las lecciones de la muerte son severas, es verdad, pero están acompañadas de una grandeza majestuosa é indeleble. Al mostrarnos la muerte la tierra á donde debemos dormir, eleva nuestra alma al cielo á donde ella, debe subir, y nos dice con su lenguaje mudo: *Nolite timere*, no temais, que la inmortalidad está del otro lado de la tumba. Por lo mismo este pensamiento, esta cercanía de la muerte, ¿qué tiene de funebre para el hombre? Desde sus primeros pasos en el mundo, ¿no son su pasto cotidiano la inquietud y el sufrimiento; las lágrimas su alimento de cada dia; la amargura y los pesares el estado habitual de su corazon?

La mano de nuestra religion divina y maternal, ha unido sus gozos á nuestro llanto, pero no ha secado la fuente de éste. Hija del cielo, ella no podia dar á sus hijos una felicidad completa si no es en la patria, en su region natal, muy arriba y mas allá de nuestras miserias.

"El hombre nacido de mujer vive poco tiempo

(1) En San Agustin cap. XXVII.
(2) Véase á Martens, de antiquis Ecclesie ritibus lib. I, p. 2, cap. VII. art. 4.

El sacerdote hizo algunas observaciones al que no quería perdonar. La vista del anciano, dirigida sobre él, pálida y sofocada como si fuese á morir, acabó de vencerle. Le inclinó hácia el hombre que le inspiraba tanto horror, y le dijo: levantaos, os arrepentís; yo os perdono, y ruego á Dios haga lo mismo. A estas palabras el vendeano se separa, atraviesa el pueblo, entra á la iglesia y allí permanece por algunos instantes.

El sacerdote se quedó con el anciano que necesitaba su socorro: tan terrible escena había aumentado la fiebre: unas piadosas mujeres del pueblo, permanecieron con el ministro de Jesucristo ayudándole en los cuidados que tenían del nuevo convertido.

Lo mismo que en el cielo, siempre hay alegría entre las mujeres cuando un gran pecador se convierte á Dios.

LA ESTREMA-UNCION.

Si alguno de vosotros está enfermo, llame á los sacerdotes de la Iglesia, que oren por él y le unjan óleo en nombre del Señor: la oracion de la fé salvará al enfermo; el Señor lo consolará, y si ha cometido pecados, le serán perdonados."

Este pasaje del apóstol explica claramente, tanto el rito sensible como la institucion divina, y la promesa de la gracia: el rito exterior está espresado con la unción del óleo prescrita por Santiago, á la que se une la oracion del sacerdote. La institucion divina y la promesa de la gracia, están unidas á este rito, y se comprende por la naturaleza misma del objeto de que se trata, pues solo pertenece á Dios, conferir la gracia. Estas palabras: "Si se halla en estado de pecado, se le perdonan sus pecados," demuestran claramente que la Estrema-Unción confiere la gracia; y efectivamente los pecados no pueden ser perdonados, sin el don de la gracia divina. San Crisóstomo, en el capítulo tres de su libro sobre el sacerdocio, dice en términos muy claros: "No solamente los sacerdotes nos regeneran, sino que despues de habernos regenerado, pueden remitirnos los pecados; porque si alguno de vosotros está enfermo, ha dicho el apóstol, llame á los sacerdotes." Posidonio y San Cirilo de Alejandria (1), se apoyan en la Estrema-Unción para exhortar á los fieles á recobrar así la salud, y desviarlos de las supersticiones paganas. En cuanto á la materia del sacramento, las palabras mismas de Santiago prueban que es el aceite de olivo. La sola palabra *óleo*, basta para hacerlo comprender sin necesidad de explicacion.

Por tradicion de los apóstoles, recibida de mano en mano, ha comprendido la Iglesia, que la materia de este sacramento era el aceite bendito por el obispo (2). En fin el concilio de Trento nos demuestra, que el efecto de este sacramento es la gracia del Espíritu Santo. "Este efecto real, dice el santo concilio, es la gracia del Espíritu Santo, cuya unción, borra las manchas del pecado y los pecados mismos, si aun hay algunos que expiar, alienta y conforta el alma del enfermo, escitando en él una gran confianza en la misericordia de Dios, por medio de la cual, está sostenido y soporta más fú-

cilmente las incomodidades y progresos de la enfermedad: resiste mas fácilmente las tentaciones del demonio que le tiende redes en esta ocasion estrema, y algunas veces alcanza al enfermo la salud del cuerpo, cuando es necesaria para la salud del alma."

El catecismo romano, da pormenores estensos, acerca de los efectos de la Estrema-Unción; y los contiene el dístico del poeta en estas breves palabras:

*Ungor in extremis, ut fiat gratia major,
Et morbus levior, et mea culpa minor.*

Hasta este sacramento que viene á cerrar la vida cristiana, habíamos marchado entre el gozo y las magnificencias. En la senda que la mano divina ha trazado entre la tierra y el cielo, las misericordias del Altísimo se han desarrollado ante nosotros, trayendo á nuestras almas el perdón, la fuerza y el amor. Hemos cogido al hombre en su entrada al mundo, sostenido por la mano de su Dios; es tiempo de interrumpir nuestra carrera. Ahora es presa de todos los sufrimientos, y vamos á ver en lucha con la muerte al hijo de Adán; pero el espectáculo tambien estará lleno de grandeza, imponente y digno de toda nuestra atencion.

Acerquémonos sin temor ni terror al lecho de angustias. Las lecciones de la muerte son severas, es verdad, pero están acompañadas de una grandeza majestuosa é indeleble. Al mostrarnos la muerte la tierra á donde debemos dormir, eleva nuestra alma al cielo á donde ella, debe subir, y nos dice con su lenguaje mudo: *Nolite timere*, no temais, que la inmortalidad está del otro lado de la tumba. Por lo mismo este pensamiento, esta cercanía de la muerte, ¿qué tiene de funebre para el hombre? Desde sus primeros pasos en el mundo, ¿no son su pasto cotidiano la inquietud y el sufrimiento; las lágrimas su alimento de cada dia; la amargura y los pesares el estado habitual de su corazon?

La mano de nuestra religion divina y maternal, ha unido sus gozos á nuestro llanto, pero no ha secado la fuente de éste. Hija del cielo, ella no podia dar á sus hijos una felicidad completa si no es en la patria, en su region natal, muy arriba y mas allá de nuestras miserias.

"El hombre nacido de mujer vive poco tiempo

(1) En San Agustin cap. XXVII.

(2) Véase á Martens, de antiquis Ecclesie ritibus lib. I, p. 2, cap. VII. art. 4.

y está lleno de turbacion; es á manera de una sombra que jamas permanece en el mismo estado."

La vida es pesada para llevarse; la vida está llena de fastidio; es para el hombre una guerra continua, y sus dias son como los de un mercenario.

"Como un esclavo suspira por la sombra, y un mercenario espera el fin de su tarea, así se pasan en mi vida los meses vacíos y las noches llenas de trabajo y de dolor."

"Mis dias han sido cortados mas pronto que el hilo de la tela lo es por el obrero; ellos han pasado sin dejarme una sola esperanza. Así suspiraba, así se lamentaba por las desgracias de su vida un hombre que había experimentado los gozos y las tristezas, las prosperidades y los infortunios.

Así podrian lamentarse y suspirar todos los que la han recorrido.

Y sin embargo, el hombre se apega á esta vida. Al solo pensamiento de que algun dia ella se desvanecerá como un sueño lleno de ilusiones, se llena su alma de amargura; él se arraiga á todas las cosas criadas; no quisiera morir, y retrocede espantado ante la oscuridad de las regiones de la muerte; ¿y de dónde le viene este temor? ¿No es en la sombra donde encontrará el reposo? Proviene su espanto de que recuerda el noble origen de los hijos de luz; los reveses del hombre no han destruido en él la idea de su grandeza primitiva; todo en su alma se revela contra la humillante degradacion que la muerte opera. En efecto, Adán había sido criado para ser glorioso y radiante de dicha, y no presa de humillaciones estrañas.

"El pecado ha entrado en el mundo, y con el pecado la muerte." Desde entonces ha ejercido su imperio sin escepcion; las generaciones han sucedido á las generaciones, los imperios han rodado unos sobre otros, las potestades han pasado como las olas del mar, los palacios se han derribado, y en la ruina general, los sepulcros han quedado solos. No hay momento mas solemne que el de la muerte. Colocado el hombre en el limite de dos mundos, ve ante sí la eternidad y sus innumerables siglos, la vida humana y sus años fugitivos como las aguas que se precipitan en el abismo. ¡Cuán terrible transición!...

Sin embargo, el Dios que es caridad, no ha dejado sin consuelo este dia notable entre todos los dias. El hombre que lo ha encontrado velando su cuna, fortificando su adolescencia, dando con el perdón la paz á su corazón, también lo verá inclinado en la cabecera de su agonía, porque las obras del Señor son perfectas. Ninguna desgracia, ninguna pena se ha escapado á su ternura: todo le ha previsto. Allí estará como ha estado siempre, Dios de amor y mansedumbre, Cristo salvador y consolador. Así como la madre no abandona al recién nacido á quien da de mamar, Dios no faltará á su criatura.

"Si alguno de vosotros está enfermo, llame á los sacerdotes de la Iglesia que oren por él le unjan el óleo en nombre del Salvador, y la oración

salvará al enfermo. El Señor le consolará, y si ha cometido pecados le serán perdonados." Estas palabras del apóstol Santiago, que ha escrito á la cabeza de las páginas, que dedicó al Sacramento de la Extrema-Únion, demuestran toda la bondad de Dios. El ha pensado al mismo tiempo en los sufrimientos de nuestro cuerpo, en ese momento supremo en que toda la carne se estremece y palpita de espanto.

A la vista del fondo pesado de sufrimientos que le oprime, y de las angustias que lo abruman, ¿quién aliviará las penas del moribundo sino el que está cargado de las enfermedades de todos?

En presencia de esos dias pasados en el olvido de los deberes mas santos; en presencia de esos meses, de esos años, vacíos de todo bien; al pie de ese tribunal en que la justicia recobra todos sus derechos: ¿cómo podrá adquirir el alma, presa de la inquietud y los remordimientos, la paz necesaria sin una nueva seguridad de que sus pecados se le han perdonado?

Así pues, fuerzas contra los combates del corazón, consuelo de las enfermedades del cuerpo, alivio de las heridas que desgarran al alma, he aquí el beneficio ofrecido á los hombres en el Sacramento de la unción sagrada.

Se encuentran cristianos, y hoy muy numerosos, á quienes la vista de un sacerdote hace temblar, cuando están cercanos de la muerte, y á cuyo ministro quisieran alejar de su lecho de dolor. ¡Ah! Si supieran qué remedio suave y eficaz se ha confiado al sacerdote, cuya presencia les fatiga; si supieran qué palabras de vida tienen en su poder, qué consuelos salen de sus labios; si supiesen cómo cura la religion las llagas, calma las inquietudes, disipa las alarmas, y cuanto fortifica contra lo que turba al alma, victima de todas las pasiones de la tierra.

Pero el ciego nada comprende de los deliciosos goces de la luz; el hombre, cuyo oído no ha sido herido de algun sonido, no entiende el encanto inefable que produce una música armoniosa.

Por tanto, jamas es la religion mas tierna, mas consoladora y sublime, que en el lecho del moribundo. Allí llora con él como una madre con su hijo; allí le arrebatada las miserias y dolores de la tierra, como los ángeles que cargan sobre sus alas y llevan á los santos hasta el tercer cielo.

"Si la mayor parte de los cultos antiguos dice Chateaubriand, han consagrado las cenizas de los muertos, ninguno pensó preparar el alma para aquellos lugares desconocidos de donde no se vuelve jamas."

"Antes de Jesucristo, el mundo estaba repleto de miserias, y jamas había venido una palabra ó un consuelo á moderar el exceso; la muerte estaba asentada sobre el universo, y nada era capaz de mitigar el rigor de sus golpes. Es porque la caridad era ignorada del paganismo. Mas despues que el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, el hombre ha encontrado una fuerza igual á sus penas; ninguna tribulacion es superior al valor del cristiano; hasta la muerte misma, no deja de

tener para él sus dulzuras (1). Venid á ver el mas bello espectáculo que pueda presentar la tierra, agrega el ilustre autor del *Genio del cristianismo*; venid á ver morir al fiel: este hombre ya no es el hombre del mundo ni pertenece á su país; han cesado todas sus relaciones con la sociedad; ya él no calcula el tiempo, sino lo que le falta para llegar á la grande era de la eternidad. Un sacerdote sentado á su cabecera lo consuela; este ministro santo, se ocupa con el agonizante acerca de la inmortalidad del alma, y la escena sublime que la antigüedad ha presentado una sola vez en el primero de sus filósofos moribundos, esta escena se renueva todos los dias, en el humilde lecho del modesto cristiano que espira.

Así es, que al lado de esta víctima de que va á apoderarse la muerte como de una presa, el ministro del Altísimo aparece como el ángel encargado de introducir á los habitantes de la tierra, en la patria bienaventurada. Al verlo se acuerda de aquella palabra suavísima del evangelista muy amado; "Habiendo amado Jesus á los suyos que estaban en este mundo, los amó hasta el fin."

Contemplemos mas de cerca la tierna escena; no desviemos nuestras miradas de lo que puede hacer brotar nuestras lágrimas: hay regularmente en ellas como una lluvia que lava nuestra alma. Si gamos todo lo que pasa, todo lo que hace ver la última luz de la vida.

Alrededor de este lecho de muerte, se han reunido todos los miembros de la familia; corren lágrimas de todos los ojos, la tristeza oprime todos los corazones; se eleva una oración ardiente al cielo para atraer sus misericordias. Bendice el sacerdote á los atribulados parientes, bendice al enfermo, bendice á la casa, sobre que la muerte se ha sentado como un buitre hambriento. El sacerdote suplica al Padre todopoderoso, al Padre comun de los hombres, envíe desde lo alto de los cielos á su ángel, que venga á ser el protector y consolador de los que se hallen agobiados de penas.

Dirigidas estas súplicas al autor de todo bien, el ministro de Jesucristo, con una palabra inflamada de la mas viva caridad, dirige al enfermo consolaciones sacadas del corazón de Aquel que fué un hombre de dolores, agobiado por todas las amarguras que jamas han asolado al mundo.

¡Ah! cuán sublime es el sacerdote cuando está á la altura de su misión en este momento solemne. Despues de esto, confiesa al moribundo, por esa oración que nos pone la Iglesia con tanta frecuencia en los labios, *Yo pecador me confieso á Dios*; y despues de humillarse así levanta el ministro la mano, invoca sobre él el socorro de todas las virtudes celestiales, el auxilio de todos los habitantes de la patria bienaventurada, y en fin, marea con la unción sagrada el cuerpo del enfermo, para robustecerlo contra las últimas pruebas de la vida. Esta unción se hace sobre los ojos, las orejas, la nariz, la boca, el pecho, las manos y los pies. Una oración de perdón acompaña esta unción; y como si

(1) *Mori cum voluptate debemus* [dice Tertuliano].

el hombre no pudiese salir bastante puro de este mundo, se renueva esta oración siete veces, siempre implorando, siempre acudiendo á Dios por la eficacia de su sacramento y la grandeza de sus misericordias.

"Por esta unción os perdone el Señor con su piadosísima misericordia, todas las faltas que habeis podido cometer con el uso que habeis hecho de vuestra vista."

"El Señor os perdone por esta santa unción y su piadosísima misericordia, todas las faltas que habeis podido cometer, por no cerrar vuestros oídos á los discursos de los malvados." Mientras el sacerdote prosigue estas tiernas súplicas, los que rodean al enfermo continúan orando también por él, para que su alma experimente los saludables efectos de este sacramento.

Cuando la religion domina en una familia, cuando todos sus miembros son verdaderos discípulos del Dios crucificado, es un espectáculo profundamente tierno el que pasa á la vista; casi son dulces las lágrimas que allí corren; la tristeza está llena de esperanzas, porque la fé es viva en el fondo de las almas que oran, y cuya resignación á la voluntad de Dios, templada la amargura del dolor. La inteligencia de todo lo que allí pasa, da fuerza á los cristianos prosternados ante el lecho mortuorio, regando con sus lágrimas las manos frias del padre, del hermano ó amigo, próximo á dejar el mundo.

Pero cuando la inseguridad semejante al viento del desierto sopla sobre esta casa su aliento pestífero, entonces la grande escena, todo lo que ofrece es doloroso; el porvenir, solo se presenta como una cosa vaga y sin salida; lo pasado se parece á un fruto seco y sin sabor: lo presente es un no sé qué sin nombre ni esperanza, nada dice la vista del sacerdote, sino es que muchas veces estorba. Lo que pasa entonces no tiene movimiento ni vida. Es porque la muerte ha penetrado en estas almas, y sus detrazos han sido asoladores. El ministro del Altísimo que era acogido allí como un extranjero, sale de esa casa llena de tristeza, con la cabeza inclinada, la mirada melancólica, como en otra vez el ángel del cielo se retiraba de las ciudades que la justicia divina había condenado.

Yo he visto al justo luchar con la muerte, y he deseado que el último de mis dias sea semejante al suyo; lo he visto devorado por los ardores de la enfermedad, consumido como la víctima de un largo sacrificio. No se debilitaba su valor; su aspecto era tranquilo, su paz sin alteración alguna; su dulzura por los sufrimientos inmutable; su gratitud para con los que le cuidaban y rodeaban en su cama de dolores, tan constante como amable... Entonces he comprendido muy bien, que el yugo del Señor es suave, y su carga leve.

He visto también al hombre del mundo, al hombre de placer y de riqueza en este dia supremo, y me ha asustado; y he apreciado entonces en su valor, he maldecido los placeres de la tierra, y me he dicho á mí mismo: que se compra muy caro lo que el mundo ambiciona á precio de una muerte sin consuelo.

Nuestros padres no hubieran comprendido la muerte, sin los socorros espirituales de estos últimos instantes; ellos se desviarían de la práctica y de los sentimientos de la virtud, porque la indiferencia no tenía fácil acceso á su corazón. La fe les atraía el arrepentimiento; y era muy raro que una vida señalada por algunas faltas, no fuese purificada con amargas lágrimas. Estaba reservado á este tiempo, espantarse de lo que puede suavizar nuestros males, menospreciar los beneficios de la caridad divina; y despues de esta impiedad estúpida, nos envanece de vivir en un siglo de luces y progreso. Singular progreso en verdad el que endurece el corazón, le arrebató sus consuelos, mina sus esperanzas, y al mostrarle los gozes y bienes materiales, cuando todo se le escapa le dice, como aquel impío rey de Israel: "He aquí á tus dioses, he aquí el objeto de tu felicidad, el término de tus deseos."

En otro tiempo cuando el ángel de la muerte señalaba alguna víctima, el dolor hubiera sido insoportable, si no hubiese venido la sagrada unción á endulzar el paso del tiempo á los años eternos.

Un día, en aquel siglo incomprendible para nosotros, llegó el momento de aflicción á una familia ilustre de la católica Irlanda. La noble señora de un castillo muy nombrado, cayó enferma, y se conoció al punto que Dios pedía un doloroso sacrificio: grande y amarga era la aflicción en la morada feudal; porque en aquellos días de creencia piadosa, el alma del siervo se identificaba con la de su señor; aquellas altas torres, aquellos muros indestructibles, eran una terrible muralla que defendía á una familia, en que la religion de amor hacia olvidar los rangos, que no se traían á colación sino para mostrar sus deberes. No se hablaba entonces de fraternidad, sino que se cumplían sus leyes, lo cual era mucho mejor. La noble dama se iba á morir, y sin embargo, no había sido ungida con el *óleo de bendición*. Se hallaba en un monasterio vecino, uno de esos hombres gloriosos que la estensa tierra de Erin de fecundidad inagotable, puede mostrar con orgullo á todas las edades; era Malaquíás, patriarca de la Isla de los Santos; santo él mismo entre todos sus hermanos, hombre venerable, á quien San Bernardo, el ángel del Clarabal, amaba como á padre. Se le participó que el protector de su santa colonia, iba á ser herido en sus mas tiernas afecciones, y que antes de dejar esta tierra, la mujer que él amaba, escigia la presencia del hombre de Dios. Dichosa ella si al morir, se le hubiese concedido ser bendita en su última hora.

Parte sin demora el venerable anciano; la caridad apresura sus pasos. Entra en la morada del *Laird*, semejante al ángel de consolacion. A su vista penetra una convulsion de alegría, al corazón de la pobre enferma. La esperanza de vivir aun sonríe en su pensamiento; nada es imposible para el que teme á Dios. ¡Oh, dulce esperanza! El cielo te ha colocado para velar en nuestra cuna; y tú nos adormeces en las orillas del sepulcro. Va á correr el óleo santo para purificar y fortalecer á la enferma en esta necesidad urgente. Pero ha lle-

gado la noche; la presencia del patriarca ha reanimado el espíritu abatido de la que tanto lo había esperado; sus fuerzas dominan sus sufrimientos; nada le urge, nada le impide diferir hasta el día siguiente. El siervo de Dios, accede á estos deseos; estiene su mano para bendecir, y se retira acompañado de los religiosos sus hijos que habían seguido sus pasos.

Trascurren algunos instantes. Se escucha un ruido confuso; resuenan gritos y gemidos por todo el castillo. Se ha escapado de repente la esperanza, y los hijos lloran á una madre; el buen señor, ve escapársele la virtuosa compañera de sus días... Ella ha pasado de la vida á la eternidad. Menos feliz que el último de sus siervos, ha muerto, sin que el óleo de bendición haya acabado de purificar su alma, antes de presentarse al Dios tres veces Santo, que hasta en los ángeles ve manchas.

El patriarca acude temblando... se acerca; pero no queda duda, ella está muerta. Corren con abundancia las lágrimas de todos los ojos. El anciano está lleno de espanto, inmóvil y consternado. Ella ha muerto sin la gracia del sacramento; y se imputa á sí mismo, aquella falta. Casi siempre sucede lo mismo; se acusan los santos cuando podrían hacer caer la culpa sobre otros. "Señor, esclama, levantando al cielo sus manos disecadas con la penitencia; Señor, ved cual ha sido mi locura en este día. Yo soy, Dios mio, yo soy el culpable, yo que consentí en diferir la unción que ayuda á bien morir; no fué ella quien quiso esta tardanza, sino yo."

Así se lamentaba, así se acusaba el hombre á quien en la Irlanda y la cristiandad, reverenciaban como el amigo de Dios; los que le rodeaban, lloraban amargamente. Lloraban á su padre, lloraban á la ilustre dama privada de tantas bendiciones. Algunas veces la gracia, es como el relámpago, rasga la nube, y viene á herir al que debe ser instrumento de un milagro. De repente se levanta el anciano, y en presencia de todos los que podían escucharle, esclama: "Pongo á Dios por testigo de que jamas entrará el consuelo en mi alma, jamas renacerá el reposo en mi corazón, si no me es dado conceder á nuestra hermana, el beneficio de que he sido depositario. ¿De qué servirán, pues, al Señor las gracias que ha puesto en nuestro poder, si las guardamos como guarda el avaro su oro? Sí, no cesaré de golpear mi pecho, ayunar y llorar, mientras no me sea permitido dar á nuestra hermana el beneficio de la unción."

Los gemidos oprimen su pecho, y las lágrimas, bañan sus mejillas; no cesa de llorar por aquella á quien su caridad no había socorrido. A cada momento se dirige á los religiosos compañeros de su penitencia, repitiéndoles las palabras del Salvador: "Velad y orad." Los religiosos, dóciles á la voz de su padre, elevan sus votos al cielo, y dirigen á Dios los himnos del rey penitente.

La noche se escapa, se apagan las estrellas en el firmamento, y la pálida luz del crepúsculo, comienza á emblanquecer las montañas del Oriente. Nada ha venido á aliviar el dolor que con-

sume á todos los corazones. Persevera la oracion, no se ha debilitado la confianza; su expectativa no será engañada.

Pocos instantes despues repentina y simultáneamente se levanta un grito general. Está viva; despierta de la muerte, alabemos á Dios."

El duelo reemplaza á la alegría, la admiracion reina en la vasta morada. Todas las miradas se dirigen al santo patriarca, y á la que ha vuelto á la vida por sus oraciones. Decimos vuelto á la vida, porque ya había salido de ésta; ya había salvado el punto del último límite, había salido del tiempo, pertenecía á la eternidad, y había sido tan poderosa la oracion de Malaquíás, que el alma de la piadosa cristiana, volvió á tomar el camino, por el cual se vá para nunca volver. Vuelta á la tierra la noble dama, confiesa, que por la virtud del piadoso solitario, le concede Dios volver á ocupar su lugar entre los vivos.

Pero el venerable ministro invita á todo el mundo á bendecir á Dios, que es el solo bastante poderoso para arrancar á la muerte su víctima. Unge con el óleo sagrado á ésta hija de su dolor, recordando que el enfermo encuentra en este sacramento el remedio de sus faltas, y beneficios innumerables. Sale bien pronto de aquella morada que rebosa en alegría para ir á derramar á otra parte las bendiciones que el cielo le ha concedido.

Por mucho tiempo la resueitada hizo la felicidad de los que se le acercaban. No disminuyó con el tiempo el reconocimiento hácia su bienhechor. Se la veía fiel en poner en práctica sus consejos recordando sin cesar, que las misericordias del Señor no engañan, y que la oracion de un hombre justo, es poderosa ante él.

Nuestros padres, mas sabios y previsores que nosotros, cuando recibían un sacramento, querían recoger sus frutos; así es que, se guardaban bien de que las facultades de sus cuerpos y de su espíritu estuviesen tibias para ir á buscar á los sacerdotes y pedirles algunas de las gracias de que nuestro Señor Jesucristo los ha hecho depositarios. Sabían que el sacramento de la unción, no está solamente instituido para los enfermos, sino tambien para acabar de purificar y fortalecer el alma. Era pues muy comun en los tiempos de fe, hacerse llevar ó ir por sí mismos á la iglesia, á recibir la unción del santo óleo que nos marca para la eternidad. En ciertas parroquias había una capilla de la *Estrema-uncion*, como hoy tenemos del *Bautismo*. Por esto se ve que los enfermos no siempre recibían aquella postrados en su cama como sucede en nuestros días. El que ha envejecido se ha prolongado algo, se ha arrodillado uno con frecuencia, en las camaras de los moribundos; escenas grandes y sublimes que jamas debían olvidarse. Pero hacer comprender todo esto á nuestro mundo fútil y nulo; persuadirlo á que hay pensamientos graves que se deben guardar en el alma para darle lastre, é impedirle se agite á todo viento, no lo conseguireis.

En aquellos tiempos, cuando la enfermedad se

agravaba y los sufrimientos gastaban las fuerzas de un buen cristiano, llamaba al mismo tiempo al sacerdote y al médico; el hombre de la iglesia y el facultativo, despues de un maduro exámen decían al enfermo, en conciencia y en verdad, cuál era su estado. Entonces al que Dios probaba, antes de dejar tomar intensidad á su mal, avisaba á su mujer ó hijos que había resuelto ir á la parroquia á recibir la unción santa, que algunas veces cura el cuerpo, y siempre hace bien al alma, fortaleciéndola y purificándola. Con este uso, la *Estrema-uncion*, daba menos pavor á los mundanos, que lo hace nuestra época débil y miserable, en que un consuelo celestial ha venido á ser un espantajo.

La verdadera fe fortalece; así es que, para el cristiano que debía venir á la iglesia á recibir el óleo santo, la familia hacia preparar un lecho, de cenizas benditas derramadas sobre las losas, en forma de cruz, sobre el cual se estendía un cilicio ó especie de saco duro y tosco.

Cuando se acostaba allí el enfermo, el sacerdote, despues de haberle rociado con agua bendita, le ungia el pecho diciendo: "Acuérdate hombre, que eres polvo, y en polvo te has de convertir." Despues de esta sentencia del Eterno, recitaban los sacerdotes oraciones, para pedir al Dios de bondad y misericordia, volviese la salud del cuerpo al enfermo, y la salud del alma al pecador arrepentido.

Tal era la práctica ordinaria de los cristianos en el siglo quinto (1). San Martin repetía á sus discípulos: "Cuando veáis que se acerca mi hora, si no puedo andar, llevadme á la iglesia despues de haberme formado allí mi lecho de ceniza; de allí debe partir el cristiano para ir á ver á su Dios."

En este lecho de penitencia y humildad, venían á morir los reyes; San Luis, Luis el Gruoso, Enrique III, monarca inglés, San Fernando de España, allí se tendieron para entregar su alma al Rey de los reyes.

Séame permitido reproducir aquí el cuadro de los últimos momentos de San Luis; los que llevan la corona, así como los últimos de sus vasallos, necesitan aprender á bien morir.

"Juan Pitard, Pedro de la Brosse, y el canónigo Dudon, no abandonaban al monarca, cuyas fuerzas declinaban sensiblemente. Por medio de tristes sonrisas llenas de bondad, y suaves palabras de cuando en cuando, Luis les daba gracias por su vigilancia y esmerada asistencia; otras veces les hacia señal de que era la hora de los médicos espirituales. Se acercaban los capellanes y le *confortaban con buenas lecturas y exhortaciones piadosas*. En estos momentos consagrados á la oracion y á las cosas eternas, aparecía en las facciones del moribundo, una serenidad inesplicable, y entonces los hombres de Dios, los prelados y sacerdotes, se veían tentados á ponerse de rodillas cerca del lecho, y pedir al santo, que ya parecía entrever los celestiales gozes, suplicase por ellos y los bendijese.

(1) Delaunoy de Sacram. unctio. infirmorum, pág. 534.

¿No eran ellos los que efectivamente necesitaban ser consolados?

Sin embargo, la fiebre se aumentaba, y el aniquilamiento llegaba á su término, cuando se da la noticia del desembarco en el cabo de Cartago, de los embajadores de Miguel el Paleólogo. Era un deber recibirlos; Luis, por débil que estuviera, quiso llenarlo. Para escucharlos ya no podía el rey de Francia sentarse en toda su majestad y fuerza sobre el trono de sus padres; estaba tendido cristianamente sobre la paja y la ceniza, sobre una cruz puesta en el suelo. Esta pompa lúgubre tenía su majestad; así es que los embajadores, al penetrar al pabellon de flor de lis, fueron dominados de un movimiento religioso, que los hizo prosternarse. Luis les hizo señal de que se levantarán, y les invitó á desempeñar su mision. "Apre-suraos, les dijo, porque el tiempo urge."

Entonces los enviados griegos explicaron al rey, medio levantado de su humilde lecho, que estando en Capo Pássaro en Sicilia, habian sabido el desembarco del ejército cristiano frente á Túnez, y que no dudando de la victoria de los francos, habian venido á suplicar al monarca jefe de la cruzada, intercediese en su favor al rey de Sicilia, su hermano, para que despues de la expedicion de ultramar, no llevase sus terribles armas contra el emperador Miguel Paleólogo, segun habia manifestado la intencion.

"Acercándose su último momento, Luis hizo un esfuerzo, para asegurarles el vivo deseo de la conservacion de la paz."

"Despues de esta audiencia grande y solemne, dejó caer Luis su cabeza sobre la almohada de paja, y durmió un sueño tan tranquilo y profundo, que su hija Isabel de Francia, su sobrino Roberto de Artois, Arnicia de Courtenay, Isabel de Aragon y muchos varones y caballeros, á quienes la enfermedad no imponia, ni salia para nada de la tienda real, prorrumpieron en sollozos, creyendo que el buen rey acababa de pasar de los tormentos de la vida, á los gocees del cielo."

"Era el 24 de Agosto: el pabellon escarlata con flor de lis, bajo el cual pasaba esta memorable escena, estaba ocupado con la familia real, obispos, sacerdotes, frailes predicadores, príncipes, caballeros y servidumbre de la casa del rey. Mirando el santo monarca al hijo que debia sucederle arrodillado cerca de la cabecera de su lecho, estendió la mano sobre la cabeza del príncipe, y habiéndole mandado sentarse á causa de la debilidad que le habia dejado la enfermedad, le hizo estas admirables y evangélicas recomendaciones, escritas en la historia para instruccion de todos los reyes, en este libro de vida que los ángeles y los arcángeles guardan en los archivos de la eternidad.

"Despues de dados tan paternal y régiamente estos consejos á Felipe de Francia, hizo acercar Luis á su hija Isabel, y le entregó un escrito que habia hecho para ella, y otro para la mas jóven de sus hermanas, Ines, esposa del duque de Borgoña; estas últimas recomendaciones á sus hijas, respiran el mas ardiente amor á Dios." "Mi querida hija,

dice á la reina de Navarra, pensad bien que muchas gentes se han adormecido en locos pensamientos y han despertado en la eternidad. La mejor manera de amar á Dios, es amarlo sin medida."

"Mientras que él no terminaba su mision de rey y padre, Luis habia pedido por decirlo así, esperar á sus sufrimientos, una corta moratoria á la muerte que veia avanzar á pasos veloces; pero cuando juzgó ya no tener órdenes que dar, como rey y consejos como padre, no quiso desviar un punto sus pensamientos, ni sus miradas del cielo. Tendido sobre su cama de ceniza, con una resignacion tierna y maravillosa, dirigia á los sacerdotes las manos y los piés, y presentaba el pecho, para ser ungidos con el óleo que fortifica al cristiano moribundo. Así preparado para el gran viaje, recibió de rodillas el sagrado Viático, sostenido por los brazos de dos antiguos servidores, bañados en lágrimas, mientras él sonreia á los ángeles, y hubiera querido poder volar hácia el Dios que venia á encontrarle."

"El santo ya casi no estaba en la tierra, inmóvil y con los brazos cruzados sobre el pecho. Descansaba el gran rey como el labrador que ha llegado al término del surco, ó como el viajero que se sienta por última vez en el suelo de su morada antes de partir á regiones distantes."

"Su familia, sus amigos, sus compañeros de armas reunidos en su tienda, ya no escuchaban su voz; pero al movimiento de sus labios veian que oraba sin cesar. Por momentos se interrumpia el silencio solemne, con algunos suspiros que salian del real corazon, que pronto iba á cesar de latir."

"Una vez exclamó el agonizante; Señor Dios nuestro, tened piedad de este pueblo que me ha acompañado hasta este término. Conducidlo en su pais para que no llegue á renegar de vuestro Santo nombre."

"Un instante despues se le oyó decir uniendo las manos: haced, Señor, que podamos desdeñar las prosperidades de este mundo, y aceptar benignamente sus adversidades."

"Despues sus labios murmuraban palabras que con trabajo se entendian, pues su voz estaba ya muy débil; y solo se distinguian estas: Dios mio, santifica á tu pueblo y vela sobre él."

"Palabras incoherentes, sonidos vagos ó frases incompletas, como si fueran dirigidas á seres invisibles, salian de su boca, y su confesor inclinado sobre él, escuchaba para que no se perdiese un solo deseo del moribundo, para que todas sus voluntades fuesen conocidas y ejecutadas religiosamente, y el santo sacerdote que escuchaba, adquirió la prueba de que el espíritu de su real penitente, se ocupaba aun de la conversion de los infieles. Al tocar su hora suprema, repetia Luis lo que habia oido decir tantas veces en el consejo:"

"Para Dios tratemos de estender el reino de Jesucristo, y hagamos predicar su santo evangelio."

"El pensamiento dominante de la vida, se halla casi siempre en los labios de los moribundos."

"A intervalos tomaba fuerza la palabra del santo rey, é invocaba entonces á la Santísima Virgen,

madre del Salvador, y á los bienaventurados habitantes del cielo, hácia los que habia tenido mas devocion; sobre todo los patrones de la Francia San Dionisio y Santa Genoveva."

"Se escapaba el nombre de Jerusalem de su boca, y principalmente de su corazon. Desde su niñez, el nieto de Felipe, habia oido repetir en sus lecciones, en su vida doméstica, y en los asuntos políticos de su tiempo, ese gran nombre que despierta tantos recuerdos. Jerusalem, ciudad de David y de los profetas; Jerusalem, testigo de la pasion de Cristo, regada con la sangre del Redentor, Jerusalem de Godefroi de Bouillon y de los primeros cruzados. Jerusalem que debia haber sido la capital del mundo cristiano. Si, en estos últimos momentos Luis IX debia dirigirse á este objeto de todos sus deseos y de su constante ambicion.

En el pensamiento cristiano hay dos Jerusalemes, la de la tierra y la del cielo. Ambas eran la aspiracion de San Luis.

"Entre la hora de tercia y el medio dia, se puso como á dormir; tuvo los ojos cerrados cosa de media hora."

"Repentinamente cobró fuerzas abrió los ojos, se levantó del lecho, estendió los brazos hácia el cielo, y dando un gran suspiro; exclamó.

"Señor, entraré en vuestra casa y os adoraré en vuestro santo templo."

"Despues de este vuelo del alma cristiana, los despojos mortales de Luis, destruidos por la fatiga y la enfermedad, volvieron á caer, sobre la ceniza. Las puertas del reino eterno, se abrieron para recibir entre los bienaventurados, al modelo de los reyes." (1)

Desde la institucion divina de la Estrema-Uncion, jamas ha producido este sacramento de los moribundos, un cuadro mas grande, mas santo, mas sublime que en la muerte de Luis IX. En vano se buscará en las crónicas antiguas y modernas, en las historias profanas y sagradas, uno que pueda compararsele. Por esto me he detenido en desarrollar las facces de esta agonía régia y cristiana.

Es tan bella la religion católica, tan rica en lecciones y consuelos, que cuando viene á prestar auxilio al desgraciado, que para vivir ha comido el pan con el sudor de su frente, y empapado en lágrimas, es tan majestuosa y maternal, al lado del pobre lecho del mendigo, como cerca del monarca agonizando bajo un dosel de oro y púrpura.

En la miserable morada del artesano ella viene á sentarse al lado del hombre consumido por el trabajo y la miseria; le recuerda sus malos dias, sus largas noches de vigilia, las fatigas del padre, las angustias de la madre, para dar pan á los hijos que crecen en la miseria. Toda esta revista de lo pasado, toda esta enumeracion de inquietud y de miseria, no hace mas que colocarla el sacerdote á la vista del moribundo, y descubrirle el derecho que su paciencia y resignacion le han afianzado para los gocees eternos de las regiones bienaventuradas. Le muestra todas las lágrimas que ha derramado, como

(1) San Luis y su siglo por el Vizconde de Walsh.

otras tantas perlas de su inmortal corona, sus humillaciones, como título de gloria, y todos los grados de su profunda miseria, como gradas para subir y llegar al atrio celestial.

Habia dicho el sacerdote al hombre que se halla en el lecho de agonía, cuando se le habia presentado niño á recibir el Bautismo: vos sois hijo de un Dios tres veces Santo; sed también tres veces santo en vuestro corazon y en vuestro cuerpo. Escribió entonces esta leccion sobre sus sentidos; despues lo revistió con la túnica de la incencia, diciéndolo al neófito: Recibid esta túnica blanca, y llevadla sin mancha hasta el tribunal de Jesucristo.

El niño á quien habló así el sacerdote, llegó á ser hombre, y vedlo aquí despues de haber caminado pensosamente entre los abrojos y espinas del valle de lágrimas, agobiado con el trabajo, la miseria y la adversidad, acostado en el lecho de la agonía. En este momento supremo y terrible, á través del velo que se estiende sobre el ojo del moribundo, el cristiano que se va á ver libre del peso de la vida de acá abajo, vuelve á ver al ministro de Jesucristo, que le abrió las puertas de la iglesia el dia de su Bautismo. Si el infortunio ha sido tenaz para con este hombre, si lo ha seguido en cada uno de sus pasos, si se le ha adherido en cada uno de sus dias, no ha sido él solo el único compañero del cristiano; ha tenido al mismo tiempo otra compañía que nunca se cansa en la dura senda de la adversidad: La Religion.

Despues de haber derramado la agua regeneradora del Bautismo sobre la cabeza del niño, no ha desviado sus miradas del pequeño cristiano, y revelándole con sus lecciones maternales un nuevo misterio, le condujo á un banquete celestial. No es todo, lo llevó al obispo para que el pastor fortaleciese al cordero, que debia alejarse del redil, é ir á pastar á lo lejos.

"Así es, dice un santo sacerdote, (2) como la Iglesia rodea por medio de sus santos sacramentos, al atleta, de todas las condiciones de la victoria, manteniéndolo en una elevada altura de pensamientos. Nunca es mas necesario este sentimiento profundo de su dignidad, que en el momento en que va á concluir la lucha, pero al concluir va á ser mas encarnizada y decisiva; y cuando el enemigo eterno del hombre, aquel que despues de haber visto degradado al padre comun del género humano, trata incesantemente de acabar hasta con el último retoño de su raza, multiplica sus esfuerzos y astucias, he aquí á la Iglesia redoblando su solicitud para proveer á su hijo de los medios de defenderse y vencer.

"Observad que en el momento en que la grandeza del hombre va á desaparecer, en el momento en que, debilitado por la enfermedad, va á dar al polvo su ser exterior para resultar en el sepulcro, un no sé qué sin nombre en idioma alguno; en el momento en que los amigos y parientes anegados en lágrimas confiesan su impotencia y deploran una próxima ruina; en el momento, en fin, en que

(2) El abate Gaume cat. de Persev.

el hombre no es mas que un objeto de espanto, de disgusto y compasion, la Iglesia católica, desplegando la pompa de sus ceremonias y toda la riqueza de sus gracias, revela á nuestros ojos la dignidad de la naturaleza humana."

En esta tierra en que nos es dado vivir algunos años, hay dias en que el sol fuerte de luz, deja cubrir su esplendor; las nubes amenazadoras se agrupan preñadas de rayos; un silencio de inquietud y expectativa domina á la naturaleza. Reina el espanto en todas las cosas criadas, cuando se opera un cambio repentino en el cielo; se temia la tempestad, y todo se disipa suavemente y sin esfuerzos; no queda mas que el recuerdo de un dia poco sombrío, un ligero soplo bastó para traer la calma y la tranquilidad.

Así sucede en la vida del hombre. Se levantan dias borrascosos, pierde el porvenir su inmensidad, y solo se presenta como un reducido campo. Nos grita una voz que nuestras horas están contadas y limitados nuestros dias; que es tiempo de disponer todo para los últimos instantes, porque se acerca la noche en que nada se podrá hacer. Entonces nos abre la religion su corazon, se derraman sus bendiciones con abundancia, calma los pavores que brotan, dispone al alma para todos los sacrificios, y despues, cuando la oracion se eleva humilde y ardiente acompañada por la gracia del último sacramento, se levanta el soplo del Señor, que disipa las nubes, y se hace oír esta voz suave como un rayo luminoso despues de la tempestad: *Aquí estoy, hijo mio, pues que me has llamado.*

Cuando ha llegado el último trance de la vida, cuando se aumentan las angustias de hora en hora, á manera de las aguas que suben y se desbordan anunciando que los lazos de la vida van á ser rotos; la religion, que ha fortificado al moribundo, se acerca á él mas y mas como una madre que vela sobre su hijo. Compañera asidua y fiel de toda su vida, no lo dejará, sino despues de haberlo entregado en los brazos de su padre.

Ella ha tenido, como acabo de decir, himnos y oraciones para sus dias de alegría; pues tambien los tiene para sus dias de tristeza, y para su último suspiro. En los dias de alegría daba al hombre consejos maternales. Entonces el mundo estaba embriagado de placer; el porvenir lleno de calma y esperanza, seguro y largo el tiempo de la vida. ¡Ah! cuántas ilusiones arrullan el corazon del hombre! Ella podia, pues, temer que las seducciones arrastrasen al hijo de su amor, pero hoy sus acentos son lastimeros; ella implora, conjura con lágrimas y gemidos; despues se anima su confianza; recuerda las misericordias de su Dios, y su mirada descubre la claridad de las regiones eternas. Su lenguaje es sublime sin dejar de ser suplicatorio; tal parece que se escucha un canto de triunfo despues de un combate dudoso y prolongado. Jamas se ha escrito en idioma alguno, cosa mas tierna, mas poética ni mas sublime.

¡Oh vosotros, jóvenes ó viejos, ricos ó pobres, felices ó desgraciados, que leais las páginas que escribo en mis dias avanzados, mientras que un doble

mortuorio resuena en la torre de la parroquia de una aldea (1), os suplico que vuestro espíritu no las recorra con ligereza, porque ha de llegar dia en que tendreis que luchar con la muerte! Correrán amargas lágrimas sobre vos, como en una ciudad tomada por asalto; pero las voces mas amigas serán impotentes para consolaros. Vuestra mirada se hundirá en el porvenir, y el porvenir no será para vos mas que el absoluto silencio de los sepulcros. La incertidumbre de vuestra eterna suerte... Muchos remordimientos quizá os asaltarán entonces, y entonces solo la religion podrá calmaros; solo Dios podrá apaciguar vuestros pesares, y daros la paz y el perdón. Dichosos si nuestro corazon puede comprender su idioma, y nuestra alma responder á sus cantos de esperanza!

Recordemos el solemne, el lúgubre silencio de la cámara de un agonizante; acordémonos de aquella poca luz que allí se deja penetrar, como para acostumar al moribundo á la profunda noche del sepulcro. En esta ausencia de claridad y estrépito, no se oye mas que la respiracion jadeante del enfermo luchando con la muerte; ó alguna palabra que con dificultad se escapa de los helados labios, y de un pecho que se llena y se oprime mas y mas... de esa voz que va á callarse, y no hablará mas en la tierra, nada se quiere perder... Así es, que todos los que rodean el lecho, están silenciosos y atentos, reprimiendo su dolor, ahogando los suspiros, y ocultando sus lágrimas... ¡Ah! pocos habrá entre nosotros que no hayan orado y llorado en estas cámaras mortuorias, y que no recuerden lo que allí experimentaron. Recordemos, pues, las emociones pasadas, recojámosnos ante el cristiano agonizante, y escuchemos la voz de nuestra madre.

"Sal de este mundo, oh alma cristiana, dice el ministro de Jesucristo, en el nombre de Dios Padre omnipotente que te crió; sal en el nombre de Jesucristo Hijo de Dios vivo, que por tí padeció y murió por tu rescate; sal en el nombre del Espíritu Santo que se te ha infundido. Sal en el nombre de los ángeles y de los arcángeles, en nombre de los tronos y dominaciones, en nombre de los principados y las potestades, en nombre de los querubines y serafines, en nombre de los patriarcas y de los profetas, en nombre de los apóstoles y de los evangelistas, en nombre de los mártires y confesores, en nombre de los santos monges y ermitaños, en nombre de las vírgenes, de todos los santos y santas; sea hoy tu morada en la paz, y tu habitacion en la celestial Jerusalén."

¡Qué brillante, qué magnífica comitiva! y ¿para quién llama la Iglesia á todos los bienaventurados habitantes del cielo? Para el alma del último pobre cristiano ignorado de todos, lo mismo que para el monarca mas poderoso, obedecido de millones de hombres.

Antiguamente, un heraldo recordaba á los vencedores que eran mortales, y este anuncio se verificaba el dia de gloria junto al carro triunfal; la

(1) La iglesia de Chateaubriand-sur-Loire, Octubre 13 de 1850.

religion invita al vencedor de sus pasiones á marchar hácia á la inmortalidad. Al Capitolio de Roma era á donde se conducia al héroe victorioso de la patria; al seno de su padre en los brazos del Redentor, en el santuario lleno del amor del espíritu que le ha santificado, es donde la religion conduce á su hijo. El carro de los triunfos terrenales, era rodeado y seguido de cautivos encadenados, comunmente condenados á muerte. El cristiano marcha radiante de gloria, en medio de todos los vencedores recibidos en la patria celestial; no hay alrededor de ellos un grito de maldicion, una lágrima de tristeza y amargura; los cantos que se oyen á su paso, son himnos de bendiciones.

He aquí las palabras con que sigue el sacerdote sus ausilios en nombre de la Iglesia.

"Parte, alma cristiana, parte: ¿quién en lo sucesivo podrá detenerte en este valle de lágrimas?... Mira allá arriba brillar la corona esplendente de los santos; contempla la inmensa gloria de los espíritus celestiales que han vencido á Satanás; la dicha sin mezcla de la nueva Jerusalén. El cielo entero se avanza á encontrarte; se avanza tambien á coronarte de gloria y honor. ¿Qué podrás temer alma rescatada con la sangre de Jesucristo? Parte, pues, parte como el preso sale de las tinieblas de su calabozo, testigos de sus lágrimas y suspiros; parte, como el navegante se escapa de las olas agitadas por la tempestad."

Pero la lucha no se ha terminado, y nadie en esta miserable tierra, sabe si es digno de amor ó de odio. Esa voz llena de confianza celestial, repentinamente se vuelve suplicante. Pide gracia á su Dios; atrae sobre el moribundo todas sus misericordias. Confiesa sus faltas, os pide perdón desde el fondo de su corazon... Escuchadle: ¡Oh Padre lleno de clemencia. Renovad en él lo que el mundo, la fragilidad, la malicia del espíritu tentador, han podido corromper y manchar en su alma.

Aparece la confianza como si un nuevo rayo de inmortalidad se esparciese en esta morada.

Té encomiendo al Dios todopoderoso, hermano mio muy amado, y te entrego en manos del Dios que te ha criado, á fin de que despues de haber pagado con tu muerte la comun deuda de la humanidad, vuelvas á tu Criador que te ha formado del barro de la tierra. Venga el coro glorioso de los ángeles á recibir tu alma cuando salga de este cuerpo. El senado de los apóstoles que debe con Dios pesar todo el universo, te dé una acogida favorable. El ejército triunfante de mártires regocijese á tu llegada; que te rodee la brillante turba de los confesores; y te reciba el coro de vírgenes con cánticos de gozo. Admitido en el seno de Abraham, abrácente y te feliciten todos los patriarcas; muéstrase lleno de dulzura y alegría Jesucristo, quien te coloque entre los que deben reinar eternamente con él. ¿Podrás ignorar, alma cristiana, todo lo que los tormentos tienen de horrible, las llamas de devorador, y los tormentos de espantoso? Reconozcáanse vencidos Satanás y sus malvados ministros, cuando al veros rodeado de los espíritus gloriosos se cubran de espanto y se preci-

piten á las tinieblas insondables de la noche eterna. Levántese Dios, y sus enemigos serán disipados. Los que le aborrecen huyen de su presencia; desvanézanse como el humo; así como la cera se disuelve en el fuego, así perecen los malvados en presencia del Eterno. Los justos por el contrario, viven en la alegría y en el júbilo ante el Dios tres veces Santo; confúndanse la vergüenza en sus moradas sombrías; ninguno de los ministros de Satanás se atreva á oponerse á vuestra entrada en la patria celestial. El Cristo clavado por su amor en la cruz os libre de todas las penas, y sobre todas de la muerte eterna. Este Cristo muerto por vuestra salvacion, este Hijo del Dios vivo, os ponga en posesion de aquella tierra siempre deliciosa, de aquel paraíso de felicidad, cuya paz nada puede turbar. El pastor infinitamente caritativo os reconozca como una de sus ovejas, derrame sobre vos su perdón, y os coloque á su derecha en la sociedad de sus elegidos. Ve á gozar, alma cristiana, cara á cara de tu Redentor; ve á contemplar incesantemente al Dios de verdad. Colocada entre los bienaventurados, gusta las dulzuras y el gozo de su contemplacion divina, por todos los siglos de los siglos."

Al transcribir estas oraciones solemnes y sublimes (que pido á Dios poder comprender cuando se me dirijan por el sacerdote de Jesucristo mi Redentor, por algunos de mis parientes) he tenido un pensamiento constante; en todos los renglones, en todas las palabras pronunciadas por el sacerdote á la cabecera del moribundo, me representaba á una madre, la mas tierna de las madres, en el momento de la partida de un hijo muy amado. Ella es entonces difusa en sus consejos, y sobre todo en las recomendaciones que hace á su hijo. Su amor de todo se alarma, implora, suplica y á todos invoca. Nada podia consolar á Raquel cuando sus hijos ya no existian; nada puede tranquilizar á una madre, cuyo hijo va á alejarse y partir á países desconocidos y lejanos. En su inquieta solicitud, todo le parece escollo; y para desterrar de su alma los presentimientos que la hacen temblar, no son bastantes todos los santos y ángeles del cielo. Y como el último gemido del hombre debe ser un suspiro hácia las misericordias eternas, deben por lo mismo á las súplicas, suceder los cantos del triunfo que un gusto anticipado de los celestiales goces ha inspirado al sacerdote de Jesucristo; perfecta imagen de la vida en que la esperanza y la desolacion forman una alternativa diaria; en que la felicidad y el gozo se nos escapan para dejar en su lugar las angustias y las lágrimas. Ahora la oracion será mas poderosa. En nombre de todas las misericordias derramadas en abundancia sobre los siervos de los tiempos antiguos, en nombre de Jesucristo, criador y redentor de todos los hombres, se implora la salud de la pobre alma ante el Señor. Se conoce la solicitud de un corazon que ama con ternura, al leer esta larga enumeracion de los beneficios de Dios, para con los que lo han servido con fidelidad.

"Señor que libráste á Enoc y á Elías de la muerte comun á todos los hombres, libra al alma de tu siervo de la muerte eterna."

Así ora el sacerdote, y el cristiano moribundo contesta: "librame, Señor."

Continúa el sacerdote: "Señor, libra á su alma como libráste á Noé del diluvio."

"Libra á su alma como libráste á Abraham de la tierra de los caldeos."

"Libra á su alma como libráste á Job de sus sufrimientos."

"Sin embargo, el ángel de la paz descende hácia el justo, toca con su cetro de oro sus ojos fatigados, y los cierra deliciosamente á la luz... y no se ha escuchado su último suspiro; muere y mucho tiempo despues que no exista, guardan silencio sus amigos alrededor de su lecho: porque creen que aun duerme, con tanta dulzura ha pasado este cristiano á la otra vida." (1)

Lo que acabo de tratar de describir, lo hemos visto todos á través de nuestras lágrimas; todos hemos reconocido y sentido que nuestras pesares no pueden ser endulzados, nuestras lágrimas hechas menos amargas sino con el pensamiento de que el ser querido que acabamos de perder se ha salvado, y que la eternidad le va á ser feliz. Solo la religion puede hacer fácil el paso del mundo que conocemos al que no conocemos, y que se estiende al otro lado de esa tumba por donde todos debemos pasar.

Así es, que una gracia del cielo ha colocado en el alma del moribundo la dulzura y la resignacion, suavizando los dolores del cuerpo, con la sumision á la voluntad de Dios. Ella ha calmado tambien los pesares del que va á partir, despues de rotos los lazos de la familia.

¡Ah! sin duda entre las almas á quienes el sacerdote ha dicho: *Sal, alma cristiana, sal de este mundo en nombre de Dios Padre que te crió, en nombre de Jesucristo que sufrió y murió por tu rescate, en nombre del Espíritu Santo que se ha derramado en tí...* Hay entre estas almas muchas que sin la bendicion del cielo, sin el beneficio del sacramento, contestarán al sacerdote que las ayuda á morir: Padre mio, me mandais salir de este mundo... Pero yo no puedo; el mismo Dios me ha dado aquí fuertes lazos; tengo un esposo que me ama, tiernos hijos que educar en su amor y en el temor de ofenderle. Ved que soy jóven, y ¿qué será de ellos sin mí? ¡Ah! No me digais que parta tan pronto.

Otras veces dirá un anciano: he consagrado mi larga vida á la ciencia; para completar mi gloria necesito algunos años; alcanzad de Dios que me sean concedidos, y glorificaré su santo nombre revelando toda la grandeza de sus obras.

El pobre mostraria su miseria; representaria al hombre de Dios, que alcanzándole en un poco de

(1) Génesis del Cristianismo.

tiempo, podria ganar pan para sus tiernos hijos que ya no tienen madre.

El rico diria: he ganado mucho oro; permítame Dios algunos años mas en la tierra, y daré copiosas limosnas á los indigentes, y construiré para ellos lugares de asilo.

En fin, cada uno encontraria razones para no querer morir. Se necesitaba, pues, alguna cosa de divino, para impedir el grito de la naturaleza humana á la vista de la muerte; nos lo ha dado Dios en la uncion del Santo Oleo; con su eficacia descienden de lo alto la dulzura, la paciencia, la resignacion, y penetran en el corazon del moribundo, que hace con sinceridad y arrepentimiento la confesion de sus pecados al sacerdote de Jesucristo.

Ha dicho San Pablo: "que hay justos que quisieran ser revestidos de la inmortalidad que se les promete, pero sin despojarse de la mortalidad que les rodea." No es menos cierto que la gracia supeera en ellos ese horror de la muerte que les viene de la naturaleza, y que en este momento sea que recuerden lo pasado, dice San Bernardo, sea que consideren lo que pasa á su vista, sea que se vuelvan al lado del porvenir, encuentran en lo pasado, el fin de sus penas [*requies de labore*], en todo lo que pasa á sus ojos una novedad que los llena de un santo regocijo (*gaudium de novitate*). En el pensamiento del porvenir la seguridad de la eternidad los transporta (*securitas de eternitate*); de suerte que las mismas situaciones que forman la desesperacion del pecador moribundo, se hacen una fuente abundante de consuelo para el alma fiel.

Cuando se ha pasado la vida solo amándose á sí mismo, cuando se han dejado correr todos los dias sin auxiliarse, sin socorrer á los que están condenados á comer un pan empapado en lágrimas, cuando se encierra uno en el estrecho círculo trazado por el egoismo, y de donde no se pueden escuchar las quejas ni los gemidos de la miseria, ciertamente se debe uno encontrar mal sobre el lecho de agonía cara á cara con la eternidad.

Pero cuando se ha vivido en la piedad y en la fé para morir en paz y en gracia, cuando la vida ha sido consagrada á la gloria de Dios y al bien del prójimo, entonces se presenta la última hora sin cosa alguna que asuste; la muerte viene al alma cristiana como una amiga, como una libertadora, y entonces se complace esta alma, en no haberla perdido jamas de vista, haberla referido todas sus penas, todas las privaciones, todas las violencias, todos los sucesos de su vida mortal.

En el lecho de la muerte el pensamiento mas consolador para una alma fiel (2), es el recuerdo de las violencias que se han hecho para agrandar á Dios. Entonces comprende todo el mérito de la penitencia, y cuán insensatos son los hombres en disputar á Dios un instante de molestia, que debe ser recompensado con una felicidad sin fin y sin medida. Porque lo que la consuela, es que no ha sacrificado sino placeres de un instante, y de los cuales no le quedaria, mas que confusion y ver-

(2) Masillon.

guenza, porque todo lo que hubiera sufrido por el mundo, seria perdido para ella en este último momento. En lugar de que todo lo que ha soportado por Dios, una lágrima, una privacion, una vana satisfaccion sacrificada, todo esto jamas será olvidado y durará tanto como el mismo Dios."

"Lo que la consuela es, que de todos los gozes y voluptuosidades humanas, no queda mas en el lecho de la muerte al pecador que las ha saboreado que al justo que siempre se abstuvo de ellas. Para ambos han pasado los placeres; pero uno llevará eternamente el crimen de haberse entregado á ellos y el otro la gloria de haber sabido vencerlos."

"Cuando se ha llegado al puerto es muy dulce traer los recuerdos de la borrasca y de la tempestad. Cuando se ha obtenido el triunfo en una carrera, se goza volviendo atras sobre sus pasos, para ver los lugares señalados por los obstáculos y dificultades que los han hecho célebres. Me parece que el justo es entonces á manera de un Moises muriendo sobre la montaña santa, en que el Señor le habia señalado su sepulcro, *ascende in montem et morere*, el cual antes de espirar, volviendo la cabeza de lo alto de este lugar sagrado y echando una mirada sobre aquella estension de tierras, pueblos y reinos que acaba de recorrer y deja tras sí, encuentra los innumerables peligros de que ha escapado, los combates de tantas naciones vencidas, las fatigas del desierto, las emboscadas de Madian, las murmuraciones y calumnias de sus hermanos, las rocas destrozadas, las dificultades de los caminos superadas, los peligros del Egipto, las aguas del Mar Rojo abiertas, el hambre, la sed, el cansancio combatidos; así es que tocando el término de tantos trabajos, y saludando á lo lejos la patria prometida á sus hermanos, entona un cántico de accion de gracias, muere transportado, tanto por el recuerdo de los peligros evitados, como por la vista del lugar del reposo que el Señor á lo lejos le muestra: mira á la Santa montaña donde va á espirar, como la recompensa de sus trabajos y el feliz término de su carrera; *requies de labore*."

El cristiano que antes de dejar la tierra ha querido pasar revista entera de su vida, habrá encontrado tristes y dolorosos recuerdos; porque en un camino tan difícil, habrá tenido mas de una caida: en medio de los pecadores no habrá permanecido siempre puro, pero el arrepentimiento al pasar sobre sus faltas, las ha borrado; la misericordia lo ha levantado de sus caidas... Y ahora que está tendido en el lecho de sufrimiento le dice el Señor: levántate, alma fiel: *vosotros los que habeis bebido toda la amargura de mi cáliz* (1), *olvidad al fin vuestras lágrimas y vuestras pasadas penas*. Hijas de Jerusalem (2), despojaos de ese traje de duelo y de tristeza con que hasta aquí habeis estado cubiertas; poneos vuestros vestidos de gloria y magnificencia; romped al fin los lazos de vuestra cautividad, y salid del centro de Babilonia en que ha-

(1) Isaias.

(2) Isaias.

beis sido esclavas, en que habeis gemido por tan largo tiempo.

Salid, salid, almas cristianas... El cuerpo que vais á dejar á la manera de un vestido muy usado que se arrincona, este cuerpo que vais á abandonar á los gusanos y á la podredumbre del sepulcro, se levantará del polvo y os seguirá algun dia inmortal y glorioso á las moradas eternas. No perecerá un solo cabello de nuestra cabeza; pues quedará en nuestras cenizas una semilla de inmortalidad, hasta el dia de la revelacion, en que se reanimarán nuestros huesos áridos; y aparecerán mas brillantes que la luz del sol.

¿En qué religion, preguntamos ahora, podria hallar el hombre tanto socorro divino para vivir bien y bien morir, como en la religion católica, apostólica, romana? Jamas en ningun tiempo, jamas en ningun país se han inspirado á los habitantes del valle de lágrimas, oraciones mas bellas, mas consoladoras. ¿No brilla en cada versículo de estas exhortaciones, de estas invocaciones que se suceden á la cabecera del moribundo, todo lo que fortifica, todo lo que consuela, y todo lo que eleva al alma?

Cuando el corazon ya no late, cuando la sangre se ha detenido en las venas para no volver á tomar su curso; cuando el pecho ya no se eleva ni se abate por el soplo de la respiracion; cuando el ojo queda sin mirada y el oido no escucha sonido alguno; cuando todos los miembros están muertos y helados, es porque el alma ha partido para no volver á éste mundo. En la cámara mortuoria cerca del lecho en que yace un padre ó una madre, una esposa ó un esposo, una hermana ó un hermano, un pariente ó un amigo, los que se ven condenados al pesar y á las lágrimas, aun no se separan de allí. Permanecen en oracion, y el ruido de sus sollozos, es el único que se advierte alrededor del fúnebre lecho. En silencio, cierra una mano querida los ojos del difunto, y los parientes y amigos, empapan el hisopo de agua bendita para rociar al muerto, á fin de que los malos espíritus respeten los restos del cristiano, porque ha sido este cuerpo el templo de Dios. Los sacramentos del Bautismo, de la Confirmacion, de la Penitencia, de la Eucaristía, y de la Estrema-Uncion, lo han consagrado; y ahora que la materia se ha librado del espíritu, es preciso honrar todavia los restos.

Pero va á llegar el momento terrible, el momento en que los que sienten y mas lloran, los que cogian y besaban las frias manos del difunto, van á ser arrebatados de la cámara, porque el cadáver no se debe enfriar demasiado para que se junten las manos sobre el pecho, y lleve sus piés á la parte estrecha del ataud.

Cuando el cristiano viene al mundo, es lavado en la cámara de sus padres y revestido de lienzos para ser llevado á la iglesia; y ahora que la muerte lo ha cogido y lo espera el sepulcro, se le lava y envuelve en un sudario, capa blanca de los muertos. ¡Ah! En las cosas mas santas y sagradas, se deslizan abusos é irreverencias, y muchas veces se encuentran las manos rapaces mezclada con las de los sepultureros.

La religion, que conoce las cosas de la tierra como las del cielo, ha establecido entre sus cofradías, la de los hermanos *sepultureros y enterradores*, á fin de que fuesen desempeñados estos deberes hácia los difuntos con piedad y conveniencia. Así es que, hemos visto grandes señoras, salir de suntuosos hoteles, para ir á la guardilla del pobre, y de allí ir á sepultar la tierna muchacha muerta de trabajo y de miseria. Así es que la piadosa mujer que le habia dado el trage y velo de primera comunión, la revestia también del trage mortuario. Otras veces los jóvenes caritativos de las conferencias de San Vicente de Paul, llevan á las familias desnudas de todo, lo que reclama la muerte; porque ella también tiene sus exigencias. Lo mismo que el lecho del difunto, el ataúd tiene su miseria.

Hace algunos años hemos visto entre fervorosos cristianos, renacer una santa costumbre. Hablamos de los hijos que acuestan en el ataúd á la madre que los meció en la cuna y al padre que guió sus primeros pasos en el mundo. La obra de caridad, viene á ser así una obra de piedad filial. Sean tres veces benditos los hijos que llenan este deber para con la madre, y que acuestan al padre en el lecho de la eternidad.

Todas estas cosas santas, se hacen en presencia de Dios; porque desde que el alma abandona al cuerpo del cristiano, viene la religion á velar sobre él, y la cruz colocada entre dos candeleros en que arden cirios, está presente al lecho fúnebre, para custodiar al difunto y hacer menos amargo el dolor de los que vienen á orar por él. Porque nada hay que consuele tan bien como la cruz. ¿No ha dicho el Dios que allí está clavado; *yo soy la resurreccion y la vida, y el que cree en mí vivirá eternamente?*

Cuando la muerte ha herido á uno de los nuestros, una de las primeras ocupaciones, en medio de nuestras lágrimas, es enviar á la parroquia por uno de los sacerdotes que vele y ore junto al cuerpo del difunto. Y á la verdad que la presencia del ministro de Jesucristo, y la cruz brillando entre los cirios, hacen menos lúgubre, menos funesta la cámara mortuoria, para todos los que vienen á orar. Ya se ha quemado allí alhucema y benjuí. El sacerdote, unas veces arrodillado y otras sentado junto al muerto, á la manera de una madre que vela á su hijo dormido, recita el oficio de difuntos.

Cuando se ha pasado del umbral de esta cámara, en que algunas horas antes se habian escuchado las quejas del sufrimiento, las entradas y salidas de los parientes y amigos que prodigaban con la *hermana de Nuestra Señora del Buen Socorro* y el médico, la asistencia al enfermo, se siente uno como en otro mundo. El profundo reposo que allí reina, el silencio que se guarda, la oracion que se eleva, todo consuela al alma, aliviándola de la opresion que sin cesar la agobia.

¡Ah! ¡cuán apacible es el sueño que sucede á las agitaciones y al tumulto de la vida! ¡Cuán digno de envidia es el justo que ha salvado el tremendo paso del tiempo á la eternidad! Al desatar la muerte los lazos que le unian á este mundo, ha dejado sobre sus facciones un reflejo de la bienaventuran-

za celestial. Sus manos unidas sobre el pecho, sus párpados cerrados, hacen creer que todavía está orando en un piadoso recogimiento. El Crucifijo que ha besado con fé, esperanza y amor, en su último momento, está recostado sobre su pecho que ya no agita ningun soplo.

El que ha envejecido, ha visto morir muchas veces; así es que yo he rociado muchas veces el agua bendita sobre lechos mortuorios, y he orado cerca de los muertos. Allí es donde se convence uno, que no solo los ancianos agobiados por la edad é inclinados hácia la tumba, descienden á ella. ¡Ah! ¡cuántas víctimas tiernas y puras caen bajo la hoz de la infatigable é implacable segadora! ¡Cuántas flores recogidas cada año, y cuán blancas y candidas están aquellas tiernas vírgenes, cuyas almas protegidas por la Reina de los ángeles han salido de la region de las lágrimas á las de las eternas delicias!

Otras veces la persona por quien se ora, es una madre de familia. . . . Entonces los hijos que ella ha enseñado á amar á Dios, son los que rodean su lecho, y que á su vez velan su *sueño*. . . . ¡Ah! ¡Con qué respetuoso amor invocan á Dios por ella! Y cuando algunos se ven obligados á salir de la cámara para ir á llorar con los parientes y amigos que acaban de saber su muerte. . . . ¡Cómo se esfuerzan en elogiar la resignacion, el valor, la fé y piedad con que ella sobrellevó sus últimos sufrimientos! Hablar de aquellos que nos ha arrebatado la muerte, recordar sus virtudes, decir el bien que nos han hecho, pasar revista de su vida santa, es el mejor medio de endulzar las lágrimas que su salida de este mundo nos condena á derramar.

Para salir de la vida; ¡cuántas puertas no se abren cada dia, cada hora, cada minuto! estas puertas son disímbolas entre sí.

Mirad á ese justo tendido sobre el lecho y que ha entregado el alma á Dios, contestando á las oraciones de la Estrema-Uncion; la bienaventuranza del cielo se retrata en sus facciones. Ha cumplido su peregrinacion en la tierra haciendo el bien, y ha estado siempre desviado de los ojos del mundo. Sus dias han corrido como el arroyo puro y limpio, que despues de haber fertilizado el país, va á perderse en el rio sin haber tenido un nombre. Aquel, como un torrente impetuoso que brama y devasta, ha llevado sus olas cenagosas hasta los abismos del océano; este otro llega á la muerte entre la honestidad y la gloria, y otro entre la vergüenza y la ignominia. La caridad humilde y activa, ha trillado este sendero; y el otro camino, el orgullo que ha pisado el polvo. . . . Sin embargo, todas estas diversas sendas, todos estos diferentes caminos, conducen al mismo lugar del reposo. . . . á la tumba.

Entre esta multitud de almas que nos abandonan por ir á un mundo mejor, hay una cuya partida ha sido al mismo tiempo digna de compasion y de envidia. Yo quisiera, pues sus últimos momentos fueron llenos de gracias celestiales, poder sin callar los nombres referir todos los pormenores de este admirable término cristiano.

La sociedad la amaba tanto, que era preciso que Angela la amase un poco. Ella habia recibido de herencia todas las dotes del corazon y del entendimiento, y todas estas ventajas no le habian concitado un solo enemigo, pues su graciosa bondad sabia ocultar lo que escita los celos. Ella pisaba siempre sobre terciopelo y todo le sonreía; sin embargo, vais á ver cómo llegó al último trance de la vida, al lugar de reposo de que antes hablamos. Unas veces se marcha lentamente por la senda de la vida; otras hay alguna cosa que nos impele, que nos hace ir veloces, sin saber lo que así precipita nuestra marcha; ahora es la mano de la desgracia, y en otros momentos será la gracia la que nos atraiga, y los ángeles los que nos llamen.

Así Angela, sobre quien la verdadera luz que viene del cielo no habia descendido, hubiera podido quedar sentada en las delicias del mundo y contentarse con las cosas de acá abajo; pero no, no lo quiso el Señor, y un santo obispo que no habia hecho mas que entreverlo y escucharlo, habia dicho: "He aquí una tierna oveja que no es de nuestro rebaño; mas pidamos al Señor que algun dia la conduzca á él." ¡Cómo se obraría esta conversion? Nadie lo sabia, era el secreto de Dios, y vais á ver cómo él tiene todos los corazones en sus manos poderosas.

Habia nacido Angela en la religion protestante. Los miembros de la familia católica que la habia adoptado, deseando consagrar sus talentos á la gloria de Dios, iban á cantar misas y *salves* á la iglesia vecina del castillo. Se juntaba Angela á sus primas é iba con ellas á mezclar su parte de talento en los homenajes tributados á un Dios que no adoraba. . . . ¡Pobre alma! ignoraba cuando venia á cantar á la fuente de todas las gracias, que iba á brotar una sobre ella, que le aseguraria la eterna felicidad.

Hay en las campiñas como en las grandes ciudades, miserias que socorrer. En el castillo que habitaba Angela, se organizó un concierto para auxiliar á los indigentes que sufren y perecen en la cabaña. Un artista cuya reputacion es europea, se esmeró, y los talentos que le acompañaron en esta bella empresa de beneficencia, aseguraron el éxito. Angela se habia distinguido. Aun resonaban los aplausos y felicitaciones. . . . cuando una noche, dos dias despues del concierto, entra á su casa. . . . Antes de acostarse se acerca á la chimenea, su vestido de muselina blanca de varios colores comienza á arder; sube la llama con rapidez. . . . y en algunos segundos la rodea por todas partes. . . . Estaba sola; se apodera de ella el espanto. . . . Corre, llama. . . . este movimiento atiza el fuego. Nadie ha escuchado sus gritos. . . . Abre entonces su puerta, y grita de nuevo: ¡Socorro! ¡Socorro! . . . En estas idas y venidas, la llama siempre ereciendo devoraba todo el vestido. Semejante á una antorcha ardiendo se dirigia Angela á otra cámara, y cae como una masa de fuego. Allí encuentra quien la socorra: las manos de su tia que tenia en lugar de madre, y las de su prima que ama como hermana, arrancan de encima de

su cuerpo los restos abrasados de sus vestidos. Con el amor que tienen ellas á su hija y hermana adoptiva, han vencido los ardientes dolores que resiente, pues sus manos están horriblemente quemadas.

Al fin la desgraciada joven, se coloca en un lecho, y hasta dos horas despues su marido y primo vuelven de un castillo vecino. No trataré de describir los profundos sufrimientos de la desgraciada víctima, cuyo cuerpo todo no era mas que una horrible llaga, ni la desesperacion de los dos individuos que acababan de llegar. Los médicos, habian venido antes que éstos, y se ocupaban en la curacion de las espantosas quemaduras. A primera vista habian dado su terrible fallo: habia cien probabilidades de muerte, y ni una sola de vida, tales habian sido los destrozos del fuego.

La víctima casi consumida, conservaba toda su dulzura y presencia de ánimo. Sus parientes y amigos al verla tan sufrida, le ponderan (pensando en la salud de esta bella alma) la sublime hermosura de nuestra religion y todos los divinos consuelos que de ella emanan.

Pero Angela que habia nacido protestante quiere morir en el culto de sus padres, y lo repite muchas veces. Desde entonces se teme inquietarle, y nadie se atreve á pintarle la dicha de abrazar la fé católica, la fé de todos los que ella ama y loorean.

Con este temor humano; ¿quién la arrancará del error? ¿Quién la pondrá en el verdadero camino del cielo? El mismo Dios.

Una vecina santa y piadosa, hija de un cristiano digno de los tiempos antiguos, y envejecido en el campo, despues de haber orado y comulgado, con toda la familia, hizo colocar una medalla bendita de la inmaculada Reina de las vírgenes á los pies del lecho de la enferma.

Al dia siguiente, despues de haber pasado algunas horas rogando á Dios en la capilla, se volvió á tratar la gran cuestion. Pero no era todavía el momento de la gracia. Un amigo dijo á la desgraciada joven: Besa esta medalla, que ella te curará. La protestante replicó: mi religion me lo prohíbe.

En el mismo dia preguntó ella dónde estaba su familia; y cuando se le dijo que todos estaban en la capilla con el cura rogando por ella, esclamó: ¡Ah! yo también quisiera orar; pero sufro demasiado. Decid solamente, DIOS MIO TENED PIEDAD DE MI, replicó el católico, y vereis que esto os aliviará.

Un poco despues ella dijo al que le habia dado el consejo; ya he ensayado vuestra corta oracion, y me ha probado bien.

—Si es así, se le dijo, quereis que recemos en voz alta junto á vuestro lecho?

—Si lo quiero.

Entonces los tres católicos se arrodillaron junto al lecho, y uno de ellos con una voz muy clara recitó el Padre nuestro &c. Despues de esta primera oracion observaron á la pobre agonizante, y descubrieron que su rostro estaba un poco menos contraído por el sufrimiento.

—¿Es menester continuar?
—Si esto me hace bien.

Entonces rezaron la salutación Angélica, esa oración *Dios te Salve Maria*, que los protestantes no tienen en su Ritual, lejos de desagradarla le dió una suave expresión á sus facciones, y con una señal de cabeza, dió á entender que no interrumpieran las oraciones; por lo mismo siguió el *Confiteor* y luego el *Credo*. Ya comenzaba ella á tomar gusto á nuestras oraciones: esto era un gran paso; y como aun era la mañana, la persona que rezaba en voz alta, se puso á recitar las letanías del *Santo Nombre de Jesus*, y Angela despues de haber escuchado las primeras invocaciones, cuando llegaron á estas palabras: *Jesus que sois el resplandor de la luz eterna*, dijo con los circunstantes, *tened piedad de nosotros*.

Despues, cuando oyó estas palabras: por vuestra agonía, vuestra pasión y muerte, ella repitió: *librame, Señor*.

Concluida la oración de la mañana, se sintió Angela algo mejor; una especie de calma seguida de una somnolencia, sucedió á sus violentos dolores.

No habiendo podido á causa de su extrema debilidad ponerle en el cuello la medalla de la Santísima Virgen, se le había fijado cerca de ella. La proximidad de la noche le infundía pavor; durante el día se complacía en mirar el sol (esto sucede regularmente á los que están próximos á bajar á las tinieblas del sepulcro, ninguna luz puede saciarles.) Así es que cuando la oscuridad de la noche se aumentaba, ella pedía que se encendiesen velas.

Todo el día se rezó por ella, y también se rogó por ella toda la noche. . . . En estos momentos de inquietud y agonía, se quiere como hacer violencia á Dios, para arrancarle la prolongación de los días de aquellas personas que amamos.

Es falso lo que algunos dicen, que solo los días felices pasan volando. . . . ¿Dios mío! ¿no pasan también con rapidez las horas y las noches, en que junto á los seres mas queridos nos vemos amenazados de perderlos para siempre?

A veces parecia que la moribunda estaba durmiendo; sus lindos ojos, cuya mirada era tan perspicaz, se cerraban de cuando en cuando, y su cuerpo parece que ya no sufría. Cuando vienen tales sueños á un enfermo, debe uno guardarse de turbarlos; porque entonces es cuando habla Dios á los que están próximos á dejar el mundo; cuando sus ojos ya no ven, cuando sus orejas ya no oyen, acaso ellos ven y oyen cosas de mas allá del sepulcro.

Yo no sé si Angela tenia estas visiones; pero de lo que estoy bien convencido es, que durante la noche no le faltó la gracia divina.

Cuando asomaba la aurora, oyó pasos de persona que andaba en el patio bajo su ventana, y dijo á los que la velaban: ved á la hija del buen general como viene á la capilla, viene á rogar por mí. Pasado un instante de silencio dijo á su criada: cuando bajéis decidla que suba á verme.

En efecto, la buena vecina del castillo, la que tenia gran confianza en la medalla de la inmaculada Concepción, había venido á oír la misa del

cura, quien desde la desgracia de Angela y su familia, no había dejado un instante á sus amigos afligidos, habiendo puesto á un coadjutor en la parroquia; despues de la misa había prolongado el sacerdote su acción de gracias y permanecido en oración; hacia mas de una hora pedía al Dios que resucitó al hijo de la viuda de Nain y á la hija de Jairo, que hiciese renacer á la vida eterna la que pronto iba á morir para el mundo.

Pensando en el dolor de la familia, suplicaba también á la Virgen consoladora de los afligidos, que viniese á socorrer á la pobre Angela que ya había rezado la víspera. Repentinamente sintió el hombre de Dios, brotar dentro de sí, una vivísima esperanza. Se levanta, sale de la capilla, y en la escalera encuentra á uno del castillo y le dice: tengo buenas esperanzas, la medalla le va á dar la dicha.

Mientras esto pasaba, tres personas que no querían desesperar, oraban con un redoblado fervor junto al lecho de Angela, cuyas fuerzas declinaban rápidamente. La santa hija del general inclinada sobre ella, recitaba una oración á la inmaculada Virgen. En este mismo instante llega el cura á la puerta de la cámara, salva el umbral. A su vista levantando Angela un poco la voz, le dice: acercaos mi buen cura, necesito hablaros. . . . ¡Ah! Entonces se llenó de gozo el corazón del digno sacerdote, y con una profunda emoción se acercó al lecho, haciendo una señal á los circunstantes de retirarse y dejarlo solo con la enferma.

Hacia largo rato que estaban solos, cuando el primo de Angela ignorando la realización de sus esperanzas, dió algunos pasos en la cámara y oyó al ministro de Jesucristo pronunciar sobre la penitente las palabras sacramentales que absuelven los pecados. Al reconocer Angela á su primo, con lo poco que le quedaba de voz, se apresuró á decirle: Acercaos, acercaos, vos que siempre me habeis amado como á vuestra hermana. Ya ahora soy católica como vos: ya creeremos y oraremos siempre juntos. . . . A estas palabras M. de*** se arroja al lecho, y baña en lágrimas de felicidad el rostro encantador de la jóven neófita.

Rápida como el relámpago, se derrama por toda la comarca la gran noticia de la conversión. Todo el mundo se apresura á correr á la cámara, antes tan triste y lúgubre, y ahora llena de regocijo. Todos se arrodillan, se paran, se felicitan, se estrechan la mano, lloran de alegría y se abrazan.

El reflejo de una dicha tan viva y santa, se mira en el rostro de la jóven moribunda, y al día siguiente como si ella estuviese enteramente curada, se canta un *Te Deum*.

Ahora dos cosas van á marchar á la par; el mal que debilita y abate el cuerpo, y la gracia que fortalece y eleva el alma. El sufrimiento, da una especie de tregua á la enferma, y aprovecha el cura los cortos instantes de descanso para preparar á la jóven catecúmena.

Como el peligro, en opinión de los médicos es siempre inminente, la Absolución, el Bautismo y la Estrema-Unción, derraman en pocas horas y á

torrentes, los tesoros sacramentales en aquel corazón, que tenia sed de ellos y los pedía con vivas ansias. Sí, este corazón era digno de recibirlos; pues desde que en él se han derramado los beneficios divinos, Angela sintió la necesidad de hacerlos obrar sobre los católicos que la rodeaban y la prodigaban sus cuidados, cuando uno de ellos dijo: todo lo que habita el castillo, se ha regocijado de teneros por hermana en la fé, y esta mañana en la misa se ha rogado y se ha comulgado por vos. Ella preguntó á la persona que le dirigía estas tiernas palabras de interés y de afecto.

—¿Y vos?

—He rogado con toda mi alma.

—No es bastante. . . . ¿Os habeis confesado? ¿habeis comulgado?

—Todavía no.

—¡Ah! Id á hacerlo inmediatamente. . . . prometedme cumplir este deber.

—Os lo prometo.

Se cumplió la solemne promesa.

Tan jóven, ella no creía, á pesar de sus horribles sufrimientos, que la muerte estuviese tan cerca. Con esta ilusión ella hubiera podido diferir las exhortaciones de su celo; pero no, el nuevo fuego sagrado ardía demasiado en su alma para dejar de encender á los católicos que veía tibios en su fé! Ella conocía demasiado su felicidad, para ser egoísta en no comunicarla á los que amaba. Hizo jurar á su marido que cuando ella estuviese restablecida había de ir á arrodillarse á su lado ante la sagrada Mesa. Ocupado éste con la esperanza de que ella sanase, le hizo el juramento que escisgia.

La salud no llegó, pero el juramento se cumplió.

Todo el celo de la nueva católica, provenia del mas profundo amor á nuestro Dios, y no del temor á la muerte; porque lo repito, ella no creía morir. Lejos de esto, entreveía una larga vida; soñaba con el día en que había de entrar á aquella iglesia del pueblo, en que *protestante*, había venido muchas veces á cantar himnos católicos con todos los suyos.

¡Ah! la primera vez que entró como católica fué en su ataúd.

Despues de aquellas horas de dolores menos agudos, que le habían permitido hacer brillar á los ojos de todos la sinceridad de su fé y el ardor de su piedad; habló menos, y el estado de somnolencia y de postración volvió á presentarse con señales mas y mas alarmantes. Mas raras sus palabras, empezaban á ser incoherentes. Las llamas que habían hecho de su cuerpo una sola llama profunda, le dejaron el resto intacto, pálido y blanco como el marfil; había conservado su belleza; sus ojos no tenían la mirada empañada y confusa, y cuando la fijaba sobre alguno, no se la podía resistir, porque penetraba hasta el fondo del alma, como para descubrir lo que se pensaba sobre su estado.

Cuando bajaba sus párpados, se veían mover sus labios, y á cada momento se le escapaban algunas palabras. Sus manos quemadas, ennegrecidas por

el fuego, y casi informes, no permanecían en reposo. Parecía que ella buscaba alguna cosa. Entonces sus parientes y amigos la abrazaban, la besaban y la bañaban en lágrimas. En uno de estos instantes de agitación, con voz un poco mas fuerte, pronunció claramente estas palabras: MORIR! . . . MORIR TAN JOVEN. . . . PERO, DIOS MIO, EL CIELO. . . . EL CIELO.

Despues de estas palabras se cerró su boca para no volverse á abrir jamas. Acababa la muerte de poner el sello del silencio que no se romperá, sino hasta el gran día de la resurrección.

Dos días despues de esta muerte brillante de gracia y de predestinación, una larga procesion de sacerdotes con sobrepelliz y cirio en mano, precedía el carro fúnebre seguido de los parientes de la difunta. Detrás venían los propietarios de los alrededores y los aldeanos de las quintas vecinas. Esta pompa mortuoria estaba en armonía con los sentimientos de todos.

Regularmente los funerales se miran con indiferencia; pero en esta ocasión todas las almas estaban conmovidas tan fuertemente, que la impresión producida por la muerte de esta jóven, devorada en la flor de su edad, se pintaba en todos los semblantes. Los patios del castillo estaban desde la víspera esmaltados de rosas, y adornados de multitud de plantas en flor. Este risueño y gracioso aspecto hubiera como insultado al pesar y á la tristeza comun. Así es que la tía, ó mas bien madre de Angela, había mandado segar todas esas flores la noche anterior.

En la turba que había en los funerales, se observaba un sentimiento de compasión viva y estrema, al recuerdo de tantos y tan crueles sufrimientos; pero al lado de esta compasión, brillaba una seguridad de la salvación del alma de aquella por quien se venia á rezar. Todos decían: seis días de horribles tormentos; pero en cambio toda una eternidad de felicidad y de delicias. . . . Y todos en su corazón, bendecían á Dios.

SEPULTURAS.

CREEMOS haber demostrado en las páginas que acabamos de escribir sobre el sacramento de la Estrema-Unción, cuánto realza la religión á la dignidad del hombre, cuando viene á unguir su cuerpo con el óleo de salud; en el momento en que vamos á caer en el polvo para convertirnos en la tumba, en un yo no sé qué, que carece de nombre, es cuando los sacerdotes de Jesucristo vienen á señalarnos para la eternidad.

Cuando nuestra alma fortalecida de esta manera ha dejado la tierra, y se queda aquí nuestro despojo mortal, como un vestido usado, la Iglesia recordando todos los cuidados que nos ha prodigado en la vida, no nos abandona después de nuestra muerte. No solicitando para nosotros más que nuestro fin divino, ha multiplicado las plegarias y los honores, alrededor de nuestros sepulcros.

"Si la religión tiene que ocuparse de los funerales de algún potentado de la tierra, no temais que falte la grandeza: cuando más desgraciado haya sido el objeto llorado, más pompa brillará alrededor de su féretro, más elocuentes serán sus lecciones. Solo ella podrá medir la altura y la caída, y decir cuáles son los abismos á donde caen y desaparecen los reyes." (1)

Quando un pastor de almas, un cura, un obispo, un arzobispo, un papa, se acercan al tremendo instante, los sacerdotes que han vivido con él y le han ayudado en el ministerio sagrado, están adheridos de tal manera á la persona, de tal manera se han hecho hijos de este padre espiritual, que cuando la muerte lo ha herido, cuando lo reclama el ataúd, no pueden resolverse á llevarlo con la misma precipitación á las fúnebres cavernas, con que se conduce al resto de los hombres. En su vieja catedral se erige al príncipe de la Iglesia un lecho de aparato. . . . Su cabeza todavía se ve adornada con la mitra de oro. Las manos juntas sobre el pecho en que brilla aun la cruz pastoral, el báculo recostado junto á él, todo parece dar á conocer que pronto va á desaparecer, y que el sueño que en este momento duerme, no es el de la muerte. El día en que la tierra debe caer y cerrarse para el prelado como para el comun de los hombres, se le separa del lecho mortuario y se le coloca sobre una camilla de duelo con todas las insignias del obispado; la cual llevan ocho jóvenes sacerdotes, con albas blancas y cinturones negros. "Su rostro va descubierto, y el pueblo cree ver en sus facciones la sentencia del Juez soberano, y reconocer los goces del predestinado, al través de la sombra de una muerte santa, como se descubre entre el velo de una noche clara el esplendor del cielo (2)."

Antiguamente las calles que recorría la procesion mortuoria, eran siempre las mismas que el prelado recorría en la procesion de Corpus, cuando llevaba bajo el palio en sus venerables manos, la radiante Eucaristía.

Es casi el mismo ceremonial para con el cura de una aldea. También á él se le llevan por las calles rústicas, que se llenan de amapolas y rosas el día del Corpus Christi; también allí se ven *posas*, en donde daba el párroco la bendición con el sacramento; los cuatro robustos aldeanos que lo llevan, se detienen y colocan sobre la yerba el modesto ataúd del pastor que ha casado á sus padres, y á ellos mismos los ha bautizado. Después de este paseo ya por la llanura, ya por los colla-

(1) Genio del Cristianismo.

(2) Chateaubriand.

dos, llegan frente á la puerta de la vieja iglesia, que el buen cura tenía gusto de adornar. Allí se ha abierto la posa; allí va á descansar el sacerdote de sus largos trabajos. La piedra que lo ha de cubrir dirá su nombre, su edad y sus virtudes; y sus feligreses, al entrar en la casa de oracion, tendrán que pasar cerca de aquel que les enseñó á adorar y á rogar al buen Dios.

No dejan de reunirse en esta solemnidad mortuoria, los curas y vicarios de los alrededores, y el santuario en que el difunto ha oficiado tantas veces, se ve muy pequeño, pues tantos son los sacerdotes que han querido venir á honrar su memoria, en esta solemne misa de difuntos. He aquí una parte de las sublimes oraciones, y lecciones del oficio de difuntos.

"Bienaventurados los que duermen en el Señor. "Hablará el Señor, y los muertos oirán la voz del Hijo de Dios."

"El que escucha su palabra y cree en él, pasa de la muerte á la vida."

"Llegará la hora en que todos los que están en el sepulcro, oirán su voz; y los que hayan hecho el bien, saldrán para resucitar á la vida, y los que hayan hecho el mal, saldrán para resucitar á su condenacion."

"Cuando haya llegado esta última hora, hora en que Dios ha resuelto despertar á los escogidos de su sueño, saldrá una voz del trono y de la misma boca del hijo de Dios, que mandará á los muertos resucitar. ¡Huesos áridos! ¡Huesos desecados! Escuchad la palabra del Señor."

"Ossa árida, audite verbum Domini."

"Al sonido de esa omnipotente voz que se hará escuchar de Oriente á Occidente, y del Septentrion al Mediodía, los cuerpos yacentes, los huesos desecados, la ceniza y el polvo, frios é insensibles, se conmovieron en la concavidad de sus tumbas."

"Toda la naturaleza comenzará á removerse, el mar, la tierra y los abismos, se prepararán á arrojar á sus muertos, que creían haber tragado como su presa, pero que solo recibieron en depósito, para devolverlos fielmente: porque Jesús ama á los suyos hasta el fin, y tendrá cuidado de reunir ante sí de todas las partes del mundo los preciosos restos de aquellos. No hay que admirarse de una solicitud tan maravillosa: pues de él se ha escrito que guía á todo el universo con su eficaz palabra."

En las oraciones admirables de la Iglesia, se encuentran, ora gritos de dolor, ora de esperanza; el sacerdote se queja, se regocija, se llena de confianza, gime y suplica: "El día que entregan el espíritu, vuelven á su tierra original, y perecen todos sus vanos pensamientos."

Dios mío no recordeis las faltas de mi juventud, ni de mi ignorancia. Dejad de afligirme, pues mis días no son más que una nada.

"Cuando me busqueis por la mañana, ya no me encontrareis."

"La vida es pesada para llevarse; la vida es para mí llena de hastío; me abandono á los pesares."

Señor ¡son vuestros días como los días de los hombres mortales, y vuestros años eternos como nuestros años fugitivos?

"¿Por qué desviáis, Señor, vuestro rostro y me tratáis como vuestro enemigo? ¿Debeis desplegar vuestro poder contra una hoja que arrebaté el viento, contra una hoja seca?"

"El hombre nacido de mujer vive poco tiempo, y está repleto de miserias; es como una sombra que jamás permanece en el mismo estado."

"Han pasado mis días, todos mis pensamientos se han desvanecido, se han disipado todas las esperanzas de mi corazón. . . . Yo digo al sepulcro: tú serás mi padre; y á los gusanos: vos seréis mi madre y mis hermanos."

Dice una voz: "Mis días se han desvanecido como el humo, y se han vuelto polvo mis huesos."

Otra voz responde: "Mis días han declinado como la sombra."

"¿Qué cosa es la vida?" Pregunta el sacerdote. El pueblo responde: "Un insignificante vapor."

"Los muertos se han dormido en el polvo."

"Ellos resucitarán lo mismo que estaban."

"Ellos despertarán."

"Sí, gloriosos en el Señor."

"Dichosos los que descansan en el Señor, pues los siguen sus buenas obras, y descansan en el seno de Dios de todos sus trabajos."

"Desde el fondo del abismo clamamos á vos: ¡Oh Señor! Señor, escuchad nuestra voz."

"Si numeráis nuestras iniquidades, ¿quién podrá resistir vuestro juicio?"

"Mas la misericordia es grande en vuestras manos; Señor, sed misericordioso con nosotros; del día á la noche Israel espera en vos."

O me ciega una gran parcialidad, ó jamás la tristeza y el temor, el dolor y la esperanza, han

tenido palabras más profundas que las de las plegarias de difuntos.

Hay en ellas algo más que la tristeza de la tierra, más que las quejas de los vivos. A las voces que gimen en el mundo se mezclan las voces de los que ya no están en él, y salen del silencio de las tumbas á contribuir á este gran concierto de lágrimas y duelos.

Lo pregunto con orgullo y satisfacción: ¿hay debajo del sol un culto que sepa consolar de la muerte como lo hace el catolicismo? No; no lo hay. Es verdad que otras religiones mandan creer en la resurrección de los cuerpos; pero no dicen que los vivos puedan aumentar la felicidad de los muertos. Mientras que los católicos con nuestras oraciones y nuestro grande y santo sacrificio de expiación, libertamos á las almas de aquellos por quienes gemimos, la amistad de un protestante nada puede para con un amigo muerto; la amistad de un católico, no se detiene en el mármol del sepulcro; ella remueve, por decirlo así, la tierra que se arrojó sobre el ataúd, y liberta al amigo tan llorado; ya lo hemos dicho: con nuestra creencia, prolongamos nuestros afectos á despecho de la misma muerte (1).

Figuraos un día de funeral sin el pensamiento católico, sin un reflejo del cielo. Allí todo sería negro y lúgubre; féretro, destrucción, podredumbre; he aquí lo que se presentaría al entendimiento y dominaría el corazón; cuando se convocara á pensar en sus parientes y llorar á los amigos muertos, retrocedería uno espantado, porque solo vería gusanos y corrupción. El incienso de esta cruel celebración sería la fetidez del sepulcro, sus cirios las antorchas de los funerales, sus cantos el llanto, y sus himnos los gemidos y las maldiciones.

(1) Fiestas cristianas del vizconde de Walsh.

EL ORDEN.

"ACABADA la comida dijo Jesus á Simon Pedro: Simon, hijo de Juan, ¿me amas tú mas que estos? Dícele: Si Señor, tú sabes que te amo. Dícele: *Apacienta mis corderos.*"

"Segunda vez le dice: Simon, hijo de Juan, ¿me amas? Respondele: Si Señor, tú sabes que te amo. Dícele: *Apacienta mis corderos.*"

"Dícele tercera vez: Simon, hijo de Juan, ¿me amas? Pedro se contristó de que por tercera vez le preguntase si le amaba; y así, respondió: Señor, tú lo sabes todo: tú conoces bien que yo te amo. Díjole Jesus: *Apacienta mis ovejas.*"

Este pasaje del capítulo 21 del Evangelio de San Juan, nos hace ver á qué manos confia Dios la custodia de su rebaño. Para dar este encargo á Simon, hijo de Juan, quiere asegurarse de su amor, y tres veces le interpela con este motivo. Despues de las dos primeras respuestas del gefe de los apóstoles, dice Jesus: *Apacienta mis corderos.* Hasta la tercera vez, cuando ha adquirido perfectamente certeza del amor de Pedro á su Divino Maestro, le confia el buen pastor la custodia de sus ovejas.

Los corderos representan á nosotros, simples siervos de Dios, y las ovejas figuran á los obispos, los sacerdotes, los maestros de la fé. Y es de notarse que Jesus no pregunta á Pedro si ha adquirido alguna ciencia ó habilidad. No; esto no le interesa; lo que quiere saber es, si el amor de Dios está en el fondo del alma de Simon Pedro; si arde allí esta celestial llama, será el hijo de Juan el hombre á quien escoja para gefe visible de su Iglesia, y á quien confiará la custodia de los corderos y de las ovejas.

"EL ORDEN es un sacramento de la nueva ley (1), por el cual un hombre bautizado sale del rango de los laicos para ser consagrado á Dios, é incluido en el santo ministerio de una manera particular, recibiendo de manos del obispo directo sucesor de los apóstoles, un poder espiritual, y la gracia para ejercer en la Iglesia ciertas funciones que miran al sacrificio del cuerpo y de la sangre de Jesucristo, al servicio de Dios y la salvacion de las almas. He aquí cómo se explica el concilio de

(1) Instrucciones sobre el Ritual por Joly de Chom, obispo de Tolosa.

Trento: (2) Si alguno dice que el ORDEN ó la sagrada ordenacion no es verdadera y propiamente un sacramento instituido por nuestro Señor Jesucristo, ó que es una invencion humana, imaginada por gentes ignorantes de las cosas eclesiásticas, ó que no es mas que una cierta forma y manera de escoger ministros de la palabra de Dios y de los sacramentos, que sea anatematizado."

San Pablo exhorta á su discípulo Timoteo, á no despreciar la gracia que se le ha dado por medio de la imposición de las manos de los sacerdotes; y lo escita á encender el fuego de la gracia de Dios.

El sacramento del ORDEN fué prometido por el Salvador en las orillas del mar de Galilea, "cuando encontró á dos hermanos, Simon llamado Pedro, y Andres, echando la red en el mar (pues eran pescadores)," (3)

"Y les dijo: Seguidme, y yo haré que vengais á ser pescadores de hombres.

"Al instante los dos, dejadas las redes, le siguieron.

"Pasando mas adelante vió á otros dos hermanos, Santiago, hijo de Zebedeo, y Juan su hermano, componiendo sus redes en la barca con Zebedeo su padre; y los llamó."

"Ellos tambien al punto dejadas sus redes y á su padre, le siguieron."

"Despues los ordenó Jesus de sacerdotes, cuando en la última pascua, despues de haberles distribuido como celestial alimento su cuerpo y sangre que acababa de consagrar, les dirigió estas palabras: *Haced esto en memoria mia;* palabras omnipotentes y siempre eficaces (4), quedan á los apóstoles y á sus sucesores el poder sublime de operar el milagro que el mismo hijo de Dios acababa de obrar."

Fácil es ver segun estas citas, que el ORDEN es un rito exterior ó una ceremonia sensible, instituida de una manera fija, permanente y durable, por el divino fundador del cristianismo, para consagrar á los ministros de su Iglesia, y darles la gracia con el poder de ejercer sus santas funciones, que los coloca en cierto modo sobre los ángeles. Porque estos espíritus celestiales, sirven al Señor en el cielo,

(2) Sesión XXIII.

(3) San Mateo cap. IV. vers. 18.

(4) Cat. de persev. del Abate Graune.

pero no lo hacen descender como el sacerdote de su trono para darse á ellos mismos.

"Escuchemos á San Ignacio mártir: (1) *Ommes episcopum sequemini ut Christum patrem, dice, et presbiterorum collegium ut apostolos, diaconos reveramini ut ex Dei precepto ministrantes.*"

"Este respeto, esta adhesion, esta obediencia que ordena San Ignacio á los fieles para con los obispos, sacerdotes y diáconos, no están fundadas sino sobre su dignidad y escelencia espirituales, sobre su institucion divina y el poder que han recibido de Dios, para demandar la gracia, y administrar las cosas santas. Todo esto prueba que el rito por el cual estos diversos ministros han recibido tan eminente poder, una escelencia tan perfecta, y una dignidad tan elevada, es un verdadero sacramento."

En el momento en que Dios ha venido á habitar entre nosotros, era preciso que los ministros de los altares sobre que se inmola todos los dias, recibiesen de allá arriba una gracia que no tienen los demas hombres; era preciso que, los que tocan al Santo de los Santos, participasen de la naturaleza de los ángeles. San Crisóstomo dice: "que el alma del sacerdote debe ser mas pura que la luz del sol." Otros padres, hablando del poder del sacerdocio, dicen que escede al de los arcángeles, de las virtudes y dominaciones, pues por las palabras que pronuncia el sacerdote en la consagracion, dá bajo las especies de pan y vino, como un segundo nacimiento á aquel cuerpo y sangre, que formó el Espíritu Santo en el seno de la Inmaculada Virgen. Lo que hizo decir á San Agustín: que el Hijo de Dios, *encarna todos los dias en las manos de los sacerdotes.*

Para pintar la elevada dignidad del sacerdocio, y dar una esacta idea del poder con que Dios lo ha revestido, buscara yo en vano palabras en el vocabulario del mundo.

Algunas veces en mi imaginacion recorro á todos los hombres que han brillado por su carácter y fuerzas sobre las naciones.

Era grande y poderoso el legislador de los Hebreos, aquel gefe cuya voz mandaba á las olas del mar dividirse para formar un camino en el fondo del abismo á Israel, libertado del yugo egipcio.

Era grande y altamente colocado en el favor del Eterno, aquel que en el monte Sínai en medio de los rayos y relámpagos recibió la ley dictada por Jehovah.

Era grande y amado del pueblo de Dios, aquel Josué que detuvo con su mandato al sol para prolongar el dia de su victoria.

Era fuerte y terrible aquel Sanson, que solo hacia huir al ejército de los Filisteos, y cuyos brazos robustos hacian conmovirse á los palacios. Y bien; ¿qué cosa eran todo ese poder y fuerzas naturales compensados con las que Jesucristo ha conferido á sus ministros? Todos esos hombres que acabo de nombrar, han mandado á las obras, á las criaturas de Dios, y han sido obedecidos por ellas; pero el sacerdote cristiano, llama al mismo Dios, y lo hace descender de su trono radiante de gloria sobre el altar mas humilde y mas pobre.

(1) Enciclopedia cat.

Ante este pensamiento, ante este prodigio, el espíritu se turba y se pierde. Sin embargo, no podia ser de otro modo; desde el momento en que Dios daba su cuerpo y alma al hijo de Adam, era preciso que sus ministros los que suben á sus altares, los que los rodean cantando las alabanzas del Señor, fuesen por sus prerogativas superiores al resto de los hombres. El sacramento del Orden, les da esta celestial preeminencia y los establece aparte de la humanidad, entre la tierra y el cielo.

"El ministro cristiano, dice San Gerónimo, es el intérprete entre Dios y el hombre."

"¿Qué pensarais, dice San Juan Crisóstomo, de un vasallo á quien su rey hubiese establecido sobre todos sus tesoros, y á quien hubiese dado en todo su reino poder de vida y de muerte, y el privilegio real de abrir y cerrar las cárceles?"

"Sin duda esclamarais: jamas se han concedido mas favor y poder á ningun hombre. Pues bien: ¿Qué cosa es toda esa autoridad en comparacion de poder abrir y cerrar las puertas del cielo, poder confiado á los sacerdotes para la administracion de los sacramentos?"

En los primeros siglos de la Iglesia, siendo las vocaciones mas francas, mas resueltas que en nuestros dias, era mas fácil conocer á los escogidos de Dios que hoy, en que todo se borra, se confunde y se pierde en medio de una general indiferencia. En esta atonía contagiosa no es muy fácil distinguir los caminos del Señor. Cuando la atmósfera está fria, cuando el sol nublado no calienta la tierra, las flores que se abririan hácia el cielo, no se dejan ver y mueren antes de entreabrirse. Lo mismo sucede con las vocaciones. Cuando la fé no es brillante, las almas no tienen suficiente vuelo para dejar ver lo que dentro de ellas pasa.

En los primeros dias del cristianismo, la fé y la piedad, á pesar de la modestia que siempre las acompaña y es un velo echado sobre sus obras, se revelaban demasiado; así es que, los obispos las distinguian entre la turba piadosa y creyente. Estos pastores que conocian su ganado, escogian las ovejas mas blancas y mas puras, y las llevaban al aprisco del Señor. Hecha esta eleccion por el sucesor de los apóstoles, que no ordenaba sino á aquellos cuyo mérito era reconocido y proclamado por el pueblo, no se averiguaba la voluntad de los que se iban á ordenar, y algunas veces se les hacia violencia para vencer su humildad.

Para mejor conocer el mérito de los que se querian elegir (2), se seguia esactamente las reglas que dá San Pablo, de no apresurarse á imponer las manos para no participar del pecado de otro: no elevar al sacerdocio al neófito, es decir, á un nuevo cristiano, por temor de que se llene de orgullo. Si algunas veces se violaba esta regla, como ha sucedido de cuando en cuando, era por razones particulares, ó á causa de la eminencia de la santidad de los que se elevaban así al sacerdocio, ó porque Dios habia hecho conocer á la Iglesia, por señales sobrenaturales, que tal era su voluntad. Así fué ordenado San Ambro-

(2) Historia de los sacramentos Orden cap. IV.

sio: habiendo sido elegido cuando solo era catecúmeno, fué ordenado pocos dias despues de su bautismo. Los clérigos debian ser escogidos entre los laicos mas santos: razon por qué los cánones escluian del clero á todos los que estaban marcados con ciertas notas. Asi es que el Apóstol quiere que el obispo y el diácono sean irrepreensibles, y de buena reputacion."

San Cipriano, Doctor grande y animoso, llegó á la silla episcopal sin haber pasado por los órdenes inferiores. San Agustín fué tambien elevado de una sola vez, al rango de los sacerdotes. "Lloraba amargamente, dice Posidio. Algunos, segun nos lo refiere despues, trataban de consolarle diciéndole que el rango de sacerdote lo acercaba al obispado: era precisamente lo que mas le affigia."

San Cipriano nos representa, en diversos lugares de sus escritos, cómo se procedia á la eleccion de los obispos: "Por temor, dice, de colocar en la silla episcopal á un hombre indigno, es menester observar con exactitud, lo que hemos aprendido por tradicion divina y apostólica: Diligenter de traditione divina et apostólica observatione observandum et tenendum, y lo que es de costumbre entre nosotros y en casi todas las provincias, á saber: que por celebrar las ordenaciones de una manera conveniente, todos los obispos de la provincia se dirijan al lugar en que haya que ordenar un pastor, y allí sea elegido en presencia del pueblo que conoce perfectamente la vida de cada uno, habiendo visto mucho tiempo, y conocido su conducta. Es lo que vemos se ha practicado entre vosotros en la ordenacion de Sabino, nuestro colega, á quien se ha conferido el obispado segun el sufragio de todos los hermanos y el juicio de los obispos, tanto de los que estaban presentes, como de los que os habian hecho conocer por sus cartas lo que pensaban de él, y se les substituyó á Basildo."

Jesucristo llamó á sus discípulos, y escogió para apóstoles á los que quiso. Les dijo despues de su resurreccion: Como mi padre me ha enviado así os envío yo; y San Pablo dice á los obispos de Asia, que el Espíritu Santo los ha establecido, para gobernar la Iglesia de Dios; y á Tito que lo dejaba en Creta para establecer en las ciudades sacerdotes, que despues llama obispos. En fin, vemos en toda la serie de la tradicion, que los obispos siempre han sido instituidos por otros obispos. Es verdad que se llamaba á esta accion al clero y pueblo de la Iglesia vacante, para no darles un pastor desconocido ó desagradable; se les escuchaba y regularmente se seguian sus deseos, escogiendo algun sacerdote diácono, adherido despues de mucho tiempo al servicio de esta iglesia, de virtud probada, de ciencia y caridad conocida de todo el mundo, algun ilustre confesor del tiempo de las persecuciones. El que de esta manera resultaba electo, recibia los órdenes sagrados por medio de la imposicion de las manos, despues de haber orado y ayunado; lo sentaban en la silla episcopal, y desde entonces comenzaba á ejercer sus funciones. Despues de Constantino, aumentándose mucho el pueblo cristiano, solo se atendia á los sufragios de los diferentes ór-

denes, nobles, magistrados y monges, principalmente al juicio del clero.

Conforme á esta regla fué electo San Cornelio obispo de Roma. *Judicio Dei et plebis favore.*

El cuarto concilio de Cartago, compuesto de doscientos catorce obispos de primer orden, nos ha dejado un modelo del ecsámen que sufría el sacerdote, á quien los sufragios del clero y del pueblo designaban como digno de subir á la silla episcopal.

"Se ecsaminará si es prudente, si es moderado, si es casto, si es sóbrio, si es humilde, si es atento á sus negocios, si es afable, si es limosnero, si es misericordioso, si está instruido en la ley de Dios, si está versado en la sagrada escritura, y si está ejercitado en los dogmas eclesiásticos."

Despues de sufrido este ecsámen, si al individuo presentado por el clero y pueblo se le juzgaba conforme al corazon de Dios y al espíritu de la Iglesia, era aclamado obispo y honrado como tal.

Desde el ambon ó púlpito se hacia esta proclamacion por los dignatarios de la iglesia. Iba acompañada de las aclamaciones del pueblo, que aprobaba lo que se acababa de hacer. Vemos en las cartas de San Agustín, que Eradio designado obispo, repitió el pueblo veinte veces en sus aclamaciones: *Dignus et justus est*, y cinco veces: *Bene meritis, bene dignus.*

Así es como se hacian las elecciones en toda la Iglesia, durante los cinco primeros siglos.

La iglesia de Lyon, la mas ilustre de las Galias, tenia una costumbre muy notable y que no pertenecia mas que á ella. Cuando un obispo pasaba del tiempo á la eternidad, era acostado en el ataúd, en vez de sentado en su trono, el clero de la provincia se recogia y con el pueblo se ponía en oracion, esperando del cielo una inspiracion divina, y para alcanzarlo ayunaba, oraba y redoblaba su caridad y buenas obras.

Sucedió á fines del siglo sexto, que el obispo de Lyon falleció; todos los que lo conocian lo lloraban; los que pertenecian á la Iglesia, los caballeros y señores, aldeanos y pueblo bajo, todos lo sentian, pidiendo al Señor diese á conocer á la provincia, quién era el santo que le habia de suceder. Habia en ese tiempo un justo muy amado de Dios y de los ángeles, que se habia retirado á una gruta en las orillas del Durance, donde pasaba los dias y las noches orando, macerando su cuerpo y cantando las alabanzas del Eterno soberano de tierra y cielo.

Habian transcurrido muchos dias, en que el clero y pueblo imploraban las luces de lo alto, y ninguna revelacion bajaba á la Iglesia, incierta é inquieta, cuando un niño entró una mañana en un salon lleno de personajes grandes y piadosos, y les dijo con un aplomo muy extraño en su edad.

"Se me ha aparecido un ángel, que me ha revelado dónde debeis hallar el obispo que buscáis. No lo hallareis en un palacio ni en un claustro; no conversá con los grandes del mundo, ni con los sabios de las escuelas, sino con Dios y los santos. Venga alguno de vosotros conmigo, y lo conduciré á Eucher, ermitaño de las orillas del Durance."

Las palabras del niño no encontraron incrédulos.

El clero ordenó un ayuno de tres dias, pasado el cual el arcediano y otros muchos personajes de Lyon, salieron de la ciudad guiados por el muchacho, se dirigieron al santo anacoreta, y llevándolo á Lyon, en donde á pesar de su modestia, humildad y amor á la soledad, fué obligado á obedecer al voto general y sentarse en la silla episcopal de esa gran ciudad.

Lo que sucedió á Eucher, pasaba con frecuencia en los primitivos tiempos de la Iglesia; entonces el amor de Dios, conducia al desierto á los ingenios mas grandes y á los hombres de mas mérito; las cavernas de las montañas, la oscuridad de los bosques, los lugares mas salvajes, se habian poblado de personajes santos é ilustres; y en aquellos dias de fé, no era raro ver á emperadores y reyes, dejar sus espléndidas moradas, para ir á consultar á los sabios del cristianismo, que huian de las locuras del mundo.

En los primeros siglos, se hacia la eleccion de los obispos en la plaza pública, en medio de la agitacion popular. Entonces sí que se podia decir que *la voz del pueblo era la voz de Dios*; y era la prueba de ello, la santidad de aquellos obispos.

Hemos tenido muchas veces la dicha de asistir á esta grande é imponente ceremonia, en la cual el catolicismo mezcla á sus majestuosas pompas, las mas sublimes lecciones; y cada vez al salir de la antigua catedral, en que se celebraba la consagracion, conmovido de todo lo que yo habia escuchado, esclamaba con el salmista: ¿Hay algun dios semejante á nuestro Dios? ¿Una majestad comparable á la suya? ¿Un templo tan santo como el del Señor? Y en la emocion que hacia latir mi corazon, yo envidiaba la pluma de Chateaubriand, aquella pluma cortada por un ángel, para que un hombre del mundo pudiese describir como lo ha hecho, las poéticas y sublimes bellezas del cristianismo. ¡Ah! para tales cuadros, sentia yo como ahora siento, toda mi incapacidad. Con este sentimiento de mi insuficiencia, emprendo hablar sobre el ceremonial de la consagracion de un obispo.

Hojeando los antiguos pontificales, encuentro que en muchas provincias eclesiásticas, existia una costumbre antigua y santa: el obispo elegido pasaba el dia anterior á su ordenacion en un monasterio, donde oraba y ayunaba para prepararse á la grande accion del dia siguiente.

Habia en muchas ciudades episcopales, en las cercanías, conventos á propósito para este uso. Los obispos de Chartres hacian ese retiro en el *Priorato del valle*; los de Beauvais en la *abadia de San Luciano*; los obispos de Nantes, antes de entrar á su catedral, se recogian veinticuatro horas en el barrio de San Clemente, no lejos de dos cruces levantadas en el lugar en que San Donaciono y San Rogaciono recibieron la palma del martirio.

"Guillermo Lemaire, hablando de lo que pasó en su ordenacion (1), dice, que el sábado despues de la Ascension, víspera de su consagracion, se retiró segun costumbre de sus antecesores, al monas-

(1) Historia de los Sacramentos.

terio de San Sergio; que la noche en que entró en la grande Iglesia del convento, recitó todo el Salterio solo y en voz baja, ante el altar de la Santísima Virgen. Concluido esto comenzamos, dice, los maitines, que celebramos con nuestros capellanes. Despues de lo cual entramos á nuestra cámara para tomar descanso hasta la mañana siguiente. El dia de hoy, lo mismo que antes, los obispos nombrados van á orar en su retrete, antes de la ordenacion.

En los primeros siglos se hacian las consagraciones el domingo muy de madrugada, y algunas veces aun de noche. Asi es que, San Heriberto, arzobispo de Bolonia, fué consagrado la *Noche Buena*, durante la celebracion de la primera misa. La ordenacion casi siempre se hacia antes del Evangelio.

Es triste la viudez de una iglesia; cuando el pastor falta á un rebaño, las ovejas y los corderos están inquietos. Cuando la muerte quita al padre de entre los hijos, la familia está incompleta y desolada. Otro tanto sucede en una diócesis sin obispo. En el mundo los deseos del verdadero cristiano, encuentran multitud de obstáculos. La impiedad y la intriga han trazado y abierto tantas sendas en esta tierra, en que las miras mas rectas y los deseos mas santos, á menudo se desvian! Para llegar al bien, no se necesita mas que una ruta recta y espaciosa; Satanás la ha llenado de surcos en todas direcciones, en los cuales las mejores intenciones se pierden, y por estas vias la ambicion y la intriga alcanzan su objeto.

Nosotros, pues, que en este momento nos hallamos huérfanos, que acabamos de ver á nuestro obispo (2) descender del trono episcopal, para ir á acostarse y reposar junto á sus antecesores, redoblemos las oraciones para que un justo segun el corazon de Dios, venga hácia nosotros á continuar los planes y proyectos de caridad, piedad y justicia, con que el prelado difunto soñaba en su lecho de agonía.

CONSAGRACION DE UN OBISPO.

Desde la aparicion de la aurora, la campana mayor, esa voz solemne de Nuestra Señora de París, ha hecho desde lo alto de las viejas torres escuchar sus sonidos graves y religiosos á la poblacion que despierta y comienza á moverse. En esta innumerable multitud, que ve nacer un dia mas, ¿consagrará á Dios un solo pensamiento? ¡Ah! nó; á lo mas la mitad del pueblo parisiense comprenderá el toque de la campana que deja volar

(2) Monseñor Essarts, obispo de Blois, muerto en Octubre de 1850.

sus notas por el aire. Esa porcion de habitantes que llamaré la tribu fiel, porque no ha olvidado al Señor y obedece sus leyes, desde que ha escuchado el solemne repique de la Catedral, ha recordado que una solemnidad imponente y magnífica debe verificarse en aquel día, bajo sus bóvedas históricas y ennegrecidas con el humo del incienso que quemaron nuestros padres. Hoy, dice la madre de familia vistiendo á sus hijos, ésta mañana vamos á ver en Nuestra Señora una de las ceremonias mas bellas y majestuosas de nuestra santa religion, la consagracion de un obispo.

El santuario arzobispal, despliega toda su magnificencia en la consagracion de un príncipe de la Iglesia. La estensa nave de la vieja basílica, está ricamente adornada. Todas las columnas están revestidas de tapicería, en que se ven representados los personajes mas ilustres del Antiguo y Nuevo Testamento.

A derecha é izquierda, en los brazos de la cruz latina, se han levantado gradas para que los parientes y amigos del obispo nombrado y los dignatarios de las diferentes administraciones, tomen lugar. También se han preparado las galerías superiores para recibir á la turba, siempre ávida de estos grandes y santos espectáculos.

“La preparacion del lugar en que se hace esta consagracion, consiste principalmente en dos altares, y un trono para el obispo consagrante. Uno de estos altares debe servir para decir la misa y hacer todas las ceremonias de la consagracion; el cual está adornado de una cruz en el centro, y seis candeleros, con seis grandes cirios en que están fijadas las armas del obispo que hace la ceremonia y las del que va á ser consagrado; el otro altar, que es mas pequeño y menos adornado, debe servir solamente al nuevo obispo para revestirse, y decir la parte de la misa que precede al ofertorio. Sobre este pequeño altar, y sobre una credencia que está inmediata, se coloca lo que debe servir para la ceremonia, y todos los adornos de que debe revestirse el que va á ser consagrado.”

Cerca de este altar está colocada otra credencia mas pequeña cubierta de un mantel blanco, sobre el cual están colocados vasos para la ablucion de las manos, despues tiras de lienzo muy fino para cubrir los lugares ungidos, el anillo episcopal con su piedra preciosa, que debe bendecirse antes de entregarse al obispo consagrado, dos grandes panes que deben ser llevados solememente al ofertorio, y dos pequeños barriles plateados y dorados que encierran el vino del altar, y sobre los cuales se vean las armas é insignias del pontífice consagrante y del obispo elegido.

Los que echan en cara al catolicismo el lujo de sus vestidos y el esplendor de sus ceremonias, conocen muy mal la naturaleza del hombre. Ciertamente no se nos debe dar sino lo que es útil; pero para que ésto aproveche á nuestras almas, es menester que nuestros ojos sean cautivados. La mirada tiene su reflejo en el corazón.

Al fin ha sonado la hora: desde la tribuna del pórtico, el órgano ha hecho ya escuchar sus ecos gra-

ves y majestuosos; las miradas de todos los fieles se dirigen hácia la puerta de la sacristía. En esa direccion, sobre las cabezas de la multitud, brilla radiante la cruz roja del cabildo; dos velas de cera, van á derecha é izquierda del signo de la redencion, que avanza con lentitud y majestad. Las alabardas de los suizos golpean sobre las losas, y los infantes del coro los siguen, y tras ellos los jóvenes de carrera eclesiástica, ó colegiales, despues los canónigos, arciprestes, vicarios, y todas las notabilidades del santuario; y para terminar la solemne procesion, seis ú ocho obispos y arzobispos, con mitra de oro en la frente, y cruz pastoral en la mano; en el centro de los cuales marcha el nuevo elegido vestido de blanco, llevando un bonete cuadrado, pues todavía la mitra no puede adornar su frente. En fin, se presenta el arzobispo consagrante. A medida que avanza, la turba cristiana se hinca y se inclina para recibir su bendicion.

Estando lleno el espacio reservado frente al balaustrado del santuario, cada uno se dirige al lugar que de antemano se le ha indicado por los maestros de ceremonias.

Sube al altar el obispo consagrante, se arrodilla y ora en silencio; al cabo de algunos instantes se levanta y se sienta en el sillón que se le ha preparado. Los cantores entonan el salmo: *Quam dilecta tabernacula tua, Domine*. Conducido por los dos prelados asistentes, se presenta el elegido al consagrante. Los asistentes llevan la mitra y la capa; el que va á recibir la unción, solamente lleva bonete; lo quita de su frente cuando llega junto al pontífice, á la vez que los obispos que lo asisten, solo inclinan sus cabezas mitradas.

Todos están sentados ante el arzobispo, supremo oficiante de la consagracion; por algunos instantes guardan silencio; le levantan el elegido y sus dos asistentes, todos con la cabeza descubierta, y el mas anciano de estos dice al consagrante.

Reverendísimo padre; nuestra madre la Santa Iglesia católica, pide os digneis conferir la carga del obispado, al sacerdote que os presentamos.

Dice el oficiante: ¿Teneis la bula apostólica? El mas anciano de los asistentes responde: La tenemos. Que se lea, agrega el pontífice.

Entonces el notario del consagrante, recibe el mandato apostólico, lo lee desde el primero hasta el último renglon; y terminada la lectura, dice el consagrante: *Demos gracias á Dios*.

Despues de esto el elegido, que durante la lectura ha estado sentado lo mismo que sus asistentes, se levanta y va solo, á arrodillarse ante el arzobispo, y hacer en sus manos el juramento de permanecer, con la gracia de Dios, fiel á las leyes, á los decretos de la Iglesia y á todos los deberes del obispado.

Durante la lectura de la fórmula del juramento, el pontífice consagrante tiene en sus dos manos, el libro de los santos Evangelios abierto sobre sus rodillas, y el elegido poniendo la mano derecha sobre las sagradas páginas, pronuncia en alta voz estas palabras: *Así me ayuden Dios y los santos Evangelios*.

Demos gracias al Señor, agrega el pontífice.

Pregunta: ¿Queréis mostrar en todo fidelidad, sumision y obediencia, segun la autoridad de los santos cánones, á San Pedro apóstol á quien Dios ha dado poder de atar y desatar; á su vicario nuestro Santísimo Padre el papa N., y á sus sucesores los pontífices romanos?

Respuesta: Lo quiero.

Una corta allocucion del consagrante, recuerda al elegido, que segun las reglas que han dejado los padres de la Iglesia, el que va á recibir el cargo de obispo debe ser escaminado é interrogado con mucha caridad sobre su creencia, respecto á la Santísima Trinidad, y acerca de otros varios artículos de disciplina y costumbres que convienen á su estado. Esta práctica tan sabia, no es solamente conforme á aquellas palabras del apóstol: **NO IMPONGAIS LAS MANOS A NADIE CON PRECIPITACION**; sino tambien sirve para instruir al que debe ser ordenado acerca de la manera con que debe conducirse cuando llegue al puesto elevado á que ha sido llamado.

Despues de estas palabras, dirigidas paternalmente al elegido, sigue una serie de preguntas relativas á la disciplina y preceptos de la Iglesia; á cada una de las cuales el elegido responde: **LO QUIERO, VOLO**.

Despues de estas preguntas siguen las que versan sobre los dogmas de fé. A estas responde el obispo nombrado: **CREDO, sí creo**.

La última de las preguntas es:

“¿Creéis que el Señor Dios Todopoderoso es el único autor del antiguo y nuevo testamento, de la ley y de los escritos de los profetas y de los apóstoles?”

Quando el elegido responde: **Creo**,

El consagrante dice:

“Aumente el Señor Todopoderoso en vos esta fé, mi querido hermano, muy amado en Jesucristo, á fin de que lleguéis á la verdadera y eterna felicidad.”

Todos responden: **Amen**.

Entonces los obispos asistentes, se levantan con el que debe ser consagrado, y lo conducen hácia el consagrante cuya mano besa, poniéndose de rodillas ante él.

Al principio de la misa, el que va á ser consagrado vuelve al pequeño altar, se le quita la capa, y se le reviste con los ornamentos episcopales; se le pone al cuello la cruz pastoral, estendiendo la estola para dejarla colgando de los dos lados; tambien se le pone la túnica, la dalmática, la casulla, y en el brazo el manípulo.

Así revestido se aprocsima al altar entre los dos obispos que lo asisten, diciendo las oraciones de costumbre, *Aufer á nobis, etc. Oramus te Domine etc.*, y sin dejar el medio del altar dice la misa del día lo mismo que en su lugar hace el obispo consagrante, hasta despues del *gradual* y su versículo. Nada hay de particular en esta misa, á no ser la oracion siguiente:

“Escuchad, Dios Todopoderoso, nuestras humildes súplicas, á fin de que, en todo lo que vamos á hacer, y que es tan grande, la debilidad de nuestro

ministerio esté sostenida por la eficacia de vuestra virtud. Por nuestro Señor Jesucristo.”

“Así sea.”

Entonces se levanta el consagrante de su trono, y va á sentarse en un sillón ante el altar, en que el obispo elegido es conducido por los dos asistentes. El pontífice le dirige estas palabras: Un obispo debe juzgar, interpretar, ofrecer, bautizar y confirmar.

Despues parado, con la mitra en la cabeza y la cruz en la mano, prosigue en alta voz, dirigiéndose á todo lo que le rodea:

“Roguemos, hermanos carísimos, que la bondad del Dios Todopoderoso, quiera para ventaja de su Iglesia derramar sobre este escogido que va á ser ordenado obispo, la abundancia de sus gracias. Por Jesucristo Nuestro Señor. Amen.”

Despues de esta oracion, el consagrante y los obispos asistentes se ponen de rodillas, y el que va á ser consagrado postra el rostro en tierra frente al altar, y así permanece postrado durante el canto ó recitacion de las letanías de los Santos.

Concluidas estas, en aquellas palabras: “Os suplicamos, Señor, concedais eterno descanso á todos los fieles difuntos,” se levanta el consagrante, toma su cruz é inclinándose sobre el elegido que aun queda postrado, le bendice tres veces diciendo:

“Os suplicamos bendigais á este escogido.”

“Oyenos Señor.”

“Os suplicamos lo bendigais y santifiquéis.”

“Oyenos Señor.”

“Os suplicamos lo bendigais, santifiquéis y consagreis.”

“Oyenos Señor.”

Los dos prelados asistentes, con mitra en la cabeza, han permanecido de rodillas durante estas bendiciones; pronuncian las mismas palabras y dan las mismas bendiciones que el obispo consagrante. Continúan las letanías.

“Os suplicamos escuchéis nuestros votos, Hijo de Dios. “Oyenos Señor.” Despues se repite tres veces. “Cordero de Dios, que borras los pecados del mundo. “Perdónanos, Señor.”

Todos se levantan y el oficiante parado delante del sillón, el que va á ser consagrado se pone de rodillas á sus piés. El consagrante ayudado de los dos asistentes, le pone el libro de los Evangelios abierto en sus dos espaldas, y le hace apoyar un pié sobre su cabeza. Permanece el libro en este estado sostenido por uno de los capellanes, hasta que se le quita para que lo toque, cuando sus manos han recibido ya la unción. Sin embargo, el consagrante y los dos asistentes, tocan con sus dos manos la cabeza del que va á ser consagrado; éste permaneciendo siempre de rodillas, dicen los tres prelados á la vez.

Accipe Spiritum Sanctum; recibid el Espíritu-Santo.

Despues de lo cual el consagrante dejando su mitra y permaneciendo en pié, recita una oracion, que siento no poder insertarla entera por ser larga, y que termina con estas palabras: “Señor, haced que vuestro siervo escogido para el supremo sacerdocio, ten-

ga en él, lo que constituye el adorno de las almas, y que estaba figurado en los vestidos preciosos de la ley antigua; haced que brille la santidad en las costumbres y acciones de este sacerdote de la nueva alianza. Cumplid en él el fin de vuestro ministerio, y habiéndole revestido de todos los adornos de vuestra gloria, santificado con la efusión de nuestra unción celestial."

Después de estas palabras, se ata la cabeza del consagrado, con una tira de tela blanca que se pone al rededor de su tonsura por la unción que se le va á hacer, para impedir que el santo crisma corra sobre los cabellos.

En este instante, poniéndose de rodillas el que consagra, entona el *Veni Creator*. Después de la primera estrofa, mientras el coro continúa el himno al Espíritu Santo, se sienta en su sitial, recibe la mitra, teniendo el gremial estendido sobre él, mete el dedo pulgar de la mano derecha en el santo crisma que se le presenta, entonces de rodillas el nuevo obispo, aquel le unta la cabeza en derredor de la corona, y formando una cruz, y estendiendo la unción á todo el resto de su parte rasurada, dice:

"Que vuestra cabeza sea ungida y consagrada en el orden de los obispos, por la bendición celestial."

El consagrante se enjuga las manos, y ruega en alta voz: "Que esta unción, oh Señor, se reparta abundantemente sobre la cabeza; que destile como la de Aaron sobre sus vestidos; que descienda hasta las estremidades del cuerpo; que sea señal de la efusión abundante de la virtud de vuestro espíritu; que le llene por dentro y le cubra por fuera todo entero. Que se vea brillar en él una fe firme y constante, una caridad pura, una paz sincera: haced por vuestra gracia que sus pies sean como aquellos de que está escrito: "sean bellos los pies de los que anuncian por todas partes el Evangelio de paz, que proclaman los únicos verdaderos bienes..."

"Aquel que osare maldecirlo, sea maldito él mismo, y aquel que lo bendiga, sea colmado de bendiciones; sea un servidor sabio y fiel, establecido por vos, Señor, sobre vuestra familia, para distribuirles en su debido tiempo el alimento de que tengan necesidad, y volver á todos los hombres perfectos..."

"No ponga las tinieblas en el lugar de la luz; ni dé al mal el nombre del bien, ó al bien el nombre del mal... Seais vos mismo, Señor, quien le establezca en la cátedra del episcopado, para gobernar vuestra Iglesia y el pueblo que se le confía. Sed vos mismo su autoridad, su potestad y su apoyo: multiplicad sobre él vuestros dones y bendiciones, á fin de que, lleno de piedad por vuestra gracia, sea propio para implorarla en todo tiempo con fruto." Mientras el coro canta el salmo: *Ecce quam bonum et quam jucundum habitare fratres in unum*, el consagrado, de rodillas ante el consagrante y con las dos manos abiertas una cerca de otra, el pontífice oficiante, moja el dedo pulgar en el santo crisma, se las unta en forma de cruz, y dice: "Sean ungidas estas manos de este aceite santificado, y de este santo crisma; y que por una unción tan eficaz,

como la que David recibió de Samuel, cuando fué consagrado rey y profeta, sean ellas consagradas de la misma manera."

El consagrado junta sus dos manos y las coloca de este modo sobre el lienzo que pende de su cuello, á manera de banda. El consagrante, después de haber enjugado su pulgar con la miga de pan, se levanta para bendecir el báculo, diciendo: "Oh Dios, que sois el apoyo de la debilidad humana! bendecid este baston pastoral, y haced por vuestra misericordia, que lo que él significa se cumpla interiormente en la vida y costumbres de vuestro servidor; por Jesucristo nuestro Señor."

Entregándole el cayado, le dice: "Recibid este baston en señal del oficio de pastor que vais á ejercer. Juntad á la severidad necesaria para corregir los vicios, la dulzura que os haga juzgar y castigar sin emoción. Tratad de entretener dulcemente en las prácticas de las virtudes los espíritus que vais á gobernar; pero con esa conducta pacible, no os apartéis jamás de lo que la exacta disciplina pueda exigir de vos."

Y dando al nuevo obispo el anillo pastoral, añade: "Recibid este anillo, como una señal de la fidelidad inviolable que debéis guardar á la Esposa de Dios, la santa Iglesia."

Toma el libro de los santos Evangelios, que se ha tenido abierto hasta allí sobre las espaldas y cabeza del consagrado, quien lo toca, mientras dice el consagrante: "Recibid el Evangelio, é id á anunciarlo al pueblo que os esté encargado; porque Dios, que os lo previene, tiene potestad de daros todas las gracias de que podeis tener necesidad para hacerlo con fruto; quien vive y reina por todos los siglos de los siglos."

En fin, el consagrante dá á besar la paz al consagrado, diciéndole: *Pax tibi*. Los obispos asistentes la dan también, repitiendo el mismo saludo. Después el oficiante y el nuevo obispo vuelven cada uno á su altar, y siguen la misa, desde donde la habian dejado. Al ofertorio, el consagrante, sentado con su mitra puesta, recibe al consagrado, que viene entre los dos obispos, y se pone de rodillas presentándole por ofrenda dos cirios encendidos con dos panes, de los cuales uno es dorado y otro plateado: además, dos barriles con los mismos adornos, que así como los dos panes y las dos velas, llevan los escudos del consagrante y el consagrado.

Después de la ofrenda, el consagrante continúa su misa. El consagrado se viene á colocar al lado de la epístola entre los dos asistentes. Su misal está abierto ante él, y dice todo el resto de la misa al mismo tiempo que el consagrante. Este pronuncia en alta voz lo que de ordinario se dice bajo, para que el nuevo obispo pueda oírlo y seguirlo. Comienzan juntos esta oración, que se hace al ofrecer el pan: *Suscipe, sancte Pater omnipotens, &c.* Cuando deben comulgar los dos, no hay sobre la patena mas que una hostia, que se dividirá entre ellos. En cuanto al cáliz, se pone mas vino que de ordinario, para que el consagrado pueda tomar su parte.

El obispo consagrante y el nuevo electo dicen las mismas oraciones; solamente en la *secrta* dice el

consagrado: "Recibid, Señor, la ofrenda que os haremos, POR MI, vuestro siervo, y conservad EN MI vuestros dones por vuestra divina misericordia."

Habiendo comulgado el consagrante, y recibido el Cuerpo de nuestro Señor Jesucristo, tomando una parte de la hostia partida, toma también una porción de Sangre con la partícula de la hostia, que está en el cáliz; dá la comunión al elegido, que está de pie ante él, inclinándose un poco para recibir el Cuerpo de nuestro Señor, y en seguida lo que resta de la Sangre en el cáliz. Acabadas las oraciones de la misa, se sienta el consagrante en su sillón, y el consagrado viene á ponerse de rodillas ante él, teniendo su bonete sobre la cabeza, para recibir la mitra, que le está preparada y bendecida de antemano. Poniéndose la sobre su frente, recita el que consagra esta oración: "Ponemos, Señor, sobre la cabeza de este obispo, que debe combatir por vos, un casco de defensa y de salud, á fin de que por este ornamento de su rostro, y esta armadura de su cabeza, que representa la doble fuerza que debe sacar de uno y otro Testamento, aparezca formidable á los enemigos de la verdad, y los sobrepuje por la gracia que le concederéis; vos que nos habeis figurado todas estas cosas con los rayos de luz de que adornásteis el rostro de Moisés, vuestro siervo, durante el diálogo que tuvisteis con él sobre la santa montaña, y por la tiara que mandásteis poner sobre la cabeza de vuestro pontífice Aaron: os lo pedimos por nuestro Señor Jesucristo."

Después de esta plegaria, el consagrante y el mas antiguo de los prelados asistentes, toman de la mano al nuevo obispo, y lo hacen sentar en la silla arrimada al altar, dominando á la multitud. Cuando ha tomado este puesto el consagrado, el que acaba de ungirlo le pone el báculo en la mano izquierda: después va á colocarse cerca del altar, del lado del Evangelio, y allí, de pie y sin mitra, entona el cántico de alegría y de acción de gracias, el *Te Deum laudamus*; y permanece así, mientras el coro canta el himno sagrado. En este instante, que es el fin de la ceremonia, las campanas se lanzan á vuelo: los sonidos potentes del órgano, resonando bajo las bóvedas, se mezclan al metal de las viejas torres, y á las voces de los sacerdotes. La alegría de las cosas santas llena entonces todas las almas cristianas. El consagrado, el elegido del Señor, desciende del altar, avanza con toda la majestad episcopal; sus dos asistentes marchan á su lado, puesta la mitra y báculo en mano, y los tres, hien las olas de fieles; pero á aquel que acaba de recibir la unción, aquel que todavía está palpitando, es á quien pertenece bendecir al pueblo. Así se ve bajo sus manos, á derecha é izquierda, doblarse las rodillas é inclinarse las cabezas. Allí son las primeras bendiciones del príncipe de la Iglesia: ellas traen la dicha.

La última consagración de obispo á que he asistido fué la de monseñor Dreux-Brézé, obispo actual de Moulins: monseñor Sibour, arzobispo de París, era el consagrante... A la derecha del altar, en una tribuna preparada para la familia del obispo nombrado, se me habia hecho notar á la señora

Marquesa de Brézé, piadosa y caritativa octogenaria, madre del elegido. Ella fué antes que todas, la que recibió la primera de las bendiciones episcopales dadas por su hijo: esta verdadera madre, según el corazón de Dios, que habia llorado mucho sobre los féretros de dos hijos... lloraba también allí; pero esta vez era de alegría y de dicha.

"Como el sacerdocio es una cosa divina, dice el concilio de Trento, á fin de que fuese ejercido con mas dignidad y respeto, era conveniente, que para el buen gobierno de la Iglesia hubiese muchas y diversas órdenes de ministros, que por el deber de sus encargos, ayudasen á los sacerdotes á desempeñar sus funciones, y que habiendo sido primeramente ordenados de la tonsura clerical, subiesen por diferentes órdenes, como por otros tantos grados, á la cumbre del santuario."

Volvamos á descender de las alturas en que nos hemos colocado por algunos instantes, mostrando á los obispos en el escalon supremo de la gerarquía eclesiástica, y tratemos de describir cada una de las gradaciones del sacramento del Orden.

El primer paso hácia el santuario, es la recepción de la tonsura. En los primeros siglos no habia distinción alguna entre clérigos y seculares, en cuanto á cabellos, trage y todo lo exterior: hubiera sido esponerse sin necesidad á la persecución, que era siempre mucho mas cruel hácia los clérigos, que contra los simples fieles (1): todos, por otra parte, tenían un exterior tan modesto, cual convenia á los clérigos. Después que la Iglesia estuvo en libertad, guardaron el trage ordinario de los romanos, que vestían toga ó ropa talar flotante, llevando los cabellos cortos y rasurada la barba. Los bárbaros, que arruinaron el imperio romano, eran de una figura diferente: trages cortos y ceñidos, cabellos muy largos, algunos sin barba, y otros la dejaban crecer. Los romanos les tenían horror, y como en los tiempos en que estos bárbaros se establecieron, todos los clérigos eran romanos, conservaron su trage, que vino á ser el hábito clerical. De manera, que luego que los francos y otros bárbaros se hicieron cristianos, los que entraban en el clero se hacían cortar los cabellos y tomaban los trages largos. Por el mismo tiempo, muchos de los obispos y otros clérigos tomaron el hábito que los monjes llevaban entonces, como el mas conforme á la modestia cristiana. De allí viene, según se cree, la corona clerical, porque habia monjes que se rasuraban la parte superior de la cabeza, para hacerse despreciables á los mundanos. Sea de ello lo que fuere, la corona ó tonsura estaba ya en uso, desde en vida de Beda, en el octavo siglo.

Otros pretenden, y entre ellos algunos padres de la Iglesia, que esta costumbre remonta hasta los apóstoles, y que San Pedro la estableció, en memoria de la corona de espinas de nuestro Señor Jesucristo. Yo acepto mejor esta piadosa creencia, que la fria erudición de Fleury.

La tonsura enseña y demuestra, que el que la ha

(1) Fleury. Instit. de Derec. Canon.

recibido, pertenece á Dios y ya no al mundo: es un signo de modestia y de renuncia al siglo y sus vanidades. Se puede ver en los pontificales el ceremonial que se guarda, cuando el obispo confiere este primer grado á los jóvenes que quieren consagrarse al servicio de los altares.

El tonsurado pertenece á Dios. Recibiendo la tonsura, ha recibido la señal de esa servidumbre santa, que vale mas que todas las libertades que el mundo pretende dar á los hombres.

Hé aquí los diferentes grados que conducen al altar. *Cuatro órdenes menores:* que son, portero, lector, exorcista y acólito.—*Tres mayores:* sub-diaconado, diaconado y sacerdocio.

“Todos estos órdenes, dice Santo Tomás, se refieren á la Eucaristía, y su dignidad les viene de la relación que tienen con este adorable sacramento.”

En los primeros tiempos eran todos llamados indistintamente *sagrados*. En el día no se dá este epíteto mas que á los tres órdenes mayores, á saber: sacerdocio, diaconado, y sub-diaconado, que no era anteriormente mas que un *orden inferior*: el que reputado después orden mayor, ha sido honrado con el título de *orden sagrado*.

En el libro de la Institucion canónica, Fleury hace conocer cuál era el empleo de cada uno de estos siete grados. Los porteros eran mas necesarios cuando no todo el mundo era cristiano, á fin de impedir á los paganos la entrada en la iglesia á perturbar el oficio y profanar los misterios.

En el interior de la casa de Dios, mantenian á cada uno en su lugar, velaban que cada cual guardase su rango, el pueblo separado del clero, los hombres de las mujeres, y que todos guardasen silencio. Las funciones marcadas en la instruccion que les da el obispo al ordenarlos, son distinguir las horas y las oraciones, guardar fielmente el lugar santo, tener cuidado de que nada se pierda, abrir y cerrar á ciertas horas la iglesia y la sacristía, y tener abierto el libro al que predica. Dándoles las llaves, les dice el obispo: “*Gobernaos, como que debéis dar cuenta á Dios de las cosas que se abren con estas llaves.*”

Los porteros regularmente eran de edad madura, y se les encargaba el adorno y decoro de la iglesia. Los que habian obtenido este empleo, ordinariamente envejecian y morian en él. Algunos, sin embargo, llegaban á ser acólitos y aun diaconos. Estas plazas se daban sobre todo á los legos de una piedad reconocida.

Los lectores eran en general mas jóvenes que los porteros; era el primer orden dado á los jóvenes que se consagraban al servicio de Dios. Servian frecuentemente de secretarios á los obispos y á los sacerdotes, instruyéndose, leyendo y escribiendo con ellos. Tambien se escogian los que eran mas propios para el estudio.

Su funcion era necesaria, porque siempre se leian en las iglesias las escrituras del Antiguo y Nuevo Testamento, sea en la misa, ó en los otros sacrificios, especialmente el de la noche.

El concilio de Cartago previene: que deban leer por el sacerdote que predica, cantar las lecciones,

y bendecir el pan y los frutos. En su ordenacion, el obispo les exhorta á *leer fielmente y practicar lo que leyesen*, y los coloca en el rango de los que difundan la palabra de Dios.

La funcion de exorcista no pertenece hoy mas que al sacerdote; que no la ejerce, sino en circunstancias graves y públicas, por comision especial del obispo.

Los acólitos eran jóvenes de veinte á veinticinco años, destinados á seguir y acompañar siempre al obispo. Llevaban sus mensajes con los eulogios y alguna vez la sagrada Eucaristía. Servian en el altar y antes que hubiese sub-diaconos, los acólitos los reemplazaban en el santuario.

“Cuando el obispo ordena el acólito, dice un decreto del concilio de Cartago, es preciso le enseñe de qué manera debe conducirse en su empleo, que reciba el candelero con un cirio de manos del arcidiacono, á fin de que sepa que está destinado á encender los cirios del altar, y que reciba una vinajera vacía para echar allí el vino que debe ser consagrado para la Eucaristía.”

Hoy los niños son quienes llenan en nuestras iglesias las funciones de acólitos. . . . A pesar de mi respeto á los usos de lo pasado, diré, que me place mas ver á la infancia servir al sacerdote en el altar, que á hombres de veinte ó veinticinco años. La infancia es mas graciosa y mas pura: el alba blanca y el ceñidor rojo ó azul caen mejor á los jóvenes que á hombres formados; y cuando llega la *fiesta del Corpus*, la corona de flores les viene á embellecer y los hace parecer unos ángeles.

Desde que el sub-diaconado ha sido considerado como uno de los *órdenes mayores*, recibe el sub-diacono de manos del obispo en su ordenacion, la patena y el cáliz vacío, la vinajera con agua, la servilleta y la toalla.

Leyendo todos estos detalles, que algunos espíritus soberbios mirarán como minuciosos, y que contrastan sensiblemente con la grandeza de nuestro culto (1), no podemos creer que los santos que han gobernado la Iglesia en los primeros siglos descendiesen sin objeto á estas pequenezas, reglamentando con tanto cuidado todas estas exterioridades. Habian comprendido la importancia de todo lo que hiera nuestros sentidos, como la belleza de los lugares, el orden de las asambleas, el silencio, el canto y la majestad de las ceremonias. Todo esto ayuda aun á los espíritus mas elevados á remontarse hácia Dios.

Cuando vemos que el templo de Jerusalem estaba servido por millares de levitas, debiéramos sonrojarnos de ver nuestras iglesias, donde reposa el Cuerpo de Jesucristo, desnudas de ornamentos y con un personal tan reducido.

El jefe supremo de la gerarquía cristiana, el que se sienta sobre la roca de la Iglesia, que todas las furias del infierno no podrán quebrantar, es el Vicario de Jesucristo.

Después del Pontífice de los pontífices, el padre de los fieles, el soberano pastor de las almas, vie-

(1) Fleury.

nen los metropolitanos y los arzobispos. El concilio de Nicea habla de esta dignidad como de un grado gerárquico establecido desde mucho tiempo. San Atanasio y San Agustin citan los metropolitanos antes de esa asamblea. Desde el siglo II, Leon está calificada en los actos civiles como *ciudad metropolitana*, es decir, *ciudad madre*; y San Ireneo, su obispo, gobernó toda la iglesia de los Galos. Algunos autores han pensado que los arzobispos tambien son de institucion apostólica. En efecto, Eusebio y San Juan Crisóstomo, dicen que Tito, obispo, tenia la superintendencia de los obispados de Creta.

Varian las opiniones sobre el origen del patriarcado; pero parece cierto que no fué establecido sino por los años de 385, cuatro despues del concilio general de Constantinopla.

El nombre de cardenal se daba entonces indistintamente á los primeros dignatarios de la Iglesia (1). Como estos jefes del clero eran ordinariamente hombres distinguidos por su ciencia y sus virtudes, los papas los consultaban en los asuntos delicados. Vinieron á ser poco á poco el consejo permanente de la santa Sede, y el derecho de eleccion del soberano Pontífice pasó á su seno cuando la comunión cristiana se hizo demasiado numerosa para poder ser reunida.

Las mismas razones que habian motivado la dignidad y empleo de los cardenales cerca de los soberanos pontífices, hicieron nacer la institucion de los canónigos cerca de los obispos: era cierto número de sacerdotes escogidos el que componia la corte y el consejo episcopal. Los trabajos de la diócesis aumentaban, y estos sacerdotes se vieron obligados á partir el trabajo: unos fueron llamados vicarios, otros grandes vicarios y archiprestes. El consejo tomó el nombre de *capitulo*, y los consejeros el de *canónigos* (2).

Simple sacerdotes, y alguna vez legos nombrados por los obispos como superiores de las comunidades religiosas, fueron el origen de la orden de los *abades*, dignidad que frecuentemente fué elevada mucho y á veces descendió. . . . pero que en la historia del mundo católico, atestigua con numerosos beneficios é inmensos trabajos el bien que la religion ha hecho en todas las partes que ha plantado la cruz.

Aumentándose la familia cristiana, fué preciso acrecer el número de guías espirituales; fué preciso dar nuevos pastores á los rebaños esparcidos en los campos. Los obispados eran demasiado vastos para que los sacerdotes de las metrópolis pudiesen llevar los socorros de la religion á las estremidades de la diócesis; y se erigieron iglesias en las villas y aldeas.

A estas rústicas casas de piedad fué preciso darles sirvientes. Al cabo de algun tiempo, estos sacerdotes tomaron el nombre de *curas* (de la palabra latina *cura*, que significa *cuidado, fatiga*) (3). “Este nombre no es de orgullo, y bien se le podia

(1) Hericourt.—Leyes eclesiásticas de Francia.

(2) *Genio del cristianismo*. Cap. de la gerarquía.

(3) Chateaubriand.

perdonar, porque llenaron cumplidamente sus funciones.”

Cerca del cura, para orar con él, para ayudar en la administracion de los sacramentos y partir el peso del ministerio, un joven sacerdote, que sale del Seminario, habita bajo el mismo techo que el pastor; entra en la milicia sagrada sabiendo el griego y el latin, filosofia, teología y las santas escrituras; pero no conoce aún la perversidad de los hombres; inocente, ignora las intrigas; piadoso y puro, es extraño á la impureza que mancha y degrada las almas; es, pues, una buena escuela para el levita de veinticinco años esta comunidad de vida con el venerable dean del santuario. . . .

Los *beneficios* deben su origen á los agapas, ó comidas de los primeros cristianos. Se sabe que en estas reuniones cada familia, segun sus medios, llevaba su ofrenda para el mantenimiento del obispo, del sacerdote y del diacono, y su limosna para el socorro de los enfermos y de los extranjeros.

Mas tarde las obligaciones cambiaron de naturaleza; los hombres ricos, los príncipes, los reyes, las ciudades enteras, hicieron dones de tierras y de rentas fijas á la Iglesia para reemplazar las limosnas inciertas.

Sabido es lo que se hizo, hace mas de medio siglo, con esos bienes donados y legados por nuestros antecesores en la fé, á los ministros de los altares, á los bienhechores de los pobres: acordándose uno de este gran despojo nacional, y recapitulando todos los males que le han seguido, se queda convencido de que la injusticia no aprovecha á las naciones mas que á los particulares.

“No olvidemos en el desarrollo de esta gerarquía, (dice Mr. de Chateaubriand) que San Gerónimo compara á la de los ángeles, no olvidemos, pues, las vias por donde la cristiandad señalaba su sabiduría y su fuerza; queremos hablar de los concilios y de las persecuciones.” “Traed á vuestra memoria, dice La Bruyère, recordad ese grande y primer concilio, donde los padres que lo componian eran notables cada uno por algun miembro mutilado, ó por las cicatrices que les habian quedado de los furiosos de la persecucion: parecian tener con sus llagas el derecho de sentarse en esta asamblea general de toda la Iglesia. . . .

“Nada está mas sabiamente ordenado, que esos círculos, que partiendo desde el último chantage de aldea, van elevándose hasta el trono pontifical, que los sostiene y corona.

“La Iglesia por estos diferentes grados ocurría tambien á nuestras diferentes necesidades: artes, letras, ciencias, legislación, política, instituciones literarias, civiles y religiosas, fundaciones para la humanidad, todos estos magníficos beneficios nos llegaban por los rangos superiores de la gerarquía, mientras que las minuciosidades de la caridad y de la moral eran esparcidos por los grados inferiores, entre las últimas clases del pueblo.

“Si en otros días la Iglesia fué pobre desde el último escalon hasta el primero, fué porque la cristiandad era indigente como ella. Pero no se podia escisir que el clero permaneciese pobre cuando la

opulencia se desplegaba á su derredor; habria perdido entonces toda su consideracion, y ciertas clases de la sociedad, con las cuales no habria podido vivir, se hubieran sustraído á su autoridad moral. El gefe de la Iglesia era príncipe para poder hablar á los príncipes; los obispos, marchando á la par con los grandes, osan instruirlos en sus deberes; los sacerdotes seculares y regulares, se mezclaban á los ricos, cuyas costumbres purificaban; y el simple cura se aproximaba á los pobres, que está destinado á aliviar con sus beneficios y á consolar con su ejemplo.

“No es porque el mas indigente de los sacerdotes, no pueda tambien instruir á los grandes del mundo y llamarlos á la virtud; sino que no puede seguirlos en las costumbres de su vida; como el alto clero, ni dirigirles un lenguaje que ellos entiendan perfectamente. La consideracion misma de que gozaban, provenia en parte de las órdenes superiores de la Iglesia. Conviene, por otra parte, á las grandes poblaciones tener un culto esplendoroso, y altares en que el infortunado pueda encontrar los socorros.

“Por lo demas, nada hay tan bello en la historia de las instituciones civiles y religiosas, como lo que concierne á la autoridad, los deberes y la investidura de los prelados entre los cristianos. Se ve la perfecta imagen del pastor de los pueblos y del ministro de los altares. A ninguna clase de hombres ha honrado tanto la humanidad como á la de los obispos, y no se podrian encontrar en otras partes mas virtudes, grandeza y genio.

“El gefe apostólico debía ser sin defecto alguno corporal, y parecido al sacerdote sin mancha, que Platon pinta en sus leyes. Escogido en la asamblea del pueblo, quizá era el único magistrado legal que existia en los tiempos bárbaros. Como este encargo envolvía una responsabilidad inmensa, tanto en esta vida como en la otra, estaba muy lejos de ser ambicionada. Los Basilio y los Ambrosios huían al desierto temerosos de ser elevados á una dignidad, cuyos deberes espantaban á su virtud.

“No solamente estaba el obispo obligado á llenar sus funciones religiosas, como enseñar la moral, administrar los sacramentos y ordenar los sacerdotes, sino que aun el peso de las leyes civiles y los debates políticos recaían sobre él. Ya un príncipe que apaciguar, una guerra que evitar, ó una ciudad que defender. El obispo de Paris, en el IX siglo, salvando por su valor la capital de la Francia, impidió tal vez á la Francia entera caer bajo el yugo de los normandos.”

He hablado del ceremonial observado en los cuatro órdenes menores; llevo ahora al de los mayores y sagrados. El primero es el sub-diaconado, al cual se ha dado despues tal rango, que la Iglesia le ha unido el voto de castidad. Antes que esta virtud de los ángeles fuese encomendada al sub-diacono, estaba colocado entre las órdenes menores. Las ocupaciones del sub-diacono son, adornar los altares, preparar los ornamentos, los vasos sagrados, el pan, el vino y el agua del adorable sacrificio. Es el que vigila el fuego sagrado, cuida del incienso, y de la

lámpara que brilla dia y noche ante el tabernáculo.

En las fiestas solemnes, viste el alba de lino fino, y dalmática, y canta la epístola; lleva y tiene abierto el libro de los Evangelios, mientras el diácono proclama los milagros, las parábolas y la manse-dumbre del Divino Salvador.

Cantado el Evangelio, el sub-diacono presenta el libro sagrado al oficiante, que lo besa con respeto. Es tambien el que dá á lavar al sacerdote antes del ofertorio, y el que le coloca sobre el altar, el cáliz y la patena, el que purifica los palios y los corporales; semejantes oficios no pueden ser confiados sino á manos puras y castas.

Nada mas digno del pincel de un gran pintor, y mas conmovedor para los fieles, que esos jóvenes, cuyos estudios sagrados del Seminario han prolongado la adolescencia; nada mas admirable para nosotros, que verlos á todos, alineados ante el prelado consagrante. Están de pié, en la actitud de hombres dispuestos á partir, sobre todo, á donde la voluntad de Dios y sus superiores los manden: quieren renunciar para siempre al mundo y á sus seducciones; y en la edad en que todas las pasiones hierven todavía, quieren hacer el voto de vencerlas con la ayuda de la gracia sacramental, que están próximos á recibir.

Vestidos de alba blanca, símbolo de pureza, tienen cubierta su cabeza con el amito, emblema de perfeccion, que cayendo sobre sus frentes, los defiende de toda distraccion; un cordón anudado ciñe sus riñones, es el signo de la castidad; sobre su brazo izquierdo llevan una túnica, en testimonio de la alegría de su corazón; y tienen en la mano el manipulo, recordándoles el trabajo que deben llevar en su santa carrera, y en la otra un cirio encendido, para atestiguar su fe y su caridad. Así preparados, y por decirlo así, armados contra el enemigo común, esperan en silencio el momento en que serán filiados en la milicia del Señor.

La religion católica, que jamas piensa en traicionar á los que se le quieren consagrar, se precave contra el entusiasmo de los jóvenes candidatos que vienen ante el obispo. Con su paternidad espiritual, el prelado les hace oír su voz y les dice: “Mis caros hijos: os presentais para recibir el sub-diaconado: antes de ligaros, pensad con atencion, el pesado fardo con que pedís ser cargados. Teneis todavía vuestra libertad, usadla; todavía os es permitido pasar á una vida secular. Pero si recibís este orden, no podreis en lo sucesivo cambiar vuestra determinacion; os será preciso pertenecer siempre á Dios, y servirlo. Servirle, ciertamente, es reinar, guardar la castidad es estar siempre prontos para el ministerio de la Iglesia. . . . Mis caros hijos. . . es tiempo todavía. . . reflexionad. . . . Empero, si perseverais en vuestra resolucion, venid.”

Despues de haber oido estas palabras paternales, si los aspirantes persisten en la resolucion de consagrarse á Dios; si sienten la fuerza y valor para romper con la sociedad y sus seducciones, dan un paso adelante. . . . paso decisivo y sin retorno, que

pone entre ellos y el mundo un abismo! Entonces, para demostrar que han muerto para el siglo y sus pompas, se postran todos contra las gradas del santuario, diciendo un eterno adios á esa tierra que desdeñan, á sus parientes, á los amigos que han amado, y por los que rogarán mejor cuando tengan el derecho de subir al altar.

Tendidos sobre el pavimento del templo, permanecen silenciosos, inmóviles, mientras el obispo ruega en voz alta por estos nuevos soldados de Jesucristo, pidiendo al divino Redentor se digne conceder á estos jóvenes que vienen á darse enteramente á él, la fuerza sobrehumana de que pueden tener necesidad en la lucha incesante que habrán de sostener contra Satanás y sus legiones. Para obtener esta gracia, el pontífice, clero y pueblo se ponen de rodillas: á la Santísima Trinidad, á la poderosa Madre del Salvador, á los patriarcas, profetas, apóstoles, confesores y mártires, es á quienes se dirige la oracion. Esta invocacion es solemne y admirable, pronunciada sobre aquellos que parecen haber pasado de las agitaciones de esta vida al reposo de la muerte.

Acabadas las letanias de los santos, se levanta el obispo, y aproximándose á esa legion cristiana, que se podría creer dormida en el campo de batalla antes que comience el fuego del enemigo, estiendo su mano sobre ella, bendice y consagra la piadosa milicia, haciendo tres veces sobre los nuevos enganchados la señal de la cruz.

Despues de esta bendicion, se levantan todos enteramente transformados. Ya no son del mundo, ya no son de la casa paterna; ya no son libres, ni se pertenecen á sí mismos; son en cuerpo y alma de Jesucristo, pertenecen para siempre á Jesucristo.

Pues que son de Dios, se les pone en contacto con los que pertenecen á los altares de Dios. Sus manos ya no son profanas; el obispo les hace tocar el cáliz y la patena, que el Cuerpo y la Sangre del Hijo de Dios ha vuelto santos y sagrados.

Y colocando el amito sobre la cabeza les dice el prelado: “Recibid este amito; él designa la mortificacion de la cruz. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.”

Poniendo en seguida el manipulo en el brazo izquierdo del subdiacono, pronuncia el obispo estas palabras: *Recibid el manipulo; recuerda el fruto de las buenas obras. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.*

Reviéndole de la túnica continúa: *Os dé el Señor la túnica de dicha, y el vestido de la fe. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.*

En fin, el sucesor de los apóstoles entrega al discípulo de Jesucristo el Misal, diciéndole: *Recibid el libro de las Epístolas, y el poder de leerlas en la Iglesia, tanto por vos, como por los difuntos. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.*

Avanzamos en la montaña santa, nos aproximamos á los tabernáculos de Sion; un grado mas, y habremos llegado á la alta dignidad del sacerdocio. La consagracion del diacono va á seguir á la del subdiacono. El obispo con báculo en mano

y cubierto con la mitra, se sienta en el medio del altar, con toda la majestad del episcopado; el arcediano se adelanta hácia él, se inclina profundamente, y le dice: Reverendo padre: nuestra Madre la santa Iglesia pide que deis á estos subdiaconos el cargo del diaconado.

—¿Sabeis si son dignos? replica el prelado.

—Lo sé, responde el arcediano, y lo atestiguo, cuanto la debilidad humana permite reconocerlo.

—Tributemos gracias á Dios, añade el pontífice. Despues dirigiéndose al clero y al pueblo, pronuncia estas palabras: “Con ayuda de Dios y de nuestro Salvador Jesucristo, escojamos á estos subdiaconos para elevarlos al diaconado: si alguno sabe algo contra ellos, adelántese por amor de Dios, y diga lo que sepa; pero que se acuerde de su condicion.” Despues de estas palabras hay un instante de silencio, porque el prelado, antes de pasar adelante, espera respuesta á su pregunta.

Si los fieles que componen la concurrencia no hacen demostracion alguna contra ninguno de los subdiaconos, el obispo se dirige á los ordenandos y les hace considerar la dignidad del orden que van á recibir, las funciones que les son peculiares, y las virtudes que exige: despues entona un prefacio; impone la mano derecha sobre la cabeza de cada uno de los postulantes, y les dice: *Recibid el Espíritu Santo, para tener fuerza de resistir al demonio y sus tentaciones.*

Para demostrar que los diaconos no reciben el Espíritu Santo con la misma plenitud que los sacerdotes, el obispo no impone sus dos manos sobre la cabeza del nuevo diacono.

Terminados la imposicion de la mano y el prefacio, el obispo da á cada diacono la estola, símbolo de la potestad confiada.

“Recibid, les dice, recibid de mano de Dios esta estola blanca; llenad vuestro ministerio; el Señor es Todopoderoso, y aumentará en vos su gracia.”

La estola del diacono no se lleva como la del sacerdote: porque cada grado del santuario, se señala como los diferentes grados de un ejército; la milicia santa tiene sus distinciones como la de las campañas.

La dalmática de los tiempos primitivos, que Estevan, Felipe, Nicanor y demas compañeros llevaban, se coloca á cada uno de los diaconos por el prelado, que les dice: *Os dé Dios el traje de salud y el vestido de alegría, y que por su poder os revisita para siempre de la dalmática de la justicia.* En fin, el obispo presenta al diacono el libro de los Evangelios, pronunciando estas palabras: *Recibid el poder de leer el Evangelio en la Iglesia, por vos, y por los difuntos. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.*

Estas palabras van acompañadas de una oracion del pontífice y del pueblo, uniendo sus voces y sus corazones para hacer descender sobre los nuevos elegidos todas las gracias de que mas que nunca van á tener necesidad, pues que se aproximan solo parcialmente al manantial de toda santidad.

Á la ordenacion de los diaconos, sigue la de los sacerdotes. OFRECER el santo sacrificio; BENDECIR

el pueblo en la misa, en las asambleas y en la administracion de sacramentos, á fin de atraer sobre él el rocío celestial de la gracia; PRESIDIR en las asambleas que se tienen en la casa de Dios, para rendir al Todopoderoso, soberano de tierra y cielos, el homenaje y la adoracion que le son debidos; PREDICAR la palabra evangélica, y repartir esa divina semilla de salud; BAUTIZAR y administrar los otros sacramentos, particularmente los que Jesucristo ha establecido para la remision de los pecados y alimento de las almas: tales son las altas é importantes funciones del sacerdote. En todas las cosas humanas existentes bajo del sol, buscaremos en vano otras que puedan ser comparadas á aquellas de que están revestidos los ministros de nuestros altares.

Las funciones del sacerdote son hoy las mismas que en los primitivos dias de la Iglesia: solo que entonces los obispos eran los únicos encargados de la predicacion, hasta los tiempos de San Juan Crisóstomo y San Agustín, que por orden de sus obispos subieron á la tribuna santa, colocada entre el cielo y la tierra, para que la ciencia de la salud discorra sobre los justos y sobre los pecadores. Estos dos géneos sublimes hicieron en ella prodigios de elocuencia y caridad.

El diácono ya está cerca de Dios; el sacerdote va á aproximarse mas. Así, antes de conferir al diácono la dignidad que deja atrás á todos los otros grados del orden, el obispo redobra las precauciones y las plegarias.

Sentado sobre su sillón, en medio del altar, quiere asegurarse de si los diáconos que se le presentan son dignos del sacerdocio.

Reverendo padre, dice el arcediano; nuestra Madre la santa Iglesia católica, pide que consagres sacerdotes á estos diáconos que os presento.

—¿Sabéis si son dignos? replica el sucesor de los apóstoles. Y con la respuesta afirmativa del arcediano, el obispo esclama: ¡Dios sea loado! Despues, dirigiéndose al pueblo y recordándole que está en su interes no tener para que le conduzca, esclarezca y consuele, sino los sacerdotes, le interroga, conforme al antiguo uso de la Iglesia, para que declare lo que sepa sobre los diáconos presentados. Si no se espresa declaracion alguna, el príncipe de la Iglesia, dirigiéndose á los diáconos, les recuerda la naturaleza, el origen y las sublimes funciones del sacerdocio. Les dice: "Vais á ser los verdaderos sucesores de los setenta y dos ancianos que Moisés habia escogido para que le ayudaran en su ministerio, distribuir la justicia y velar por la observancia de los diez mandamientos. Estos ancianos no eran mas que la figura de los setenta y dos discípulos que Jesus envió de dos en dos á predicar por sus palabras y por sus ejemplos." Despues el gefe del rebaño, el padre espiritual, habla con bondad á los jóvenes aspirantes á los altares, y que traen su celo y su inocencia. "Sed todos dignos, les dice, de ser los ayudantes de Moisés y de los doce apóstoles establecidos para gobernar la Iglesia de Dios; amad y temed al Señor, porque vosotros sois quienes vais á presentar todos los dias al

pié de su trono las necesidades y los pecados de los fieles. El cielo no se abre ni se cierra, por decirlo así, sino á vuestra voz."

Despues de esta allocucion paternal, todos aquellos á quienes se ha dirigido, caen de rodillas prosternados sus rostros en la tierra; se diria al verlos así con sus albas blancas, echados sobre las gradas de piedra, que un rayo invisible los ha herido.

Antes que el agua regeneradora del bautismo haya lavado al cristiano de la mancha del pecado original, ha debido, ó se ha debido renunciar por él, tres veces á Satanás y sus pompas. Antes de ser admitido al sacerdocio, tres veces tambien debe el aspirante renunciar al mundo, á la carne y á la sangre. Hasta despues de esta triple renuncia, es cuando puede subir al altar del Dios tres veces Santo.

A la ceremonia conmovedora de la postracion, sucede la de la imposicion de manos, tan memorable por su antigüedad, y que remonta á Jesucristo mismo. En silencio y con gran recogimiento el obispo impone sus manos sobre la cabeza del diácono. Despues de él todos los sacerdotes reunidos en el santuario y llevando la estola, vienen unos tras otros á imitar al prelado. Sube las gradas, y volviéndose hácia los ordenandos, estiende sus manos sobre ellos; todos los sacerdotes le imitan de nuevo, y recita al mismo tiempo una oracion, por la cual impetra del Señor el Espíritu Santo, y la gracia del sacerdocio.

El poder de conferir los santos órdenes, no pertenece mas que al obispo; solo él puede imponer las manos como consagrante; y si los sacerdotes en esta circunstancia las imponen con él, es para conformarse al uso de la Iglesia primitiva: uso venerable que recuerda que el episcopado y el presbiterado, no forman mas que un solo sacerdocio.

El obispo coloca en seguida sobre el pecho de los ordenandos en forma de cruz, la estola que, como los diáconos, tenían sobre la espalda izquierda, y les dice: "Recibid el yugo del Señor; su yugo es suave y ligero."

Los reviste dirigiéndoles estas palabras: "Recibid el traje sacerdotal, que revela la caridad." Y el sacerdote será un hombre de caridad, la caridad personificada. La casulla que acaba de dar el obispo al sacerdote, no está todavía desplegada por detras: todavía no ha recibido toda la gracia del sacerdocio; hasta despues de haberle confiado el poder de remitir los pecados, no la desenvuelve el sucesor de los apóstoles.

Despues de un majestuoso prefacio, que anuncia una accion sublime, el pontífice entona el *Veni Creator*, para atraer sobre los ordenandos el Espíritu santificador.

Mientras canta el coro, el obispo consagra las manos de los nuevos sacerdotes con una larga uncion de aceite de catecúmenos, y dice: "Dignaos, Señor, consagrar y santificar estas manos, con esta uncion y vuestra bendicion." Hace la señal de la cruz y continúa: "Que en el nombre de nuestro Señor Jesucristo, todo lo que bendigan sea bendito; y todo lo que consagren quede consagrado."

Cada ordenando responde: "Amen."

Estando atadas las manos del sacerdote por una banda, y separados los dedos consagrados por un poco de pan, que servirá para purificarlos, el obispo les hace tocar el cáliz, en que ya hay vino y agua, y la patena sobre que está la hostia, y dice al mismo tiempo: "Recibid el poder de ofrecer á Dios el sacrificio y celebrar la misa por los vivos y los muertos." Hélos aquí ya sacerdotes para siempre, segun el orden de Melchisedech!

La primera, la mas alta y celestial funcion del sacerdote, es la de ofrecer el santo sacrificio. Los que acaban de ser consagrados y santificados, entran en seguida en el ejercicio de este maravilloso y santo derecho: acto continuo celebran la misa con el obispo. "El sacrificio así ofrecido, recuerda el que se ofrecia en los primeros siglos. Entonces no habia mas que un oficio en cada iglesia; el obispo estaba en el altar, y todos los sacerdotes ofrecian con él (1)."

Acabada la comunión recita el pontífice esta bella antifona, compuesta de las palabras que Jesucristo dirigió á sus apóstoles despues del celestial banquete de la Cena, con toda la expansion divina de su corazón, despues de haberlos hecho participar de su cuerpo y de su sangre: "Ya no os llamaré siervos; os nombraré amigos, porque vosotros sabéis todo lo que he hecho entre vosotros. . . . Vosotros sois mis amigos; haced lo que os he mandado."

Despues, aquellos que deben ir por el mundo para repartir en él las luces y beneficios de la fé, recitan en alta voz y en presencia del prelado consagrante el símbolo de los apóstoles, magnífico y luminoso resumen de nuestras creencias. Vienen en seguida á postrarse ante el obispo, que les dice imponiéndoles las manos: "Recibid el Espíritu Santo: los pecados serán perdonados á aquellos á quienes los perdonareis; y serán retenidos á los que se los retuviereis." Y para mostrar la plenitud de su potestad, estiende la casulla, dirigiéndoles estas palabras: "Que os revista Dios de la ropa de inocencia; es decir: sed puros y santos, para volver á los otros santos y puros."

Es preciso que los hijos obedezcan á sus padres; es preciso que los sacerdotes obedezcan al sucesor de los apóstoles, su padre y gefe segun la ley de Dios y de la Iglesia. Los sacerdotes nuevamente ordenados, vienen á prometer respeto y obediencia al ministro de Jesucristo, establecido sobre ellos por su santa gerarquía. La disciplina de la Iglesia es bella, como la de un ejército ordenado en batalla. La subordinacion militar, que asegura el orden y la paz del campo, reconoce por gefe á un hombre, que los azares de la guerra pueden haber elevado al primer puesto del ejército; la subordinacion eclesiástica, que establece el orden y la dignidad del santuario, obedece á Dios, solo, eterno é inmortal.

El lazo de la obediencia cristiana, es la caridad; la subordinacion que de allí emana, es la de los hijos hácia su padre. El pontífice termina todas

(1) Catec. de Persever.

las bellas y tiernas ceremonias de la ordenacion, dando á besar la paz á todos los nuevos sacerdotes.

¡He aquí cumplido el mas maravilloso, el mas sublime prodigio! He aquí al hijo de Adán que ha recibido repentinamente del cielo el poder de hacer descender sobre la tierra al hijo del Eterno. Vedlo de repente convertido, por la gracia del Espíritu Santo, en cooperador de Dios en la salud de las almas. *Dei adiutor*. Con el auxilio de los sacramentos, va á aplicar á los hombres la sangre de Jesucristo; va á purificar las conciencias con el baño de la penitencia, á anunciar á los fieles la palabra de vida y de reconciliacion, y alimentarlos con el pan de la doctrina y de la verdad: en una palabra; ¡he aquí el sacerdote para siempre, segun el orden de Melchisedech!

He aquí al ministro de Jesucristo: revestido de la armadura celestial; nada le falta para los celestes combates. Ha puesto su confianza en el Señor; ¿quién lo puede hacer temblar? No permanecerá siempre en los altos lugares en que el sacerdocio le acaba de hacer subir; él bajará, vendrá al llano, entrará en la arena, acordándose del valor de los primeros mártires, y como ellos, correrá su sangre si es preciso, para confesar la fé de Cristo.

El obispo consagrante, viendo de pié ante los santos altares á la milicia que acaba de formar y bendecir, da á besar la paz á cada uno de aquellos que la componen. Es la animacion del gefe, antes que el ejército se ponga en marcha: el estandarte de estos nuevos soldados, es la cruz; su patria la Iglesia; el enemigo que tienen que vencer Satanás; premio de su victoria, el cielo.

Hemos recorrido los siete grados, estamos en el altar: hétenos aquí, á la faz del tabernáculo del Dios vivo. Ya el cristiano, que como el pequeño Samuel, ha consagrado su vida entera al Señor, va á entrar en todos los derechos del sacerdocio. Para aprender las leyes divinas, para purificar su alma ha dejado la casa paterna, ha ido á vivir entre los levitas, y estudiar con ellos las santas escrituras y la ciencia de Dios. Ha crecido en los seminarios; allí se ha habituado á las privaciones, á la meditacion y á la oracion. Ha visto de cerca á los veteranos del santuario, ha recibido de ellos las lecciones del saber y del ejemplo. Esta vida de inocencia lo ha aproximado á los ángeles, como esos espíritus celestes, va á ser digno de aproximarse al Todopoderoso, para adorarle y servirle.

Sus derechos, sus poderes, sus deberes van á ser los mas santos é inmensos que ecsisten bajo el sol. Jamas criatura humana ha sido revestida de tanto poder. El Orden confiere á los sacerdotes privilegios divinos de que solo gozan los nueve coros de ángeles.

El gran sacerdote de la antigua ley, no entraba mas que una vez al año en el SANTO DE LOS SANTOS. Así, antes de atravesar el umbral admirable y sagrado de esta parte del tabernáculo que el Señor se habia reservado, ¿cuántos preparativos, cuántas precauciones, cuántas atenciones para no faltar á la mas ligera de las ceremonias que debian acompañar una accion en que la grosera sangre de una

víctima carnal constituía toda la majestad! Mas felices que los judíos, nosotros vemos diariamente los sacerdotes de la nueva ley entrar donde está el verdadero *Santo de los Santos*, de quien no era el anti-guo mas que una sombra. La sangre de Jesucristo es la que enrojece sus manos, y ellos la ofrecen al Padre de las misericordias.

Un cura está encargado de los intereses de su pueblo ante Dios. Es uno de esos ángeles que suben y bajan sin cesar por esa escala que Jacob ha visto en sus sueños, cuando se durmió en la piedra de Bethel. Lo mismo que estos espíritus celestes, el cura desciende para venir á encargarse de los votos y necesidades de sus parroquianos. Sube por la oración, para llevarlos hasta los piés del trono de Dios, y abrir el seno de las misericordias sobre las miserias de sus hijos. ¡Cuánta abundancia de gracias y bendiciones no consiguen para su comarca las plegarias de un piadoso pastor! Porque no son estos los votos de un particular que se dirige al Señor en su propio nombre, sin título ni autoridad, sin función pública, y que, ceniza y polvo, debe contar por mucho la libertad que se le deja de hablar á su Dios. Son los votos de un ministro establecido por los hombres cerca del Soberano Señor de todas las cosas, que ruega *por oficio*, que habla á nombre de toda la Iglesia. ¿Qué mas diré? Son los votos de un sacerdote que por su sacerdocio no forma mas que un mismo sacerdote, un mismo mediador, una misma voz con Jesucristo.

El sacramento del Orden es la verdadera, la sola fuente de gracias, de que los ministros de la religión están dotados por la ordenación, y los obispos son los que tienen las llaves de los celestiales tesoros que Dios ha confiado á la Iglesia.

Aunque todos los sacramentos sean del resorte del obispo, hay dos de que es ministro especial; la confirmación de los cristianos despues de bautizados, y la ordenación de los sacerdotes y de los ministros. Los abades, las abadesas, los reyes y reinas eran y son todavía consagrados por mano de los sucesores de los apóstoles. Los caballeros arrojaban su casco para recibir la bendición del obispo. La dedicación de las iglesias, la consagración de los altares, de los cálices y de las patenas, la bendición de los santos aceites tambien le pertenecen.

Pero hay otras bendiciones episcopales menos solemnes, que pueden ser hechas por los sacerdotes, como la bendición de los corporales y de los manteles del altar, las cruces, las imágenes, las campanas, las capillas y los cementerios, cosas que deben ser santas, y que solo la mano de la religión puede bendecir.

Las coronas destinadas á ceñir las frentes de los reyes y reinas, de los emperadores y emperatrices, han tenido siempre necesidad de alguna cosa mas que el brillo del oro y pedrerías, y de las guardias que las vigilan en los palacios: para que sean respetadas, es preciso que Dios las toque. ¿Para quién son mas necesarias su sabiduría, la fuerza y la prudencia, que para los pastores de los pueblos? De aquí es que siempre ha sido bueno y saludable un-gir á los monarcas del aceite y del crisma de salud.

Hay en los rebaños del Señor otros pastores á mas de los tenientes coronados de Dios. Existen fuera de las grandezas del mundo, hombres y mujeres encargados de almas, que viviendo en las solitudes del claustro, donde los abades y abadesas tienen ovejas que gobernar y conducir por las vias del cielo. Cuando yo era niño, veía en Francia, y despues en países extranjeros, abades mitrados y abadesas que llevaban báculo de oro. Su misión, su deber era velar noche y dia sobre las almas que para salvarse de los escollos de la sociedad se habian refugiado como espantadas palomas en la paz de sus santas casas. A semejantes guías, eran precisas algunas gracias especiales: la religión, para que no les faltasen, los *consagraba* al Dios de los solitarios y de las vírgenes. En los asilos puestos bajo su guarda de santos y ángeles, no se oían sino de lejos los rumores de la sociedad. Este era como un puerto, el ruido de las oleadas no llegaba sino debilitado; se sentaba uno allí sobre la roca que no pueden quebrantar las olas. Allí se veían llegar los desertores de palacios, los fugitivos de las grandezas. Los príncipes y princesas, lo mismo que los reyes y reinas, cuya corona habia herido su frente, venían á pedir el hábito de monje ó el velo de religiosa. La lista de estos cansados de las grandezas y de las alegrías del mundo, es muy larga para que la demos aquí. Volvemos al pensamiento que nos ha inspirado las dos páginas anteriores. Es justo que todo lo que se aproxima á Dios sea bendecido y consagrado: el sacerdote ha debido ser ungido antes de subir al altar. El cáliz debe ser santificado igualmente por la consagración del obispo, antes de contener en su copa la sangre de Jesucristo. Los lienzos, los manteles, los corporales que sirven en el sacrificio, no pueden ser tocados ni lavados por manos profanas; es preciso que el obispo confiera sus poderes de bendición al párroco su inferior, y que éste los transmita á los legos piadosos y creyentes, á fin de que todo lo que concierne al servicio del altar sea tratado con miramiento y respeto.

En los dias de fé, cuando se miraba como un honor contribuir al servicio y á la dignidad del santuario, los reyes no se han desdenado de amasar con sus reales manos el pan destinado al sacrificio, y las princesas y grandes señoras se han visto lavando los lienzos del altar.

Nuestra santa religión tiene tesoros inagotables de bendiciones; y los tiene para todas las circunstancias de la vida: nos bendice en nuestro nacimiento, en nuestro matrimonio, en nuestra muerte. No le basta esto; ella va por todas partes uniendo los votos de la dicha y la protección celestial: en nuestro hogar, para que sea tranquilo; en nuestro campo, para que sea fecundo; en nuestros caminos, para que sean seguros. Ella bendice la cruz de la encrucijada rústica, para que proteja las campiñas contra los fuegos del rayo, y los estragos del granizo y de las tormentas. La imagen de la Virgen, reina del cielo, que el peregrino saluda al pasar ante la gruesa encina del bosque, ha sido bendecida por el pastor de la comarca para que sea la

protectora, para que vigile por las muchachas medrosas que se han retardado en los senderos del bosque.

En fin, la religión, por mano de los sacerdotes de las poblaciones y de los campos, autorizados por el obispo, derrama el agua santa sobre el campo *nuestro común dormitorio*. El cementerio es bendecido por el cura de la feligresía. Se vuelve sagrado para todos por las oraciones que allí se dicen, por las lágrimas que han corrido sobre sus tumbas, y por la cruz de piedra que se ha plantado como prenda de la resurrección.

La tumba es la cuna de la inmortalidad; por lo que el cristianismo le debía su divina protección: así se la ha concedido desde los primeros dias. En las catacumbas, las tumbas de los mártires eran de tal manera consideradas, que se hacían en ellas los altares para la celebración de los santos misterios.

Es cosa averiguada y reconocida por todos los que meditan, que entre los muertos, en un cementerio, es donde nos convencemos mejor de la inmortalidad del alma. La corta duración del que murió, el poco de polvo que resta de él, nos hace entrever la duración del porvenir. Atras están algunos dias; adelante, ¡la eternidad!

Si no muriésemos para revivir inmortales, ¿merecerían nuestros homenajes unos restos de huesos? No, sin duda: respetamos el polvo de los muertos, porque una voz nos grita que no se ha extinguido todo en ellos, y esta voz es la que consagra el culto fúnebre en todos los pueblos del universo. Todos están persuadidos de que el sueño no dura siempre en la tumba, y que la muerte no es mas que una transfiguración gloriosa."

Entre los hombres á quienes las luces del Evangelio no han iluminado todavía, la idea de la otra vida, aunque generalmente esparcida, es vaga é incierta: entre los cristianos es un dogma, un artículo de fé. En nuestro bautismo, los padrinos han dicho por nosotros: "*Creo en la santa Iglesia católica, en la comunión de los Santos, la remisión de los pecados, la resurrección de la carne y la vida eterna.*"

El sacerdote que unge el aceite de salud á nuestros miembros desfallecidos y helados, nos hace repetir la misma profesión de fé, en el lecho de agonía.

Los mártires de los primitivos dias del cristianismo, cuando los tigres, los leones y las panteras del circo y de las arenas se lanzaban sobre ellos para beber su sangre y devorar su carne, esclamaban mirando el cielo entreabierto: "*Creemos en Jesucristo nuestro Señor: creemos en la resurrección de la carne y en la vida eterna.*"

En nuestro tiempo, nuestros paisanos bretones, anjovinos y vandeanos, los *caballeros* de nuestra época, cuando se levantaban para ir á defender su Dios y sus sacerdotes, y vengar su rey, con sus rosarios al cuello y el *sagrado Corazon de Jesus* sobre el pecho, esclamaban cuando caían en los ensangrentados surcos: *Creo en Jesucristo nuestro Señor, en la resurrección de la carne y en la vida eterna.*

¡La vida eterna! En nuestra vida tan rápida, tan efímera, es el grande, el importante asunto...! Y el sacramento del Orden ha dado á la tierra millones de ecos, para repetir á los hombres siempre y por siempre, á los grandes como á los pequeños, á los poderosos como á los débiles, á los malos como á los buenos: *¡La vida eterna! ¡la vida eterna!*

Estos ecos son los sacerdotes de Jesucristo; en la aldea como en el palacio, en los campos como en los claustros, deben recordar la brevedad de la vida de este mundo y la eternidad de la vida del otro. Dios no los ha establecido entre nosotros, sino para nuestra salud y nuestra gloria. Antes de la venida del divino Salvador, antes del nacimiento del cristianismo, la tierra no tenia todas las voces que ahora oímos para hacernos mirar á lo alto. *Los dioses* de entonces no eran mas que las pasiones y los vicios esculpidos, y los vicios y las pasiones agobian al hombre hácia la tierra, y ligaban su imaginación á las cosas de acá abajo. ¡Ah! ¡Demos gracias al Señor de haber nacido bajo la ley de gracia y de misericordia! Sin duda los caminos que nos es preciso seguir, son todavía duros y ásperos, erizados de zarzas y de espinas... pero para guiarnos, para sostenernos cuando estamos desfallecidos por la fatiga, para consolarnos cuando nuestro corazon está lleno de amargura y nuestros ojos de lágrimas, ha colocado el sacramento del Orden en todas las encrucijadas, *ángeles consoladores*.

¡Jóvenes sacerdotes que acabais de ser consagrados, vos que teneis entre tanto toda la plenitud de la gracia del sacerdocio, descendid del santuario, revestíos de la armadura celestial... marchad... id adelante... el mundo es para vosotros...! Por vos, no por escuchar sus máximas, sino por predicar las de ese gran misionero de gracia y redención, ha descendido de la gloria del cielo, ha exhalado el último suspiro en la ignominia de la cruz.

Esta cruz, en otro tiempo signo de odio, se ha vuelto vuestro glorioso estandarte. ¡Soldados de Jesucristo, seguidle... sea desplegado por todo el mundo! Id adonde los hombres desfallecen, adormecidos á la sombra de la muerte, y despertados.

Id, adonde la impiedad lanza el veneno de sus doctrinas, é iluminadlos.

Id, donde la tibieza los enfria, y encendedlos.

Id, adonde sufren, adonde lloran, y consoladlos.

Id: vosotros debeis ser bendecidos en todas partes, porque direis al pobre llevándole el pan de la vida material: Poned vuestra esperanza en Dios, que no abandona jamas al que invoca su santo nombre. Ved: ¿no es su divina mano la que socorre á los mas pequeños pajarillos, y mide el soplo del invierno según el vellon del cordero?

Al rico le direis: Vos sois el *limosnero* del Padre comun de los hombres; no cerreis, pues, vuestro corazon ni vuestra mano á vuestros hermanos que comen el pan regado con sus lágrimas. *El hombre caritativo (1) hace el bien á su alma; no digáis á vuestro amigo (2): Id y volved, yo os daré mañana,*

(1) Lib. de los Proverb.

(2) Id.

si *podeis hacerlo ahora mismo*. Vuestras riquezas no os servirán de nada (1) el día de la venganza de Dios; mas la justicia libra de la muerte.

Al súbdito le diréis: Dad al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios. Desconfiad de los que gritan sin cesar *libertad! libertad!* Ellos lanzan el viento, y tú eres quien recoge las tempestades y la ruina.

Al monarca: El señor os ha establecido rey, para que seais el padre de vuestro pueblo. Cuando sus llantos lleguen hasta vos, haced callar á vuestros aduladores, y dad oído á los gemidos de la miseria. Desde lo alto del cielo, se inclina Dios á nuestro valle de lágrimas para saber quiénes son los que claman á él, para ayudarlos y socorrerlos. Haced como el Señor; haced por guardar en vuestro reinado la justicia y la misericordia; ellas os defenderán mejor que los grandes batallones.

Efectivamente; tales mensajeros no deben ser recibidos sino con bendiciones, porque donde quiera que se presenten llegan como ángeles de paz, hablando en nombre del Señor, y trabajando por la dicha de los hombres; sin embargo, Satanás ha sabido hacer en el mundo tantos sectarios con la ayuda de los escritos filosóficos y volterianos, que el sacerdote se ha vuelto para muchas gentes un objeto de desconfianza y antipatía. Frecuentemente en los arrabales de las grandes ciudades y en los campos donde las poblaciones dejan crecer las ortigas y las espinas en el camino que conduce á la Iglesia, el ministro de Jesucristo que llega allí, con su trago negro y su breviario bajo el brazo, en lugar de ser saludado con aprecio y respeto, es despreciado é insultado por gritos risibles, imitando el graznido de los cuervos. . . . Este es el menor ultraje. . . . Pero el discípulo de Jesucristo que ha enseñado con su ejemplo el perdón de las injurias, no se aflige ni se irrita, y perdona de boca y de corazón á los hombres extraviados. . . . A los cristianos que se afligen de verlo así menospreciado, se contenta con responderles como su Maestro cuando llevaba la cruz al Calvario. Hijas de Jerusalem, no lloreis por mí, llorad por el pueblo que no encuentra mas que insultos que lanzar sobre el sacerdote, que viene con las manos llenas de las bendiciones del Señor. . . . Y ¡cosa lamentable! no será solamente en las bajas regiones donde se insulte vuestra llegada, sacerdotes de Jesucristo; hombres que se llaman *cristianos*, os han cobrado también desden y desconfianza. Impregnados de los principios filosóficos del siglo XVIII, tienen miedo á vuestra fe, vuestra piedad y vuestro celo, que condenan su escepticismo, su indiferencia y su conducta impía. Sus puertas os están cerradas: porque si pasáis su umbral veréis en seguida qué miserable existencia arrastran estas casas donde no reina Dios; donde los padres y madres no dan á sus hijos mas que sus cuidados materiales; donde los hijos no tienen á sus padres deferencia ni respeto alguno; donde los señores se creen justos, cuando pagan exactamente los salarios de sus domésticos y el alimento dia-

(1) Lib. de los Proverb.

rio, sin pensar que el hombre no vive solamente de pan, y que es preciso conceder á aquellos que nos sirven el tiempo de servir á Dios.

Cuando el señor olvida el primero de sus deberes, el servidor no tarda en emanciparse de los suyos: así, ¿qué es lo que veis bajo el techo del mal cristiano? Turbación, desórden, falta de fidelidad, de respeto y de subordinación.

Pobre joven sacerdote, nacido en la aldea, educado en el Seminario: desde que habeis sentido en vos las gracias del sacerdocio, desde que el pontífice desde lo alto del altar os ha dicho: *id y enseñad; bendecid y consolad*: habeis creído que encontrareis siempre para ayudaros en vuestro santo ministerio, los que se han llamado privilegiados de la fortuna. . . . ¡Ah, pronto conoceréis vuestra equivocación! Dentro de poco os habeis convencido de que para sosteneros y prestaros ayuda en vuestras buenas obras, no hay mas que los que conocen y practican los mandamientos de Dios y de la Iglesia.

Sin embargo, no os desanimeis; marchad, marchad siempre; vos no pertenecéis al mundo, el mundo os pertenece á vos. No tenéis necesidad de nada de lo que él ama, nada de lo que él adora; no tendreis oro, pedrerías, brillantes ni grandeza; no dormireis bajo dorados artesones; no vereis sus fiestas; no tomareis parte en sus festines; pero tendreis (y Dios y los hombres se regocijarán), la morada del pobre y del afligido, el lecho del viejo enfermo, la cuna del niño abandonado; tendreis las salas de los hospitales llenas de miserias y de sufrimientos. Tendreis á los heridos, á los moribundos, en los campos de batalla; á los naufragos en el bajel que se sumerge en el abismo; tendreis al prisionero en la cárcel, al criminal en la galera, y al asesino en el cadalso.

Si, ved aquí vuestras riquezas, discípulos de Jesus. Dejadles á los mundanos las delicias, y cargaos vosotros con las miserias. Sed, pues, benditos por aquellos á quienes socorreis, y por el Dios del cielo de quien seguís los mandamientos y preceptos.

Esta gloriosa parte, que acabo de dar á los sacerdotes de los campos y aldeas, no es imaginaria: es la realidad; porque está demostrado que del sacramento del Orden, como de un inmenso receptáculo guardado por los ángeles del cielo, han emanado y emanan todavía diariamente los consuelos y socorros sobre todas las miserias de la sociedad: el pecado ha repartido sobre la tierra un diluvio de males; la religion se ha ocupado sin cesar de llevar el remedio, y para curarlos tienen sus divinos sacramentos, y sus sacerdotes que tienen derecho de administrarlos.

¡Ah, sin duda, el aspecto del mundo es triste y desolador! y para no desesperar de él, es preciso dirigir todas nuestras miradas y nuestros pensamientos á lo que Dios le ha dado para convertirlo y salvarlo. Demos una ojeada á los auxiliares que componen la gerarquía eclesiástica.

El humilde párroco de aldea es el primer anillo de esa larga cadena de oro que liga á la tierra con

el cielo; los hijos del arado tienen sus miserias, sus adversidades, como los obreros y los artesanos de las poblaciones. El sacerdote se convierte entre ellos en vigilante pastor, prestando sus cuidados á las ovejas, y levantando los corderos. El consejero de los jóvenes sacerdotes es el cura del canton. En su casa se reúnen sus hermanos, para esclarecerse mutuamente, y procurarse los mejores medios de glorificar á Dios, edificar al prójimo, y aliviar la miseria de los pobres. Para ayudarlos en sus parroquias, se obligan las buenas almas á contribuir entre sí, para establecer hermanos de la Doctrina cristiana que eduquen los jóvenes, ó hermanas de la Providencia, que sean las institutoras, ó mejor dicho, las segundas madres de las niñas, á menudo abandonadas durante los largos trabajos de los campos.

Cuando viene alguna plaga, cual ave de rapiña, á mecerse sobre una comarca, se ve salir de las ciudades vecinas, como un enjambre de ángeles, á las hermanas de la caridad, hijas de San Vicente de Paul, las hermanas del Hábito Pardo, las Hospitalarias, y las del Buen Socorro. Y cuando llegan al lugar en que la muerte siega á golpes redoblados, ¿no adquieren el pastor y el rebaño confianza y valor? En los países diezados por el formidable cólera, ¿no se ha entonado el *Te Deum*, cuando se ha visto acudir á las heroínas del catolicismo, las santas hijas de Dios? El árbol que la religion ha plantado, y que ha afianzado sus raíces y extendido sus ramas, nunca dá mas frutos que en los malos dias cuando la tempestad lo abate y lo sacude.

Bajo el humilde techo del presbiterio, hay alegrías y dolores: las alegrías, cuando se va la miseria; los dolores, cuando viene el escándalo. ¡Oh! Cuando cae sobre una poblacion la deshonra, el sacerdote, que es su padre, tiene el alma tan turbada, que si cediese al sentimiento que experimenta, iría como los penitentes de otros tiempos, con los pies desnudos y la cuerda al cuello, á hacer penitencia al pié del altar.

Su alma se posee de dicha y de una santa alegría, cuando los niños que ha instruido para la primera comunión han aprendido bien sus lecciones, y vienen con piedad y recogimiento, con fe y amor, á arrodillarse al celestial banquete. Vé en ellos unos ángeles de mas para adorar á Dios, y hombres de bien para edificar á su parroquia.

Siempre con alegría el cura (regularmente un hijo de la Granja, que desde sus primeros años ha ido con su padre y sus hermanos mayores al cultivo de los campos,) ve el cielo mostrarse grato á los bienes de la tierra. En sus primeros recuerdos ve los surcos, y estudiando las Santas Escrituras, ha aprendido á amar los campos. Así es que, en la bella estacion, lo veis por la tarde, mientras en el Occidente brilla el esplendor del sol que se oculta, el cura joven ó viejo sentado en algun otero con los decanos de la aldea, tratar con ellos de los intereses de la parroquia. El sacerdote que enseña á conocer y servir al Dios de los patriarcas, debe estimar y amar esa leal raza de paisanos cuya vida

es continuacion de la de Abraham, de Laban, de Isaac y de Jacob; raza que guarda todavía la fe y la honradez de sus abuelos; hombres en todo distintos de los habitantes de las ciudades, á quienes agita la ambicion, enerva la molicie, la intriga conduce al mal, explota la ambicion, arruina el desarreglo, degrada la miseria y á quienes la desesperacion estravia y condena al suicidio.

En una época tan fecunda en acontecimientos como la nuestra, nada es mas natural sino que el pasiego quiera saber cómo está el mundo. Así es que algunas veces, se mezclan ciertas palabras de política en la conversacion del cura y sus parroquianos; pero entonces es cuando la sabiduría y la moderacion salen de los labios del hombre del santuario.

“Amigos míos, les dice: poned vuestra confianza en el Señor: descansad en él: él sabe mejor que nosotros lo que nos pueda convenir. Decid siempre desde el fondo del alma: *Que llegue vuestro reino, que se haga vuestra voluntad*; y cuando esta voluntad sea cumplida; y cuando este reino haya venido, todo estará en su lugar; y los hombres de buena voluntad estarán en la alegría glorificando al Dios de David y de Joas.

Coloquemos frente á un pastor de campo al cura de una parroquia de gran ciudad, en contacto con la sociedad.

Unido á Dios por su piedad y su fe, mezclado al mundo por sus deberes, sin tolerancia para el vicio, está lleno de compasion y de caridad hacia los pecadores, y lejos de repelerlos sabe atraerlos á sí. Reconcilia los corazones separados y que se odian: es ingenioso para descubrir los pobres cuya indigencia se oculta, y les ahorra la confusion de los socorros. Los establecimientos útiles y edificantes, encuentran en sus cuidados y en su celo los recursos que les impiden caer, y que les dan, por el contrario, una nueva solidez. “El sostiene á las gentes honradas, y las hace servir para la utilidad y santificación de sus hermanos: él preside á todas las empresas y á todas las buenas obras; no se le ve en los salones de los ricos, mas que cuando se trata de abogar por la causa de los pobres. En una palabra, él es el alma de su parroquia, lo anima todo, encuentra remedio para todo; sabe que con la ayuda de la Providencia un sacerdote puede emprenderlo todo. No hay desórden que se le escape, ni bien público al cual no se sacrifique; no hay empresa que deseche, ni pecador que no le parezca digno de su celo; en fin, nada puede ocultarse al ardor y á los santos atractivos de la caridad.” (1)

El conocimiento que tiene del mundo, le da la medida de lo que debe decir á cada uno. Así es que, permaneciendo evangélico en los consejos que da, se sirve de palabras que llegan al alma sin asustar el espíritu, sin herir el oído acostumbrado á escuchar *el dulce gorjeo de la alabanza y la mentira de los cumplimientos.*” (2)

La caridad le hace amar á los pobres; su recti-

(1) Massillon.

(2) Labruyère.

tud le hace estimar á los grandes. La bondad de su alma, esparciéndose por fuera como un perfume exquisito, hace venir á él al pecador lo mismo que al justo. Penetrado de una fé viva, quiere que su Iglesia revele y mande á todos el respeto y la adoración hácia el Dios que se digna residir allí. Así, cuando su caridad ha hecho una buena colectación de limosnas, su piedad se complace en adornar y componer sus altares; y como para el católico que cree en el fondo de su corazón y con todas las facultades de su alma, tiene la presencia real de nuestro Señor Jesucristo en nuestros tabernáculos, nada debe haber mas bello ni precioso, cuando se trata del servicio de Dios, el digno sacerdote quiere que todo lo que concierne á este adorable sacrificio sea verdadero y puro como el oro de Ophir. Este lujo piadoso, esta santa magnificencia, no se detiene sino ante el pensamiento de los pobres, y el día en que el arca de los necesitados y de los enfermos está vacía, no vacilará en vender la plata y el oro de sus cálices y de sus vasos sagrados, para socorrer á los miembros de Jesucristo que sufren.

Gracias al sacramento del Orden, que nuestro Señor ha establecido para el gobierno y la constitución de su Iglesia, la sociedad ha encontrado las garantías de paz y de tranquilidad que habria buscado en vano en las instituciones humanas, siempre insuficientes bajo todos conceptos. La sabiduría de acá abajo peca siempre por algo, no se completa sino con las luces y las gracias de lo alto. Los obispos con sus vicarios, los canónigos, los arcedianos y su consejo, administran, dirigen, gobiernan su provincia, y para que el pensamiento cristiano sea bienhechor, moderador y eficaz, tienen, como acabamos de ver, apostados centinelas en los curas de aldeas, de las villas y de los pueblos. Estos curas y vicarios ejercen su saludable influencia sobre las masas cristianas, repartiéndoles el pan de la palabra, y con la administración de los sacramentos.

En otro tiempo los príncipes y los reyes, que extendían su cetro sobre sus pueblos, y que no querían que pesase duramente sobre sus súbditos, apelaban á los ministros del Dios de justicia y de paz.

Debía ser lo mismo en nuestros días; pero los que el Rey de reyes habia establecido para gobernar las naciones, han dejado á sus aduladores extinguir la fé; y el espíritu del mal, encontrando menos obstáculos, ha hecho grandes estragos en la viña del Señor. . . . En nuestra Francia, en otro tiempo reino cristianísimo, se ha visto y se ve todavía gran número de parroquias en que la zizaña se arraiga y se estiende, sin que haya una mano para arrancarla. . . . Pero tengamos esperanza y fé; acabamos de ver todo el episcopado católico levantarse y tratar las mas altas cuestiones, y tomar bajo la invocación del Espíritu Santo, las resoluciones mas propias y eficaces para reanimar la fé, donde tenia tendencia á extinguirse, y hacerla renacer donde estaba muerta.

Para el mundo, estos consejos sinodales ofrecen

un grande y majestuoso espectáculo. ¿Y cómo leyendo los resultados de estas santas asambleas, se ha podido comparar lo que es de Dios y lo que es de los hombres!

Hace mas de medio siglo que el mundo está entregado á la palabra, y que las asambleas reinan y gobiernan, y no vemos sino el ridículo, la demencia y el escándalo. Como los ilotas embriagados inspiraban á los jóvenes espartanos el odio á la embriaguez, del mismo modo los parlanchines políticos de la tribuna moderna, con sus estravíos y locas ideas han hecho crear odio al don de la palabra.

Ese don del *decir bien*, esa dignidad del discurso, esa majestad del silencio que escucha, esa concienzuda sabiduría que todo lo pesa, para meditar sobre todo, y para responder á todo con conocimiento de causa, lo buscamos hace mucho tiempo, pero no lo encontramos en ninguna de nuestras asambleas. Hemos podido volverlo á hallar en los concilios y sínodos de nuestros obispos y arzobispos, y clero.

Para nosotros ha sido como si los siglos pasados hubiesen vuelto con sus Ciprianos, Cirilos, Eucherios, Agustinos, Basilio, Ambrosios y Gregorios. El mas elocuente de nuestros hombres políticos, que permanece con calma, noble y sabio en medio del delirio de las asambleas, y cuyo talento parte del corazón para ir al corazón, ha asistido á uno de estos concilios, y ha salido lleno de admiración, y conmovido hasta verter lágrimas: éste me decia: *¡Oh! esto da envidia. . . . ¡Cuán miserables y pequeños somos al lado de esa elevada razon que viene del cielo!*"

La Alemania, el Austria, la Italia, la Irlanda, la Inglaterra, tienen tambien sus sínodos y sus concilios. *Tengamos valor*: que una brisa de lo alto sopla sobre el mundo: los cedros se agitan y se inclinan bajo este soplo puro y saludable; y nuestra madre la santa Iglesia ha reconquistado su libertad; ella nos grita con toda su voz que acudamos á ella. Tiene paz para nuestras almas inquietas, fuerza para nuestras debilidades, bálsamo para nuestras heridas, y divinas esperanzas para levantar nuestros corazones abatidos.

La religion es una gran patria; el catolicismo no debe tener límites ni fronteras. Donde quiera que se eleve una cruz y un tabernáculo; donde quiera que se adore á Jesucristo como nosotros le adoramos, ese es nuestro país. . . . Así es que en el fondo del alma me regocijo de ver á la Inglaterra estremeciéndose bajo la palabra del cardenal, que S. S. Pio IX acaba de enviarle como arzobispo de Westminster. . . . Esos obispos célebres de la Iglesia primitiva, cuyos nombres escribimos á cada paso para defender un rebaño, para reivindicar las santas libertades del santuario, ¿han hablado acaso con mas elocuente vehemencia que el cardenal Wiseman. . . .? ¡Oh! Cuando uno ve anunciarse grandes acontecimientos, tales como los que se preparan para el reino de San Eduardo, sometiendo todos á la voluntad de Dios, le pesa estar tan adelantado en el camino de la vida; se teme llegar al

fin comun á todos antes de haber visto levantado el velo por completo. . . . Daniel O'Connell repetía á menudo: *Antes de cincuenta años se celebrará la misa en la iglesia de Westminster. . . .*

Hoy que el gran agitador reposa en la tumba, su alma, que ha comparecido ante Dios, sabrá que dijo la verdad.

Con el sacramento del Orden parece haber sacado Dios de sus tesoros del cielo todas las magnificencias de su gracia, para repartirlas sobre la tierra. Cuando uno fija su pensamiento, cuando consagra muchas horas al estudio de la historia del cristianismo, adquiere la convicción de que la sabiduría divina todo lo ha previsto. Sin duda, ante todo hombre viviente, se abren diversos caminos, complicados senderos; puede estraviarse, perderse. . . . no temais por él; la bondad del Señor le enviará un ángel, como al joven Tobías. . . . ó le hará encontrar en el camino que sigue á uno de esos pescadores de hombres, discípulo y siervo de Jesucristo, que la Iglesia ha establecido y enviado por todas partes para iluminar, para conducir, bendecir y consolar á los que marchan en la amargura del corazón y en la incertidumbre del espíritu.

Digamos algunas palabras mas sobre los curas, los vicarios y los sacerdotes agregados á las parroquias ó comunidades y los hospitales; sobre ese clero inferior (1), á quien somos deudores de ese resto de buenas costumbres que se encuentra en las aldeas y en los campos. "El aldeano sin religion es una bestia feroz; no tiene freno, educacion ni respeto humano. Una vida penosa ha agriado su carácter. La propiedad le ha quitado la inocencia del salvaje: es tímido, grosero, desconfiado, avaro, sobre todo, ingrato. Pero por un milagro visible, este hombre perverso se hace excelente en manos de la religion. Tanto como ha sido malo, se convierte en valiente, su inclinacion de traidor se cambia en una fidelidad á toda prueba, su ingratitud en una adhesión sin límites, su desconfianza en una confianza absoluta. Comparad á esos aldeanos impíos, quemando á fuego lento las mujeres, los hijos y los sacerdotes; comparadlos á los vandeanos y á los bretones, defendiendo el culto de sus padres, y únicos libres, cuando la Francia estaba abatida bajo el yugo del terror; comparadlos, y vereis las diferencias que la religion puede introducir entre los hombres."

El inmortal escritor añade: "Se han podido echar en cara á los curas las preocupaciones de estado ó de ignorancia; pero despues de todo, la simplicidad del corazón, la santidad de la vida, la pobreza evangélica, la caridad de Jesucristo, los hacían una de las órdenes mas respetables de la nacion: se han visto muchos, que mas que hombres parecían espíritus bienhechores enviados á la tierra para consolar á los miserables. Frecuentemente se privaban del pan para alimentar á los necesitados, y se despojaban de sus trages para vestir al indigente. ¿Quién osará reprochar á tales hombres alguna severidad de opinion? ¿Quién de vos-

otros, soberbios filántropos, querria, durante los rigores del invierno, desvelarse entre los riesgos de la noche para ir á administrar lejos de las campiñas al moribundo espirando sobre la paja? ¿Quién de vosotros querria ver sin cesar su corazón herido del espectáculo de una miseria que no puede socorrer? ¿Verse rodeado de una familia cuyos macilentos rostros y hundidos ojos anuncian el ardor del hambre y todas las necesidades? ¿Querriamos seguir á los curas de Paris, á esos ángeles de la humanidad, al hogar del crimen y del dolor, para combatir el vicio bajo las formas mas horribles, para verter la esperanza en un corazón desesperado? ¿Quién de nosotros, en fin, querria abstenerse del mundo de los dichosos, para vivir eternamente entre los que sufren, y no recibir muriendo, por tantos beneficios, sino la ingratitud del pobre y la calumnia del rico?"

Hay muchas moradas en la casa de mi Padre, ha dicho el Hijo de Dios; en la tierra hay diversos grados de santidad para llegar á las celestiales moradas. Acabamos de ver obispos establecidos por el Espíritu Santo gobernar y administrar sus diócesis, en que tienen el derecho y el deber de *arrancar, destruir, edificar y plantear*. Hemos mostrado al cura, ofreciendo el sacrificio, ligando y desatando pecados, absolviendo y bendiciendo, socorriendo y consolando las ovejas que el Señor le ha dado á guardar; hemos seguido al vicario haciendo el bien en la parroquia, dejando, como el Divino Salvador á los niños venir á él, instruyéndolos él mismo para enseñarnos á conocer, amar y servir á Dios; todas estas funciones son sublimes y santas, y emanan del sacramento del Orden! Pero no se detienen aquí sus divinos efectos; la gracia se estiende aun mas allá del círculo del mundo; el universo todo entero es el que vamos á hacer ver entregado al zelo evangélico, al ardor de la caridad, á la santa sed de la salud de las almas; porque estas palabras del Redentor: "Id y enseñad, bautizando en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo," han resonado á través de todos los siglos, y resuenan todavía á través de todas las distancias. Cayendo sobre corazones frios estas palabras, divinas como son, serán como las gotas del rocío que caen sobre la roca fria y dura. Bañarán la superficie sin penetrar. . . . pero, ¡gracias á Dios! aun hay almas heroicas en el mundo. Las hay á quien el zelo de la casa del Señor devora, y que no quieren reposo mientras haya un bien que hacer: en estos corazones no penseis hacer entrar los pensamientos reducidos y vulgares de la sociedad de nuestros días; estos pensamientos causan disgustos en esos seres escogidos, á quienes la caridad inflama.

El mundo nos dice: *Pensad en vos*. La caridad nos grita: *Olvidaos de vos, y pensad en los otros*. Entre estas dos máximas tan diferentes, la elección del cristiano es pronta; desde que ha oído la voz de lo alto, se levanta como Samuel, y dice: **HEME AQUÍ, SEÑOR.**

Cuando en medio de la noche dejó Samuel su lecho y cayó de rodillas para responder á Dios,

(1) Chateaubriand. Genio del Cristianismo.

era niño... Pero los que se me aparecen en lo pasado, levantándose al llamado de una voz misteriosa, son hombres ligados á la tierra por los años y los lazos de familia; y sin embargo, vedlos de pié, prontos á partir, dispuestos á ir por todas partes donde Dios quiere que vayan... Aquel que diviso á la cabeza de esta milicia santa, es ya de edad; está lejos de su país natal, y los mares que acaba de atravesar tienen olas mas terribles, abismos mas profundos que los del mar de Galilea: desde que Dios crucificado, muerto y resucitado se elevó de la cima del Thabor á lo mas alto de los cielos, el apóstol que veo pisar el suelo de la Italia, ha convertido en Jerusalem cinco mil almas en una sola predicacion: ¡confía tanto en Dios! Está convencido de que la fé en Cristo es mas poderosa que todas las potestades del mundo, que es lo mas formidable que existe bajo el sol; y viene á echar en la capital del imperio romano (1) los fundamentos de la potestad eclesiástica. Los primeros Césares reinaban todavía, y ya al pié de su trono, en el tropel, circulaba Simon Pedro, hijo de Juan, sacerdote desconocido, que debia reemplazarlos en el capitolio.

He aquí otro que se eleva, y tambien quiere llevar á lo lejos la palabra de Jesucristo: despues de haber confesado á su Divino Maestro ante los sabios y filósofos del Areópago, llega á Roma para morir allí, y sus huesos se juntarán á los del príncipe de los apóstoles en una misma tumba.

Con estos gloriosos ejemplos, ¡cuántos hombres de corazon y de fé querrán marchar, querrán imitar ESOS DOS GRANDES MISIONEROS, patronos de todos los que consagran su vida á la propagacion de la fé!

Esta pasion de la salvacion de las almas era enteramente desconocida de los idólatras: lo que es falso nada inspira, ó inspira el mal; los nobles y generosos pensamientos vienen de la verdad. El entusiasmo divino que anima al misionero apostólico, emana directamente de Dios. Sin sus sacramentos, nuestras almas permanecerian secas y frias, y nada bueno ni bello podria en ellas germinar. Los apóstoles Pedro y Pablo se destierran de su país para arrancar á los pueblos el error y enseñarles la verdad. Para traerlos á su santa creencia, debieron sufrir y morir. Y no se sabe que los antiguos filósofos de Roma, de Esparta y de Atenas, hayan tenido jamas el pensamiento de abandonar su dulce patria, para ir á lo lejos á predicar el culto de Júpiter y Marte, de Minerva y de Venus.

No, demos gracias á Dios: el error no ha tenido ni tendrá jamas la diligencia que la verdad; nadie sino el verdadero discípulo del verdadero Dios, puede tener tanta abnegacion de sí mismo, tanto amor al prójimo, para abandonar la vida de familia, el reposo de la comodidad y el aire de la patria, para ir á merced de una inspiracion sublime á humanizar al salvaje, instruir al ignorante, curar al enfermo, vestir al pobre, rescatar al esclavo y sembrar la concordia y la paz entre las naciones

(1) Genio del Cristianismo. Chateaubriand.

bárbaras y enemigas: esto es lo que los misioneros cristianos han hecho y hacen todos los dias.

El sacerdote que ha sido ungido con el aceite de la fuerza y el crisma de salud, ha recibido en sí una cosa sobrehumana: por el sacramento del *Orden*, por la gracia que de él emana para fortificar y santificar el alma, ha mirado con desden el egoismo y las cosas falsas del mundo. Se diria que el dia en que el obispo le ha impuesto las manos, los ángeles le han rodeado, y que uno de estos espíritus celestiales le ha puesto sus alas para elevarse muy alto sobre la superficie de la tierra; ¡tanto así menosprecia los intereses de acá abajo!

Otras veces es tímido y medroso, inesperto, no se atreve por sí mismo á *emprender nada*: ahora esclama como David ante Goliath: *El señor está conmigo: ¿quién podrá hacerme temblar...?* Y si sus padres, sus hermanos, intentan detenerlo, impedirle partir, embarcarse para bogar hácia los países menos civilizados y mas lejanos, tambien tendrá su exclamacion de ¡DIOS LO QUIERE! Para salvar las almas de algunos salvajes, afrontará los riesgos de los mares, las tempestades, los hielos del polo, los fuegos del trópico, las flechas emponzoñadas y los festines sangrientos de los antropófagos.

Por salvar una sola alma y convertirla á Jesucristo, consentirá voluntariamente en vivir con el esquimal (1) envuelto en su piel de vaca marina; se alimentará con el aceite de ballena con los groenlandeses; con el tártaro ó el iroqués correrá por las soledades; montará sobre el dromedario del árabe, ó seguirá al café errante en su abrasado desierto: el chino, el japonés, el indio, serán sus neófitos; y cuando él sea tambien el que haya obedecido con gusto el cuarto mandamiento, *honrarás á tu padre y á tu madre*, él, que ha amado siempre á sus hermanos, cuando esté á tres mil leguas de su país natal, bendecirá á Dios en la alegría de su alma, porque ha esparcido el agua regeneradora del bautismo sobre la cabeza de un miserable idólatra, convertido un su hermano en Jesucristo! ¡Milagros de la caridad, cuán admirables sois! y cómo realizais nuestra pobre humanidad! Sin el pensamiento religioso, ella se amilana; con él se engrandece y se eleva como el cedro del Líbano y del Thabor. Para dar su perfume la rosa de Jericó, necesita el sol de Oriente; para dilatarse nuestra alma necesita el fuego de la caridad.

El hambre y la sed de oro llevan al hombre á las regiones mas lejanas; el especulador y el negociante han dejado la huella de sus pasos en los mas áridos desiertos, en los bosques mas espesos, sobre la cresta de las montañas que superan á las nubes y se cubren de nieves eternas, y en el suelo negro de las minas en las entrañas de la tierra; sus navios han surcado todos los mares, arrojado el ancla en medio de los arrecifes y de los escollos mas temibles, y abordado á todas las riberas. El hambre y la sed de ganar, no la plata, no el oro, sino almas para Dios, han llevado la caridad mas lejos que donde el amor del lucro ha podido jamas con-

(1) Chateaubriand. Genio del cristianismo.

ducir al especulador ambicioso: en esta lucha, en esta especie de desafio entre las cosas del cielo y las de la tierra, el misionero ha sido siempre vencedor... ¡Ah!... No creais por eso que se lleve de orgullo: el sacerdote cristiano no se gloria de sí mismo; á Dios es á quien atribuye toda dicha y toda gloria; como el salmista esclama en su triunfo: *Non nobis, Domine, non nobis, sed nomini tuo, da gloriam!*

Hay navegantes, en verdad, que por amor de la ciencia afrontan como el apóstol de Jesucristo los peligros del mar, y que tambien como él han abandonado las delicias del lecho paternal, del hogar hereditario, para ir muy lejos á pasar la vida de salvaje, y hacer descubrimientos en tierras desconocidas; pero este sabio, de regreso á su patria, publicará el resultado de sus lejanas y aventuradas exploraciones; los ecos del mundo repetirán su nombre y le crearán una celebridad entre sus contemporáneos; saboreará las alabanzas, se envanecerá en su gloria; y he aquí lo que el mundo tendrá que darle. Esta recompensa de sus trabajos es tan mezquina, tan miserable, que en manera alguna tiente al misionero evangélico: ¡él ha pesado lo que vale la gloria de acá abajo, y la ha desdeñado; tambien lo que ha sufrido para arrancar las almas al imperio del demonio! A esos pueblos ciegos, sentados á la sombra de la muerte, ha querido hacerles ver la luz radiante que sale de la cruz y brilla como el sol de salud. Para conseguir este resultado, para llegar al centro de estas naciones salvajes, el apóstol viajero ha debido atravesar bosques vírgenes, donde el pié de un hombre civilizado jamas ha abierto una vereda; salvar pantanos impracticables, atravesar rios impetuosos, preparar rocas inaccesibles... Todos estos obstáculos han tenido en su camino, y con el celo de la fé los ha vencido; pero no se lo ha dicho á persona alguna: Dios y los ángeles solamente saben las fatigas, las penas, los males que le han rodeado; esto le basta. Ha obedecido un mandamiento del Señor: ama el alma del salvaje como la suya propia; ha querido salvarla con el bautismo, y lo ha conseguido á través de mil peligros; y bendiciendo al Señor, le pide nuevos para llevar al cielo nuevas almas.

Varias congregaciones religiosas se han consagrado á las misiones á pesar de las dificultades que presentan. Habia para los corazones generosos una noble y santa tentacion. Los dominicanos, el orden de San Francisco, los jesuitas y los sacerdotes de las misiones extranjeras, han llenado las regiones celestiales de idólatras convertidos, y es de creer que los valerosos apóstoles que les han abierto los ojos, estén radiantes de gloria en el paraíso, al lado de aquellos á quienes han conducido allí.

Entre los mas hábiles é infatigables *reclutadores* para la patria celestial, es preciso colocar en primera línea á los discípulos de San Ignacio de Loyola. He aquí lo que dice el mas bello ingenio, el mas elocuente escritor de nuestros dias. "El jesuita (1) tenia sobre el comun viajero, la ventaja

(1) Genio del cristianismo y Cartas edificantes.

de una educacion sábia; los superiores escogian muchas cualidades á los escogidos que se destinaban á las misiones. Para el Levante era preciso saber el griego, el árabe, el turco, y poseer algunos conocimientos en medicina; para la India y la China se escogian los astrónomos, los matemáticos; la América estaba reservada á los naturalistas. ¡Y á cuántos disfraces santos, piadosas intrigas, cambios de vida y de costumbre no estaba obligado á veces para anunciar la verdad á los hombres! En Maduré el misionero tomaba el traje de penitente indiano, se sujetaba á sus usos, se sometía á sus austeridades por desagradables que fuesen. En la China se convertia en mandarín y letrado; con el iroqués se hacia cazador y salvaje."

Entre las almas hambrientas de la salvacion de los idólatras, es preciso citar una de las glorias mas grandes de la Compañía de Jesus, un héroe de la caridad, San Francisco Javier. Este gentil-hombre, oriundo de una familia de España de las mas distinguidas, habia hecho dilatados estudios y venido á Paris á perfeccionarse en las ciencias. Se hizo tan hábil en filosofia y la profesó con tanto éxito, que su reputacion se extendió muy lejos: Dios quiso que conociese á San Ignacio de Loyola durante su permanencia en Francia, y trabase amistad con este grande hombre, tan simpático como sublime, por su carácter y su virtud. Ignacio, que habia vivido en el gran mundo y conocia toda su vanidad, no tuvo inconveniente en dar á conocer á su amigo todo lo fútil de las cosas de la tierra, y le persuadió á consagrar todos sus talentos, toda la energía de su alma al servicio de Dios. Los dos estaban en Paris, y habiendo escapado Javier de una enfermedad muy grave, se habia ligado por un voto en la iglesia de Montmartre, el dia de la Asuncion de 1554, á consagrarse en cuerpo y alma á la conversion de los pecadores.

Habiendo tenido Ignacio de Loyola el consuelo de ver su orden confirmada por el papa Inocencio III, se dispersó su milicia por todos los puntos del globo, con un mismo deseo, una misma resolucion, un mismo objeto: *trabajar en la salud de las almas*, y á la mayor gloria de Dios: AD MAJOREM DEI GLORIAM.

Habiendo pedido Juan III, rey de Portugal, misioneros para enviar á las Indias, Dios hizo conocer que á estas destinaba á Javier, que por el éxito de sus predicaciones era mirado como el apóstol de la Italia.

Despues de recibir la bendicion apostólica se embarca Javier no llevando consigo mas que su breviario, su crucifijo y su rosario, para ir á la conquista de las almas. Partió con el corazon lleno de confianza en el Señor, y de amor hácia el prójimo. Esta confianza en Dios no fué engañada, y este amor por nuestros hermanos en Jesucristo, debió tener numerosas y grandes alegrías para el alma del apóstol, porque jamas misionero alguno obró tantas conversiones como él... Su palabra se hacia irresistible para todos los pueblos que venian á escucharlo. En Africa, en Goa, en la parte de la Pesquería, en el reino de Travancor, en algunos

meses convirtió Javier mas de diez mil idólatras. Los numerosos milagros que obraba en nombre de Jesucristo, las tempestades calmadas, las aguas detenidas, las enfermedades curadas, los muertos resucitados, habían llevado muy lejos el nombre del siervo de Dios. Los pueblos que aun estaban muy en la ignorancia de la verdad, se levantaban para pedirle. A su voz el cristianismo se estiende como un beneficio en las Indias é islas que la rodean. Insaciable de trabajos, su ardiente caridad sueña nuevas conquistas para el cielo: no hay isla ó escollo en el Océano que pueda escapar á su zelo, y como en otro tiempo los reinos faltaban á la ambición de Alejandro, va á faltar tierra al apóstol del Dios de las misericordias.

Llega al Japon, encenegado en el error y mas ligado al culto de los ídolos que todos los demas países. Allí le intimidan menos que en los otros los obstáculos, los peligros, y las persecuciones. Dios está con él: ¿quién le puede hacer temblar? Empieza su obra, y su trabajo es bendecido del cielo. Las poblaciones de las campiñas y de las ciudades quieren verlo y oirlo. Corren, le escuchan, y aquel que tiene todos los corazones en sus manos y que los dirige á su antojo, da tal persuasión á la palabra de su siervo, que aquellos inmensos tropieles caen de rodillas, piden á gritos el bautismo y abrazan la fé de Jesucristo.

En medio de estos triunfos, Javier aún quiere otros; al poderoso imperio de la China, es donde quiere ir á llevar las luces del Evangelio y plantar la cruz de su divino maestro. Llega bien pronto á la *isla de Sancian*, vecina del *Celeste imperio*. Allí es donde la Providencia ha señalado el término de la carrera del infatigable misionero. Podría ir mas lejos, pero quiso Dios que el apóstol viajero al fin descansase; quiso que allí recibiese la palma que le traían los ángeles, y la corona de santidad que tenia tan bien ganada.

Instruido del día y hora en que su alma habia de volver á Dios, se preparó para la muerte con aquel fervor angelical que le hacia estasiarse á menudo. Cuando estaba así, como trasportado al cielo, su alma se hallaba inundada en delicias y tan radiante de dicha, que en la pobre choza de madera en que se retiraba á orar y entre el ruido de las olas, exclamaba en sus divinos trasportes: *Satis est, Domine, satis est*. Basta, Dios mio, basta.

El 2 de Diciembre de 1552, pasó Javier á mejor vida, de edad de cuarenta y cinco años. En esta vida tan corta ¡cuántos trabajos soportados! En estas duras fatigas, en sus penosas pruebas, ¡cuánta fuerza, cuánta resignación! En esta muerte, ¡cuánta suavidad! En los cielos, ¡qué magnífica recompensa!

Cuando los jesuitas se atrajeron algunos indios, recurrieron á un medio poético para ganar las almas: habían notado que los salvajes de estas riberas eran demasiado sensibles á la música; y se dice que las aguas del Paraguay vuelven la voz mas bella. Los misioneros se embarcaron en sus piraguas con los nuevos catecúmenos, y subieron los rios entonando sus cánticos. Los neófitos repetían

los cantos como los pájaros educados, cantan para atraer á las redes á los pájaros salvajes. Los indios no dejaron de caer en el dulce cebo. Descendían de sus montañas y corrían á las riberas de los rios para escuchar mejor estos acentos; muchos de ellos se arrojaban en las aguas y seguían á nado la navicilla encantada. El arco y la flecha escapaban de mano del salvaje; el gusto de las virtudes sociales y las primeras dulzuras de la humanidad, entraban en su alma confusa; veía á su mujer y su hijo llorar con una alegría desconocida. Bien pronto subyugado por un atractivo irresistible, cayó al pié de la cruz, y mezclaba torrentes de lágrimas á las aguas regeneradoras que caían sobre su cabeza.

Todavía entré nosotros, en nuestra época tan poco poética, los padres misioneros, como hemos dicho en este libro, han recurrido á las bellas artes, para elevar las almas hácia Dios: el Canto de los cánticos es uno de los grandes arbitrios de las misiones en las campiñas y en las aldeas. Y cuando han acabado los santos ejercicios, cuando los apóstoles han vuelto á sus retiros, las poblaciones evangelizadas, están en cierto modo obligadas á guardar el recuerdo de todo lo que les ha prometido el Señor de las misericordias y de los perdones; porque ha quedado en el país como los ecos, para repetir los piadosos cánticos. Las mujeres y los niños no han olvidado los cantos que les han enseñado los misioneros; y durante el trabajo de los campos y la vigilia de la noche, bajo el techo de la familia, se les recita en coro.

A veces los hombres políticos preguntan con desden, ¿qué sería un país abandonado, entregado al poder de los sacerdotes? Vamos á responderles con un hecho histórico, y á mostrarles lo que los pobres sacerdotes han podido dar de dicha á hombres sobre los cuales tenían autoridad. . . . Como me falta lugar, solo podré reproducir algunos rasgos de este magnífico cuadro.

Los nombres de los padres Maceta y Cataldino, deben figurar entre los de los bienhechores de la humanidad. Con la inspiración de Dios, se han hecho legisladores, y han fundado una república cristiana, que los enemigos de Cristo se han visto obligados á admirar y echar menos.

Los dos padres de la Compañía de Jesus que acabamos de nombrar habían reunido algunos salvajes esparcidos en las riberas del *Uruguay*, les formaron una pequeña villa á la cual, por un recuerdo de la bella Italia, dieron el nombre de *Loretto*. De este punto consagrado á la Santísima Virgen, Madre del Salvador, es de donde han salido tantos beneficios, tanta dicha, durante siglo y medio, sobre las hordas salvajes civilizadas por el cristianismo.

La pequeña y feliz república estaba dividida en barrios (*reducciones*): dos misioneros administraban y gobernaban cada pequeña poblacion. Cada una de ellas tenia dos escuelas: una para las primeras letras, otra para el baile y la música; recreos naturales de todas tribus primitivas. En poco tiempo estos hijos del desierto habían pro-

gresado tanto al soplo maternal de la religion, su inteligencia natural se habia desarrollado tanto, que se habían vuelto hábiles obreros, sabiendo hacer ellos mismos sus órganos, arpas, flautas, guitarras y nuestros instrumentos guerreros. Desde que un niño tenia siete años los dos religiosos, que al mismo tiempo hacían de padres de familia y de administradores, estudiaban su carácter. Si parecía propio para los empleos mecánicos, se le hacia entrar en uno de los talleres de la reduccion, en aquel á que mas inclinacion tenia: se hacia platero, dorador, relojero, cerrajero, carpintero, ebanista, tejedor, fundidor. Cuando se descubría vocacion de labrador, se le enviaba á los trabajos del campo.

Las mujeres trabajaban separadas de los hombres. En el interior de sus moradas, en los talleres como en las familias, la presencia de un Dios viéndolo y oyéndolo todo, era recordada por sentencias escritas y por la voz de los gefes.

Los perezosos eran condenados á trabajar una porcion mayor del campo comun.

Los hombres vestían como los antiguos castellanos. Cuando iban al trabajo, cubrían este traje de un capoton ó sobretodo de tela gruesa, semejante á nuestras blusas.

Las mujeres llevaban largas túnicas blancas; sus cabellos flotantes les servían de velo.

Entregadas á sí mismas, las poblaciones salvajes aman las fiestas: la pequeña república tenia las suyas. Eran anunciadas en las vísperas, no solamente con repiques solemnes, sino tambien con fuegos artificiales é iluminaciones, en que los niños danzaban en la plaza pública.

Escuchemos al padre Chaslevoix, explicando estas fiestas, á las cuales habia asistido con sus hermanos los misioneros: "He dicho que nada habia de precioso en esta fiesta del *Corpus*, pero todas las bellezas de la naturaleza gozan una variedad que las representa en todo su esplendor. Allí estaba, si así puedo hablar, muy viva; porque en las flores y ramas de árboles que componen los arcos triunfales, bajo los que pasa el Santísimo Sacramento, se ven volar pájaros de todos colores, que están atados por las patas con hilos tan finos y largos, que parecen tener entera libertad, y haber venido por sí mismos para mezclar sus gorjeos al canto de los músicos y de todo el pueblo, y bendecir á su manera á aquel cuya Providencia jamas les falta. . . .

"De trecho en trecho se veían tigres y leones encadenados para que no turbasen la fiesta, y hermosos pescados jugando en grandes depósitos llenos de agua; en una palabra, todas las especies de criaturas vivientes asistían allí como por comision para rendir homenaje al Hombre Dios en su augusto Sacramento.

"Se hacían entrar en esta decoracion todas las cosas que hacen el regalo en las grandes alegrías. Las primicias de todas las cosechas para ofrecerse al Señor, y el grano que se debía sembrar para que el Señor lo bendijese. El canto de los pájaros, el

rugido de los leones, el estremecimiento de los tigres, todo se hacia oír sin confusion y formaba un concierto singular."

Nosotros hemos visto otras repúblicas querer tambien moralizar el pueblo con fiestas tomadas del paganismo de los griegos y de los romanos, y recordamos el sentimiento general que han hecho nacer entre todos aquellos que han asistido á ellas. . . . en que, simples espectadores, han visto desfilar sus dos ridículos cortejos. . . . el menosprecio y el disgusto.

Me es preciso terminar la relacion de los beneficios que los misioneros de varias órdenes religiosas frecuentemente á precio de su sangre y de su vida, han ido á llevar allende los mares. Los *dominicanos*, los *franciscanos*, los *padres de la Redencion*, los *hermanos predicadores*, los *sacerdotes de las misiones extranjeras*, los *lazaristas*, y otras muchas órdenes cuyos nombres no recuerdo, se han consagrado al rescate de las almas; es preciso decir en alta voz y agradecer á Dios por los obreros que jamas han faltado en el campo del padre de familia.

La religion cristiana es madre de la caballería; así es que entre las órdenes consagradas á la cruz, se encuentran muchas que no habían podido renunciar la espada; habían querido guardarla, y no por amor de las batallas, sino por la gloria de Dios. Entre las órdenes semi-religiosas y semi-caballerescas, citamos á los hospitalarios ó caballeros de Malta, los caballeros de Calatrava, Alcántara, San Lázaro y Santiago de la espada. Casi todas estas órdenes datan de las cruzadas. La vista de los Santos Lugares, exaltaba su fé y su piedad; y estas dos virtudes se ligaron con piadosas y nobles alianzas, al valor y al honor; de donde nacieron esas instituciones caballerescas y religiosas.

Esto era bastante para los hombres de los campamentos; mas para las almas ardientes y celosas que aspiran al cielo y buscan las austeridades y mortificaciones (para estar mas seguros del porvenir), era preciso mas; así es que la religion abrió y fundó otros asilos. Escondidos entre los placeres del mundo, hay tantos disgustos, tantos errores, desengaños, sufrimientos y dolores, que para poder ofrecer abrigo y refugio á todos aquellos que la sociedad habia herido y matado, el catolicismo ha debido levantar sobre las montañas áridas, en los valles frondosos, en los desiertos, en el espesor de los bosques, en las riberas de los rios y en las playas batidas por las olas, casas de meditacion y de oracion, conventos y abadías. En todos estos puerros, en esas *ensenadas de buen socorro*, se necesitaban personas de ciencia y esperiencia para dirigirlos. Los obispos se habían encargado de escoger los abades, de nombrarlos y consagrarlos.

Las superiores de las abadías de mujeres, debían tambien recibir la unción del obispo, antes de ser abadesas. Muchas de entre ellas tenían derecho de llevar báculo.

Para saber el número de las órdenes religiosas, hay que hacer un cálculo: y es contar las enfermedades de cuerpo y alma que afligen á la humanidad. Computad nuestras angustias y nuestras

miserias, nuestras inquietudes y pesares, y sabreis sin mas investigacion, cuántas de estas hospederías espirituales han existido en toda la estension de la cristiandad. El número era inmenso, pues cada una de nuestras aflicciones tenia la suya.

Antes que se hubiesen construido estos lugares de refugio, la piedad y el arrepentimiento, la fé y la esperanza, habian poblado de anacoretas los desiertos de la Thebaida, las grutas del Carmelo, el valle de Josafat, los sepulcros arruinados de los reyes sucesores de David, y otros mil lugares ocultos á las miradas del mundo, y á propósito para elevar el alma hácia Dios y hacer brotar lágrimas de contricion.

El desierto, las rocas y las ruinas, perdieron sus huéspedes cuando la religion erigió estos piadosos asilos, lejos del ruido de una sociedad agitada sin cesar; la paz, la tranquilidad del claustro, una vida piadosa en comun, una misma morada, donde la inquietud del día de mañana estaba desterrada, hicieron afluir allí los infortunados que el mundo habia engañado. . . . son lugares dignos de sentirse. Y solo en el seno de Dios es donde aquellos pueden encontrar socorro y consuelo; pero hay otros desgraciados que lloran mas amargamente que los desencantados de los engañosos placeres del siglo. Estos son los desgraciados á quienes faltan al mismo tiempo el pan y la salud; son aquellos que no tienen una piedra en que recostar su cabeza, ni un andrajo con que cubrirse, ni un lecho para estender sus miembros helados y adoloridos.

La caridad es la primera virtud de los cristianos. Los de la primitiva Iglesia ponian en comun algunos dineros para socorrer á los pobres, á sus enfermos y á sus viajeros. Cuando la Iglesia se hizo mas rica, fundó, para socorrer á los que sufren y sucumben bajo el doble peso de la enfermedad y de la miseria, establecimientos dignos de la Esposa de Jesucristo.

Los hospitales de leprosos de San Lázaro, han sido las primeras casas de asilo abiertas á los desgraciados leprosos. Los hombres atacados de este horrible mal, causan horror á todos, son abandonados de todos. . . . Me equivoco, si ellos pueden hacer retroceder á los monjes de San Basilio, que se han consagrado á servirlos y curarlos.

Los trinitarios ó hermanos de la Redencion, consagraban sus fortunas y vidas al rescate de los cautivos, caidos en manos de los infieles.

Las religiosas penitentes arrebatában al vicio las desgraciadas mujeres perdidas. Tan pronto estas santas tomaban el nombre de hijas del Buen Pastor, como el de hijas de la Magdalena.

“La hermana gris (1) va á socorrer el indigente en su cabaña, el padre capuchino vuela al incendio, el hermano hospitalario lava los pies del viajero, el hermano de la Buena muerte consuela al agonizante sobre su lecho, el hermano sepulturero lleva el cuerpo del pobre muerto, la hermana de la Caridad sube al sétimo piso para prodigar el oro, el vestido y la esperanza. Estas mujeres, tan jus-

tamente llamadas *hijas de Dios*, llevan aquí y allá los alimentos, las hilas y los remedios. Los del cordón, los carmelitas, los franciscanos, tenian una mision menos dulce, la de ir á las prisiones á anunciar la sentencia al criminal.”

Quando se tiene á la vista el largo catálogo de bienhechores y bienhechoras, que nuestra santa y compasiva religion, ha dado como ángeles consoladores al mundo de los pacientes y abandonados, se siente un vivo pesar de no poderlos señalar todos. Este pesar lo siento yo, porque me faltan el tiempo y el espacio.

Nombrarémos los santos que hemos visto en nuestros días: *la hermana gris, la hermana de la caridad, la hermana hospitalaria, la hermana de Nuestra Señora del Buen Socorro*, y otras muchas caritativas, que sus votos ligan á los lechos de los enfermos y moribundos.

Los hermanos de San Juan de Dios y las hermanas de San Yon, consagrados á la custodia de los dementes, y espiando en medio del vértigo y del delirio de los locos confiados á sus cuidados, algunos instantes lúcidos y tranquilos para curar sus pobres almas turbadas al mismo tiempo que sus cuerpos.

Los hermanos y hermanas de la doctrina cristiana, las hermanas de la Sabiduría, de la Providencia y de San Carlos, se han hecho los institutores é institutrices de niños y niñas pobres, que el vicio persigue sin cesar para corromperlos y perderlos. Las señoras del Sagrado Corazon, de la Visitation, de la Santa Infancia, las agustinas, las ursulinas, las benedictinas, las señoras de Santa Maria, son las segundas madres de las jóvenes ricas que viven en sus santas casas, y saben con un tacto admirable mezclar el pensamiento de Dios y del deber en todo lo que enseñan.

Para la educacion cristiana, que forma la inteligencia y el corazon, sabemos adonde se debe enviar á nuestros hijos: del pié de la cruz es de donde emanan todos los principios que elevan el alma y la salvan: nuestros colegios católicos han florecido y florecerán aun mucho tiempo bajo la direccion de órdenes religiosas, especialmente consagradas á la educacion: los jesuitas, los dominicanos, los benedictinos y los padres del Oratorio.

Un santo, Luis IX, de gloriosa memoria, fué quien fundó el primer hospicio para los pobres ciegos. Es un sacerdote, el abate Sicard, el que ha hecho hablar al mudo y al sordo, asombrado de oírlo. Un francés, San Vicente de Paul, el que despues de haber sido pastor y esclavo en Túnez, se hizo sacerdote ilustre y fundador del hospital de niños espósitos, del de los pobres viejos, del hospital de los presidiarios de Marsella, del colegio de sacerdotes de la Mision, de las conferencias de la caridad en las parroquias, de la compañía de señoras para el servicio del Hotel-Dieu, de las hijas de la Caridad, siervas de Dios y de los enfermos.

Antes de terminar, es preciso decir que este santo fundador de tantos establecimientos, fué piadosamente secundado por las grandes señoras de la corte y de la ciudad. Estas piadosas cristianas,

prestándole su apoyo han merecido las bendiciones de su siglo y el nuestro.

En los primeros tiempos de la Iglesia naciente, los obispos y los sacerdotes se reunian para la distribucion de limosnas y de socorros á las santas mujeres que tenian el título de diaconisas: su lugar y sus funciones estaban señalados en los templos del Señor. Hoy nuestras señoras caritativas, nuestras madres de los pobres, continúan y hacen, por decirlo así, revivir las diaconisas de los tiempos pasados. ¡Sean, pues, benditas como sus antepasadas!

En esta incompleta enumeracion de beneficios de nuestra santa religion, he tenido casi siempre el placer de nombrar á un sacerdote despues de cada institucion ó fundacion bienhechora. Y cuando me pregunto, ¿por qué tantos consuelos y socorros emanan de la misma fuente, EL SACERDOCIO? una voz me responde: “Porque los ministros de los altares de Jesucristo, al recibir el *sacramento del Orden*, adquieren tal superabundancia de gracias, que es preciso que se repartan fuera del santuario, como arroyos de agua viva y saludable, para refrescar y fecundar el campo del Señor.”

Marta y Maria amaban al amigo divino de su hermano Lázaro. Maria abrazada de los piés de Jesus, le escuchaba con atencion y con una gran quietud de alma: mientras que su hermana, activa diligente, iba y venia en la casa, preocupada del deseo de recibir bien á aquel que ella miraba como el Mesías prometido al mundo.

Maria nos representa esa porcion de la Iglesia, que vive en los altos lugares, lejos del ruido y del tumulto de acá abajo, y que en la calma y la tranquilidad, se entretiene deliciosamente con el Señor y los ángeles del cielo.

Marta me parece la patrona de esa milicia activa y santa: que permanece en medio de las agitaciones de la vida, los curas, los vicarios y sacerdotes agregados á las iglesias de las aldeas y los campos, y que consagran todos sus días y noches al alivio de los pobres y á la conversion de los pecadores.

En la paz de su claustro el cenobita medita, ruega, macera su cuerpo, engrandece su alma, y el rey de la tierra y de los cielos se inclina complacido hácia él para escuchar y recibir sus votos, que son por el triunfo de la Cruz.

Estos dos géneros de existencia son sin duda bien diferentes: pero no lo dudemos, ambos son agradables á Dios. El divino modelo de los hombres no ha recorrido solamente las ciudades, las aldeas y los campos de la Judea, para hacer allí el bien, convertir á los pecadores, instruir y consolar los justos, curar los enfermos y resucitar los muertos: sino que tambien se ha retirado al desierto para ayunar, orar y conversar con su Padre celestial.

La Iglesia, inspirada siempre por su divino Esposo, ha hecho bien en tener una parte de su milicia para rogar sobre la montaña; mientras la otra combate y se mueve en el llano.

San Antonio y San Pablo Ermitaño son los padres de los cenobitas. Los San Agustines, San Basilio, San Benitos: los San Franciscos de Asis, Santo Domingo, los Columbanos, los Brunos, los Rancés y otros mil santos, han fundado las órdenes religiosas, cuyos piadosos cenobitas, despues de haber edificado la tierra con sus austeridades y virtudes, han subido desde sus tranquilas soledades á las regiones bienaventuradas, para cantar eternamente con los ángeles, de quienes habian imitado la pureza, las alabanzas del Señor.

Santa Sinclética es la primera fundadora de los monasterios de Hijas; de allí es de donde los innumerables enjambres de puras y blancas palomas han tomado su vuelo para irse á postrar cerca del trono del Cordero entre el coro de vírgenes.

¡Qué rica y gran herencia ha dejado al mundo católico la piedad y munificencia de nuestros padres y la maternidad de la Iglesia! ¡Qué bellas y santas abadías elevadas sobre la superficie de la tierra! Comunidades para la oracion, hospitales para el sufrimiento, asilos para la pobreza, y viejos recuerdos para la patria. La mayor parte de estas riquezas de la Iglesia, ha desaparecido en la tempestad, y con el huracan de las malvadas pasiones desencadenadas contra la religion. . . . Pero cuando ha calmado la furia de la tormenta; cuando se ha dado una poca de paz á la sociedad, ha mirado en su derredor y ha llorado sobre tantas ruinas. . . . Porque ha sentido que tenia siempre necesidad de quietud para su alma, de reposo para su espíritu, de esperanza en sus males, de fuerza en sus debilidades, y ha visto que todas estas cosas no se encuentran mas que fuera del mundo. . . . al pié de la Cruz.

(1) Chateaubriand.

EL MATRIMONIO.

AL principio de los siglos, cuando el hombre salió de las manos del Criador, recibió la investidura de un poder sin límites sobre toda cosa criada, y en presencia de Dios fué donde ejerció el primer acto de su soberanía. Pero en esta revista solemne de seres sometidos á su dominación, se encontró que faltaba alguna cosa á las necesidades de su corazón; todo era perfecto en el universo; solamente bajo un aspecto esta armonía producida por la sabiduría eterna, pareció defectuosa: ¡el rey de la creación estaba solo!

“Es cierto que por su posición intermedia entre el mundo superior y el mundo inferior, el hombre, cuerpo y espíritu, se encontraba en relación con la naturaleza y con Dios; pero esta doble relación no le dejaba menos solo en su especie, solo en el lugar que ocupaba, perdido entre la tierra y el cielo. Ann cuando la naturaleza hubiese bastado á las necesidades de su cuerpo y Dios á las necesidades de su alma, él, privado de relaciones con seres de su misma forma y de su mismo grado, no hubiera bastado á la grandeza del puesto que estaba encargado de llenar; su historia hubiera sido muy corta, sus peligros muy ligeros, sus virtudes demasiado restringidas: como él tenía un mundo debajo, muy abajo de él, era preciso que él mismo fuese un mundo, y que así todas las partes de la creación, bien que desiguales entre sí por su lugar y por su esencia, se repartiesen en una cierta proporción de inmensidad.” (1)

El Señor dijo entonces:

“No es bueno que el hombre esté solo: hagámosle una ayuda semejante á él.”

“El Señor envió á Adán un sueño profundo, y mientras él dormía le sacó una de sus costillas y puso carne en su lugar.

“El Señor formó de la costilla que había sacado á Adán una mujer, y la entregó á Adán.

“Y Adán dijo: He aquí el hueso de mis huesos y la carne de mi carne. Esta se llamará con un nombre que indique que viene del hombre, porque ha sido tomada del hombre.

“Por ella el hombre dejará á su padre y á su madre, y se ligará á su mujer, y serán dos en una sola carne.

(1) Conferencias del padre Lacordaire.

“Y bendiciéndolos Dios, añadió: Creced y multiplicaos; llenad la tierra; dominad sobre los pecados del mar, sobre las aves del cielo, sobre todos los animales que se mueven sobre la tierra.

“Yo os doy todas las plantas que lleven grano sobre la tierra, y todos los árboles que en sí mismos encierren sus semillas, cada uno según su especie, para que os sirvan de alimentos.”

Así fué como desde el origen de los tiempos, instituyó Dios el matrimonio y creó la sociedad humana. La tierra, y todo lo que lleva, y todo lo que la reviste de un rico y magnífico manto, el Océano con sus olas y sus abismos, el cielo y los globos luminosos que la mano del Criador ha sembrado allí para que cumpliesen su curso al través del espacio, refiriendo su poder y su gloria, todo hasta entonces no parecía mas que un antojo de su voluntad suprema; pero al llegar á la creación del hombre, Dios se contempló á sí mismo antes de tratarla; y después, cuando el hombre fué una criatura, cuando el soplo divino lo elevó sobre todo lo que existe en este mundo, el Eterno parece de nuevo encerrarse en sí mismo, y consultar su sabiduría infinita: se diría que á su obra, incompleta hasta entonces, quiso imprimir un sello de perfección desconocida á toda criatura. Se ocupaba de formar la familia, de poner las bases de las sociedades y de los imperios; jamás pudo ocupar obra mas grande al Criador.

Todavía se estienden bajo el sol, casi desconocidas de los viajeros, comarcas inmensas donde reina el vacío, en todo lo que tiene de mas espantoso; se diría, al ver la desolación que allí se muestra, que allí el caos no había oído la voz del Eterno. Allí todo espanta, y nada asegura la mirada del hombre que ha penetrado á través de mil peligros; y cuando una vez ha sido arrojado sobre estas playas que nada tienen de fecundas, se llena uno de inexplicable tristeza; nada habla al alma, nada responde á la voz que llama.

Tal hubiera sido la tierra que habitamos, si la familia, si la sociedad no hubiesen sido creadas: ¿á quién, sin ellas, hubiese el hombre comunicado su pensamiento? ¿A quién pudiera descubrir la alegría de su alma? ¿Quién hubiera oído su voz, respondido á su palabra?... ¿Quién hu-

quiera dividido su dicha y su imperio? Dios dijo: No es bueno que el hombre esté solo.

Pero como acabamos de decir, citando á un gran orador, el hombre no está en este mundo como las demás criaturas, él participa de la tierra y del cielo, lleva en sí las inclinaciones terrestres y las celestiales; pero estas últimas forman el fondo de su ser, tienden invenciblemente á dominar todo lo que es terrestre, á regularizarlo, á volverlo en cierta manera celestial. Esta necesidad del hombre tiene origen en su propia creación. Formado á imagen de Dios, el hombre es arrastrado naturalmente hácia su modelo; todo lo que puede alejarlo es imperfecto y no puede convenirle.

Al crear Dios la sociedad, debía buscar su prototipo en sí mismo y crearle semejante á él: de otra manera el corazón del hombre no hubiera podido encontrar la dicha en sociedad; esta no le ofreciera mas que el vacío y el fastidio.

Pues que Dios es esencialmente ORDEN Y AMOR: la sociedad debe estar basada sobre el amor y sobre el orden; y la familia debía vivir, por el amor y por el orden.

El orden exige que todos los miembros de esta sociedad estén ligados y encadenados uno á otro, viviendo en una vida común á todos, perfeccionándose y completándose mutuamente.

El amor impedirá que este lazo se haga sentir de otro modo que no sea por su dulzura: todos se regocijarán de una dicha que debe ser la posesión de todos, y si algun mal puede temerse donde el amor es perfecto, este mal dejará de ser individual; vendrá á ser de la sociedad entera y será mas fácil de soportar su peso.

Para realizar semejante deseo, creó el Señor á la mujer no solamente igual al hombre, sino que le dió una forma semejante á la imagen de Dios. Porque en Dios una sola y misma sustancia pertenece á tres Personas Divinas que adoramos con la frente contra el polvo, y á quien reconocemos ser debida toda gloria, todo homenaje, todo respeto, todo amor. La sociedad del hombre y la mujer, bien que superior, no tiene semejanza mas que con la sociedad animal, en que Dios nos muestra dos seres parecidos, dos criaturas de las mismas formas, creadas para completarse; pero no formando una misma y sola carne, ni estando ligados por ella misma mas que de una manera imperfecta.

Así creados el hombre y la mujer, y con ellos la sociedad entera, se encuentran ligados con un lazo indisoluble. No depende, pues, del uno separarse del otro; no es libre el uno para no amar al otro; no habrá persona que pueda separarse de sí misma; “nadie puede, dice el apóstol, tener odio á su propia carne.”

A medida que los siglos sucederán á los siglos, á medida que los hijos de Adán se multiplicarán y se estenderán sobre la faz del universo, se establecerán en diversos países, se formarán en diferentes pueblos; su lenguaje, sus costumbres, no serán semejantes: así el lazo habrá adquirido una extensión mas considerable, pero no se romperá. El amor no habrá perdido nada de sus derechos ni de

su intensidad; el último vástago de Adán será siempre el hueso de sus huesos, la carne de sus carnes; la sangre que ha corrido en las venas del primer hombre, correrá en las del último de sus descendientes; y el que llegue á tener odio contra su hermano, odiará su propia carne; el que se rebelé contra un hombre, se revelará contra sí mismo. Habrá naciones, tribus, pueblos diferentes; pero jamás habrá mas que una gran familia, mas que hermanos y un padre común.

Tal es la unión que Dios ha formado desde el principio, tal es la base que ha dado á la sociedad, á los imperios; solo él podía establecer lazos tan poderosos.

Se había dado al hombre el universo con todas sus maravillas para gozarlo y habitarlo; la tierra era el dominio de una familia innumerable, y allí debían reinar sin vicisitudes la paz y la unión.... Pero vino el pecado, y todavía sufrimos después de seis mil años los males que trajo.

Sin embargo, el pecado, padre de la muerte, no ha podido desvanecer, no ha podido romper los lazos de la gran familia humana. Las leyes establecidas en los días de la creación de la mujer, son las leyes que rigen la sociedad. La obra de Dios subsiste inalterable en medio de las revoluciones que trastornan y cambian la faz de todas las cosas; á despecho de todo, ella ha resistido á la inconstancia de los siglos. Lo que la voluntad del Señor ha establecido, no puede quebrantar los esfuerzos del pensamiento humano; es mas que la roca que se levanta en el abismo y que bate sin cesar el furor de las olas.

El Matrimonio ha sido atacado en la antigüedad pagana por los sabios y príncipes de la ciencia. Platon, demostró hasta dónde puede descender el espíritu mas sublime, cuando no tiene por guía mas que la imaginación y el génio. A pesar de estos dones tan envidiados de los hombres, y que Dios no concede sino á las naturalezas privilegiadas, Platon nada comprendió de la misión de la mujer en la sociedad humana ni la importancia del Matrimonio. Así es que su república será siempre, á pesar de sus bellezas de primer orden, mirada como un sueño quimérico que se desvanece en presencia de la luz.

En nuestros días una escuela, si es que merece este nombre, ha renovado las doctrinas del filósofo de Atenas sobre el Matrimonio. Les sucederá como le sucedió á él, como sucedió á los sectarios de Manes que se pronunciaron igualmente contra el matrimonio. Sus doctrinas serán consideradas como sueños de imaginaciones enfermas, ó mejor dicho, como locuras de corazones corrompidos.

Las naciones han tenido sus días de efervescencia y de aberraciones contra el Matrimonio; pero este era el indicio infalible de una corrupción profunda; el alma se estinguía, el corazón no latía; no eran naciones, sino simulacros de pueblos. En efecto, no puede existir nación sin sociedad, sociedad sin familia, ni familia sin Matrimonio. ¡Guárdese, pues, el hombre de separar lo que Dios ha unido!

El imperio romano, ese gran coloso de pies de

barro, se hundió cuando el Matrimonio dejó de ser considerado, cuando el hombre atrevido pudo regir los negocios públicos, como el hombre honrado y de respeto consagrado á las atenciones de su familia. Augusto sintió toda la magnitud de este desorden, pero toda su política no lo pudo remediar. La gangrena no pudo curarse; ofertas y peticiones, todo fué inútil (1).

¿Qué cosa es el Matrimonio en los pueblos del Oriente? Y también, ¿qué clase de pueblos! La vida de la inteligencia parece allí aniquilada, el corazón parece no tener la percepción de los sentimientos elevados: por todas partes donde el cetro impuro de Mahoma ha extendido sus leyes, se diría que un sueño pesa sobre todas estas masas populares enervadas que no merecen ser llamadas *naciones*, y las tiene dormidas sobre la tierra: si alguna vez parecen moverse, no es mas que una agitación febril y sin consistencia, una agitación que nace de la demencia y el furor, y se desvanece sin dejar otras huellas que las ruinas, la desolación y la muerte.

Por el contrario: las naciones han sido generosas, fuertes y potentes, donde el Matrimonio ha sido venerado. Porque los deberes graves y serios son comprendidos, y las naciones como los individuos, no tienen mas fuerza que la inteligencia y el amor del deber.

Detengámonos en estas consideraciones, que ya es tiempo de elevarnos á un orden mas perfecto.

El mundo contaba cuarenta siglos de existencia; las naciones habian roto sus lazos con Dios, y habian renegado de él: entonces el mundo tenia necesidad de un maestro, y no encontraba mas que filósofos discordes, sofistas vanidosos, oradores de bellas palabras y de comedias. . . . Entonces Dios tuvo piedad de esta tierra, envió á su hijo para que fuera el Maestro y el Doctor de los pueblos, para volver á traer toda carne á los senderos de la verdad. Desde este momento una luz celestial y brillante lució en todos los lugares; todo se renovó, todo volvió á la vida.

Desde este punto luminoso en que la fé cristiana resplandece, contemplamos al Matrimonio.

Era una sociedad nueva la que el Hijo de Dios venia á fundar; una sociedad mas perfecta que todo lo que habia existido hasta entonces; pero perfeccionando á la naturaleza humana, y añadiéndole prerogativas, su deseo no era cambiar las leyes fundamentales sobre que reposaba. Lo que él habia establecido en los dias de la creación era bueno; él mismo lo habia juzgado así: su voluntad, pues, era llenar de dicha, elevar al mas alto grado la obra de sus manos. El Matrimonio habia parecido un complemento á la creación; en la sociedad nueva nada perderá de su importancia. Lejos de ello va á presentárenos mas majestuoso, mas santo que en la antigua ley. Las gracias que de él emanan serán mucho mas abundantes que las que han salido hasta allí. El Matrimonio va á tomar un lugar en la religion de Jesus.

(1) Crevier. *Historia de los emperadores romanos.*

Acabamos de decir que la sociedad descansaba sobre el Matrimonio; y mucho antes, al principio de este libro, hemos espuesto lo que entendíamos por sacramento. Se ve que era digno de la misericordia del Salvador de los hombres, tanto como de su sabiduría infinita, elevar la union del hombre y la mujer á esta alta dignidad.

El hombre, por el Bautismo, nacia á la vida sobrenatural.

En la Confirmacion, despojándose de las debilidades de la infancia, se hacia hombre perfecto.

La Eucaristia alimentaba su alma con un pan celestial, de que el maná del desierto fué solo una vana y débil imagen.

La Penitencia le levanta de sus caidas muy frecuentes.

La Extrema-Uncion lo volvía mas y mas puro entre las manos de su Redentor. . . . Pero en todas estas instituciones, la sociedad no aparecia de una manera especial: descubro en estos beneficios que el individuo me parece ser el principal objeto: la obra de Dios no llegaba todavía á su perfeccion.

Viene en seguida el Orden: ya es un sacramento que se refiere esencialmente á la sociedad; veo en él una gerarquía poderosa y capaz de resistir á todas las tempestades; pero esta sociedad, ¿cómo podrá perpetuarse? El Dios que ha fundado la familia, y con su palabra bendita en todos los siglos, ha formado la primera union en el paraíso terrestre; ¿no le dará alguna parte en esta nueva organizacion?

No: el matrimonio no podrá ser olvidado. El recibirá los honores debidos á su origen. Será el sétimo de los sacramentos de la Iglesia en la tierra, la clave de la bóveda que terminará el edificio sagrado.

No fué solamente en los dias de la creación cuando Dios mostró cuán sagrado era el matrimonio y cuánto velaria el ojo de su Providencia en su conservación; de edad en edad se nos muestra como el protector de este lazo angusto y venerable. Volvamos á los tiempos bíblicos, y encontraremos lo que hemos leído en el libro sagrado, libro divino, comparado por un padre de la Iglesia á un río majestuoso, en que el hipopótamo encuentra bastante agua para nadar, y que los niños mas pequeños pueden vadear.

No hemos olvidado las páginas en que se nos ha contado la gran catástrofe del diluvio. Sabemos por qué crímenes se encendió la cólera de Dios, y por qué todas las aguas de las cataratas del cielo no fueron demasiadas para lavar la tierra de sus manchas y de sus iniquidades, porque se habian formado uniones monstruosas, que los monstruos habian sido su fruto, y que tambien toda carne habia corrompido sus vias.

Cuando fueron satisfechas las venganzas del Eterno; cuando la tierra recobró su verdor, sus flores y sus frutos; cuando la raza de Noé, estendiéndose sobre la superficie la pobló de habitantes, vemos al Matrimonio reaparecer en toda su pureza. ¿Dónde encontraremos cuadros mas poéticos que los que ofrecen las alianzas patriarcales? Recorde-

mos al sirviente de Abraham que va á buscar una esposa para el hijo de su señor. En su fé sencilla asienta á su Dios las condiciones con las cuales deberá reconocer á la jóven destinada á ser la esposa del heredero de las promesas.

Mientras los camellos del intendente de Abraham reposan cerca de los pozos en que las jóvenes tenían costumbre de venir todas las tardes á sacar agua, él, preocupado de la mision que le ha encargado su señor, se postra, y dirigiéndose al Señor Dios, le dice:

“Señor, Dios de Abraham, ayudadme y tened misericordia de Abraham, mi señor.

“Heme aquí cerca de esta fuente en que las hijas de los habitantes de la ciudad vienen á sacar agua.

“Que la jóven á quien yo dijere: Bajad la vasija que llevais sobre vuestra espalda para que yo beba; y que me responda: Bebed y yo daré tambien de beber á vuestros camellos, sea la que destinais á Isaac, vuestro siervo, y por ello conoceré que tenéis misericordia de mi señor.

“Apenas habia acabado de hablar así, cuando vió aparecer á Rebeca, hija de Bathuel, hijo de Melcha, mujer de Nachor, hermano de Abraham, que llevaba una vasija llena de agua en la espalda.

“Era una jóven muy amable, y una vírgen bella y desconocida á todo hombre: habia venido á la fuente, y habiendo llenado su vasija, se volvía.

“El mayordomo de Abraham, yendo hácia ella le dijo: Dadme una poca de agua de la que llevais en vuestra vasija para que beba.

“Ella respondió: Bebed, mi señor; y bajando la vasija de su espalda y colocándosela sobre el brazo, le dió de beber.

“Después que hubo bebido, añadió ella: Voy á sacar tambien agua para vuestros camellos, hasta que todos hayan bebido.

“Al instante, habiendo echado el agua de su vasija en las canales, corrió á los pozos para sacar mas, que dió á todos los camellos.

“Entre tanto, el criado de Abraham la contemplaba sin decir nada, queriendo saber si el Señor habia hecho su viaje feliz ó no.

“Después que los camellos hubieron bebido, este hombre sacó unos aretes de oro que pesaban dos siclos, y unos brazaletes que pesaban diez.

“Y dándoselos, la dijo: ¿De quién sois hija? decídmelo, os lo ruego. ¿Hallaré en la casa de vuestro padre lugar para alojarme?

“Ella respondió: Soy hija de Bathuel, hijo de Melcha y de Nachor, su marido.

“Tenemos, añadió, mucha paja y heno, y lugar para alojarnos.”

Este hombre hizo una profunda inclinacion y adoró al Señor.

¿Qué poético encanto en esta divina narracion! ¿y cuán doloroso es no prolongar las citas cuando se ha comenzado á hacerlo! Abreviaré; pero no puedo resistir á la seduccion del libro sagrado, é inserto el resultado de esta historia encantadora. . . .

“El siervo de Abraham dijo á Laban y á Bathuel: Si teneis verdaderamente deseo de obligar á mi señor, decídmelo; y si habeis resuelto otra cosa, hacédmela conocer, á fin de que vaya á buscar una jóven á otra parte.”

“Laban y Bathuel, respondieron: Dios es quien habla en este encuentro; nosotros no podemos decir otra cosa, sino la que sea conforme á su voluntad.

“Rebeca está en vuestras manos; tomadla y llevadla con vos, á fin de que sea la esposa del hijo de vuestro señor, segun el Señor ha declarado ser su voluntad.

“Habiendo oido esta respuesta el criado de Abraham, se postró en tierra y adoró al Señor.

“Sacó en seguida vasos de oro y plata y ricas vestiduras, de que hizo regalo á Rebeca. Hizo tambien regalos á sus hermanos y madre.

“En seguida fué el festin: comieron y bebieron, y permanecieron juntos aquel dia. Habiéndose levantado al otro, muy de mañana el sirviente, les dijo: “Permitidme ir á encontrar á mi señor.”

“Las hermanas y la madre de Rebeca le respondieron: “Que la niña permanezca al menos diez dias con nosotros, y despues partirá.”

“Os ruego, dijo el sirviente, no detenerme mas, pues que el Señor me ha conducido en todo mi camino; permitidme ir á encontrar á mi señor.”

“Ellas respondieron: “Llamemos á la niña, y sepamos de ella misma su opinion.”

“Se la llamó, pues, y habiendo venido le preguntaron: “¿Queréis ir con este hombre?” Sí quiero, respondió.

“Ellos la dejaron, pues, ir, acompañada de su nodriza, con el sirviente de Abraham y los que la habian seguido.

“Y deseando toda suerte de prosperidades á Rebeca, le dijeron: “Vos sois nuestra hermana: creed en mil y mil generaciones, y que vuestra raza tome posesion de las ciudades de los enemigos.”

“Rebeca y las jóvenes que la servian, montaron sobre los camellos, y siguieron á este hombre, que regresó con gran prisa hácia su señor.

“Al mismo tiempo Isaac se paseaba en el camino que conduce á los pozos, llamados los pozos de aquel que vive y que ve; porque estaban en la tierra de Canaam, del lado del Mediodía. Habia entonces salido al campo para meditar: el dia estaba ya declinando, y habiendo alzado la vista vió á lo lejos venir los camellos.

“Habiendo Rebeca divisado á Isaac, bajó del camello.

“Y dijo á su sirviente: “¿Quién es esa persona que viene del campo hácia nosotros?”

“Es mi señor, le dijo él. Tomó ella entonces su velo y se cubrió, para mostrar su modestia, sumision y respeto.

“El sirviente fué á decir á Isaac todo lo que habia hecho respecto de Rebeca.

“Entonces Isaac la hizo entrar en la tienda de Sara, su madre, y la tomó por mujer; y el afecto que tuvo hácia ella fué tan grande, que ella tem-

pló el dolor que le muerte de su madre le había causado."

Junto á esta pintura de las costumbres patriarcales, cuántos otros cuadros hay de interes igual, y de bellezas semejantes! Jacob y Raquel, Ruth y Booz, Sara y Tobías; todas estas uniones efectuadas bajo la tienda de los pastores, han inspirado en todos tiempos y países á los pintores y los poetas: la Iglesia en sus oficios recuerda frecuentemente esos nombres tan dulces al oído, como caros á los fieles instruidos por la lectura de los libros santos.

No es pues, según yo creo, una digresion ó un inconveniente literario haber hecho esta cita de la Biblia. En esta *petición de matrimonio*, hecha hace mas de tres mil años, encontraremos costumbres que los siglos no han podido desarraigar de la vida humana. . . . Todavía hoy cuando se pide una heredera, el hombre prudente encargado de la misión matrimonial, no se presenta á los padres de la joven pretendida sino con todo el atavío y todos los medios de comodidad ó riqueza. El intendente de Abraham había venido con diez camellos y una escolta numerosa; había hecho regalos antes de los esponsales, y suntuosos obsequios cuando la mano de la joven Rebeca le fué otorgada para el hijo de su señor.

Aun queda algo de esta antigua costumbre: hoy como en los dias poéticos y puros de los patriarcas, se dan todavía hebillas y brazaletes de oro, vasos preciosos y perfumes, y en cofres cincelados ricas vestiduras y tizús dignas de adornar reinas. . . . pero lo que ha cambiado en nuestras costumbres, es la fé y la confianza en Dios. . . . Abraham no hubiera dicho á su intendente: Irás á tal ciudad, tocarás tal puerta, y allí pedirás á sus parientes una rica heredera, cuya fortuna me es conocida. . . . ¡Oh, no! He aquí, cómo él había encargado esta importante misión: *"El Señor del cielo, que me ha sacado de la casa de mi padre y del país de mi nacimiento, que me ha hablado y me ha prometido, diciéndome: Yo daré este país á vuestra raza; enviará él mismo su ángel ante vos, á fin de que tomeis una mujer de este país para mi hijo."*

En tiempo de los patriarcas un ángel del Señor era el que designaba la virgen que se debía pedir; ahora es un hombre de negocios, el que dirá *dónde* está la joven mas rica. En los antiguos dias la fé, buscaba; ahora el interes pone todo en movimiento. En el dia, el mensajero nupcial no tiene necesidad, como el de Abraham, de postrarse y pedir al Señor le haga conocer la joven destinada al hijo de su señor: la futura esposa le es conocida de antemano, y sin que Dios haya sido consultado.

Mas tarde, entre los judíos, al perder su indisolubilidad el Matrimonio, minoró su majestad. Dios mismo había relajado las leyes de su institución á causa de la debilidad impresa al corazón del hombre por el pecado. Si pues su obra, abatida por la humillación general en que se encontraba la tierra, era todavía cara á su corazón, cuando lo que debía ser perfecto llegó, cuando el Cristo viniendo del cielo hubo resuelto restablecerlo todo siguién-

do la forma celestial, parecia justo que esta obra divina, el Matrimonio, participase de la regeneración universal.

He aquí lo que sucedió:

"Un dia algunos hombres de la secta de los fariseos, se aproximaron á Dios para tentarle y buscar modo de sorprenderle en sus palabras. ¡Es permitido á un hombre, le dijeron, repudiar á su mujer por alguna causa?"

"Y Jesus les respondió: ¡No habeis leído, que el que creó el hombre al principio, creó un solo hombre y una sola mujer, y que les dijo: por esta dejará el hombre su padre y su madre y permanecerá ligado á su mujer, y no serán los dos mas que una sola carne?"

"Así ellos no son dos, sino una sola carne. Que el hombre, pues, no separe lo que Dios ha unido.

"Pero, ¿por qué, ha ordenado Moisés, que el que quisiese dejar á su mujer por un acto de repudio, podía repudiarla?"

"Es á causa de la dureza de vuestro corazón, respondió Jesus, por lo que Moisés ha permitido repudiar á vuestras mujeres; pero no era así desde el principio.

"Y yo os declaro, que cualquiera que repudie á su mujer. . . . y tome otra, comete adulterio; y que aquel que se despose con la que otro haya repudiado, tambien comete adulterio."

Así el Matrimonio volvió á su unidad, se hizo indisoluble, las concesiones hechas á la debilidad humana bajo la ley de Moisés, fueron revocadas. Apareció un nuevo orden; la mujer se elevó al rango asignado el dia de su entrada al mundo. El Hijo de Dios al venir á la tierra, repartió sus bendiciones, para que el hombre pudiese sobrellevar y amar á aquella que era hueso de sus huesos y carne de su carne, para que la paz y la calma afirmasen una union cimentada por la palabra misma del Salvador.

Los espíritus perversos se han levantado para quitar á las palabras de Jesus su sentido y su fuerza; pero el error será siempre impotente para separar lo que Dios ha unido. El dia que el universo vió que Lutero, hollando á sus piés las páginas sagradas del Evangelio, había roto en favor de un príncipe libertino la santa unidad del Matrimonio, tuvo una gran conmoción y sintió un fuerte rubor. La naturaleza humana se sonrojó de verse tan degradada; y aun hoy, despues de haber pasado tres siglos de este suceso lamentable, no podemos, al volverlo á leer, dejar un sentimiento de confusión, mirando arrastrar en el cieno esta institución augusta, cuyo respeto es innato en nuestras almas. ¡Pero qué se debía esperar sino esta humillación de parte de un hombre infiel á sus juramentos mas sagrados?

No hay mas que Jesucristo, Creador de la sociedad, que haya comprendido su dignidad. Los que se separan de él están condenados á seguir los errores y las instabilidades de su corazón; el hombre unido á Dios se eleva, semejante al águila, sobre la tierra; abandonado á sus propios pensamientos, se arrastra y cae en el envilecimiento.

Desde el principio de su misión evangélica, el divino Reparador había atestado con un acto brillante, que el matrimonio no permanecería extraño á la renovación que él venía á hacer á la tierra.

No había manifestado Jesus su potestad mandando á la naturaleza como soberano; tenia con él á María su Madre y algunos discípulos, é iba por el país de Galilea, haciendo el bien. Llegado á Caná, él y los que le seguían fueron invitados á una boda. Las dos familias que casaban á sus hijos, queriendo que fuesen bendecidos, habían pedido con instancia al Hijo de María que viniese á santificar con su presencia la union de los dos esposos. Con su bondad y mansedumbre ordinarias vino á sentarse al banquete nupcial.

El Evangelio no nos dice si la familia que así se honraba era rica ó pobre: si se ha de creer á la obra maestra de Pablo Veronese (su magnífico cuadro *las Bodas de Caná*), debía ser de las mas opulentas. El mármol y el pórfido adornaban el palacio, en cuyo patio principal estaba la mesa del festín: todos los que allí están sentados se ven vestidos con trages los mas suntuosos; y los vasos, las ánforas, y la vajilla, son de oro y plata. Con tanta magnificencia en la morada de la familia del esposo, ¿cómo había de faltar el vino? No se podría explicar esto mas que por la inmensa multitud que venía siempre al lugar donde se mostraba aquel que el pueblo saludaba con el nombre del MESIAS PROMETIDO A ISRAEL.

A pesar de la magia del talento y de la autoridad de un gran maestro, me inclino á creer que el divino Consolador ha guardado su primer milagro para sus mejores amigos, para aquellos que no se sentaban entre los privilegiados del mundo.

He aquí el texto del Evangelio, que todavía puede dejar dudas:

"En este tiempo se hicieron las bodas de Caná en Galilea, y la Madre de Jesus estaba allí: Jesus fue invitado á las nupcias con sus discípulos. Faltando el vino, la Madre de Jesus le dijo: Ya no hay vino. Jesus le respondió: Mujer, ¿qué nos va á mí y á tí? Mi hora no ha llegado todavía. Su Madre dijo á los que le servían: Haced todo lo que él os diga. Había allí seis grandes urnas de piedra destinadas para las purificaciones de los judíos, de las que cada una tenía dos ó tres medidas. Jesus les dijo: Llenad esas urnas de agua; y ellos las llenaron hasta el borde; y él les dijo: Tomad ahora y llevad á probar al *maestre-sala*. Y cuando éste hubo tomado la agua trocada en vino, no sabiendo de dónde venía este vino, aunque los sirvientes lo supiesen bien, llamó al esposo y le dijo: Todo hombre saca primero el buen vino, y despues saca el flojo; pero vos habeis reservado el buen vino para el fin.

"Este fué el primer milagro que Jesucristo hizo en Caná de Galilea; y manifestó su gloria, y sus discípulos creyeron en él."

Entre todos los matrimonios que han precedido á aquel, entre todos los que le han seguido, no he visto que haya habido, ni habrá jamás, otro que

pueda ser comparado á las bodas de Caná. . . . ¡Dichosa, en efecto, la union formada en presencia de Jesus y de María!

El Redentor, abriendo en favor del matrimonio la larga serie de sus milagros, es evidente que le preparaba gracias especiales y medios de santificación. Gracias á las bendiciones del sacramento, el hombre tendrá la inteligencia de sus deberes, y la mujer comprenderá sus obligaciones. Humillada hasta entonces, elevará majestuosamente su cabeza, como una reina coronada de gloria y rodeada de honores; el temor no vendrá jamás á asaltarla ni turbarla; el capricho no herirá su existencia. La casa que la ha recibido el dia de su union, será su morada hasta el dia de su muerte; sus hijos crecerán á su sombra rodeados de su amor, para ser su consuelo cuando los dias del dolor vengan sobre ella. Si la dicha reina en esta morada, será la dicha de todos; y si la tristeza estiende allí su velo sombrío, las lágrimas del esposo se mezclarán á los llantos de la esposa: el grito de la infancia se reunirá allí como una voz que pide gracia al cielo. Y todo será allí comun: los bienes y los males, la alegría y las tribulaciones, la angustia y la tranquilidad. Está en la naturaleza del hombre dividir sus alegrías y comunicar sus pesares.

Los apóstoles, confidentes de los pensamientos y de las intenciones del Salvador, se han ocupado tambien del Matrimonio para recordar á los cristianos su dignidad y sus deberes.

"Que las mujeres, dice el Apóstol, estén sometidas á sus maridos como al Señor, porque el marido es el jefe de la mujer, como Jesucristo es el jefe de la Iglesia, porque es cuerpo, de la que es tambien su Salvador.

"Así como la Iglesia está sometida á Jesucristo, las mujeres deben estar en todo sometidas á su marido. Y vosotros, maridos, amad vuestras mujeres como Jesucristo ha amado su Iglesia, que se ha entregado él mismo á la muerte por ella.

"Así es que los maridos deben amar á su mujer como á su propio cuerpo; el que ama á su mujer se ama á sí mismo.

"Porque ninguno odia su propia carne, sino que la alimenta y la mantiene, como Jesucristo lo hace respecto de su Iglesia.

"Porque nosotros somos los miembros de sus miembros, formados de su carne y de sus huesos.

"Por ella será por quien el hombre abandona á su padre y á su madre, para ligarse á su mujer, y serán dos en una sola carne.

"Este sacramento es grande, yo os lo digo, en Jesucristo y en su Iglesia."

Leyendo estas palabras se siente que una nueva era se ha levantado sobre el mundo; que una inmensa rehabilitación lo ha verificado, y que el amor ha sido llamado por el Salvador á su verdadero carácter, y la sociedad vuelta á colocar sobre sus bases de una manera inmutable hasta el fin de los siglos. No es ya solamente dentro de sí mismo á donde el hombre irá á buscar la causa de su afecto y de su adhesión. ¡Ay! rescatado él mismo por su Dios, ¿de qué será capaz cuando se apoye

en sí mismo? ¿Su voluntad no bamboleará incierta y flotante al contacto de sus pasiones, como el polvo al soplo del viento? Dios ha descendido de los esplendores de los cielos para elevar al hombre á su altura, hacerle participante de su divinidad, y ser á sus ojos una luz permanente que dirigirá sus pasos á través de la vida. Es, pues, en el amor inmenso, manifestado en la cruz por los ríos de sangre vertidos por la salud de la tierra, donde el hombre encontrará la razón de su amor, de su adhesión, de su vida de sacrificios, para la cual Dios le habrá escogido. Es en la sumisión de la Iglesia á Jesucristo, en su deseo ardiente de responder á su indecible caridad, donde la mujer descubrirá las razones de su sumisión, de su ternura ligada á aquel, de quien Cristo no ha desdenado ser el modelo.

Pero no es solamente en este pasaje en que el Apóstol revela á los ojos de las naciones convertidas la santa unión del matrimonio, y refiere sus obligaciones. Siempre que se presenta la ocasión, penetra en esta materia, y la trata de manera de no dejar duda alguna sobre su gravedad é importancia.

El príncipe de los apóstoles se ocupa también de él con no menos solicitud; y su voz solemne, como la voz del Señor, hace escuchar á todas las generaciones que deben sucederse, instrucciones que jamás fueron desdeñadas sin consecuencias deplorables.

Y glorificado por el Salvador, celebrado por los apóstoles, el Matrimonio debía elevarse en la Iglesia como un árbol majestuoso, cuyas ramas llevarían frutos para la vida eterna.

Los sucesores de los apóstoles, encargados como ellos de velar por el mantenimiento de la sociedad cristiana, han marchado por las huellas de sus padres. Como los héroes á quienes nada amedrenta, se han consagrado con una invencible perseverancia á la conservación de la santa doctrina. Con semejantes justadores, el error, de cualquier parte que se haya levantado, ha venido á espirar en presencia de la doctrina divina.

Pero no era bastante para la Iglesia luchar con los enemigos exteriores é impedir al error desvanecer su imperio. Instruida de la necesidad de sus hijos, debía rodear sus sacramentos de todo lo que puede hacer apreciar su valor, é inspirar veneración á todos los corazones. Es lo que ha hecho, arreglando las condiciones convenientes á la dignidad de cada sacramento.

No siendo el Matrimonio solamente un acto pasajero, sino que da al hombre una posición que influye en el resto de su vida, era conveniente y al mismo tiempo necesario, que condiciones particulares obligasen á reflexionar sobre este acto decisivo y sus grandes consecuencias.

De aquí los impedimentos que lo prohíben en ciertos grados de parentesco y en ciertas circunstancias, en que los contratantes pudieran encontrarse. Todo hombre sabio comprenderá el valor moral de esta legislación y su influencia sobre la sociedad.

El espíritu que ha dictado estas leyes es digno

de la pureza de nuestra religión, dice Mr. de Chateaubriand. Los paganos se han quedado muy abajo de esta castidad cristiana. En Roma el matrimonio entre primos hermanos era permitido, y Claudio, para desposarse con Agripina, hizo dar una ley por virtud de la cual el tío podía unirse á la sobrina. Solon había dejado al hermano la libertad de casarse con su hermana uterina.

Por lo demás, los impedimentos de matrimonios de parientes á parientes, tan multiplicados por la Iglesia, además de su razón moral y espiritual, tienden políticamente á dividir las propiedades, y á impedir que á la larga todos los bienes del Estado se acumulen en algunas cabezas.

“En las naciones degeneradas, que se olvidaron hasta el extremo de permitir el Matrimonio entre hermanos y hermanas, dice Mr. de Maistre, estas uniones infames producían monstruos. La ley cristiana, de la que uno de los caracteres más distintivos es apoderarse de todas las ideas generales para reunir y perfeccionarlas, extendió mucho las prohibiciones. Si alguna vez ha habido en este género exceso, ha sido el exceso del bien.” (1)

En la primera edad, en los tiempos heroicos de la fé, era cuando estas prohibiciones estaban más multiplicadas. Después la Iglesia se ha relajado sobre algunos puntos de su disciplina; pero sin embargo, en ninguno ha cambiado con más dificultad que sobre los que conciernen al Matrimonio. Nada á sus ojos toca tanto á las bases del edificio social, á la felicidad de los individuos.

Después han venido tiempos más desgraciados que todos los que se habían visto hasta entonces, y en seguida de estos tiempos se han establecido las legislaciones, ambiciosas de penetrar en un dominio que era antes exclusivo de la competencia de la Iglesia: se ha formado una distinción extravagante, por no decir otra cosa: se ha conocido un matrimonio civil y un matrimonio eclesiástico: cada uno de estos matrimonios tiene su ministro. Después se han visto frecuentemente entre nosotros hombres *casados legalmente*, y viviendo en el escándalo á los ojos de la religión, á quien sola pertenece formar un lazo que no está en el poder humano disolver: entonces se hizo una necesidad para la Iglesia hacer fácil la dispensa de sus leyes sobre el matrimonio: desdichas más grandes que las que había querido impedir, podían resultar con mayores dificultades, sin que hubiese estado en su poder evitarlas. ¿Qué ha resultado? Estas uniones, formadas frecuentemente por las pasiones y consideraciones insensatas, no han traído más que frutos de amargura. Este lazo, que debía ser formado de flores, se ha cambiado á menudo en una áspera y pesada cadena: el hombre que siguiendo los caminos de la Providencia, hubiese debido encontrar una ayuda en la mujer, se ha visto sin consuelos en los días de desgracia, y su corazón lo ha encontrado sin amor, cuando la aflicción ha pesado sobre aquella que había escogido y que la mano de Dios no le había destinado.

(1) Citado en el *Genio del cristianismo*.

Quisiera equivocarme escribiendo estas líneas; pero ¡ay! muchos ejemplos me confirman que no se traspasan impunemente las leyes de la Iglesia nuestra Madre, y que una dispensa arrancada al temor de males incalculables, no escusa ante aquel que lee los pensamientos más secretos, como las páginas de un libro abierto en medio del día.

Dios es quien debe fundar la unión del hombre y la mujer. Cuando el corazón, para anudar el lazo de toda su vida, no tiene más que un pensamiento inconsciente, no escucha más que la voz de un loco amor, levanta el edificio de su felicidad sobre un desierto arenoso y movedizo, y de este delirio de algunos meses, ¿cuántos años nacen, llenos todos de amargura y de pesares!

En este día, que la juventud imprudente cree ser el primero de su dicha, se preparan grandes obligaciones; y en medio de las flores que adornan este día la casa nupcial, ¿cuántas víboras se escapan y crecerán para atormentar después la vida del hombre y de la mujer, que han querido prestar oído á las palabras embriagadoras y engañosas de las pasiones!

La Iglesia, colocada en esta tierra, marcha hacia una patria mejor, en que los días de paz y de alegría sucederán á los días de tribulación y de guerra. Luego con la esperanza, es con lo que anima á sus hijos á dirigir sus deseos hacia el lugar en que los espera una inmutable felicidad. Entonces sus solemnidades se despliegan con magnificencia: los cánticos de Sion se elevan más suaves y más ardientes hacia el cielo; el alma toda entera se dobla con más amor ante las santas meditaciones en los pensamientos que en nada se ligan á la tierra, y no sabría sufrir que se le viniese á distraer en medio de su reposo.

Otras veces á recordar en su corazón los errores de su vida, á llorar sobre sus faltas y á implorar el perdón, consagra el hombre algunos días del año. No es el cielo el que se despliega entonces con sus torrentes de claridad; es la tierra con su desierto, su vacío, sus enojos, sus engaños, sus concupiscencias, sus crímenes, que se desarrollan como un horizonte sin límites, donde las tempestades nada han dejado, espectáculo lúgubre, pero saludable! En este vacío, en esta desolación, el alma aprende á juzgar sanamente de todo lo que el mundo ofrece de más encantador, á deplorar sus locuras, á economizar en la vida sus días amargos; pero tiene al mismo tiempo necesidad de recogerse, de no ser turbada por ocurrencias opuestas á las disposiciones santas que la gracia le ha dado.

La Iglesia, pues, ha prohibido los matrimonios en los días de las solemnidades y en los días de sus penitencias, á fin de que su alegría sea enteramente celestial, y que el arrepentimiento hable más á la divina justicia. ¡Ah! ¿Cómo habrían inclinado nuestros padres sus frentes cubiertas de tristeza, si los santos días de la humillación y de la penitencia cristiana hubieran sido interrumpidos por los placeres profanos de un matrimonio!

Ciertamente por largo tiempo la sociedad tomó sus giros á su antojo y no se sujetó mucho á la re-

ligión; como una joven mal educada traspasa las reglas establecidas por su madre; pero en el tiempo de la fé y de la decencia, cuando el filosofismo no había esparcido todavía á manos llenas las semillas de la impiedad, lo que se respetaba y fijaba la consideración en todo el reino cristianísimo, no había querido turbar las austeridades y la gravedad de la cuaresma con ruidosos y profanos placeres.

Otra condición exigida por la Iglesia para que el matrimonio sea lícito, es la publicación de las amonestaciones (costumbre excelente ignorada de la antigüedad y enteramente debida á la Iglesia). Es preciso referirla más allá del siglo XIV, porque en él se hace mención de ella en una decretal de Inocencio III; el mismo Papa la ha convertido en regla general en el concilio de Letran; el concilio de Trento la ha renovado; y la Ordenanza de Blois la ha hecho admisible entre nosotros. El espíritu de esta ley es impedir las uniones clandestinas, y tener conocimiento de los impedimentos de matrimonio que puedan encontrarse entre las partes contratantes.

En fin, se adelanta el matrimonio cristiano; su marcha es grave y solemne; sus pompas silenciosas y augustas: el hombre queda advertido de que empieza una nueva carrera. Las palabras de la bendición nupcial (palabras que Dios mismo pronunció en el primer matrimonio del mundo), penetrando al marido de un gran respeto, le dicen que desempeñe el acto más importante de la vida; que va como Adán, á convertirse en jefe de una familia, y que se carga de todo el peso de la condición humana. La mujer no queda menos instruida. La imagen de los placeres desaparece á sus ojos ante la de los deberes. Una voz parece gritarle en el altar: “¡Oh! Eva, ¿sabes lo que haces? ¿Sabes que ya no hay para tí más libertad que la de la tumba? ¿Sabes tú lo que es llevar en tus entrañas el hombre inmortal y hecho á imagen y semejanza de Dios?”

Entre los antiguos un himeneo no era más que una ceremonia llena de lujuria y alegría, que nada enseñaba de los graves pensamientos que inspiran el matrimonio. Solo el cristianismo le ha podido restablecer la dignidad.

Todo es grande en efecto y lleno de dignidad en esta gran ceremonia. Está allí el ministro sagrado á nombre del cielo, á nombre de la sociedad cristiana que lo delega.

He aquí á los dos esposos conducidos por sus familias; están arrodillados ante el altar del Dios de Abraham, Isaac y de Sara, de Rebeca y de Raquel, cuyos nombres van á oír mezclados dentro de algunos instantes á las oraciones del ministro de Jesucristo. Las dos familias que forman alianza han invitado á todos sus amigos á venir á tomar parte en su alegría y en sus plegarias. En las grandes ciudades, un matrimonio es motivo de desplegar el lujo y las limosnas: el lujo para la vanidad; las caridades para el corazón. . . . En todas circunstancias decisivas de la vida; cuando sentimos que llega el momento de cumplir nuestro destino, quere-

mos siempre poner á Dios de nuestra parte. Es, pues, natural que en esta fiesta del hogar doméstico, los desgraciados tengan una buena parte; así las familias segun el corazón de Dios, nunca dejan de hacerlo. Antes que la joven desposada y los padres suban al carruaje para dirigirse á la iglesia parroquial, á nombre del padre y madre de los dos esposos, se dan socorros de toda especie, vestidos, dinero, muebles; todo se lleva á las pobres casas en que el ojo escrutador de la caridad no encuentra regularmente mas que una desnudez completa.

El párroco conoce mejor que nadie todas las miserias y sufrimientos de su rebaño: los indica á los *buenos ricos* de su parroquia para que lo ayuden á socorrerlos: él conoce todo lo que los padres del novio y de la novia, á quienes va á unir y bendecir, han hecho por sus pobres. Así es que, con el corazón rebosando de una santa alegría y las manos llenas de bendiciones, llega al altar. Medio siglo ha dirigido su parroquia, y como un padre ama á todos sus hijos, él quiere á todas sus ovejas. Con qué indecible dicha ve formar alianzas entre familias propias para entenderse, estimarse, amarse y glorificar al Señor! En los consejos que él dirige á los jóvenes esposos, evoca los recuerdos de familia, que le sirven de ejemplos de fé, de lealtad y de constancia en el bien. Cuando les dice: *hijos míos, mis caros hijos*, es porque tiene verdaderamente el derecho de llamarlos así; porque bien regularmente este joven cristiano y esta pura y cándida joven, que vienen á arrodillarse ante el altar del Dios de su infancia, para recibir de manos de su ministro la bendición nupcial, han sido bautizados en esta misma iglesia, y bajo sus bóvedas se han confesado, han hecho su primera comunión, y recibido el sacramento de la confirmación... Este santuario, ahora adornado de flores, le han visto cubierto de luto para los funerales de alguno de los suyos. Así es que todo el clero, todo el personal de la Iglesia, hasta los sacristanes, bedeles y suizos, conocen á *estas dos hijos de la parroquia*, y con tanta dicha como orgullo, estos últimos en su gran traje de gala hacen resonar sus alabardas sobre las losas y hasta sobre el último escalon de las gradas de la casa del Señor. Saben que los casados son de noble origen, y cuando el tropel reunido pregunta los nombres de las dos familias, dicen ellos: *Si hubiera muchos matrimonios como éste, habría menos miseria entre los pobres.*

Así que los esposos acompañados de sus testigos han llegado hasta el santuario, se arrodillan en dos reclinatorios colocados frente al altar, el esposo á la derecha, la esposa á la izquierda. El sacerdote anuncia de nuevo el matrimonio, é interpela á los asistentes revelen los impedimentos que sepan. Si nadie hace revelaciones, el cura, ó sacerdote, hace renovar á los esposos su mútuo consentimiento: se dan la mano derecha, y el ministro del Altísimo pronuncia sobre ellos estas palabras: *Yo os uno en matrimonio, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo*; y hace sobre ellos la señal de la cruz, para recordarles que en nombre de la Santísima Trinidad, y por los méritos de la muerte de

nuestro Señor, se ha elevado el matrimonio á la dignidad de sacramento, y nadie puede romper el lazo que forma entre los esposos.

Después, para enseñarles que su unión debe ser santa, echa sobre ellos agua bendita, siempre en nombre del Dios tres veces Santo.

No resta mas que dar á la esposa la señal de su alianza, que es al mismo tiempo la prenda de su sumisión. El sacerdote lo hace bendiciendo el anillo nupcial. El esposo lo pasa al dedo de su esposa. Ella debe recibirlo como el signo del lazo que acaba de contraer, y que ninguna mano podrá desatar ni romper. La joven no se pertenece ya, ya no pertenece á su padre ni á su madre; es de su esposo, como la Iglesia es de Jesucristo.

Además del anillo, el sacerdote bendice una moneda, prenda de la comunidad de bienes entre los dos nuevos esposos.

La *misa de esposales* comienza con esta oración en el introito:

“Que el Dios de Abraham, el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob, sea con vosotros! ¡Que él mismo os una y os haga gozar del efecto de su bendición! ¡Dichosos todos los que creen en el Señor, y marchan por sus caminos!”

La Epístola está llena de preceptos, todos del gran Apóstol. Helos aquí:

“Hermanos míos: que las mujeres estén sometidas á sus maridos, como al Señor, porque el marido es jefe de la mujer, como Jesucristo es jefe de la Iglesia. Así que es él el salvador de su cuerpo; y como la Iglesia está sometida á Jesucristo, así las mujeres deben estar en todas sus cosas con sus maridos. Y vosotros, maridos, amad á vuestras mujeres, como Jesucristo ama á su Iglesia. El mismo se ha entregado á la muerte por ella, á fin de santificarla y purificarla con el agua con que es lavada y con la palabra de la vida; para hacerla aparecer ante sí llena de gloria, sin mancha, sin defecto alguno, á fin de hacerla santa é irreprochable. Los maridos deben amar á su mujer como á su propio cuerpo. El que ama á su mujer se ama á sí mismo, porque ninguno puede odiar su propia carne, sino que cada uno la mantiene y la alimenta como nuestro Señor lo ha hecho respecto de su Iglesia, porque nosotros somos los miembros de su cuerpo, formado de su cuerpo y de sus huesos. Por lo cual el hombre abandonará su padre y su madre para ligarse á su mujer, y siendo dos no serán mas que una sola carne. Este misterio es grande, os lo digo, en Jesucristo y en su Iglesia; y cada uno de vosotros ame á su mujer como á sí mismo, y la mujer reverencie á su marido.”

(*Al gradual.*) “Nosotros somos hijos de los santos, y no podemos casarnos como los idólatras que no conocían á Dios. Portémonos, pues, con honestidad en el matrimonio, y que el lecho nupcial sea puro.”

“Sois felices quien quiera que seais los que teméis al Señor, y marcháis por sus senderos. Os alimentáis del trabajo de vuestras manos; seáis felices y colmados de los dones de Dios: vues-

tras esposas serán en vuestra casa como una viña fecunda, y vuestros hijos, semejantes á nuevas plantas de olivos, cercarán vuestra mesa. Así es como será bendecido el hombre que teme al Señor.”

Después del *Pater*, el sacerdote, volviéndose á los esposos y estendiendo la mano derecha sobre sus cabezas, pronuncia un admirable prefacio, en el cual llama sobre ellos todas las bendiciones de los santos patriarcas. “Oh Señor! dice, que por este augusto sacramento habeis santificado la unión conyugal y la habeis hecho el símbolo de la unión de Jesucristo con su Iglesia! ¡oh Dios que habeis dado la mujer al hombre, y que habeis embellecido esta unión con una bendición que la pena del pecado original y la sentencia del diluvio no han podido arrebatar! ¡oh Dios, señor de los corazones, que por vuestra Providencia sabeis y gobernais todo; vos unis y nadie puede separar; vos bendecís y nadie puede dañar! Os conjuramos que unais íntimamente los corazones de estos esposos y les inspireis un sincero amor; y como vos sois el verdadero, el solo Todopoderoso, haced que no sean mas que uno en vos. . . Mirad con bondad á esta esposa, que antes de ser de su marido quiere verse rodeada de vuestra santa protección: que esté siempre en ella el yugo de la caridad y de la paz. Que ella se despose en Jesucristo casta y fiel, y siga el ejemplo de las santas mujeres. Sea para su esposo amable como Raquel, sabia como Rebeca. Sea su vida para él larga y llena de fidelidad como la vida de Sara. El autor de toda prevaricación no reivindique nada en sus obras. Permanezca sumisa á la fé y á los divinos preceptos. Ligada á su esposo, huya todo contacto impuro, y fortalezca su debilidad con la fuerza de la disciplina cristiana. Sea respetable por su modestia, venerable por su pudor, profundamente instruida en vuestra celestial doctrina. Fecunda, inocente y estimada, alcance el reposo de los bienaventurados en la eterna patria. Que los dos juntos vean los hijos de sus hijos hasta la tercera y cuarta generación, y lleguen así á una feliz vejez.”

¿A nombre de quién pide el sacerdote todas estas bendiciones para los dos esposos que ha unido á nombre del Señor Jesus, y por quien espera él obtenerlas? Por el divino Mediador, fuente de todas las gracias.

Todo es grave, tierno, majestuoso en esta oración pronunciada solemnemente desde lo alto del altar! ¿Cómo se revela toda la maternidad de la Iglesia en cada palabra suplicatoria que dirige al Dios de Rebeca y de Raquel para la nueva esposa! Como la joven va á abandonar á su padre y madre, á sus hermanos y hermanas y el hogar doméstico, la religión tiene con ella mil solicitudes; así no cesa de pedir protección y bendición para aquella que ya lleva en su dedo la señal de la dependencia y de la sumisión.

En los primeros siglos de la Iglesia los matrimonios se hacían públicamente en presencia del obispo, que durante el sacrificio santo recomendaba á Dios los futuros esposos. Estos hacían su

oblacion con los demás fieles, y se recitaban sus nombres en particular. Miraban la bendición nupcial dada por el verdadero sucesor de los apóstoles, no como una simple ceremonia, sino como una fuente de gracias. A la bendición nupcial iba unida la del anillo, que el cristiano pasaba al dedo de la virgen que tomaba por la compañera de sus días de paz y de persecución. Los futuros esposos presentaban también algunas monedas para los pobres: los verdaderos siervos de Cristo no podían olvidar en sus fiestas á los que sufrían y lloraban, á los que comen el duro pan de la miseria.

El esposo tomaba la mano de la esposa en testimonio de la fé que le prometía (1). Se estendía un velo sobre sus cabezas, como para hacerles entender que la dicha de los dos esposos debía crecer y florecer á la sombra y no en la disipación del mundo; el velo es sobre todo el emblema de la modestia. El que se estendía sobre los nuevos casados era de color de púrpura, para indicar mejor esta bella virtud del pudor, primera belleza de la mujer cristiana.

Durante muchos siglos eran igualmente coronados el esposo y la esposa; pero no llevaban bajo el techo conyugal la corona que el sacerdote les había puesto: quedaba en la casa de Dios, y era guardada como cosa bendita: se componía de ordinario de una rama tejida de olivo, atada por una cinta angosta y blanca.

Este velo ó *yugo*, está todavía en uso en muchas partes de Francia; pero ya no son los *clérigos* de las iglesias los que lo estenden sobre los casados; se toman para este oficio los mas tiernos mozos de la boda, y una vieja tradición cuenta que esto trae dicha.

En los tiempos de piedad, los dos esposos comulgaban en la misa de su matrimonio; pero después de aquellos antiguos días, todo lo frívolo y profano se ha sobrepuesto de tal manera á todo lo grave y santo, que esta costumbre casi ha desaparecido.

Después de la misa, durante la cual se ha colectado para los pobres de la parroquia, se vuelve á la sacristía, que pronto se llena con las familias y los amigos de los nuevos casados. Se escribe el acta de matrimonio en los registros: lo mismo que en tiempo de los primeros cristianos. Estos registros se llamaban *tablas matrimoniales*. Allí se escribían no solamente las convenciones tocantes á los intereses materiales, sino también los deberes de los casados; y los padres de la Iglesia (2), en la asamblea de los fieles, se valían de lo que estaba asentado en estas tablas, para hacer pensar á los esposos en la santidad de sus deberes, haciéndoles recordar los compromisos que habían contraído.

Todos los que asistían al matrimonio, firmaban estas tablas; y el obispo, el padre común de los fieles, las suscribía también.

En todos tiempos, en todos los países, el matrimonio, bajo las denominaciones de *nupcias* y de

(1) Greg. Naz. cap. LVII.—Amb. lib. de Virg. cap. I.

(2) El abate Gaume. Catec. de Persev.

esponsales, ha sido celebrado entre los pobres como entre los ricos; bajo la paja de la cabaña, como bajo el opulento techo. En las épocas de fe, un acto de religion era casi siempre una fiesta de familia. Entre Dios y el justo, la alianza era estrecha. Este lazo se ha relajado, y en nuestros dias se menosprecian unos placeres que no se encuentran en ellos mas que inocencia y antigüedad.

En el dia, en el gran mundo, que se hasta mas que nunca, porque jamas ha sido tan nulo y tan fútil, un matrimonio, es un negocio que cuesta demasiado caro, pero no es un dia de fiesta; nuestros padres lo hacian una gran solemnidad de familia; entonces, brillaban mas por sus larguezas, festines y magnificencias; y á los ojos de Dios, por sus beneficios, limosnas y buenas obras. Estas fiestas de los tiempos antiguos tenian su ceremonial, su etiqueta, sus respetos, sus tributos de la antigua edad; de todas estas *vejezes*, el mundo de hoy se fastidia. . . . Entre tanto, como para casar una hija se gasta mucho dinero, se desea que la sociedad sepa medir el amor de padre y de madre por todas las magnificencias de composturas y adornos que se pondrán á los ojos de los convidados. En un matrimonio del dia esta exhibicion es lo que hay de mas *solemne*, y es de lo que mas se habla.

Para desembarazarse de fastidio, Francia, tierra clásica de las bellas y grandes maneras, ha tomado á los ingleses una costumbre, que arrebató bruscamente y con poca dignidad la jóven esposa á su madre y á los suyos. Este raptó, al salir del desayuno, que sigue á la ceremonia de la Iglesia, ha reemplazado en nuestras costumbres actuales los viejos hábitos y antiguo ceremonial: esta brusquedad me parece destruir de un golpe la dignidad del matrimonio católico. Sin duda el divino Legislador ha condenado á la mujer, á abandonarlo todo, padre, madre, hermanos, hermanas, para seguir á su marido. . . . Este abandono cuesta demasiado á la jóven tímida: ¿por qué peca agravarlo todavía mas. . . . ?

¡Héla aquí, pues, salida de la casa natal; héla bruscamente (iba á decir cruelmente) separada de madre, hermanas, cándida y pura virgen, educada bajo las miradas de los ángeles y colocada desde su mas tierna infancia bajo la proteccion especial de María, Reina del cielo. . . . ! Todo cambia para ella. . . . Todo lo que la habia circundado, servido y guiado desde sus primeros años, ya no lo ve, no lo oye; un mundo nuevo se abre á sus ojos. . . . Como el niño que ensaya su primer paso, y que ya no se siente apoyado por la mano materna. . . . ella tiene miedo; pero no puede decirlo ni dejarlo ver. . . . ¡Oh! Estad seguros antiguos amigos de la jóven niña, el Dios que guarda la flor del valle, y que la defiende del soplo del aquilon, el Dios de Rebeca y de Raquel, desde las alturas de su gloria, dirigirá su mirada sobre la esposa que la Iglesia acaba de bendecir á nombre de Jesucristo. . . . El ordenará á sus ángeles velar sobre la nueva morada que ella va á habitar.

El esposo que le han escogido sus padres, es piadoso y creyente como Isaac, justo y bienhechor

como José, hijo del patriarca Jacob; ambos han puesto su mutuo amor bajo la guarda de Dios, y marchan por sus caminos.

Se acordarán de los ejemplos que siempre han tenido á la vista, y de los consejos que han recibido de sus padres; ellos van á formar, para asegurar su tranquilidad en este mundo y su dicha eterna en el otro, una casa verdaderamente cristiana. Antes de su union, en sus proyectos de porvenir, ellos se han prometido muchas veces que tendrían en casa, lo que desde su infancia han visto en casa de sus padres.

Los sirvientes, por sus largos servicios, su fidelidad, su adhesion y decision por sus señores, han venido á ser en cierta manera miembros de la familia; las alegrías, los dolores, las prosperidades, las adversidades, han sido comunes á los que servían y á los que eran servidos. De parte de los menos felices, habia obediencia y celo; de la otra, empeño de cuidados y paternal proteccion. Como el hombre no vive solamente de pan, era preciso que el alimento del alma del siervo fuese asegurado como el de su cuerpo; así el doméstico, iba á beber la fuerza y el celo de la misma fuente que su señor; y llegados ciertos dias del año, ambos se arrodillaban juntos ante la sagrada mesa. Allí, cada uno llevaba la gracia de que mas necesidad tenia para cumplir su deber: el desheredado de la fortuna, la resignacion; y el cristiano favorecido por ella, la bondad y la caridad.

Cuando Dios reina en una familia, se siente uno seguro en el camino del cielo, y se marcha alegremente. El contento reina por todas parte, la marmuración y el llanto en ninguna. La voz de la dulzura es mas poderosa que la de la cólera: como la voluntad de los señores está sometida á la de Dios, le están tambien sometidas las otras voluntades. La bondad es como el aceite, que hace en las máquinas los movimientos de las ruedas fáciles y regulares.

¿Cómo alcanzar en un mundo desordenado, como el de hoy semejante perfeccion? ¡Oh, Dios mio! Por un medio muy sencillo: todo debe elevarse á Dios, y emanar de él.

Las familias cristianas de antigua alcurnia, cuyo interior acabo de trazar, para conseguir esta tranquilidad doméstica, han adoptado una regla de que jamas se apartan: es la de que, cuando tienen necesidad de llenar un vacío en su casa, acuden *formalmente* á las informaciones; indagan no solamente la *inteligencia*, la *actividad* y la *probiidad* del sugeto que se presenta, sino que adelantan mas las investigaciones, y adquieren cuanto es posible la certeza de que el hombre que desea entrar á casa de ellos, *quiere no solamente hacer el servicio que se le encargue por sus señores, sino tambien su salud eterna, siguiendo cristianamente las leyes de Dios y de la Iglesia.*

Las reflexiones serias, los sentimientos religiosos, he aquí el secreto para obtener una buena vida doméstica; sin ello, introduciréis el enemigo entre vosotros. . . . ¡tened cuidado!

Si la razon y el buen sentido tuviesen todavía

imperio sobre los hombres, esta pregunta religiosa seria la primera que se haria á todo hombre, á toda mujer que se presentase en nuestra casa para servir; pero en el dia ya no se hace. Así van las cosas. . . . Mirad bien, escuchad bien y *descubriéis que donde no reina la religion, el comunismo se engrandece.*

Como el matrimonio es el que forma la familia; como son las gracias que manan de este sacramento las que mas aseguran la dicha y tranquilidad de las casas cristianas, no he creído ageno de mi objeto, escribir las páginas que preceden. . . . He pintado la naturaleza. . . .

He aquí otro cuadro, que tomo de las campiñas bretonas.

Cuando se va la fé, la esterilidad llega. La fé es la llama que ilumina á la vida: cuando ella se estingue, no hay bellos efectos de luz. Así nuestro siglo es opaco á pesar de su genio inventivo, arroja de nuestras costumbres toda la poesia, todo lo que conmueve el corazon, todo lo que eleva el alma. . . . Cuando el cielo es de bronce, cuando el rocío no desciende de las nubes, los que sufren mas son los lugares altos; la yerba y las flores que los esmaltan, mueren antes que las de los valles: lo mismo es en esta porcion del mundo que se da el nombre de *alta sociedad*. ¿Cómo con un título tan alto, ella permanece tan baja? Es un problema fácil de resolver: es porque hace medio siglo ha abandonado la *moral de los deberes*, para pasar á cosa mas *cómoda*, la *moral de los intereses*.

Por esta innoble y anticaballeresca adopcion, ha quitado la poesia su ecsistencia; va buscando tierra, teniéndose por feliz cuando no encuentra cielo. Es preciso huir de Paris, y desterrarse á las poblaciones cortas, para volver á encontrar restos de esas costumbres llenas de poesia religiosa á que nuestros abuelos tan bien se acomodaban.

Esa provincia, que como su blanco armiño *quiere mejor morir que mancharse*, la Bretaña, que cambia poco, ha conservado en sus *desposorios* y *nupcias* usos llenos de graciosa moral que se buscaria en vano en otras.

Escuchemos á un noble breton (1); he aquí como cuenta los desposorios de su caro país natal:

“En nuestros campos, los desposorios todavia se muestran con sus antiguas gracias. En una bella mañana del mes de Agosto, un jóven aldeano venia á buscar su novia al cortijo de su futuro suegro. Dos violinistas, llamando nuestros antiguos menestrales, abrian la pompa, haciendo resonar en sus violines los romances del tiempo de la caballería, ó de los cánticos de los peregrinos: los siglos, salidos de sus tumbas góticas, parecían acompañar esa juventud con sus viejas costumbres y sus viejos recuerdos. La esposa, conducida á la Iglesia, recibia del cura la bendicion de los desposorios, y depositaba en el altar una rueca cubierta de cintas. Se volvía á la granja. La señora y el señor del lugar, el cura y el juez del territorio, se sentaban con los esposos, los labradores y las matronas al-

rededor de una mesa, en que se servia el verraco de Eumeo, y el ternero de los patriarcas.

“La fiesta se terminaba con un paseo á la granja vecina. La señorita del castillo bailaba al son de la gaita una *balada* con el desposado, mientras los espectadores estaban sentados en la yerba con los recuerdos de las hijas de Jetró, de los segadores de Booz, y los desposorios de Jacob y Raquel.” (1)

La vida del breton es áspera y dura: cuenta pocos dias de reposo: fuera de las fiestas de la Iglesia, hay para él dos tiempos de descanso en su ecsistencia de pena y de trabajo, son el del matrimonio y el de la muerte. Los esponsales y los funerales son en su vida los dias cuyos recuerdos jamas se borran.

Luego que se han celebrado los esponsales, cuando la rueca vestida ha sido depositada en el altar de la Virgen ó de nuestra Señora de Auray, cuando *los prometidos* con sus primos y amigas han ido juntos á la villa vecina, para comprar las joyas, las arras, la corona y el ramillete de azar, comienzan las invitaciones.

Los mismos desposados por respeto van á pedir á los abuelos vengan á rogar por ellos en su misa de matrimonio, y á sentarse en el banquete nupcial, que será en la granja ó en el gran patio de la alquería. Siempre á nombre de los padres se hacen estas invitaciones tan cordiales como respetuosas. Toda enemistad en esta grande ocasion se echa á un lado: porque el antiguo proverbio breton, dice: *Toda nupcia echa á dormir todo ódio*. La pobreza del país de los páramos y de los matorrales, no ha podido jamas restringir los gustos generosos y hospitalarios de sus habitantes; bajo su paño burdo y bajo su rastrojo, han guardado siempre corazon de príncipes. Un colono que casa su hijo ó hija, no se arredra por doscientos ó trescientos convidados.

Si entre los invitados á la boda hay algunos que no han podido ir á la iglesia á la misa de matrimonio, estad seguros que no vendrán á la mesa del festin.

Entre el cura y sus feligreses la alianza es tan íntima y estrecha, que el padre segun la gracia, se regocija como el padre segun la naturaleza, de aquel matrimonio de dos hijos mas; así que él ha querido que la alegre jornada comience desde temprano. Desde que asoma la luz del crepúsculo, el primer repique de las campanas lanza al viento los mas alegres sonidos: en el interior de la iglesia todo está adornado como para una fiesta solemne: el altar con sus mas bellos ramilletes de colores y de hojas de plata.

A cosa de las nueve de la mañana, el cortejo, con los violinistas, los novios y los padrinos sale de la granja y viene á la Iglesia, pasando por las avenidas del castillo. La futura debe detenerse allí algunos instantes para que la señora castellana con sus doncellas asegure bien la corona de la casada sobre su cabeza. La madre en su emocion

(1) En muchas de nuestras provincias, la ceremonia de los esponsales ya no ecsiste; habiendo encontrado la Iglesia graves inconvenientes desde que se han debilitado los principios religiosos.

(1) Chateaubriand.

puede habérsela atado mal, y si llega á caer, es presagio de desdicha. Cada uno quiere, pues, clavar su alfiler para fijarla bien. Las amigas, las compañeras de infancia y de trabajo de la casada, se han reunido en la sala de la morada noble, para clavar el alfiler, para llevar la dicha á su amiga y á ellas mismas; porque *ayudar al tocador de una casada, es ponerse á sí misma en camino de nupcias*, según enseña una antigua tradición del país.

Pasada esta pansa en el castillo, continúa su camino el cortejo; y á pesar de la grande alegría de tantos como lo componen, y que lo hacen un número considerable, llevan mucha compostura y recogimiento: luego se conoce que la procesion se dirige á la casa de Dios. Jamás se emplea canción ni sentenciá profanas; los hijos de la alegría, los sucesores de los ministriles tocan en sus instrumentos antiguas cantatas, de aquellas que se escuchaban en la Bretaña en tiempos de la buena duquesa Ana.

Poco despues ya el ruido de las campanas sofoca á todos; ya están *los novios* y sus abuelos en el antiguo pórtico de los catecúmenos, frente al hosario, donde con veneracion se guarda la superabundancia de los huesos del cementerio.

Entre las rejas de hierro de este relicario de la parroquia, se ven los cráneos de las pasadas generaciones como que están contemplando á las nuevas. Entre estas cabezas blancas y desnudas hay muchas que en su tiempo fueron ceñidas con la corona nupcial.

Los cirios están encendidos, el incienso se esparce por el aire y el anciano cura espera, como lo hace el buen padre con sus hijos. Dos reclinatorios de madera, sin cubiertas de terciopelo ni galon de oro, y sin cojines; unas bancas y sillas de paja, he aquí todo lo que está colocado en órden junto al balaustrado del santuario. Aquí es donde vienen los esposos y los gefes de las dos familias á arrodillarse y orar. Los jóvenes asistentes se colocan á derecha é izquierda vestidos con sus mejores trages.

En Bretaña una boda es muy semejante á aquellas de que habla el Evangelio; no se invita allí solamente á los dichosos; sino que tambien son convidados los pobres, los enfermos, los agobiados, cuyos dias son desgraciados y llenos de amargura, y desdichado del que no los invitase, pues le sobrevendrian mil desgracias. ¡Cuántas leyendas piadosas prueban que Dios ha ocultado muchas veces su gloria bajo de harapos, y encubierto su divinidad con las facciones de un mendigo para probar la caridad de las familias!

La liturgia del Matrimonio es la misma para el alto y poderoso señor como para el humilde y honrado aldeano. El mismo Dios de Abraham, Isaac y Jacob se invoca en nombre del Redentor; siempre se piden las mismas gracias y las cuales emanan del sacramento sobre el hombre y la mujer que va á unir el sacerdote.

Cuando forman alianza familias nobles, el dignatario de la Iglesia, arzobispo, obispo ó cura, que bendice la union en un altar cubierto de oro, bus-

ca en lo pasado recuerdos históricos que presentar á la pareja cristiana como otros tantos ejemplos de fé y de honor.

En el matrimonio de los labradores el buen pastor dirige tambien algunas palabras á los jóvenes feligreses á quienes conoce desde su llegada al mundo. Sin hojear los libros de la historia él sabe que son de raza buena y honrada, y que para ir por la senda de los justos no tienen mas que seguir á sus antepasados; porque en la cabaña hay una verdadera y santa nobleza que vale tanto como las demas y que se trasmite de generacion en generacion. Para mantenerse no necesita pergaminos ni archivos, y sin embargo dura siglos en la parroquia. Cuando se unen entre sí los descendientes de estas familias patriarcales, hay seguridad de fortuna para todos; y el sacerdote del Dios de verdad que los casa tambien contribuye á dar á sus padres la alabanza que merecen.

Con facilidad y entusiasmo habla á esta raza que es una continuacion de la de los patriarcas, y que lo mismo que los justos de los tiempos primitivos, se levanta con la luz y glorifica al Señor á la salida de los primeros rayos del sol.

La vida del aldeano está llena de poesia, y el sacerdote hijo de la alquería, cuando al salir del seminario se encuentra nutrido con la lectura de la Biblia y del Evangelio, puede con facilidad conmover á las gentes á que se dirige.

Siempre es admirable la palabra de Dios; pero en la campiña tiene mas eco que en las ciudades.

Se ha dado á Dios lo que es de Dios; se ha rogado por la felicidad de los casados. Se han inscrito en el registro de la sacristía los nombres de todos los que saben escribir, sin olvidar á los coristas ni al campanero. El cura ha ofrecido ir á dar el *Benedicite* en la comida nupcial. Todo el mundo está profundamente alegre, sin el mas leve resquicio de tristeza.

Los músicos son los primeros que han salido del pórtico; pero no comienzan á tañir sus instrumentos sino hasta salir del cementerio. Tras ellos vienen los jóvenes asistentes, á quienes siguen los casados con el doble brillo de su adorno y alegría; y despues de dos en dos, los parientes, amigos y numerosos convidados. Ya no conserva el largo y numeroso cortejo la gravedad que traia al venir de la Iglesia; ahora se dirigen al festín, porque el meridiano del señor cura señala las once al pasar ellos por el jardin. Ahora los muchachos con los fusiles de sus padres mezcian salvas á los gritos de alegría de los demas.

Desde la vispera se ha traído á la cabaña que han de habitar los nuevos esposos utensilios de menaje. La sabiduría, hija de la esperiencia, ha enseñado á la gente del campo que vale mas dar lo útil que lo fútil á aquellos que van á servirse por sí solos. Hasta este momento solemne del Matrimonio el pan cotidiano, les ha venido de Dios y de sus padres; en lo sucesivo será de Dios y de ellos mismos. Los regalos de boda, las mesas, los cofres, los armarios de encina con fuertes cerraduras de hierro bruñido, la lencería tejida en

la aldea, la porcelana y toda la vajilla, vino de casa de los tíos, primos y demas parientes. La madre de la esposa dió la cama con su colgadura y demas accesorios; y el padre del joven marido el arado y el par de bueyes.

Esperan á los convidados las mesas adornadas en la pradera sombreada con los viejos olmos. Se acaba de presentar el eura que viene á bendecir el pan de la boda. Todos se apresuran á colocarse en órden y con urbanidad. Cuando el hombre de Dios levanta la mano para hacer la señal de la cruz y bendecir la mesa, reina un religioso silencio entre los doscientos convidados, y no se oye murmullo de voces sino cuando concluye el *Benedicite*. Como antes dijimos, pobres y ricos están en sus lugares, y los dos esposos con sus brillantes atavíos se manifiestan benévolos á todos.

La abundancia de manjares quita el hambre, y el vino ó la espumosa sidra redoblan la alegría que nunca deja de brotar en un dia de boda.

Los muchachos se levantan de la mesa á buscar el coro de las cantantes, pues ha llegado el momento de la *cancion de la casada*, momento que tiene no sé qué de solemne, porque las palabras que van á dirigir las muchachas á la que sale del rango de ellas para subir al de esposa, consisten en consejos buenos y sábios, é instrucciones útiles para su nueva vida.

El tono sobre que cantan estas palabras cristianas y antiguas está lleno de dulzura y melancolía.

Es raro que la joven esposa no deje escapar bajo sus párpados, modestamente bajados, púdicas lágrimas, durante este cántico compuesto de gran número de coplas, como todo lo que se canta en la aldea. La moral mas pura reina en ellas: se dice á la casada que ha concluido el tiempo de los placeres y comienza el de las obligaciones. Las muchachas cantan:

¿Habeis comprendido todo lo que ha dicho el sacerdote? Ha dicho la verdad; todo como debe ser. Sumisa á vuestro esposo, debéis amarlo como á vos. Ya estais ligada, joven casada; ya estais bien atada, joven y bella esposa, con un lazo de oro, que solo rompe la muerte.

Para terminar esta moral, se agrega, ofreciendo á la esposa un enorme ramillete,

Este se ha hecho para que comprendais que todas las vanidades pasan como flores.

Despues de las canciones y los juegos, que desde los primeros siglos acompañan todos los matrimonios de la Bretaña y de la Vendea, y hacen el gozo de estas gentes sencillas y piadosas, sube un anciano, el mas viejo de los circunstantes, en un banco, y haciendo seña que calle todo el mundo y se suspendan las danzas, anuncia que al dia siguiente á las siete de la mañana celebrará el señor cura una *misa de Requiem por todos los parientes difuntos de las dos familias que acaban de*

unirse en la tierra, y que es preciso se reúnan en el paraíso orando por sus almas.

Seguro que nadie faltará á esta piadosa cita la mañana siguiente.

Me he dejado arrastrar de la dicha de referir las costumbres de un país que ha permanecido puro y fuerte, porque ha sido en medio de los cambios y apostasias, firme en su fé y en la sumision á Dios. He tenido gusto en oponer un matrimonio verdaderamente cristiano, á esos matrimonios que se ven en los países en que brilla el sol del filosofismo. En estos países en que ya no reinan las creencias católicas, en que las iglesias pobres y mal atendidas están casi siempre vacías y desoladas, todavía se oye de cuando en cuando á la campana de la parroquia anunciar un matrimonio; pero ¡ah! ¡qué aspecto presenta el cortejo nupcial atravesando el pueblo para llegar á la casa de Dios! En vano buscaréis allí una mirada modesta y la sombra de un pensamiento religioso, todo es atrevido, ruidoso, desvergonzado. La misma casada, á pesar de su velo, su vestidura blanca y su gran cinturón, no puede llevar el paso que escoge circunstante tan grave. Ella va lo mismo que iría á un baile público. Si habeis vivido algunos meses en estas campiñas, no extrañareis hallar tan poca decencia. Las doctrinas de Voltaire y de Beranger han corrompido á tal grado las costumbres de estas poblaciones, que el Matrimonio ya no es entre ellas comunmente mas que una reparacion tardía. Así es que el pueblo en las calles se rie de las coronas virginales y de los ramilletes de azahar, y en el santuario el sacerdote se entristece de ver así profanar la santidad del sétimo de nuestros sacramentos.

Me acuerdo que se cometió una falta en la parroquia de Loroux, uno de los principales puntos de la Vendea. El padre de la joven culpable, antiguo capitán del ejército de Charette, brazo de hierro por su honor y lealtad, iba á morir cuando su mujer le reveló que la infamia habia entrado á su casa. Yo habitaba entonces en un lugar á una legua de la alquería del viejo vandeano; sabiendo que estaba enfermo fuí á verlo con la persona con quien yo vivia, y al entrar en la cámara del vandeano lo vimos sentado en un banco. Luego que nos vió se cubrió el rostro con las manos, apoyando los codos en la mesa, sin venir á recibirnos como acostumbraba hacer. Deteniendonos en la puerta un instante, oíamos los suspiros que en vano trataba de sofocar; y cuando nos acercamos á él pudimos ver las gruesas lágrimas que se le escapaban entre los dedos y rodaban por sus mejillas.

Mi amigo y yo nos sentamos á su lado; entonces él nos tendió la mano. ¡Oh! ¡Si vivo cien años, jamás olvidaré la impresion dolorosa de aquel rostro enfermo! Para decirnos el penoso secreto que oprimía su pecho á punto de hacerle temer por sus dias, se levantó y nos llevó frente al crucifijo que colgaba de la pared al lado de su lecho.

Cuando estuvo allí, fijó por algunos instantes sus miradas sobre la imágen del Dios de los dolores, del Dios que todo lo ha sufrido, y todo lo ha perdo-

nado. Despues como si hubiese buscado en las llagas del Salvador la resignacion, haciendonos sentar, nos contó por quién habia venido el deshonor á su familia. Estas confesiones no nos las podia hacer sin violentos esfuerzos, sin que su sangre hirviese, y sin que dejase percibir una reconcentrada cólera. Muchas veces le habia visto contraerse sus facciones y los nervios de sus manos.

"Sed misericordioso, le dije yo, como el divino crucificado que tenemos ante nosotros: no seais inflexible; los dos culpables son muy jóvenes. . . . — Ellos no tendrán tiempo de envejecer antes de la reparacion, respondió el aldeano; la semana que viene, el jóven vendrá de casa de su madre, que se avergüenza de él, como nosotros tenemos vergüenza de ella. . . le hemos citado á él y á sus dos testigos para el lunes prócsimo, en la iglesia antes que amanezca. . . En cuanto á ella, su madre, yo y dos parientes, la conduciremos. . . — Ah! ¿quién habria podido creer jamas, señor, que yo habria casado mi hija sin que mi pobre mujer y yo os rogásemos conducirla al altar. . . ."

A estas palabras, el viejo soldado se bañó en lágrimas.

Continuó despues: ¡Ah. . . semejante matrimonio es preciso que solo Dios lo vea. . . . El lunes no estaremos mas que ocho en la iglesia. . . es suficiente número de testigos!

Como lo habia dicho el antiguo gefe de parroquia, en el dia fijado antes de salir el sol, el jóven de la granja y la jóven del arrendatario estaban arrodillados en la iglesia de Loroux; se les habia señalado su lugar en el santuario mas lejos que lo de costumbre: solamente dos cirios amarillos estaban encendidos en el altar.

En cuanto á los dos jóvenes casados, sus trages de nupcias eran los que se ponian diariamente para trabajar en los campos: los dos habian venido á la iglesia con zuecos, y así recibieron del sacerdote la bendicion nupcial.

Cuando regresaron de esta misa severa de esponsales, se les sirvió la sopa en la alquería, lo mismo que todos los dias; y despues se fueron cada uno por su lado á su trabajo de cos tumbre.

Cuando la madre de la niña casada los vió irse, dijo á su marido: "Pobres hijos, son muy sumisos."

—Sí, respondió el anciano; pero es preciso no aflojar. . . . Y como sentia que las lágrimas le salian del corazon y que iba á llorar. . . . salió. . . . y sin agregar una palabra, fué á sentarse al pié de la cruz de piedra que estaba cerca de la casa, y que se llamaba hace mas de cien años antes LA CRUZ DEL PERDON. Allí derramó toda la amargura de su alma, rogando por Magdalena.

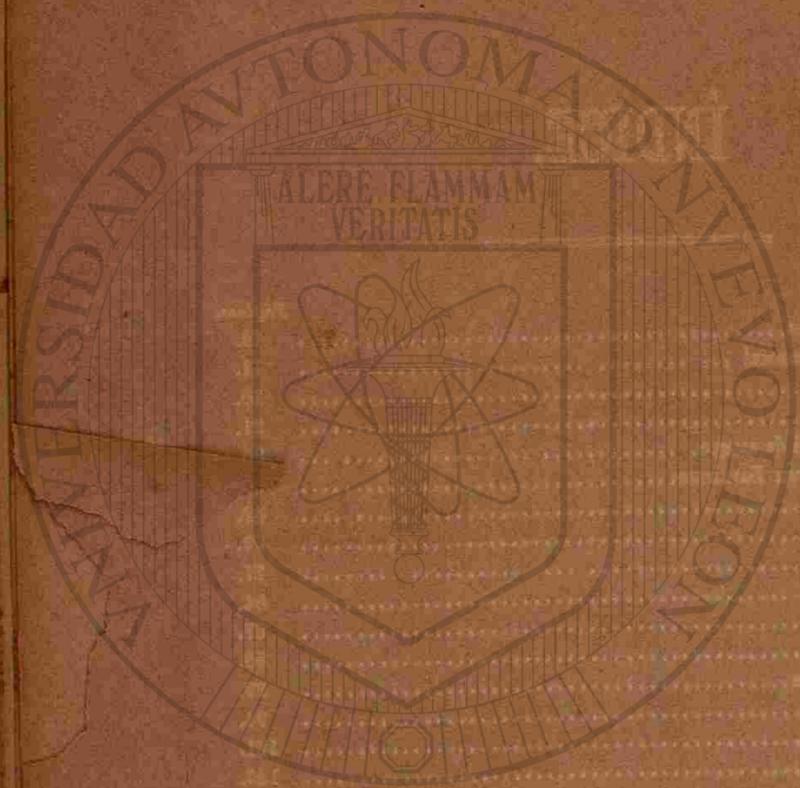
Este recuerdo de la patria da fin á mi obra; porque cuanto mas se envejece, mas se siente á lo pasado absorber nuestro pensamiento: usurpa el presente y el porvenir. . . . que sobre todo debe ocuparnos.

Llegando á esta última página de mi libro, que quizá mis lectores habrán encontrado demasiado largo, debo dar gracias á Dios de haberme concedido la salud y la paz que en mis primeras páginas le habia pedido para poder acabarlo; y ahora que está escrita mi última línea. . . . tengo que solicitar otra gracia del Soberano Autor de todas las cosas, y es, que se digne bendecir mi libro para que pueda hacer un poco de bien.

ÍNDICE.

	Páginas.
Una palabra á mis lectores.	10.
De los Sacramentos en general	11.
El Bautismo.	18.
Ceremonial del Bautismo.	21.
El Bautismo de agua y el de sangre.	36.
Felices consecuencias de un Bautismo.	37.
La Confirmacion.	42.
La Eucaristía.	60.
La Misa.	77.
Misa de hospital.	84.
Misa de difuntos.	87.
Misa de Matrimonio.	88.
Misa de primera comunión.	89.
La Penitencia.	94.
La Estrema-Uncion.	121.
Sepulturas.	135.
El Orden.	138.
Consagracion de un obispo.	141.
El Matrimonio.	164.



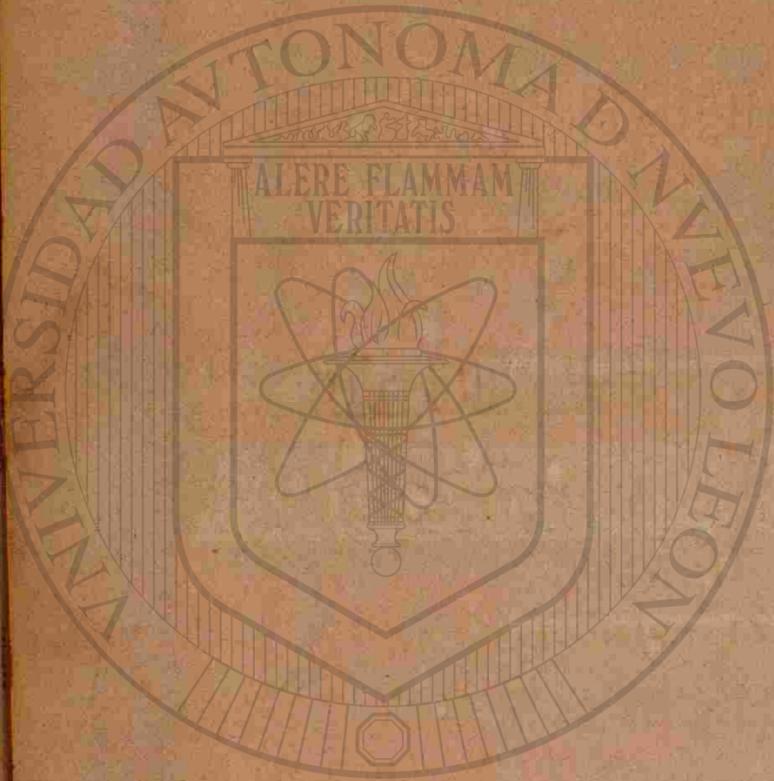


FIESTAS CRISTIANAS.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





BIBLIOTECA
UNIVERSAL ECONÓMICA ILUSTRADA.

CUADRO POÉTICO

DE LAS

FIESTAS CRISTIANAS,

POR

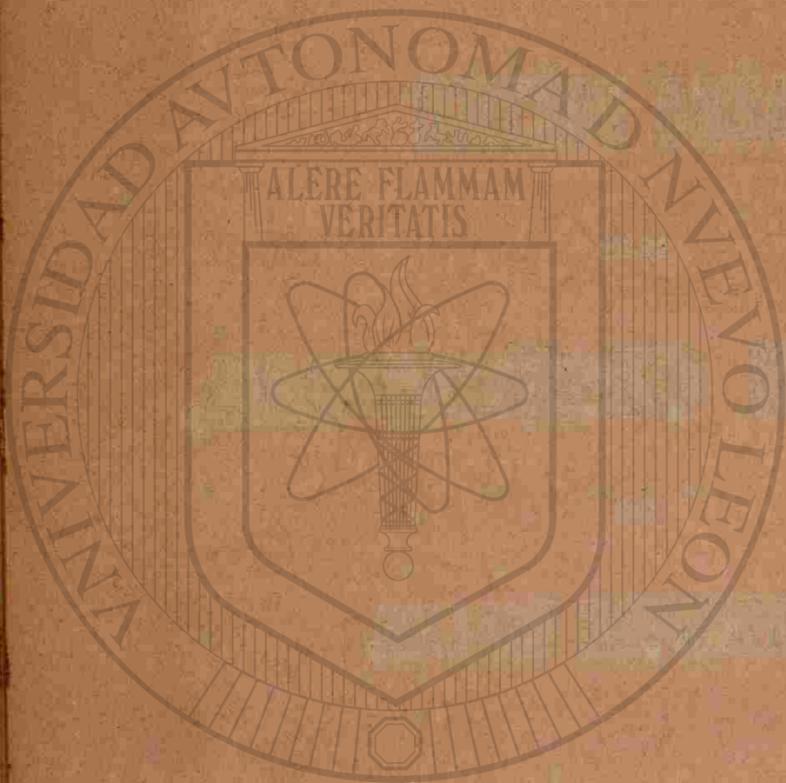
EL VIZCONDE WALSH.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS **MÉXICO.**

BOIX, BESSERER Y COMPAÑÍA, EDITORES Y LIBREROS.

1852.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

O'SULLIVAN Y NOLAN, IMPRESORES,

ESQUEMA DEL PORTAL DEL COLISEO VIEJO Y CALLEJÓN DEL ESPÍRITU SANTO.

PROLOGO.

En medio del indiferentismo que reina, de la corrupción que cunde, y de la desmoralización general, que podría llamarse un desierto de religión, la obra que vierto hoy al español es como un oasis en que se encuentra la ternura de sentimientos, ó la CARIDAD; la confianza en los libros sagrados y la revelación, ó la FE; y la conformidad con los sufrimientos que han de procurar un bien eterno, ó la ESPERANZA; las cuales, como un bálsamo poderoso, curan los males y cierran las heridas causadas por la total ausencia de aquellas virtudes.

Toca á la Francia, distinguida siempre por sus escritores sagrados, volver á conducir á los hombres á la creencia que casi se perdiera por los escritos de sus mismos hijos, que son, por una anomalía extraordinaria, los primeros en las ciencias y en las frivolidades, en lo profano y en la moral. De la Francia deben, pues, partir con las luces humanas el respeto é instruccion en las divinas.

Ya apareció por entre los horrores de la revolución y de la guerra, un escritor que, como el sol despues de un crudo invierno, alentó de nuevo los corazones en que se estinguía el calor de la religión; y mostrando el Genio del Cristianismo, hizo volver los entendimientos á la consideracion que ya casi olvidaban, seducidos por la indiferente simplicidad puritana, ó halagados por el irresponsable ateísmo.

El cantor de las orillas del Meschasebe ha hallado ya traductores que, con mas ó menos felices esfuerzos, han hecho participar á los habitantes del hemisferio austral de sus mas que humanas palabras con que canta, ora las bellezas de la naturaleza, ora las sencillas costumbres de los americanos, y ya las piadosas prácticas del catolicismo y sus gloriosos mártires.

El vizconde de Walsh pertenece á la época, al país y á la misma clase del narrador de los amores de Chactas y de Atala, y dotado de la misma sensibilidad esquisita y de la misma piedad, describe aquí el origen de las Fiestas Cristianas, manifestando cuanto hay de amable y tierno en todas estas solemnidades que la Iglesia católica ha establecido.

Estas Fiestas, referidas con todos sus detalles, demuestran la armonía de las ideas y del espíritu que las produce, y la minuciosidad es un mérito de la relacion, que añade nuevo interés y descubre el plan y el recuerdo que se intenta hacer.

Los hombres, esclavos de las costumbres, se ha-

cen tiernos y sensibles habituándose á la práctica de estas Fiestas y ceremonias, llenas de sentimiento y de ternura; y estos ejercicios piadosos dan no solamente una garantía de las virtudes morales, sino que disponen los ciudadanos para la vida civil. Ellos dan independencia para abandonar la injusticia, y sumision para obedecer la ley, entereza para resistir la tiranía, y fuerza para cumplir el deber.

La religion prepara, pues, á los hombres para llenar dignamente cualquier lugar que puedan ocupar: y ella misma, sujeta á un gobierno que no cambia, es lo que salvará hoy, por decirlo así, la sociedad, particularmente en los países á que se destina este libro, de la disolucion que los amenaza, y de la degradacion en que caería irremediabilmente un pueblo que, marchando de novedad en novedad, despreciase las lecciones de la experiencia y se hiciese un juego de las instituciones que el día antes proclamara.

La religion puede mostrarse sin las apariencias difíciles y duras que algunos ascéticos le dan, porque Jesus mismo dijo que su carga era fácil; y se le ve aquí con todo el aspecto de una tierna madre. Cuando otros libros hablan solamente de la aspereza, este demuestra por todas partes las caricias, los cuidados, las promesas y la indulgencia. El vizconde Walsh no ha dejado la menor circunstancia para presentar el lado tierno del catolicismo; y así, ¿quién podrá desconocerlo? Sería menester un corazón muy mal formado para encontrar qué decir en tan amables prácticas.

Hoy que se nota un movimiento hácia el bien, toca á los bien intencionados hacer un esfuerzo y ayudarlo poderosamente. Por donde quiera, cansados del demasiado libre uso de toda su voluntad, sienten los hombres que las prácticas religiosas, sujetando el vuelo de los fogosos innovadores, les hacen acostumbrar al sendero de la prudencia, les hacen aprovechar de sus doctrinas, y les ahorran los disgustos amargos que traen los desengaños.

A mí, que apenas me es dado el repetir estas armoniosas palabras, me bastaría si pudiese verterlas en nuestra lengua de una manera no del todo indigna de tan bello original y de los pueblos á quienes se destina su traduccion.

Los estados sud-americanos, esencialmente católicos, deben hallar aquí mil interesantes noticias, mil refrigerantes consuelos, al ver que la fé de sus padres está muy lejos de olvidarse, como sin fun-

damento se juzga en uno de los países mas civilizados del globo, y que éste, por sus escritos y por sus actos da el ejemplo de la fidelidad á su antigua creencia.

El clero de aquellos Estados, no lo dudo, verá con gusto la publicacion de esta version, y desde luego no vacilaré en ponerla bajo su proteccion, muy particularmente bajo la del Illmo. y Rmo. Sr. Manuel José Mosquera, dignísimo arzobispo de Bogotá, quien tan ilustrada cuanto poderosamente no cesa de esforzarse en elevar su arquidiócesis al punto de doctrina y civilizacion en que se hallan las mas cultas de Europa: y sin duda la larga carrera que le promete su corta edad y su grande prudencia, á que reúne la cultura cuidadosa de sus modales y de su entendimiento, ofrece á Bogotá, á toda su diócesis y á la Nueva Granada, entera, una continuada sucesion de felices esfuerzos para sostener los buenos principios, y á los demas prelados un elocuente ejemplo de todas las virtudes; y yo ahora, como su diocesano, siento un verdadero placer en manifestarle aquí todos mis sentimientos y mis votos por su feliz éxito.

Ni se ha de dejar tampoco de prometerse que la lectura de este libro hará vacilar á los que, desertando de la fé de sus padres, ora llevados por especiosos razonamientos, ora arrastrados por la indiferencia á la moda, hacen alarde de su inconstancia ó ligereza; y que enderezando á los que

tuercen el camino, mostrándoles las bellezas del que dejan, fortificará á aquellos que, fieles á sus antepasados, á su patria y á su creencia, conservan en su corazon el afecto y el apego á tan tiernas prácticas, que forman la verdadera nacionalidad de un país en que, por decirlo así, es este el único punto en que aun no se ha turbado la unidad.

No es de dudar que los que han podido ya comparar la fisonomía de los países en que el catolicismo es la religion de la mayoría, con la de aquellos en que domina la reforma, ó en que la libre interpretacion del sentido privado ha hecho germinar diferentes creencias y prácticas, mas ó menos ridículas ó frias, habrán notado en los primeros un bienestar que, si no es la infatigable ambicion de cosas mundanas, que por mil medios injustos y gravosos procura acaso mal habidas riquezas, es empero la paz del espíritu y el contentamiento, con la cierta esperanza de ulterior felicidad de muy mayor duracion é importancia. Esta obra, que demuestra esa comparacion, sin que ella sea su principal objeto, manifiesta todos los suaves y dulces sentimientos que el católico halla donde quiera, y que el protestante no encuentra jamas.

Me juzgaré dichoso si esta version satisfice á los buenos y aprovecha á otros; y me contentaré con mis sanos deseos, si merezo por ellos la aprobacion de las gentes de bien.

EL TRADUCTOR.

CUADRO POÉTICO

DE LAS

Fiestas Cristianas.

Si el hombre hubiera obedecido á los mandamientos de Dios, todos sus dias habrian sido de fiesta. Colocado Adan por el Criador en un lugar de delicias, sin que pudiese ni un pensamiento de tristeza ó inquietud acercarse á su alma, bastante superior á todas las demas criaturas para mandarlas como rey, y casi igual á los ángeles por su pureza para conversar con el mismo Jehovah, no hubiera tenido mas que una larga fiesta en los jardines de Eden; fiesta que habria concluido por la eterna del cielo, á la cual llegaria el hombre sin pasar por la muerte.

Tan feliz destino ha sido cruelmente trastornado. Vino el pecado con su larga cadena de dolores... y cuando Satanás nos mira como somos hoy, degradados hijos de Adan, y lo que era nuestro primer padre; cuando compara nuestro valle de lágrimas con el lugar de delicias que Dios habia criado para ser nuestra patria; cuando opondrá la serenidad, á la quietud, á la felicidad del paraíso terrestre, el chisme, la tristeza y la adversidad que han venido á ser nuestra herencia... ¡Oh! entonces el espíritu del abismo debe sentir infernal alegría, porque puede decir: Yo he destruido una dicha inmensa.

Arrojado el hombre de Eden por el ángel del Señor, fué condenado á comer el pan con el sudor de su frente, y este pan, ganado con trabajo, lo humedece frecuentemente con sus lágrimas. Caído el hombre del trono á que Dios lo habia elevado, se arrastra humilde y débil como un desterrado; y si en el largo y duro camino de la tierra de destierro no encontrase un lugar fresco para descansar, si no diera á su trabajo una tregua, y si para sus dolores no hallase un alivio, seria la vida para no quererla, y desde el principio de la ruta se echaria para morir. Pero castigando la justicia de Dios al culpable con el destierro de Eden, halla éste, aun fuera del paraíso terrestre, la divina bondad que lo toma por la mano para impedirle que retroceda espantado ante las nuevas y tristes sendas que se le abren. Si en este terrible momento nuestros primeros padres hubieran sido entregados á sí mismos, se habrian irritado contra la sentencia del

destierro, y habrian maldecido á aquel que, despues de crearles para tanta felicidad, les ordenaba vivir para una desolacion tan grande.

No fué así. Castigando Dios á Eva y Adan por su desobediencia, les dejó en el alma una profunda memoria de él, y un sentimiento de gratitud y adoracion.

Y el primer monumento que los proscritos elevaron al momento de tomar posesion del valle de lágrimas, fué un altar. Recordemos el primer libro que hemos abierto en el regazo mismo de nuestras madres, y traigamos á la memoria las imágenes de la Biblia: Adan y Eva, Abel y Cain, no habian aún pensado en edificarse casas, cuando construyeron un altar de césped.

Y el primer dia en que sobre este primer altar se ofreció al Señor de todas las cosas el primer sacrificio, fué la primera fiesta religiosa. Esta fiesta fué el primer anillo de la sagrada y larga cadena que une al cielo con la tierra, y ha sido el origen de las santas solemnidades que celebramos.

Es cierto que hay distancia entre el rústico altar de Abel y el magnífico templo creado por Miguel Angel; pero el mismo y único pensamiento, pensamiento de adoracion, los ha elevado á ambos. Y la historia de estas fiestas que la religion ha establecido entre los hombres para consolarlos, procurarles descanso y hacerlos mejores, es la que intentamos escribir. Quiere esta historia ser contada mas con el corazon que con el talento, y será con el corazon con el que la diremos. Otros mas doctos y mas hábiles explicarán las ceremonias misteriosas; nosotros señalaremos solamente el fin saludable y las bellezas poéticas: otros mas santos tocarán al tabernáculo; nosotros demostraremos la magnificencia del templo.

El genio grave á un tiempo y tierno del catolicismo, se halla entero en sus fiestas, que recuerdan en su curso anual memorias de poder y de bondad. Ora el dia que él solemniza nos trae á la memoria un recuerdo de poder; ora otro de bondad: aquí es el Niño Dios en su cuna; allá es el Salvador en su gloria, apareciéndose sobre el Tabor entre Elías y Moisés, ó bien subiendo al cielo despues de haber

roto la losa del sepulcro: hoy es el nombre de Dios mismo el que celebra la Iglesia; mañana el de María: en la primavera, en medio de las flores de la naturaleza, la fiesta del Corpus; en el otoño, entre las hojas que caen y los vientos que las arrebatan, la fiesta de todos los Santos y la de los Muertos. Pero antes de escribir estos santos regocijos de la nueva ley, es preciso decir algo de las fiestas de la ley antigua. También tenían ellas su poesía y su enseñanza.

SABADO.

El mas antiguo de todos los dias festivos es el SABADO. Observóse primitivamente en memoria del dia en que Dios descansó, despues de la creacion de todo lo que existe.

En memoria del glorioso reposo en que el Eterno goza entre los resplandores del cielo, los patriarcas y la ley de Moisés establecieron el descanso religioso del Sábado. Despues de la obra de seis dias, Dios, la fuerza, el poder mismo, no tenía necesidad de reposo: la Omnipotencia no se fatiga; pero el hombre caído y débil, condenado al trabajo, se cansa de sus rudas jornadas, y Dios que lo conoce, Dios que ve sus sudores y sus lágrimas, ha querido por su bondad que tuviese un dia de descanso.

Así en el Sábado hay recuerdo de poder y de bondad.

Jehovah, el Eterno, despues de haber criado el cielo con los astros que resplandecen en él y los pájaros que vuelan en su inmensidad:

El mar con sus ondas y con sus abismos, con todos los peces que viven en él, y Leviatan, que juega en sus profundidades:

La tierra con sus plantas y flores, sus arroyos y rios, sus desiertos y bosques, y todos los animales que se mueven de dia y que ruedan por la noche:

El hombre y la mujer, aquel con su fuerza y su magestad, ésta con su belleza y su gracia;

Se detuvo el Criador, y observando los detalles y el conjunto de su inmensa obra, dijo: "Lo que he hecho es bueno," y bendijo el sétimo dia, y lo hizo santo.

Así, la celebracion del Sábado debe recordar estas palabras del Altísimo como complemento de la creacion.

La celebracion del Sábado debe mostrarnos tambien que Dios, condenando en su justicia al hombre al trabajo, se compadeció en su bondad de su debilidad, y quiso desde los primeros tiempos del mundo, que tuviese un dia de reposo.

Y para que este reposo fuese bueno, la religion le ha reunido la oracion, y ha hecho bien, porque en las agitaciones de la vida y en las inquietudes que se levantan con el sol, lo que tranquiliza mas al alma es orar; y decid, para que el cuerpo repose mejor, ¿no es preciso tambien que esté reposado el espíritu?

La reja habia apenas abierto algunos surcos en

la tierra aún joven, y el arte de cultivarla no hacia mas que nacer, cuando los patriarcas, primeros patronos de la propiedad y de la agricultura, reposaban el séptimo dia. Entonces, en lugar de templos, no tenían, como Abel, sino altares de césped; pero allí oraban y alababan al Señor que humedece la tierra con el rocío del cielo, así como consuela con sus esperanzas á una alma contristada.

Era acaso en estos dias de oracion y de santo descanso que Dios les hablaba y que los ángeles del cielo venian á conversar con ellos.

Lo que el uso de los patriarcas habia establecido, la ley de Moisés lo consagraba, y la celebracion del Sábado era mandamiento divino. He aquí el texto de la ley:

EXODO. "Acordaos de santificar el dia del Sábado. Trabajareis seis dias, y hareis cuanto tengais de hacer; pero el séptimo dia es el Sábado del Señor vuestro Dios: no hareis en este dia ninguna obra, ni vos, ni vuestro hijo, ni vuestra hija, ni vuestro servidor, ni vuestra criada, ni vuestros animales, ni vuestro huésped, porque el Señor hizo en seis dias el cielo y la tierra y lo que ellos contienen, y descansó el séptimo; bendijo por esto el séptimo dia y lo hizo santo, consagrándolo á su servicio."

Ezequiel dice espresamente que el Sábado y las otras fiestas de Israel son señales que Dios dió á su pueblo para distinguirlo de las demas naciones. *Sabbata mea dedi ipsis, ut essent signa inter me et ipsos;* y tambien: *Sabbata mea sanctificate ut sint signa inter me et vos.*

En el Exodo se dice: "que Dios ha establecido su Sábado entre los hijos de Israel como una señal que les recuerde que el Señor es quien lo santifica. Cualquiera que haya violado el Sábado, será castigado de muerte.

"Y en aquellos tiempos, dice el historiador sagrado, mientras que los hijos de Israel viajaban en el desierto, he ahí que un pobre fué encontrado recojiendo leña seca el dia del Sábado.

"Y la multitud se apoderó de él, porque transgredia la ley del Señor, y lo condujeron ante Moisés y Aaron, diciéndoles: he aquí este hombre, que recojia leña seca el dia del Sábado.

"Aaron y Moisés lo hicieron poner en prision sin saber con qué pena debian castigarle.

"Pero el Señor dijo á Moisés: es preciso que sea castigado de muerte: es preciso que el pueblo lo lapide fuera del campo, porque ha transgredido la ley que prohíbe trabajar en obra alguna el dia que yo he hecho Santo.

"El hombre fué llevado á la campaña fuera del recinto del campo, y los que le vieron recojiendo la leña tomaron las primeras piedras y se las arrojaron; luego la multitud lanzó contra él en tanto número, que su cuerpo quedó pronto cubierto; y allí en donde el culpable fué lapidado, sucedió como un montecillo que se mostró largo tiempo despues á los hijos de Israel, para recordarles que el dia del Señor era un dia Santo, y que en él no se debía hacer ningun trabajo."

Al ordenar á los hombres un descanso absoluto, una completa ausencia de toda ocupacion del cuer-

po ha de verse el pensamiento del divino legislador de los hebreos: él, que habia, antes de hacer las leyes para los hombres, hecho al hombre mismo, sabia que el alma y el cuerpo están ligados tan estrechamente, que si el uno trabaja mucho, tiene el otro poco descanso. El trabajo manual dobla al obrero hácia la tierra, y para descansar se necesita mirar al cielo.

Haciendo Dios la ley que ordena santificar el sétimo dia, quiso que el alma, despegada de los cuidados de la vida ordinaria, tuviese momentos en que pudiese tomar en la soledad y el silencio alas para subir hácia él.

Cuando el pensamiento sube hácia el Señor, acercándose á las nubes, se humedece, por decirlo así, de un celeste rocío y baja entonces de esas alturas con mas fuerzas para soportar el peso de los dias.

La santificacion del sábado no consistia solamente en ese descanso que dan el silencio y el retiro; la oracion en comun delante de los altares la constituian mas bien. Llamados los israelitas al tabernáculo ó al templo al son de trompetas, venian á él el dia del sábado para cantar las alabanzas del Señor y para darle gracias por sus beneficios. El incienso, la mirra y el aloés ardian entonces sobre el altar de los perfumes; y la sangre de los corderillos ofrecidos en holocausto, enrojecia el altar de los sacrificios en que corrian tambien el vino y el aceite, y al que traian flores y frutos, primicias de las estaciones. El dia del sábado, los sacerdotes ponian sobre la mesa de oro nuevos panes de proposicion y quitaban los viejos. Los ministros del templo entraban de semana el dia del sábado, y los que habian servido en la semana precedente salian en aquel dia.

Se celebraba en fin el sábado en todo Israel, así como las fiestas de una tarde á otra. Comenzaban despues de puesto el sol y acababan á la misma hora. *A vespera usque ad vesperam celebrabit Sabbath vestra.*

Estas oraciones hechas en comun delante de los altares y de la pompa de los sacrificios; esos himnos al Señor, tan poéticos, cantados por los levitas y acompañados de arpas, cítaras, salterios, timbales y trompetas, debian elevar las almas de aquel pueblo, que á pesar de sus faltas, sus inconstancias y sus crímenes, valia mas que todas las naciones de entonces.

No eran solamente los sacrificios y las oraciones los que santificaban el sábado entre los Israelitas; el reposo completo, la ausencia de todo trabajo entraban en la santificacion: *Non facies omne opus in eo,* habia dicho la ley de Dios, y para conformarse á ella han llevado frecuentemente los hebreos la obediencia al estremo.

Desde el tiempo de los Macabeos respetaban de tal modo el sábado, que aun cuando estuviese en guerra y los enemigos atacasen, no se creia deber ocurrir á las armas para defenderse en aquel dia.

Despues de aquel tiempo heroico, la nacion judía habia perdido un poco de sus escrúpulos, y cuando hacia la guerra no atacaba al enemigo en el dia del Señor; empero sí se defendia.

Cuando el Mesías recorria los campos de la Judea con sus apóstoles y discípulos, los judíos de entonces se escandalizaron de ver algunos de los que lo seguian, tomar, para apaciguar el hambre, espigas de trigo y frotarlas en sus manos para comerlas.

Era por cierto llevar el respeto del descanso del sábado bien lejos. Así fué que Jesus dijo á los fariseos que le reconvenian por esta accion de sus apóstoles: "¿No habeis nunca leído lo que hizo David cuando se halló en necesidad y que tuvo hambre? ¿El y los suyos no entraron en la casa de Dios en tiempo de Abiatar el sacrificador, y se comieron los panes de proposicion, que solo era permitido comer á los sacrificadores, y no dieron tambien á los que iban con ellos? El sábado es hecho para el hombre, y no el hombre para el sábado, de suerte que el hijo del hombre es aun señor del sábado."

Correspondia á aquel que es la misma sabiduría explicar á los hombres lo que debia ser el dia de santificacion y descanso, y los judíos, en verdad, tenían necesidad que el espíritu viniese á vivificar la escritura, porque es difícil comprender hasta qué punto de exajeracion habian llegado algunos fariseos en cuanto á la observacion del sábado. Se ve en algunos rabinos que habia entre los judíos, quienes llevaban el escrúpulo hasta no pelar ni cocer una manzana, matar un insecto que los picaba, cantar, ni tañer un instrumento.

Los samaritanos no encendian fuego en aquel dia, ni se movian en manera alguna si ya no era para ir á la casa del Señor.

El número de pasos que era permitido hacer el dia del reposo de Dios era fijado, y esta medida de distancia se llamaba el camino del sábado. San Lucas nos enseña que el monte de los Olivos estaba á distancia de Jerusalem lo largo del camino que se puede hacer el sábado. *Sabbath habens iter.* De Jerusalem al Jardin de los Olivos se cuentan seiscientos veinticinco pasos. Era, pues, este el espacio que se permitia recorrer en el dia santo.

FIESTAS JUDAICAS.

No tenían los hebreos que celebrar solamente el sábado con oraciones y descanso; celebraban tambien otras fiestas, y cada una de ellas era una conmemoracion de su historia. Su legislador sabia que no hay memoria durable si no se refiere á una idea religiosa. Y todos los aniversarios gloriosos del pueblo de Dios se celebraban en el recinto del pueblo y en derredor de los altares. Así la religion, que dura siempre, presta existencia á las cosas humanas que pasan tan de prisa. Esta es la sabiduría.

El Año SABATICO, que venia cada siete años y que estaba destinado entero al descanso, y el Año del JUBILEO, que se celebraba al cabo de siete veces siete años, se habian establecido para recordar la memoria de la creacion del mundo por estas diferentes especies de sábado, de sétimo dia, de sétimo año y de sétima semana de años.

Estos años eran descansos concedidos á la tierra y á los hombres que la riegan con sus sudores. Durante el año Sabático y el año del Jubileo, se suspendían los trabajos: el arado permanecía inactivo.

Lo que la tierra producía de sí misma, pertenecía al primero que se apoderaba de ello. Los frutos que doblaban las ramas con su peso, los racimos de las viñas, las olivas de los plantíos del llano, podían ser cosechados por los pobres que no poseían un pedacillo de tierra, y que ni aun tenían un manojito de yerba propio de que disponer.

Aquellos que tenían una pobre parte en la vida, se regocijaban con el retorno de estos años establecidos para ellos. Mientras que duraban éstos, los extranjeros, los huérfanos y los esclavos venían á ser como los propietarios, dueños absolutos de cuanto la benévola naturaleza hacía brotar.

El año Sabático comenzaba el 1.º de Setiembre y acababa en igual día, de suerte que se podía recojer toda la siega, los frutos del *sesto* año y hacer las siembras para el *octavo*.

Había Dios ordenado que los esclavos se pondrían en libertad durante el año Sabático, á menos que no quisiesen renunciar libremente á su derecho, dejándose horadar una oreja en presencia de los jueces, para manifestar así que se empeñaban en perpetua servidumbre, ó á lo menos hasta el año del Jubileo, que era á ojos de todos el gran año de gracia y libertad.

Este año del Jubileo tan deseado del pueblo de Dios, y que tornaba á venir cada cuarenta y nueve años con una larga y gozosa fiesta, tenía aun mas prerogativas que el Sabático. Libertaba aquel aun á los que habían renunciado á su libertad en otra época, y reponía en posesion de sus bienes y de sus herencias á aquellos que se habían visto reducidos á la necesidad de venderlos ó empeñarlos.

Con la actual civilización, semejantes años de gracia, de compadecimiento y de igualdad serian imposibles. Las partes están hechas á cada uno, y el pobre no tiene delante de sí la esperanza de un sétimo año de descanso y comodidad: nuestros legisladores han pensado mas en los que poseen que en aquellos que carecen de un rinconcillo de tierra que sembrar. Dios no había querido que fuese así en su pueblo. En una vida toda de miseria y trabajos, él dispensaba algunos buenos años como para dar paciencia á aquel que no tenía en la tierra ni dicha ni riqueza; concediéndole algunos años, hacia que el pobre aguardase sin irritacion los años eternos que se encuentran del otro lado de la tumba.

Esta tregua dada al trabajo, á la miseria, es de echar menos, porque me persuado que en los años Sabático y del Jubileo, se complacia el Criador en hacer la tierra mas fértil que los años ordinarios, regando sobre ella todo mas abundantemente, como prepara un padre de familia un banquete mas grande si aguarda mas hijos á su mesa. Me figuro que nunca se vieron en los vergeles los árboles mas cargados de fruto, ni los vinedos tuvieron mas racimos que en estos años de propiedad comun. El que alimenta á los polluelos de los pajarillos, el que tiene

los tesoros de la abundancia, gustaba de hacer buenos los años de gracia instituidos para los pobres, los extranjeros, los huérfanos y los esclavos.

La Pascua venía antes de las otras fiestas. Era esta el gran aniversario de la libertad, el día en que Israel se sustrajo del yugo de Faraon, el día en que se rompieron los hierros de la esclavitud: así, para manifestar que no se debe permanecer sentado en casa del extranjero, sino que es preciso marchar hácia la comun patria, había ordenado Dios que los que celebraban la Pascua se tendrían en pié, ceñida la cintura, con sandalias y báculo, como viajeros presurosos de llegar.

La palabra hebrea *pascha* significa *paso*. Recordaba así á los israelitas su paso de la servidumbre á la independencia, y les traía tambien á la memoria el paso del ángel exterminador entre los primeros nacidos de los egipcios, cuando este mensajero de la venganza del Señor hería con su terrible cuchilla en todas las casas que no estaban señaladas con la sangre del cordero.

La Pascua se celebraba el catorceavo día del mes *Abib*. Comenzaba la fiesta en las *dos visperas*, es decir, entre la caída y el ocaso del sol, ó segun nuestra manera de contar, entre las dos y las seis de la tarde.

El quinceno día principiaba verdaderamente la gran fiesta, que duraba siete días: era este el tiempo de los regocijos de familia. Se comía entonces el cordero en comun, y si había odios entre los parientes, debían extinguirse con estos hechos en nombre del Dios que ha dicho: "No dejarás que el sol se ponga sobre el rencor que guardes á tu hermano."

El cordero que se inmolaba para la Pascua debía estar sin defecto, ser macho y nacido en el mismo año.

Teníase con la sangre de este cordero lo alto y lo bajo de la casa, con el fin de que viendo el ángel exterminador esta señal, pasase adelante y no tocara la familia.

Era tal la obligacion de celebrar la Pascua, que si alguno cometía una pequeña negligencia en esto, era condenado á muerte: *Exterminabitur anima illa de populo suis*. Los que habían tenido legítimo impedimento por enfermedad ó viaje, y los que acababan de asistir á funerales, debían trasferir la celebracion de la Pascua al segundo mes del año, al catorce del mes *Phiar*, que corresponde á los meses de Abril y Mayo.

Se ve por los reglamentos establecidos para la celebracion de esta grande fiesta, cuánta importancia daba el legislador de los hebreos á que guardasen los hijos de Israel un perpetuo recuerdo de su salida de Egipto, y había gran sabiduría en querer arraigar en el pueblo la memoria de su libertad, porque los israelitas no podían recordar el yugo quebrantado de Faraon, sin acordarse de todos los prodigios y de todos los beneficios que Dios hizo á sus padres: y la nacion que no olvida lo que la Providencia ha hecho por ella, y que no se hace ingrata, será una nacion digna de estimacion y de felicidad, en tanto que aquella que senale sus anales por el amor del cambio y la inconstancia, será com-

padecida de los pueblos graves, mas no tendrá en su seno sino tumulto, desorden y turbacion.

Cuando los israelitas celebraban religiosamente las fiestas establecidas por Moisés, cuando permaneciendo fieles al Dios de sus padres, no iban á danzar ante el becerro de oro, eran felices y potentes; pero cuando por el amor de la novedad se dejaban llevar por dioses extranjeros que los arrastraban fuera de los senderos trazados por sus leyes, entonces se embriagaban con blandas delicias en fiestas impías, y como Sanson bajo las tijeras de Dalila, perdían su dignidad, su fuerza y su libertad.

Lo que se veía en los tiempos antiguos lo vemos hoy, y el sol va esclareciendo siempre las mismas desgracias, consecuencias de las mismas faltas.

Cincuenta días despues de la Pascua, los hebreos celebraban la solemnidad de PENTECOSTES: esta fiesta era la conmemoracion de la ley dada sobre el monte Siná, cincuenta días despues de la salida de Egipto. Magnífica memoria que recordaba que Dios mismo, en medio de rayos y relámpagos, había hecho venir á su servidor Moisés para conferenciar con él y darle sabias y santas leyes para su pueblo.

Contábase siete semanas despues de la Pascua hasta Pentecostes, lo que hacia que los judíos llamasen á esta fiesta de las SEMANAS.

La fiesta de las TROMPETAS anunciaba el principio del año, y como el día con que comienza es igual á aquel en que acaba, así como el sol no es ni mas bello ni mas resplandeciente cuando nace que cuando se pone, han creído los hombres deber señalarlo de algun modo: nosotros tenemos nuestras visitas, nuestros deseos de buen año; los israelitas tenían sus salvas de trompetas el día primero del año que empezaba. Era esta fiesta en Israel mas bien civil que religiosa; sin embargo, Moisés ordenó que se ofreciesen sacrificios en este día al Señor de los siglos.

La NEOMENIAS, ó los primeros días de cada mes, era como una sucesion de la fiesta de las Trompetas. Eran estas aún una señal en la division del tiempo. No obligaba la ley al descanso en los días de las Neomenias, pero ordenaba sacrificios y oraciones en el templo.

La fiesta de la EXPIACION se celebraba el décimo día del mes *Tizri*, que era el primer día del año civil; llamábase tambien fiesta de *Chippur* ó *Kippur*, que significa perdon. Había sido instituida para desarmar la justicia de Dios por el arrepentimiento, las lágrimas y los sacrificios.

Así, para que el año que comenzaba fuera feliz, se arrepentían de los pecados cometidos el año que concluía. Desde aquel tiempo se sabía que el arrepentimiento es la primera inocencia de los hombres, y que nada es tan agradable al Señor como un corazón contrito y humillado. Así Israel en esta fiesta del perdon se humillaba en el polvo, lloraba y gemía delante del Dios de las misericordias, y todos sus hijos prosternándose á un tiempo como un solo hombre, aguardaban en silencio que algunas gotas de la aspersión de los sacrificios, viniesen á caer sobre ellos para lavarlos de sus manchas y borrar sus faltas.

En esta fiesta, que era una de las mas solemnes, el gran sacerdote, despues de haberse lavado no solamente los piés y las manos, como para los sacrificios ordinarios, sino despues de sumergirse enteramente en la piscina, se revestia los vestidos de simple lino: los vestidos espléndidos, los ornamentos de oro, no iban bien á los sacrificios expiatorios, y no se adornaba con ninguna de la pompa de los altares; pero se avanzaba hácia el *Sancta-Sanctorum* con la túnica de los demas sacerdotes.

Llegando al altar de los sacrificios, inmolaba primero un becerro y un carnero por sus propios pecados y los de los demas sacerdotes, ponía las manos sobre la cabeza de las víctimas, y confesaba sus pecados y los de su casa; recibía despues de las tribus dos cabrones por el pecado, y un carnero para ofrecer un holocausto en nombre de toda la multitud.

Sorteábase para saber cuál de los cabrones se inmolara al Señor, y cuál se dejaría en libertad.

Cuando se había designado la víctima, el gran sacerdote tomaba fuego sobre el altar de los holocaustos y lo ponía en un incensario, y echando incienso en él, entraba al santuario envuelto en una nube de perfumes.

Despues de su oracion, levantaba el velo sagrado, volvía al altar de los holocaustos y ofrecía en sacrificio al cabron que por suerte debía inmolarse.

Tomaba despues sangre del becerro sacrificado al principio, y la llevaba en un vaso de oro detras del velo del *Sancta-Sanctorum*, y allí, poniendo los dedos en la sangre de la víctima, salpicaba siete veces en rededor del arca.

Despues de esta aspersión salía de nuevo del santuario, tomaba sangre del cabron inmolado, y se servía aún de ella para hacer aspersiones en el santuario, en el tabernáculo y en el recinto del templo. Mientras duraban estas purificaciones, estaba solo en presencia de Dios; ningun sacerdote lo acompañaba, y la multitud, que permanecía fuera de la tienda sagrada ó del templo, no podía verlo.

Purificados así el santuario, el recinto del templo y el altar, se traía al gran sacerdote el cabron emisario, ó *Azazel*, como algunos lo llamaban, y poniendo el pontífice la mano sobre la cabeza de aquel, confesaba sus propios pecados y los del pueblo.

Concluida esta ceremonia simbólica, y cargado el cabron con los pecados de la multitud y las imprecaciones del sacerdote, se le llevaba á un lugar desierto y se le dejaba allí en libertad, ó era, segun otros, empujado por su guía en un precipicio en donde pereciese.

Y solamente despues que se cumplía con todas estas cosas, volvía á tomar el pontífice del Señor sus vestiduras de gran solemnidad, el superhumeral, el racional y la ropa color de jacinto, y revestido así con magnificencia, inmolaba en holocausto dos carneros, uno por él y el otro por todos los hijos de Israel.

Terminábase así la fiesta de la Expiacion entre los hebreos; fiesta llena de figuras proféticas. Para apaciguar al Altísimo, y que su misericordia des-

armase su justicia, los hombres que vivían bajo la antigua ley, no tenían que ofrecer más que toros y becerros, cabrones y carneros, corderillos y palomas, pan y vino, frutos y flores; y Jehovah, aguardando la grande expiación, el gran sacrificador y la gran víctima, se dignaba aceptar estas ofrendas, símbolos misteriosos del sacrificio de la ley nueva, que es el único digno de la Magestad divina, puesto que es solo un Dios que se inmola á Dios.

La fiesca de los TABERNACULOS era para los judíos lo que la del *Corpus* es para nosotros, la fiesta más risueña, la más poética, la fiesta de los campos y de los bellos días, la fiesta de las palmas y de la verdura.

Esta solemnidad, que el pueblo de Dios gustaba tanto celebrar, había sido instituida para recordar á los hijos de Israel el largo tiempo que habían permanecido en el desierto, cuando no tenían moradas fijas, ni casas, ni ciudades, y que iban donde placía á Dios conducirlos. Al pensar en los días que pasaron en el desierto, y los de marcha, cruzando los países de Moab y Amalec, se forzaba á los judíos á traer á la memoria todos los prodigios obrados y todos los beneficios estendidos sobre ellos: la nube durante el día, y la columna de fuego por la noche, y el agua que surgió de la roca al golpe de la varilla de Moisés, y el maná que caía del cielo como un dulce y misterioso banquete; y, sabedlo, para las naciones así como para los individuos, es bueno y saludable recordar los días primitivos, los días de la niñez, porque cuando estos pensamientos de inocencia llegan al espíritu, uno se siente mejor, se hace más puro para que haya menos distancia entre nosotros y los días pasados.

Y con grande alegría, en la última bella estación del año, cuando la tierra, habiéndose ya cubierto de abundancia, había dado á los hombres las mieses y los frutos, salía Israel de las mansiones de piedra de sus ciudades ceñidas de altas murallas, y se estendía en los campos para vivir en ellos por siete días, bajo las frescas bóvedas que formaban los árboles.

Allí no había trabajo, inquietud, negocios ni tumulto como en la ciudad. Allí el aire embalsamado de las flores, el aspecto risueño de los campos, la alegría de las comidas tomadas en comun bajo la enramada; allí la armonía de los cánticos sagrados, su poesía y este apacible contentamiento que acompaña las fiestas religiosas.

En aquellos días los jóvenes iban á los bosques y sobre el borde de los torrentes, y arrancaban de los árboles las ramas más frondosas, y agobiados bajo esta carga de verdura volvían á sus padres, á sus madres y hermanas; y la familia junta levantaba, consolidaba y adornaba la tienda ó tabernáculo que debía habitar en la santa y gozosa semana.

Nosotros vemos pueblos amantes de fiestas, y reyes que quieren procurárselas para evitar que aquellos se irriten contra el poder: más estas fiestas, á pesar de decretos, edictos y leyes hechas para establecerlas y hacerlas populares, se quedan sin movimientos del alma, sin himnos de gracia, sin probabilidad de duración. Bajo los pórticos, levantados

á fuerza de gastos, pasa la multitud indiferente: la curiosidad hace abrir los ojos; pero ningún entusiasmo hace latir el corazón, y ¿sabeis por qué?... Porque el Dios de la vieja patria, el que ha regocijado la juventud de nuestros padres, no ha sido llamado á estas fiestas y el pensamiento que las ha establecido, no ha sido puro, justo ni religioso.

Entre el pueblo de Dios no era así: y he aquí por qué sus regocijos han pasado al través de todos los dolores de los siglos, y que aun hoy en las tristes sinagogas de los judíos, hay como un pálido reflejo de la fiesta de los Tabernáculos.

¡Oh, cuán bellas debían ser estas poéticas solemnidades en los campos de Idumea, bajo su cielo azul, cuando los habitantes de las ciudades juntándose á los de los campos, animaban las soledades y erizaban los valles y las colinas de los ribazos y el borde de los torrentes con sus millares de habitaciones de ramos! ¿Veis esa larga fila de hombres y mujeres, de viejos y niños? En medio de todos los tabernáculos del pueblo marchan en orden hacia el tabernáculo del Señor. Los niños y sus madres, los jóvenes y vírgenes, los viejos y los sacerdotes llevan todos en sus manos ramos de palmas, de sauces, de mirtos y limoneros. De estos últimos penden aún los dorados frutos, y toda aquella multitud parece de lejos un bosque móvil.

Al rededor del altar de los holocaustos, en donde cada mañana y cada tarde se ofrecen sacrificios, riegan los sacerdotes vino, aceite y agua pura de la fuente de Siloe; y mientras que el gran sacerdote, revestido con su ropa color de jacinto, con campanillas de oro en el borde, ruega por Israel, agita el pueblo sus ramos y sus palmas, y grita al Señor: ¡Hosanna! ¡Hosanna! Esto ha hecho que se llamen también estas, que se celebraban al principio del otoño, fiestas de los *Hosannas*, ó fiestas de las *Palmas*.

Había aún la fiesta de las *SUERTES*, ó de *Purim* ó *Phurim*, fundada en memoria de la libertad de los judíos que Aman quiso hacer perecer: venía en el mes *Adar*, que corresponde á Febrero. Antes de tirar la suerte, daban siempre limosna los hebreos cerca de la urna en que estaban los dados, y colocaban allí otra urna para dejar caer en ella la moneda destinada á socorrer á los que comen con sus lágrimas el duro pan de la miseria.

Se ve, pues, así, que ha largo tiempo que los hombres quisieran ganar á Dios para ponerlo de su lado: cuando iban á tentar la fortuna para procurarse una suerte favorable, hacían un bien. Puede esto ser una superstición, pero yo no la reprobaré.

El día en que Judith libertó á Israel dando la muerte á Holofernes, había sido mirado como una fiesta por mucho tiempo después que la mujer fuerte de Betulia hubo bajado con su gloria al sepulcro de Manasés.

Los aniversarios de la *Dedicación del Templo*, de la *Muerte de Necanor*, del *Descubrimiento del fuego sagrado bajo Nehemías*, de la fiesta de la *Gilofora*, en la cual se llevaba al templo la leña, eran días santificados por el reposo y la oración, por himnos y sacrificios.

Estos días, agradables al pueblo, lo eran también á Dios, porque eran todos recuerdos de la patria, siendo Dios mismo quien ha puesto el amor de la patria en el corazón del hombre. El día en que les ordenó honrar las tumbas de sus abuelos, seguir las leyes dadas á sus padres, guardar sus usos, defender el altar, el templo, ó el tabernáculo en que habían orado, aquel día les hizo el mandamiento de amar la patria, porque la patria es lo pasado guardado por lo presente y legado al porvenir. Es la generación viva que vela sobre las cenizas de las generaciones muertas, y que dice á las que deben seguir: Amad lo que hemos amado, honrad lo que hemos honrado, y que nuestro Dios sea para siempre el vuestro.

¿El pueblo que ama el cambio, ama acaso la patria? Yo no lo creo. El hombre que trastorna la casa paterna y que, para vivir á su gusto, desacomoda la tumba de su madre, no es hijo respetuoso.

Después de haber dado como de carrera el resumen de las fiestas del pueblo judío, voy á tratar de hacer ver que nuestras solemnidades cristianas no son menos bellas ni menos poéticas que las que celebraban los hijos de los patriarcas, los descendientes de Abraham, Isaac y Jacob.

Nosotros somos otro *pueblo de Dios*, y los días que santificamos fué el Señor mismo quien los santificó.

Cuando nos trasportamos de nuestra mansion del campo á la iglesia que preferimos á las otras, porque en ella se casaron nuestros padres, porque allí fuimos nosotros bautizados, porque en ella nuestras madres nos enseñaron á orar, orando con nosotros; cuando me dirijo yo por el camino que conduce á la iglesia de la aldea, admiro las riquezas de los campos que atravieso, todos dones de Dios. Aquí gozo del esplendor del sol, que se estiende por el llano dorado; allí gusto del frescor de la sombra, que halla el viajero al borde del camino para refrescarse y descansar. Así, pues, para llegar á las fiestas del catolicismo, que amo más que las otras, he pasado por las de los israelitas, admirando y diciendo lo que tenían de bello, de bueno y saludable para el pueblo que las celebraba. El Dios cuyas alabanzas cantamos con el órgano, es el Dios que David alababa con su harpa: el Dios cuya gloria descendió al templo de Salomon, es el Dios que reside en nuestras magníficas catedrales y en nuestras humildes iglesias de aldea. Solamente el Eterno, el Señor de los señores, el Altísimo, Jehovah sobre el monte Sinaí, es el Dios poderoso, el Dios terrible. Así se muestra en la antigua ley, en tanto que en la nueva admiramos más su bondad que su poder. Con Moisés es tan espléndido de magestad, que para no morir al ver tanto esplendor, oculta el gefe de los hebreos su faz contra la tierra: Jesus, con los apóstoles, está tan lleno de dulzura y mansedumbre, que los niños vinieron con confianza entre sus rodillas para que los bendijera.

En los cuadros que vamos á hacer de las fiestas cristianas, se hallará, lo esperamos, el espíritu del catolicismo; y si conseguimos mostrar las bellezas y la enseñanza que se hallan en estas solemnidades,

habremos concebido, lo decimos de antemano, una obra útil, porque es bueno hacer amar á los hombres lo que en las agitaciones y fatigas de la vida les procura más reposo: y, ya lo hemos dicho, el cuerpo no reposa sino cuando goza el alma de la paz. ¿Y puede el mundo darle esta paz? No. Sus turbias aguas no pueden apagar la sed incesante que atormenta á la sociedad humana: para desalterarla es menester conducirla á las puras ondas de Siloe, aquellas aguas vivas de que habla el Evangelio, y que la samaritana obtenía bajo las palmas, oyendo la divina palabra que alivia, que consueta y que salva.

DOMINGO.

ANTES de hablar de las fiestas de los hebreos, hemos descrito la solemnidad del sábado: antes de bosquejar las fiestas cristianas, establezcamos la santidad del DOMINGO.

Para honrar el día de la resurrección del divino Maestro, establecieron los apóstoles que fuese el día de santificación de los cristianos el domingo, primer día de la semana según los hebreos, y el día consagrado al sol por los paganos. Desde el tiempo de San Juan el evangelista, se llamaba este día *dies dominica*.

San Bernabé en su epístola dice: "Celebramos este día con alegría, en memoria de la resurrección de nuestro Señor, porque en tal día salió del sepulcro."

San Ignacio el mártir, en su carta á los magneios, quiere: "Que honremos este día del Señor, día de resurrección, el más bello y excelente de los días."

San Justino dice: "Que los cristianos se juntaban en aquel día, porque era el de la creación del mundo." San Ireneo, Tertuliano, Orígenes, dicen lo mismo.

Llevado San Justino ante Marco Aurelio, y yendo al martirio, revela al emperador idólatra toda la excelencia del domingo.

"En el día del Señor, dice, que otros llaman del sol, nuestros hermanos de las ciudades y de los campos se juntan en un mismo lugar y se leen allí los escritos de los apóstoles ó los libros de los profetas. Concluida la lectura, el que preside la asamblea toma la palabra y exhorta á los asistentes á que practiquen las máximas que acaban de oír: todos se levantan luego para orar, y se ofrece en seguida vino con agua, que se distribuye á los fieles. Después de la consagración y las acciones de gracias, y antes de separarse, los que pueden contribuir al alivio de los pobres y á la libertad de los cautivos, depositan sus dones voluntarios. Nosotros escogimos el Domingo para juntarnos, porque es el primer día de la creación del mundo, y el en que nuestro Señor Jesucristo resucitó de entre los muertos."

¿Qué cosa más pura, mejor, ni más santa que este domingo primitivo? ¿Juntarse como hermanos para amarse cada día más, comer el mismo pan sagrado en la misma santa mesa, alabar juntos á Dios, y juntos socorrer á los pobres, consolar los

aflicidos, rescatar los cautivos, fortificarse unos á otros contra las persecuciones, leyendo los actos de los apóstoles y de los mártires, elevar el alma con la poesía de los profetas, no tener sino un corazón y un espíritu! . . . ¡Qué admirable manera de santificar el día del Señor!

Cuando los primeros cristianos referían á sus seguidores la santidad de sus fiestas, ¡qué sorpresa no debían sentir los griegos y romanos, esos voluptuosos del mundo, adoradores de Júpiter y Venus, y de Flora y Mercurio, cuando se contraponía tanta pureza á sus impurezas, tanta sabiduría á sus locuras, tan castos pensamientos á sus abominaciones! La vergüenza debía cubrir el rostro de los que se sentaban en los tribunales para interrogarlos y perseguirlos, y nosotros nos persuadimos que si esta comparación entre ellos y los cristianos no se hubiese presentado á su espíritu, habrían sido mas tolerantes y menos crueles, porque siempre se detesta á aquel que nos hace avergonzar. ¡Podrá amar el reptil que se arrastra entre las plantas venenosas de los pantanos, al cisne blanco que de las puras ondas de los lagos se levanta hasta el cielo?

Desde el origen del domingo percibimos cuán propio es este día para elevar el alma lejos de las inquietudes de la tierra. San Juan, desterrado por el emperador Domiciano á la isla de Patmos, nos anuncia que fué el día del Señor en que lo arrebató el espíritu de Dios á las alturas del cielo, para revelar lo que los ojos no habían visto, los oídos escuchado, ni concebido jamás el corazón del hombre.

Esta meditación y mandamiento de oraciones el santo día del domingo, este recojimiento del alma, el canto de los himnos, la pompa de los altares, son en efecto poderosos medios de acercarnos á Dios: estas cosas santas son como las gradas de aquella maravillosa escala que Jacob vió en un ensueño colocada entre la tierra y el cielo, cuando dormía sobre la piedra de Betsel. Sintióse así la autoridad espiritual del domingo desde los primeros días del cristianismo: y apenas hacia veinticinco años que Jesucristo había resucitado, y todos los apóstoles, escepto Santiago el mayor, vivían aún, cuando pasando San Pablo por la Troada para ir á Jerusalem, se juntaron los fieles el primer día de la semana, el día del Señor, para partir el pan con él. En esta asamblea predicó San Pablo y resucitó un muerto.

Habiendo el gran Constantino vencido por la Cruz, hizo una ley para que el domingo fuese celebrado en todo el imperio romano, y quiso que su edicto tuviese toda su fuerza en sus ejércitos. Como soldado, sabía que los soldados hallan valor con la religión, y mandó que en el día del Señor se orase y se reposase en los campos.

Hacia el fin del reinado de Constancio Cloro, hijo y sucesor de aquel príncipe, renovó el concilio de Laodicea la orden de celebrar el domingo.

Cien años despues, el emperador Leon publicó una nueva ordenanza para prohibir toda acción de proceso y esacción en aquel santo día; interdió tambien por el mismo edicto las fiestas del teatro y del circo. En su pensamiento, así como en el de

otros legisladores, estos juegos pueden agradar al espíritu, empero no lo santifican.

Es verdad que el hombre que ha trabajado durante seis días para ganar su pan y el de su familia, tiene necesidad de un día de descanso; pero ¿lo hallará en el tumulto y la agitación? El viajero cansado se sienta á la sombra de los árboles que cercan el camino, y el hombre que quiere recuperar sus fuerzas en el sendero frecuentemente malo de la vida, va á ponerse á la sombra del altar. Aunque vaya solo, sacará siempre alivio y quietud; pero en día fijo, el domingo, hallará allí toda la familia reunida, y descansará al lado de su padre, de su madre, hermano y hermana. Este reposo vale mas que cualquiera otro.

En esta asamblea de los fieles de una misma ciudad, bajo un respecto puramente humano, hay una gran ventaja; estas santas reuniones hacen que las familias se conozcan, y tal hombre que no se vería con otro, se hallan allí una vez cada ocho días, bajo los ojos de Dios, que lee en los corazones. Si hay en el fondo del alma de aquellos cristianos que deben verse al pié de los altares, algunas ideas de odio y rencor, este rencor y este odio, como malos espíritus, abandonarán el corazón que les había dado acogida, y huirán para no parecer delante de aquel que arroja los demonios. No lo dudemos, muchos hombres que se hubieran detestado toda su vida, aprenden á no aborrecerse orando juntos; llamando ambos á Dios *nuestro Padre*, se ven obligados á abrigar en su corazón sentimientos de *hermanos*.

Así, pues, bajo las consideraciones de sociedad y de paz, es útil y deseable la celebración del domingo, y los legisladores han dicho: "Que si el día del Señor no fuese de institución divina, sería preciso establecerlo como uno de los medios mas seguros de mantener el orden entre los hombres."

Tamaño resultado es bueno que se alcance; pero no es este el primer pensamiento que hizo instituir, haciéndola obligatoria, la santificación del domingo. Desde que la primer alma se reconoció, tuvo un pensamiento, y este pensamiento fué de adoración; así como el pajarillo que siente sus alas, á pesar de la belleza de su nido, del suave plumon en que descansa y del dulce calor de su madre, se lanza hácia el cielo; lo mismo hizo la primer alma: su primer movimiento fué hácia Dios, y legó Adán á todos sus hijos la necesidad de adorar; y aunque estos no vivan en el reino casi celestial que había sido dado á su padre, ¿la tierra que habitan no es bastante bella para escitar su amor y su reconocimiento? ¿No es para ellos que las flores nacen y florecen, que las frutas se llenan de un dulce sabor, que los árboles estienden sus ramas como un dosel de verdura, que las fuentes surgen de los céspedes, que los ríos ruedan sus ondas, y que el sol, la luna y las estrellas brillan en el cielo? Sí: todas estas cosas, todas estas maravillas, y por todas estas cosas debemos solemne y regularmente agradecer al Criador. A quien ha recibido tanto, viniendo á ser tan rico, ¿parecerá demasiado un día de gratitud? ¿Vergüenza á aquel de nosotros que halle este reco-

nocimiento pesado ó difícil! Los corazones ingratos son miserables corazones, y se parecen á las frutas que no puede el sol madurar y que no tienen sabor ni perfume.

A la memoria de la *creación* vienen á reunirse en el día de descanso de los cristianos otras grandes reminiscencias. Jesucristo resucitó el domingo, fué tambien el domingo que bajó el Espíritu Santo sobre los apóstoles.

Era, en verdad, una magnífica conmemoración el observar la del mundo creado por Dios; pero es mas santa la de la Encarnación y la de la redención. El mundo sacado de la nada por el poder del Criador es admirable; pero la del mundo redimido por la bondad del Salvador. . . . ¡Es bastante para bendecirlo durante la vida del hombre y durante la eternidad de Dios!

Y para que nos podamos abandonar á estos pensamientos de amor, de reconocimiento y de adoración, entregando á ellos enteramente nuestras almas, nos están entredichos todo trabajo y toda ocupación profana en el día que debe ser santificado. Dios, que ha hecho nuestro corazón, sabe que la onda no es tan móvil ni tan fácil de agitar; y para que no esté turbado por las preocupaciones del mundo en el día del descanso, la religión nos lleva á la paz del santuario, allí donde no soplan los vientos de la tierra.

¡Ah! ¡Todo hombre que se hace viejo sabe lo que vale esta paz! Ella es la que hace adivinar el cielo y la que da alas á nuestro espíritu. El ruido la absorbe y la estingue, el silencio le habla y la exalta. Sin duda que entre los bienaventurados hay inefables conciertos; pero me persuado que entre las delicias de lo alto hay tambien de estos silencios que hacen tanto bien aquí abajo: de estos silencios en que quisiera uno que el arroyo no corriera, que el viento no agitara las hojas, que el pajarillo no cantara y que el péndulo del reloj no hiciese oír con su balance los segundos. ¡Silencios que dan reposo al cuerpo y que engrandecen el alma lanzándola á lo infinito!

Pero no creais que soy esclusivo, no: gusto tambien de la voz del pueblo en la nave, que responde á los versículos y antífonas del santuario.

Oigo con gusto la multitud cristiana y me junto á ella cuando canta con los sacerdotes el *Kyrie eleison*, el *Gloria in excelsis Deo* y el *Agnus Dei*.

La misa alta del domingo, ó misa parroquial, es muy superior á las prédicas de los protestantes: tienen estos tambien salmos y cantos armoniosos; pero hay no se qué de frialdad bajo las bóvedas de sus templos. Se percibe que Dios no está allí; en tanto que en nuestras iglesias se está como en el cielo: los ángeles y los santos rodean á uno y lo elevan de tal modo que no se cree estar en la tierra. . . . Decid, ¿no habeis sentido frecuentemente dulces lágrimas bajo vuestros párpados abatidos, cuando al momento de la elevación, guarda todo silencio en la inmensa basílica, y que apenas se oye el ruido de las cadenas del incensario, y las suaves modulaciones que os llegan como voces que bajan del cielo, y cuando suspira y tiembla el órgano delante del Señor

que el sacerdote ha llamado al altar? ¡Oh! ¡Aquel es un momento de santa delicia que ningun otro culto ofrece!

Todos los recuerdos del domingo primitivo se han conservado entre nosotros: en nuestras misas altas se encuentra el pan roto entre los fieles, la lectura de los libros santos y los dones para los pobres y los cautivos. Lo que San Justino confesaba á Marco Aurelio lo practicamos nosotros despues de diez y seis siglos.

En memoria del pan distribuido á los fieles, he aquí entre nosotros que dos coristas llevan sobre andas guarnecidas de paños blancos y de cirios encendidos el pan bendito.

En memoria de los dones para el alivio de los pobres, y el rescate de los cautivos, aquí el sacerdote y las cofradías reciben las limosnas. Ora se pide para los enfermos y huérfanos, ora para los prisioneros. Aquella jóven, con su bolsón de terciopelo carmesí, se dirige á vosotros para obtener un don que procure ramilletes de flores al altar de la Virgen; aquel anciano de la bandolera negra sembrada con lágrimas de plata, es un miembro de la cofradía de la buena muerte, y pide para comprar ataúdes para los pobres.

En memoria de los actos de los apóstoles y de los libros de los profetas, que los diáconos leían antes á los fieles reunidos, oíd al cura en el púlpito que lee el Evangelio del día y ruega por los pontífices y los reyes, los ricos y los pobres, los enfermos y los inválidos, los viajeros y los desterrados.

La religión lo arregla todo así. No hay un dolor sin consuelo, una miseria sin alivio, una necesidad sin socorro; y en cada domingo nos muestra todas estas obras juntas como en una haz. Si algunos espíritus soberbios desdeñan una misa alta, es porque no saben las antiguas y santas costumbres que recuerda. ¡Admirable cosa! No hay en toda la cristiandad un pueblo ni aldea que no ofrezca cada ocho días á los sábios y á los eruditos reminiscencias de la antigüedad, memorias de los césares y del circo, recuerdos de las catacumbas y de los mártires.

El oficio de la tarde no tiene menos bellezas que el de por la mañana: las vísperas tienen sus salmos poéticos, y las salvas sus himnos, sus cirios y su incienso.

Las almas piadosas redoblan de fervor cuando el sacerdote, revestido con su capa pluvial bordada de oro, viene á arrodillarse delante del altar y entona el *Tantum ergo*, que los sonidos graves del órgano acompañan desde el fondo de la iglesia.

En este instante la luz parece mas débil, las vidrieras no le dan paso al interior, y las llamas de los cirios brillan como estrellas á cada lado del tabernáculo. Esta hora misteriosa que ya no es el día, no siendo tampoco aún la noche, es la que la devoción prefiere al esplendor del sol, porque si tiene lágrimas que derramar no teme que se vean.

Desde que el sol nace hasta que se pone, se santifica así el día del Señor. Entre los oficios de la mañana y de la tarde, las familias cristianas se reposan con un descanso lleno de buenas obras y palabras edificantes. Los hijos y los nietos vienen

aquel día á sentarse á la mesa del padre y del abuelo, y juntos hablan de la plática ó del sermón de la mañana, y recuerdan los nombres de los que han sido amonestados, y la madre cuenta, como hermana de caridad, delante de los convidados, las miserias, las mujeres de parto, los huérfanos y ancianos paralíticos que hay que socorrer en el barrio.

Así, pues, el domingo ha pasado dulcemente para aquellos que saben santificarle, y la oración, la caridad, los regocijos inocentes, las reuniones de familia y una corta apacible desocupación lo han completado. Y cuando este día concluye, y como todos los otros días va á caer en el abismo de lo pasado, va, pero radiante de las buenas obras que ha hecho hacer, y perfumado con el incienso que se ha quemado ante los altares.

Hubo un tiempo en que los reyes de la tierra reconocían que había una magestad sobre la suya: entonces ellos se elevaban á los ojos de las naciones, porque se bajaban ante el poder divino, y los pueblos se inclinaban con gusto ante los príncipes que se arrodillaban delante de Dios.

Acababa de nacer el cristianismo cuando los poderosos juzgaron que serían mas fuertes apoyándose en la religión: así es que vemos á Constantino el Grande, ocupado desde el primer año de su conversión, en hacer santificar el domingo. El que ceñía la espada, el que pasaba la vida en el campo de batalla, quiso que los soldados romanos, que eran ya como él soldados de Cristo, adorasen á Dios en su santo día, y él mismo compuso la oración que debían decir al reunirse en el campo, separadamente de los paganos.

En esta orden dada por Constantino á sus tropas, debemos ver otra cosa mas que la idea de aumento de poder: los corazones elevados sienten la necesidad del reconocimiento, y el César que habian vencido por la Cruz, debía por gratitud hacerla adorar. Yo no quiero ver siempre en los actos de los emperadores, de los reyes y de los grandes del mundo, fines interesados; y hoy que rodea tan poca gloria á los tronos, no se debe despojar de todo sentimiento noble á los hombres que se ven condenados á sentarse en ellos.

No se contentó Constantino con hacer adorar al Dios de los ejércitos por sus compañeros de armas; quiso aún que cesasen los procesos y alegatos, el día que un Dios de paz había reservado para sí. Uno de sus edictos prohíbe á los jueces sentarse en sus tribunales el día santo del domingo.

Los emperadores Teodosio, Anterrio, Valentiniano y Leon, prohíben también espresamente abogar y pronunciar juicios en el día del Señor, y la pena en que incurrian los transgresores, era la pérdida de su empleo y la confiscación de sus bienes. Quería aún Valentiniano que este delito fuese clasificado entre los sacrílegos, y según él, era profanar una cosa santa, el hacer entrar en el día del domingo otros pensamientos que no fuesen religiosos. Era como verter en el cáliz sagrado un vino impuro.

Las leyes hechas por los primeros emperadores, fueron conservadas religiosamente en el Basilicon del bajo imperio. Los bisogodos, los ostrogodos, los

lombardos, los francos, los anglo-sajones, hicieron otras semejantes, y estos pueblos, que sentían tan poco la paz, no querían que el reposo del domingo se turbase con los procesos: al espíritu de pleito y de conquista le imponían una tregua, y los pleiteantes y los soldados se detenían en aquel día.

Eduardo el confesor, con leyes que confirmó después el famoso bastardo Guillermo de Normandía, estatuyó que no sería permitido arrestar por deudas desde las tres de la tarde del sábado hasta el lunes por la mañana: pensamiento de caridad y bien digno de un santo. Quería Eduardo que el deudor orase en paz, y que el altar fuese para él un lugar de seguridad y refugio.

Las leyes de Gontran, rey de los burguñones, en 583, las de los bávaros, las de los germanos, las de los godos y las de los húngaros de la misma época vedaban todo trabajo á los cristianos en el séptimo día. Y á pesar de la barbarie de los tiempos, debemos decir en honor de nuestros antepasados que el reposo del día santo estuvo bien comprendido. Así, pues, llevar socorro á los enfermos, curar sus llagas, aderezarles su cama para aliviar sus enfermedades, preparar el mantenimiento necesario para el día, salvar una cosecha de inundación, apagar un incendio, rechazar al enemigo, no era mirado por estos viejos legisladores como acciones reprehensibles; lo que condenaban era el amor de la ganancia, tan arraigado y activo entre ciertas gentes, que sienten y miran como perdidos todos los momentos que no se han empleado en trabajos productivos propios para enriquecerlas.

Llenos de fe y de piedad los emperadores, reyes y pontífices que hicieron las leyes que hemos citado, creían que el Criador nos había dado tanto, que debíamos siquiera darle un día, y para que el pensamiento público pudiese subir hasta él, le habían quitado los obstáculos del trabajo que le tenían doblado hácia la tierra. Es como si hubiesen dicho á la tierra. "¡Pobre ángel abatido, tú has sido ligado estrechamente á la pena; pero todos los séptimos días serán para tí de descanso y libertad, días en que caerán tus cadenas! ¡Sabemos que pasado el día del Señor volverás á tomar tu vestido de esclavo; empero, paciencia, alma cristiana, porque hay en lo alto y mas allá de la tumba un día del Señor que no se concluirá! ¡El día de Dios es la eternidad!"

El año 595, Childeberto II, rey de Francia, hizo un edicto por el cual todo hombre libre convencido de haber trabajado el domingo, era condenado á multa de quince sueldos, y el siervo culpable del mismo delito pagaba tres, ó se sometía á la pena de azotes.

Pepino el Breve, en 755, prohibió entregarse á obra manual, pero permitió viajar en coche, que era antes prohibido. Carlomagno amplió esta ley á tres casos: al servicio de sus ejércitos, á los aporvisionamientos y á la sepultura de los muertos. Así, pues, en aquellos tiempos de ruido y de gloria, cuando se veía pasar un carruaje, se pensaba en los soldados que defendían el país, en la miseria de los pobres y en la sepultura de los muertos.

Según las leyes de Alfredo el Grande y de Gu-trun el Danés, el hombre libre que no observaba el descanso del domingo, venía á ser esclavo, y para castigarlo por su desobediencia á una ley divina, se le sometía á los caprichos de un dueño tan inconstante como él. ¡Desgraciado cambio! porque vale mas obedecer á Dios que á los hombres,

San Estévan de Hungría había ordenado que el que transgredía la ley del día santo, perdería sus bueyes y su arado, si se le había visto labrando la tierra, y para que se le volvieran sus instrumentos aratorios, debía volver á comprarlos por limosnas para los pobres; de otro modo, sus campos se llenaban de maleza, y el viajero, viendo las tierras del rico incultas, podía decir: ¡Aquí Dios no ha sido honrado como quiere serlo, y los pobres no han sido socorridos con el rescate del arado!

En la antigua ley vimos que se contaba á los ju-díos el número de pasos que podían hacer el día sábado. La fe religiosa de nuestros padres les había hecho también pensar que en el día del Señor no se debía viajar, y en muchos países era mal visto montar en coche ó darse á la vela el domingo.

En 474, un concilio reunido por Outberto, arzobispo de Cantorbery, prohibía á todo sacerdote y á todo monje el viajar en el día que se le debía santificar por la oración y el descanso; solamente una cosa podía alejarlos del altar ó del claustro, que eran los gritos del infeliz que los llamaba.

Aun hoy en Inglaterra las personas que viajan en domingo, pagan en las barreras de los caminos reales mucho mas caro que en los días ordinarios, y en aquel país todo de movimiento, de comercio y de industria, la posta detiene sus caballos y el correo no lleva cartas ni despachos en el día del Señor.

Y dice Albano Butler: "Las obras serviles se toleran en las circunstancias siguientes: Primero. Si se trata de cosas mas importantes, como arrancar las malas yerbas en su jardín, apuntar algun remiendo á su vestido. Segundo. Si el servicio divino lo ecsije, como llevar una cruz ó reliquias, lo que hacen los sacerdotes en el templo sin violar la ley del domingo. Tercero. Si se presenta algun acto de piedad, como enterrar los muertos. Cuarto. Cuando la vida, la salud, la reputación, la fortuna, están en peligro inminente que no sufre retardo. Quinto. Cuando las mieses están amenazadas."

En el cuerpo del derecho canónico se halla la dispensa concedida por el papa Alejandro III para la pesca de los arenques y otros peces de pasaje.

La religión, que es santa, quiere que el Señor sea alabado y adorado en el día establecido por ella; pero si es santa es también madre, y al pensar en la gloria de Dios, no ha olvidado las necesidades de los hombres, que son sus hijos.

Ahora que he tratado de demostrar el origen del domingo y la santa utilidad de su descanso, ahora que he nombrado los emperadores, reyes y pontífices que han hecho ordenanzas y leyes para que el día de Dios fuese santificado por los pueblos, me será permitido dolerme de nuestro país. Hubo un tiempo en que se le llamó *cristianísimo*. ¿Qué título podría dársele hoy?

En todo el mundo por donde se predica el Evangelio, guardan las naciones silencio el día domingo. En ese día, el trabajo y la industria no aturden los barrios; y si algunos rumores se levantan de su seno, son rumores santos: el sonido de las campanas que llaman á las iglesias, y los ecos que repiten los cánticos que se entonan delante de los altares. Pero en la patria de Genoveva y Clotilde, Radegunda y Luis IX, ¿cuáles son los sonidos que suben hácia el cielo el día en que las otras naciones se recogen y adoran?

En lugar de dar el ejemplo del reposo ordenado, los gefes de la nación dan el del trabajo, concediendo así un premio á la impiedad. En los monumentos que hacen edificar con los dineros de un pueblo católico, suenan el domingo los golpes del martillo y del hacha, la sierra hace rechinar el mármol, el cincel pica la piedra, y vuela el polvo blanco como en los otros días.

Cuando un gobierno ha llegado á este punto en materia de religión, ¿con qué derecho hallará mal que no se crea tampoco en él? . . . Un libro que nunca engaña, contiene esta frase en sus inmortales páginas: "Si el Señor no edifica la casa, en vano trabajan los que se esfuerzan en construirla."

"Si el Señor no defiende la ciudad, vela en vano el que le guarda." No querer santificar el día del Señor es esponerse á ver venir muchos días malos.

ADVIENTO.

Si quereis que un bello monumento se note dignamente, si deseais que por sus detalles y por su conjunto mande la admiración á los que van á él, hacédle una noble llegada. Para todo es preciso preparar el espíritu. Antes de llegar á un jardín magnífico se adivina su grandeza: sus anchas vías y largas avenidas disponen para admirar, y cuando se llega donde se ha de ver, bien se siente lo que se ha de sentir y se comprende la maravilla.

Así como los hábiles y célebres arquitectos hacen por que sus obras sean comprendidas, lo hace también la religión con sus grandes solemnidades. Con el fin de que los cristianos sientan bien toda la excelencia, les hace, si es permitido decirlo así, *santas avenidas*, y quiere con los precedentes elevar los espíritus y purificar los corazones. Así es que antes de los días memorables que deben santificarse, pone un cierto número de días que llama ADVIENTO ó CUARESMA, y emplea estos días en ruegos y exhortaciones, de tal modo que cuando llegan las grandes fiestas del NACIMIENTO ó de la RESURRECCION, todos los fieles, desde el anciano que viene á la iglesia á fortificar sus últimos años, hasta el niño que da aún la mano á su madre, todos pueden saber los grandes misterios que van á celebrarse y gustar las consolaciones que de ellos manan.

Para preparar á la gozosa fiesta de Navidad, que viene como un bello día á regocijar la estación de las nieves, la Iglesia, en memoria del grande advenimiento del Salvador, *adventus*, instituyó el

Adviento. Este tiempo de ayuno, de ruego y de preparacion se compone de cuatro semanas, es decir, cuatro domingos, sin lo que queda de la cuarta semana hasta Navidad. La institucion del adviento es tan antigua como la de la Natividad del Salvador.

Durante muchos siglos fué el Adviento como otra cuaresma: duraba cuarenta dias, en los cuales se ayunaba y se mortificaba como en la cuarentena que precedia á la Pascua. Este Adviento se menciona en las capitulares de Carlo-Magno.

La Iglesia de Milan, fiel á estos usos antiguos, ha conservado las seis semanas del Adviento primitivo que habian sido adoptadas por las iglesias de España, como puede juzgarse por un misal mozárabe.

En Inglaterra y en Irlanda, el Adviento era de cuarenta dias, durante los cuales no hacian los monjes mas de una colacion como en cuaresma. Hacia el décimo siglo se redujo este tiempo de preparacion á cuatro semanas como está hoy. En el octavo siglo era aún el Adviento de cuarenta dias, y esto está probado por una condicion referente que los anales históricos han conservado: "Astolfo, rey de los lombardos, habia concedido en 753 las aguas de Nomántula á la abadía de este nombre, reservándose el derecho de cuarenta sollos para su mesa en los cuarenta dias de ayuno de la cuaresma de San Martin."

El papa Nicolas I, en sus respuestas á los búlgaros, habla de las cuatro semanas del Adviento observadas en su tiempo por la Iglesia romana.

Baillet, en su historia del Adviento, piensa: "Que no se puede hallar señal del Adviento que remonte mas allá de la segunda mitad del quinto siglo, época en que San Perpeto, obispo de Tours, ordenó en sus diócesis tres dias de ayuno por semana desde la fiesta de San Martin hasta la Navidad." "Pero, añade el traductor del Albano Butler, el sabio Martenne atribuye el precepto de este ayuno á San Gregorio el Grande, quien segun Amalario, no tuvo nunca la intencion de hacer una ley general." Pedro, el venerable abad de Cluny, llama al Adviento *Cuaresma media*.

"El ayuno del Adviento, dice aún el traductor de Albano Butler, que no era en algunos lugares mas que devocion, aunque fuese casi general durante algun tiempo, cayó en desuso entre los legos; empero gran parte de las órdenes religiosas continuaron observándolo hasta hoy."

Añadimos que continúa así siempre. Aquel cuyos dias son una preparacion incesante para las cosas eternas, sigue con las estrictas observancias de maceracion, de ruego y de ayuno, y el que no se mezcla en el combate guarda su armadura: aquel cuya vida es una distraccion y un encadenamiento de placeres y peligros, se desarma y no vela para defenderse del enemigo.

¿Creen algunos acaso que cuando los dias del Adviento llegan, los habitantes de las casas religiosas se entristecen por las privaciones que traen? ¡Oh! cómo se engañarian si así pensasen! ¡En estos piadosos retiros, la cercanía de una gran fiesta

es una noticia que regocija toda la casa....! Y cuando el Adviento hace tomar á los altares y á los sacerdotes sus ornamentos violados, las hijas del Señor, ya como palomas atemorizadas por la tempestad y refugiadas bajo las alas del Señor, se preparan para la fiesta del Pesebre. En medio de su soledad componen ramilletes nuevos y frescos, guirnalda de recientes flores para adornar la cuna del Niño Dios. Navidad es una fiesta de mujeres, y su procsimidad es un gozo hasta para las vírgenes del Señor.

En el tumulto del mundo se medita poco en el dia que debe venir, y cuando pasa, pronto se olvida. Esto se concibe: en tan gran agitation, ¿cómo pensar antes? ¿y cuándo acordarse luego?

Pero en la paz del claustro una fiesta tiene un reflejo del cielo, que colora los dias que preceden y los que siguen á su solemnidad.

Las grandes fiestas de la religion son los grandes acontecimientos de la vida de las comunidades. Los sucesos que ocupan hoy la sociedad y hacen hablar tanto á los hombres, ¿qué cosa son? Aquí, son los reyes que no saben hacer brillar sus coronas y que las pierden por debilidad: allí, hombres que se apoderan del poder por medio de la hipocresía: allá, la virtud castigada cruelmente por su excesiva confianza: acullá, la falsedad que obtiene el gran premio de la habilidad.

Desterrado Dios de las leyes, el honor mirado como fulleria, la probidad vista como necedad, la ancianidad espuesta á los insultos, la juventud no escuchándose sino á sí misma, las santas máximas en olvido, el amor desenfrenado del dinero anunciándose en cada esquina, la lonja hecha el templo donde se adora el oro. He aquí lo que compone la vida del mundo en que vivimos. Concebís que los que se han retirado del torrente que lleva tan fangosas aguas, no han sido tan insensatos, y pueden en su tranquilo retiro, sin que tengamos nosotros el derecho de mofarnos, entregarse á la celebracion de sus santas solemnidades. Lo que forma su ocupacion eleva el alma: lo que preocupa la nuestra entristece y deseca el corazon.

Durante las cuatro semanas del Adviento, no pronuncia la Iglesia en el santuario, sino palabras de arrepentimiento y de penitencia, el *Aleluja* no termina sus oraciones ni sus himnos, y como lo hemos dicho, los altares se han adornado con ornamentos de luto.

Repiten entonces los sacerdotes del pueblo:

"Arrepentios, haced penitencia, porque he aquí que Dios se acerca, y el hacha está muy próxima de alcanzar á la raíz del árbol.

"Revestios la vestidura blanca, vestidura de pureza, porque he aquí que viene el esposo.

"Una voz se eleva en el desierto y esclama: Ved aquí el Redentor que se adelanta: arrojad flores y palmas en su camino, y preparad nuevos cánticos, porque una Virgen ha concebido, y un niño nace para todos."

Tomando así la Iglesia de los profetas piadosos sus inspiradas palabras, quiere hacer ver á los fieles cuán culpables serian si se mostrasen frios á la

aproximacion de la venida del Salvador. Este advenimiento, deseado de los patriarcas, que todos los justos de la ley de Moisés han invocado, debe regocijar á los cristianos, y para que su gozo sea puro, es preciso que se preparen á él por la penitencia. La inocencia es la túnica blanca que se ha de revestir para asistir dignamente á las fiestas de la religion.

En la epístola de la misa del primer domingo, canta el diácono: "La noche se adelanta, el dia se acerca. Dejemos las obras de las tinieblas y revistamos una armadura brillante de luz: marchemos con pureza al gran dia, y no nos dejemos ir á los vicios: revistámonos de nuestro Señor Jesucristo."

Y despues, en el Evangelio de este primer domingo, escuchad... aquel que los profetas habian anunciado hacia cuatro mil años, el deseado de las naciones mismas, es quien habla: él quiere traer los hombres á la penitencia por los terrores del último dia.

"Habrá prodigios en el sol; la luna y las estrellas se turbarán tambien, y al ver estas cosas de espanto, las naciones se sobrecojerán, la mar se agitará elevando sus ondas, y los hombres enflaquecerán pensando lo que debe suceder al universo, porque se estremecerán las bóvedas del cielo. Entonces se verá el Hijo del hombre con gran poder y majestad aparecer en las nubes:

"Y así que estos prodigios comiencen, levantad vuestras cabezas y mirad, porque vuestra redencion se acerca.

"Cuando veis la higuera y los demas árboles que brotan sus primeras hojas, decís que el estío va á venir: así, cuando veais lo que os anuncio, decid que el reino de Dios se acerca.

"En verdad os lo digo, esta generacion no pasará sin que esto se cumpla: el cielo y la tierra mudarán de faz, pero mi palabra no cambiará;

"Tened cuidado: no os abandonéis ni á las viandas ni al vino, ni dejéis ir vuestros corazones á las inquietudes de la vida, á fin de que este dia no os sorprenda, porque él envolverá como una red á todos los que habitan sobre la faz de la tierra. Velad y orad, pues, para que podais evitar las venganzas, y para que seais dignos de parecer puros ante la presencia del Hijo del hombre."

Comenzando el Adviento por la lectura de este Evangelio, no podia menos que ordenar á los fieles el ayuno, la mortificacion y el ruego. Y el religioso que compuso en su claustro el himno *Statuta decreto Dei*, que se canta en la aproximacion del dia del nacimiento del Salvador, fué bien inspirado.

"Ve aquí venir el tiempo señalado por decretos de Dios.

"He aquí que viene el dia que se aguardaba tantos siglos ha!

"La posteridad del culpable padre, gime sufriendo en cama de dolores.

"Desanimado el hombre, yace sin fuerza entre sombras de muerte.

"El terror de la tumba y la pena del infierno, vinieron á ser su herencia.

"Los hijos de Adan temblaban y se enflaquecian aguardando el soberano juez.

"¡Ah! ¿Quién pudiera librarlos de tan grandes males? ¿Qué mano poderosa los curará de tan profunda llaga?

"Tú solo, oh Cristo, tú... Cielos, abrios; que descienda el precioso rocío, y fecunda la tierra dé al mundo al Salvador."

Hay aquí, si no nos engañamos, mas poesía que en muchas páginas de nuestros poetas de hoy. Y el solitario que en su modesta celda escribió estas estancias, tomó un buen medio para que su obra durara largo tiempo, dándola á guardar á la religion.

Redobla la Iglesia de exhortaciones en el último domingo del Adviento, para que el gran dia del nacimiento de Cristo no luzca sino sobre virtudes. Repítense en la epístola estas palabras: "Os suplicamos, hermanos, que reprendais á los desarreglados, que guieis por buen camino á los que se desvían, que consoleis á los que se contristan, que sostengais á los que desfallecen, y que seais pacientes con todos."

En verdad, si hay fiestas que deban ser para siempre reverenciadas de los pueblos, y si hay que deban ser respetadas y conservadas por los gobernantes, son sin duda las que ordenan semejantes preparaciones. Figuraos, pues, á los hombres obedientes á los preceptos que trascribimos, y decidnos si la tierra, viniendo á ser así toda cristiana, amante y caritativa, no sería desde luego un lugar de reposo en donde se podrian aguardar en paz las delicias del cielo.

NAVIDAD.

CUANDO la estacion de las nieves ha llegado, cuando la naturaleza está entristecida con aspecto de muerte (1), las campanas de las grandes ciudades y las de las aldeas resuenan repentina y alegremente en medio de las tinieblas de la noche, y á estos sonos sagrados que parecen bajar del cielo, se mezclan los gritos que se elevan de las ciudades y de las aldeas.

¡NAVIDAD! ¡NAVIDAD! gritan los niños que anuncian con su alegría el nacimiento del Hijo de Dios. Un santo y grande regocijo ha llegado á las almas cristianas en esta fiesta de la Navidad del Salvador.

Bajo el mas miserable techo hay felicidad cuando las campanas anuncian que el divino Niño nació.

No hay una madre que no comprenda esta bella fiesta de Natividad; no hay un niño que no la desee.

Pero antes de decir su belleza, tratemos de demostrar su origen.

César Augusto, en la cumbre del poder, quiso saber cuántos millones de hombres se doblaban bajo su cetro, y ordenó un padron general de toda

(1) El invierno de Europa.

las naciones que componian el inmenso imperio romano.

Para efectuarlo, nombró Augusto veinte y cuatro comisarios, que envió á todas las regiones del mundo.

Publio Sulpicio Quirino, y segun los griegos Cirino, fué encargado del gobierno de Siria, de la que dependia la Judea.

Nos enseña San Lucas que fué este el primer padron hecho en aquel país por los romanos. El mismo Quirino tuvo orden de hacer el segundo, once años mas tarde, siendo aún gobernador de Siria, cuando el emperador Augusto redujo la Judea á provincia romana, despues de haber arrojado al rey Arquelao, hijo de Herodes, y relegádole á las Gaulas.

El edicto promulgado para este padron general, ordenaba á cada uno, rico ó pobre, poderoso ó débil, que se trasportase al lugar de su nacimiento, ó al de donde era originaria su familia, para hacerse inscribir en el registro romano.

Y José y María, que eran ambos de la descendencia real de David, se trasportaron á la ciudad de Betlehem.

Allí la Virgen María, que habia sido saludada *llena de gracia*, por el arcángel Gabriel, y que á los ojos de los hombres era la esposa de José, buscó en vano un alojamiento, y se halló obligada á refugiarse en una aldeilla llena de rocas, en las que habian cavado casas y establos. Y fué este lugar tan desdeñado y humilde, el que recibió á su entrada en el mundo al Rey del cielo á quien pertenece todo esplendor y toda gloria.

En el momento en que se obraba este prodigio, y en el que una Virgen daba á luz un Salvador en la vecindad de Betlehem, en un lugar llamado la Torre de Ader, varios pastores que permanecian en los campos, velando por turno, en guarda de sus rebaños, percibieron de repente un vivo resplandor en medio de las tinieblas, y un ángel les apareció y les dijo:

"No temais, porque os traigo una noticia que será para todo el pueblo motivo de grande regocijo: hoy, en la ciudad de David, os ha nacido un Salvador que es el Cristo, el Señor. He aquí las señales por las cuales lo reconocereis: hallareis un niño en sus pañales, acostado en un pesebre." Y al instante mismo se juntó al ángel una tropa del ejército celeste que alababa á Dios, diciendo: "Gloria á Dios en las alturas, paz en la tierra á los hombres de buena voluntad!"

Así que la milagrosa aparicion hubo pasado, y que la noche tomó de nuevo su tiniebla, se dijeron los pastores entre sí: "Vamos á Betlehem á ver el Verbo que nos fué anunciado." Y sin perder un instante, se dirigieron hácia el establo en donde debian hallar el recién nacido, que encontraron envuelto en sus pañales y acostado en un pesebre. María y José estaban cerca de él; y viendo los pastores que cuanto habia dicho el ángel se habia cumplido, reconocieron en este Niño el Salvador anunciado en Israel, y alabaron y glorificaron á Dios.

María, Virgen y Madre, oía cuanto le decian los pastores, y guardaba en su corazón la memoria de sus palabras.

Tal es, en resumen, lo histórico de la Natividad. San Lucas ha sido el narrador de esta Natividad, de la que data la era cristiana.

¡Qué de cosas se ven en esta corta historia! Roma, orgullosa de su poder, que ella cree eterno, quiere no solo conocer los pueblos y naciones que dependen de ella, sino que intenta mas: pretende conocer por sus nombres cada uno de sus esclavos; y he ahí que un comisario romano enviado á Judea, obliga á cada hombre y á cada mujer, á inscribirse en la larga lista de los vencidos.

Desea Augusto saber cuanto nace y vive bajo su cetro. Y he aquí un Niño que viene á aumentar el número de sus vasallos, porque este Niño dirá una vez hecho hombre: "Dad al César lo que es del César." Pero este Niño que viene al mundo tan pobre y tan humilde, que nace en un establo, que duerme en un pesebre, derribará todos los falsos dioses de Roma, de Augusto y del César. Este Niño es el Señor de los señores, Emmanuel, Hijo del Altísimo, Rey de los reyes y de los emperadores, Duño de los imperios y del mundo; y si una nueva Roma vive en los siglos despues de la antigüa, es porque habrá adorado y adorará al Niño anunciando á los pastores, al Infante nacido en Betlehem.

En el tiempo en que los oráculos decian, los dioses *se van*, ya se adoraba en los subterráneos de la ciudad eterna, y en las catacumbas cavadas bajo los templos de Júpiter y Marte, de Venus y Minerva, á Jesus nacido en Betlehem; y tres ó cuatro siglos despues de su nacimiento, la fiesta que describo hoy se reverenciaba ya.

En esta fiesta que podria llamarse fiesta de las madres, de los niños y de los pobres, porque los animan á todos, ¿cuánto consuelo no recibirán aquellos á quienes el mundo no cuenta entre sus favoritos! Antes de Cristo se tributaban honores y respetos al poder y la prosperidad: habia templos dedicados á la buena fortuna.

Antes de Cristo podia gemir el pobre, quejarse el esclavo; pero no habia nadie para escucharlos. El Olimpo no estaba poblado sino de risueñas divinidades: la riqueza, la gloria, el deleite, tenían sus dioses; pero la adversidad y el infortunio no los tenían.

Ahora que Jesus nació en un establo, que tierno aún tuvo que huir al desierto; y mas tarde perseguido, coronado de espinas y muerto, tienen todos los dolores un oído que los oye, un ojo que los ve; y la esperanza que los consuela, es una virtud que se les ensija.

Del día del nacimiento del Hijo divino de María, manan todos los consuelos del cristianismo: de la pequeña altura de Betlehem surgen las fuentes de agua viva que curan nuestras llagas y alivian nuestros sufrimientos.

Hacen, pues, bien los pueblos en regocijarse cuando la gran noche nos trae de nuevo sus estrellas y su misa, sus cánticos y su santa vigilia.

Así es que no me figuro nada mas bello, nada mas poético que una noche de Navidad celebrada en un país de fé por piadosos cristianos.

Las campanas que resuenan en lo alto, y cuyos repiques gozosamente sonoros despiertan la ciudad, son las voces que nos gritan desde las nubes: "Gloria á Dios en las alturas, paz en la tierra á los hombres de buena voluntad!"

Este grande esplendor que se estiende por la vasta iglesia, esa luz que sube hasta la cima de los arcos, que voltea en derredor de las columnas, que las abraza y que las dora, son para las almas creyentes el brillo milagroso que apareció en el cielo y que mostró á los pastores el establo de Betlehem.

Esas voces claras y puras que salen del santuario, esos sonos graves y majestuosos que espira el órgano, son el paraíso y la tierra, los querubines y los hombres que se unen para alabar á Dios.

En esta capilla llena de arbustos y flores, que el invierno no ha despojado, entre los que se halla la cuna, ved al Niño Jesus que reposa: las santas hermanas de los hospicios y de los conventos la han adornado. Las madres que tienen algun niño enfermo vienen á orar aquí, y la alegría de todos disminuye su inquietud: ellas invocan con mas confianza que de ordinario á la Madre del Salvador. María es madre y debe comprenderlas, y las atenderá.

Despues de las tres misas, que comienzan al punto de media noche y que se dicen en medio de nubes de incienso, llenos los fieles de santa alegría se vuelven á sus casas, y antes de entregarse á las dulzuras del sueño, se sientan á este alegre banquete que nuestros padres llaman *cena de noche buena*, que entre las familias cristianas no tiene nada que no sea inocente.

Cuando ya se termina la santa noche y que la aurora comienza á parecer al lado del Oriente, emblanqueciendo el cielo, tocan entonces á la *misa del alba*, y los que se quedaron en su casa durante el oficio de media noche, se apresuran á salir á orar á su turno.

Mas tarde, cuando el sol ya alto ha iluminado el mundo, las campanas de la catedral y de las parroquias de la gran ciudad alegremente suenan. Es un grande concierto en los aires, y los pajariños que tienen costumbre de vivir en los campanarios, echados de sus nidos de piedra por el ruido, revolotean por encima de las iglesias, y se creyera que tomaban parte en el movimiento general de tan alegre día.

La antigua basílica se halla tan llena de gente, que no se perciben las losas de granito, ni las piedras sepulcrales del pavimento. De un mosaico vivo de baldosas reunidas y contrapuestas de colores, se elevan como un haz las altas columnas que parecen lanzarse á la bóveda del templo. Esas olas vivas se dividen, retroceden de un lado á otro y dejan libre paso al príncipe de la Iglesia, que oficia y que va á celebrar la gran misa. Vestido con su capa pluvial de oro, con su mitra y su báculo, marcha lentamente y bendice á los fieles que se in-

clinan conforme se levanta. La cruz de plata de la parroquia y la dorada del cabildo, los acólitos, turiferarios, cantores, diáconos, presbíteros ancianos, canónigos, todos con hachas encendidas, les preceden cantando: "Una viva luz ha brillado sobre nosotros porque nació el Señor."

"El Señor que ha nacido se llamará Admirable, Príncipe de la Paz, Padre de los siglos futuros. El reino del Señor no tendrá fin."

"Bendito aquel que viene en el nombre del Señor."

"Dios, el Santo, el Fuerte, el Inmortal, hoy nos aparece."

"Cielos, entonad cánticos de alabanza; tierra, alegraos, que el Señor tuvo piedad de su pueblo y le consuela, porque ha visto sus hijos afligidos."

Cuando ha hecho la procesion el torno de la iglesia y que entra en el santuario, comienza la misa solemne. Ora son las voces de los cantores acompañadas de instrumentos sonoros, ora los sonidos del órgano que retumban bajo las bóvedas, y despues hay momentos de silencio que tienen tambien cierta majestad. Sobre estos millares de cristianos, que arrodillados ruegan, se ve una nube azul y ligera que ondea, formada del incienso. Se ha quemado tanto á media noche, tanto al alba, que la Iglesia está totalmente perfumada.

En ese día, si el organista entiende su deber, hará que el órgano resuene con los antiguos sonos de otros tiempos, con los *villancicos* de que nuestros padres gustaban y que nosotros oímos en nuestra infancia.

Para escitar la oracion, no hay nada como despertar los recuerdos. ¿Cómo no ha de orarse con fé cuando se piensa en su madre y en los primeros años?

¿Que los organistas no vayan á buscar sus temas de óperas, sino en las antiguas arias nacionales que no han pasado por la sangre de las revoluciones, y que los muros de nuestras iglesias conocen tiempos ha!

No se pasa la fiesta solamente ante los altares; el hogar tiene tambien sus gozos de Navidad. En aquel día las familias se juntan y los nietos comen en la mesa, porque esta es propiamente su fiesta.

He pintado lo solemne de la Navidad en una ciudad grande bajo las bóvedas de una catedral y celebrada por una dignidad de la Iglesia. Yo hubiera podido tomar por modelo de mi cuadro la Navidad en el campo, en una aldea ó en un palacio. Esta fiesta tiene donde quiera gran poesía.

Me acuerdo de una misa de media noche, dicha en secreto durante las persecuciones de 1793. En aquel tiempo no habia iglesias para celebrar los santos misterios: una granja fué dispuesta por los habitantes de la aldea. Las mujeres la prepararon en la noche anterior. Se tendieron sábanas de lienzo blanco en contorno; una mesa rústica cubierta de paños muy blancos debia servir de altar; ramas de acebo lo adornaban como ramilletes á un lado y á otro del crucifijo de ébano; dos bujías de resina en candeleros de hierro; he aquí toda la

pompa de aquel tiempo de persecucion. No era sin duda desdeñada de Dios, que lee en los corazones; de Dios, que quiso nacer en un establo y que llamó á los pastores antes que á los reyes cerca de su cuna.

La hora que recuerda la Natividad milagrosa llegaba, aguardándola cada familia cerca del hogar, contando antiguas leyendas, y cantando en voz baja viejos villancicos.

Aisladamente y sin ruido los fieles se iban á la granja para la fiesta. ¡Con qué piedad se arrodillaban ante un altar tan pobre! La fé de los pastores que oyeron á los ángeles mismos anunciar el nacimiento del Salvador, no era mas viva que la de aquellos paisanos bretones, de esos hombres de buena voluntad, que adoraban tambien al Hijo de María en un establo.

Juntarse así para orar era uno de los mayores crímenes: la muerte era la consecuencia, y este pensamiento añadía nuevo ardor á la piedad. ¡Era la piedad de los primeros cristianos que oraban en las catacumbas! Cuando apareció el sacerdote en el altar, saltaron las lágrimas de los ojos de todos; el mismo sacerdote derramó, no sin dulzura, algunas. ¡Confesor de la fé y perseguido por el Salvador, apenas había unos días que se había visto entregado á los verdugos y que tocaba de cerca la muerte, y en esa noche se apoyaba sobre el altar del Dios que regocijó su juventud, é iba á celebrar un misterio de santa alegría!

Había allí emociones diversas de las que escitaban las pompas de la catedral; pero Dios se hallaba bajo el techo rústico de la granja como bajo la bóveda dorada de la basílica, y los corazones lo sentían y las almas se elevaban hácia el cielo.

Cuando Navidad viene á regocijar las ciudades y las aldeas, hay alegría tambien en los palacios. La mayor parte de las familias que habitan las nobles mansiones, gustan conservar los antiguos usos, y despues de la colacion, que se toma en comun á las siete de la noche, se prolonga la vigilia en el salon, en que por esta vez no se oye música profana. Si las niñas se ponen al piano, ó si alguna toma el arpa, es para acompañarse y cantar *nocturnos sagrados*, algunos cánticos de la edad media, descubiertos por Fetis. Si se lee en esa tarde en alta voz al rededor de la mesita de costura, es el *Genio del Cristianismo* el que se emplea en el capítulo de las fiestas.

Con trabajo se ha traído al ancho hogar y colocado sobre los morillos un grueso tronco de encina ó de haya con sus corcovas ó sus concavidades, su yedra y su musgo. Este tronco llamado de Navidad, se ha guardado todo el año para la santa vigilia. Esta velada puede prolongarse, pero el hogar no se enfriará. Cuando el fuego se haya cebado en este enorme leño, se volverá de la misa de media noche, se irá á la misa del alba, y el fuego durará aún.

Los vecinos se juntan á la familia y á los huéspedes del palacio, y cuando la capilla, bien adornada con las flores del invernadero, y alumbrada por mil cirios se abre, llénase al instante de

gente, en tal manera, que los de las tribunas no perciben el mármol blanco y negro del suelo. Todo está cubierto por la multitud que adora, y ricos y pobres, arrendatarios y criados, se inclinan ante el Dios dueño de todos.

Al momento mas sagrado de la misa se elevan puras voces y cantan: *Adeste fideles læti triumphantes*. Las hijas de casa y sus amigas componen este coro, que por su pureza y suave armonía recuerda el de los ángeles cantado á los pastores: "¡Gloria á Dios en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad!"

La Iglesia comienza así su año el día de Noche Buena: y hay en este pensamiento una alta razon; todos los días cristianos deberian salir de la radiante noche de Navidad.

Tiene esta fiesta un grande encanto en la época que llega á los hombres, porque los encuentra reunidos en las ciudades y en las aldeas. Son entonces los días tristes y frios, y largas las vigiliass. Para reanimar la naturaleza, que parece muerta bajo su mortaja de nieve, ha sido menester la mano de la religion. Ella estiende santas alegrías en la estacion, y hace, por decirlo así, brotar flores de entre la escarcha y el hielo (1).

Sería una *severidad puritana* el criticar los placeres de familia que alegran nuestros hogares, puesto que es natural y justo regocijarse por un gran beneficio que se nos dispensa; y nunca se dió á los hombres tanto, como la noche de Navidad trajo en sus sombras. Nunca el cielo fué tan magnífico con la tierra, porque en aquella noche entreabrió para dejar venir entre nosotros el Rey á quien los ángeles puros sirven y adoran.

En aquella noche vino un hermano á los desgraciados, un libertador á los esclavos, un amigo á los niños, un maestro á los doctores, un modelo á los reyes, un vencedor á la muerte. Dejad que los hombres se regocijen en el Señor, como se regocija la tierra cada mañana cuando parece el sol para sacarla de las tenebras de la noche. Navidad es la grande aurora de nuestra libertad: Jesucristo naciente es el sol de justicia que luce sobre el mundo para desterrar de él las mortales sombras.

Ved tambien cuál entusiasmo y qué santo delirio reina en el oficio que cantan los sacerdotes. Escuchadlos: "Palpita de alegría ¡oh colina de Sion!... ¡Hijos de Jerusalem, revestíos los vestidos de fiesta y entonad nuevos cantares!"

¡Levantaos, Jerusalem, y sacudid el polvo del cabello: romped la cadena atada al cuello; alzaos, que el Salvador llegó!

¡Fuisteis vendida y el Señor os rescata: cantad, Jerusalem.

¡Dijo el Señor: Asuero oprime al pueblo; la injusticia y la crueldad pesan sobre él, y yo he de libertarlo. Otras veces yo hablaba, y ahora... vedme aquí.

¡La abundancia y la paz se levantan con el día del Señor.

(1) En los felices climas de América, la naturaleza aparece estar de acuerdo con los corazones: todo esta risueño, todo es alegría.

INOCENTES.

UNA religion de pureza y ternura debe amar á los niños: así es que el catolicismo los trae con frecuencia al santuario, se complace en mostrarlos en sus solemnidades y los hace hermanos de los ángeles.

Empero hacer venir á los niños cerca de los altares, sirviéndose de sus puras manos para ayudar al sacrificio santo de la misa, no era aún bastante. La religion nos manda honrar á los mártires INOCENTES inmolados sobre el materno seno, y que pasaron de la cuna al cielo.

Herodes, amigo del César, apoyado por los romanos y rodeado de guardias, temblaba en su palacio, y un niño causaba su temor, porque los magos venidos del Oriente y guiados de su distante país á Jerusalem por una estrella milagrosa, decian á quienes les preguntaban: "Nosotros llegamos de los países vecinos de la aurora, para adorar un Niño que ha nacido en Judea y debe ser rey de los judíos; y una estrella que no tiene ordinariamente lugar en el firmamento nos ha servido de guia, y allí en donde ella se detenga hallaremos al Niño que venimos á adorar."

A estas palabras, sobrecojido Herodes de temor, juntó los príncipes de los sacerdotes para consultarlos, quienes respondieron que el Niño que esos reyes venian á adorar, no podia ser otro que el Mesías anunciado por los profetas, que debia nacer en la pequeña ciudad de Betlehem.

Cuando los reyes temen son fácilmente crueles, y Herodes, temblando ante un Niño desconocido, tomó al instante una sangrienta resolucion, cual fué la de hacer asesinar á todos los recién nacidos de dos años en Betlehem y en el país vecino á la ciudad de David.

Habiéndose fijado en este designio, hizo el rey de Judea venir los magos á su presencia y les dijo: "Yo querria adorar tambien al Niño que buscáis; así que sepáis el lugar de su nacimiento y os volvais para vuestro país, pasad por Jerusalem y decidme en dónde está ese Niño milagroso para que yo pueda hacerle mi homenaje."

Sin desconfianza prometieron los magos cuanto les pedía Herodes; pero no tardó un ángel en aparecerseles y revelarles el cruel pensamiento del rey de Judea, y los sabios del Oriente se volvieron á su patria sin pasar por la ciudad de Herodes.

Hácia este tiempo supo tambien José la verdad por un ángel del Señor, que le ordenaba huir á Egipto con María y su recién nacido.

Así, pues, Dios hecho hombre estuvo desde muy temprano espuesto á la maldad de los hombres. Mostróse el mundo sin hipocresía para él, siendo cruel y sanguinario con el Salvador á quien desconoció; y no había aún andado el divino Niño sobre la tierra en que quiso nacer, cuando esta se cubria de sangre con el temor de su venida.

Cuando Jesus salió de su cuna, fué para ir con su madre al destierro, y los dolores del Hijo del hombre no se hicieron aguardar, sino que comenzaron con sus primeros días.

"La verdad salió de la tierra y de lo alto del cielo la justicia nos mira.

"Cantemos, pues, nuevos himnos al Señor, y que la tierra entera cante con nosotros.

"Cantemos al Señor y bendigamos su Santo Nombre.

"Anunciemos al universo el día de su salud.

"Que las naciones repitan los prodigios que él ha hecho, y que los pueblos se regocijen continuamente en él.

"Verdaderamente nuestro Dios es grande, su nombre es digno de alabanzas, y su poder domina lo que existe.

"¿Qué son los dioses de las naciones extranjeras comparados con nuestro Dios? Demonios del abismo. Empero nuestro Dios es el que ha hecho le tierra, el firmamento con sus estrellas y el mar con sus olas.

"Que el cielo se regocije, pues; que se exalte la tierra de alegría, que la mar agite y levanta en señal de gozo sus tremendas ondas, y los campos y las plantas todas que crecen en él, se conmuevan de placer, porque he aquí que ha venido el día del Señor."

Leemos en el *Tratado de las fiestas movibles*: "Que en los conventos podian los monjes afeitarse y bañarse la víspera de Navidad si les placía, lo que les era prohibido en los tiempos de penitencia; y se permitía en la víspera de esta fiesta, con el fin de que la alegría se manifestase en el exterior mismo.

"La víspera de Navidad era la mas solemne de todas. Leíase en vísperas el capítulo *Gaudete*, para escitar en los fieles espiritual alegría. Los versículos de estas lecciones espresan los mas ardientes suspiros de los patriarcas.

"El *Veni ad liberandum* se cantaba por dos acólitos, y el *Rorate celi* por uno solo."

Se ve por esto que en las casas de oracion y retiro se concebían mejor que en el siglo las cosas santas; y en el día de Navidad se dejaba á los niños cantar los primeros himnos de la fiesta: y yo encuentro allí un pensamiento de propiedad y de justicia. ¿No corresponde á los niños el saludar primero con sus voces angelicales y puras al divino Niño que nacia por la salud de todos?

En otros tiempos, dice la Historia de las Fiestas de la Iglesia, los sacerdotes tenían el uso de decir cada día muchas misas, segun los movimientos de su devoción. El concilio de Salgunstadt, cerca de Maguncia, restringió el uso á tres cada día por cada sacerdote; pero el papa Alejandro II, que murió en 1073, abolió este uso y no dejó la libertad de decir tres misas sino en el día de Navidad.

Hoy no tiene ninguna otra fiesta tal privilegio, fuera de la conmemoracion que hace la Iglesia, como madre universal, por todos los difuntos. Esto quiere decir que aquel es el día en que debemos dar mas gracias á Dios, pues que es la mayor solemnidad cristiana. El día del rescate de los esclavos debe ser el de mas grande alegría.

Se hizo esta huida á Egipto entre los mayores peligros, porque la cruel orden de Herodes se habia puesto ya en ejecucion, y se oian lamentos y voces en Roma de las madres que no querian consolarse porque sus hijos no existian: crueles soldados los habian arrancado de sus brazos y los habian degollado ó estrellado contra los muros.

Qué lucha horrible entre aquellas madres que defendian á sus recién nacidos y los verdugos armados! Ellas no tenían cascos, corazas, lanzas ni escudos, mas poseian la desesperacion de mujer y el valor de madre, y no tenían nada. Primero suplicaron, pero cuando vieron que eran vanos sus ruegos, y que sus lágrimas no ablandaban el corazón de los asesinos, no se arrojaron; y si alzaron sus manos, no fué ya para implorar, sino para despedazar, para batirse, para proteger sus hijos: ya no eran las tímidas mujeres, sino leonas ruiendo y defendiendo sus cachorros. En este combate mas de un soldado sucumbe, mas de una madre cree haber salvado con su valor á su hijo; empero nuevos ejecutores de la voluntad de Herodes llegan, y en los campos, y en las casas, y bajo las sangrientas ruinas, y entre los montones de niños degollados, y debajo de los cuerpos de las madres, muertas por la lanza que mató á su hijo, rebuscan, y si un niño respira aún, si su madre ha conseguido ocultarse con él, se inmolará un mártir de mas á los temores de Herodes, porque no ha de escapar un solo niño; pudiendo el que escapara ser el Mesías, verdadero Rey de los judíos... y entonces, ¿qué vendría á ser del usurpador?

En todos tiempos y en cualquier lugar, la usurpacion hace malvados y sanguinarios. Lo que la injusticia toma, la crueldad quiere defenderlo y la avaricia guardarlo. Algunos escritores han pretendido que el número de niños degollados por orden de Herodes subió á catorce mil: nosotros creemos que haya escasecion; pero no es menos cierto que corrió la sangre entonces, y la religion ha considerado como mártires todos estos jóvenes, víctimas inmoladas cerca de la cuna de Jesus. No confesaron en verdad por la palabra la venida del Salvador, mas fueron sacrificados en testimonio de ella. Otros han subido á los cielos desde los tablados de los cadalsos, de sobre el polvo enrojecido del circo y por entre las llamas de las hogueras con su virtud; mas estos infantes se elevaron del seno, de los brazos y de los besos de sus madres, llevados por los ángeles, á las mansiones celestiales con su inocencia.

Nunca la Iglesia se ha mostrado mas poética que en el himno que se canta el día de los santos Inocentes. Se creerian compuestas por una madre estas estancias.

“Os saludamos, flores primeras del martirio, á vos que segó el hierro en vuestro primer día, á vosotros, recientes rosas que el huracan arrebató frescas y bellas!

“Vosotros, primeras víctimas inmoladas en el altar de Cristo; vosotros, que jugais inocentemente en los altares con las palmas y las coronas que conseguisteis en la tierra!

“De nada le servirá su crueldad á Herodes: muchos niños fueron degollados; empero aquel cuya vida queria, se ha salvado!

“La sangre de los recién nacidos ha corrido en arroyos; mas al Hijo de la Virgen no tocó el cuchillo que hizo llorar á tantas madres!

“Así se escapó Moisés, libertador de Israel, del cruel edicto de Faraon; y así su cuna se sacó del Nilo, cuyas ondas lo respetaron, salvándose así aquel que precedió al Cristo deseado de los pueblos.

“Tierno rebaño de blancas ovejillas, tú sirves al cordero en el atrio del cielo! Y solo aquellos que no han conocido mas que los besos de sus madres, le siguen donde quiera, porque son puros como la nieve, no habiendo la mentira manchado aún su infantil boca.”

La fiesta de los santos Inocentes, fijada el 28 de Diciembre, remonta al siglo nono: desde este tiempo la celebracion de ella ha sido general, hasta que mil locuras vinieron á deshonrarla. Como en esta fiesta, consagrada á la memoria de los jóvenes mártires, se daba el lugar de honor á la niñez, siendo en cierto modo la fiesta especial de los niños, no presidia siempre la razon en cuanto se introdujo en algunas ciudades para el ceremonial de aquel día.

De la fiesta de los niños hizo el abuso la fiesta de los locos, y entonces profanaron el santuario innobles bufonías. Estos sacrilegios han cesado, y hoy ha vuelto la fiesta de los mártires niños á su pureza primitiva, y en nuestras iglesias vuelven las lágrimas á los ojos de las madres cristianas, cuando cantan delante del altar adornado aún con las pompas de Navidad: “Os saludamos, flores primeras del martirio, á vos que segó el hierro en vuestro primer día, á vosotros, recientes rosas que el huracan arrebató frescas y bellas!”

La religion católica ha querido que no hubiese en la tierra una miseria sin socorro, un dolor sin consuelo, y puso en el cielo protectores para todos los hombres.

Los poderosos del mundo que se sientan sobre los tronos, tienen para interceder en su favor, cerca del Rey de los reyes, á Santa Clotilde, San Luis, Santa Radegunda, San Fernando, San Enrique y San Casimiro.

Los guerreros tienen á San Jorge, San Mauricio, y todos los soldados de la legion tebana.

Las castas jóvenes que se dedicaron al Señor, tienen por principal patrona á María, Reina de las vírgenes, luego á Santa Ursula, Santa Teresa, Santa Angela, Santa Genoveva, pastora de Nanterra, Santa Rosa de Lima y Santa Francisca de Quito.

Por los ancianos, ruegan los santos patriarcas, y los niños tienen por intercesores en las regiones celestiales á los querubines, sus hermanos, y á estos jóvenes mártires, cuya sangre corrió en derredor de la cuna de Jesus.

CIRCUNCISION.

TAN solemne fiesta, cual es la del nacimiento del Salvador, debía tener una OCTAVA. Así fué que en el espacio de muchos siglos, el octavo día despues de Navidad, se reverenciaba con el nombre de *Octava del nacimiento de Jesus*. Se cree que fué el año de 660, en que se dió á esta fiesta el nombre de CIRCUNCISION del Señor.

Un libro antiguo nos dice, con respecto á la celebracion de este día: “Jesucristo ha querido manifestarnos en este misterio, que aunque estuviese la divinidad reunida á su humanidad, no habia por eso venido á dispensarse de la ley.”

Quando comienza el año, ofrece la Iglesia á las meditaciones de los fieles, un ejemplo de sumision á la ley establecida, como para decirles: Durante los días que van á sucederse, sed obedientes al que os mande en nombre de Dios. Ved aquel que no teniendo en su divina persona señal alguna del pecado, no tenia tampoco necesidad de la circuncision ni del bautismo; empero, como venia á enseñar la humanidad, se sometió al yugo comun.”

En la ley de Moisés no habia nada prescrito sobre el lugar donde debía hacerse la circuncision: puede creerse, pues, que el Hijo de María fué circuncidado en Betlehem, en donde habia nacido, puesto que los magos hallaron al divino Niño en aquel lugar cuando fueron á adorarle.

En el día en que se vertía la sangre del recién nacido, se daba á este el nombre que debía llevar entre los hombres. Tenia el Hijo de Dios el derecho de tomar los nombres mas gloriosos, ilustrados por reyes y conquistadores; pero recibió el de Jesus, que quiere decir Salvador, y que fué preferido á los demas. Léense así estas palabras en el himno de la Circuncision: “Para añadir á su gloria toman los conquistadores los nombres de las naciones sometidas por sus armas. Empero vos, ¡oh Jesus! tomáis un nombre que anuncia la restauracion, y queis mas libertar que conquistar.”

Quando estaba yo en el colegio, me acuerdo que nuestros maestros nos recordaban que escribiéramos en la primera página de nuestros cuadernos una frase á la gloria de Dios, para santificar y hacer mejor nuestro trabajo; y en este nombre de Jesus, puesto en el primer día del año cristiano, hallo una idea semejante. Para que sean felices los días que van á seguirse á aquel, lo señala la religion con un nombre de redencion y de salud.

Así el hombre de los campos que desea ver sus prados cubiertos con buenos pastos hace partir y correr todos los arroyos que los riegan de una fuente pura y benéfica. Con los usos, tales como las costumbres nos los han hecho, son en general los días del año nuevo poco santificados. Los deberes de sociedad se sobreponen á los de religion, y en aquel día de visitas hay frecuentemente un benefactor olvidado, y este es Dios, que envia los años á la tierra para saber lo que valen los hombres.

Se afije de ordinario la Iglesia con las reliquias del paganismo que señalan este día primero del año. Los regalos, tan queridos de nosotros cuando los re-

cibimos, y mas dulces aún cuando podemos darlos, estos regalos esperados con ansia por los niños, han sido anatematizados por los santos padres á causa de su origen pagano.

El concilio de Tours, tenido el año de 566, nos enseña que se habia mandado que en el día 1.º de Enero se opusiese el canto de las letanías á los cantos impíos y supersticiosos de los paganos; lo que demuestra que entonces el primer día del año era, no ya un día de fiesta y alegría, sino uno de penitencia y expiacion, un día sin *Aleluja* en el oficio.

Hacia el fin del sétimo siglo, abrogó la Iglesia los tres días de ayuno que los concilios habian prescrito para el fin del año y el principio del siguiente, y eshortó vivamente á los fieles á sustituir los *pobres* á los *amigos*, y á convertir los *regalos* en *limosnas*.

Toda la caridad cristiana se halla en este precepto. Los siglos en su marcha pueden hacer algunos cambios en el ceremonial de las fiestas religiosas, pero no cambiarán nada en el espíritu del catolicismo: él permanecerá siempre puro, elevado, lleno de amor y mansedumbre, de misericordia y de justicia; y cuando el tiempo se cumpla, volverá hácia Dios que lo hizo, como los ángeles, que venian á visitar los patriarcas y los santos, vuelven á subir al cielo sin que sus piés de marfil se hayan ensuciado con el polvo del mundo y sin que una pluma se caiga de sus alas. Los regalos y deseos de año nuevo se establecieron como un uso, y la religion mezcló con ellos su sabiduría y sus consejos. Me acuerdo que un día de año nuevo, hácia las nueve de la mañana, entré en la iglesia de San Maclovio en Ruan, que estaba llena de fieles, y su respetable cura se hallaba en el púlpito.

Correspondia á los pobres habitantes de este pobre cuartel venir en la primera mañana del año nuevo á pedir á Dios fuerza para trabajar y resignacion para sufrir; porque en esta parroquia poco habitada de los ricos, son virtudes de primera necesidad la resignacion y la fuerza.

El venerable pastor hablaba á su rebaño con un tono de padre que llegaba al alma, y yo me quedé de pié entre la multitud oyéndolo con tanto gusto, que aun no he olvidado sus palabras: “Muchos de entre vosotros, decia el respetable cura, muchos de entre vosotros han venido á descarme un buen año, y yo se los agradezco; empero para que el año que comienza hoy me sea bueno y feliz, es preciso que no os sea malo y desgraciado. A vosotros, pues, mis queridos hijos, á mi turno deseo un año bueno, un año sin miseria, sin azote de Dios; uno de estos años de virtud que conducen á los eternos años.”

“A vosotros que me escucháis y que careceis de espléndidos vestidos y suntuosos atavíos, á vosotros deseo resignacion y paciencia. Llevad como sumisos cristianos los pobres vestidos que os cubren, y si os llegan los buenos años que os deseo, allá arriba se os cambiarán esos vestidos por mantos de púrpura semejantes á los que llevan los reyes.”

Como yo estaba entre la multitud, ví la emocion que reinaba en ella; y habia allí ciertamente entre el rebaño y el pastor, entre los hijos y el padre, entre los cristianos y el sacerdote, una union de cari-

dad tan íntima, cual si no hubiera entre ellos sino un corazón y un solo espíritu.

En todos los días de año nuevo que han pasado sobre mi cabeza, en los días de la prosperidad y en los de la adversidad, en las casas de los grandes á donde he ido con la multitud á ofrecer mis votos á los felices del mundo, he visto muchas cosas y las he olvidado; y ¿en qué consiste que he conservado un recuerdo de este cambio de deseos entre el cura de San Maclovio y sus pobres feligreses? ¡Oh! Yo lo sé. Consistió en que la religión puso su sello sobre aquella escena y nada ha podido borrarla.

Hay muchas gentes que pasan de un año á otro sin sentir nada, y que desdeñosas sonríen cuando se les dice que uno no acaba un año, ni entra en el otro sin alguna emoción. Por mí, yo lo confieso, en la noche del 31 de Diciembre, no sin arrobo cuento las doce campanadas de la media noche, y cuando la última suena, atento escucho, porque el son que vibra por algunos segundos es lo que queda del año que acaba de espirar, y son unos instantes que parecen pertenecerle aún; y así que esta vibración deja de conmover el aire, comienza el año nuevo, en tanto que el otro se ha ido para siempre.

Yo encuentro que en este momento de transición se debe llamar á sí un pensamiento religioso. Sin él la tristeza se apoderaría del alma, porque este año que ha caído en el abismo de la eternidad, á cuántos amigos nuestros no se ha llevado envueltos en sus sudarios.

Con la esperanza en el porvenir, con la resignación de lo pasado, yo digo al año que comienza: "Salve, hijo del tiempo! Salve, desconocido que llegas! Tú vienes envuelto en velos, y no podemos ver si tu cara es risueña ó severa, si tus manos cerradas aún, nos traen felicidades ó infortunio, si entre los pliegues de tu mano se esconde la paz ó la guerra. Tan misterioso como eres vienes de Dios y te damos la bienvenida. Salve! Bendito sea aquel que viene en nombre del Señor!

El día porque el año principia me parece tan solemne, que quisiera que la parte de la religión fuese en él mayor. Cuando se construye una fuente á los habitantes de la ciudad, se ve que un pontífice bendice las aguas que van á correr; yo querría también que hubiese desde las gradas del altar una bendición de los días que vienen.

¿Hay bajo el sol algo que semeje más á las aguas que corren que nuestros días que pasan? Van las aguas al océano y los días á la eternidad. Empero si el viejo océano no pregunta á las ondas que llegan, por qué vienen turbias y fangosas; Dios dirá á nuestros días: ¿Por qué no fuisteis puros? Cuídeos, pues, de no mancharlos.

EPIFANIA.

Si la primavera siembra de flores los campos en el risueño Mayo, el catolicismo estiende en la triste y fría estación del invierno, en Diciembre y Enero; santas fiestas, que son como flores en la vida del

pueblo cristiano. Ved qué sucesión de días de gozo: Navidad, los Inocentes, el primer día del año y la EPIFANIA.

Tiene el día de los Reyes grande atractivo; mas antes de dejarnos llevar del gusto de describir las bellezas poéticas de esta fiesta religiosa, que ha venido á ser una dulce fiesta de familia, digamos el origen y la adoración que recuerda.

Haciendo venir en derredor de la cuna del Niño Salvador á los extranjeros y gentiles, quiso Dios mostrar que todos los hombres y todas las naciones estaban destinados á conocerlo, amarlo y servirlo. La Epifanía es la manifestación de Jesucristo á todos. Desde este día, en que vinieron los magos del Oriente á adorar al Hijo de María, no hubo más privilegio de nación, ni más pueblo esclusivo de Dios. El pueblo de Jesucristo lo fueron todos los pueblos, y la nación escogida todas las naciones de la tierra.

Así, pues, la fiesta de la Adoración de los magos es nuestra fiesta, porque descendemos de los que de lejos vinieron para adorar al deseado de las naciones: nuestros padres no eran los poseedores de la tierra de Canaan, y para conducirlos allí se levantó una estrella que marchó delante de ellos, como en otro tiempo guió la columna de fuego á los soldados de Moisés; y debemos á Dios reconocimiento por este prodigio. Sin esa estrella que hizo brillar á sus ojos, estaríamos nosotros en las tinieblas y en la sombra de la muerte. Hemos de ir, pues, nosotros cada año, cuando el día de los Reyes viene, al pie de los altares que representan el pesebre de Bellem, para adorar á aquel que nació por la salud de todos; y si no tenemos mirra, incienso, ni oro que ofrecerle, no nos desanimemos, acordándonos que los pastores adoraron al Hijo de María antes que los magos ó los reyes; y ¿qué pudieron aquellos presentarle como homenaje, si ya no era su pureza y su fe?

En los primeros siglos, después de la noche de Navidad hasta el día de la Epifanía, se pasaba el tiempo en una continua fiesta; y en esta santa alegría que gozaban nuestros antepasados no dieron lugar á la mortificación. La vigilia de los Reyes no tenía ayuno; y he aquí lo que leemos sobre esto en la Historia de las fiestas de la Iglesia: "La víspera de la Epifanía, aunque una de las más célebres después de su institución, no tenía nada en el principio que la distinguiese de las otras. Se pasaba la noche en la iglesia en oraciones y lecturas; pero lo que la hizo más augusta que todas las otras en el Oriente, fué la gran ceremonia del bautismo de los catecúmenos, y el gran número de luminarias en que igualaba á las vísperas de la Pascua y de Navidad.

"Cuando se cambió el uso de velar la noche en la iglesia, se dividió la opinión sobre la observación del ayuno que debía guardarse el día precedente, como se usaba en las vísperas de las otras fiestas; pero como se comprendía este día en el espacio de Navidad á la Epifanía, considerado como una continua fiesta, hizo esta consideración que en muchos parajes se dispensase el ayuno bajo pretexto de

honrar la fiesta, lo que se extendió hasta los religiosos."

El autor del libro de donde extraigo este pasaje, se apoya con la autoridad de San Pedro Damian y de San Gregorio, para sentir la ausencia del ayuno. Mi celo no va tan lejos, ni puedo compartir tampoco su indignación contra el banquete de la torta. Pretende aquel que el origen del reinado del haba es impuro; pudiera ser; mas la parte de los pobres y la parte de Dios que se saca de la torta de los Reyes, la santifican. Y si nos citan antiguos escritores para probarnos que hay en ella un recuerdo del paganismo, yo citaré el Genio del Cristianismo en el capítulo de la fiesta de los Reyes.

Toda costumbre que reúne las familias en el nombre de Dios, y toda fiesta que aproxima los parientes y cuyo regocijo se comparte entre amos y criados, ricos y pobres, no se vitupera con razón. Oid á Chateaubriand: "Aquellos que no han trasportado su corazón hácia los tiempos de fe, cuando un acto de religión era una fiesta de familia, y que desdennan los placeres que no tienen en sí mas que inocencia, esos son, sin mentir, dignos de lástima. Empero, privándonos de estos simples goces, ¿se nos dará algo mejor? Ah! no. Aquellos han querido probarlo. La Convención tuvo sus días sagrados; pero entonces se llamó santa al hambre, y el Hossanna se trocó por vítores á la muerte.

"En tanto que la estatua de Marat reemplazaba á la de San Vicente de Paul, mientras que se celebraban aquellas pompas, cuyos aniversarios se señalarán en nuestros fastos como días de eterno dolor, una que otra familia piadosa reverenciaba en secreto una fiesta cristiana, y la religión derramaba aún alguna alegría sobre tanta tristeza.

"No recuerdan sin ternura los corazones simples aquellas horas de desahogo en que se reunían en derredor de las tortas que representaban los presentes de los magos. El abuelo retirado durante el resto del año, aparecía en este día como la divinidad del hogar paterno: sus nietos, que hacia largo tiempo soñaban con la esperada fiesta, abrazaban sus rodillas y lo rejuvenecían con su misma juventud: las frentes manifestaban la alegría, los corazones se ensanchaban, la sala del festín se decoraba admirablemente y cada uno tomaba un vestido nuevo. Al ruido de los vasos y estrepitosas cajadas, se sacaban á la suerte estos reyes que no costaban suspiros ni lágrimas, y se pasaban unos á otros esos cetros que no pesaban en la mano del que los llevaba.

"Con frecuencia un fraude que redoblaba la alegría de los vasallos, y escitaba apenas las quejas de la soberana, inclinaba la fortuna á la hija de casa y á un hijo de algun vecino recientemente llegado del ejército, y los jóvenes ruborizados se embarazaban con sus coronas, las madres se sonreían y el abuelo apuraba su copa á la salud de la nueva reina.

"Y el cura presente á la fiesta recibía para distribuirla, con otros socorros, la parte de los pobres. Juegos de viejos tiempos, un baile en que algun antiguo criado era el músico, prolongaban los placeres,

res, y la casa entera, amos y arrendatarios, amos y criados juntos, danzaban la antigua rueda."

Al leer esta descripción de una fiesta que todos hemos celebrado, cada uno debe recordar las memorias de la niñez.

Aquella era una bella fiesta bajo el techo paterno. En aquel día se añadían á la mesa otras para alargarla, porque nuestro padre convidaba á nuestros parientes y á sus amigos. Desde por la mañana, el panadero que proveía nuestra casa de padres á hijos, había dado en presente una torta de hojaldre redonda y grande como el escudo de Aquiles. Acaso en secreto había dicho hácia qué parte se hallaba el haba que debía dar la corona; pero ninguno de nosotros lo sabía.

El cura, que siempre era convidado á la fiesta, cuando nos hallábamos en derredor de la mesa, decía el *Benedicite*.

Nuestra hermana mayor se sentaba en frente de nuestro padre, pues nuestra madre había sido llamada á Dios, y muchos años hacia que celebraba en el cielo estas santas fiestas.

Me acuerdo que en esos días hallábamos largos el primero y segundo servicio; la ambición de los niños anhelaba por los postres, entre los cuales venia la torta.

Envejeciéndonos, hemos visto ambiciosos desear las turbaciones y los trastornos para apoderarse de cetros, de las coronas y del mando. Mas inocentes nosotros, no queríamos llegar al poder sino por los regocijos, y además las coronas que ambicionábamos no pertenecían á nadie, ni había persona alguna sentada en la silla que habíamos de ocupar.

Se traía la inmensa torta delante del cura, y nuestra hermana, que reemplazaba á nuestra madre, rogaba al venerable pastor, que la había dado la primera comunión y le había enseñado la caridad, que señalase la parte de los pobres, y le recomendaba que la hiciese grande.

Poníase esta parte á un lado, y si acaso el haba no iba en una de las porciones que se ofrecían ocultas bajo una servilleta, y por mano del mas joven de nosotros á cada uno de los convidados, se concedía por medio de una limosna para los pobres de la parroquia el derecho de buscarla en la parte de los pobres, que se llamaba parte de Dios.

Hallada en fin el haba, aquel de nosotros que la había encontrado, la presentaba á los ojos de todos. Entonces se sucedían mil ruidosas aclamaciones, pero francas, libres y sinceras, sin trabas ni reservas, que saludaban con entusiasmo al nuevo rey.

Y cuando esta ligera corona del haba caía sobre la frente de un niño, se embellecía el reinado con las gracias, la inocencia y la esperanza, y sonriendo de amor gritaban: *¡Viva el rey!*

Era después preciso que el rey compartiese el trono, y elegía una reina para que se sentase cerca de él, ó si la suerte, despreciando la ley sálica, había dado la corona á una niña, debía esta designar al que tomaba por rey.

Nombrábase también un copero que servía al rey y á la reina; y cuando sus risueñas y graciosas majestades bebían, mil gritos decían: *¡El rey bebe, la*

reina bebe! Los muros de la sala del festin decorados con los retratos de la familia, repetían esas ruidosas aclamaciones de placer, y los viejos criados se sentían regocijados y rejuvenecidos con la alegría de sus jóvenes amos.

Los ingleses llaman á la fiesta de la Epifanía la duodécima noche, *the twelfth night*, y los escoceses, en lugar de poner una haba en la torta, ocultan en ella un poco de mirra, un grano de incienso y una moneda de oro.

En Normandía, cuando el mas joven de los niños da la vuelta en torno de la mesa, para ofrecer á cada convidado su parte de la torta, la persona que lo conduce lleva sobre el plato cubierto un salero lleno de sal.

He tratado en vano de saber la significacion de esta parte del ceremonial. ¿Sería acaso para indicar que hay siempre algo de amargo en los regocijos del mundo, ó como en la liturgia del bautismo se habla de la sabiduría, será tal vez para que aquel que ha de ser rey, sea prudente y moderado en sus deseos?

En los campos los niños se ponen á correr así que llega la oscuridad de la duodécima noche, agitando en su carrera unas varillas de mimbre encendidas, y este uso hace en los campos grande efecto. Esas llamas que corren, que suben y se abajan, que aparecen en el llano y sobre los montes, en los bosques y cerca de los rios, junto con los gritos de regocijo y los cantos de alegría de los niños que pasean esos fuegos, tienen por fin recordar aquella milagrosa luz que guiaba á los magos del Oriente, por medio de los campos de Israel.

En algunos paises, una estrella brillante compuesta con candelilla de cera, se desprende por medio de garruchas y cuerdas desde el órgano, y recorriendo la iglesia en su largor por la gran nave, pára en el altar, como para decir que allí está el que se ha de adorar.

Algunos espíritus austeros se complacen cuando estos viejos usos, que llaman supersticiosos, se borran del pueblo. No querrian aquellos en su rigidez ninguna de aquellas cosas materiales ni exteriores; pero yo pienso que hay en esto una especie de sequedad puritana que no dice bien al catolicismo, siempre sábio, pero siempre tierno: siempre apoyado en la razon, mas siempre lleno de poesía. No debe permitirse, en verdad, que las cosas que semejan á los juegos del teatro, vengán á mezclarse con nuestras ceremonias: pero cuando estos sencillos recuerdos de un misterio han pasado por los siglos, viniendo de nuestros antepasados hasta nosotros, en medio del incienso del santuario, yo creo que deben conservarse.

Ha reunido la Iglesia en este día de la Epifanía tres conmemoraciones: la del bautismo de Jesucristo, la de su primer milagro en las bodas de Caná, y la adoracion de los magos.

La reunion de estas tres conmemoraciones en el mismo día, es de un uso muy antiguo. Parece que la Iglesia tuvo presente en el establecimiento de esta triple fiesta, la opinion de algunos antiguos pa-

dres, que creían que los tres misterios podían haber sucedido en el mismo día.

Esta fiesta, tal cual es hoy, se celebra solamente en las Galias desde la mitad del cuarto siglo; pues que, como refiere Amiano Marcelino, el emperador Juliano, llamado el Apóstata, no se atrevió á dispensarse de asistir al oficio de este día, hallándose en Viena en 361, cuando aun no se habia declarado abiertamente contra la religion de Jesucristo.

Antes de la union de estos tres misterios de la Epifanía, la fiesta de la adoracion de los magos se llamaba Teofanía.

La idea del Salvador, adorado en el pesebre por los reyes ó magos, es la que domina en el oficio y en los himnos del 6 de Enero: así es que el Evangelio no habla sino del viaje de los magos, guiados por la admirable estrella: "Habiendo nacido Jesus en Betlehem, ciudad de Judá, en tiempo de Herodes, vinieron los magos del Oriente y preguntaron: ¿En dónde está el rey de los judíos que ha nacido recientemente? pues nosotros hemos visto su estrella desde el Oriente, y venimos á adorarlo.

"Lo que oido por Herodes lo turbó, y á la ciudad de Jerusalem con él.

"Y reuniendo los príncipes de los sacerdotes y los doctores del pueblo, se informó de ellos acerca del lugar en donde debía nacer el Cristo.

"Respondieron que era en Betlehem, de la tribu de Judá, segun se habia escrito por el profeta. Y tú, Betlehem, tierra de Judá, no eres la última entre las principales ciudades de Judá, porque de tí saldrá el jefe que conducirá mi pueblo de Israel!

"Entonces Herodes, llamando á los magos en secreto, se informó de ellos con gran cuidado sobre el tiempo en que les apareció la estrella, y enviándolos á Jerusalem, les dijo: Id é informaos exactamente de ese Niño, y cuando le halleis, dadme noticia, á fin de que yo vaya tambien á adorarle; y ellos, oyendo estas palabras, partieron, y la estrella que habian visto en Oriente, apareció de nuevo é iba delante de ellos, hasta que llegando al lugar en donde estaba el Niño, se detuvo.

"Viendo los magos que la estrella se detenía, se transportaron de gozo, y entrando en la casa hallaron al Niño y su Madre, y prosternándose le adoraron, y abriendo luego sus tesoros, le ofrecieron en presente, oro, incienso y mirra; y habiendo visto en sueños un ángel del cielo que les advertía que no volviesen donde estaba Herodes, se tornaron á su pais por otro camino."

Tal es la relacion hecha por San Mateo, del viaje de los magos y del terror de Herodes. La palabra *rey* no se ve en el Evangelio, y sin embargo, hizo la tradicion de magos, reyes; sería tal vez porque en el oficio de la fiesta, la Iglesia repite estas palabras de los profetas: "Los reyes de Tarsis y de las islas, vendrán á traerles presentes; los reyes de Arabia y de Saba, le harán ofrendas, y todos los pueblos estarán bajo su dominacion."

"La Iglesia, dice el autor de la *Historia de las fiestas cristianas*, hace profesion de no saber otra cosa de los magos, si no es lo que ella ha sabido por el Evangelio, y añade solamente que de vuel-

ta á su pais cuidaron de conservar y aprovecharse de la gracia que habian recibido, y que llegaron á la gloria del cielo, despues de haber anunciado á Jesucristo en la tierra por sus instrucciones y por el ejemplo de su vida."

La tradicion de palabra y de pintura ha reducido el número de los magos á tres; pero el Evangelio no se fija sobre esto, y nosotros no podemos saber quién pudo establecer tan generalmente en los espíritus el número tres, como siendo el de los magos viajeros.

Calmet, San Leon, San Cesario, Eusebio, Bedo, el abate Ruperto, y despues de ellos una multitud de comentadores, enseñan que los magos eran tres. Este sentimiento parece fundado principalmente en las tres especies de presentes, oro, incienso y mirra, que se espresan en el Evangelio. Nosotros les damos el nombre de Gaspar, Melchor y Baltasar; empero estos nombres son desconocidos á la antigüedad, así como los que se les atribuyen en los libros poco autorizados.

"Se está muy dividido sobre la profesion de los magos, dice Calmet. Unos han creído que ejercian artes diabólicas de adivinacion, astrología y encantos: el antiguo Evangelio de la infancia de Jesus dice que eran discípulos de Zoroastro: otros, juzgando mas favorablemente, han creído que su magia era permitida y natural. San Epifanio cree que eran de la raza de Abraham y de Cetura."

El abate Ruperto les da el nombre de profetas y de hombres inspirados.

Orígenes creyó que habiendo los magos percibido en sus operaciones mágicas, que el poder del demonio se debilitaba, se aplicaron á descubrir la causa, y notaron al mismo tiempo un nuevo astro en el cielo, que juzgaron ser aquel de que habia hablado Balaam y que designaba el nacimiento del nuevo rey de Israel, lo que hizo determinarlos á ir á buscarlo para darle adoracion.

San Basilio y San Ambrosio tuvieron casi la misma idea. San Gerónimo dice que aquellos supieron del demonio, ó mas bien por la profecía de Balaam, que el Cristo habia nacido.

Tertuliano parece ser de sentir que por medio de la astrología fué que supieron el nacimiento del Mesías, puesto que supone que hasta Jesucristo fué esta ciencia permitida, y prohibida desde entonces, á fin de que nadie buscase en los astros el horóscopo de ninguno. *Scientia ista usque ad Evangelium fuit concessa ut Christo edito, nemo exinde nativitatem alicujus de celo interpretetur.*

Educativo y curioso es ver con qué importancia los primitivos cristianos se daban á inquirir el nombre y profesion de los magos, cuando la milagrosa estrella apareció á sus ojos y los decidió á dejar su patria y atravesar paises desconocidos para ir á adorar un rey de los judíos aún en su cuna.

Otros libros dicen que los magos eran doce, escogidos en su nacion, y sucediéndose de padres á hijos habia siglos, para observar el momento de la aparicion de la estrella predicha por el profeta Balaam. Apareció en fin la estrella, llevando en medio de sus rayos un Niño.

Aseguran otros que el apóstol Santo Tomás, que fué á Persia, instruyó y bautizó á los magos, quienes luego se aplicaron á predicar el Evangelio con él.

El condestable de Armenia escribia á San Luis, que los tres reyes magos habian venido de Fangot, en Armenia.

"Vengamos ahora, dice Calmet, á la estrella que apareció á los magos. Habian los antiguos creído que era un astro nuevo creado espresamente para anunciar á los hombres el nacimiento del Mesías. Orígenes, contra Celso, Maldonato y Grocio, cree que era una especie de cometa que se vió estrordinariamente en el aire: otros han pretendido que fué un cuerpo luminoso en forma de estrellas.

"En cuanto á nosotros, continúa Calmet, creemos que esta estrella no tenia lugar fijo en el firmamento, y que fué mas bien un meteoro inflamado en la region media del aire, el cual, observado por los magos con circunstancias milagrosas, lo tomaron estos por la estrella anunciada largo tiempo por Balaam."

Algunos no gustarán de las conjeturas y opiniones que he traído aquí acerca de los magos; mas yo confesaré que la sencillez de estos comentarios me ha parecido una prueba de mas del respeto con que los que nos han precedido miraban á estos escogidos de Dios para venir de tan lejos á adorar á su Hijo!

No se indaga tanto acerca de una persona, si no es que se la quiera honrar. Cuando se va á buscar muy lejos piedra blanca y sana, cuando se hacen venir los mas hábiles obreros, cuando se cortan los mas hermosos cedros; cuando se asieran y pulen los mas preciosos mármoles, y cuando se levanta un bosque de columnas, es porque se quiere que el templo que ha de construirse sea noble y magnífico, y digno del Dios que se ha de adorar en él.

PURIFICACION.

JESUCRISTO, la santidad misma, quiso someterse á la ley de Moisés, que ordenaba la circuncision. Porque, no lo dudemos, lo que José y María hacian era la voluntad del Niño divino que se les habia confiado, y así como una florecita eshalaba fragante perfume, un gran poder emanaba de aquel Niño, ora durmiendo en la cuna ó sonriendo en los brazos de una mujer; y cuando se le llevaba al templo, para conformarse con la ley comun, era por su voluntad; y los que creían conducirlo iban conducidos por él.

Así como hubiera podido el Salvador por su santidad no someterse á la formalidad de la circuncision, su casta Madre, su Madre siempre Virgen, no tenia necesidad de la PURIFICACION ordenada por la ley de los judíos. La pureza no se purifica, y es como la nieve que cae del cielo y que nadie podría hacerla mas alba; es como las lises, que nadie podría embellecer ni darles un aroma mas suave que el que tienen abriéndose el primer día al sol.

Empero, María era la mas humilde de las mujeres. Madre de todo un Dios, se llamaba la sierva del Señor, *ancilla Domini*. Así, cuando se cumplieron los cuarenta dias despues de la noche del nacimiento milagroso, se puso en camino para ir á presentar al templo de Jerusalem á su Hijo y las dos palomas del sacrificio. El anciano que va con ellos y que se confunde en el polvo del camino es José: él y María su esposa, son ambos de la raza real de David; mas cuando los usurpadores se hallan bajo los doseles, los descendientes de los verdaderos reyes gimen en pobreza.

En la ley de Purificacion estaba por Moises ordenado á la mujer que viniese al templo para ser *purificada*, que trajese para presentar como holocausto, un corderillo y una paloma que habian de inmolarse por el pecado; pero disponia tambien la ley, que si la mujer no tenia con qué comprar un corderillo, que diese dos palomas.

La Hija de David, la Madre del Mesías, no pudo ofrecer mas de dos palomas. ¡Oh, cuando yo veo despreciar la pobreza, me contristo y escaspero! ¡Hay frecuentemente en la miseria tanta nobleza, en la abnegacion tanta virtud! Y ¡quién os dice que bajo este humilde vestido no se encuentra al hijo de un rey, que bajo ese velo raído no se encubre una reina? ¡Acaso un rico orgulloso de Jerusalem, miró desdenoso á aquellos que no traian al templo mas que las dos palomas del pobre! ¡Acaso, en el atrio y cerca del altar de los sacrificios, el hombre de la túnica de púrpura y sandalias doradas disputó el paso á José y á María...! ¡Y entre tanto favorito estúpido de la ciega fortuna, ese anciano que lleva las dos palomas es un descendiente de los antiguos reyes! ¡Esa mujer tan bella como humilde es hija de David! ¡y ese Niño... es el dueño del mundo! ¡Si quisiera, derribaría con su manecita las columnas de vuestros palacios, rompería los cedros de vuestras columnas y haría perecer las mieses de vuestros campos!

Cuando la Virgen Madre hubo ofrecido el sacrificio ordenado por la ley, cuando hubo dicho al Señor: "Os ofrezco mi Hijo, que es el vuestro," iba á bajar del templo para tomar el camino de Nazaret; pero un hombre justo, temeroso de Dios, Simeon, que pasaba sus dias aguardando con la esperanza de la venida del Mesías el consuelo de Israel; Simeon, en quien se hallaba el Espíritu Santo, y que sabia no habia de morir sin ver al Cristo, se hallaba tambien en el templo el dia que María llevó á él su divino Niño.

Y cuando el santo anciano vió á Jesus cerca del altar, lo tomó de los brazos de su Madre, lo bendijo, é inspirado del espíritu de lo alto, exclamó con viva alegría: "Ahora, ahora, Señor, podeis privar á vuestro servidor de la vida: ahora moriré en paz, porque mis ojos han visto la salud de Israel. Segun vuestra palabra, ¡oh Señor! he visto la salud que preparais para todas las naciones, que será la luz y la gloria de vuestro pueblo de Israel."

Despues de estas palabras, Simeon entregó el Niño en manos de María, á quien tambien bendijo, así como á José, y les dijo: "Este Niño ha venido

para ser la ruina y la resurreccion de muchos en Israel; él será como una señal que escitará muchas contradicciones, un blanco contra el cual se lanzarán mil dardos. Y vuestra alma ¡oh María! será herida con una espada de dolor, á fin de que se revelen los pensamientos que aun se encierran en el alma de muchos."

En seguida de estas proféticas palabras, se calló el anciano, y algunos creen que murió luego en el mismo templo. Nosotros creemos que su muerte no sucedió en presencia de María, de José, ni del Niño Salvador, porque si así hubiera sido, el Evangelio que repite su cántico, habria referido su muerte.

Habia entonces tambien en Jerusalem, una profetisa llamada Ana, hija de Faduel, avanzada en edad y viuda largo tiempo habia, pues que no vivió mas que siete años con su marido. Esta mujer, dedicada enteramente al servicio del Señor, pasaba su vida en el templo orando, ayunando y haciendo buenas obras. El espíritu de Dios estaba en ella, y cuando hubo oído el cántico de Simeon, se puso tambien á hablar de Jesus á todos aquellos que aguardaban la salud y redencion de Israel.

He aquí lo que nos dicen todos los libros santos sobre la Purificacion de la Santa Virgen, y en las pocas líneas consagradas á repetirnos esta ceremonia, vemos aún una vez que el dolor viene siempre á mezclarse con la alegría en las cosas del mundo. En efecto, cuando el inspirado anciano tenia en sus brazos al Hijo de María, cuando lo bendecia, cuando le llamaba *gloria y salud de Israel*, el alma de la Virgen debió llenarse de delicias. Empero este materno regocijo no duró largo tiempo, porque he allí que el profeta habla despues de la espada que ha de traspasar el corazon de la Madre y de los dardos dirigidos contra el Hijo.

Sometidos José y María á la voluntad del Señor, tomaron, despues de la ceremonia de la Purificacion y de la Presentacion en el templo, el camino de Nazaret, en donde moraban, como San Lucas nos lo dice.

La fiesta que recuerda la Purificacion de la Madre y la presentacion del Niño en el templo, data de lejos, pues que fué instituida bajo Justiniano. Se dice que fué el cumplimiento de un voto que aquel emperador hizo á Dios para obtener la cesacion de una peste que despoblaba á Constantinopla el año de 542.

Llamábase entonces esta fiesta *Hipapante*, de la palabra griega *ir al encuentro*. Simeon y Ana habiendo venido al de Jesus en el templo, quiso la Iglesia perpetuar esta memoria.

"Empero, dice el autor de la Historia de las Fiestas Cristianas, aunque esta fiesta fijada el 2 de Febrero, sea del número de las que creemos deber á la Iglesia griega, parece que Roma tiene razon en pretender que previno á Constantinopla. El papa Gelasio, que gobernaba la Iglesia mas de treinta años antes que Justiniano llegase al imperio, parece haber introducido esta fiesta en el mes de Febrero, cuando destruyó los restos vergonzosos de la abominable fiesta de los Lupercales... ¡Infames fiestas en que los habitantes de Roma, en medio del delirio del vi-

no y del libertinaje, corrian desnudos con hachones en las manos por las calles y plazas de esta ciudad orgullosa de su civilizacion!"

La fiesta cristiana de la Purificacion se ha llamado tambien CANDELARIA, porque antiguamente, en el oficio de este dia, los sacerdotes y los fieles tenian todos un cirio ó bujía de cera encendidos. Algunos quieren hallar en esto una reminiscencia de los blandones que los libertinos de Roma agitaban en las Lupercales; yo gusto mas ver en esto un recuerdo de las palabras del cautivo de Simeon: "Este Niño será la luz de Israel."

En nuestras iglesias el dia de la Candelaria, á las vísperas y á la salve, es imponente el ver bajo las sombras de los arcos y de las bóvedas, á la hora que llega la oscuridad de la tarde, moverse y brillar todas estas luces escoltando la cruz: se diria que eran como estrellas bajadas del firmamento para alabar á Dios con nosotros.

CUARESMA.

CUANDO los rigores del invierno han pasado, empero que el dulce calor de la primavera no ha venido aún; cuando la sociedad de las ciudades comienza á cansarse de los tumultuosos y estériles placeres que la han agitado durante los meses del hielo y de la nieve, sucede de repente un gran silencio, y la locura con sus máscaras y gritos, sus bailes y cabalgadas, sus repugnantes saturnales é impías puerilidades, al fin se calla.

¡Y quién súbitamente ha dado la razon á todas esas gentes que parecian como atacadas de vértigos?

¡La religion!... Ella ha estendido sobre aquellas cabezas delirantes un poco de ceniza y las ha puesto en calma: esos hombres que no ha mucho aturdian con su ruido, oyeron la voz que partia de los santuarios gritándoles: "Acuérdate, hombre, que eres polvo, y que tambien en polvo habrás de convertirte."

Este MEMENTO que hace la Iglesia, es el remedio al enagenamiento de la multitud. El MIERCOLES DE CENIZA abre la santa CUARENTENA, y he aquí que comienzan los dias de ayuno y oraciones, de retiro y mortificacion: y ahora, aquel que permanezca en la ignorancia, aquel que no se levante de entre las sombras de la muerte, en donde estaba sentado, ese en verdad será bien culpable, porque la religion, esta madre de todos los hombres, ofrece por do quiera socorros y luces, consuelos y descansos.

Ved que todas las grandes puertas de las iglesias se abren, y en todos los altares arden los cirios y el incienso: escuchad bajo las bóvedas antiguas á los sacerdotes del Dios de misericordia, que os invitan al arrepentimiento y os anuncian el perdón.

Durante la estacion de los placeres, hemos gustado todos mas ó menos de ellos, y ahora que el dia se ha concluido y que los trabajos cesan, he aquí nuestras bellas iglesias que inspiran con su moribunda luz que apenas pasa al traves de las vidrieras: en-

tremos y véamos si los sacerdotes dicen la verdad y si el yugo del Señor es ligero.

Si aun existe algun ruido fuera, no llega al interior de la iglesia sino debilitado y sordo. Esos lejanos rumores se pierden al entonar los cánticos que los fieles repiten en coro, aguardando al sacerdote. Y cuando éste aparece en el púlpito, á la luz de las lámparas, despues de la invocacion: "Descended, Espíritu Santo, sobre nosotros," la atenta multitud se sienta, y entonces es ciertamente como una gran familia en la mansion de un padre; entonces las palabras del ministro del Evangelio caen llenas de poder sobre esta multitud, que el ayuno y la oracion han preparado, y que está como el campo labrado para recibir una buena semilla.

¡Oh, no son ahora las grandes y sublimes materias las que faltarán al sacerdote durante los cuarenta dias de predicaciones! Nunca la elocuencia profana tuvo tanto espacio delante de sí; el del sacerdote es el infinito; su tiempo la eternidad: y ved, ¡qué galería de cuadros! ¡La tierra, el infierno, el arrepentimiento, la penitencia, la misericordia, la virtud y la muerte!

¡Qué inspiraciones!... Todas las de los antiguos profetas.

¡Qué consolaciones!... Todas las del Evangelio.

¡El majestuoso poder de Jehovah en medio de los truenos y de los relámpagos!

¡La dulce mansedumbre de Jesus bendiciendo á los niños!

¡Agar en el desierto; José vendido por sus hermanos; Tobías viajando con el ángel; los Macabeos defendiendo su patria; el divino Hijo de la Virgen consolando los afligidos, curando á los enfermos; el pueblo oyendo las parábolas del Salvador y llorando á la del hijo pródigo! He aquí cuanto tiene el sacerdote para conmover la multitud que viene á oírlo... Y si esta permanece fria, es necesario que esté muy endurecida, ó que el ministro se haya quedado pobre entre tanta riqueza.

El miércoles de Ceniza ha perdido, como todos los dias de penitencia, mucho de su antigua austeridad. "Antes, dice el historiador de las Fiestas de la Iglesia, se elegia ese dia para poner en penitencia pública á los pecadores que debian ser recibidos á la reconciliacion ó á la comunión de los fieles en la fiesta de la Pascua. Oian primero los sacerdotes su confesion, cubríanles luego con un silicio ó un saco, les ponian ceniza en la cabeza, rociándolos de agua bendita y recitando sobre ellos los siete salmos penitenciales con todo el clero.

"A la vuelta de la procesion se les hacia ir con los pies descalzos, y arrojándolos luego de la iglesia con el mango de la cruz, no se les admitia hasta el juéves santo.

"Cuando se les llevaba hácia la puerta del templo, para hacerles salir cantaban los padres las palabras que Dios pronunció contra Adán y Eva al desterrarlos del paraíso terrestre.

"Cerrábase luego la puerta y comenzaba la misa de los fieles."

Durante la Cuaresma, en las ciudades y en los

campos, en las vastas catedrales y en las pequeñas iglesias de las aldeas, no deja de resonar la palabra evangélica. Dios tiene corte plenaria de misericordia, y cuantos tengan necesidad de perdon pueden venir á ella.

Vístese la Iglesia con sus ornamentos violados, y no se ponen mas flores sobre los altares. El Cristo y las imágenes están cubiertos con velos, y cuando concluye la predicacion de la tarde saca el sacerdote el copon sagrado del tabernáculo para bendecir con él á los fieles arrodillados.

El *Miserere*, el *Parce Domine populo tuo*, han reemplazado los cánticos de alegría, y la mayor parte de estos cristianos que han venido á escuchar la palabra de Dios, han obedecido tambien desde por la mañana á uno de sus mandamientos. No han tomado antes del medio dia alimento alguno, y á menos de limosnas hechas á los pobres para obtener dispensas, habrá sido preciso que se abstengan de carne durante los cuarenta dias de penitencia; solamente á la tarde, muy despues de puesto el sol, podrán sentarse á una frugal colacion.

Los mas célebres padres de la Iglesia juzgan que la observancia de este ayuno de cuarenta dias, es de tradicion apostólica, ó á lo menos, que no es posterior de mucho al siglo de los apóstoles. Muchos han atribuido la institucion al papa San Telésforo, que vivia en el tiempo del emperador Adriano, cuando aun existian muchos discípulos de los apóstoles. Se conviene, sin embargo, que no habia bajo aquel pontificado estatuto alguno de la Iglesia, que ordenase el ayuno; y solo hácia la mitad del siglo tercero se comenzó á considerar la observancia del ayuno de cuarenta dias como una ley, que habiéndose establecido poco á poco, se comunicó á toda la Iglesia. Entonces fué que se convino donde quiera en colocar la Cuaresma inmediatamente antes de la Pascua, para que sirviese de preparacion para esta grande fiesta.

Hoy la Iglesia está llena de indulgencia, y ha hecho á sus hijos mas fácil el ayuno de lo que era antes. Nuestra delicadeza se asombraria si dijera toda la austeridad de la Cuaresma. Apenas habrá doscientos años, y entonces no se hubieran hallado en toda una ciudad diez familias que no comiesen de viénes desde el miércoles de Ceniza hasta el domingo de Pascua. Y si para los enfermos vendian los carniceros algunas libras de carne, no se veia, y era por la noche que se llevaba á las casas. El vino estuvo tambien vedado por largo tiempo.

Hácia el fin del octavo siglo, Teodolfo, obispo de Orleans, notando que se debía privar uno de toda delicia en el ayuno de Cuaresma, eshortaba todo su pueblo á que se abstuviese de huevos y lacticios, de pescado y vino cuando lo pudiese; hizo, empero, conocer que se permitia el uso de esto á los enfermos, ó á los que no tuviesen otro mantenimiento para sostener su trabajo, con tal que usasen de ello con sobriedad, y que no comiendo sino una vez en el dia, lo hiciesen despues de puesto el sol.

Se siente que con todos estos rigores, habia tambien la religion establecido *dispensas*. Cuando mandaba la Iglesia era preciso obedecer, y esta sumision

es agradable á Dios. Empero, cuando la edad y las enfermedades se presentan mostrando su debilidad y su flaqueza, los ministros de un Dios de bondad se compadecen, y nunca rehusan las dispensas á quien las solicita.

Pedir dispensa de ayunar para no verse obligado á comer de viénes toda la Cuaresma, es un acto de obediencia, porque es privarse del placer de hacer su voluntad: es reconocer la autoridad de la Iglesia y confesarse su vasallo; y cuando en todos los corazones y en todos los espíritus se halla una necesidad desenfrenada de independencia y de libertad, es preciso reconocer el menor acto de sumision. Se pasa por un país fértil al lado de verdes praderas sin mirarlas siquiera, y en el desierto se arrebató uno de placer delante de un manojillo de yerba, porque ésta indica que hay allí un poco de frescura y que no está aún muerto todo.

En reconocimiento de las dispensas concedidas, habia en un tiempo, en Paris, una procesion anual el domingo de Quincuagésima: las parroquias y los religiosos de las órdenes mendicantes, con cruz y guiones, se trasportaban á la iglesia de Nuestra Señora.

La mas bella torre de la magnífica catedral de Ruan se llama aún *Torre de Mantequillas*, porque fué edificada con el dinero que provino de las dispensas concedidas para el uso de la manteca.

Como lo hemos dicho, los cristianos de otro tiempo no hacian mas que una comida por dia, en la que no se servia nada de suculento, ni se disponia sino despues de visperas, es decir, por la tarde.

Bajo Luis XII y Francisco I habia ya cambiado este uso, puesto que el obispo de Paris Estévan Poncher permitia que aquella comida se hiciese al medio dia.

Tan considerable cambio, dice la historia de las fiestas de la Iglesia, no se hizo de repente, ni ha venido sino por grados hasta el punto en que la Iglesia se ha visto obligada á tolerarlo.

“Cuando se deshicieron del escrúpulo de quebrantar el ayuno de Cuaresma á la hora de nona, se conservó aun otro relativo al oficio de visperas, que parecia deber preceder siempre la refaccion, y no se halló otro espediente para salvarlo, que adelantar tambien este oficio y colocarlo en el tiempo que hasta entonces tuvo el de nona.

“Este desarreglo de la hora de la comida, continúa la misma, produjo otro relativo á la unidad de la refaccion del dia. Se principió entre los latinos á dispensarse de ello por el permiso que se dió de beber á la tarde con motivo de la sed que el ayuno causaba. Esta costumbre de beber á la aprosimacion de la noche, cuando se comia á medio dia ó á nona, se introdujo en el octavo siglo en la órden de San Benito.

“Al fin del siglo oncenno, temiendo los religiosos que fuese dañoso á la salud el beber sin comer, creyeron deber añadir un pedacito de pan á lo que habian de beber por la tarde; empero, como no querian perder por eso el tiempo, hicieron en aquellos dias su lectura de la tarde en el refectorio, en lugar de hacerlo en la sala de capitulo, y llamaron esto

ir á la *colacion*, de la palabra latina de las conferencias de los santos padres.

“La palabra colacion se comunicó así insensiblemente de la lectura de estas conferencias á la pequeña refaccion de la tarde, y comenzó á hacerse conocer en el mismo sentido por el mundo cuando los seculares, hallando que esta comida era bastante cómoda para suavizar los rigores del ayuno, juzgaron deber imitar en este punto á los religiosos.”

He trascrito este pasaje porque he pensado que hay muchos como yo, que gustan saber el origen de los usos establecidos. Cuántos buenos católicos hacen estrictamente la *colacion* de Cuaresma sin conocer siquiera la etimología de la palabra!

El origen del ayuno remonta á una remota edad, y el ayuno mismo es tan antiguo como el dolor.— Abraham llorando á Sara, y Jacob á José, mezclaron el ayuno con los sollozos y oraciones.

Desde Moisés, los ayunos son frecuentes entre los judíos; empero, los que se notan en el calendario son posteriores á la ley. El legislador de los hebreos no ordena ningun ayuno particular en sus libros, si ya no es el de *expiacion solemne*, que es de estricta y general observancia.

Josué y los ancianos de Israel permanecieron prosternados delante del arca desde por la mañana hasta la tarde sin tomar mantenimiento alguno.

Despues de la derrota de los israelitas delante de Hai, las once tribus que se habian armado contra la de Benjamin, viendo que no podian sostenerse contra los soldados de Gabaa, se prosternaron delante del arca y permanecieron así sin comer hasta la caída del sol.

Ayunó David durante la enfermedad del primer hijo que habia tenido de Betsabé, mujer de Urias.

En todo el pais los hombres en sus dias de inquietud, de temor y tristeza, han sentido la necesidad de imponerse privaciones para alejar las plagas y dolores que les amenazaban; y ha largo tiempo que para desviar la desgracia se ha clamado á Dios, y se han puesto flores y placeres sacrificados entre sí y la adversidad que se acercaba.

La cuaresma es una conmemoracion del ayuno del Señor, cuando permaneció cuarenta dias en el desierto. El que no habia pecado no tenia necesidad de hacer penitencia; empero habia venido á enseñar á los hombres la mortificacion, y queria que cada accion de su vida fuese un modelo que seguir, un ejemplo que dar.

Y la soledad, el retiro, la separacion de los negocios del mundo, la temperancia y la sobriedad eran cosas buenas que se debian enseñar á los hombres.

Entre el ruido, el movimiento y las agitaciones de la sociedad, hay poco lugar para los pensamientos graves y piadosos; las inspiraciones que elevan el alma no se sienten en las plazas públicas. Elías estaba en el desierto cuando el espíritu del Señor le hizo subir sobre el carro de fuego. La soledad y el silencio no se parecen á la muerte: en ellos hay toda una vida para el espíritu; y se diria que Dios ha permitido á los ángeles permanecer en el desierto para conversar en él con los santos que van allí á buscar el reposo.

Cuando en un paseo en las ciudades miramos un bello cielo resplandeciente de estrellas; cuando gozamos de la calma que la noche y el sueño han estendido sobre la ciudad, nuestra alma se siente ya libre de muchos de los lazos que la unen á los intereses del mundo. . . . En el desierto es otra cosa, y las alas que nos acercan al cielo se despliegan en él mucho mejor! Si se oyen allí murmullos, es el viento que gime entre los árboles, y el torrente que de lejos suena: esos ruidos inspiran muy diferentemente que la marcha en cadencia de una patrulla que pasa y que la impura cancion de algunas gentes despedidas en medio de su embriaguez de algun mal lugar.

El dulce y melancólico son que hacen las ramas del cedro ó la palmera movidas por el viento, semejan á la voz de los amigos perdidos que se conduce de que aun no estemos con sus almas; y el ruido del torrente nos representa la vida, cuyos dias corren como las ondas, de prisa y para no volver.

Es, pues, una cosa buena y saludable la tregua que la Cuaresma ordena, la lejanía de los negocios y los placeres, la ausencia de los festines. Como hombres que habitamos el mundo, sabemos los atractivos de la estacion de los banquetes y de los bailes. Empero, lo preguntamos de buena fé: ¿es acaso en torno de las mesas y entre la multitud de las fiestas, que nos llegan los grandes pensamientos? No. Es preciso dar á cada cosa lo que le pertenece. El ruidoso tumulto del mundo, no sin encantos, aturde y procura algunas veces el momentáneo olvido de las penas. El retiro da la paz y el santo entusiasmo. Aquello embriaga, cuando esto otro eleva.

Para llegar á la *gran semana*, á la semana de los dolores del Hijo de Dios, es la Cuaresma una santa preparacion. Para celebrar bien la Pascua es menester estar puro, tener las sandalias y el báculo del peregrino y hallarse pronto á partir. Las instrucciones de los cuarenta dias nos enseñan que la muerte gusta sorprender á los hombres en medio de los festines, y que se complace en venir, como el ladrón, á herir las frentes coronadas de diamantes y flores.

La religion no cesa de gritarnos que para hacer bien la Pascua, no hemos de sentarnos demasiado en la vida; es necesario estar de pié y romper con las delicias que enervan y retienen. El cristiano es viajero y no es la tierra su morada, ni debe mirarla sino como una posada que se deja cuando se ha dormido en ella, ó como una tienda que se ha armado al borde del camino, y que se levanta y se dobla así que viene el dia.

No debemos, pues, detenernos antes de haber llegado á la mansion de nuestro Padre.

Y la mansion de nuestro Padre es el cielo!

He aquí lo que se dice y se repite cada mañana y cada tarde á los cristianos que vienen á recojerse, fortificarse y descansar en las iglesias durante la cuarentena del ayuno, meditaciones y oracion.

Si el *filosofismo*, ó lo que se llama hoy el *racionalismo*, llegase á dar á la sociedad las costumbres con que sueña en sus ideas de perfectibilidad y de progreso, toda la vida, todo el año se semejarian y

no aparecieran bajo estos aspectos diferentes que la religion les da. Todos los meses, todos los dias serian lo mismo, y no habria fiesta de santa alegría, ni solemnidades de duelo; la vida y el año, los meses y los dias, serian de un cabo al otro, como un pais llano y monótono, sin efectos de sombra ni de luz.

La religion sabe mejor lo que le conviene á los hombres. Conoce que necesita nuestra naturaleza, ligera é inconstante, de diversidad, y la ha extendido sobre el año cristiano.

En otro tiempo, nada era mas serio que el advenimiento de la Cuaresma, despues de las gozosas fiestas de Navidad, del año nuevo, de los Reyes y de la Candelaria. La sociedad tomaba de repente en el miércoles de ceniza otro aspecto; no se oía el mismo ruido en las ciudades, ni tenia la multitud la misma fisonomía: en las calles no habia mas saltimbanquis ni jugadores de manos, y en su lugar se veian las cofradías y peregrinos: por la tarde, en las esquinas, no sonaban las alegres canciones y bailes, y en vez de esto se escuchaban piadosos cánticos delante de las estatuas de la Virgen, ó del santo del barrio: no mas festines en las casas, sino refacciones que recordaban por su frugalidad las *agas* de los primeros fieles. Así era que entre todos estos fervientes cristianos, habia una viva impaciencia de ver llegar el hermoso dia de Pascua y el oficio de *Aleluya*.

Entonces, la dulce alegría, hija de la inocencia y de la paz, volvía á las ciudades y á los campos, á los presbiterios y á los palacios; y nuestros padres, que habian ayunado con sumision, salian de la cuaresma con alegría.

Hay gentes que se admiran de que la sociedad se hace triste y sombría y de que no sonríe como en el buen tiempo de antes. Este cambio me parece fácil de explicar con la imagen de un rio, cuyas ondas sin límites seguros que las contengan, se desbordan por uno y otro lado, y estendiéndose indefinidamente, no se halla profundidad bastante en parte alguna.

Sucede así con los placeres, cuando se estienden igualmente en todos los dias, y que no conocen límites ni impedimentos, que no tienen tampoco mas vivacidad, ni se les sonríe sino con los labios, como á un huésped que viene con demasiada frecuencia. Seria sin duda un bien, hablando religiosamente, si esta languidez, si esta especie de disgusto nos hubiese traído la sabiduría y el menosprecio de las vanidades; pero no, hasta ahora no ha llegado la sabiduría: solo tenemos el fastidio, y este nunca ha sido bueno para el cuerpo ni para el alma.

DOMINGO DE PASION.

HEMOS aquí llegados á la via dolorosa. Así tambien redobra el luto de nuestras iglesias; y ya los sufrimientos del Hijo de Dios se hacen presentir.

La religion ha hecho bien de conducirnos por medio de la penitencia, para llegar al camino sa-

grado del Calvario. Sin la penitencia de la Cuaresma, sin las lágrimas que hemos vertido, sin las austeridades á que nos sometimos, sin la alba vestidura de la inocencia que nos ha procurado el arrepentimiento, ¿cómo nos atreveríamos á subir al Gólgota para ver morir un Dios?

Empero, si hemos llorado desde lo íntimo de nuestros corazones, nos hallamos tambien puros como los ángeles, y como ellos podemos nosotros rodearnos de la cruz.

Desde la víspera del DOMINGO DE PASION se incluye en muchos parajes del oficio el *Gloria Patri*. Este coro de gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, que las celestes gerarquías hacen oír en sus conciertos divinos, ha parecido lleno de mas regocijo del que conviene en un dia tan próximo á aquellos de dolor.

En algunos paises no se cubre el Cristo ni las imágenes de los santos sino en el domingo de Pasion; en otros desde la primera semana de Cuaresma se ocultan con paños de seda violada la cruz del altar y las estatuas de la iglesia.

En algunos lugares se sirven para los oficios de ornamentos negros, con el fin de manifestar mas señaladamente el duelo.

Está adoptado, sin embargo, en general el color violado. Los cirios no son entonces de cera blanca, sino amarillos como en los funerales.

Cuando se hallan así los altares revestidos de tristeza, los sacerdotes cantan con un son lento y solemne: *Vexilla regis prodeunt*.

“He aquí el estandarte del rey soberano; he aquí el gran misterio de la Cruz radiante.

“Misterio que nos muestra á Dios pendiente en una Cruz!

“Un Dios muerto por nosotros en suplicio infame.

“Ved del costado del Salvador como corre la sangre!

“Ahora se cumplieron aquellas palabras del rey David.

“Profeta inspirado, que dijo á las naciones: *Por el madero reinará el Señor*.

“Arbol resplandeciente y bello, que enrojeció la sangre del rey de reyes!

“Arbol privilegiado y escogido entre todos los otros!

“Tú tocaste los sagrados miembros del Santísimo!

“Tus ramos felices dieron el rescate del mundo!

“En ellos se pesó como en balanza el divino cuerpo!

“Y su peso arrastró la presa del infierno!

“Salve, salve, oh Cruz, nuestra única esperanza!

“Aumenta la piedad de los justos en los dias de pasion, y obtén el perdon para los pecadores.”

Estas últimas palabras del himno del domingo de Pasion, se repetirán con frecuencia en los dias santos que van á seguirse.

La Cruz va á ser el pensamiento fijo de la Iglesia, y será invocada y adorada.

Los reyes, los pontífices, los cardenales, los arzobispos, los obispos, los ancianos del santuario, los acólitos, los fieles, los ricos y los pobres irán descal-

zos á besar el madero redentor, en tanto que la voz grave de los cantores repetirá:

*¡O Cruz, ave, spes unica!
Hoc passionis tempore,
Augé piis justitiam
Reisque dona veniam.*

Se diría entonces que los hijos desconsolados de un padre que acaba de morir son admitidos á la sala mortuoria, en donde el padre de la familia yace espuesto sobre un fúnebre lecho, para besar con dolor y respeto sus restos venerados.

Estos hijos son los fieles, el padre es Jesucristo y el lecho fúnebre es la cruz.

Yo he oído una vez un *Ave cruz* que durará siempre en mi memoria, aun cuando esta se debilita bajo el peso de la vejez.

Un *Ave cruz* cantado, no en una capillita, ni en una vasta catedral, ni delante de algunos centenares de cristianos; sino entonado sobre un monte que se elevaba cerca de un gran rio, enfrente de la mar, y repetido por mas de seis mil personas.

Fué cuando se plantó la Cruz sobre el Calvario del Monte de Gracia.

Era un bello dia. Toda la poblacion de Honfleur, de las ciudades y de los campos vecinos habia acudido al monte santo, y sus flancos, sus caminos y la cumbre estaban abigarrados de una innumerable multitud. Nada dominaba sobre la meseta entonces á aquella multitud apresurada y silenciosa; mas luego uno de los marineros, que habian cavado el hoyo en que el árbol sagrado debía plantarse, avisó al sacerdote que dirigia la piadosa ceremonia que todo estaba pronto. El ministro entonces subió sobre una rústica cátedra formada de muchos ramos reunidos, y exclamó con una voz sonora que lejos se oyó:

¡LEVANTAO, CRUZ SANTA DE SALUD.

Y al momento en que ella se elevó, la multitud se prosternó, y despues de un instante de silencio, se lanzó hácia el cielo:

¡Ó CRUZ, AVE, SPES UNICA!

Era todo un pueblo el que cantaba, y se hubiera dicho que no era mas que una sola y potente voz.

Muy mas abajo del monte, á cuatrocientos piés, se oyó aquella, y los marineros arrodillados en sus barquillas, que se habian detenido, respondieron al cántico piadoso.

El orador cristiano hizo un discurso y repitió con frecuencia: *¡O Cruz ave!*

Y cada vez la multitud doblaba la rodilla y de nuevo cantaba estas santas palabras. Habia en esta escena tanta grandeza, que el recuerdo de ella hace aún palpar mi corazon al describirla. ¡Hay en las fiestas religiosas algo de indeleble, algo que queda cuando todo se va!

DOMINGO DE RAMOS.

SEIS dias antes de la Pascua, Jesus vino á Betania, en donde vivia Lázaro, que él habia resucitado, y allí se sentó á la mesa cerca de aquel á quien hubo sacado del sepulcro.

“Al otro dia una multitud de pueblo, que habia venido para la fiesta de Pascua, habiendo sabido que Jesus llegaba á Jerusalem, cogió RAMOS de palma y fué á su encuentro exclamando: *¡Hosana! ¡Hosana! bendito sea el rey de Israel que viene en el nombre del Señor!*

“Todos los que se encontraban con Jesus cuando resucitó á Lázaro le dieron testimonio de ello, y por eso venia todo el pueblo á encontrarlo, habiendo oído referir el milagro.

“Acercándose á Jerusalem, hizo Jesus venir á dos de sus discípulos y les dijo: “Id á esa aldea que está adelante de vosotros, y llegando hallareis una asna atada y su asnillo con ella; desatadla y traedlos.

“Los discípulos trajeron el asna y el asnillo, lo cubrieron con sus capas, y Jesus montó como estaba escrito.

“No temais, hija de Sion, he ahí vuestro rey que viene montado sobre una asna.

“A medida que se adelantaban, la multitud estendía sus mantos por el camino; otros cortaban ramas de árboles y las arrojaban al paso. Cuando estuvo cerca de la bajada del monte de los Olivos, los discípulos, que se hallaban allí en gran número, arrebatados de gozo alababan á Dios en alta voz por todos los milagros que habian visto, repitiendo: *¡Bendito sea el rey que viene en el nombre del Señor! ¡Paz en la tierra, y gloria en lo alto de los cielos! ¡Hosana al hijo de David!*”

Con estas mismas palabras, cantadas por los sacerdotes en la procesion de Ramos, he querido hacer la historia de esta fiesta que abre la gran semana. Hay en aquella relacion tan simple, una fuerza de verdad que inspira fé, y con esta se mezcla el amor. Un rey de paz y mansedumbre es el que se acerca. ¡Qué entrada triunfante la de Cristo en Jerusalem!

Para que otras entradas triunfales no se borren de la memoria de los pueblos, ni de los anales de las naciones, se elevan á todo gasto arcos magníficos de triunfo; y para que el recuerdo de sus conquistas no se pase, sino que quede perpetuo entre los hombres, edifican estos sus monumentos de victoria, tan sólidos como si hubiesen de sustentar el mundo. Las piedras mas duras, los mármoles á prueba del tiempo, se emplean en su construcción para que duren siempre. . . . Y bien, ¡los siglos que pasan sobre estos montones de orgullo, los aplastan con sus piés que aniquilan todo! Y de muchos de esos arcos triunfales buscariais hoy en vano una sola piedra, un grano de arena, y no los hallareis: todo ha desaparecido, todo, hasta la memoria.

Para perpetuar la entrada del rey de Israel en Jerusalem y el recuerdo de la venida de Jesus en nombre del Señor, no hubo arcos de triunfo, ni obeliscos levantados; y ¡veis cómo la memoria de esta humilde entrada ha quedado grabada en todos los

espíritus! Todos los pormenores se conservan tan bien, que se diría ser un hecho reciente lo que refiere el evangelista. Y sin embargo... ¡He aquí ya casi dos mil años!

Que el mundo dure seis mil mas, y la relacion que mi mano trascibe hoy, será aún trascrita por otras manos.

La historia de los hombres se despedaza y se pierde, y si escribe sobre granito ó bronce, se aterra y se rompe; empero la de Dios participa de su eternidad.

El huracan de las edades que pasan barre y se lleva aquellos areos de triunfo, de que hablaba antes, juega con los trozos de piedra y de mármol como el viento del otoño con las hojas secas; pero no removerá para perderla una sola página del Evangelio.

Sin embargo, no hemos de admirarnos si todos los pormenores de la entrada de Jesus en Jerusalem se conservan. Dios se ha llamado en algunas partes *rey de los siglos*.

Cuando llega el domingo de Ramos, la fisonomía de nuestras ciudades é iglesias es particular. Desde por la mañana se ven las plazas y las calles que verdean con los ramos de toda especie. Aquí es el boje de lustrosas hojas, allí el romero de fragante olor y follage azulado ofrecidos á los fieles que van á la iglesia; y luego en el santuario, delante del altar, un bosque entero de palmas que el sacerdote va á bendecir y distribuir á la multitud. Aquellos que no pueden llegar hasta la balaustrada del coro, levantan sus ramos en el aire cuando el oficiante, recorriendo las naves de la iglesia, hace la aspiracion diciendo en alta voz: ¡Oh Dios, que enviaste tu Hijo á la tierra por la salud de los hombres; Señor, que quisiste, cuando el tiempo de la pasion se acercaba, que Jesus fuese á Jerusalem montado sobre una asna, y que fuese llamado rey por la multitud, dignate bendecir estos ramos y llena de gracias y de bendiciones á aquellos que los llevan, para que despues de vencer aquí abajo las tentaciones del enemigo, parezcan delante de tí, Señor, con la palma de la victoria y el fruto de las buenas obras!"

Y cuando los ramos todos están benditos, se ven verdear, levantarse, bajarse y agitarse como pudieran un bosque de arbustos conmovido por una fuerte brisa. Es este el momento de la procesion.

Los sacerdotes, los cantores, los coristas, los fieles salen de la iglesia y rodean una cruz que está fuera frente de la puerta grande. Allí se canta: "Todos los que fueron á su encuentro, y el pueblo, que iba delante de él, gritaban: ¡Hosanna al Hijo de David!"

"Bendito el que viene en el nombre del Señor! ¡Bendito el reino de David que ya vemos llegar! ¡Hosanna en las alturas!"

"Hija de Sion, regocijate: Jerusalem, mostrad vuestra alegría! ¡He aquí vuestro rey que viene hácia vosotros; helo aquí, el rey justo y bueno; viene pobre montado sobre una asna!"

"¡Salvadnos, Señor! ¡Señor, Señor, miradnos favorablemente!"

"¡Bendito sea el que viene en vuestro nombre!"

"El Señor es el verdadero Dios, que ha hecho lucir sobre nosotros una nueva luz. Haced este dia grande y solemne, y conducid la víctima hasta el pié del altar.

"Algunos de los fariseos dijeron á Jesus: Haced, Maestro, callar vuestros discipulos.

"Mas Jesus respondia: En verdad os lo digo, que si ellos se callasen, las piedras hablarian.

"Y cuando Jesus estuvo cerca de Jerusalem, se detuvo mirando la ciudad, y lloró diciendo: ¡Oh Jerusalem, si á lo menos supiérais en este dia que se os da lo que puede asegurar la paz! ¡Empero ahora se oculta todo á vuestros ojos!"

Yo hallo admirables estos oficios cantados por la Iglesia: alaban y refieren, ruegan y agradecen á un tiempo. Son como nuestros dias, mezclados de alegría y de tristeza, de elevacion y abatimiento.

Cuando el himno *Gloria laus et honor* se concluye, el sacerdote que oficia la misa se acerca á la gran puerta cerrada de la iglesia, y dice elevando la voz: "¡Abrios, abrios, puertas eternas! ¡Abrios para que entre el rey de la gloria!"

Y las voces del interior de la iglesia responden: "¿Cuál es ese rey de gloria? Es el Señor fuerte y poderoso, el Señor terrible, invencible en los combates. ¡Abrios, abrios, puertas eternas! ¡Dejad pasar al Rey de gloria!"

Empero las puertas permanecen cerradas, y detras de las robustas hojas preguntan aún las voces: "¿Cuál es ese rey de gloria?"

"Es el Señor fuerte y poderoso, el Señor terrible, invencible en los combates. ¡Abrios, abrios, puertas eternas! ¡Abrios, para que entre el Rey de gloria!"

Por tercera vez el coro bajo el pórtico interior pregunta: "¿Cuál es ese Rey de gloria?"

Y por tercera vez la procesion canta de fuera, golpeando con el mango de la cruz: "Este rey de gloria es el Señor fuerte y poderoso, el Señor terrible, invencible en los combates, el Dios de los ejércitos. ¡Abrios, abrios, puertas eternas! ¡Dejad entrar al Rey de reyes!"

A estas últimas palabras, la pesada puerta de bronce, ó de fuertes maderas construida, con salientes clavos y arabescos de hierro, voltea sobre sus goznes y deja pasar la cruz y séquito.

Así que los sacerdotes entran en la iglesia, y que se acercan al santuario, dicen en tono triunfante: "Cuando Jesus hubo entrado en Jerusalem, toda la ciudad se conmovió, y el pueblo repetia: Este es Jesus el profeta, Jesus de Nazareth, de Galilea, y los niños gritaban: ¡Hosanna, Hosanna al Hijo de David!"

"Vos, Señor, haceis proclamar vuestra gloria por la boca de los niños, aun por la de aquellos que maman todavía el seno de sus madres."

He repetido todas las palabras del oficio de la mañana de Ramos, porque hallo en él un poema completo. Los sacerdotes y el pueblo con sus verbos ramos; el diálogo entre el coro de fuera y el del interior de la iglesia; la repeticion de las palabras: "¡Abrios, puertas eternas!" y las otras: "¿Cuál es ese rey de gloria?" todo me parece de gran belleza.

Así que la misa alta con su largo Evangelio se ha concluido, y cuando todo el pueblo se ha prosternado besando la tierra á estas palabras de la Pasion de Nuestro Señor: "¡Jesus dando un gran grito rindió el alma!" cada uno con su ramo vuelve á casa y coloca en la cabecera de su cama la reverdeciente rama que el sacerdote bendijo.

El ramo seco del año precedente debe arrojarse al fuego: en algunas iglesias la ceniza de estos ramos quemados es la que se pone en la frente de los cristianos el miércoles de Ceniza; y sirve así el resto de las palmas del triunfo para mostrar la vanidad de toda gloria.

Ideas de piedad, que me guardaré de llamar supersticiosas, se afectan á la conservacion de estos ramos.

En Bretaña, la madre que no viese en el lecho de su hija el bendito ramo, estaria llena de inquietud: y cuando nace un niño, se arrancan unas hojas del ramo que se halla sobre la cama de los padres, y se colocan en la cuna del recién nacido.

Y cuando llega nuestro último instante y que nos hallamos tendidos sobre el lecho para no levantarnos mas, el ramo que nos ha preservado, dándonos tan tranquilas noches, será arrancado del muro ó la cortina, y la caritativa hermana que nos habrá atendido en nuestros dolores, pensando en la salud de nuestra alma, lo empaparará en agua bendita para hacer aspersiones sobre nosotros y sobre nuestra mortaja.

En algunas provincias de España se entierran los muertos con sus ramos en las manos, y dice la tradicion que los ramos de los predestinados no se pudren en el ataud, sino que siempre permanecen verdes y frescos.

En muchas iglesias de Ruan los sacerdotes llevan en la procesion de Ramos, en vez de ramas de boje, hermosos ramos de palmas venidas de Idumea, cuyos primeros piés fueron tal vez enviados por algunos caballeros conquistadores de Jerusalem.

Figuraos el regocijo de los cristianos que quedaban en Francia en el tiempo de las gloriosas cruzadas, al recibir de sus hijos, de sus hermanos, de sus amigos estas palmas de su conquista.

¡Oh, es preciso confesarlo, estos eran bellos ramos para celebrar la entrada de Jesus en Jerusalem!"

Estos ramos de palmas están hoy amarillos y secos; empero yo los encuentro aún bellos. La imaginación y los recuerdos los hacen reverdecer.

SEMANA SANTA.

La última semana de Cuaresma que precede á la solemnidad de Pascua, ha recibido de los cristianos diferentes nombres, que prueban cuán alto lugar ocupaba en su mente. Ora la llaman SEMANA SANTA, *gran Semana*, *Semana penal*, y ya *Semana de indulgencia*.

En la primitiva Iglesia eran los ayunos mas largos y austeros en esta Semana que en el resto de la

Cuaresma. Yo leo en la Historia de las Fiestas de Iglesia: "Entre los fieles habia quienes pasaban la Semana entera sin comer, otros cuatro dias, algunos tres, muchos dos solamente."

Comparemos nuestras austeridades con las de los primeros cristianos, y luego quejémonos si osamos.

Despues de la bella ceremonia de las palmas, el Lunes y Mártes santos parecen frios: nada los distingue de los demas dias, si ya no es que entrando al templo notamos mas gente que de ordinario en los confesionarios; y los levitas, encargados de adornar y preparar los altares, que comienzan ya la prevencion del monumento, en que la hostia consagrada el Juéves ha de guardarse bajo un paño de oro, en memoria de la sepultura del Salvador y de su reposo de tres dias en el sepulcro.

Empero, antes de las magnificencias del Juéves y del luto del Viérnes santo, comienzan á cantarse desde el Miércoles los oficios llamados *Tinieblas*.

Viene este nombre de que en los primeros siglos se hacian estos oficios durante la noche, porque entonces á las austeridades del ayuno se reunia la privacion del sueño, y las vigilias santas eran largas y frecuentes. Otros dicen que es en memoria de la oscuridad que se estendió sobre toda la naturaleza al momento en que Jesus, espirando en la Cruz, hizo conmovir la tierra con estas palabras: *Consummatum est*, y que se dió el nombre de tinieblas á los oficios vespertinos del Miércoles, Juéves y Viérnes santos.

Todo lo que las Escrituras tienen de mas poético se halla en el oficio de la Semana santa, y para llorar los sufrimientos del Hijo de Dios, la Iglesia ha evocado los hombres que habian dicho mejor los dolores y las angustias del alma, Job, David, Isaías, Jeremías. Sus quejas, sus súplicas, sus lamentaciones, sus proféticas visiones, es lo que se recita lúgubramente delante de los altares desnudos.

En medio del santuario arden en un candelero triangular quince cirios de cera amarilla, como un símbolo de los que confesaron á Cristo. Al fin de cada salmo, se levanta un acólito y apaga uno de los cirios, y á medida que se adelanta el oficio, el número de los cirios disminuye. La mano del acólito es como la mano de la muerte: cada cirio que se apaga representa un justo, un confesor de Jesus, que muere; y cuando no queda mas que una luz en lo alto del triángulo, ésta no se apaga como las otras: el corista la oculta y la lleva detras del altar. Representa ésta al Salvador, la luz del mundo, que se eclipsa por algunos instantes detras de las sombras de la tumba.

¡Oh! En la menor ceremonia de nuestro culto, no hay nada sin una leccion, nada sin un recuerdo! Un cirio que se enciende, es un profeta que nace: una lámpara que se estingue, es un santo que deja la tierra.

Es un momento altamente solemne, aquel en que el cirio encendido desaparece detras del altar. Los sacerdotes dicen entonces, con una voz lenta y lúgubre, el *Miserere mei Deus*. Luego, despues de estas palabras, *Pater noster*, el oficiante se calla, y el silencio reina en la iglesia, como reinó en el se-

pulcro de José de Arimatea... De repente se levanta y resuena un grande ruido, cuando el corista aparece con el cirio. Los fieles, los niños sobre todo, golpean con sus libros sobre los bancos de la iglesia; y recuerda este ruido la grande conmoción que sacudió la tierra hasta en sus fundamentos, cuando el Cristo entregó el alma, y se rasgó el velo del templo en toda su altura. ¡Cuánta riqueza poética en los oficios de estos cuatro últimos días de la gran Semana! Se encuentra en ellos, como un delirio de dolor; y sin embargo, este dolor es siempre elocuente y sublime: es el dolor de los profetas.

Ve aquí lo que ha dicho el Señor: "Id á la hija de Sion y decidle: El Salvador viene, y viene trayendo consigo la redención y la recompensa."

"El sale de Idumea, y él es quien se levanta de Bosra! ¡Se levanta bello y magestuoso con su vestidura teñida de sangre! ¡Su fuerza se revela en su marcha!"

Escuchadlo: "Soy yo quien anuncia la justicia, y yo quien puedo salvar el mundo."

"¿Por qué vuestros vestidos están así enrojecidos? Se semejan á los de los hombres que pisan la vendimia."

"Solo yo he pisado el vino, y entre todos los pueblos, nadie se levantó para ayudarme."

"Así es que los he hollado bajo mis piés y en cólera, y su sangre ha saltado sobre mí y ensuciado mi vestidura."

"El día de la venganza ha venido, y ahora es preciso que yo rescate á los míos."

"En mi desgracia, he mirado en derredor á ver si alguno habia para darme ayuda, y nadie hubo que me socorriera."

"¿Quién me ha salvado? Mi brazo. ¿Quién me libertó? Mi cólera."

"En mi furor he aniquilado los pueblos bajo mis piés, y los he embriagado con su propia sangre."

Es por boca de Isaías que el Señor se revela de esta suerte. ¡Qué imágenes!... Ved ahora el retrato que este mismo profeta hace del Redentor, hecho ya cargo de nuestras iniquidades: "El es como un arbolito que no medra en una tierra sin riego."

"El está sin esplendor ni belleza: lo vimos y no lo reconocimos, porque habia venido á ser como el último, como la escoria de los hombres ó como si la lepra lo hubiera cubierto."

"Todos los sufrimientos, todos los dolores lo hicieron su víctima. Su rostro estaba como un velo de tristeza. Nuestra flojedad y nuestras enfermedades lo hicieron plegar bajo su peso."

"Y fué por nosotros, por nuestras iniquidades y por nuestros crímenes, que se ofreció á tantos sufrimientos, á tanta humillación."

"Nuestra paz viene de sus angustias, y nuestra cura mana de sus llagas."

"Como ovejas descarriadas, habíamos salido del buen camino, y cada uno de nosotros seguia diversa senda."

"El Señor le dijo que tomara nuestros pecados, y él lo hizo, y se inmoló por nosotros sin abrir la boca, sin quejarse."

"El será llevado á la muerte como un cordero que van á degollar, y bajo el hacha guardará aún silencio, como la oveja está muda bajo la tijera que le quita su vellón."

¿No es esta una sublime pintura de la resignación cristiana? Y es menester confesarlo, cada página de los oficios de la Semana santa, tiene de estas bellezas: es preciso decirlo, porque ya lo veis, hay hombres que pasan por literatos, y que ni aun sospechan las riquezas poéticas que contiene un libro de oraciones católicas. Han leído muchas obras, desdennan empero abrir un libro como este.

Hállase, sin embargo, en este libro, la página que sigue: "Salvadme, salvadme, Señor, porque las aguas de la aflicción crecen é inundan mi alma."

"Yo he caído en un horrible abismo, y ruedo continuamente en él sin encontrarle el fondo."

"He gritado y llamado en mi ayuda, y mi voz se cansó con inútiles gritos; mis miradas se dirigieron á la tierra y al cielo, y mis ojos se fatigaron: aguardé mi libertad de lo alto, y nunca vino."

"Tiene menos cabellos mi cabeza que yo cuento enemigos; y sin embargo, es injusto su odio."

"Dios mío, es por vos que he sufrido; tened de mí piedad, Dios mío, porque ahora me hallo solo: mis hermanos no me reconocen y se alejan de mí."

"Los jueces en sus tribunales se pronuncian en contra mía, y el pueblo en sus escesos me toma por asunto de sus canciones."

"Y yo, Señor, imploro vuestro socorro: ¡Oh Dios mío! ¡Ya es tiempo de hacer conocer vuestro poder para salvarme!"

"Que la tempestad no me sumerja, que no sea yo tragado por las ondas, ni que el abismo en el cual he caído, se cierre sobre mi cabeza!"

Nunca la desgracia clamó con mas fuerza á Dios. Escuchad empero la salmodia de los sacerdotes que cesa, y comienzan infantiles voces argentinas, puras y sonoras: los acólitos van á repetir las lamentaciones de Jeremías: de Jeremías, el gran poeta del dolor.

"¡Oh! ¡Cómo yace la ciudad, antes populosa, hoy desierta y triste!"

"¡La reina de las naciones á quien los pueblos lejanos venian á ver, ha venido á quedar como una viuda desolada! ¡Cómo es que la señora de tantas provincias se ha hecho tributaria del extranjero?"

"Toda la noche llora, y llorando siempre, el dolor ha marchitado su rostro y se ven las señales de las lágrimas sobre sus mejillas. De todos los que queria, ninguno piensa en ella, ni viene á consolarla. Y aun hay mas, los que amaba se han vuelto contra ella."

"Para salvarse de la aflicción, de la servidumbre, y para escaparse de la esclavitud, Judá dejó la patria."

"Mas buscó en vano entre los extranjeros el reposo que perdió: estos se ligaron para perseguirla."

"¡Las calles de Sion lloran su soledad, nadie pasa por ellas, ni acude á las solemnidades del templo!"

"Las puertas de este se hallan rotas, el atrio desierto, los sacerdotes sumerjidos en el dolor, y las

virgenes, vestidas de luto gimen sumidas en la amargura.

"Sus enemigos la han echado por tierra y se han amparado de sus riquezas, porque el Señor, irritado de sus iniquidades, la habia condenado en su justicia y en su cólera. Sus hijos, aún pequeños, han sido llevados en cautiverio, heridos y maltratados por el enemigo."

"Jerusalén, Jerusalén, conviértete al Señor tu Dios!"

Mucho nos engañamos, ó esta poesía deja muy atras á cualquiera otra. Y ¿cómo pudiera ser de otro modo? Isaías, Job, David, Jeremías, eran hombres como nosotros, y habian podido tomar en sus mismas desgracias tan sublimes lamentaciones. Ellos tambien habian sido engañados por falsos amigos, tenido que llorar sobre los muertos y visto la patria caída de su gloria y de su felicidad. Habiendo así sufrido, pudieron aprender la elocuencia de la adversidad, y saber bien que son como hermanas de las lágrimas y como los gemidos del alma, palabras de que hacen uso todos los dolores cuando quieren que se lllore sobre ellos; mas para venir á ser intérpretes verdaderos de las grandes desgracias de todos los siglos y de todas las naciones, han sido precisas á Jeremías, á Isaías, á Job, á David y á los profetas, otras revelaciones que las del corazón: ha sido menester que Dios los tomase, por decirlo así, de la mano y los condujese al arsenal de sus venganzas, y allí les mostrase todo lo que su justicia tenia de reserva para el castigo de los hombres. Las lamentaciones entonces fueron proporcionadas á las desgracias de lo pasado, de lo presente y de lo porvenir. Así es que con las palabras de Jeremías pueden quejarse y llorar todas las naciones.

JUEVES SANTO.

ENTRE la semana de luto viene el JUEVES SANTO como un rayo pasajero de alegría, y en este día deja la Iglesia sus ornamentos de tristeza: el color rojo reemplaza el violado, color de humildad y penitencia.

El color rojo es el que señala las fiestas de los mártires.

¡Y qué mártir el crucificado en el Calvario! ¡Y qué sangre la que enrojeció la *via dolorosa* desde la columna de la flagelación hasta las piedras del Gólgota.

Por la jornada de muerte, que se celebrará al otro día, la Iglesia no quisiera dejar parecer su regocijo; mas en la institución de la Eucaristía hay tal manantial de gracia para los cristianos, que no ha podido en el día en que este milagro de amor se ha obrado, conservar sus fúnebres vestidos: ella los deponen en el oficio de la mañana y se adorna para la fiesta.

Se colocan de nuevo en el altar los blandones dorados y los cirios de cera blanca, y el obispo se muestra al pueblo con su mitra y su báculo de oro.

El es quien consagrará y dará la comunión á los dignatarios de la diócesis.

Los ancianos del santuario, de sobrepelliz y mureta y con la estola de pastor al cuello, los jóvenes sacerdotes, diáconos y subdiáconos de dalmáticas, los acólitos de albas blancas con cinturas de seda, los turiferarios con las urnas flotantes de perfumes, los pertigueros sin sus bastones de ébano, mas con su vestidura talar, los porteros sin espadas ni albardas vienen de dos en dos humildes y recojidos á arrodillarse en las gradas del altar, y recibir de la mano de su prelado el pan místico de la Eucaristía.

Habria de tenerse un corazón seco para permanecer sin emoción en esta comunión general. Siempre recordaré el Jueves Santo en Nantes, país de fe y de piedad: la gran nave de la catedral estaba llena de fieles, y los legos se mezclaban al clero en ambos lados del coro. Cuando el venerable obispo, de pié, apoyado contra el mármol del altar, mostraba la hostia diciendo á los que iban á comulgar: *Ecce agnus Dei qui tollit peccata mundi*, reinaba entonces un gran silencio. Las voces de los cantores, las armonías del órgano se callaron; y si se oía alguna cosa, era solamente el ruido de las cadenas de los incensarios que ascendían y bajaban y se elevaban para bajar de nuevo.

Antes de llevar al monumento la hostia que debe ser la del día en que no se consagra, el obispo oficiante se sienta en frente de una mesa preparada en medio del santuario. Traen entonces los diáconos y subdiáconos grandes urnas que deponen en frente del pontífice que está cubierto con su mitra y tiene su báculo en la mano. Contienen estas urnas el aceite que va á ser santificado y bendito.

Aceites destinados para los niños que nacen, para los enfermos que mueren, para los sacerdotes que se dedican á Dios y para los reyes que se consagran y coronan: aceites santos con que se nos unje á la entrada en el mundo y al salir de la vida. El *Crisma Santo* en el bautismo y confirmación, y la *Estrema Unción* en la hora de la muerte.

Cada vez que he asistido á la bendición de los santos aceites, me ha ocupado una viva consideración al ver al pontífice orar sobre ellos para hacer bajar al espíritu de Dios. ¿Cuál será, me preguntaba yo, el primero de nosotros que ha de ser unido con aceite? ¿Será un hermano? ¿Será un amigo? ¿Acaso yo? ¡Oh, cuando estos pensamientos se acercan á vuestra imaginación, os parecen entonces las ceremonias de la Iglesia, doblemente santas! Los pensamientos graves son hermanos de los pensamientos saludables.

En esta bendición del Santo Crisma debe el obispo estar asistido de doce sacerdotes, todos pastores para representar mejor los apóstoles, y de siete diáconos y otros tantos subdiáconos, con el fin de recordar el tiempo en que el colegio de los ministros sagrados estaba compuesto de doce presbíteros, siete diáconos y otros tantos menores para la administración de la diócesis y para el servicio del obispo del pueblo.

Cuando se han dicho ya todas las oraciones sobre los santos aceites, vuelve el obispo al altar, y

después de la comunión, lleva la hostia que ha consagrado para el otro día con grande pompa bajo un palio á la capilla del monumento.

En algunos países, y son estos á nuestro ver los que comprenden mejor la solemnidad del Juéves Santo, esta capilla está tendida de terciopelo negro con lúgubres guarniciones rojas; algunas lámparas fúnebres extienden una triste luz bajo estos ropajes del sepulcro: y los vasos sagrados de los altares, cálices, piscis, urnas de oro y plata que se han arrojado como en desorden al pié del Cristo muerto, manifiestan que el santo sacrificio está suspendido, y que en el día del deicidio no se servirán de este bendito lujo.

En otras ciudades, el aspecto del altar del Juéves y del Viérnes Santo es totalmente diverso. En lugar de cubrirse de luto se despliegan los mas brillantes ropajes, y sobre el fondo escarlata de las gradas resaltan y resplandecen innumerables candeleros y vasos de plata. Todas las flores de la estación, los jacintos ó campanillas blancas y azules, las prímulas amarillas, que rompen la nieve para abrirse antes que las demas flores, las anémonas, las francesillas de vivos colores esmaltan el monumento.

En medio de estas pompas del templo y de la naturaleza, en medio de estos ramilletes y de estos cirios, está depositada la hostia bajo un paño de oro. En algunos países hay un sagrario de plata y oro, de carey y marfil, ó de las mas esquisitas maderas construido, y en él se encierra la hostia sagrada, confiando la llave de tan santo lugar al hombre mas respetable de la parroquia, que la lleva pendiente al cuello, de una cadena de oro enriquecida de perlas y piedras preciosas.

Aquí no se ve nada triste, nada lúgubre: se diría que los sacerdotes que han concebido así los adornos de su altar, no han querido contristarse en la muerte del Cristo, porque esta muerte ha salvado al mundo. Sobre esta muerte, que ha dado la vida, no han tendido paños negros sembrados de lágrimas: creyeron que el pesado paño funeral es bueno para nosotros que permaneceremos largo tiempo entre la tierra; empero para aquel que al tercero día quebró la losa que cerraba el sepulcro; para aquel que habia de llamarse *vencedor de la muerte*, pensaron que no era menester tanto luto, y cubrieron con flores lo que representaba la tumba.

Cuando se ha terminado el oficio de por la mañana, cuando la procesion ha vuelto al santuario en donde el Sacramento no existe; cuando las primeras señoras de la ciudad están apostadas en las puertas de la iglesia recibiendo la limosna de los pobres; entonces todo el pueblo cristiano deja sus casas y va á *andar las estaciones* en todas las parroquias.

En todas las calles que conducen á las iglesias hay inmenso gentío; mas en ninguna parte hay ruido ni tumulto. Un mismo pensamiento religioso ha puesto á todos en movimiento, y entre los hombres y mujeres que circulan así en la ciudad, hay muchos que rezan andando con el rosario en la mano.

Este uso de andar las estaciones, viene de tiempos muy remotos. Los caballeros dejaban la espa-

da, y las nobles señoras iban descalzas por las calles para cumplir con este acto de piedad.

La devoción del *Camino de la Cruz*, tan recomendada á los fieles, es un recuerdo de esta *via* santa que nuestros padres seguían humildemente el Juéves y Viérnes santos.

Hemos visto en nuestros días uno de los mas nobles y mejores hombres de Francia, un hombre cuyo carácter era tan elevado como ilustre su nombre, el duque Montmorenci, morir el Juéves santo mientras que andaba las estaciones: y delante de la tumba de Jesucristo, fué que la muerte vino como amiga á buscar al descendiente del *primer baron cristiano*. ¡Bella y digna muerte para un Montmorenci! En un tiempo, ellos ayudaron con su espada á conquistar de los sarracenos la sagrada tumba; hoy, uno de sus hijos, vino delante de ella á rogar con fé y á morir con esperanza!

La verdadera fiesta de la Eucaristía era el Juéves Santo; mas este día, mezclado á una semana de penitencia y de tristeza, estaba demasiado oscurecido por las sombras de todo lo que le precedía y le sucedía, para convenir á la celebracion de tan gran misterio. En el siglo décimo tercio, Urbano IV estableció la fiesta del *CORPUS CHRISTI*.

El *Pange lingua* es el himno propio del Juéves santo, y es altamente bello el oírlo cantar por el clero en la procesion del altar al monumento, cuando el obispo lleva bajo el palio de brocado las *santas especies*, precedido y rodeado de los mas notables de la ciudad, y de las cofradías que brillan con sus hachas y cirios encendidos.

En las ceremonias del Juéves de la gran Semana, hay aún una de grave enseñanza y de alta leccion: esta se llamaba en otro tiempo el *mandato*, y hoy se conoce con el nombre de el *lavatorio*.

Cuanto hay de elevado entre los hombres, papas, emperadores, reyes, arzobispos y obispos, á ejemplo del Salvador, se humillan ante los pobres. En otros días llevarán todas las insignias de su dignidad, sus tiaras, sus coronas y sus mitras; pero ahora, es preciso ceñirse solamente con una toalla de lienzo.

En cualquier otro tiempo, podrán convocar á su corte los grandes de su imperio y los primeros que dependen de su poder; mas hoy deben buscar á los necesitados, á los abandonados del mundo para lavarles los piés.

"Después de la cena, habia ya inspirado Satanás á Judas, hijo de Simon Iscariote, para que traicionara á Jesus;

"Jesus, que sabia que su Padre le habia puesto todo en las manos, y que habia salido de Dios para volver á su seno, se levantó de la mesa, dejó sus vestidos, y tomando una toalla se la ciñó, y vertiendo luego agua en una aljofaina, y habiendo lavado los piés de sus discípulos, se los enjugó con la toalla; y volviéndose á la mesa les dijo: *¿Comprendeis bien lo que acabo de hacer con vosotros? Me llamis vuestro Maestro y Señor, y decís bien, porque lo soy: si, pues, yo os lavo los piés siendo vuestro Señor y Maestro, vosotros debéis lavaroslos unos á otros, porque os he dado el ejemplo, con el fin de que lo que he hecho por vos, lo hagais vosotros por los demas.*"

Y para poner este Evangelio en accion, se ha instituido la ceremonia del lavatorio. Pero, es menester decirlo, una falsa delicadeza habia quitado á este acto de humildad su verdadero carácter, y las intrigas de corte mezclándose á la mente del Evangelio, habian debilitado la leccion.

Yo he visto en la galería de Diana un rey cristianísimo, á quien pertenecia de derecho la mas bella corona del mundo, rodeado de su corte toda bordada de oro, de placas y bandas, venir á lavar los piés mas no á los verdaderos pobres. Los que tendian sus piés para que el rey los lavase, eran niños que la intriga habia introducido allí, y no la miseria; y para ser clasificado aquel día entre los doce pobres, habia familias que hacian valer las protecciones como para ser ricos.

Y ademas, ¿era acaso lavar los piés de aquellos niños, el derramar unas gotas de agua tan pronto vertidas como enjugadas? Cuando los reyes quieren humillarse, es menester que sea de veras; y cuando se toma una idea del Evangelio, no se debe jugar con ella.

Hay flores que embalsaman la soledad en donde Dios las hace nacer; mas si se llevan bajo un cielo que no les conviene, desmedran y se ahilan, y así sucede con ciertos pensamientos cuando se les traspasa á la corte. La rutina las guarda sin duda, pero ellas pierden su belleza y sus suaves olores.

¡Ah, cuántas nobles cosas no han sido sofocadas por la etiqueta de los palacios! Habia el Salvador dicho: "Os debéis lavar los piés unos á otros," y la etiqueta vino á fijar el número de gotas que debían verterse sobre el pié de cada niño.

La ceremonia del mandato ó del lavatorio no se hacia en parte alguna con tanta pompa ni con tanto aparato como en los monasterios; y en ellos se seguía á la ceremonia una colecta para los pobres, dando á estos monedas y panes por trece, en memoria de los doce apóstoles de su divino Maestro.

Se lee en la Historia de la Iglesia: "El Juéves santo se da tambien la absolucion general á los penitentes."

Puede muy bien remontar al siglo noveno el establecimiento de esta ceremonia, y hácia el mismo tiempo se fijó para ella el Juéves santo. Hacíase esta antes de comenzar la misa, y al efecto los penitentes, con un saco ó cilicio, y ceniza en la cabeza, iban desde por la mañana al lugar en donde habian permanecido toda la Cuaresma: allí se les buscaba para conducirlos á la Iglesia, y presentados á los sacerdotes y prosternándose ante estos, el obispo oraba por ellos.

El diácono, entonces, hablando en nombre de los penitentes, que no se esplicaban sino con lágrimas y sollozos, representaba al pontífice que era llegado el tiempo de la propiciacion. El obispo hacia luego una ehortacion á los penitentes que imploraban misericordia, y pronunciaba, estendiendo las manos sobre cada uno de ellos, las oraciones propicias para implorar la remision de todos los pecados.

Estos medios de reconciliacion no eran empleados sino para aquellos que habian sido condenados á la penitencia pública y que habian sido echados tambien de la Iglesia el Miércoles de Ceniza.

Hoy los pecadores y los justos permanecen en la Iglesia, y nadie es arrojado del templo: los hombres sienten ahora mas vergüenza en acusar sus pecados y la Iglesia mas compasion para perdonar. Madre ilustrada y llena de ternura, ve y aprecia los cambios que los siglos, rodando hácia la eternidad y pasando como las grandes olas sobre el mundo, traen á sus hijos, y no pide á su debilidad mas de lo que pueden darle. A la mata de yerba no pide el perfume de la violeta, ni á la caña la majestad del cedro.

VIERNES SANTO.

HE aquí el día de la grande tristeza cristiana, día que las campanas no anuncian; día en que los altares no tienen sacrificios y en que los santuarios de luto no resuenan sino con lamentaciones, día en que las madres dicen á sus niños: "Hoy nuestro Señor ha muerto, y es preciso hacer penitencia con nosotros." En este día el duelo no ha de reducirse á los altares, sino que ha de hallarse en todas las casas cristianas: no es bastante que cesen los cánticos en las iglesias, es preciso que no haya regocijo alguno en los hogares.

En las capitales, hoy tan agitadas y ruidosas, cuando viene el gran día de tristeza, poco se percibe que las campanas han cesado sus repiques desde la víspera. Pero en las ciudades de provincia, este silencio tiene una lúgubre solemnidad, y hasta los relojes de la ciudad se callan, de suerte que parece que el tiempo se detiene, porque el Señor murió.

Este día, en muchos países, la lengua de hierro del tiempo, no dice á los hombres mas que una hora: *¡LAS TRES!*

¡Hora de la muerte del Redentor! Hora que oyó el grito que hizo temblar la tierra, hender las rocas, despedazar el velo, ocultar el sol, abrir las tumbas y resucitar los muertos; el gran grito: *¡CONSUMMATUM EST!*

En muchas ciudades, los habitantes no llevan el VIERNES SANTO sino vestidos negros, y hemos visto fervientes católicos, no querer servirse de sus carrozas el día en que el Salvador del mundo bañó con sangre y sudor el camino del Calvario.

En otros tiempos la tristeza se estendia en nuestras antiguas iglesias y en nuestros viejos palacios, y cuando los pontífices de San Dionisio y Nuestra Señora se cubrian con cilicio y ceniza, los sucesores de Clovis y San Luis, dejaban sus coronas y tomaban sus vestidos violados, color de luto de los reyes.

Sin vituperar los tiempos presentes, los compadecemos al verlos deshederados de estos antiguos y piadosos usos. En vano buscamos la ventaja ó garantía que los poderes humanos pueden hallar en aislarse de Dios; no vemos sino vértigo y delirio en este pensamiento.

Por un sentimiento recibido sin contradiccion en toda la Iglesia, se cree que los apóstoles instituyeron las fiestas, cuyos misterios pasaron á su vista. Pone

San Agustín en esta categoría, la *Pasion*, la *Resurrección*, la *Ascension* y la *bajada del Espíritu Santo*. Empero se conviene en que desde los principios, así como en la sucesion de los siglos, la fiesta de la Pasion ó del Viernes santo, tan angusta como es, fué siempre una fiesta de oracion, de trabajos y mortificacion, mas bien que de descanso y regocijo. Los latinos mostraron tanta veneracion como los griegos, por este santo dia, guardando la fiesta en muchos parajes. Y hasta mediados del siglo décimosesto, no se redujo á *media fiesta*, terminada al medio dia despues de los oficios de por la mañana, y con los del Juéves y Sábado santos. Redoblábase entonces, ó se prolongaban las vigilijs, las mortificaciones, las lecturas santas y las oraciones. Pasábase toda la noche en ayuno en la asamblea de los fieles; y de esta costumbre, trasmitida por los apóstoles, nadie estaba esento fuera de los niños menores de siete años. Lejáse allí toda la Pasion, segun los cuatro evangelistas, dividida en doce lecciones, y despues de la noche se continuaba el oficio del dia á las horas ordinarias; mas no se hacia oblation ni sacrificio.

Nada sobrecoje mas el alma de tristeza que el aspecto de nuestras iglesias. El Viernes santo, por la mañana, ya no se cree el color violado de bastante luto, y se usa del negro como para nosotros mortales, en el altar del Dios inmortal. Sobre el paño funeral de los cristianos, se espone el crucifijo para la adoracion.

Estas palabras, dichas con una voz triste y lenta, se repiten frecuentemente en el oficio del dia: "*Collocavit me in obscuris sicut mortui seculi.*" Se me puso en un lugar oscuro como á los muertos del siglo.

"*Posuerunt super caput ejus causam ipsius scriptum, JESUS NAZARENUS REX JUDEORUM.*" Pusieron sobre su cabeza su causa en una inscripcion: "Jesus nazareno, Rey de los judíos."

"*Christus factus pro nobis obediens usque ad mortem, autem crucis.*" Cristo obedeció por nosotros hasta la muerte de cruz.

Mientras que se salmodean estos versículos, todos los sacerdotes se arrodillan sobre las losas desnudas del santuario, y los acólitos estienden sobre el altar, sin cirios, sin ornamento alguno, delante del tabernáculo abierto y vacío, un mantel de lienzo.

Luego un cantor dice la siguiente profecía de Osías: "Ved aquí lo que dice el Señor: En el escaso de su tribulacion, y cuando el dolor pesará sobre ellos, se apresurarán á volver á mí."

"Venid, venid, dirán, volvamos al Señor: él nos ha puesto en cautiverio, él hará cesar nuestra servidumbre."

"El nos ha herido, y él solo será quien nos cure."

"En dos dias nos dará la vida: el tercero nos resucitará de entre los muertos."

"Entonces viviremos en su presencia y conoceremos el poder del Señor, y nos apegarémos á él como á la salud."

"El vendrá á nosotros como el rocío que cae á su tiempo sobre la tierra."

"¿Qué te haria yo, pueblo de Efraim? ¿Qué te haria, pueblo de Judea?"

"Señor, vuestra misericordia semeja á una nube de la mañana, que el sol hace desaparecer así que se muestra en el cielo."

"Yo he espuesto los profetas á los tormentos y á la muerte, para anunciaros las palabras de mi boca, y para que hiciéseis brillar vuestra inocencia como la luz: porque gusto mas de la obediencia, que de los sacrificios y de las ricas ofrendas."

"Señor, Señor, yo recuerdo vuestros antiguos prodigios, y el temor se apodera de mí!"

"Señor, Señor, yo sé que aparecereis sobre las nubes, cuando se hayan cumplido los tiempos, entre dos querubines, y os hareis entonces conocer."

"Dios aparecerá del lado del Líbano, y el Santísimo vendrá de una montaña cubierta de una espesa arboleda. Su gloria oscurecerá el brillo de los cielos, y la tierra resonará con sus alabanzas."

Despues de estas profecias cantan tres sacerdotes la Pasion de Nuestro Señor. Este canto es un diálogo de grande antigüedad: los judíos, Pilatos, Herodes, los apóstoles y Jesus mismo, hablan en él y responden á su turno. Y cuando se llegan á estas palabras: "*Et inclinatio capite redidit spiritum*, que se dicen recitadas, cesan los cantos y no se oye en el silencio que reina, sino el movimiento de los fieles que se prosternan para besar la tierra que el Salvador humedeció con su sangre."

Concluida la Pasion, arrodillándose y estendiendo los brazos á cada oracion, ruega el sacerdote en el altar por toda la tierra, por la santa Iglesia, por el Papa, por los obispos, presbíteros, diáconos, subdiáconos, por los reyes, por los catecúmenos, por todas las necesidades, por los heréticos y cismáticos, por los judíos, por los paganos y los idólatras. Entre cada oracion de estas dice el oficiante: "*Flectamus genua*, y el coro responde: "*Levate*. Pero en la oracion por los judíos que dieron muerte al Hijo de Dios, no dobla el sacerdote la rodilla, y se demuestra allí un horror señalado contra el pueblo deicida."

Entre tanto grandes y pequeños, poderosos y débiles, felices y desgraciados, ricos y pobres, todos van á adorar la Cruz. El sacerdote en el altar, descubriendo al pueblo uno de los brazos del árbol de salud, esclama: "*Ecce lignum crucis*, y el coro responde: "*In quo salus mundi pependit*."

Adelantándose luego el sacerdote del lado derecho del altar, y desnudando el otro brazo de la Cruz, dice aún: "*Ecce lignum crucis*, y de nuevo los coristas repiten: "*In quo salus mundi pependit*."

En fin, una tercera vez dice el sacerdote en medio del altar, elevando la voz: "*Ecce lignum crucis*, y la Cruz entera se descubre y muestra á la multitud cristiana el crucifijo que veia largo tiempo habia envuelto en un velo, y que ahora contempla con la frente coronada de espinas, con las manos y los pies heridos de los clavos, con el costado abierto por la lanza..."

Y cuando el Hijo del hombre se ha mostrado así sangriento y acardenalado con los tormentos de la Pasion, el sacerdote continúa cantando: "*Popule*

meus, quid feci tibi? In quo contristavi te? Responde mihi. "Oh pueblo mio, ¿qué os he hecho? ¿En qué os he contristado? Respondedme."

"Porque os he libertado del cautiverio, porque os he mantenido durante cuarenta años en el desierto, porque de la esterilidad os llevé á una tierra fecunda. ¿Qué mas he podido hacer por vos? ¿No fuisteis la viña que planté y que guardé bajo mi proteccion? ¿Y me clavais en una Cruz; y cuando tuve sed me disteis á beber vinagre y hiel!"

"Oh pueblo mio, ¿qué os he hecho? ¿En qué os he contristado? Respondedme, respondedme."

"Para salvaros de Egipto sumerji bajo las olas del mar á Faraon y sus caballeros; ¡y vosotros me entregásteis á los príncipes de los sacerdotes!"

"Os abrí un paso por entre las ondas del abismo; ¡y vosotros me heristeis el costado con una lanza!"

"Marché delante de vosotros como una columna luminosa de nubes; ¡y vosotros me trajisteis al pretorio de Pilatos!"

"Os mantuve con el maná que bajaba del cielo; ¡y vosotros me golpeásteis llenándome de cardenales."

"Hice surgir agua de una roca para apagaros la sed; ¡y vosotros me disteis á beber hiel y vinagre!"

"Os puse en las manos el cetro del mundo; y vosotros pusisteis en mi mano una caña y sobre mi frente una corona de espinas!"

"Os hice subir sobre el trono del poder; ¡y vosotros me alzásteis á una Cruz!"

Agius ó Theos. Agios Ischiros. Agios Athanatos. Eleison imas.

Sanctus Deus. Sanctus Fortis. Sanctus immortalis. Miserere nobis.

Se ve que no basta á la Iglesia en su profundo dolor una sola lengua para clamar á Dios; ¡Oh Señor, vos que sois Santo, fuerte é inmortal, tened piedad de nosotros!"

Parece esta parte del oficio como un delirio, y entre estas antiguas, las palabras tan sencillas, repetidas frecuentemente: "*Oh pueblo mio! ¿qué os he hecho...?*" Son capaces de tocar los corazones mas helados.

En este instante, si hay un rey en la iglesia, puede tomar la parte de enseñanza que aquí se da á los poderosos de la tierra. Y si ha tenido de qué quejarse de sus vasallos; si su pais ha correspondido con el destierro y la proscripcion al bien que queria hacerle; si los que mantuvieron, vistieron y abrigaron á los pobres no tienen asilo; si los que tenian palacios carecen de una piedra para reposar la cabeza, que no se quejen tan amargamente y que pongan sus altos dolores á los pies divinos del adolorido Jesus de Nazaret, Hijo del Eterno Jehovah, Dios de los imperios y de los ejércitos.

Los himnos y los versículos dolorosos de la Pasion se salmodean alternativamente, mientras que el crucifijo descubierto está espuesto sobre un paño de terciopelo negro, como un rey muerto sobre una cama funeral.

Para venir á besar los pies y las manos traspasados de clavos y el costado entrecabierto del Salvador, los mas altos en poder y dignidades, reyes, arzobispos, obispos y príncipes, quitan su calzado y adoran con los pies desnudos. La multitud les sigue y viene con ellos, porque murió por todos; y el mendigo que tiende la mano á la puerta del templo, tiene tanta parte en la sangre del Redentor como el monarca y el pontífice.

La vispera, cuando se llevó la hostia del altar al monumento, se desplegaron todas las pompas del santuario: las capas rojas bordadas de oro, las albas de randas, las dalmáticas orientales, la cruz y candeleros de plata dorada, el incienso mas puro de la Arabia, los graves sonidos del órgano que acompañaban el *Pange lingua*; empero, el Viernes santo se llevan triste y silenciosamente las santas especies al santuario, para que las consuma el sacerdote, sin órgano y sin magnificencias. Despues de la comunión se termina el oficio; y si la multitud permanece en la Iglesia, es porque el pueblo quiere besar la cruz; y durante toda la jornada de muerte, ancianos y jóvenes, mujeres y niños, se suceden en esta adoracion.

Cerca del crucifijo se halla un plato de cobre ó plata, en que el rico y el pobre deponen su limosna, porque no se ha de olvidar en el dia de dolor á los infelices necesitados.

Desde las siete de la mañana, antes que los artesanos vayan á su trabajo diario, se predica la Pasion de Nuestro Señor; y á las tres de la tarde, hora en que Jesus murió, se predica de nuevo: en toda la ciudad quieren los cristianos ser conmovidos con la relacion de los dolores de un Dios.

He aquí ya dos mil años que se predica á los fieles la *Pasion de Nuestro Señor*, y el sacerdote cristiano no tiene necesidad sino de fé y amor para hacer correr abundantes lágrimas: hay fuentes que jamas se agotan, y relaciones que no necesitan de arte ni elocuencia, de esmero ni ornamentos humanos.

Siempre tendré presente la relacion de un misionero peregrino que volvia de Jerusalem (1). Lleno de recuerdos de la santa ciudad referia, las estaciones de la via dolorosa, y su palabra simple y fogosa, fuerte y pintoresca, hacia así ver el sudor, las lágrimas y la sangre con que fué regado el camino del Gólgota. Al oirlo se habian, por decirlo así, pasado los mares con el sacerdote descendiente de los viejos caballeros cruzados; creíase uno ora en el jardin de los Olivos, ora en el palacio de Caifás, ya en el pretorio de Pilatos, y con el peregrino lo era uno tambien atravesando todas las estaciones: con él subia uno la penosa montaña del Calvario, con él se estremecia, se arrepentia, oraba y esperaba.

Terminase el dia del Viernes santo con el canto del *Stabat Mater*: este himno de materno dolor que las mujeres repiten llorando, porque conciben mejor que nosotros las angustias de la madre sentada al pié de la Cruz.

(1) El abate Forbin de Janson, hoy obispo de Nancy.

Para mover las almas no había necesidad que Pergolesio compusiera su inmortal obra: el simple canto de la Iglesia, á mi opinion, sobrecoje de tristeza y llena de resignacion.

Esta relacion de los dolores de María puede privarse del adorno del arte y de las pompas de las grandes iglesias. En las aldeas, ante el altar de luto, las mujeres y madres alternando las estrofas con el sacerdote y los acólitos, son bastantes á conmover el alma y hacer llorar los ojos.

Que los que me leen no crean que quiero yo quitar á nuestros ruegos las alas que la buena música puede prestarles. ¡Oh! no. Yo me regocijo cuando las artes vienen á santificarse cerca de los altares: la verdadera mision de las bellas artes es glorificar á Dios; mas quisiera que al entrar en la iglesia dejasen su aire mundano, y que nunca trajesen al santuario pensamientos y recuerdos profanos. Que la música que alaba al Señor sea virgen, y que los que la escuchan no digan: La hemos oido en otra parte.

Para terminar lo que he dicho sobre el Viérnes santo, tomaré de uno de mis jóvenes amigos (1) las reflexiones hechas sobre los mismos lugares en que Jesus sufrió, y escritas el día de la muerte del Salvador. Estas reflexiones tienen un doble atractivo, el del talento, y el que han tomado con el aspecto imponente del sepulcro, que será el único que nada tendrá que dar el gran día de la Resurreccion.

VIERNES SANTO EN JERUSALEN.

“A las tres de la mañana todo el mundo se había despertado ya: los hombres tomaban su turbante y su cintura, las mujeres su velo y su *feredje*. Cada familia estaba reunida en rededor de un brasero lleno de fuego, y así que los rayos del alba vinieron á esclarecernos á través de los vidrios de la media naranja, salí de la capilla de la Virgen, y no sin tristeza me puse á recorrer la iglesia.

“A las tres de la tarde, los latinos cantaron el oficio de las Tinieblas. Estas lúgubres y santas armonías, que en los dos últimos días resonaron á mis oídos con tanto encanto, se perdían hoy á través de las olas del pueblo y en medio de un inmenso ruido. Mas de cuarenta mil peregrinos de todas naciones se precipitaron á la iglesia del Santo Sepulcro para asistir á la ceremonia del Viérnes santo. Es esta la mas imponente que yo ví en Jerusalem.

“Todo el recinto de la iglesia estaba lleno: ni un rincón, ni un pilar, ni una reja se veía que no estuviesen ocupados, y era así, por desgracia.

“La ceremonia comenzó á las siete de la noche: voy á describirla. Yo marchaba al lado del celebrante, y pude observar todo.

“El padre vicario que celebraba, y sus oficiales, seguidos de todos los religiosos del convento de San Salvador, se reunieron en la capilla de la Virgen, cuyas puertas cerraron. Se habían apagado

(1) M. de Poujoulat.

allí todas las luces, y en medio de la oscuridad mas profunda un padre joven de Italia pronunció un discurso sobre los sufrimientos del Salvador. No fué este discurso mas que un rápido abreviado de la Pasion de Cristo, acompañado de piadosas reflexiones. Ni había necesidad de retórica cerca de estos pobres religiosos, á quienes la simple relacion de los dolores del Hijo del hombre deshacia en lágrimas.

“Después de este discurso, las puertas de la capilla se abrieron, y oímos el vasto ruido de la multitud semejante al bramido del mar. Nuestros cenobitas, precedidos por un gran crucifijo, se colocaron de dos en dos con un cirio en la mano, y nos pusimos en camino en la iglesia á través de la innumerable muchedumbre que se bamboleaba, compuesta de hombres, mujeres, niñas, muchachos y ancianos de todas las naciones del Oriente.

“Comenzó el *Miserere* en un tono de los mas lamentables que oírse pudieran. Los jóvenes árabes educados en el convento de San Salvador, iban los primeros con la cruz y cantaban el *Stabat Mater* con bastante armonía.

“La procesion avanzaba con trabajo, y la multitud nos estrechaba por todos lados; y llegando al altar de la *Division de las vestiduras*, un religioso español, revestido de una estola negra, sin sobrepelliz, pronunció en su lengua un discurso sobre la triste solemnidad del día. Nosotros estuvimos de pié durante todo él: solo el celebrante estaba sentado en un sillón de terciopelo negro bordado de oro. Dos de los principales católicos de Jerusalem llevaban este asiento detras del celebrante durante la procesion. Yo no he visto nada mas bello que los ornamentos de terciopelo negro bordados de oro que sirvieron en esta ceremonia: estos fueron enviados de España en 1819, y las armas de Castilla brillaban en ellos en sobrepuestos de oro.

“Concluido el sermón español, nos pusimos en marcha hasta el altar del *Impropere*, donde se ve un resto de columna de piedra sobre la cual se sentó el Salvador cuando, durante la noche de su Pasion, fué cubierto de oprobios: allí tuvimos un segundo discurso en español, y después seguimos hacia al Calvario. En medio de un inmenso ruido cada uno queria subir al Gólgota. . . . Y con infinita dificultad llegamos al altar de la *Crucifixion*.

“El gran crucifijo que precedía la procesion, llevado por un religioso latino, fué puesto al pié del altar construido en el mismo lugar en que el Salvador espiró, y el sacerdote español que habíamos oído en las anteriores estaciones, se arrodilló ante él y prosiguió su discurso con los ojos llenos de lágrimas; mas cuando llegó á la última hora del Salvador, prorumpió el sacerdote en sollozos.

“Por mí, yo lo diré, me hallé sobrecojido de un santo horror cuando ví al cenobita con su estola de terciopelo bordada de oro sobre su vestidura de lana parda, y le oí referirnos la muerte ignominiosa de Jesus en el mismo lugar en que fué inmolado. . . . Porque yo estaba allí sobre el mismo Gólgota en donde se plantó la Cruz, y pisaba el monte que había embebido la sangre sagrada de Cristo!

“¿Qué tristeza! ¿Qué pensamientos! ¿Un Dios que se hace hombre para morir, y para morir inocente! ¿No hay en este misterio un ejemplo patente y un consuelo sublime para la humanidad? Tenía el mundo necesidad de ver morir un Dios para que la imagen de la muerte fuese menos horrible, y que pudiese entrar el hombre sin tanto dolor en el sepulcro al cual el miserable Dios había ya entrado.

“Desgraciados humanos, á quienes ha herido la hacha de la injusticia, mirad la Cruz en que espiró el Santo entre los santos! ¡Vosotros, mortales, distinguidos por sin igual ingenio, y que desconocidos de vuestros contemporáneos, no recojeis sino humillaciones ó desdenosa indiferencia, nobles hijos de la tierra, marcados en la frente con el sello de la inmortalidad, cuyos días se consumen en ardientes pensamientos, levantad los ojos hacia el Padre del Evangelio, el Regenerador y el Salvador del mundo, suspendido en un madero infame! Ese es su trono y su altar. ¿Y su corona? miradla. ¡Una corona de espinas!

“En las prisiones, en el desierto y sobre los cadalsos, cuántas víctimas inocentes habrán esclamado: ¡Oh Dios mio, Dios mio! ¿por qué me has desamparado? ELI, ELI, LAMMA SABACTHANI!

“Elevado el crucifijo de la procesion en el mismo paraje en que estuvo la Cruz del Salvador, después de un largo discurso sobre la Pasion, un religioso anudó devotamente un paño blanco por debajo de los brazos del Cristo, y le quitó la corona de espinas y los clavos de los piés y manos, así como se le quitaron al Salvador, con un martillo y unas tenazas.

“Quitados los clavos y la corona, que el sacerdote besó respetuosamente, los mostró á la adoracion de los fieles y los puso luego sobre un plato de plata. A medida que se plegaban los brazos del Cristo, caian estos de sí mismo como los de un cuerpo muerto.

“Bajóse luego el Cristo de la cruz de la misma manera que se hizo con el Salvador cuando hubo espirado. Este espectáculo me conmovia, porque presenciaba con el vivo recuerdo la solemne y terrible escena que ensangrentó el Calvario ha diez y ocho siglos!

“La impaciente curiosidad de la multitud no podía menos que crecer; y en medio del inmenso murmullo se distinguían los gritos de los niños y los gemidos de las mujeres y de las jóvenes, á quienes casi sofocaba el tumulto. Unas muchachas armenias se echaron sobre mí para que las protejiera y guardara á mi lado durante la ceremonia.

“Descendimos después del santo monte para trasladarnos á la *piedra de la uncion*, en donde el Hijo de María fué embalsamado. El Cristo fué envuelto en una sábana, y cuatro religiosos vestidos con una estola negra lo llevaron piadosamente como se lleva un cadáver.

“Un velo blanco cubria la piedra de la uncion. Colocóse allí un cojín de terciopelo negro sobre el cual debía ponerse la cabeza de Jesus. En los cuatro ángulos de la piedra estaba un vaso de pla-

ta que encerraba los aromas mas preciosos y ricas aguas de olor.

“Puesto el Cristo sobre el mármol sagrado, el celebrante se arrodilló para rociar la imagen del Salvador con esencia de rosa y quemar en derredor olorosos perfumes.

“Después de unos instantes de recogimiento, el sacerdote latino que desempeña en Jerusalem las funciones de cura, pronunció en árabe un discurso que se dirijia á los católicos del pais: estaba el sacerdote sobre uno de los pilares que avecinan la puerta de la iglesia, y todos los asistentes, aun los musulmanes, escuchaban con religiosa atencion. Concluido el discurso, nos dirijimos hacia el sepulcro, llevando cuatro religiosos al Cristo en la sábana blanca. Depositada la santa imagen sobre la piedra del sepulcro, oímos el último discurso en español, y se terminó así la última ceremonia.

“Eran las diez de la noche, y salimos de la iglesia del Santo Sepulcro para trasladarnos al convento latino de San Salvador.”

Hay un grande atractivo en esta simple relacion: al leerla no he podido prescindir de un movimiento de envidia. ¡Oh, yo habría querido que me hubiese sido dado ver lo que aquel joven vió, sentir las emociones que él espermentó en esa tierra de Oriente surcada por los milagros y húmeda aún con la sangre de un Dios.

En los proyectos de un viaje tiene cada uno un lugar que prefiere á los otros. Cuál deseara ver á Roma, quién á Atenas, tal otro á Nápoles con su hermoso cielo, aquel á Londres cubierto de humo espeso. Por mí, la ciudad de David, conquistada por Godofredo de Bouillon, y hoy llorando en el desierto sus pasadas glorias, seria lo que con gusto viera. Allí debe haber voces que no se oyen en otra parte: allí han quedado inmortales memorias, memorias de RELIGION y de CABALLERIA, dos nobles hermanas nacidas una en el cielo y otra en la tierra, mas ambas santamente unidas.

Quando Chateaubriand se hizo peregrino para ir á explorar los *Santos Lugares*, aun poseía yo la actividad de la juventud, y recuerdo el inmoderado deseo que tuve de seguirle. ¡Con gusto, sí, hubiera llevado yo su alforja en el desierto por ver su entusiasmo y para recoger unas de estas palabras, que son como inspiraciones poderosas para aquellos que las oyen de su boca!

Tratando de describir las ceremonias del Juéves y Viérnes santos, hice notar que no había uniformidad en las diferentes iglesias para la decoracion del monumento en que se deposita durante dos días la hostia consagrada. En algunas ciudades este altar es lúgubre como un sepulcro; en otras radiante de luces y lleno de flores como un altar del Corpus. Lo digo con timidez, mas creo que vendría mas la unidad que no esta desemejanza que puede sorprender, porque si el pensamiento de la ceremonia es una conmemoracion de muerte, valdria mas que la apariencia exterior semeje á un sepulcro.

Hoy particularmente, que gusta de darse á todo su aspecto histórico y verdadero, seria muy fá-

oil que cada iglesia arreglase una capilla para el oficio de Jueves y Viernes santos por el modelo exacto del *Santo Sepulcro*, tal cual fué conquistado por los cruzados, y tal cual existe aún hoy día.

Esta verdadera representación, línea á línea, de la parte mas santa de los Santos Lugares, costaria poco de establecer, y no sé si me engaño, pero juzgo que la piedad no podría menos que ganar con esta copia fiel.

La piedra hendida del sepulcro seria el altar que guardaría las santas especies cubiertas con un velo que figuraría la sábana santa, y las lámparas, que arden sin cesar ante al sepulcro, enviadas como ofrendas por todos los soberanos de la cristiandad, no serian difíciles de copiar y darian una misteriosa luz en derredor de la hostia. Veriase tambien allí la piedra sobre la que el ángel vestido de blanco y de esplendor apareció á las santas mujeres.

Las proporciones del Santo Sepulcro, que puso en armas para su conquista una parte del mundo y millares de guerreros en pié para libertarlo de las profanaciones de los infieles, no son grandes. Esta tumba, cavada en la roca, semeja á un cuartito casi cuadrado, alto de ocho piés desde el suelo á la bóveda, largo de seis piés, y cinco piés y medio de ancho.

Entrase á él por una puerta baja que se cerraba con una piedra de la misma roca que formaba la tumba, en que los príncipes de los sacerdotes pusieron su sello para retener su víctima entre las sombras de la muerte. . . . ¡Vanos esfuerzos! Cuando llegó la hora, Jesus se movió en su tumba de piedra y todo fué roto! ¿Quién hubiera podido contener al Dios fuerte que se despartaba?

¿Dónde está ¡oh muerte! tu guadaña?
¿Dónde está ¡oh muerte! tu victoria?
Yo recuerdo haber visto en Monte Valeriano, cerca de la iglesia que los misionero edificaban en esta bella soledad en mejores tiempos, una exacta y verdadera imitación del Santo Sepulcro: allí podría tomarse sin gasto alguno el modelo que he osado aconsejar.

Algunos mayordomos de fábrica que gustan mezclarse en el ornato de nuestras iglesias, se contristarían si se realizase el proyecto que indico, porque no podrían desplegar cada año los recursos de su imaginación: empero me persuado que podrían consolarse en su tristeza si el pueblo cristiano, si la multitud piadosa pudiese conocer el lugar mas santo y sagrado en nuestro globo, lugar que los anacoretas y solitarios venían á ver de lejos, lugar que los religiosos de todas las naciones guardan aún con gran peligro de su vida.

SABADO SANTO.

CUANDO uno ha penetrado en las profundidades de la gran Semana, y que ha abandonado su espíritu á las inspiraciones que las ceremonias y los oficios de este tiempo hacen sentir, queda uno como colmado con tanta grandeza.

Los salmos que se han leído, los himnos que se han cantado, las lamentaciones de Isaías y de Jeremías que se han oído, han llenado nuestra alma de fuertes emociones y grandes pensamientos. Se ha vivido, por decirlo así, con los profetas y los reyes de Israel; se ha elevado uno con ellos muy sobre las cosas de la tierra, y se experimenta un verdadero disgusto en volver á las palabras vulgares de la vida.

El SABADO SANTO nos detiene aún en estas altas regiones, y pocos días en el año cristiano son tan simbólicos como este.

Reverencia hoy la Iglesia el misterioso descanso que Jesucristo guardó en el sepulcro, y recuerda al mismo tiempo la bajada á los infiernos del vencedor de la muerte, cuando fué á sacar de las tinieblas del Limbo las almas de los patriarcas y de los justos, que habian aguardado y anunciado al Mesías.

La sepultura de nuestro Señor, dice el historiador de las Fiestas Católicas, es un misterio que la Iglesia parece no haber querido celebrar sino con su silencio, porque el oficio relativo se termina á la hora de nona. Además, como la víspera de Pascua es la primera de las vísperas en dignidad, y que está recargada de prácticas y observancias, se han adelantado los oficios de esta noche al día que la precede.

Continuábase esta vigilia en los primeros siglos de la Iglesia, hasta el alba del día del domingo, por los fieles de toda clase, la mayor parte de estos en ayunas desde el viernes, y otros desde el jueves después de la cena.

Teníase gran cuidado en recomendar que no concluyesen los oficios de esta célebre víspera antes del canto del gallo; y entonces se ofrecía el sacrificio, se comulgaba, y se rompía, en fin, el ayuno de la Cuaresma. Pasaban así los fieles en la iglesia de un sol á otro.

Este uso ha cesado entre los latinos, desde que se comenzó á hacer los oficios de la víspera de Pascua, el sábado á la hora de tercia; mas subsiste esta costumbre entre los griegos. Hoy donde quiera se ha dejado esta fiesta del sábado santo, á la devoción de los particulares, y no se guarda.

El sábado santo está demasiado cerca de la grande fiesta cristiana, para que se celebre con gran pompa. Así es, que á pesar de las imágenes y de la poesía de las ceremonias, no se halla en este día en nuestras iglesias, la muchedumbre de las fiestas precedentes.

Lo que atraía en un tiempo al oficio del sábado santo, era el bautismo de los catecúmenos, que llegaban á medio día á la iglesia. Allí recitaban en alta voz el símbolo de los apóstoles y la oración dominical, y el obispo, haciendo la cruz, les imponía las manos. Se imitaba en esta ceremonia al Salvador; y el obispo, tocándoles los ojos y orejas con saliva, les decía: EPHETA, abrios.

Y entonces, los ojos que no se habian abierto á la divina luz, y los oídos que habian estado cerrados á las palabras de salud, veían y oían, y los que habian deseado con fervor y que habian vivido con pureza, eran admitidos á los sagrados misterios.

Y para probar que estos nuevos cristianos estaban prontos á combatir por la fé que abrazaban, el obispo derramaba sobre sus pechos y espaldas desnudos, el aceite de la unción, que fortifica en la lid.

Mas tarde, después de la bendición de las fuentes, se hacía el bautismo por inmersión, y al salir de la piscina regeneradora, se daba á todos los bautizados el santo Crisma, haciéndoles la cruz sobre la cabeza.

Vestíaseles luego con túnicas blancas, emblema de inocencia y de virginidad, y puros así como los ángeles, se llevaban estos niños y niñas ante el obispo, que decía sobre ellos la oración de la purificación, invocando para estos hijos de la Iglesia los siete dones del Espíritu Santo. Y purificados por el bautismo, y fortificados por la confirmación, iban los neófitos cantando las letanías de los santos, de quienes habian venido á ser hermanos, á asistir á la misa en que todos comulgaban.

Desde el octavo siglo se practicaban el sábado santo las ceremonias del bautismo y de la confirmación, y estas eran una de las que daban mas pompa religiosa á este día.

Hoy que no hay mas catecúmenos, ni se bautiza por inmersión en grandes piscinas, se ha simplificado el oficio de la víspera de Pascua: quedándole, sin embargo, la *bendición de las fuentes, del fuego nuevo y del cirio pascual*: todas estas cosas recuerdan una alta antigüedad.

La bendición del fuego nuevo se hace después de nona. El sacerdote oficiante revestido de una capa pluvial, baja del altar, y acompañado del diácono y del subdiácono, se adelanta hasta el pórtico y bendice la llama que no ha servido á uso profano, la llama que ha de arder en la lámpara ante el Santo de los santos, diciendo: "Oh Dios, que por vuestro Hijo, piedra angular de la Iglesia, encendisteis el fuego de vuestra caridad en los corazones, dignaos santificar este fuego nuevo que hemos sacado de un pedernal para servir á vuestro uso: haced que durante esta fiesta de la Pascua, seamos inflamados de celestiales deseos, á fin de que puros lleguemos á la solemnidad de vuestra eterna gloria, por Jesucristo nuestro Señor!"

"Creador de todas las luces, bendecid esta.
"Señor, vos que habeis sido la luz de Israel y la columna de fuego en el desierto, bendecid el nuevo fuego."

Un corista pone el fuego en el incensario, y el sacerdote, derramando una gota de agua bendita, dice: *Asperges me Domine, hyssopo et mundabor; lavabis me et super nivem de albor.* El diácono, con dalmática, toma un cirio de tres brazos y formando triángulo, y encendido, vuelve hácia el altar cantando: *Lumen Christi.* Luego el celebrante lo bendice para que sea digno de anunciar la Pascua.

Sucedre entonces la bendición del cirio pascual. Remonta este al sexto siglo, y he aquí su origen. Los fieles, para alumbrar en la vigilia de la Pascua, la mas solemne de todas las vigiliyas, colocaban en medio de la iglesia una alta columna de cera que,

encendida su mecha, esparcía por todas partes considerable luz.

Mirábase esta antorcha ó cirio como símbolo de Jesucristo de pié en medio de su Iglesia para esclarezcerla y guiarla. Las oraciones que se dicen en esta bendición están llenas de entusiasmo poético.

"Que los ángeles del cielo y la milicia celestial se regocijen y commuevan de alegría, y que el sonido de las trompetas anuncie los sacrificios de gozo!
"Que la tierra llena de felicidad goce de la luz gloriosa que le ha venido!"

"Y tú, Madre nuestra, Iglesia santa, regocíjate tambien, porque hete aquí radiante con la luz de la divina antorcha! Que el lugar santo resuene con los trasportes de gozo de los pueblos, y que las aclamaciones de la tierra se eleven hácia el cielo.....!"
Luego el sacerdote interna en la cera del cirio cinco granos de incienso bendito.

En los primeros siglos no servía el cirio pascual sino en la noche de la vigilia de Pascua. Déjase ahora en el santuario, enfrente del altar, hasta la fiesta de la Ascension, y no se retira de la iglesia esta antorcha simbólica, que representa á Jesucristo, sino cuando se celebra la subida del Salvador al Cielo.

En algunos países, cuando el año comenzaba en la Pascua, se escribían en el cirio pascual los ciclos, las principales épocas, los grandes aniversarios de sucesos religiosos.

Cuando el sacerdote con el triple cirio enciende el cirio pascual y las lámparas de la iglesia, dice: "Señor, que este cirio y estas lámparas consagrados en honor de vuestro santo nombre, ardan durante esta noche para disipar la oscuridad: y que elevándose como un perfume agradable, se mezclen sus luces con las de las celestiales antorchas, que el astro de la mañana las encuentre aún encendidas!"

Después de esta ceremonia, los sacerdotes, con ornamentos violados, leen las profecías, y en estas páginas inspiradas, qué sucesión de magníficos cuadros!

¡Es Dios sentado en su poder, antes del tiempo, fecundando el caos para sacar de él al mundo: la tierra con sus árboles, montes y rios; la mar con sus profundidades y abismos, y el firmamento con sus estrellas, luna y sol, y la luz naciendo, con una palabra!"

¡Es el patriarca Noé salvado del diluvio, las aguas que suben, el arca que flota, el cuervo que se pierde y la paloma que vuelve con el ramo de olivo!"

¡Es Dios que pide á Abraham un sacrificio que no hubiera exijido de una madre: el ángel que detiene el brazo del padre, é Isaac salvado!"

¡Es el mismo Dios de los ejércitos, Jehovah el Eterno entre una nube luminosa, estendiendo el terror y la muerte entre los egipcios, y sumerjiendo en las ondas los caballeros y caballos, los carros, y el rey, y el ejército entero!"

¡Es Dios diciendo á Israel: que el impío abandone su senda y el malvado sus pensamientos de injusticia para que vuelvan á Dios, quien tendrá misericordia de ellos, porque los pensamientos de Dios

no son los pensamientos de los hombres, ni las vias del cielo semejantes á los senderos de la tierra; y cuanto el cielo está sobre la tierra, así están los pensamientos de Dios sobre los de los hombres: y como la lluvia y las nieves cayendo de las nubes, no vuelven á subir sino que humedecen los campos para fertilizarlos, así la palabra del Señor, una vez salida de su boca debe fructificar!

Mas lejos es el profeta Baruch que esclama: "¿De qué viene, oh Israel, que vives entre tus enemigos? ¿Por qué te has envejecido en una tierra extraña?"

"¿Por qué semejas á un muerto que pudre en el sepulcro? ¿Por qué pareces á los habitantes de las tumbas?"

"Oh! Yo lo sé bien. Consiste en que has dejado los pasos de las fuentes de la sabiduría, en que has cesado de andar por las vias del Señor. Si hubieras permanecido fiel, la eterna paz habria sido, oh Israel, tu herencia!"

"Aprende en dónde están los tesoros, la prudencia, la fuerza, la inteligencia; apréndelo para conocer en dónde está la duración de la vida; apréndelo para saber de dónde vienen la verdadera luz de los ojos y la verdadera paz del alma."

"¿Dí en dónde están los príncipes de las naciones que mandaban á los hombres, que domaban los animales, que jugaban con las aves del cielo, y que amontonaban el oro y la plata en sus tesoros: en dónde están?"

"Desaparecieron de la tierra, bajaron á los infiernos, y otros tomaron su lugar!"

"Oh Israel, la casa del Señor es vasta y hermosa! Su estension es inmensa, y allí estaban en los primeros tiempos esos famosos gigantes de gran talla tan fuertes en la guerra!"

"El Señor no los guardó, no hallaron la sabiduría, y desaparecieron tambien de la tierra!"

"¿Quién subió al cielo para recibir la sabiduría, ó quién la hizo bajar de las nubes? ¿Quién atravesó los mares para buscarla, y quién la prefirió al oro?"

Después de Baruch es Ezequiel: "Ezequiel con su grande vision de los muertos!... Escuchad: "En ese día la mano del Señor me tocó: su voz me dijo: Levántate. Me levanté, y arrebatado en espíritu, el ángel de Dios me llevó en medio de un campo cubierto de osamentas; y haciéndome el Señor dar la vuelta en derredor de estos huesos blancos y secos, me dijo: Hijo del hombre, ¿crees que estas osamentas puedan retornar á la vida? --Vos, Señor Dios, lo sabeis."

"Profetiza sobre ellas y dí á esos huesos: Secas osamentas, escuchad la palabra del Señor. El ha dicho: Voy á reanimaros, y vivireis de nuevo; os daré nervios y os cubriré de carne, y os tendreis de pié y reconocereis que yo soy el Señor!"

"Yo comencé á profetizar para obedecer al Señor, y mientras que mi voz se elevaba sobre los muertos, he allí que de repente un gran ruido resuena por el campo: y era el que hacian las osamentas que se movian y se buscaban, se chocaban y se acomodaban, y volvian á tomar su lugar: y luego los esqueletos se cubrieron de nervios y se revistieron

de carne y piel; mas así revestidos permanecian tendidos é inmóviles, porque estaban aún inanimados."

"El Señor me dijo: Hijo del hombre, profetiza aún y dí al espíritu: He aquí lo que manda el Señor: Espíritu, ven del Mediodía y del Septentrión, del Poniente y de la aurora, y de las cuatro regiones de los vientos: ven y sopla sobre estos muertos para volverlos á la vida."

"Yo profeticé por obedecer al Señor, y al instante el espíritu entra en esos huesos revestidos de carne y los anima: y he allí que se mueven, que se incorporan, se levantan y se tienen en pié todos en fila en el campo como un gran ejército!"

"Entonces el Señor me dijo: Hijo del hombre, todos estos huesos representan los hijos de Israel. Nuestros huesos, dicen ellos, se han secado: esto es hecho y ya no tenemos esperanza. Profetiza aún y díles: He aquí lo que dice el Señor: Oh, pueblo, voy á abrir tus sepulcros, y os llevaré á la tierra de Israel; y cuando os haya libertado de tal manera de la muerte, conoceréis que soy vuestro Dios, y entonces vivireis en paz!"

Después de esta vision sucede otro profeta á Ezequiel: aquel ve la tierra despoblada de hombres y las mujeres llorando su viudez; empero el renuevo del Señor brotará de en medio de las ruinas y hará brillar su poder y su gloria, y aquellos de entre los hijos de Israel que no hayan caído bajo las desgracias de su nacion, serán colmados de gozo. Los que permanecieron en Jerusalem y que no bajaron de la colina de Sion, serán llamados santos y sus nombres serán inscritos por el ángel en el libro de la vida."

Jonás viene á su turno: el Señor le dijo que fuese á profetizar desgracia á Ninive; hélo aquí: Y Ninive era una gran ciudad de tres dias de camino. Jonás anduvo un dia entero en la ciudad, repitiendo en las calles y plazas, y delante de los palacios: "¿En cuarenta dias Ninive será destruida!"

El pueblo atendió á estas palabras, creyó en la palabra del profeta, y desde el grande hasta el pequeño todos ayunaron, se revistieron de sacos y se cubrieron de ceniza. Y el rey al saber lo que pasaba en la ciudad bajó de su trono, se despojó de sus vestiduras reales, se cubrió tambien de un saco, y se sentó sobre la ceniza; y por su orden un heraldo gritaba en la ciudad que los hombres, los caballos y bueyes, y todos los animales, se privasen de mantenimiento, y que ni aun agua se diese durante los dias de penitencia."

Y habiendo Ninive entera ayunado, gemido y orado, el Señor tuvo cuenta de su arrepentimiento y de su penitencia, y la salvó. "Dios se compadeció de su pueblo!"

A las palabras de Jonás se siguen las de Moisés. Desde que este hubo escrito en un libro las sentencias de la ley, dijo á los levitas que llevaban el Arca de la alianza: "Tomad este libro y colocadlo al lado del Arca de la alianza del Señor, con el fin de que un dia sirva de testimonio contra vosotros, oh hijos

de Israel! porque conozco vuestra, terquedad y vuestro amor de la rebelion: mientras que viví entre vosotros, con frecuencia os rebelásteis contra el Señor, y ¿qué será cuando yo no esté? Juntad, pues, los ancianos y todos los doctores de las tribus: yo les haré entender mis palabras, y tendré por testigos el cielo y la tierra contra los transgresores. Mi alma se entristece cuando pienso que después de mi muerte abandonaréis la senda por donde os conducía. ¡Israel, Israel, vuestra iniquidad encenderá la cólera del Señor!"

Hé aquí, en verdad, una sucesion de imágenes llenas de poesia, y he tenido gusto en repetir las, porque hay muchos católicos que entran el Sábado santo en nuestras iglesias y que ni aun sospechan la sublimidad de los oficios de este dia. Cuando se leen estos con atencion, se diria que la Iglesia, al celebrar la gran fiesta de la Resurreccion, quiere probar por los hechos de lo pasado el poder del Dios que va á romper la losa del sepulcro y triunfar de la muerte. Para hacer adorar mejor á Jesucristo repiten aquellos la historia de Jehovah, y ponen los prodigios de la ley antigua cerca de la misericordia y de la esperanza de la ley nueva."

Después de esta sucesion de profecías intercaladas con oraciones, el celebrante procede á la bendicion de las fuentes; y entonces son tambien las súplicas bellas y tiernas."

"Oh Dios, cuyo espíritu fué llevado sobre las aguas en el nacimiento del mundo para imprimir desde entonces á este elemento la virtud de purificar las almas! Dios que, al lavar las iniquidades del mundo criminal, mostraste en el diluvio mismo una imagen de la regeneracion, con el fin de que por un admirable misterio el mismo elemento hiciese morir los vicios y nacer las virtudes! Oh Señor, echad los ojos sobre estas aguas y santificadlas!"

Y luego, tocando el agua con la mano y haciendo sobre ella la señal de la cruz, añade:

"Que esta agua, inocente y santa criatura, se halle á cubierto de las asechanzas del enemigo, y que sea, oh Señor, purificada por tu aliento!"

"Que sea un manantial de vida, una fuente de gracia y regeneracion!"

"Y que el que se lave en ella sea purificado por el Espíritu Santo!"

"Yo os bendigo, oh agua, por el Dios vivo, por el Dios verdadero, por el Dios santo, por el mismo Dios que en el principio del tiempo os separó de la tierra por su palabra: este Dios cuyo espíritu llevábais!"

A estas palabras divide el celebrante el agua con la mano y esparce hácia las cuatro partes del mundo, diciendo: "Yo te bendigo aún por este Dios que te hizo correr en cuatro rios en el paraíso terrestre, ordenándote que humedecieras toda la tierra, por el Dios que te hizo surgir de una roca: te bendigo tambien por nuestro Señor Jesucristo, que te trasmutó en vino en las bodas de Caná; por el Salvador que anduvo sobre tus ondas; por el que Juan bautizó en el Jordan; por el que sobre la cruz te hizo correr con la sangre de su costado, y que

contigo ordenó á sus discípulos que bautizasen á los que creyesen en él."

El celebrante, soplando sobre el agua, añade: "Señor, bendecid vos mismo estas puras aguas para que ellas laven no solamente el cuerpo, sino que tengan tambien la virtud de purificar las almas."

Y sumerjiendo tres veces el cirio bendito en el agua, repite el sacerdote: "Que la virtud del Espíritu Santo descienda á toda la sustancia de esta agua y le comunique la fecundidad y el poder de regenerar!"

Y tomando el cirio el oficiante y haciendo gotear tres veces la cera en el agua en forma de cruz, dice: "Que estas fuentes sean santificadas y fecundas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo!"

Y vertiendo tres veces, después, del aceite de los catecúmenos: "Que la mezcla del oleo de unción y del agua bautismal se haga en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo."

Y derramando del Santo crisma en el agua: "Que la mezcla del Crisma de santificación del oleo de unción y del agua del bautismo se efectúe en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo!"

Y los fieles responden: "Así sea!" Estas palabras se pronuncian acaso ligeramente por algunos y sin embargo, si reflexionasen los que las dicen las hallarian bien graves en esta circunstancia, porque esta agua que acaba de ser santificada en su presencia y á cuya bendicion han ayudado con sus ruegos, será vertida sobre la frente de sus hijos á su venida al mundo; y cuando, yaciendo sobre el lecho de muerte, el estertor de su agonía haga sufrir y llorar en derredor de ellos, una mano piadosa rociará con esa agua los miembros medio helados."

"Oh! No hay nada fútil, nada que no deba meditar en las ceremonias del catolicismo!— Esta agua que se encuentra en la puerta de nuestras iglesias en vasos de mármol, en anchas conchas ó en piscinas de piedra, está destinada á la cuna y á las tumbas, á los vivos y á los muertos!"

Cuando se termina la bendicion de las fuentes, se cantan en el altar las letanías de todos los santos, convidando así la Iglesia á los santos del cielo para la gran fiesta de la tierra."

Desde el Jueves santo, después que se llevó la hostia á la capilla de la tumba, ó al monumento, todas las torres y campanarios han guardado silencio; ningun ruido se ha oído en las ciudades; mas cuando el sacerdote entona GLORIA IN EXCELSIS DEO, prorrumpen todas las parroquias en alegres repiques y acompañan las aleluyas que preceden á la fiesta de otro dia... Este instante termina el duelo de los cuarenta dias, porque el Evangelio anuncia la Resurreccion."

En otros tiempos los recién bautizados comulgaban juntos con el sacerdote y el clero, y el pueblo les seguia. La Historia de las Fiestas de la Iglesia añade: "Lo que se observaba con los niños de pecho, que se bautizaban la víspera de Pascua con los demas, era no darles el cuerpo de Cristo bajo la

no son los pensamientos de los hombres, ni las vias del cielo semejantes á los senderos de la tierra; y cuanto el cielo está sobre la tierra, así están los pensamientos de Dios sobre los de los hombres: y como la lluvia y las nieves cayendo de las nubes, no vuelven á subir sino que humedecen los campos para fertilizarlos, así la palabra del Señor, una vez salida de su boca debe fructificar!

Mas lejos es el profeta Baruch que esclama: "¿De qué viene, oh Israel, que vives entre tus enemigos? ¿Por qué te has envejecido en una tierra extraña?"

"¿Por qué semejas á un muerto que pudre en el sepulcro? ¿Por qué pareces á los habitantes de las tumbas?"

"Oh! Yo lo sé bien. Consiste en que has dejado los pasos de las fuentes de la sabiduría, en que has cesado de andar por las vias del Señor. Si hubieras permanecido fiel, la eterna paz habria sido, oh Israel, tu herencia!"

"Aprende en dónde están los tesoros, la prudencia, la fuerza, la inteligencia; apréndelo para conocer en dónde está la duración de la vida; apréndelo para saber de dónde vienen la verdadera luz de los ojos y la verdadera paz del alma."

"¿Dí en dónde están los príncipes de las naciones que mandaban á los hombres, que domaban los animales, que jugaban con las aves del cielo, y que amontonaban el oro y la plata en sus tesoros: en dónde están?"

"Desaparecieron de la tierra, bajaron á los infiernos, y otros tomaron su lugar!"

"Oh Israel, la casa del Señor es vasta y hermosa! Su estension es inmensa, y allí estaban en los primeros tiempos esos famosos gigantes de gran talla tan fuertes en la guerra!"

"El Señor no los guardó, no hallaron la sabiduría, y desaparecieron tambien de la tierra!"

"¿Quién subió al cielo para recibir la sabiduría, ó quién la hizo bajar de las nubes? ¿Quién atravesó los mares para buscarla, y quién la prefirió al oro?"

Después de Baruch es Ezequiel: "Ezequiel con su grande vision de los muertos!... Escuchad: "En ese día la mano del Señor me tocó: su voz me dijo: Levántate. Me levanté, y arrebatado en espíritu, el ángel de Dios me llevó en medio de un campo cubierto de osamentas; y haciéndome el Señor dar la vuelta en derredor de estos huesos blancos y secos, me dijo: Hijo del hombre, ¿crees que estas osamentas puedan retornar á la vida? --Vos, Señor Dios, lo sabeis."

"Profetiza sobre ellas y dí á esos huesos: Secas osamentas, escuchad la palabra del Señor. El ha dicho: Voy á reanimaros, y vivireis de nuevo; os daré nervios y os cubriré de carne, y os tendreis de pié y reconocereis que yo soy el Señor!"

"Yo comencé á profetizar para obedecer al Señor, y mientras que mi voz se elevaba sobre los muertos, he allí que de repente un gran ruido resuena por el campo: y era el que hacian las osamentas que se movian y se buscaban, se chocaban y se acomodaban, y volvian á tomar su lugar: y luego los esqueletos se cubrieron de nervios y se revistieron

de carne y piel; mas así revestidos permanecian tendidos é inmóviles, porque estaban aún inanimados."

"El Señor me dijo: Hijo del hombre, profetiza aún y dí al espíritu: He aquí lo que manda el Señor: Espíritu, ven del Mediodía y del Septentrión, del Poniente y de la aurora, y de las cuatro regiones de los vientos: ven y sopla sobre estos muertos para volverlos á la vida."

"Yo profeticé por obedecer al Señor, y al instante el espíritu entra en esos huesos revestidos de carne y los anima: y he allí que se mueven, que se incorporan, se levantan y se tienen en pié todos en fila en el campo como un gran ejército!"

"Entonces el Señor me dijo: Hijo del hombre, todos estos huesos representan los hijos de Israel. Nuestros huesos, dicen ellos, se han secado: esto es hecho y ya no tenemos esperanza. Profetiza aún y díles: He aquí lo que dice el Señor: Oh, pueblo, voy á abrir tus sepulcros, y os llevaré á la tierra de Israel; y cuando os haya libertado de tal manera de la muerte, conoceréis que soy vuestro Dios, y entonces vivireis en paz!"

Después de esta vision sucede otro profeta á Ezequiel: aquel ve la tierra despoblada de hombres y las mujeres llorando su viudez; empero el renuevo del Señor brotará de en medio de las ruinas y hará brillar su poder y su gloria, y aquellos de entre los hijos de Israel que no hayan caído bajo las desgracias de su nacion, serán colmados de gozo. Los que permanecieron en Jerusalem y que no bajaron de la colina de Sion, serán llamados santos y sus nombres serán inscritos por el ángel en el libro de la vida."

Jonás viene á su turno: el Señor le dijo que fuese á profetizar desgracia á Ninive; hélo aquí: Y Ninive era una gran ciudad de tres dias de camino. Jonás anduvo un dia entero en la ciudad, repitiendo en las calles y plazas, y delante de los palacios: "¿En cuarenta dias Ninive será destruida!"

El pueblo atendió á estas palabras, creyó en la palabra del profeta, y desde el grande hasta el pequeño todos ayunaron, se revistieron de sacos y se cubrieron de ceniza. Y el rey al saber lo que pasaba en la ciudad bajó de su trono, se despojó de sus vestiduras reales, se cubrió tambien de un saco, y se sentó sobre la ceniza; y por su orden un heraldo gritaba en la ciudad que los hombres, los caballos y bueyes, y todos los animales, se privasen de mantenimiento, y que ni aun agua se diese durante los dias de penitencia."

Y habiendo Ninive entera ayunado, gemido y orado, el Señor tuvo cuenta de su arrepentimiento y de su penitencia, y la salvó. Dios se compadeció de su pueblo!"

A las palabras de Jonás se siguen las de Moisés. Desde que este hubo escrito en un libro las sentencias de la ley, dijo á los levitas que llevaban el Arca de la alianza: "Tomad este libro y colocadlo al lado del Arca de la alianza del Señor, con el fin de que un dia sirva de testimonio contra vosotros, oh hijos

de Israel! porque conozco vuestra, terquedad y vuestro amor de la rebelion: mientras que viví entre vosotros, con frecuencia os rebelásteis contra el Señor, y ¿qué será cuando yo no esté? Juntad, pues, los ancianos y todos los doctores de las tribus: yo les haré entender mis palabras, y tendré por testigos el cielo y la tierra contra los transgresores. Mi alma se entristece cuando pienso que después de mi muerte abandonaréis la senda por donde os conducía. ¡Israel, Israel, vuestra iniquidad encenderá la cólera del Señor!"

Hé aquí, en verdad, una sucesion de imágenes llenas de poesia, y he tenido gusto en repetir las, porque hay muchos católicos que entran el Sábado santo en nuestras iglesias y que ni aun sospechan la sublimidad de los oficios de este dia. Cuando se leen estos con atencion, se diria que la Iglesia, al celebrar la gran fiesta de la Resurreccion, quiere probar por los hechos de lo pasado el poder del Dios que va á romper la losa del sepulcro y triunfar de la muerte. Para hacer adorar mejor á Jesucristo repiten aquellos la historia de Jehovah, y ponen los prodigios de la ley antigua cerca de la misericordia y de la esperanza de la ley nueva."

Después de esta sucesion de profecías intercaladas con oraciones, el celebrante procede á la bendicion de las fuentes; y entonces son tambien las súplicas bellas y tiernas."

"Oh Dios, cuyo espíritu fué llevado sobre las aguas en el nacimiento del mundo para imprimir desde entonces á este elemento la virtud de purificar las almas! Dios que, al lavar las iniquidades del mundo criminal, mostraste en el diluvio mismo una imagen de la regeneracion, con el fin de que por un admirable misterio el mismo elemento hiciese morir los vicios y nacer las virtudes! Oh Señor, echad los ojos sobre estas aguas y santificadlas!"

Y luego, tocando el agua con la mano y haciendo sobre ella la señal de la cruz, añade:

"Que esta agua, inocente y santa criatura, se halle á cubierto de las asechanzas del enemigo, y que sea, oh Señor, purificada por tu aliento!"

"Que sea un manantial de vida, una fuente de gracia y regeneracion!"

"Y que el que se lave en ella sea purificado por el Espíritu Santo!"

"Yo os bendigo, oh agua, por el Dios vivo, por el Dios verdadero, por el Dios santo, por el mismo Dios que en el principio del tiempo os separó de la tierra por su palabra: este Dios cuyo espíritu llevábais!"

A estas palabras divide el celebrante el agua con la mano y esparce hácia las cuatro partes del mundo, diciendo: "Yo te bendigo aún por este Dios que te hizo correr en cuatro rios en el paraíso terrestre, ordenándote que humedecieras toda la tierra, por el Dios que te hizo surgir de una roca: te bendigo tambien por nuestro Señor Jesucristo, que te trasmutó en vino en las bodas de Caná; por el Salvador que anduvo sobre tus ondas; por el que Juan bautizó en el Jordan; por el que sobre la cruz te hizo correr con la sangre de su costado, y que

contigo ordenó á sus discípulos que bautizasen á los que creyesen en él."

El celebrante, soplando sobre el agua, añade: "Señor, bendecid vos mismo estas puras aguas para que ellas laven no solamente el cuerpo, sino que tengan tambien la virtud de purificar las almas."

Y sumerjiendo tres veces el cirio bendito en el agua, repite el sacerdote: "Que la virtud del Espíritu Santo descienda á toda la sustancia de esta agua y le comunique la fecundidad y el poder de regenerar!"

Y tomando el cirio el oficiante y haciendo gotear tres veces la cera en el agua en forma de cruz, dice: "Que estas fuentes sean santificadas y fecundas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo!"

Y vertiendo tres veces, después, del aceite de los catecúmenos: "Que la mezcla del oleo de unción y del agua bautismal se haga en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo."

Y derramando del Santo crisma en el agua: "Que la mezcla del Crisma de santificación del oleo de unción y del agua del bautismo se efectúe en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo!"

Y los fieles responden: "Así sea!" Estas palabras se pronuncian acaso ligeramente por algunos y sin embargo, si reflexionasen los que las dicen las hallarian bien graves en esta circunstancia, porque esta agua que acaba de ser santificada en su presencia y á cuya bendicion han ayudado con sus ruegos, será vertida sobre la frente de sus hijos á su venida al mundo; y cuando, yaciendo sobre el lecho de muerte, el estertor de su agonía haga sufrir y llorar en derredor de ellos, una mano piadosa rociará con esa agua los miembros medio helados."

"Oh! No hay nada fútil, nada que no deba meditar en las ceremonias del catolicismo!— Esta agua que se encuentra en la puerta de nuestras iglesias en vasos de mármol, en anchas conchas ó en piscinas de piedra, está destinada á la cuna y á las tumbas, á los vivos y á los muertos!"

Cuando se termina la bendicion de las fuentes, se cantan en el altar las letanías de todos los santos, convidando así la Iglesia á los santos del cielo para la gran fiesta de la tierra."

Desde el Jueves santo, después que se llevó la hostia á la capilla de la tumba, ó al monumento, todas las torres y campanarios han guardado silencio; ningun ruido se ha oído en las ciudades; mas cuando el sacerdote entona GLORIA IN EXCELSIS DEO, prorrumpen todas las parroquias en alegres repiques y acompañan las aleluyas que preceden á la fiesta de otro dia... Este instante termina el duelo de los cuarenta dias, porque el Evangelio anuncia la Resurreccion."

En otros tiempos los recién bautizados comulgaban juntos con el sacerdote y el clero, y el pueblo les seguia. La Historia de las Fiestas de la Iglesia añade: "Lo que se observaba con los niños de pecho, que se bautizaban la víspera de Pascua con los demas, era no darles el cuerpo de Cristo bajo la

especie de pan, cuando aún no comían: se les hacia solamente comulgar con la sangre preciosa que se tomaba del caliz para ellos con una cucharita, vertiéndoselas en la boca; y luego como á los demas bautizados, se les daba vino ordinario, segun el uso del cuarto siglo.

En este uso de hacer comulgar los niños, se halla al instante un vivo recuerdo de la ternura que el Salvador les mostraba: y los apóstoles, los discípulos y los contemporáneos de Jesús, que le vieron á su paso en la tierra dejar venir hasta él los niños, y tomarlos sobre sus rodillas y bendecirlos, quisieron despues de su muerte continuar esta predileccion hácia las inocentes criaturas que el Hijo de María habia amado, y á quienes el bautismo acababa de hacer tan puros como los ángeles: porque un niño bautizado que aún no peca, es un ángel de la tierra. ¡Su inocencia vale mas que nuestras virtudes!

PASCUA.

He aquí el dia que hizo el Señor, el gran dia de los cristianos: ¡el dia de la libertad! Así es que por los aires, así en las ciudades como en los campos, se oye un gran cántico, que cual himno de alegría resuena.

Desde el alba anuncian las campanas alegremente la fiesta. Envuelta ha cuarenta dias la tierra en penitencia y luto, resucita tambien el regocijo, y cada uno sale de su morada con sus mejores vestidos: en este dia nuestras vastas iglesias son pequeñas, porque los mas indiferentes se creen obligados á concurrir á la solemnidad de tan santa jornada. Es verdad que la religion ha desplegado todas sus pompas, que los altares han vuelto á tomar su magnificencia, sus ramilletes de flores, sus relicarios y candeleros de oro, y que no hay mas velos que oculten á los santos y ángeles adoradores. El incienso se eleva como en nubes por el santuario; el terciopelo y el brocado rojos revisten los ministros; la mitra brilla sobre la frente del pontífice, y su báculo resplandece en sus manos; los cirios arden á cada lado del tabernáculo en que domina la radiante Eucaristía, y los diáconos y subdiáconos, y los canónigos, y los acólitos y cantores, con hachas encendidas, dando la vuelta á la Iglesia por enmedio de las olas de pueblo, cantan estas palabras: "Un ángel del Señor ha bajado del cielo, y echando por tierra la losa del sepulcro, se sentó sobre él, y dirigiéndose á las mujeres les dijo: No temais, porque sé que buscáis á Jesús, que ha resucitado: venid y ved el lugar en que el Señor estuvo tendido. ¡Aleluya! ¡Aleluya!"

"Y cuando ellas hubieron entrado en el sepulcro, hallaron sentado al lado derecho un jóven vestido de blanco, que al verlas temerosas, les dijo: No teniais miedo, porque sé á quien buscáis, y él ha resucitado.

"Resucitando Jesucristo de entre los muertos, no morirá mas: la muerte no tendrá imperio sobre él.

"Murió por el pecado y ahora vive para Dios!

Murió una vez por nuestras culpas y resucitó para nuestra justificación!

"Era preciso que el Cristo sufriese lo que sufrió, y que así entrase á la gloria.

"El Señor se levantó glorioso de entre los muertos.

Por nuestro amor fué puesto en la cruz: hélo aquí resucitado. ¡Aleluya! ¡Aleluya!"

Así, pues, los sacerdotes, bajando del santuario y pasando por enmedio de los fieles, por las naves y vestibulos, cantan al pueblo la grande nueva de la Resurreccion. Esta palabra *aleluya*, que quiere decir *lor á Dios*, se ha hecho una palabra cristiana que el pueblo católico comprende; así es que la repite con una especie de santo delirio: y es en cierto modo extraordinario el oír resonar las bóvedas de nuestras iglesias con el grito que los hebreos repetian por las profundidades de la mar cuando el Todopoderoso les abrió paso por medio de las suspendidas olas. Y aun hoy es un grito de libertad como entonces lo fué: la muerte y la Resurreccion del Cristo abrieron tambien el pasaje hácia otra tierra prometida, hácia el cielo donde Cristo subió.

Despues del sábado que siguió á la muerte del Salvador, María Magdalena, María, madre de Santiago, y Salomé, madre de los hijos del Zebedeo que á la bajada del Calvario compraron perfumes para embalsamar el cuerpo de Jesús, partieron de Jerusalem al otro dia temprano y llegaron al sepulcro antes de la salida del sol, llevando consigo los perfumes preparados. Empero, aprosimándose á la tumba se preguntaban: ¿Quién nos levantará la losa sellada del sepulcro?

Y mientras que hablaban así, tembló fuertemente la tierra y fué el momento en que el ángel del Señor bajando del cielo derribó la losa de la tumba.

Tenia este ángel la cara esplendorosa cual un relámpago, y era su vestidura mas blanca que la nieve. Los soldados apostados de guardia, que lo vieron, cayeron como muertos. De tal modo los habia sobrecogido el miedo.

Las mujeres, viendo quitada la piedra, entraron al momento y no hallaron en él el cuerpo del Señor. Su sorpresa fué grande, y María Magdalena corrió á Jerusalem para advertir á Pedro, á Juan y á los otros apóstoles lo que sucedía.

Pedro y Juan salieron al instante de la ciudad, y presurosos tomaron el camino del sepulcro y ambos corrian: Juan llegó primero, y asomándose á la entrada de la tumba percibió la sábana por el suelo, empero aguardó la llegada de Pedro para entrar con él.

Y habiendo ambos penetrado, vieron la sábana que envolvía el cuerpo y el sudario que se habia puesto sobre la cara del Salvador, y creyeron, como las mujeres, que habia sido robado el cuerpo, porque no sabian entonces lo que la Escritura enseña: "Que era preciso que resucitase de entre los muertos."

Llenos de admiracion se tornaron á Jerusalem para decir á los apóstoles lo que habian visto. Empero las mujeres se quedaron á la entrada del monumento, y María Magdalena dejando correr sus

lágrimas, lloraba al ver vacío el sepulcro, cuando de repente, en lo oscuro de él vió dos ángeles vestidos de blanco sentados en el lugar en que se habia puesto el cuerpo de Jesús, uno en la cabecera y otro hácia los piés.

Y los ángeles dijeron á María Magdalena: "Mujer, ¿por qué lloras?" Y ella respondió: "Han sacado de aquí el cuerpo de mi Señor, y no sé dónde lo llevaron." Y al instante en que ella decia esto, vió á Jesús en pié cerca de sí, que le preguntó tambien: "Mujer, ¿por qué lloras?"

Y como el sepulcro estaba en un jardín, creyó al principio María Magdalena que el hombre que le hablaba era el jardínero, y le respondió: "Si sois vos el que ha sacado de aquí el cuerpo de mi Señor, decidme en donde lo pusisteis y yo lo recogeré."

Jesús pronunció apenas esta palabra: ¡María! Cuando ella lo hubo reconocido, y estendiendo sus brazos hácia él, exclamó: ¡Rabboni! que quiere decir *maestro*.

"No me toqueis, añadió el Salvador, porque aún no he subido hácia mi padre. Id á mis discípulos y decidles lo que habeis visto; y que subo á mi Padre, que es vuestro Padre; hácia Dios que es vuestro Dios."

Magdalena fué donde estaban los discípulos llenos de afliccion y les dijo que habia visto al Señor, relatándoles cuanto le hubo dicho; mas estaba ella en tal abatimiento de espíritu que no la creyeron, aunque afirmase que estaba vivo y que sus ojos lo habian visto.

Las otras santas mujeres, llenas de miedo permanecian temblando cerca del sepulcro, y los ángeles les dijeron: "No temais: buscais á Jesús Nazareno que fué crucificado, y ¿por qué buscáis entre los muertos al que está vivo? El no está aquí porque ha resucitado como dejó dicho. Recordad sus palabras cuando aun estaba en Galilea: *Es preciso que el hijo del hombre sea entregado, crucificado y muerto, y resucitado al tercero dia. Venid y ved.*"

Recordaron en efecto las santas mujeres aquellas palabras de Jesús, y saliendo de la tumba agitadas de temor y gozo, se apresuraron á llevar la gran noticia que acababan de oír á los apóstoles y á los discípulos.

Y en el camino, que ellas hacian de prisa, alabando á Dios de lo íntimo de su corazón, Jesús se les presentó de nuevo y las bendijo. Habia en él tanta mansedumbre, que las santas mujeres osaron acercársele y le besaron los piés.

Y el Salvador pronunció estas palabras: "Mujeres, no temais: id y decid á mis hermanos que vayan á Galilea y allí me verán."

Cuando llegaron al cenáculo en que se hallaban los apóstoles y que dijeron lo que acababan de ver y oír, fueron tratadas, como María Magdalena, de visionarias.

Mas de otro lado algunos soldados de los que estaban apostados en la guardia del sepulcro, fueron á la ciudad y refirieron á los príncipes de los sacerdotes cuanto habia pasado.

A la noticia de estos prodigios, se juntaron los príncipes de los sacerdotes con los hombres de Pila-

tos y Herodes para acordar lo que habia de hacerse, y fué resuelto por los enemigos de Jesús, que se daría una suma de dinero á la guardia para hacerla decir al pueblo que los discípulos del Nazareno habian venido por la noche y llevádose el cuerpo del Maestro.

Los soldados recibieron el dinero é hicieron lo que se les ordenó; empero á pesar de la mentira fué la verdad conocida, y nuestro Señor apareció á San Pedro y á los discípulos de Emaus, y santo Tomas mismo se convenció.

He aquí todo lo histórico de la gran fiesta de la Resurreccion; hay en esta relacion, hecha por testigos oculares, un tono irresistible de verdad. El hombre bastante desgraciado que repugnase creer, se hallará forzado á admirar los pormenores tan sencillos y puros de esta grande historia.

La Iglesia ha debido reunir á la memoria de la Resurreccion de Jesucristo su mas imponente solemnidad: así es que ella le llama el *dia del Señor*, la *Fiesta de las Fiestas*, el *dia de la Libertad*.

San Gregorio Nacianceno dice: "Que la fiesta de la Pascua es tan superior á las otras fiestas del Señor, como lo son estas á las de los santos."

El papa San Leon decia: "Que entre todos los dias que se honraban con algun culto de la religion cristiana, ninguno era tan augusto ni tan escelente como el de Pascua, y le miraba como el punto principal de toda la disciplina de la gran república cristiana, de donde dependia la economía del culto divino y de los sacramentos de la Iglesia, porque la Resurreccion del Salvador es el fundamento de nuestra religion, y que sin ella nuestra esperanza es ilusoria."

Y en efecto, habríamos amado al Hijo de María en su cuna, lo hubiéramos adorado tambien con los magos del Oriente, lo habríamos oído en el templo con los doctores, lo hubiéramos admirado en todos sus milagros. . . . todo seria inútil si él no hubiese resucitado al tercero dia. La piedra rota del sepulcro es mas elocuente que todo para proclamar la divinidad del crucificado del Calvario.

Este paso de la tumba á la vida es el que ha hecho dar á la fiesta de la Resurreccion el nombre de *pascha*, que significa *paso*.

La Pascua de los hebreos era la memoria del paso de la esclavitud á la libertad.

La Pascua de los cristianos es el recuerdo del paso de la muerte á la vida; de las sombras del sepulcro á las glorias del cielo; de la servidumbre del pecado á la libertad de hijos de Dios redimidos con su sangre.

Cuando hubieron los hebreos atravesado el mar por medio de las ondas divididas é inmóviles, y que se hallaron á la orilla opuesta, separados y libres de sus enemigos, sintieron un grande gozo, y en un santo entusiasmo cantaron al Señor himnos de libertad.

Los cristianos el dia de Pascua hacen oír cantos semejantes y esclaman: "Prostérnate, pueblo, y adora la víctima pascual, el cordero que salvó el rebaño.

"Adora al Cristo que ha reconciliado la tierra con el cielo!

"Maravilloso combate entre la vida y la muerte!
"El Señor de la vida muere y la muerte es venida, y el crucificado vuelve á tomar la vida como un vestido que le pertenecía y que solo habia de puesto.

"¿Dinos qué viste, Magdalena? ¿Qué hallaste en el camino?

"VÍ el sepulcro de Cristo vivo; ví la gloria de Cristo resucitado; ví los ángeles, testigos celestiales, con ropas de blancura esplendorosa, que me mostraron la tumba del Señor vacía y me dijeron: *No está aquí.*"

"El Cristo mi esperanza resucitó de entre los muertos, y se os adelanta á Galilea.

"Tembló la tierra y se tuvo en silencio cuando Dios se levantó para dar su juicio."

Todo el oficio de esta grande solemnidad respira alegría y entusiasmo, empero las ceremonias no tienen nada de extraordinario. La misa y las vísperas se parecen á las de las otras fiestas: no hay de mas en el santuario sino el cirio pascual, que por la tarde se lleva con solemnidad en derredor de la Iglesia. Para los que saben lo que representa el símbolo de este cirio, cuya grande llama brilla sobre la multitud, hay que pensar y que reflexionar.

Lo que ha civilizado el mundo es la luz de la fé, la luz de quien el cirio pascual es una débil sombra; y para estinguirla, ¿qué no ha hecho el infierno?

Cuando estais en la iglesia veis partir el cirio de cerca del altar, adelantarse en el santuario, bajar las gradas; despues, volteando por entre las naves del costado, desaparecer de repente su luz sagrada detras de un haz de columnas, aparecer luego por el abra de un arco, y mas lejos ocultarse otra vez tras de los pilares; á alguna distancia mostrarse de nuevo; y en fin, le vereis volver resplandeciente al lado del altar.

Esto semeja á una fiel imágen de las vicisitudes por que ha pasado la llama de la fé cristiana. Por momentos ha brillado con resplandor: su luz á veces se ha ocultado; empero nunca se ha estinguído, y al fin de los siglos subirá pura y radiante al cielo así como el cirio vuelve al altar.

Durante la procesion cantan los sacerdotes: "Cuando Israel salió de Egipto y que la casa de Jacob no estuvo bajo el yugo de un pueblo bárbaro, la mar vió en sus riberas el pueblo libertado y se hizo atrás.

"El Jordan vió á Israel y retrocedió hácia sus fuentes; las montañas se levantaron como carneros, y las colinas saltaron como corderillos.

"¿Por qué, oh mar, te vuelves hácia atrás? ¿Jordan, por qué retrocedes hácia tus fuentes? ¿Montañas, por qué os levantaiis como carneros? ¿Colinas, por qué saltaiis como corderillos?

"La tierra se estremeció á la vista del Señor, á la vista del Dios de Jacob, que cambió la piedra en una fuente, y las rocas en corrientes de agua viva.

"No por nosotros, ¡oh Señor! no por nosotros, sino por la gloria de vuestro nombre, manifestad vuestra misericordia y vuestra verdad para que las naciones no digan: ¿en dónde está su Dios?

"Nuestro Dios está en el cielo, y todo lo que ec-

siste ha sido hecho por él; los ídolos de las naciones no son mas que oro y plata, y obra de manos de hombres.

"Esos ídolos tienen boca y no hablan, ojos y no ven, oídos y no oyen, narices y no huelen, manos y no tocan, garganta y no pueden gritar.

"Semejan á ellos los que los hicieron y que en ellos confían! Mas la casa de Israel ha puesto su esperanza en el Señor, que es su protector y su apoyo.

"La casa de Araon espera tambien en el Señor, y el Señor la protege. El Señor se acordó de su pueblo y lo bendijo."

Tales palabras de alegría y de triunfo dicen bien con la solemnidad de Pascua, y hemos visto hombres de verdaderos talentos, trasportarse de entusiasmo al oír millares de cristianos cantando bajo las bóvedas de nuestras antiguas iglesias el cántico de los israelitas libertados.

Despues de esta poesía de los salmos, tiene la Iglesia aún en el día de Pascua, su himno de: *¡O filii, et filiae!* Nuestros padres compusieron para esta historia rimada de la Resurreccion, una aria que saben nuestros hijos y que cantarán nuestros nietos. No hay un corazón bastante frio que no se sienta latir cuando todos los fieles, respondiendo á las voces puras y sonoras de los coristas, repiten: *¡Aleluya! ¡Aleluya!*

El eco de nuestras catedrales, de nuestras iglesias de aldea, de nuestras capillas, repiten tambien esta aria que conocen largo tiempo ha.

Para una solemnidad como la de Pascua, la piedad de nuestros padres no pudo contentarse con un solo día, y el lunes y mártes que seguian al domingo de la Resurreccion, fueron por mucho tiempo fiestas de obligacion. Hoy estos días no son reverenciados solemnemente, pero el pueblo los santifica aún.

Este tiempo de Pascua no tiene solamente regocijos religiosos: como fiesta de la Resurreccion viene con la vuelta de los hermosos días; es el momento en que los artesanos y los obreros de las ciudades tienen necesidad de respirar fuera de las calles estrechas y de los recintos de piedra. La naturaleza, que ha estado como muerta bajo su sudario de nieve, parece tambien resucitar á esta época del año, y comienzan las fiestas fuera de las ciudades. El pueblo va á cantar el himno *¡O filii, et filiae!* en las iglesias de los campos, y á comer en la aldea. Es este el tiempo en que los magistrados padres de familia visten de nuevo á su hijos, en que los magistrados, los hombres de negocios y los niños de la escuela tienen una corta vacacion.

Estos días que avencinan la Pascua, han sido considerados demasiado santos para que el trabajo tuviese lugar en ellos.

Tuvo Navidad sus regocijos bajo los nubarrones oscuros de Diciembre y al lado del hogar. La Pascua tiene los suyos cuando comienzan los árboles de nuevo á retoñar, cuando abren las primulas sus flores y que se tienden los cielos de azul.

Cuando consideramos todas estas santas alegrías que el catolicismo esparce en nuestra vida, no po-

demos menos que compadecer de lo íntimo de nuestros corazones, los escépticos y frios que no reverencian nuestras fiestas. No es para ellos que escribo; mi libro se dedica á los que no desdenan los puros goceos que vienen de lo alto, y que, por el contrario, los desean con ansia. Estos no se acomodan con las frias sombras de la muerte, sino que creen en la Resurreccion: y no solamente creen en la del Cristo, sino que aguardan tambien la de la sociedad.

Sí, atrevidamente lo decimos, la sociedad no permanecerá en el punto en que está hoy. En vano se querrá relegarla á las sombrías regiones de la muerte: en vano se apostarán guardias para impedir que salga de la tumba; ella echará las losas por tierra, romperá los sellos y saldrá radiante, desplegando con un soplo del cielo el estandarte de la cruz. Porque con este signo será que ella ha vencido.

Nosotros, que creemos firmemente que este grande día de la Resurreccion lucirá para el mundo, tratemos como *hombres de buena voluntad* de asegurar su venida. Un pecador, lo veis por mí, puede tambien trabajar para este bello día; y no está reservado esclusivamente á las manos santas la reedificacion del templo.

Vamos, pues, por todo el país, y cuando veamos que el escépticismo se engrandece; cuando no se quiera creer sino lo que se puede explicar; cuando apenas se reconozca la espiritualidad del alma, porque, así como el cuerpo, no la han podido diseccionar; cuando la estúpida vanidad aferre su sombrero ante una cruz que pasa delante de ella; cuando se ponga un emblema profano en lugar del signo del cristianismo y de la Resurreccion sobre la ceniza de los muertos; al ver tales cosas exclamaremos: "Antigua fé de nuestros padres, creencias sagradas, salud de entre los muertos! ¡Resucitad, resucitad!"

Cuando los sectarios del egoismo profesen abiertamente sus secas doctrinas; cuando levanten los hombros al oír referir un acto de devocion; cuando se mofen de los deberes, y cuando la torpe moral del interes, como las ondas de un piélago de líquido lodo, se agite, se hinche, se eleve y amenace á sumergir la sociedad; entonces, invocando la noble moral del deber, gritaremos con toda nuestra fuerza: "Nobles doctrinas de abnegacion, grandes devociones, generosos sacrificios, salud de entre los muertos! ¡Resucitad, resucitad!"

Se nos querría hacer ¡á nosotros! una patria enteramente nueva, totalmente despojada de tradiciones, arrasada de monumentos; y si nuestros padres tuvieron renombre, seria menester olvidarlo; si tuvieron gloriosas tumbas, apenas quedará el polvo: lo que date de una edad cristiana ha de ser como si no hubiera sido. ¡He aquí la voluntad de los impíos! Mas nosotros no nos someteremos á tan estúpido querer.

Nosotros echarémos menos en nuestros campos las viejas abadías con sus altos campanarios, sus arcos y sus claustros; los castillos con sus torres, sus profundos fosos, sus puentes levadizos: cuando veamos la banda negra y sacrilega poner sus vandálicas manos sobre el blanco polvo de estos monumentos, exclamaremos: "Santos ermitaños, piadosos pe-

regrinos, valientes caballeros, poetas, trovadores, salud de entre los muertos! ¡Resucitad!"

En la resurreccion de lo que era santo, y que se ha destruido, es en lo que debe un cristiano trabajar... ¡Ah, Dios mio! bien sabemos que no es diciendo á los reyes, á los pontífices y á los ermitaños: "Resucitad, resucitad! que los harémos levantar de sus lechos de mármol ó de piedra: bien sabemos que no es la voz del hombre capaz de despertar á los muertos; empero, lo que podemos y debemos hacer, es reponer y honrar los principios y doctrinas de religion, de honor, de franqueza y lealtad. Demos á lo presente lo que habia de bueno en lo pasado, y aseguraremos así la felicidad del porvenir.

Y cuando hayamos comenzado la obra no nos desanimemos. A los obstáculos que se opongan, hagamos nuevos esfuerzos, recordando que queremos obedecer á lo que el Dios de nuestros padres ha ordenado: que deseamos que sea la sociedad, como las casas de los hijos de Israel, señalada con la sangre del Cordero, para que el Señor irritado no la diezme: recordemos que los hebreos en la Pascua estaban de pié con sandalias ceñidas, y en la mano el báculo, é imitémoslos. Estemos prontos á partir acordándonos que somos viajeros, que la blandura y las delicias del descanso no son hechas para aquel que quiere alcanzar el fin que le está señalado, y si en el camino hallamos lechugas silvestres y yerbas amargas, no murmuremos ni perdamos por eso el valor, porque Dios nos ha dicho que el viajero hallará siempre en la tierra leche y miel con que alimentarse.

Las fiestas católicas hacen mas que regocijar las almas cristianas que las celebran, porque las hacen mejores; y no solamente riegan flores sobre la tierra, sino que hacen germinar las semillas del cielo y madurar los frutos para la eternidad.

ROGATIVAS.

MAGESTUOSO y bello es ver una gran ciudad conmovirse para una solemnidad. Grande espectáculo el de una poblacion entera vestida de fiesta y encaminándose hácia los altares del Señor, adornados para celebrar alguna gran memoria del cristianismo! Los rumores de la ciudad, mezclándose entonces á los repiques de las iglesias, son como una voz que se eleva para alabar á Dios.

Desde los campos que rodean la ciudad oye el viajero el ruido y no teme, porque no se parece en nada al tumulto de la rebelion: apresura sus pasos para llegar á la iglesia, cuyo alto campanario con su cruz brillante percibe por sobre todas las casas, y allí, aunque extranjero, se hallará entre hermanos, porque la religion es otra patria.

Empero si en las capitales y grandes ciudades brillan las solemnidades religiosas con grande esplendor, si Navidad y Pascua son allí magníficamente celebradas, hay otras jornadas cristianas que están llenas de encanto en medio de los campos: entre estas deben ponerse en primera línea las poé-

ticas rogativas que han sido instituidas para aquellos. Para que el Criador estienda en ellos la abundancia, se llevan por entre los surcos la cruz de plata y el estandarte de terciopelo rojo.

Los hombres, ya se sabe, no piden con fervor á Dios sino lo que les interesa y lo que comprenden bien: un habitante del campo canta así mal el *Te Deum* ordenado por una distante victoria. ¿Qué le importan las querellas de los reyes ó las cuestiones de política, si ellas no traen el enemigo al suelo natal? Mas cuando la religion les dice: "Levantaos, salid de vuestra cabaña, y venid á rogar al Señor que bendiga vuestra labor; venid á pedirle el rocío y el sol, lluvias templadas y calor para los campos que habeis cultivado."... Entonces no hay necesidad de estimular su devocion, porque no es él quien duda del poder de Dios: la naturaleza ha sido para él un gran libro en que todo le ha revelado la bondad del Criador; así es que va á rogar con confianza y lleno de esperanza, porque su corazón es todo fe.

Así que tocan el *Ave María* por la mañana, los fieles de los campos se trasladan á la iglesia, lugar de piadosa reunion. El cura y el vicario no se han revestido con la capa bordada, que sería demasiado ancha para los estrechos senderos que la procesion va á seguir por la hoya del valle, por el ribazo de la colina, bajo la sombra del árbol empinado y al través de los sembrados: para que nada embarace su marcha, los sacerdotes de la rústica parroquia no han tomado mas que la sobrepelliz y la estola.

Los maceros y el porta estandarte patronal están vestidos de paisanos. En estos dias y en estas fiestas de los campos, el vestido de la aldea es el vestido de ceremonia.

Los acólitos, gozosos al atravesar los campos y la aldea con sus albas blancas, dominan con sus voces claras y argentinas las graves voces de los cantores. Llaman juntos á todos los santos, y á cada nombre la multitud de ancianos, de mujeres, de jóvenes y niñas que siguen la procesion, responde: *Ora pro nobis*.

Entre estos santos que se invocan hay algunos que eran labradores y pastores; pero no se les invoca á estos exclusivamente para que velen sobre los campos; se suplica tambien á las vírgenes y á los mártires, á los anacoretas y á los apóstoles, á los papas, á los emperadores y á los reyes, que intercedan con Dios, para que la fertilidad y la abundancia vengan á recompensar á los hombres que han regado con sus sudores los campos que ha atravesado la cruz.

En estos dias de Mayo nada hay tan poético como ver esta multitud cristiana que resalta sobre la verdura naciente de la primavera. La cruz de plata brilla al sol, y el estandarte de terciopelo ó de damasco con la imagen bordada del santo patron del país, se despliega y flota como un antiguo estandarte de caballería. Ora estas insignias de la Iglesia aparecen sobre la cima de las colinas, ó ya bajan por lo profundo del valle, y se percibe la multitud que las sigue, que va de dos en dos tras de los pasos del sacerdote.

Si la procesion llega á pasar cerca de una capilla que se esconde entre la enramada, ó delante de un oratorio cavado en la roca, se detiene allí un instante y los cantores repiten tres veces el nombre del santo ó santa que se venera en aquel sagrado lugar.

Al pasar cerca de la fuente, que surte y provee de puras y limpias aguas toda la comarca, el sacerdote la bendice para que siempre sea buena y saludable á los habitantes de las cabañas, para que las tempestades no turben sus ondas, y para que los ardores del estío no las agoten.

Cuando el sacerdote y feligreses vuelven hácia la iglesia, llegan al cementerio y allí ruegan por los labradores muertos: así como se acaba de pedir el rocío fecundante para los campos cultivados, se pide ahora la paz para aquellos que duermen en su huesa de césped.

Con frecuencia he recorrido yo los campos en los dias de Rogativas, y conocia que la piadosa multitud habia pasado de mañana para la procesion, por las huellas que veia en el camino: en los pasajes estrechos se hallaban luego por el suelo las flores de ojicanta que la procesion habia hecho caer á su paso.

Desde la víspera las mujeres de las aldeas habian adornado con ramilletes de flores y ramos verdes las cruces de los caminos en donde los fieles habrian de hacer una estacion. En algunos países los entierros se detienen tambien delante de estas cruces de los campos, y los que llevan el féretro, en tanto que descansan, ruegan por el finado cuyo cadáver han colocado sobre las gradas del rústico calvario: es este ruego como la última bendiccion que se pide á Dios por el labrador que ha concluido sus dias de jornal y que va por fin á descansar.—

Y algunas veces se nota un gran número de pequeñas cruces fijadas al pié de la gran cruz del campo, y son, cada una de ellas, la señal de un muerto que ha pasado; parecen como los dolores de los hombres agrupados en derredor del gran dolor de un Dios; y sucede que los vientos se llevan estas crucecitas, así como el tiempo se lleva los pesares.

Ha largo tiempo que estas cruces, que se elevan por los campos, me han dado que reflexionar. El pintor y el cristiano gustan hallarlas en las esquinas de los caminos, sobre las colinas ó cerca de las fuentes, rodeadas de sauces en los valles.

He visto una en Bretaña, cerca de Bouguerais, muy venerada por toda la comarca. Allí deponen en el pié pan, sal, huevos y frutas, y el pobre que pasa tiene derecho á esta ofrenda; mas antes de tomarla, se arrodilla y ruega por el enfermo ó necesitado á quien la debe. Durante la enfermedad de una niña hemos visto la nodriza que llevaba todas las mañanas la parte del pobre á la cruz de Cayene, á fin de que Dios diese tambien la salud á la niña que criaba. Y las obras de la nodriza fueron atendidas y sus ruegos oídos.

En San Nazario, á la embocadura del Loira, hay una cruz venerada siglos ha, y cada vez que un bajel pasaba delante de ella la saludaba con una descarga de toda su artillería, en tanto que la

tripulacion cantaba *Salve Regina* y *Veni Creator*. A la vuelta de países lejanos se hacia el mismo saludo, y entonces era el *Te Deum* el que cantaban los marineros reconocidos.

Todas estas cruces tan veneradas y queridas en los países católicos están, como lo dije, adornadas de ramos y flores en los dias de Rogativas, y traen á sus piés los campesinos las semillas que en el próximo año han de confiar á la tierra, para que el sacerdote las bendiga.

Estos santos dias de Rogativas datan del quinto siglo, y la primera ciudad en que se celebraron fué en Viena del Delfinado, siendo obispo San Mamerto. Pesaban entonces grandes calamidades sobre aquel país. Desde que los burguñones se habian apoderado de esta parte de la Galia, habia sucedido una esterilidad anual, y en vano llegaba la primavera, porque los árboles desmembrados no parecian querer brotar sus hojas, y mas tarde un viento seco marchitaba y hacia caer las flores; las viñas se quedaban sin frutos; diluvios seguidos de largas sequedades agotaban las fuentes, aunque poco tiempo antes se hubiesen desbordado los rios y derramado sobre los prados y los campos sus aguas turbias y fangosas.

A este desarreglo de las estaciones venian á reunirse los meteoros del cielo y los temblores de la tierra, y se oian durante las noches sordos ruidos cual gemidos lamentables. En las calles y en las plazas públicas hablaba el pueblo de apariciones sobrenaturales, y los espíritus menos crédulos convenian en que sucedia algo extraordinario y que una gran desgracia desconocida estaba próxima.

La consternacion, el miedo y el desaliento enervaban las poblaciones, que no trabajaban, porque decian: ¿De qué nos servirá? ¿Nuestro país es maldito de Dios!... Y así como los hombres se recojian de miedo, las fieras atrevidas salian de sus guaridas en medio del dia: bandas de lobos se veian escarbar los cementerios y abrir las huesas para destrozbar los cadáveres.

Iba ya á ser desesperacion el temor público, cuando San Mamerto, que no cesaba durante este azote de rogar por su rebaño, pensó que en esta circunstancia era preciso algo mas que las oraciones ordinarias, y juntó su pueblo y le habló de Nínive salvada por la penitencia, y descalzándose reemplazó su estola con una cuerda que ató á su cuello, y tomando sobre sus hombros una gran cruz, gritó: "Que cada cual me siga para ablandar la cólera de Dios."

"Todo el mundo, dice el historiador de las Fiestas de la Iglesia, se reunió en esta santa empresa y de comun acuerdo se eligieron los tres dias que preceden la fiesta de la Ascension. El santo obispo señaló para la estacion ó término de la procesion, una iglesia, fuera, pero no lejos de la ciudad; todos los habitantes fueron con grande devocion, mezclando sus lágrimas y sus gemidos con el canto de los salmos; y San Mamerto, al ver el celo de su pueblo, alargó el término de las procesiones siguientes.

"Produjo esta institucion efectos maravillosos, y no se redujo ya á la ciudad y diócesis de Viena, si-

no que los obispos de las Gaulas creyeron deber conformarse con ella. San Cesario, obispo de Arles, que presidió el concilio de Agde en 506, habla tambien de las Rogativas de San Mamerto, de modo que manifiesta que ya estaban establecidas en su tiempo en las Gaulas, bajo la dominacion de los visigodos, y que fueron recibidas hácia el sexto siglo en el resto que componia la Francia bajo Clovio I, y observadas sin interrupcion desde entonces en todas las iglesias de este reino. Pasó esta institucion á España en el séptimo siglo, y á Roma á fines del octavo, bajo el papa Leon III. Fueron las Rogativas en Francia verdaderas peregrinaciones. Al principio se guardaban estos tres dias; mas se redujo luego la obligacion á la asistencia á las procesiones y á la misa.

"La religion, dice el autor del *Genio del Cristianismo*, no ha querido que el dia en que se piden á Dios los bienes de la tierra, fuese un dia de ociosidad. Despues de la procesion cada uno vuelve al trabajo, y con qué esperanza no se mete la rueda en el surco, despues de haber implorado al que dirige el sol en su carrera y guarda en sus tesoros los vientos del Mediodia y sus templadas lluvias! Para concluir bien un dia tan santamente comenzado, vienen los ancianos de la aldea á la entrada de la noche á conversar con el cura, que toma su refaccion bajo los olmos de su patio. La luna añade entonces la última armonía á esta fiesta que traen cada año el mes mas suave y el mas misterioso astro.

"Creese oir por todas partes brotar los trigos de la tierra, crecer las plantas y desenvolverse, elevarse en el silencio de los bosques, voces desconocidas como coros de campestres ángeles, cuyo socorro se ha invocado; y los quejosos trinos del ruiseñor hieren los oidos del anciano, sentado no lejos de las tumbas." ¿Qué poesía la de la fiesta de Rogativas, y que poeta el vizconde Chateaubriand!

ASCENSION.

HUBO un tiempo que debió ser altamente maravilloso para los apóstoles, y fué el que corrió desde la noche en que el Salvador resucitó hasta el dia de la ASCENSION.

¿Qué santa emocion debieron experimentar aquellos hombres llenos de amor y de fe, cuando repentinamente y sin que las puertas se abriesen, se les apareció Jesus radiante de divino esplendor!

¿Qué dulce paz y qué suaves perfumes celestiales debieron estenderse entonces en aquella humilde casa, que recibía bajo su techo al que tiene las nubes por trono, el universo por dominio y el cielo por palacio!

Despues de haber llenado su mision divina, enseñado y sufrido... y sufrido la muerte en una cruz! despues de haber dormido tres dias en el sepulcro y luego resucitado, probando á los mas incrédulos su Resurreccion, pudo Jesucristo, para descansar del trabajo de su humanidad, quedarse me-

nos de cuarenta días entre los hombres; mas no, su amor hacía nosotros lo retuvo lejos de los ángeles.

Dijérase que era un desterrado que, levantado el destierro, no volvía pronto á la tierra natal, porque se había acostumbrado á amar á los hombres con quienes había sufrido.

Y notadlo, Jesus eligió para aparecer, los lugares que había amado durante su mision terrestre: los campos de Galilea, las orillas del mar de Tiberiades, las riberas de los lagos en que pescaban sus discípulos, el monte en donde enseñaba, y en fin, el jardín de los Olivos en que sudó sangre y donde dijo á sus apóstoles: "Velad y orad conmigo."

Y hay verdaderamente en estas apariciones del hijo del hombre algo que semeja á los recuerdos de la patria.

Al momento de volver á su Padre, el Salvador reúne sus discípulos cerca de Jerusalen, ciudad cuyas calles vieron los dolores de su Pasion y se humedecieron con sus lágrimas; y en el lugar donde mas sufrió, en el jardín de los Olivos, en donde se halló la fuerza de un Dios casi desfallecida, fué donde quiso despedirse de aquellos y bendecirlos antes de subir al cielo.

Los juntó, pues, sobre el monte vecino á la ciudad de David, y allí les dijo: "Todo poder me es dado en el cielo y en la tierra: id, pues, en mi nombre por el mundo predicando el Evangelio á todas las criaturas. Vosotros sabéis lo que he enseñado; me habeis visto sufrir, morir y resucitar; fuisteis testigos del cumplimiento de todas las profecías; id, pues, é instruid y bautizad los pueblos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Enseñad á las naciones á observar cuanto os he mandado. El que crea y se bautice será salvado; empero, no habrá salud para el que no creyere. Los que crean, recibirán de mí el poder de arrojar los demonios, de tocar sin peligro las serpientes, de hacer vanos los venenos que se les suministren; y los que yo envíe, hablarán nuevas lenguas, é imponiendo sus manos á los enfermos los curarán. Tened, pues, valor y confianza, porque yo estaré con vosotros hasta la consumacion de los siglos."

Y despues Jesus recomendó aún á sus apóstoles que no saliesen de Jerusalen luego que él dejara la tierra, sino que aguardasen la promesa del Padre que habian oido de su boca cuando les dijo: "Juan bautizó con agua, empero vosotros sereis bautizados con el Espíritu Santo." Y añadió: "Lo que veis es el cumplimiento de lo que os dije cuando aún vivía con vosotros: y era necesario que todo lo que de mí se había escrito en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos se cumpliera."

Y al mismo tiempo les esclareció el espíritu para que entendiesen las Escrituras y para que viesen que cuanto había sucedido se había predicho de antemano.

Algunos discípulos le preguntaron entonces: "Señor, ¿será desde ahora que restablecereis el reino de Israel?" Mas él le respondió: "No toca á vosotros saber el tiempo, ni la hora que el Padre reservó á su conocimiento y á su poder; pero recibireis la virtud del Espíritu Santo y dareis testimonio de

mí en Jerusalen, en toda la Judea y país de Samaria, y hasta en las estremidades de la tierra."

Despues de estas palabras, el Hijo de Dios, nacido de la Virgen María, estendió sus manos sobre los apóstoles y discípulos que formaban un círculo en derredor de él sobre del monte de los Olivos, y habiéndolos bendecido, radiante de gloria y por su propio poder, sin que los ángeles lo llevasen, se elevó el divino Salvador magestuoso hacía el cielo; y cuantos allí había le vieron subir hasta que una nube lo ocultó á sus miradas.

Los apóstoles y discípulos tenían aún los ojos elevados hacía el cielo cuando los ángeles, semejantes á dos hermosos jóvenes, aparecieron y dijeron: "Hombres de Galilea, ¿por qué deteneros así á mirar al cielo? Jesus, que os ha dejado y que subió al cielo, vendrá del mismo modo que lo visteis subir."

Y los discípulos, habiendo adorado y besado la huella de sus piés, volvieron colmados de alegría á Jerusalen, en donde permanecieron aguardando el cumplimiento de la promesa que les había sido hecha, empleando los días de espera en alabar, bendecir y honrar á Dios en el templo.

Tal fué la partida de Cristo de esta tierra, que su mano poderosa había criado en los días del nacimiento de los mundos, y que había humedecido con su sangre en los días de la Redencion.

¡Oh! si hubiese sido dado á las humildes miradas de los hombres el ver este misterio de un Dios volviendo hacía Dios y entrando en su gloria como un rey victorioso vuelve á su reino bendecido por los cautivos que ha libertado!

¡Oh! si hubiese sido concedido á los apóstoles y discípulos el conocer cuanto pasó en el espacio cuando lo cruzó el Señor, habrían visto toda la milicia celestial venir al encuentro del vencedor de la muerte! ¡Habrían visto los nueve coros de la corte del cielo: querubines, serafines, tronos, dominaciones, virtudes, poderes, principados, ángeles y arcángeles arrojando ante el triunfador palmas y coronas! ¡Habrían oido las voces de los ángeles guardianes de la tierra cantar á los del cielo: "Abrid, abrid vuestras eternas puertas; dejad pasar al rey de gloria, santo, fuerte, inmortal!"

Y así que estas eternas puertas se hubieron abierto, ¡qué esplendor, mas brillante que millones de soles, no debió estenderse hacía afuera! ¡Todos estos mundos que vemos lucir en el firmamento como chispas de diamante, y los demas que la mano de Dios esparció en el espacio, y que la distancia oculta á nuestra vista; ¡de qué resplandor extraordinario no debieron brillar en aquel día! Abrid, abrid vuestras eternas puertas; el rey de la gloria no viene solo, sino que trae los cautivos que libertó del Limbo, las almas de los justos y de los patriarcas! ¡Abrios, abrios, puertas eternas; dejad pasar al rey de la gloria!

Escuchad los cantos de la Iglesia: "¿A qué ángel dijo nunca el Señor: sentaos á mi derecha hasta que ponga vuestros enemigos bajo mis piés?"

"Aquel que descendió del cielo es el mismo que ahora ha subido sobre todos los cielos.

"El nos trazó una vida nueva: rasgó el velo del templo y vimos nosotros el Santo de los santos.

"Acabásteis, oh Señor, vuestra obra! Triunfásteis de la muerte y ahora vais á tomar posesion de la gloria del cielo, gloria de que os habiais despojado por nosotros.

"Y ya elevado sobre la tierra nos mirais aún, y ved que os siguen los justos que rescatásteis y que hicisteis salir de su sombría prision."

Todo el oficio de la Ascension no es mas que un canto de triunfo, y en los himnos, en los versículos y en las antífonas, viene frecuentemente el pensamiento del rescate de los cautivos.

En tiempo de Eusebio, que vivía hacía el principio del cuarto siglo, se creía saber por tradicion el paraje mismo de donde nuestro Señor subió al cielo: y se mostraban desde este tiempo en el punto mas elevado del monte de los Olivos, sobre una piedra, las señales de la impresion de los piés del Salvador, señales que nada había podido borrar; y sin embargo, la piedad de los fieles hacia que continuamente se raspase esta piedra para llevar á su casa un poquito de este polvo sagrado.

Y lo que es aún mas maravilloso, dice un autor antiguo, es: "Que Tito al hacer el sitio de Jerusalen, plantó sus tiendas sobre el monte de los Olivos, así como en las otras alturas, para ceñir la ciudad deicida, y que los pasos de tanto soldado y la rotacion de tanta máquina de guerra no hiciesen desaparecer las huellas del Dios de paz y de amor."

San Paulino de Nola y Sulpicio Severo, que eran contemporáneos de San Gerónimo, nos dicen lo mismo; y San Agustin era tambien de la misma opinion; y lo prueba cuando dice: "Se iba á Judea á adorar los vestigios de Jesus, que se veian en el lugar de donde subió al cielo." Subsistía esta maravilla aún en el octavo siglo, segun el testimonio del venerable Bedo, y conforme á la fé de un obispo de Occidente que hacia el viaje de Tierra Santa, y que lo asegura como cierto.

El autor que acabo de citar añade: "Hizo Dios otro milagro brillante con respecto á los vestigios del Señor. Cuando la emperatriz Elena edificó la iglesia de la Ascension en el lugar del monte de los Olivos, de donde se sabia que el divino Salvador había subido al cielo, y que se quiso enlosar como el resto de la iglesia el paraje en que se hallaban las señales de los piés, cubriéndolo de preciosos mármoles, en vano se empleaban todos los medios imaginables para conservar allí la losa, porque un poder invisible apartaba del lugar sagrado lo que el arquitecto queria fijar sobre la huella milagrosa.

"Y sucedió lo mismo cuando se trató de cerrar la bóveda, y que no se pudo conseguir. Durante muchos siglos quedó así el cimbrío abierto, é indicaba que Dios había pasado por allí para volverse al reino celestial."

PENTECOSTES.

PENTECOSTES de los judíos, que estos llamaron fiestas de las *Semanas* de la *Ley*, solemnidad de

las *Siegas*, día de los *Primeros frutos*, había sido instituida por Moises para que Israel guardase perdurablemente la memoria de los mandamientos que el Señor le había dado en medio de truenos y relámpagos en el monte Sinaí.

La obediencia á estos divinos mandamientos, la observancia de esta ley dictada por Dios, la sabiduría misma, debían hacer al pueblo que permaneciese fiel, el mas feliz del globo.

PENTECOSTES de los cristianos es la conmemoracion de otra gran jornada en que el Espíritu Santo, bajo la forma visible de lenguas de fuego, descendió sobre los apóstoles para abrasar á aquellos que debían esclarecer el mundo.

El Dios que bajó al cenáculo fué el Eterno mismo que apareció en Sinaí. Bajo la antigua ley le anuncian los truenos; bajo la ley nueva un ruido, semejante á un viento impetuoso que viene del cielo, le precede y llena la casa en que se habían juntado los apóstoles.

A esta gran voz que venía de lo alto, los hombres llenos de fé, que aguardaban al *consolador* que Jesus les había prometido, no dudaron que fuese el cumplimiento de la palabra divina, y sobrecojidos de espanto y de respeto se pusieron á orar, y...

¡oh prodigio! de repente, celestial fuego se divide en lenguas que van á colocarse sobre cada uno de ellos.

¡Fuego celestial! De veras, porque al instante mismo estos hombres débiles y tímidos se sienten cambiados por entero. Bajo la llama divina se han engrandecido sus almas repentinamente y conciben elevados pensamientos, abnegaciones generosas y nobles sacrificios. ¡El Espíritu Santo está ahora con ellos!

¡Oidles así alabar y confesar á Dios en todas lenguas! ¡Sabian apenas el hebreo los doce galileos, y helos aquí hablando para ser entendidos por los partos, medas y clámitas, y por los que habitan la Mesopotamia, la Judea y la Capadocia, el Pontó y el Asia, la Frigia y la Panfilia, el Egipto y la Libia cirenáica, y por los que vienen de Roma, de Creta y de Arabia!

¿Cómo es que los discípulos nos hablan hoy á cada uno en nuestra lengua? ¿Cómo es que de repente se les ha dado tanta ciencia? He aquí lo que con miedo se preguntaban los testigos del prodigio.

Empero los que habían recibido el Espíritu Santo no sentían ni espanto ni temor; porque uno de sus dones era el valor... ¡Oh, ahora ninguno de ellos renegará á Cristo! Con su repentina inspiracion perciben el porvenir que ha de ser sangriento. Mas no importa: ellos se lanzarán ante el hacha y las hogueras, y la rueda y la cruz, y no tiemblan porque el Espíritu Santo está con ellos.

Cierto, la conmemoracion del día en que el Espíritu Santo derramó sobre la Iglesia la riqueza de sus dones, debe ser una de las grandes fiestas cristianas; y así es que Pentecostés no cuenta sobre sí mas que Navidad y Pascua.

Desde los primeros siglos fué celebrada esta solemnidad con todas las pompas del santuario; y antes que la religion hubiese levantado sus magníficas catedrales, la fiesta del Espíritu Santo, la fiesta

ta del que dió la fortaleza á los primeros mártires, habia sido reverenciada en las catacumbas, y las santas palabras que se cantaban entonces bajo sus bóvedas aun las decimos hoy.

“Señor, eres grande, en verdad, y tu poder brilla de todos lados! Todas las criaturas te obedecen: dijiste y se hizo todo; enviaste tu espíritu, y el universo fué criado. . . ¡Aleluya!

“Que Dios se levante, y que sus enemigos se disipen, y que los que le aborrecen huyan delante de su faz!”

Los sacerdotes toman para esta solemnidad el color rojo. El himno *Veni Creator* comienza los oficios de tan solemne día. Esta bella súplica, conocida y repetida por todas las naciones cristianas, la dicen los reyes á su unción, los magistrados antes de ocupar el asiento de la justicia, los obispos antes de consagrar la frente de los levitas, los pueblos antes de abrir sus asambleas. “Ven, Espíritu creador, ven á visitar las almas de los que son tuyos; ven, y llena de gracia los corazones de aquellos que tú criaste; tú á quien llaman Consolador las Santas Escrituras; tú, llamado por ellos don del Altísimo, fuente de la agua viva, unción espiritual, caridad y fuego sagrado.

“Tú derramas sobre nosotros los siete dones de la gracia, rocío fecundante del cielo; tú eres el dedo del Señor que señala la ruta, y tú la ciencia de los apóstoles á quienes hiciste lenguas elocuentes.

“Ilustra también nuestros espíritus, abrasa nuestras almas, y que tu amor se encienda en ellas. Da fuerza á nuestra debilidad, fortaleciéndola con la virtud. Rechaza lejos de nosotros al enemigo, y danos pronto la paz que tú solo puedes darnos. Ven á ser nuestra guía para que marchemos por sendero seguro.

“Se nuestro apoyo, á fin de que no tropecemos con los lazos de los malvados. Ampáranos del mal y haz que viva en nosotros una fe ardiente, para que en nuestro último día confesemos un Dios en tres personas, Padre, Hijo y Espíritu Santo.”

Y ha de confesarse que es un pensamiento saludable el que hizo adoptar esta oración á los poderosos del mundo; y los pueblos debían descansar tranquilos cuando veían á los reyes que gobernaban, y á los jueces que pronunciaban sobre sus vidas y fortunas, implorando de lo alto rectitud y luces.

Hoy existe en las naciones una sorda inquietud, y ¿es acaso el remedio para que cese, mostrar al pueblo los hombres del gobierno con sus pasiones y sus debilidades? Y si Dios apareciera para dar una garantía de justicia, ¿no habria mas reposo y confianza en el mundo?

Nosotros vemos á los políticos fatigarse haciendo leyes, y aumentar cada día el volumen de sus códigos, dando á sus tribunales nuevos ojos y nuevos brazos. Los vemos juntando sus consejos y ordenando medidas para descubrir el mal que atormenta la sociedad. ¡Insensatos! ¡Han arrojado á Dios de sus leyes y quieren que estas tengan fuerza!

En su soberbia han dicho: “Nosotros sabemos todo, nuestras luces nos bastan, y no invocaremos lo

que nuestros padres llamaban Espíritu Santo.” Y se han juntado y puéstose á la obra; y antes de sus deliberaciones, no han doblado la rodilla, no han mirado al cielo, ni exclamado: “¡Espíritu Santo, ¡ilústranos!”

Y ved, ¿qué han hecho? Dijeron orden, y hubo desorden; economía, y hubo dilapidación; dijeron vamos á dar la paz, y el mundo se ha turbado hasta en su seno; vamos á regenerar la tierra, y la cubrieron de sangre; dijeron libertad, y las prisiones no han sido asáz vastas y numerosas para los cautivos que han hecho; igualdad, y se elevaron sobre los otros subiendo por los montones de cadáveres de sus víctimas; dijeron justicia, y se enriquecieron con el campo de la viuda y del huérfano; fraternidad, y los hermanos se hicieron la guerra, y los padres denunciaron á los hijos, y estos pidieron el precio de la cabeza de sus padres; dijeron humanidad, y los cadalsos se elevaron por todos lados y los verdugos gritaron á los que se habian hecho jueces: “Estamos cansados y deseamos reposo.” Y habian dicho muerte, y esa vez cumplieron su palabra, porque cuando los hombres quieren despreciar á Dios, no pueden dar otra cosa!

Esperemos, que pasarán estos tiempos de delirio y vértigo. Parece ya como que se comienza á percibir que Dios falta en los negocios humanos y que es preciso llamarlo á ellos. Hoy hay un progreso, y no mostramos el mal si no es para hacer ver que comienzan á despuntar mejores sentimientos. Nosotros, cristianos, que no tenemos influencia en la cosa pública, no tenemos menos santa misión que llenar. Escribimos para la juventud, y acordándonos de aquel sabio que puso sobre su biblioteca: “Depósito de remedios y venenos para el alma,” hagamos de suerte que en las páginas que escribimos halle aquella siempre los principios que dan la paz, nunca las doctrinas que excitan la turbación; que encuentre donde quiera los pensamientos que salvan y en ninguna parte las máximas que matan. Empero para conseguir esto, es preciso que el Espíritu Santo nos anime, que nuestros corazones ardan en el amor del bien: es menester que la lengua de fuego haya brillado sobre nuestra cabeza, y que hayamos sentido un soplo del cielo; sin esto, nuestros esfuerzos serán vanos, y no se comprenderán nuestras palabras.

Empero, si el Padre de los pobres está con nosotros, los que sufren y lloran sentirán al leerlos algún alivio, *in fletu solatium*, y hallarán una mano amiga que enjugará sus lágrimas: si hemos ocurrido al manantial de los celestes dones, podremos también aliviar muchas miserias: si la luz de los corazones nos ha lanzado algunos de sus divinos rayos, un reflejo de lo alto brillará en nuestras páginas: si el consolador por excelencia derrama sobre nosotros sus gozos inefables, vendrán los desdichados hácia nosotros, como hácia sus amigos: si el dulce huésped de las almas descansa en nuestra casa, habrá entonces paz y calma en nuestros escritos, y seremos para los que riegan con sus sudores los ásperos caminos de la vida, como una suave y fresca brisa en medio de los ardores del estío, y como

el descanso para el jornalero que trabaja desde el nacimiento hasta el ocaso del sol.

Con la ayuda del Espíritu que descendió sobre los apóstoles en el gran día de Pentecostés, podremos acaso lavar y hacer borrar las manchas que la impiedad ha hecho al mundo; y la aridez que el escepticismo ha extendido en las ciencias, las letras y las artes, desaparecerá á nuestros esfuerzos. El malestar que consume las naciones, cesará si nos hallamos todos animados de un solo y mismo espíritu, del mismo y único amor, del amor del bien, que es el amor de Dios.

¡A la obra, pues, hombres de buena voluntad, de corazón, de saber y talento! ¡A la obra! ¡No en vano Dios hizo descender sobre vuestras cabezas la lengua de fuego que os abrasa é ilustra, y no en vano, tampoco, se concede el don de las lenguas, el poder de mover y elevar los corazones!

¡Escuchad! ¡No ois como el ruido de un huracán violento é impetuoso? ¡Oh, yo lo oigo! Pero esta vez no viene del cielo; él llega de la tierra, y lo causan las malas pasiones desencadenadas que rujen y ahullan. Se diría que es una tormenta que se acerca. Y bien, en este espantoso rumor, hay algo que inspira. ¡A la obra, pues, hombres de buena voluntad: á la obra! Reguemos en la tierra aún vírgen que tenemos delante, á manos llenas, la buena semilla, prudentes palabras y principios puros; y cultivemos también el campo que se nos ha confiado; que cuando la tempestad llegue y el huracán se levante, ruja y se cebe en la tierra, haya algo que resista, y sea esto nuestra enseñanza.

Aunque den los obispos la confirmación en todo tiempo del año, se ha mirado, sin embargo, la fiesta de Pentecostés como mas propia para la administración de este sacramento.

Renevan en cierto modo los obispos por la imposición de las manos, el prodigio de la bajada del Espíritu Santo, y le hacen descender á los corazones purificados como descendió á los apóstoles. El Espíritu que comunican por el Sacramento de la Confirmación es el mismo que abrasó los discípulos. Espíritu de fe y de amor, de constancia y fortaleza.

Al salir de su retiro ningún temor detuvo á los apóstoles; su antigua pusilanimidad se habia cambiado en valor, y mil muertes se les habian presentado sin que reculasen de espanto ni de debilidad. Los cristianos que reciben la confirmación deben experimentar lo mismo, porque esta los fortifica para el combate: con ella se arman, y les cae del cielo un casco, una coraza, un escudo y una lanza, armas de bendición que el hierro del enemigo no podrá romper ni perforar.

Un bello genio, un gran personaje, el Demóstenes, el Ciceron del cristianismo, San Pablo, trasportado por el Espíritu Santo, describió todos los dones que los apóstoles y discípulos recibieron de lo alto, cuando las lenguas de fuego se pusieron sobre sus cabezas, dones que no se limitaban á ellos, sino que eran transmitidos por la imposición de las manos, y que han quedado entre los tesoros del episcopado para que los estienda los obispos sobre nosotros y sobre nuestros hijos.

Hay munificencias que los siglos apuran, pues que desean estos los rios mas caudalosos; empero hay manantiales que no pueden agotar, que son los de la gracia. Para estas aguas vivas que manan del cielo no hay ardores ni sequedades capaces de consumirlas, porque la mano de Dios y las alas de los ángeles se estienden sobre ellas y les conservan la abundancia y la frescura.

Dice San Pablo: “Que deben contenerse entre los dones exteriores que el Espíritu Santo infundió á los apóstoles y discípulos, el lenguaje de la sabiduría y la ciencia de las verdades sublimes de la revelación con el talento de propagarlas; la palabra de la ciencia, ó la facultad de interpretar el sentido místico y oculto de las santas Escrituras; la fe, que da el valor en medio de los peligros y de los tormentos; el don de curar por medios sobrenaturales; el don de arrojar los demonios y de resucitar los muertos, haciendo cosas fuera de la naturaleza; el don de profecía; el don de saber discernir los espíritus, ó de juzgar si los que se dicen inspirados están en efecto ilustrados con las luces del Espíritu Santo, ó si no son mas que impostores, y una sagacidad sobrenatural que hace la diferencia entre las sutilidades de Satanás y las divinas impulsiones, una prudencia que asigna á cada uno el lugar, el oficio y la función que puede llenar en la Iglesia; el don de lenguas, ó una aptitud súbita para hablarlas sin haberlas aprendido, y en la de interpretarlas.

Estos dones tan prodigiosos y sobrenaturales debieron excitar mas que sorpresa en el concurso de diversas gentes, que la solemnidad de Pentecostés traía á Jerusalem, porque en todos tiempos hay y habrá hombres orgullosos que se irritan con lo que está sobre ellos, ridiculizando lo que su espíritu no puede comprender ni explicar; y en la multitud que presenciaba el santo entusiasmo de los apóstoles y escuchaba sus palabras inspiradas, habia incrédulos despreocupados de ese tiempo que decían: “Estos galileos estan ébrios y el vino les hace hablar.”

¡Cuántas gentes semejan aún á esos escépticos de Judea! Gentes de corazón frío y de almas adormecidas, gentes que no sintiendo nada elevado, creen que todo vegeta por el suelo; almas heladas que no quieren creer en el fuego, tristes buhos que no comprenden el amor del águila por el sol. ¡Oh! todo hombre que avanza en edad ha de haber encontrado en su ruta algunas de estas gentes que repiten á los que tienen fuego y entusiasmo lo que los incrédulos de Jerusalem decían de los espíritus inspirados: *están ébrios*. En diez y ocho siglos muchas razas han perecido, y ha quedado esta en medio de nosotros para dudar, mofarse é insultar.

TRINIDAD.

La Santísima TRINIDAD se ha invocado en nuestro nacimiento y se invocará también en nuestra muerte. En la fuente bautismal nos dice el sacerdote: “En el nombre del Padre, y del Hijo y del

Espíritu Santo, id y andad en la vida." Y en las puertas de la tumba, cuando tendidos desfallezamos ya en nuestro lecho de agonía, nos dirá el sacerdote: "Partid, alma cristiana, en el nombre del Padre que os crió, en el nombre del Hijo que sufrió por vos, y en el nombre del Espíritu Santo que os ha santificado. Así, pues, entre dos invocaciones á la Santísima Trinidad coloca la religion todos los días del hombre; y como estos días, semejantes á las ondas que se desbordan, podrían perder de su pureza, dejando de pasar bajo los ojos de Dios, ha querido el catolicismo que la memoria de la Trinidad se renovase, no solamente en todas las circunstancias graves de la vida, sino aun frecuentemente en el mismo día.

Los sacramentos que se encuentran entre el Bautismo y la Estrema-Unción, se administran todos en el nombre de un Dios en tres personas, y la Iglesia tiene tanto empeño en que los cristianos no pierdan de vista este misterio, que lo introduce en sus oraciones de por la mañana y tarde, en sus prédicas, en sus himnos y en su sacrificio. En la tierra se repite: "Gloria al Padre, gloria al Hijo, gloria al Espíritu Santo." así como los serafines en sus eternos éstasis repiten: "Santo, santo, santo, Señor Dios de los ejércitos! Gloria á Dios en las alturas!" El *Gloria Patri* es la *hossana* de los hombres, el himno sin fin de este mundo.

El gran misterio de la Trinidad colma de tal modo nuestro espíritu, que es preciso para hablar de él de un modo digno, servirse de las palabras que los santos han dicho antes que nosotros; y sin esta prudencia se corre riesgo de desviarse. La gloria de Dios en tres personas fascina y turba; así, pues, nosotros profanos, nos limitamos á repetir el admirable símbolo de San Atanasio. Helo aquí en toda su sublime simplicidad: "Aquel que desee salvarse debe ante todo abrazar la fé católica y permanecer firme en ella; y el que no la conserve entera é inviolable perecerá eternamente.

"Consiste la fé católica en adorar á un Dios en tres personas, y estas tres personas en un solo Dios sin confundir las personas ni separar la sustancia.

"Porque una es la persona del Padre, otra es la persona del Hijo, y otra es la persona del Espíritu Santo; empero la divinidad del Padre, la del Hijo y la del Espíritu Santo es una, su gloria igual, su magestad coeterna.

"Tal cual es el Padre, tal es el Hijo y tal el Espíritu Santo: el Padre es increado, el Hijo es increado é increado el Espíritu Santo: el Padre es inmenso, el Hijo es inmenso, é inmenso el Espíritu Santo: el Padre es eterno, el Hijo es eterno, y eterno el Espíritu Santo:

"Empero no son tres eternos, sino un solo eterno; como no son tres increados, ni tres inmensos, sino un solo inmenso, un solo increado.

"Asimismo el Padre es todopoderoso, el Hijo es todopoderoso, y todopoderoso el Espíritu Santo: así el Padre es Dios, el Hijo es Dios, el Espíritu Santo es Dios; así el Padre es Señor, el Hijo es Señor, el Espíritu Santo es Señor.

"Porque así como la verdad cristiana nos obliga

á reconocer y confesar que cada una de las tres personas es Dios y Señor, la religion católica nos prohíbe el creerlas tres dioses ó tres señores.

"El Padre no fué creado ó engendrado por otro: el Hijo no fué creado, sino engendrado por el Padre solo; el Espíritu Santo ni fué creado ni engendrado, sino que procede del Padre y del Hijo.

"No hay, pues, mas que un solo Padre y no tres Padres; no mas que un solo Hijo y no tres Hijos; no mas tampoco que un Espíritu Santo y no tres Espíritus Santos.

"Y en esta Trinidad no hay mas antiguo ni menos antiguo, mas grande ni menos grande, sino que las tres personas son coeternas é iguales entre sí.

"De suerte que, como se ha dicho, debemos adorar la unidad en la Trinidad, adorando tambien la Trinidad en la unidad."

Cuando San Atanasio escribió estas palabras, estaba inspirado de la luz de lo alto, y así la Iglesia, que quiere que el dogma de la Santísima Trinidad sea inmutable, hace un deber á los sacerdotes la repetición de este símbolo en todos los domingos.

"Si imponemos silencio á nuestros sentidos, dice Bossuet, y que nos encerremos por unos instantes en nosotros mismos, en nuestra alma, en esta parte á donde llega la verdad y se hace oír, verémos allí una imagen de la Trinidad que adoramos. El pensamiento que sentimos nacer como el germen de nuestro espíritu, como el hijo de nuestra inteligencia, nos da alguna idea del Dios concebido eternamente en la inteligencia del Padre celestial. Y por esto es que toma este Hijo de Dios el nombre del Verbo, para darnos á entender que nace en el seno del Padre, no como nacen los cuerpos, sino como nace en nuestra alma esa palabra interior que sentimos en nosotros cuando contemplamos la verdad.

"Empero lo fecundo de nuestro espíritu no se termina en esta palabra interior, en este pensamiento intelectual, en esta imagen de la verdad que se forma en nosotros. Amamos esta palabra interior y el espíritu que la produce, y amándola, sentimos en nosotros mismos algo que no nos es menos precioso que nuestro espíritu y nuestro pensamiento, que es el fruto del uno y del otro que los une y se reúne con ellos, no haciendo todos mas que una misma vida.

"Así, pues, si puede hallarse relacion entre el hombre y Dios, así, digo, se produce en Dios el amor eterno que sale del Padre que piensa y del Hijo que es su pensamiento, para hacer, reuniéndose, una misma naturaleza igualmente feliz y perfecta.

"He aquí, esclama Chateaubriand, un bello comentario á propósito de una sola palabra del Génesis: *Hagamos el hombre.*"

¡No es, en verdad, lastimoso el oír á hombres fútiles y ligeros, á inteligencias que no han meditado mas que el placer, imaginaciones nutridas de cobre y plata, de lucro y de negocios, reír y mofarse de los misterios del cristianismo, cuando genios tales como Tertuliano y Bossuet se detuvieron á contemplar y admirar su grandeza y sublimidad?

San Ambrosio, Orígenes, y San Agustín, al escribir sobre el dogma de la Trinidad, no vacilan en

decir que los santos patriarcas tenían conocimiento de este misterio, creyendo que eran bastante puros y santos, y que estando tan cerca de Dios, hasta conversar con él, no debían ignorar nada de su grandeza.

Empero detengámonos con respeto ante estas impenetrables profundidades. Si es dado á los ángeles contemplar faz á faz el triángulo de fuego que resplandece en lo alto del cielo; si, como el águila que va á mirar de cerca al sol, pueden soportar tanto esplendor y brillo sin destruirse, no nos pertenece á nosotros levantarnos tan alto, y debemos adorar entre el polvo.

Un santo doctor que buscaba el silencio para entregarse lejos del ruido y distracción del mundo á la oración y meditación, se paseaba un día solo por la ribera del mar, y ocupado de graves pensamientos, ora miraba al cielo, ora llevaba sus miradas por la inmensidad de las ondas.

La vista del cielo, de la bóveda azul y de las nubes, el espectáculo del mar con su movimiento y sus olas, son dos magníficas escenas que agradan á las almas meditabundas: hay en ellas algo de infinito, y esto eleva hácia Dios.

Preocupábase el santo en su solitario paseo con el misterio de la Trinidad. Acostumbrado en su retiro el santo á profundas meditaciones, mil cosas que nos detendrían á nosotros no eran obstáculos para él; y la santidad de su vida, el hábito de oración le habían dado, por decirlo así, alas que lo llevaban con frecuencia á muy altas regiones: así aquel día, olvidando la humildad, no se retiró ante el mas impenetrable de los misterios, y creyó que el saber humano podría comprender el Dios en *tres personas* y explicar la Trinidad. ¡Pensamiento de orgullo! Ahora, dijo, va á revelarme mi penetración lo que no se ha dado á los demás hombres; y yo, criatura, voy á comprender el Criador.

Ya por las ideas lucidas y claras que se sucedían, creía hacer de ellas escalones para ir á ver en el cielo los misterios sagrados, cuando cerca de sí vió un niño sentado á la orilla que cavaba un pocito en la arena, y cada vez que la ola venía junto á él, tomaba con una conchita del agua, y la vertía en el pozo que hizo con sus manitas. . . . El santo, examinándolo un rato le dijo:—¡Niño, qué haces?—Quiero sacar el agua del mar y echarla en este pozo.—¿Cómo! ese trabajo es locura.—Menor, respondió el niño, que el que os ocupaba denantes. Yo vaciaré la mar y contaré sus arenas, primero que vos concibais el misterio que vuestro orgullo pretendía explicar." Y luego, desplegando sus alas, hasta entonces invisibles, se elevó el querubín de la ribera al cielo. El solitario humillado se prosternó en tierra y adoró con fé y simplicidad de corazón.

En el oficio del domingo de la Trinidad, cantan los sacerdotes en la procesion: "Los serafines cantaban y respondían entre sí: ¡Santo, santo, santo, Señor Dios de los ejércitos!"

"La tierra entera está llena de vuestra gloria, y tres dan testimonio en el cielo: el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo; tres que no son sino uno."

"Vos sois admirable, oh Señor nuestro Dios! ¡Os sentais sobre los querubines y veis hasta el fondo del abismo!"

"¡Vos seréis, Señor, alabado en el firmamento y hasta el fin de los siglos!"

"¡Dios, tres veces santo! ¡Dios tres veces poderoso! ¡Incomprensible Trinidad! ¡Esplendorosa luz eterna! ¡Unidad siempre verdadera! ¡Verdad siempre una! ¡Caridad siempre la misma! ¡Alabado y bendecido seáis, porque sois la alegría de los ángeles y el regocijo de los hombres!"

"¡Estais rodeado de impenetrables nubes y habitais inaccesible; los arcángeles y toda la milicia celestial os adoran; las dominaciones, las virtudes y las potestades tiemblan en vuestra presencia!"

El Evangelio de este día invistió á los apóstoles de su gran mision:

"En ese tiempo dijo Jesus á sus discípulos: Todo poder me ha sido dado en el cielo y en la tierra. Id, pues, é instruid todos los pueblos bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles á observar cuanto os he mandado; id seguros que yo estaré con vosotros hasta el fin de los siglos."

El día que recuerda esta mision dada por el Salvador á los apóstoles, debe ser celebrado por la Iglesia, porque el Evangelio de este día fué el que le dió el mundo. "Id é instruid todos los pueblos: yo estaré con vosotros hasta el fin de los siglos." ¡Qué gran investidura y qué promesa consoladora! y ¡qué esperanzas mejor fundadas que las nuestras!

Un obispo de Lieja, Estévan, desde el año 920, compuso un oficio en honor de la Santísima Trinidad.

El concilio de Arles ordenó en 1260 la celebración de la fiesta de la Trinidad; mas fué solamente en el décimo cuarto siglo, bajo el pontificado del papa Juan XXII, que se hizo esta solemnidad general en toda la cristiandad.

CORPUS.

PARA describir bien esta fiesta del CORPUS, seria preciso todo lo risueño de la estacion en que la Iglesia ha querido celebrarla. Seria menester el radiante sol, el cielo azul y las flores de Junio. Necesitaria de la inspiracion que dan estas cosas exteriores y de los vivificantes pensamientos que bajan al alma con el rocío que en los bellos días cae sobre las flores.

Y sin embargo, voy á hablar de ella cuando se deshojan las rosas y que solo quedan las dalias del otoño, y al ruido del viento de los muertos que comienza á soplar, y en lugar de pintar del natural, tendré que bosquejar de memoria. Empero en el día cuyo origen describo hay tanto recuerdo, tan santa poesía, que espero que mis pinceles darán á lo que produzcan algun color.

Fué el Juéves santo la verdadera conmemoracion del misterio *eucarístico*, y debia hacerse en este día la fiesta de nuestros tabernáculos; pero, ¡có-

mo introducir el regocijo en la semana de los dolores? En la víspera del Viernes santo la Iglesia, como una desconsolada esposa, no podía coronarse de flores ni entonar cánticos de alegría.

Así es que las pompas del Jueves santo semejan á un rayo de sol en un día sombrío. En este día, en verdad, los ornamentos violados no son los que visten los sacerdotes; pero desde el oficio de por la mañana el altar está despojado, y el tabernáculo vacío permanece abierto. En la víspera de la muerte del Salvador no se dejan de repetir las palabras pronunciadas en la cena cuando partió el pan con sus apóstoles, palabras que serán repetidas hasta el fin de los siglos, pues que por ellas baja Dios de los cielos en medio de los hombres.

Queriendo Jesucristo disponer los espíritus á concebir la transformación que debía hacer de su carne y de su sangre, en alimento y bebida, para nutrir las almas de aquellos á quienes deseaba procurar la vida eterna, habló al principio de un mantenimiento que no era perecedero y de un verdadero pan del cielo: luego insinuó que *él mismo* era ese mantenimiento, ese pan celestial; y en fin declaró abiertamente que *él* era el pan de la vida, diferente del maná del desierto, que no garantiza de la muerte. "Yo soy, dijo, el pan vivo venido del cielo con el fin de que aquel que coma de él no muera, sino que viva eternamente. El pan que daré es mi carne."

Al oírlo hablar así se preguntaban uno á otro los judíos cómo podía ser eso, y Jesús decía: "En verdad os declaro que si no coméis de la carne del Hijo del hombre y si no bebéis su sangre no tendréis la vida eterna; y aquel la tendrá que coma de mi carne y beba de mi sangre: yo lo resucitaré en el último día, porque mi carne es verdaderamente un mantenimiento y mi sangre una bebida, y el que coma y beba de ellas vivirá en mí y yo en él, como mi Padre que me envía está vivo y que yo vivo por él, así el que coma de mí vivirá también para mí. Este es pan del cielo, no como el maná de que vuestros padres comieron en el desierto y que no les evitó el morir, sino un pan que comiéndolo hará vivir eternamente."

Así hablaba Jesús en Cafarnaüm en medio de la sinagoga, en donde acostumbraba entrar los sábados para enseñar. Algunos de sus discípulos que lo oían dijeron: "Este discurso es difícil, y ¿quién puede comprenderlo?"

Jesús, conociendo sus secretos murmullos, les dijo: "Mis palabras os chocan, y ¿qué será cuando veáis al Hijo del hombre subir hacia donde antes estaba? El espíritu es el que vivifica, la carne no sabe. Lo que os he dicho es espíritu y vida; pero entre vosotros hay algunos que no creen, y por eso os dije también que nadie podría venir á mí si no le era dado por mi padre."

Entonces muchos de sus discípulos lo dejaron. Lo que visto por Jesús, dijo á los doce escogidos: "¿Y vosotros no me dejareis también?" y Simón Pedro respondió: "¿A quién podríamos ir, Señor? Vos tenéis las palabras de la vida eterna." Al leer y transcribir estas santas y misteriosas palabras, se ve cuán grande era el deseo que tenía el Salvador

de preparar los espíritus para el gran misterio de su amor. El sabía cómo se rebelaría la orgullosa razón humana contra lo que no podría comprender. Así es que mas de un año antes de la institución del sacramento de la Eucaristía, hablaba de aquel modo en la sinagoga, delante del pueblo reunido para orar en el día del Señor.

Llega en fin la noche de la Cena Pascual, y entonces, sentado en la mesa con los doce apóstoles, llega á la tierra el don de su eterno amor. Y tomando el pan y dando gracias, lo rompió y lo repartió á los discípulos diciendo: "Tomad y comed, que este es mi cuerpo, que os es dado y que será entregado por vosotros; hacedlo en memoria mía." Y tomando la copa y dando gracias, la presentó diciendo: "Bebed todos, porque esta es mi sangre, sangre de la nueva alianza que se derramará en favor de muchos por la remisión de sus pecados. Este es el cáliz del nuevo testamento, misterio de fé, cáliz de mi sangre que será derramada por vosotros: haced esto siempre en memoria mía."

Bebieron todos y Jesús les dijo: "Os declaro que no beberé de hoy mas el fruto de la viña, hasta que de nuevo lo beba con vosotros en el reino de mi Padre."

Y este misterio de la carne y sangre divinas es el que se celebra el día del Corpus, y para que nada falte á su pompa, la Iglesia lo colocó en la mas dulce y risueña estación del año. Y en esta elección de un día de Junio para celebrar al Dios de la naturaleza, hay una grande armonía, porque este Dios que obra con su poder el prodigio de la Eucaristía, es el mismo que hace nacer y abrirse las flores: y yo, que no quiero que mi corazón se deseeque por la duda; yo, que quiero doblegar mi espíritu ante lo que la fé manda, creo que es tan fácil á Dios hacerse el mantenimiento espiritual del hombre, como hacer brotar las primulas de la primavera, descender las nieves en invierno y brillar la luz en medio de las tinieblas de la noche.

Empero contra este misterio de los altares se había ya blasfemado por algunos herejes, y sentía la Iglesia la necesidad de una expiación, y ¡admirad cuán agradables son á Dios la humildad y la piedad! fué una virgen de diez y seis años, la bienaventurada Juliana de Monte Cornillon, religiosa hospitalaria en las puertas de la ciudad de Lieja, la escogida para escitar la institución de una fiesta anual en honor del santísimo Sacramento.

En su celda, el amor de Jesucristo la escita y la abrasa, y llora sobre la ceguera de los hombres que lo desconocen, y nada la consuela cuando ve que el Dios que adora está ultrajado en los altares en que su bondad lo hace habitar. En sus santos pesares y ardientes oraciones se eleva en éxtasis hasta el cielo; y cuando baja de las celestiales alturas no creáis que la virgen permanecerá tímida sin atreverse á levantar la voz, sino que se hará oír del sumo pontífice. Y esta fiesta, concebida por la piadosa novicia, hará marchar á los reyes, los magistrados y los guerreros para asistir á sus pompas; y el día que la humilde doncella hubo escogido será el mas bello del año cristiano.

Dios prueba á sus santos, y Juliana murió antes de ver realizado el deseo de su vida; empero una hermana, también de Lieja, continuó la obra comenzada, y el 8 de Setiembre de 1264, un breve del papa Urbano IV fué espedido á la piadosa amiga de Juliana. Esta bula, dada en Orvieto, instituye la fiesta del Sacramento y ordena que se celebre con todas las solemnidades de las fiestas de primer orden. Y la voluntad del pontífice está cumplida hoy, porque el catolicismo no tiene una fiesta mas conforme al corazón de los pueblos que la del Córpus.

Podría llamarse esta santa jornada la fiesta de la tierra, de las ciudades y de las aldeas, pues que no hay donde quiera sino gozosos repiques, cantos de alegría, arcos de verdor en los campos, ricos tapices en las calles de las ciudades, columnas de incienso que suben hasta el cielo, flores deshojadas y esparcidas por el suelo, el pueblo vestido de nuevo, niños coronados de rosas y azulejos, altares cerca de las chozas y de los palacios, banderas, cirios y tambores, soldados pacíficos y sacerdotes radiantes de alegría.

¡Oh, aquel que es bastante feliz para no tener sobre el corazón el peso de ningún remordimiento, siente en aquel día, cuando despierta, el regocijo general con el aire de la mañana! esa alegría está donde quiera y sube de la tierra como una súplica y baja del cielo como un beneficio. El aire está impregnado de ella, y en ese día el clima parece mas suave: los que lloran sienten que sus lágrimas son menos amargas, y los dichosos gozan mejor de su felicidad.

De todos los días del año, es este aquel en que mas convencido queda uno de la presencia de Dios por donde quiera. El rey de pone en su palacio la corona, y baja del trono para seguir á aquel que le ha conferido el poder: el pobre, sufriendo en su lecho, se alza de su cama para ver pasar á Dios que cura y consuela, y los niños en las familias desde temprano se levantan para admirar los altares de la ciudad antes que la multitud obstruya las plazas y las calles, porque en este grande día se viene de lejos para asistir á esta procesion, en la que marcharán los príncipes de la Iglesia.

Toda su pompa y toda la gente que la admira ocultan lo feo y lo viejo de la irregular ciudad, que se cree en este día bella por su entusiasmo y por lo poético de la fiesta. ¡Poesía! ¡Entusiasmo! ¡Cómo embellecen las cosas estos rayos del cielo!

He aquí la marcha de la procesion. Los mas humildes y pobres van los primeros con sus cruces de madera: las órdenes mendicantes hienden la multitud, y esto es una memoria del Oriente, porque estos religiosos, con sus cabellos rasurados y su larga barba, sus sandalias y sus hábitos pardos, no han cambiado nada al uso de los primeros anacoretas. Así estaban vestidos en sus grutas, cavadas en las rocas, los hijos de la soledad y del silencio. Van luego los niños vestidos, recordando las escenas del Antiguo y Nuevo testamento. Ora es Abraham pronto á sacrificar á Isaac, y el ángel que detiene el brazo de aquel patriarca; ora Agar en el desierto, cerca de Ismael, muriendo de sed; ya el juicio de Salomón y la reina Sabá que le trae presentes;

mas lejos, el nacimiento del Niño Jesús, la cuna con los pastores y los ángeles, ó los magos ofreciendo al Hijo de María oro, incienso y mirra; David tañendo su harpa delante del arca; Miguel con su espada desnuda contra el infierno; Rafael conduciendo á Tobías, y los diversos pueblos de la tierra en grupos, danzando reverentemente ante el Sacramento que regocija á todos, ante el Dios vivo que se oculta en la hostia eucarística.

Véase, sin embargo, todo esto á alguna distancia del Sacramento, porque cerca de él vienen todas las órdenes religiosas de los diferentes conventos de la ciudad, los levitas de los seminarios, el clero de las parroquias, los canónigos de la catedral, los capellanes de hospicios y capillas, los colegios y gentes notables que marchan en dos filas unos con cirios encendidos, otros con ramos verdes ó ramilletes de flores.

Entre esta doble hilera se adelantan lentamente las cruces y guiones con festones de flores y flotantes banderas, las estatuas de los santos, las urnas de los mártires, de las vírgenes, de los ermitaños y de los pontífices; estos relicarios de formas góticas y antigua escultura, se llevan en andas cubiertas de terciopelo y franjas de oro y plata, por jóvenes tonsurados, con albas y cíngulos azules. Y luego lejos, al fin de esta larga avenida, por entre mil esplendores y en medio de nubes de incienso y de una lluvia de rosas deshojadas, que baja en cada calle, de cada casa y de cada balcón, se percibe la custodia radiante como un sol en manos del obispo bajo el magnífico palio de la catedral, cuya gotera bordada de oro, se ondea sobre el Sacramento y el pontífice. Príncipes, señores, militares y magistrados, tienen á su turno el honor de llevar las varas del palio; y con este cortejo pacífico se junta la milicia. Plumeros, bayonetas y espadas se ven brillar al lado de las cruces de plata y de las llamas de los cirios y de los hachones. Con frecuencia se detiene la procesion en los altares que cada barrio ha hecho, y la carrera por donde pasa, mejor habitada, está magníficamente colgada.

La Iglesia ha escogido el jueves despues de la octava de Pentecostés, para celebrar esta fiesta querida de los cristianos.

"La parte mas brillante del oficio del santo Sacramento, dice el Tratado de las Fiestas, y que mas contribuye á distinguir ésta de las otras, es la solemne procesion en que el cuerpo de Cristo se lleva en triunfo con el mayor aparato. Fijan muchos esta institución á Juan XXII, y creen que debe su origen á la esposicion del Santísimo."

Dura esta esposicion toda la octava de la fiesta eucarística, y es maravillosa la magnificencia de nuestras iglesias en ella. En las ciudades, tiene en verdad grande encanto esta octava para las almas piadosas; pero en el campo, la *salutación* por la tarde tiene un santo atractivo para los católicos que habitan las santas mansiones y las cabañas de las aldeas.

Cuando el sol se estingue en el cielo, se encienden los cirios sobre los altares, y cuando los pajariños cesan sus cantos bajo la enramada, comienzan

los himnos en las iglesias. Los ricos y los pobres se encaminan hacia el rústico templo cuyas campanas repican, y á esa hora en que la frescura y el reposo descienden sobre la naturaleza, la oracion y la paz del cielo llegan á las almas que creen, que aman y esperan.

Conserva el altar los ornamentos con que se habia adornado en el gran dia: el palio permanece en el santuario con la cruz de plata y la bandera de los antiguos tiempos. Las flores, los arbustos y los naranjos, que los jardineros de la comarca han dado en aquellos dias, mezclan aún sus perfumes con el incienso, y bajo las doradas palmas, agachadas como una bóveda, ó bajo el cortinaje de terciopelo carmesí, entre dos ángeles que adoran, está espuesta la custodia con sus rayos de oro y plata y de preciosas piedras. Durante el dia han ardido los hachones, y las almas piadosas y los notables se han relevado para que no se pase una hora sin adoracion.

Si un extranjero entra entonces en la iglesia, sea en la ciudad ó en la aldea, se siente tocado de tan piadosas prácticas; y si tiene la felicidad de creer, se prosterna y se mezcla como hermano de aquellos que ve acaso por la primera vez; si no cree... él envidiará entonces la fé de aquellos que ve orando en calma y en silencio, porque percibe que hay allí un gran reposo y una paz profunda. Con el olor de los cirios perfumados que arden, con la fragancia de las tuberosas y de los naranjos agrupados sobre el altar y con la suavidad que queda del incienso, se respira allí como un aire bendito del cielo.

Y cuando llega al octavo dia el fin de la octava, los fieles que se habian acostumbrado á orar juntos se contristan de ver concluir este tiempo santificado. Se diría una familia que va á dejar de vivir bajo el mismo techo, ó bien hermanos que van á separarse.

Ha habido tanta piadosa alegría en el pueblo cristiano el dia de Corpus, que no puede dejar de tener un reflejo. Así es que en el dia de la octava, que en algunos países se llama pequeño Corpus, hay tambien una procesion.

Las procesiones del Santísimo Sacramento varían de pompa y de belleza segun los lugares. Majestuosas en las ciudades, están llenas de gracia en las aldeas. La fiesta del Corpus en el campo puede muy bien compararse con la fiesta de los *Tabernáculos* de los hebreos. Desciende entonces el Señor para habitar bajo las bóvedas de verdor y flores.

“En las ciudades, dice Chateaubriand, el repique de las campanas y el ruido del cañon anuncian que el Todopoderoso ha pasado el umbral del templo. A intervalos cesan las voces que cantan y los instrumentos que tañen, y se hace un silencio tan majestuoso como el de los grandes mares en un dia de calma, y en el recojimiento de la multitud se oyen apenas los pasos sobre el enlosado que resuena.

“Empero, ¿dónde va este Dios temible, cuya majestad proclaman los poderosos de la tierra? El va á descansar bajo tiendas de lienzo y arcos de verdor que le presentan, como en los dias de la antigua alianza, templos inocentes y retiros campestres. Los humildes de corazon, los pobres, los niños le

preceden; los jueces, los guerreros, los potentados le siguen, y marcha entre la simplicidad y la grandeza, como el mes que se escogió para la fiesta se muestra á los hombres entre la estacion de las flores y de los rayos.

“Las ventanas y los muros de la ciudad están llenos de habitantes cuyo corazon se abre en la fiesta del Corpus de la patria; el recién nacido tiende sus bracitos al Niño Jesus, y el anciano, inclinado hácia la tumba, siente de repente, libre de sus temores, no sé qué seguridad de vida que lo llena de alegría á la vista del Dios vivo.”

La fiesta del Corpus no gusta solamente á la multitud que viene á ver pasar por las calles las pompas del santuario, sino que está llena de encanto para los poetas, y si no, ved á cuántos ha inspirado. Hemos citado á Chateaubriand, el primero de todos, y despues de él á Delille, Soumet y muchos otros aún.

Hallamos en esta fiesta tantas cosas para elevar el espíritu, mover el corazon y santificar el alma, que damos de ella diferentes cuadros. Ya dijimos la pompa de la ciudad; dirémos ahora la simplicidad del campo.

De tal modo se nos quiere dar la libertad, que las poblaciones católicas de muchas grandes ciudades se ven hoy como desheredadas de la magnificencia de la religion. En Paris, ciudad antes querida de los reyes *cristianísimos*, el Dios de Clotilde y de Clovis está como prisionero en los templos.— Los ministros, temiendo los sacrilegios, no se atreven á hacer salir del Santo de los santos la radiante Eucaristía. ¿Quién sabe si los *espíritus fuertes* del siglo y el racionalismo no se hallarian en las calles para insultarla!

En la aldea, así como hay mas fé, hay tambien mas verdadera libertad. En la pequeña iglesia, bastante vasta empero para contener sus feligreses, se muestra fuera su bandera y palio de damasco rojo, su cruz y ciriales y hermosos ramilletes. Esta es toda la magnificencia de aquel rústico templo.

Un anciano cura, confesor de la fé, un joven vicario de una apariencia suave y modesta, componen todo el clero, y vienen luego los acólitos con albas blancas, con fajas azules, unos de ellos con incensarios y otros con canastillos de flores, de las cuales riegan delante del sacerdote: cien niñas con velos blancos, y conducidas por las hermanas de la cofradía de Nuestra Señora siguen la bandera de la Virgen, y la escuela del pueblo con una circunspeccion religiosa, que pudiera dar ejemplo á un gran colegio, va en orden delante del Sacramento.

La alianza entre los presbiterios y las buenas familias es antigua; y ¿cómo pudiera ser de otro modo? Las señoras y sus hijas han ocupado siempre sus ocios en bordar los ornamentos de sus capillas ó de la iglesia de la parroquia. Ellas envían siempre las limosnas para los pobres á los curas, quienes los han recomendado á su caridad. Así en las Rogativas, y en el Corpus particularmente, el clero de las aldeas viene á su morada á mostrar su reconocimiento y á hacer ver los necesitados que han socorrido.

Sale la procesion de la iglesia con un sol resplandeciente, y por algun tiempo la cruz de plata brilla con sus rayos; mas luego se esconde en la sombría arboleda, cercada por los honrados campesinos de la comarca, que deponiendo sus azadas y hachas toman los ciriales y las varas del palio que cubre el Sacramento, y le acompañan; y sus voces en la espesura, mas fuertes que justas, hacen resonar las alabanzas del Dios que se manifiesta bajo una misteriosa apariencia.

Despues de los cantores, el maestro de la escuela se muestra grave entre algunos de sus discípulos, y dirige el canto de varios himnos antiguos, que aquellos niños entonan con indecible alegría. Dignos cantores de tan divina fiesta, puros, alaban la pureza del eucarístico misterio, y mas que la armonía, se nota el entusiasmo y la fé de la joven edad.

Al fin de una calzada se descubre el verde pórtico de una larga nave gótica, y es esta un hermoso templo casi tan ancho como el de Santa Genoveva, de mas de doscientos pasos de largo: mas de doscientas columnas con elegantes frondosos capiteles, adornados de guirnaldas que no se marchitan, con maravillosas y delicadas molduras y miembros que se cruzan y se entretajan, forman la bóveda; y en medio de este recinto, sombrío como nuestras catedrales, se percibe el altar elevado en numerosas gradas y brillando con la luz de los cirios y el esmalte de las flores. Cuando la voz del coro de la aldea se calla, los hábiles cantores del templo que describo celebran á su turno al Dios de la naturaleza. Los pajarillos son los cantores de esta gótica nave, compuesta de una avenida recta á la francesa, de hermosos árboles que forman con sus ramas la bóveda debajo de la cual en la religiosa sombra se elevó el altar, y la procesion hizo en él su última estacion. Y al través de los móviles ramos, los rayos del sol venían á hacer brillar la custodia levantada á su sacerdotado sobre la multitud, que, de rodillas en medio del musgo y de flores deshojadas, guardaba un gran silencio... ¡Oh, qué lejos estábamos allí del ruido que las revoluciones traen en pos de ellas! ¿Habria uno querido permanecer allí largo tiempo con los que ama!... Empero, el rústico maestro de ceremonias dió la señal, y la procesion se puso de nuevo en camino.

Antes de entrar en la iglesia, se dió vuelta al cementerio, por el cual se marchaba silenciosamente, sin ruido, como sobre una alfombra. Las rosas, amapolas y azulejos que los niños regaban delante de los pasos del Dios que ha dicho: “Yo soy la resurreccion y la vida,” caían sobre las huesas de los finados de la aldea, y se detuvo un instante el Sacramento ante la tumba de una matrona bienhechora del pueblo, para bendecir la mujer caritativa y piadosa que habia adornado los altares, vestido al pobre y mantenido al huérfano.

En toda esta ceremonia campestre, fué sensible que la procesion no se dirigiera hácia la mar que está cerca, y allí sobre las rocas acantiladas, á doscientos pasos de las espumosas olas, hubiera si-

do bello un altar. Acabábamos de ver un Dios de mansedumbre y paz bajo el hojoso templo; y habríamos visto allí un Dios fuerte y magestuoso sobre uno de estos petruscos inmutables que su mano crió en frente de esas grandes aguas en que anduvo su eterna sabiduría.

Parecia injusto dejar así de lado el mar, porque él tambien alaba al Señor que le ha dado el secreto de los abismos y el poder de las tempestades; y, ¿no le vemos siempre obediente á la voz del Señor abrir sus ondas para dejar pasar los protegidos, ó levantar sus olas para sumergir los reyes, los carros y los caballeros?

DEDICACION.

AL instante en que los hombres tuvieron el pensamiento de elevar templos al rey del cielo, debieron consagrar estas mansiones destinadas á recibir bajo sus bóvedas al que está sentado sobre las nubes. Antes que Dios se dignase bajar á un altar de mármol ó oro, fué preciso que el oro y el mármol fuesen mejor que la materia, y para purificarlos y santificarlos fué invocada la religion desde el principio: ella sola por la consagracion ha sido capaz de agrandar bastante nuestras iglesias para que el Todopoderoso, creador del universo, pudiese hacer su residencia en estas.

Quando ella pone su mano sobre la frente del niño que acaba de nacer, y que vierte sobre su cabeza el agua del bautismo, le purifica de la mancha original: cuando el hombre está próximo á dejar la vida, aquella da el aceite de los moribundos, y el alma cristiana que parte, va consagrada á las regiones de mas allá de la tumba. Así tambien, cuando la religion toca la piedra de nuestros templos con su santo crisma, la hace bastante santa para que la misma santidad pueda sentarse en ella.

Dios, como espíritu eterno é incomprendible, no puede existir sino en sí mismo: él mismo es su lugar, su mundo, su trono y su templo. *Yo vivo en mi Padre y mi Padre vive en mí*, decia Jesucristo. Los hombres habrian, pues, podido contentarse con ese bello templo que el Eterno se habia edificado, el *universo*, que tiene por altar los globos luminosos que brillan en el firmamento, y por estension el infinito; empero el pensamiento humano se hubiera perdido en los espacios sin límites, y Dios, midiéndose con nuestra debilidad, ha querido venir á habitar las casas que le hemos fabricado.

Era digno de su bondad rebajarse hasta tomar una habitacion entre nosotros: consintiendo por su Encarnacion en hacerse nuestro hermano, quiso acercárenos. Y para oír mejor nuestras súplicas, para estar mas próximo á nuestros dolores, no se arrojó de nuestro valle de lágrimas.

La primera habitacion que tuvo el Eterno entre los hombres fué el *tabernáculo*, el *santo de los santos*, en el desierto, esa tienda portátil bajo la cual

Jehovah no desdeñó de compartir, por decirlo así, la vida viajera de su pueblo.

Para asegurarnos mejor que Dios tenía por agradable su morada en medio de Israel, lo vemos en los libros santos trazar él mismo á Moisés todas las proposiciones y disposiciones de su tabernáculo.

Rey, legislador y guía de un pueblo viajero, Dios consiente en bajar á la tienda hasta el momento en que haya el pueblo conquistado la herencia prometida á sus padres. Habrá entonces un santuario mas digno, y será señalado el monte de Sion por los ángeles como el lugar mas agradable al Señor. David, á quien esta revelacion se hace, querría levantar la suntuosa fábrica; pero esta gloria se reserva á su hijo, y los siglos, con su nombre, repetirán la magnificencia del templo, maravilla de los hombres.

Cuanto la naturaleza tiene de mas precioso se empleó en esta vasta construccion, que por su estension, sus peristilos y atrio, semejava á una ciudad. La piedra y el mármol, el cedro y el marfil, el pórfiro y el jaspe, la plata y el oro, se tocan, se sostienen, se mezclan, se unen para su decoracion. No es el cielo, pero es lo que se encuentra de mas bello debajo de él.

Acabada la obra de Salomon, cuando ya nada faltaba á la belleza del templo, lleno el rey de Israel de confianza en el Señor, juntó las doce tribus para la dedicacion solemne de la casa del Señor; y para hacer esta ceremonia mas augusta, escogió el hijo de David el octavo día del séptimo mes del año santo, que era el primer día del año civil y que corresponde á nuestro mes de Octubre.

Duró siete días la dedicacion, y cuando estas siete jornadas de santo regocijo hubieron pasado, comenzó la fiesta de los Tabernáculos; de manera que todo Israel permaneció en Jerusalem y en los campos vecinos durante quince días. Nunca derramó el Señor tanta alegría, tanta gloria, tanta dicha sobre su pueblo.

Desde el octavo al veintidoseno día del sétimo mes, hizo Salomon venir cerca de él todos los ancianos y príncipes de las tribus para conferenciar con ellos sobre el ceremonial de la jornada santa.

Los sacerdotes y los levitas llevaron al templo todos los presentes y riquezas que David había destinado para adorno de la morada de Dios. Veíanse entre estos objetos consagrados la armadura y la espada de Goliath y la honda del pastor; y cuando se colocaron todos los vasos y ornamentos necesarios á los sacrificios sobre los altares; cuando las piscinas y la mar de bronce se llenaron de agua para las abluciones de los sacrificadores; cuando los perfumes, el incienso, la mirra, el aloe, el cinamomo se pusieron al lado del altar enrejado de oro; cuando se trajeron las víctimas sobre las losas que su sangre debió enrojecer; cuando la inmensa multitud se alineó en las gradas de mármol y bajo los pórticos, entró entonces el arca de la alianza, el trono del Eterno.

Y á medida que se adelantaba el arca, llevada reverentemente por los sacerdotes, bajo las bóvedas resplandecientes de oro caían las víctimas in-

moladas. Veinte y dos mil bueyes, ciento veinte carneros ú hostias pacíficas, se ofrecieron en sacrificio.

Llegando el arca por entre el incienso y los holocaustos hasta el *santo de los santos*, llenó de repente el espacio del templo una nube luminosa, tan radiante de la gloria del cielo, que los ojos de los hombres no podían soportar el milagroso brillo. Prostráronse Salomon la faz contra el suelo, y el pueblo le imitó. Los sacerdotes mismos, ofuscados con tanto esplendor, tuvieron que suspender los sacrificios. Salomon entonces, en medio del grande y religioso silencio que reinaba en el templo, se levantó y volviéndose hacia el santuario, rogó á Dios en alta voz, suplicándole que tuviese por agradable la casa que le había edificado, que la bendijera y escuchase las oraciones que desde ella le dirigiesen.

Después de esta súplica, el joven rey, el mas bello y mas prudente entre todos los hombres coronados, estendió las manos sobre su pueblo y lo bendijo.

Y en la noche que sucedió á esta magnífica dedicacion, apareció el Señor á Salomon en sueños y le dijo: "Hijo de David, he escuchado tu ruego y he escogido el templo que me has edificado para hacer de él mi casa de sacrificio: mis ojos estarán abiertos y mis oídos atentos á la oracion del que me invoque en aquel lugar."

Estas palabras que el Señor Dios de Israel hizo oír á Salomon, podíamos nosotros esculpir las sobre las puertas de nuestras iglesias, cuyo peristilo era en cierto modo aquel templo.

Sin duda esta maravilla de las maravillas, esta obra maestra de Hiram y del mas sabio y hábil de todos los reyes, era digna de las miradas del Señor. Empero la mas modesta de nuestras iglesias debe ser mas querida del Eterno que el templo de Sion, porque en nuestros santuarios hay mas que el arca de la alianza, puesto que está siempre allí el Hijo de Dios, el objeto de las eternas complacencias del Padre que está sentado en lo alto de los cielos.

Todo es digno de meditacion en nuestras iglesias, y nada debe ser en ellas indiferente al cristiano. De todos los objetos unidos que decoran su interior, se eleva una voz para los que saben reflexionar.

Aquella cuerda que cuelga en el pórtico es el *conductor*, con el cual la mano indiferente del cristian estiendo en la comarca la alegría ó la tristeza. Con él va á despertar en lo alto de la torre la campana que pende de allí en silencio, y que con el impulso que recibe estiendo por el aire que la lleva su sonora voz. Ora lenta y vibrando por tres veces en medio de las nacientes luces del crepúsculo suena el *Angelus*. . . . y esta primera voz de la tierra, este primer suspiro después del descanso de la noche, dice á los que han dormido bajo de una cortina de seda ó sobre el duro suelo: "¡He aquí el día que comienza, eleva el alma á Dios!" Y cuando la luz del día se estingue, y que las sombras se estienden por el suelo, dice aún: "¡He aquí la hora del descanso; ve aquí la noche con sus estrellas; hombre cansado, regocíjate y bendice al

que imploraste esta mañana!" *A solis ortu usque ad occasum laudabili nomen Domini.*

Esta campana, dada á la parroquia por sus mas respetables vecinos, está cubierta de títulos de nombres; es noble y bendita, y está bautizada como un cristiano. Y cuando una pobre mujer da á luz un niño, gozosa suena para decir los inefables enagenamientos de la madre, y repetir á todos: "¡Nos ha nacido un niño!" Y cuando el anciano no siente ya mas que lentas pulsaciones y que su vida se va de segundo en segundo, tañe lentamente como los interrumpidos suspiros del agonizante. La religion mezcla, pues, así su voz de bronce á todas nuestras emociones, á nuestros gozos, á nuestros ruegos, á nuestras inquietudes, á nuestros dolores: canta sobre nuestra cuna, grita en el peligro, en el incendio, en la inundacion, y gime cuando vamos á morir.

Es querida en la parroquia la campana: los fieles están orgullosos de su porte y de los sonidos que arroja lejos; y luego les es tambien cara, porque ha anunciado todos los sucesos de sus familias. Ella es para éstas como una antigua amiga que sabe cuanto les concierne: y la aman en los campos tanto, que le creen el poder de arrojar los demonios que vagan por la noche entre las nubes, y de desviar el rayo que amenaza sus casas y granjas. "¡Oh, sí, yo soy como estos simples aldeanos, yo afecciono la campana de mi país natal! Mi madre la amaba antes que yo. Y vosotros, habitantes de las grandes ciudades, ¿no gustais tambien de esos bellos y majestuosos repiques que animan la ciudad, y que en las solemnidades parecen como la voz del cielo que os llama á los altares?"

Aquella pila cerca de uno de los muros del pórtico es de agua bendita. El hombre que marcha hoy en la fuerza de la edad y de la salud, moja allí su dedo para santiguarse; y cuando esté tendido en su lecho de muerte, el sacerdote le rociará de ella para lavarle las manchas de la vida, y para alejar de su cabecera los maléficis espíritus; y mas tarde, cuando yazga en el atand entre la huesa, esta agua que hoy toma, sin atencion acaso, caerá sobre él con las lágrimas de sus hijos y allegados, y con el recuerdo: *Memento homo quia pulvis es.*

Y esta piscina de piedra, bajo esa imagen de San Juan el Bautista, que derrama el agua del Jordan sobre la cabeza de Cristo, es la fuente bautismal. Para llevarnos á ella nos ausentan por la vez primera del lado de nuestra madre, después de habernos cubierto el materno amor propio con todos los mas preciosos encajes: para que el hijo vaya allí, la indigente madre se ha quitado de encima un pobre harapo que la cubria sobre la paja, único lecho que tuvo para su parto, y desfallecida y miserable, sonríe al ver que su recién nacido va á ser cristiano, y dice al vecino y á la vecina que lo llevan: "¡Traedlo pronto para que lo caliente en mi seno."

¡Como si todos los hombres hubieran de ser felices, hay siempre mas ó menos alegría en el bautismo! Las madres la escitan, y tienen razon? Yo no lo sé; porque, en fin, no todos marcharán de la fuente bautismal hacia la felicidad.

¡He aquí algunos de estos angelitos de la tierra, que aun húmedos con el agua del bautismo, toman el vuelo hacia la gloria; el viento de la muerte los arrebató á sus madres, como flores empapadas del rocío de la mañana!

Y aquellos destinados á crecer y hacerse viejos, ¿no habrán hallado mas que felicidades entre la piedra de la santa piscina y la losa de la tumba? ¿no habrá algunos de entre ellos que esclamen: "¡Infeliz la noche en que fui concebido y el día en que nací! ¿Por qué se dió la vida al que había de pasarla en dolores y amargura?"

La religion, que no engaña, hace entender á los que traen un niño á la fuente bautismal, que habrá para el cristiano amargura en la vida: desde el primer día le pone sal en los labios, para hacerle sentir que no todo será dulzura en lo futuro; le manifiesta aún que necesita fuerza en el camino que ha de recorrer, y para eso le unge con aceite y con el santo Crisma, que fortifica. Una vez mas recibirá el cristiano esa Uncion, hoy es á la llegada; será mañana á la partida.

¡Oh, ya lo veis, hay mucho que reflexionar delante de la fuente del bautismo! Este es el primer poste que hallamos en el camino bueno ó malo que se prolonga ante nosotros.

Allí, no lejos de la sagrada piscina, ved la capilla de los ángeles: en ella se reúnen los niños que han llegado á la edad de razon, para aprender el catecismo. Sobre los mismos escaños se sientan los ricos y los pobres, y esta es la primera escuela de la buena y verdadera igualdad. . . . de la igualdad cristiana! Para que la tierra no se hallase contristada y despedazada por odios y divisiones, manchada con los vicios, regada de lágrimas y sangre, bastaría que los hombres recordasen siempre el librito por el que se les enseñaba en aquellos bancos.

Mas allá, al lado de aquella capilla, en donde enseñó á los niños sus deberes, va el ministro á sentarse para escuchar la confesion de sus faltas en el confesonario. Yo no puedo pasar adelante sin recordar la paz que se halla allí, sin ansiar la inocencia que allí se consigue. "¡Cuántos hombres agobiados bajo el peso del oro y vestidos de púrpura, han buscado por todas partes un poco de paz para su corazon, y no han podido hallarla sino allí! La fortuna les había arrojado á manos llenas todos sus dones, el mundo sus honores, la casualidad les había dado la fuerza y la salud; y sin embargo, la vida les era pesada y la llevaban como una carga: se arrodillaron allí, escudriñando en su memoria y en lo íntimo de su alma, revelando lo que estaba oculto como un cocodrilo en el fondo del pozo de los Apulaches, y obtuvieron al instante lo que no habían conseguido en todas las regiones de la tierra, el primero de los bienes. . . . ¡la calma de la conciencia!"

Hay por el mundo aún algunos jóvenes y viejos, *espíritus fuertes*, que sonríen á los sentimientos que me inspira un confesonario. Templados á lo Voltaire, á lo Juan Jacobo, van acaso á lanzarme los acerados dardos del ridículo y las viejas repeticiones de la impiedad. . . . Empero, en su injusticia

no recordarán lo que aquellos dos dijeron sobre la confesión. Rousseau exclamaba en una parte: *¡Cuántas restituciones, cuántas reparaciones no hace la confesión entre los católicos!* Voltaire dice en otra: *La confesión es una cosa excelente, es un freno al crimen, inventada en la mas remota antigüedad; confesábase en la celebración de los antiguos misterios, y nosotros santificamos esta costumbre: ella es buena para excitar al perdón los corazones ulcerados de odio.*

Mas lo que preferimos á las palabras de los filósofos para hacer amar la confesión, es nuestra universal experiencia. Recordemos la felicidad que el ministro estiende sobre nosotros, cuando nos dice: "Id, hijos míos, en paz, y no pequeis." Hay en estas pocas palabras mas unción que en los mas bellos discursos de los hombres!

Sin la confesión, dice Chateaubriand, sin esta institución saludable, el culpable caeria en desesperación, porque, ¿en qué seno podría descargar el peso de su corazón? ¿En el de un amigo? ¿Y quién puede contar con la amistad de los hombres? ¿Tomaría á los desiertos por confidentes? ¿Pero los desiertos resuenan siempre para el crimen con el ruido de las trompetas que el parricida Neron creía oír en derredor de la tumba de su madre! Y cuando la naturaleza y los hombres son desapiadados, es consolatorio hallar un Dios pronto á perdonar, y tocaba á la religion cristiana el hacer dos hermanas de la inocencia y del arrepentimiento."

Oh jóvenes que leereis estas líneas, que escribo hoy para vosotros, yo ignoro los triunfos, los gozos y la felicidad que os están reservados en el mundo: no sé si vuestra amabilidad y vuestros talentos os harán brillar entre todos vuestros compañeros, ni sé si vuestro saber os ha de colocar sobre vuestros émulos, si las artes, la ciencia y el talento os preparan sus coronas; empero, sé muy bien que si una de estas dichas ó todas ellas juntas se os reservan, el día en que estareis rodeados de homenajes, aturridos de alabanzas, desvanecidos con el incienso, palpitantes de gloria, seréis menos felices que el hombre culpable y lleno de remordimientos que se levanta del confesionario! El hallaría entonces en su ruta á los ángeles del cielo, y podría decirles: "Angeles, soy vuestro hermano!"

Al alejarnos de la puerta de la iglesia, olvidamos el órgano, colocado en la tribuna del pórtico. En vano se hace uno viejo; mas no por eso deja de recordar sus poderosas consonancias que hemos oído en la infancia, cuando nuestra madre nos conducía á las grandes solemnidades de Pascua y Navidad.

Oh, yo gusto mucho mas de los sonidos graves y majestuosos de los órganos, que de las orquestas que la música moderna trae con frecuencia á nuestras iglesias! Esos músicos con sus violones, bajos y contrabajos, sus clarinetes y sus trompas, me hacen creer en un espectáculo; el órgano solo me hace pensar en el cielo.

¿Cuál de entre nosotros no ha sentido su corazón inundado de suaves delicias, cuando despues del *Sanctus*, cesando las fuertes voces de los can-

tores, y en medio de las nubes de incienso y del silencio que preceden á la elevación, empieza á suspirar el órgano, y entona con sus mas dulces y celestiales voces: *¡O salutaris hostia!* ¿En verdad, yo no envidiaría la amistad de aquel que en semejante momento é igual armonía permaneciese sin emoción alguna!

Heme aquí en frente del púlpito. . . . ¿De allí nos vienen aún bastantes pensamientos! ¿Conoceis otra tribuna como esa? ¿De donde se hable mas alto? ¿En donde se tenga mas derecho de hacer resonar las palabras de libertad, de independencia? ¿En que, como allí, sin faltar al respeto, se enseñe á los pueblos y á los reyes? Demóstenes en Atenas, Ciceron en Roma, no tuvieron ni pudieron tener las palabras que encierran en nuestras iglesias el mas modesto cura de pueblo.

De lo alto de esta cátedra nuestros Crisóstomos de aldea, nuestros campestres Bossuets, no necesitan para tocar y mover fuertemente la multitud que los escucha, de grandes acontecimientos, de terribles catástrofes, de golpes del destino. Oh, Dios mio, no! Con el Evangelio en la mano, hacen temblar al poderoso y esperar al pobre, eesaltan la humildad y aterran el orgullo!

Yo he oido hombres de estado agitar en su tribuna de mármol, cuestiones de vida y de muerte para los imperios; sin duda su elocuencia imponía entones. . . . le faltaba, empero, lo que no falta á la elocuencia sagrada, porque un ministro se dirige á una nación, cuando el sacerdote habla al mundo entero; el ministro se ocupa de intereses del momento, el sacerdote se dedica á los intereses de la eternidad; apóyase el ministro con el nombre de un rey, y el sacerdote está sostenido por Dios.

De esta cátedra, cuya cúpula domina la cruz, y está sostenida por dos ángeles, ¿cuántas consolaciones no producen! ¿Cuántas veces el dolor y las penas no han estado atentos á esta tribuna! Y ¿cuántas no han sentido venirles la esperanza, como el rocío que hace reverdecer las plantas ya marchitas, cuando el anciano sacerdote con sus cabellos blancos, les repite: "Hijos míos, yo he sido joven, y vedme aquí ya viejo; mas os digo en verdad, que nunca ví abandonado del Señor al justo!"

Delante del púlpito se ve una capillita mas adornada que las otras, cuyos muros, amarillos del incienso que allí se quema, están cubiertos con pinturas *ex voto*: aquella es la de *Nuestra Señora del Buen Socorro*. ¿Cuántas lámparas y cirios arden delante de su altar, adornado con mil ramilletes depuestos al pié de la imagen! ¿Cuántos rosarios con benditas medallas, y cuánto escapulario cuelgan de las columnitas que encajonan los cuadros, entre los cuales se ve un navío combatido por las olas, herido del rayo. . . . y salvado milagrosamente por *MARÍA, Estrella de los mares*, que aparece radiante entre las nubes, y calma la tempestad con una sonrisa suya y de su divino Hijo!

En verdad, los fieles van á arrodillarse ante el altar mayor que reluce de mármoles y oro; pero sus gradas están menos usadas que las del altar de la Virgen. Nos sentimos nosotros tan poca cosa

cerca de la grandeza de Dios, que experimentamos la necesidad de buscar un mediador mas aproxiado á nuestra debilidad. Las mujeres, sobre todo, van allí á rogar á Nuestra Señora; y se diría que temen la majestad del Todopoderoso, y que se dirigen con mas libertad á una madre: en su simplicidad, les parece que una madre ha de comprenderlas mejor, y vienen en tropel al altar de María.

Cerca de este lugar está una cajita destinada para recibir lo que se ofrece á los infelices; y allí no se regateará, porque viniendo á esta capilla para pedir mucho, se da mucho tambien, y así como se dice á la consoladora de los afligidos: *socorro-me*, se socorre tambien á los otros. La limosna y la oración, son dos hermanas que están unidas.

Hemos recorrido todo el largo de la iglesia. Vednos aquí casi bajo la lámpara que jamas se estingue. ¿Lámpara sagrada cuyo destino he envidiado! Y en efecto, su destino es santo. Encendida ante el altar, arde delante de él. Los vientos no atormentan su llama, y se creeria un alma que está lejos del soplo de las pasiones. Es esta lámpara un simbolo del amor de Dios por los hombres: ella vela siempre. Como una estrella caída del firmamento, brilla en la noche para decir la bondad de Jesucristo, mientras que las que decoran la bóveda azulada proclaman el poder del Altísimo.

Viajando por la noche, al pasar por las aldeas, he percibido muchas veces, por entre los magníficos cuadrillos de colores de las vidrieras de la iglesia, la luz de la lámpara del santuario, y he exclamado: "Los hombres pueden dormir, la religion vela."

Y es cierto: que la noche sea sin luna ni estrellas; que los vientos y la tempestad bramen en la oscuridad; que la nieve caiga sobre lo negro de las tinieblas; que la escarcha hiele los estanques y haga crujir el suelo del camino; si un enfermo muere, si un impío se convierte, si un adolescente se separa de su madre, es muy cerca de la iglesia, á la puerta del cura, que se acude. Y á la luz de la lámpara de que hablamos denantes, el sacerdote sube al altar y toma allí para el moribundo que lo pide, el pan de la vida. Entre los protestantes, cuando se pasa por la noche cerca de un templo, todo está oscuro, nada esclarece las ventanas: la casa de Dios no es entre ellos un lugar habitado como entre los católicos.

Esa puerta llena de esculturas y adornada de molduras góticas, conduce á la sacristía. Allí está el tesoro de la iglesia: el cáliz, el copon, la custodia de oro y ricos ornamentos; la cruz de plata, los incensarios, los guiones y el palio de terciopelo rojo. Allí tambien se firman los bautismos y matrimonios; y se habia establecido esto así, porque la religion es como una madre que toma parte en todos los sucesos de la familia.

Esa balaustrada que separa el santuario de la nave, y á que está fijado un mantel de lino, es la santa mesa: allí es que se arrodillan los cristianos al divino banquete, y allí los ángeles que van sobre nosotros nos envidian, porque el gran misterio no se obró para ellos.

Allí, ¿cuántas emociones, cuántos recuerdos vienen de tropel! El gran día de la primera comunión, día en que debiera uno morir al instante para ser recibido por los celestiales espíritus; y luego la memoria de nuestra madre, que hemos visto prosternada sobre aquella grada de piedra rogando por sus hijos! Todas estas reminiscencias llenan el corazón y lo hacen latir; y el alma, volviendo hácia atras, evoca los años ya pasados. . . . Oh, qué calma y qué paz en los años de fé, de inocencia y de fervor! Y despues, cuando nos hubimos escapado de debajo del ala del Señor, luego que rechazamos el recuerdo de la primera comunión, como un pensamiento embarazoso, ¿quién podrá contar las inquietudes, que como puñales agudos, han atravesado nuestro pecho?

Para este gran día de la primera comunión, ¿cuántos cuidados y cuántas penas no ha tomado el anciano cura en la capilla del *catecismo*? ¿Qué santa tenacidad no ha tenido que emplear para hacer entrar en las móviles inteligencias de los niños las altas y graves verdades de la religion! Y despues, cuando sus trabajos han llegado á su fin, y que se han juzgado dignos á los jóvenes cristianos por su pureza y por su instrucción, de arrodillarse á la mesa en donde se da el pan de los fuertes, el sacerdote de la parroquia tiene otro cuidado, cual es solicitar la caridad de los fieles para que los niños de los pobres no vayan con los andrajos de la miseria en el mas grande día de su vida.

En un rincón oscuro, no lejos de la sacristía, está relegado el material de la muerte: el catafalco que sirve á los muertos opulentos y el ataúd común de los pobres, que lleva á la huesa al infeliz, cuyos hijos en su pobreza no han podido subvenir para una caja á su difunto padre. Esta miseria de la tumba contrista! Y hay gran diferencia entre estos pensamientos que oprimen el corazón y aquellos que denantes nos ocupaban; no los rechazamos. Ellos vienen al fin de nuestra exploración, como la muerte al fin de la vida. . . . Este es el orden natural de las cosas.

Ya recorrimos toda la iglesia *dedicada* á Dios, y hemos podido considerar cuán digno era que la religion consagrarse cuanto se encuentra en ella. Nada de lo que hemos visto es inútil: todo recuerda memorias graves; todo procura seria enseñanza. La vida entera del cristiano está allí entre la piscina del bautismo y la capilla de las ánimas.

Ha hecho bien el catolicismo de santificar todo lo que avecina el altar de Dios y liga á él los días del hombre.

"Antes de reunir sus hijos en el cielo, dice un piadoso escritor, quiso Dios juntarlos aquí abajo en sus templos; y una impresion secreta y natural de veneración, que cada uno lleva en lo íntimo de su corazón por la Divinidad, ha introducido en todos los pueblos, aun entre los que han olvidado al Dios vivo y verdadero, el uso de consagrar los templos, separando estos edificios del uso común y vulgar, para dedicarlos especialmente á la Majestad suprema y apropiarle la posesión de la manera mas solemne. En todos los países y en todos los tiem-

pos se han mirado como sacrilegos é impíos á los que profanan esos lugares consagrados á la Divinidad."

Y yo añado que los católicos, bajo este respecto, están mejor que los protestantes. Visitando en Londres la iglesia de Westminster, choca el ver en la puerta establecido un mostrador, en donde se cobra un chelín para dejar entrar en ella. Ciertamente este uso no ecistia antes, cuando el culto católico hacia de esa iglesia una casa de oracion y esperanza, abierta á los que tenian necesidad de esperar y orar.

Figúrome yo un desgraciado que acaba de sufrir un golpe contrario de fortuna, que quiere llevar su pena á los pies de Dios, y que es preciso que pague para orar; empero si es pobre, si va á pedir al que alimenta los pajarillos del aire, pan para sus hijos, ¿nos será, pues, admitido en el templo protestante despues del oficio? ¿Hay en esta policia de la Iglesia algo de duro, de seco, de anticristiano? ¿Cómo nuestra religion entiende mejor los intereses de los hombres y conoce muy mas su corazon...! Ella deja abierta la casa de oracion, porque sabe que los hombres tienen siempre necesidad de orar: la madre deja siempre venir hacia ella todos sus hijos.

Nuestras iglesias se abren con el día y no se cierran sino por la noche. Por la mañana el pobre obrero puede venir á pedir á Dios la fuerza que le es necesaria para ganar su pan con el sudor de su frente; por la noche, cuando ha concluido su tarea, viene á dar gracias y descansar en la paz del santuario.

"El que ama el templo del Señor y que viene allí á meditar la ley, dice la Escritura, semeja á un árbol colocado por la mano de la naturaleza, en el borde de un arroyo, que siempre está fresco y frondoso: el sol lo fecunda sin secarlo; sus flores no se marchitan; sus frutos son sabrosos; el rocío del cielo cae sobre él para aumentar su verdura siempre fresca. Así prospera un justo en la tierra: él florece como la palma en la casa de Dios!"

El día de la Dedicacion canta la Iglesia en sus oficios: "Este lugar es terrible y santo! ¿Esta es la casa de Dios, la puerta del cielo!"

"El Señor, rey de los cielos, está verdaderamente en este lugar! ¿Vuestros tabernáculos son amables, oh Señor de los ejércitos!"

"Mi alma languidece y se consume del deseo de entrar en la casa del Señor! Dios, que escuchas los ángeles del cielo, oye el ruego del hombre que te implora."

A la epístola se lee esta vision: "En esos días ví á la ciudad santa, la nueva Jerusalem que bajaba del cielo sobre nubes y adornada equal esposa que va al esposo. Y oí una voz que decia: he aquí el tabernáculo de Dios y los hombres; él permanecerá con aquellos que serán su pueblo; Dios enjugará las lágrimas de sus ojos y la muerte desaparecerá. Los lloros, los gritos, los trabajos cesarán, porque ha pasado lo que precedió; y el que estaba sentado en el trono dijo: Yo voy á hacer todo nuevo."

He aquí el Evangelio que manda el respeto en aquel lugar santo: "En aquel tiempo, entrando Jesus en Jerusalem, se conmovió toda la ciudad y cada uno preguntaba: ¿Quién es este? Y el pueblo decia: ¿Es Jesus, el profeta Jesus de Nazaret, en Galilea?"

"Jesus entró en el templo de Dios y arrojó á todos aquellos que vendian y compraban; echó por tierra las mesas de los cambistas y el asiento de los que vendian pichones, y les dijo: Está escrito: Mi casa es de oracion, y vosotros la tornais en caverna de ladrones. Al mismo tiempo curó ciegos y cojos, que vinieron á él en el templo."

"Pero los príncipes de los sacerdotes y los doctores de la ley, veian los milagros que habia hecho y oian los niños que gritaban en el templo: ¿Hosana al hijo de David! Y se indignaron diciéndole: ¿Oís lo que dicen esos niños?"

"Sí, les respondió Jesus, y de la boca de los niños, aun de aquellos que maman, vendrá la mas perfecta alabanza. Y dejándolos, salió de la ciudad y fué á Betania."

SAN PEDRO Y SAN PABLO.

¿Como habiamos de describir el templo católico sin detenernos algunos instantes delante de sus dos primeras columnas! La historia de los santos que honra la Iglesia, no debe entrar en este libro; pero, ¿cómo no hablar del príncipe de los apóstoles, de este SIMON PEDRO, tan lleno de amor y de fé, primer anillo de la larga cadena que une los hombres con el cielo? ¿De aquel bello talento, el gran PABLO, apóstol de los gentiles, orador enérgico que defendia con una santa y sublime independencia la libertad de la cruz? No: aunque salga de nuestro plan, despues de las conmemoraciones de los grandes misterios, dirémos unas palabras de las fiestas de estos dos apóstoles.

¿Singular y grande destino! He aquí un simple pecador, de corazon recto, pero débil; con un alma amante, pero tímida, es escogido por la eterna sabiduría, para ponerlo á la cabeza de estos humildes conquistadores que van á cambiar la faz de la tierra! Arrebatado Simon á sus redes, á su barquilla y á su cabaña de Betsaida, está colocado tan alto que parece á los ojos cristianos entre la tierra y el cielo.

He dicho ahora que Simon, ó Cephas, fué escogido por la sabiduría eterna, y dije bien; porque la sabiduría humana no habria visto nada en este hombre inocente y sencillo, para hacerlo salir de su oscura situacion. Pero Dios no marcha por los mismos senderos que nosotros, y lo que nos parece de desdenar eso le honra: lo que creemos vil metal, él lo hace brillar como purísimo oro y despedir resplandores como fino diamante.

Y fué el amor fraternal que trajo á Pedro cerca de Cristo. Andrés habia oido predicar á Jesus en la ribera de Genesaret, y experimentando tanta dicha al escucharlo, dijo á su hermano Simon: "Ven

á oír al nuevo profeta." Y Simon fué con la multitud, y desde aquel día su alma quedó aficionada y unida al hombre Dios.

Algunas veces, cuando la multitud era considerable en la ribera, Jesus entraba en la barca de los dos hermanos, y desde ella como de una tribuna, separada del tumulto, enseñaba al pueblo. Y para corresponder á esta complacencia de los pescadores, el Mesías dijo á Pedro: "Vamos en alta mar y allí echareis vuestras redes." Y la pesca fué tan abundante, que las redes se rompieron del peso.

Para probar si Pedro comenzaba á creer, el Hijo de Dios se puso á andar sobre las ondas y le llamó hacia él: lleno al principio de confianza, quiso Pedro correr sobre las olas; mas viendo que se sumerjia, su fé le abandonó y tuvo miedo. Encuéntrese de estos movimientos con frecuencia en la vida del primer apóstol: y ved cuando los días de grande prueba llegaron, que Pedro protesta al principio de su abnegacion, y repite que nada podrá separarlo de Jesus; y luego, á pocas horas, delante de una pobre mujer, niega y abandona á su maestro.

Con nuestras ideas, un hombre tan débil, inconstante y tímido, no seria jamas elegido para ponerlo en evidencia. Empero, dejad obrar á Dios. Si Pedro es tímido, inconstante y débil, es porque el Espíritu Santo no habia bajado sobre él; cuando la lengua de fuego descienda á su cabeza; cuando el divino entusiasmo entre en su corazon, el hombre tímido será valeroso, el hombre de sentimientos móviles, se cambiará en inmutable roca y merecerá el nombre de CEPHAS.

Dios gusta así á veces de revestir nuestra debilidad con su fortaleza. Bajo su soberana voluntad, el carrizo se transforma en roble, y lo que se doblaba al menor soplo, resiste á las tempestades desencadenadas.

Pablo era uno de los mas ardientes perseguidores de los discípulos de Cristo, y cuando el relámpago y el rayo de la gracia lo tocó en la ruta de Damasco, y que la voz de lo alto le gritó: "Saul, Saul, ¿por qué me persigues?" ¿Cómo se cambió tan completamente este enemigo de los cristianos? ¿Por la gracia todopoderosa! Los corazones mas duros son como cera blanda en las manos de Dios.

Pedro tenia la bondad y la fé: Pablo la fé y la energía. Muéstrase Pedro teniendo las llaves del cielo; Pablo con la espada de la palabra. ¿Y en efecto, qué potente orador! "Pero no aguardéis de Pablo (1) la pompa ni los adornos con que se compone la elocuencia humana: él es demasiado grave y serio para buscar esas delicadezas; ó por decir algo mas cristiano y mas digno del apóstol, él ama bastante la gloriosa humildad del cristianismo, para querer corromper con las vanidades de la elocuencia secular, la venerable simplicidad del Evangelio de Jesucristo."

"Su ciencia! El dice que no sabe otra cosa que su maestro crucificado; es decir, que no sabe sino lo que choca, lo que escandaliza, lo que parece locura y estravagancia. ¿Cómo, pues, puede es-

(1) Bossuet.

perar que sus auditores se conmuevan? Pero, gran Pablo, si la doctrina que anunciáis es tan estraña y difícil, buscad á lo menos términos cultos, cubrid con las flores de la retórica la apariencia de vuestro Evangelio, y dulcificad su austeridad con los encantos de la elocuencia. ¿Dios no quiera, repuso este grande hombre, que yo mezcle la sabiduría humana con la del Hijo de Dios! Es la voluntad de mi Maestro que mis palabras no sean menos rústicas, cuanto mi doctrina parece increíble. *Non in persuasibilibus humana sapientia verbis.*"

El gran Bossuet, el San Pablo de los tiempos modernos, añade: "Este ignorante en el arte, es decir, con su rústica locucion y con sus frases que descubren el estrangero, irá á la Grecia civilizada, madre de los filósofos y de los oradores, y á pesar de la resistencia del mundo, establecerá mas iglesias que discípulos ganó Platon con su elocuencia, que se creyó divina, y predicará á Jesus en Atenas, y el mas sabio de sus senadores pasará del areópago á la escuela del bárbaro... Y llevará mas lejos aún sus conquistas, porque aterrará á los pies del Salvador, la magestad de las faces romanas en la persona de un procónsul, y hará temblar en sus tribunales los jueces ante quienes se le cita. Roma oír su voz y vendrá un día en que esta ciudad señora, se honrará mas con una carta del estilo de Pablo, dirigida á sus ciudadanos, que con tanta arenga famosa como oyó de Ciceron."

El apóstol, tan elocuente cuando habla, es sublime cuando sufre por el Dios que anuncia.

Es todavía Bossuet el que alabaré á Pablo; y seria sin razon el que yo colocase palabras mías entre estos dos nombres. "Considerad aquel grande hombre azotado en Filipos de mano del verdugo por haber predicado á Jesucristo; arrojado despues en un oscuro calabozo con los pies cogidos en un madero que, abierto á fuerza, los oprimia violentamente. Este hombre, sin embargo, triunfante de alegría al sentir vivamente en sí la impresion sangrienta de la cruz, con Silas su compañero, rompian el silencio de la noche para ofrecer á Dios, con un alma contenta, alabanzas por sus suplicios, acciones de gracias por sus heridas!"

¿He aquí cómo lleva Pablo la cruz del Salvador! Y tambien quiso el Salvador hacerle ver una representacion de lo que aconteció en su pasion; porque si allí hubo sangre, lo mismo la hubo aquí; si allí tembló la tierra, así tembló acá; si en aquella se abrieron las tumbas, que son las prisiones de los muertos, y si los muertos resucitaron, en ésta las prisiones, que son oscuras tumbas de los hombres vivos, tambien se abrieron; y para concluir esta semejanza, allá el que guardaba la cruz del Salvador le reconoció por hijo de Dios, y acá el que guardaba á Pablo se arroja á sus pies y se somete al Evangelio. ¿Qué haré, dice, para ser salvado? Y lava las llagas del apóstol para que éste lave despues las suyas por la gracia del Bautismo; y este carcelero bienaventurado se prepara para recibir el agua celestial, enjugando la sangre del apóstol que le inspiró el amor de la cruz y el espíritu del cristianismo.

Si el carácter enérgico y fuerte de San Pablo se revela por su magnanimidad en los tormentos y por el género varonil y simple de su elocuencia, la bondad de su alma, el efecto de su corazón, se dan á conocer con grande encanto en las Epístolas á Timoteo. La amistad no ha tenido nunca un lenguaje mas digno ni mas tierno: se siente al leer estas cartas, que Pablo ama por la cruz y que sus afectos están impregnados de la sangre de Cristo.

En esas epístolas cuán alto habla el maestro al discípulo! Y sin embargo, cómo al caer las palabras del apóstol se llenan de amistad!... Hoy se hace tanto ruido con la libertad, y quien habla bien de ella es Pablo. Jamas un hombre reclamó mejor que él los derechos del pueblo, porque lo hacia en nombre del divino Salvador y mostrando la sangre derramada para que la tierra fuese libre y para que fuesen hermanos los hombres!

La Iglesia reverencia á un tiempo á San Pedro y San Pablo; y esta fiesta es una de las magníficas solemnidades de la cristiana Roma. Allí mismo donde corrió su sangre, se han escaldado sus nombres; la voz de un pueblo entero en el templo mas magestuoso del universo, en frente de las tumbas de los santos apóstoles y en presencia del sucesor de San Pedro, canta estas palabras: "Santos apóstoles, cuyos trabajos en la vida y cuya corona en el martirio os unieron, también os unimos á vosotros para honrarlos en un día mismo.

"Partió el Eterno entre vosotros el universo: vos, Pedro, instruisteis á los judíos; vos, Pablo, llevásteis la fé entre los gentiles.

"Ambos gefes del ejército sagrado, ambos queridos de Dios, ambos honrados de los hombres.

"Césares de la antigua Roma, pasó el tiempo en que la idolatría adoraba vuestros corrompidos cadáveres, y he aquí las cenizas de vuestras víctimas veneradas por los príncipes y las naciones.

"Roma, tus colinas rojas de sangre de gloriosos mártires, llevan sobre tus cimas la cruz del Cristo. Por esta fuiste vencida; y vencerás por ella."

ASUNCION.

ACABABAMOS de hablar de mártires, de sangre derramada en los calabozos, de tormentos de carceleros y verdugos; ahora necesitamos palabras suaves y armoniosas é imágenes agradables, porque va á sacarse el lirio de entre los abrojos, y la rosa mística no adornará mas la tierra, sino que va á florecer en el cielo. He allí los ángeles y arcángeles que bajan y vienen al encuentro de su reina: los patriarcas la aguardan sobre las nubes. Es una hija de reyes, la *Hija de David*, que sube al reino celestial. ¿Qué gloria está reservada á la que es tan humilde, tan llena de gracia! Dios Padre la aguarda como su hija, Dios Hijo como su madre, Dios Espíritu Santo como su esposa.

Los santos del cielo se regocijan, los justos de la tierra lloran, porque acaban de ver morir la madre

del vencedor de la muerte: vieron extinguirse aquella dulce luz que brillaba en medio de ellos.

Después de la muerte de Cristo fué María á pesar de su amor al retiro, rodeada de respeto por los apóstoles y discípulos, y los que sufrían y morían confesando la divinidad de Jesús sentían y profesaban grande veneración por su Madre. . . . Ni podía ser de otro modo; y era para la Virgen que tenía su corazón traspasado con la espada del dolor, grande consuelo ver nacer la salud del mundo de la muerte de su hijo.

Aquella muerte sangrienta y cruel, aquella agonía sobre la cruz no se presentaban ya á la imaginación de la Virgen Madre para atormentarla. ¡Oh! no: el jardín de los Olivos consolaba del Gólgota, y si sobre el monte del suplicio se veían aún algunas señales de sangre, sobre el monte de los Olivos quedaba la prueba de la Ascension.

El Hijo de María, reintegrado en la gloria de su celestial imperio, no podía dejar largo tiempo á su Madre en nuestro valle de lágrimas. Los reyes triunfantes se apresuran á llamar de la tierra del destierro á la que aman: se cree así que la muerte de la Virgen no tardó mucho después del primer año de gracia.

Algunos creen que fué en Efeso donde murió la Santísima Virgen; mas nada es cierto respecto de esto, y los evangelistas no dan ningun pormenor sobre la vida ni sobre la muerte de María: se diría que Dios quiso envolver en nubes esta flor de humildad, como cubre con un velo de vapor á la planta que no requiere sol. Lo que sabemos por el Evangelio, es que cuando el temor dispersó los discípulos y los apóstoles, y que vió Jesús el abandono de los suyos reunirse á los tormentos de su pasión, María no huyó y halló en su corazón mas fuerza que todos esos hombres que pocos días antes de la prueba hacían tantas protestas de amor y abnegación. Estos se dispersaron, huyeron y se ocultaron; ella siguió paso á paso á su Hijo en la vía dolorosa, y permaneció al pie de la Cruz hasta que todo se hubo cumplido.

Dije que los evangelistas no daban pormenor alguno sobre la vida de María, y me equivocaba, porque el Evangelio nos muestra la *Virgen* humilde y piadosa, y la *Madre* valerosa y fuerte; y en esto solo hay el mayor elogio.

Uno de los discípulos, volviendo del primer espanto, vino también á acompañar en la muerte al Maestro: Juan había dormitado sobre el seno de Jesús, y lo menos que debiera era venir cerca de la Cruz; pero no llegó primero. El amor materno se había adelantado á la amistad y al reconocimiento.

Y notemos aquí que el Evangelio, que nos señala la Santa Virgen sobre el Calvario ensangrentado, no nos la muestra en las calles de Jerusalem el día en que su divino Hijo hizo su entrada triunfal. No: ella era demasiado humilde para ir á brillar bajo un esplendor glorioso; era, empero, bastante valerosa para no venir á llorar y sufrir bajo los brazos estendidos de su Hijo enclavado en la Cruz.

Y allí el amigo y la madre oyeron las últimas recomendaciones del divino supliciado, que dijo á

esta: *Mujer, ve ahí á tu Hijo*; y aquel: *He ahí á tu Madre*. En estas pocas palabras, caídas de lo alto de la Cruz, debemos ver que el apóstol San Juan, bajo los ojos de Cristo, es el representante de todos los cristianos, de todos los tiempos pasados, presentes y futuros, y á aquellos fué dada María como madre por su mismo divino Hijo. Y después de estas palabras pronunciadas en el Calvario, cuántas veces no repite la Iglesia conduciéndonos ante las imágenes de la Virgen: Cristianos, ved aquí vuestra Madre!

El mundo ha creído en esta palabra, y así, lo veis, pronto se llenó de templos en su honor. Donde quiera tiene altares, porque por todas partes hay desgracias, y es natural que los hijos que sufren se acogan á la Madre.

Durante su vida, nos lo persuadimos, ha debido ser con frecuencia invocada por los desgraciados, puesto que los que sabían el poder de Jesús conocían también la compasión de María y ocurrían á ella.

Vemos que después de la Ascension de Cristo, la Santa Virgen asiste á las juntas y oraciones de los apóstoles, y la tradición nos la muestra sentada entre ellos cuando bajó el Consolador del cielo; y en verdad, ¿quién tenía mas derecho al consuelo? ¿Quién mas que ella había sufrido en la vía dolorosa y sobre el Gólgota? Ella fué quien al pie de la Cruz pudo decir: "Oh vosotros que pasais por este camino, ved si hay otro dolor igual al mio!"

Se cree que después de la dispersion de los apóstoles, María siguió á San Juan á Efeso; y María Magdalena, según otros, los acompañó con algunos discípulos mas; y compartimos fácilmente esta creencia. Los que conocieron á Cristo y que oyeron su doctrina, debieron, cuando no le veían ya sobre la tierra, sentir la necesidad de hallarse juntos para hablar de él, repitiendo su bondad y su poder, y para orar en su nombre.

Cuando alguno de nuestros amigos parte, arrebatado por la muerte, nos juntamos también para hablar de él; pero nos ocupa entonces un triste pensamiento, porque no sabemos en dónde está ese amigo que nos falta. Mas no sucedía así entre los primeros cristianos que se reunían en memoria del Salvador; entre ellos no había duda, temor ni pensamiento de muerte; aquel de quien hablaban había roto la tumba y estaba sentado en un trono glorioso. No se juntaban para llorar, sino para adorarlo.

¿Y qué gozo no debía experimentar la Madre del glorificado en tan santas reuniones! ¿Cómo no aspiraría al momento en que su divino Hijo había de enviar los ángeles para sacarla del destierro!

Klopstock en su *Mesiada* nos presenta el ángel de la muerte con sus anchas alas haciendo inmensos círculos en torno de la Cruz, sin atreverse á pesar de la orden del Eterno, á acercarse al Crucificado para detener el soplo de la vida. Este ángel, de ordinario atrevido, á quien grandeza ni poder detienen, teme tocar al agonizante del Calvario. Y parece también que la muerte debía vacilar antes de tomar el último suspiro de María que, nacida sin

mancha, no le estaba sujeta. Morimos nosotros, porque tenemos en la frente el pecado de Adán.

Pero el sepulcro había perdido su horror desde que el Creador de la vida había descansado en él, y la Virgen Madre no temió entrar allí. Resignada y sometida á la ley comun á las hijas de Eva, pasó por la tumba para ir á la gloria celestial.

Dije que se creía comunmente que la Santa Virgen terminó su vida en Efeso; debo, empero, añadir que algunos piensan que murió en Jerusalem antes de la dispersion de los apóstoles.

No tenemos, dice Albano Butler, noción cierta ninguna sobre el lugar, fecha ni circunstancias de tan preciosa muerte. La resurreccion de la Virgen y su ASUNCION al cielo no son artículos de fé. La Iglesia no prescribe la creencia de la Ascension corporal de María al cielo; mas hace sentir bien á lo que se inclina, y en un himno de esta fiesta se expresa así: "Oh Virgen Santa! cuando las recompensas celestiales que os estaban preparadas os llamaron, el amor rompió los lazos que retenían cautiva vuestra alma en prision del mortal cuerpo; pero la muerte, vencida por el fruto de vuestro seno, no pudo tener imperio sobre vos, ni se atrevió á detener en sus cadenas á la que dió al mundo al Creador de la vida."

En la *colecta* misma, que es como el sello de la creencia, reclama la Iglesia la intercesion de la Santa Madre de Dios, que sufrió la necesidad de la muerte temporal, sin que, por tanto, ésta hubiese podido retener en sus lazos á aquella en quien nuestro Señor encarnó.

Respetemos el velo que Dios quiso estender sobre la vida y la muerte de María, y estemos seguros que la que dió la vida al Salvador de los hombres, está rodeada de los homenajes de los ángeles y de las magnificencias de Dios. Aquel que fué justo con las criaturas todas, no dejaria de serlo con su Madre; y lo que tuvo la tierra de mas perfecto, ha sido llevado á lo mas alto de los cielos.

Muchos de los apóstoles, según la tradición, rodearon el lecho de muerte de la Virgen; y apenas había un día que estaba en la tumba, cuando algunos de sus hermanos llegaron á la casa en donde había exhalado el último suspiro, y queriendo honrar sus restos, hicieron levantar la piedra del sepulcro para derramar en él bálsamos y perfumes; mas ¡oh prodigio! el sarcófago estaba vacío, y habían brotado lirios, símbolo de pureza y virginidad, allí en donde estuvo tendido el casto cuerpo. ¡Cuerpo inmaculado y bastante santo para que permaneciese largo tiempo en la tumba, y que los ángeles, arcángeles, serafines y querubines arrebataron sobre sus alas cuando la voz de Dios la hubo despertado de su corto sueño!

Esta tradición ha inspirado á muchos pintores, y sus cuadros nos muestran el cielo poblado de celestiales espíritus, llevando palmas y coronas á la hija de David, que va á ser coronada reina de los cielos. La piedra de la tumba está figurada en aquellas caída de lado, y se perciben entre los pliegues de la mortaja, las flores milagrosas que nacieron en el fondo del sepulcro. Y la Virgen, con los brazos

estendidos y los ojos elevados hácia su divino Hijo, se alza majestuosamente entre los coros de ángeles que hacen resonar el espacio con cánticos de triunfo y alegría: "¡Venid, venid, reina del cielo! ¡Vuestro trono está revestido de esplendor y gloria!"

"¡Venid, porque Dios Padre que creó el mundo, Dios Hijo que lo rescató, y Dios Espíritu Santo que lo vivificó, os aguardan para coronaros! ¡Venid, reina de los patriarcas y de los profetas, reina de las vírgenes y de los mártires!"

"¡Sois también nuestra reina, oh María llena de gracia! ¡La celestial milicia, los tronos y dominaciones, las virtudes y potestades, los querubines y serafines, los ángeles y arcángeles se inclinan delante de vos, y os proclaman soberana!"

"¡Vimos el trono que os está preparado, cuyo brillo sobrepuja al del sol! ¡Vuestro cetro es un lirio inmortal, y vuestra corona se forma de radiantes estrellas! ¡Venid, oh María! ¡Todos los justos libertados por vuestro Hijo os salen al encuentro!"

Y en tanto que los espíritus del cielo cantaban así en derredor de María, ella, mujer humilde de la tierra, que ahora veía á esta como un punto en medio del espacio, repitiendo su cántico, decía: "Alma mía, glorifica al Señor; y mi espíritu se regocijará en Dios mi Salvador."

"Porque miró con agrado la humildad de su esclava; he aquí que desde aquel instante las naciones me llaman bienaventurada."

"El Todopoderoso, cuyo nombre es tres veces santo, obró grandes cosas en mí."

"Su misericordia se extiende de generación en generación sobre los que le temen."

"Desplegó el poder de su brazo, y echó por tierra á los poderosos, elevando en su lugar á los humildes."

"Colmó de bienes á los pobres, é hizo ricos á los que nada tenían, conforme á las promesas hechas á Abraham é Isaac, y su descendencia en los siglos."

Llamóse la fiesta de la Asunción, durante algún tiempo, *Deposición*, depósito de los restos sagrados en la tumba; *Dormición*, corto sueño ó reposo de la madre de Dios en el sepulcro. Y se llama aún *Tránsito*, paso de muerte terrena á vida celestial.

No se puede precisar la época de la institución de esta solemnidad, ni se halla vestigio evidente de ella antes del concilio de Efeso; mas la persuasión de poseer el sepulcro en aquella ciudad, parece insinuar que se celebraba allí la conmemoración de la Santa Virgen y su entrada en el cielo, y se cree aún que la grande iglesia de Efeso fué edificada en su honor. Habiendo asegurado el concilio á María la cualidad gloriosa de madre de Dios, contra la herejía de los nestorianos, se dió mucha autoridad y estension al culto que le rendian allí los fieles. Edificáronse templos en su nombre en Constantinopla y en otras ciudades del imperio, y desde el siglo siguiente, que era el sexto de la Iglesia, se comenzó á distinguir la fiesta de la Asunción de las otras fiestas instituidas en su honor.

Para una vida tan llena de humildad y de virtudes, no era, al parecer de los cristianos, bastante con una fiesta sola en honor de María. En su fer-

vor por ella, tomaron diferentes épocas de su vida: la *Natividad*, la *Presentación* en el templo, la *Concepción*, la *Visita* á Santa Isabel, los *Dolores* en la Pasión de su divino Hijo y la *Asunción* al cielo, y las reverenciaron como santas jornadas consagradas á su gloria.

Y mas tarde pensaron que no eran bastantes todas estas fiestas esparcidas en el curso del año, é hicieron repetir tres veces cada día por las ciudades y los campos la memoria de la angélica salutación. Cuando el sol se anuncia en la mañana, al hallarse radiante al medio día, y en el instante en que las sombras de la noche comienzan á envolver la tierra, suena el *Angelus* y se piensa en María *llena de gracia*, y en su *milagrosa Concepción*.

Recorred la Europa entera y deteneos delante de los monumentos antiguos; interrogados: preguntad quién los hizo salir de la tierra con todas sus maravillas; y una voz se elevará, y las piedras, y la tradición, y los anales de los pueblos responderán: "El culto de María."

Si, este tierno culto es el que ha adornado el mundo católico con tantas iglesias magníficas, tantas abadías, tantos hospitales y tan poéticos recuerdos.

Sin salir de Francia, antes tan cristiana, ¡cuántas capillas y basílicas bajo la invocación de nuestra Señora, y qué dulces apellidos dados á la divina Virgen! Aquí es Nuestra Señora del *Buen Socorro*; allí, Nuestra Señora de la *Piedad*; mas allá, Nuestra Señora de los *Gozos*; cerca de los hospitales, Nuestra Señora de los *Dolores*; en donde se ha batido á los enemigos, Nuestra Señora de la *Victoria*; en los valles, Nuestra Señora de la *Paz*; sobre los montes, Nuestra Señora de *Gracia*; cerca de las ondas, Nuestra Señora del *Buen Puerto*. Se nos acusaría de querer sorprender el oído con dulces sonidos, si repitiéramos aquí todos los graciosos y tiernos títulos de la Patrona que nuestros padres le habían escogido.

Los hijos de los francos y de los galos, hombres de movimiento, de batallas y conquistas, y demas pueblos, que en tantos siglos fueron por el mundo haciendo reyes y levantando tronos, habían puesto su ardiente valor bajo la protección de una mujer celestial. Y toda cubierta de polvo y de la sangre de los combates, se arrodillaba la vieja Francia delante de la estatua de María, y colocaba la imagen de la Virgen en sus albos estandartes; era, en verdad, noble espectáculo el ver la fuerza y el valor honrar á una Madre y á un Niño, y oponer así á lo que la tierra tiene de mas terrible, cuanto posee de mas dulce el cielo.

¡Cuántos votos hechos á la Virgen por grandes y poderosos reyes!

Napoleon mismo, persuadido de su gloria, pensó que mezclando á su aureola unos rayos de lo alto, brillaría mas en lo futuro. Así fué que en su reinado no hubo cruces abatidas ni iglesias arrasadas; y le vimos con frecuencia quitarse su sombrero ante la cruz del camino y de los cementerios.

Esperamos que las buenas inspiraciones continuarán. El tiempo en su curso ha de mostrar que

hay muchos peligros y riesgos en los caminos donde la cruz no existe. La Virgen de las aldeas ha protegido los palacios; y hemos visto reyes acogerse á la *consoladora de los afligidos*, como los aldeanos imploran la buena Virgen del pueblo.

La devoción de María se liga á la historia del mundo, y se ve cada nación á su vez, y todas juntas, implorar su poderosa protección. La batalla de Lepanto será una prueba irrefragable de la protección de la Madre de Dios en favor de los que la invocan con confianza. Así fué también que, en esta ocasión, Pio V introdujo en las letanías de la Virgen: *Auxilium christianorum, ora pro nobis*.

Así, pues, esta Virgen, cuya humilde imagen se halla sobre la puerta de la cabaña, y á quien las mujeres de la aldea vienen á rogar para que su morada y familia sean protegidas, esa santa Virgen que se ve sobre la fuente y en el camino, es también invocada por los pontífices y emperadores, reyes, generales y soldados; y la que guarda la choza del labrador, hace también ganar las batallas y salva los imperios.

Tan poderosa protectora debe ver crecer el número de suplicantes en los tiempos de prueba y de peligro, y nuevas prácticas piadosas se han establecido por esto hace algún tiempo. El mes de María tiene, creo, un origen reciente; y esta devoción está llena de encantos y atractivos religiosos: todo el mes de Mayo, el mes de las flores, está consagrado á la reina de los ángeles y de las vírgenes.

En el mes mas dulce y fragante del año, los altares de María están adornados de cirios y ramilletes sin número. Allí, en los santuarios, tendidos en blancos cortinajes y decorados con verdes arbustos y floridos naranjos, van las niñas á cantar y orar juntas. Por la mañana se celebra la misa mayor con ornamentos blancos, y en la tarde mil cirios alumbran la capilla para la salve.

A estos ruegos y cánticos se mezcla la instrucción que enseña la confianza en la Santísima Virgen. Para excitarla cuentan los sacerdotes los milagros obrados por su intercesión, y la joven y pura asistencia escucha con gran recogimiento y atractivo estas maravillosas historias, dichas bajo las santas bóvedas; y cuando en estas instrucciones sucede que el misionero nombra á Jesus y María, todas estas jóvenes inclinan su cabeza cubierta de un velo blanco, y parecen como un campo de lirios, cuyos vástagos y flores se doblan al soplo de la primavera, ó bajo los piés de un ángel invisible.

SANTOS ANGELES.

DEJAD que vuestro espíritu tome su vuelo y que vaya tan alto cuanto es dado elevarse á una alma humana: dejadlo salir del círculo estrecho del tiempo, y que, salvando los límites de los siglos, se lance por encima de todos los mundos para hallarse faz á faz con Dios antes del momento de la creación; y ese espíritu llevado con las alas que la religión le presta, verá á Jehovah, el eterno Señor, rodeado

de innumerables ANGELES, cuando no existían aún la tierra ni el hombre.

Nuestra imaginación no puede figurarse á Dios solo sentado en su eternidad; y á este rey de los siglos, á este Todopoderoso, á este Eterno, reunimos una corte en las desconocidas regiones en que había establecido su trono antes que la materia hubiese sido sacada de la nada con solo su palabra.

Entre Dios y el hombre, entre el cielo y la tierra, la distancia y la separación hubieran sido enormes; y eran necesarios en este espacio seres intermedios, inferiores á Dios y superiores á los hijos de Adán, para que se conservase la simetría que se descubre en toda la naturaleza; y estos seres son los ángeles, servidores y mensajeros del Altísimo.

Estos seres celestiales de naturaleza superior á la nuestra debían, sin embargo, probar que toda criatura es imperfecta, y que Dios solo se reservó la perfección; y pecaron antes que el hombre. Admitidos cerca del Criador, encargados de la ejecución de su voluntad, llevadores de sus órdenes, se llenaron de orgullo con su origen; y en el delirio de su soberbia, por instigaciones de Lucifer, el mas hermoso y el primero de ellos, se rebelaron.

De su desobediencia data el infierno; porque antes no existía un lugar de tormentos y castigo, de lágrimas y desesperación; y fué la cólera del Todopoderoso contra los ángeles rebeldes la que cavó el abismo y que encendió en él inextinguible fuego.

Si el cielo hubiera permanecido sin rebelión, la tierra no habría pecado, pues que fué un ángel caído el que tentó á Eva. Adán y Eva, inocentes y puros, adornados con su primitiva belleza, conversaban con los mensajeros de Dios; y nada nos impide creer que estos espíritus, que se acercaban al Criador, que conocían su poder, su bondad y su gloria, no fuesen los primeros que enseñaron al hombre la excelencia de Dios.

"Se disputa, dice Calmet, sobre el tiempo de la creación de los ángeles: algunos piensan que fueron creados junto con el cielo; otros conjeturan que los crió Dios al crear la luz en el primer día; otros, en fin, pretenden que estaban creados antes del mundo sensible, y Job parece favorecer esta opinión diciendo: *¿Dónde estabais cuando puso los fundamentos de la tierra y que todos los hijos de Dios se hallaban en transportes de gozo?*"

"Los hebreos creen que Dios crió estos espíritus el segundo día y que á ellos se dirigió cuando dijo: *Hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza.*"

"Los judíos cabalistas dan como preceptores de los patriarcas á ciertos ángeles que designan por sus nombres. Dicen, por ejemplo, que el preceptor de Adán se llama *Raziel*; el de Sen, *Jefiel*; el de Abraham, *Zedequid*; el de Isaac, *Rafael*; el de Jacob, *Seliel*; el de Josef, *Gabriel*. De todos estos nombres no vemos traídos en la Biblia mas que á *Rafael*, de quien habla Tobías, y á *Gabriel*, citado por Daniel. Este profeta menciona también á *Miguel*, y en el 4º libro de Esdras se halla á *Uriel* y *Jeremiel*.

"En el Nuevo Testamento no leemos mas que dos nombres de arcángeles, *Gabriel* y *Miguel*. El

primero que saluda á María Llena de Gracia; y el segundo que aterra á Lucifer y cierra sobre él la puerta del abismo."

Los profetas que han tenido visiones celestiales y que han percibido la gloria, nos dicen que los nueve coros están de pié delante del Eterno: *Stantes ante thronum Dei*. San Juan vió millones y millares de millares cantando y adorando á Dios, prosternados en torno del Cordero.

El rey de reyes, el Señor de los señores ha elegido en estas milicias del cielo protectores para cada imperio y para cada reino de la tierra. Y, ¿cosa admirable! el niño que nace tiene un ángel de guarda así como lo tiene un monarca poderoso: todo lo que está rescatado por la sangre de Cristo, tiene derecho á ser guardado por uno de estos celestiales espíritus. Hales dicho el Criador:— "Velareis sobre los días del hombre que espera en mí; defendereis de las flechas del enemigo, y desviareis el azote de su mansion. En los ásperos caminos de la vida lo llevareis sobre vuestras manos para que su pié no tropiece en la piedra. Estareis á su lado en las batallas y al lado de su lecho durante la noche para alejar al demonio que rodea como hambriento lobo para devorarlo."

Los ángeles están empleados en lo alto en cantar alabanzas á Jehovah, y aquí abajo en conducir los hombres. En el cielo, coronados de flores inmortales, vestidos de esplendor, radiantes de gloria tañen sus arpas de oro en armoniosos conciertos; en el valle de lágrimas, amigos invisibles, pero vigilantes, se hallan sin cesar cerca de nosotros, y con palabras que la conciencia sola oye nos desvian de los malos senderos que Satanás quisiera que siguiéramos.— En el cielo, al lado del Todopoderoso; en la tierra cerca de la cuna del recién nacido, ó al borde de la cama del cristiano que muere: porque Dios que les manda velar sobre el niño que entra en la vida, les ordena que guien el alma cristiana que parte á la voz del sacerdote.

Estos príncipes del celestial imperio no están exclusivamente ocupados en conducir á cada uno de nosotros por medio de los mil escollos del mundo; sino que, como lo escribía denantes, hay entre ellos guardianes de los imperios, arcángeles colocados cerca de los tronos por el rey de reyes, potentes centinelas que velan guardando los estados. Vemos así en la Escritura santa que Miguel guardaba á Israel. Y en la inmensidad, en ese campo infinito que se extiende sobre nuestra tierra, los globos que lucen en la noche, como hachones del firmamento, esos mundos desconocidos del nuestro tienen, no lo dudemos, conductores celestiales.

"Entre los griegos, dice el Genio del Cristianismo, se limitaba el cielo á la cima del Olimpo, y sus dioses no se elevaban mas altos que los vapores de la tierra. El cristianismo, de acuerdo con la razon, con las ciencias y con la expansion de nuestra alma se lanza de mundo en mundo, de universo en universo, en los espacios en que la imaginacion espantada se detiene y retrocede: y en vano los telescopios escudriñan todos los rincones del cielo; en vano persiguen un cometa mas allá de nuestro sistema;

el cometa, en fin les escapa; mas no se oculta al ángel que lo guía á su incógnito polo, y que lo traerá el siglo señalado, por misteriosas vias, hasta el foco de nuestro sol, sin que tropiece en su ruta con ninguno de los globos que ocupan el espacio."

Si los estados, los reinos y los imperios están puestos por el Eterno bajo la guardia de los ángeles, podemos tambien creer que presiden el curso de las estaciones. Uno vela sobre las flores para que nazcan y se abran, otro cuida de que maduren los frutos, un tercero hace dorar las mieses, el cuarto manda sobre las nieves y detiene los rios prisioneros bajo el hielo. Ora estos hijos del cielo nos sonrien sobre ligeras nubes; ora entre nubarrones sombríos tienen en su poder los rayos y hacen retumbar el trueno.

Cuando Dios tiene gozos ó calamidades que anunciarnos, los ángeles son sus mensajeros; y cuando el arrepentimiento clama al Señor, los ángeles son tambien los medianeros de los hombres, y llevan nuestras oraciones y nuestras lágrimas á los piés del Señor indignado.

La misteriosa escala que vió Jacob cuando estaba dormido sobre la piedra de Betel, no ha sido rota: existe aún con sus millares de ángeles que suben y descienden. Este camino que une la tierra y el cielo, esa senda de la oracion no está desierta, y los ojos de la fé ven siempre en ella á los enviados de Dios, á los guardianes de los hombres.

La Iglesia ha fijado la fiesta del arcángel Miguel y de todos los ángeles en el 29 de Setiembre. He aquí lo que leemos en el antiguo libro sobre esta solemnidad: "Daniel, el profeta querido de Dios, fué el primero que vió al potente Gefe de la milicia celestial que llegaba á su socorro para combatir al príncipe de los persas." San Juan Evangelista describe un combate entre Miguel y el demonio, y nos muestra á Satanás aterrado por el celestial soldado del Señor. Significa el nombre de Miguel: *¿Quién como Dios?*

Con respecto á Gabriel, el mismo profeta Daniel nos enseña que aquel ángel vino á él en el tiempo en que buscaba la inteligencia de una vision: le tocó con su mano y le hizo comprender lo que habia visto. Catorce años despues, el mismo arcángel le esplicó las setenta semanas de años, que hacian 490 años, al fin de los cuales apareceria el Mesías.— Algun tiempo antes del nacimiento de San Juan Bautista, apareció Gabriel al sacerdote Zacarías y le predijo que su mujer Isabel, aunque estéril, tendria un hijo llamado Juan. Y añadió estas palabras: "Yo soy Gabriel, siempre presente delante de Dios." Y luego, siete meses mas tarde, el mismo enviado de Dios apareció á la Virgen María para anunciarle el gran misterio de la Encarnacion.

De Rafael, se lee en el libro de Tobías que este ángel fué el conductor de aquel santo jóven en el viaje que habia emprendido por orden de su padre: él le protegió en su travesía de un monstruoso pescado, y le hizo desposar á Sara, enseñándole los medios de precaverse del demonio que habia hech perecer los primeros maridos de aquella. De vuelt

á casa del padre de Tobías, el ángel volvió la vista al anciano, y cuando se hallaba ya próximo á retornar al cielo, dijo: "Yo soy Rafael, uno de los siete que velan sin cesar ante el trono del Señor."

Como la Escritura santa, sin nombrar mas que á Miguel, Gabriel y Rafael, nos hace comprender que hay millares de ángeles, ha distribuido la Iglesia por clases esta milicia de lo alto, y ha hecho nueve coros ó gerarquías conforme á la denominacion que tienen en la Biblia.

Los *Querubines* son los primeros de que se habla: y en el Génesis se ve que Dios puso querubines armados de radiante espada en la puerta del paraíso para impedir la entrada á los hijos de Adán. En el Ecdodo se lee que el Señor hizo poner dos querubines sobre el arca de la alianza.

Nómbrense los *serafines* en la vision de Isaías: y uno de estos espíritus vino á tocar y purificar los labios con un carbon encendido.

Los *Tronos*, las *Dominaciones*, las *Potestades* y las *Virtudes* son los diversos nombres de dignidad con que el apóstol San Pablo ha caracterizado los celestiales espíritus en razon de sus diferentes ministerios, particularmente cuando dice que Dios, despues de resucitar á Jesucristo de entre los muertos, lo sentó á su diestra muy sobre las *Potestades*, las *Virtudes* y las *Dominaciones*.

Los arcángeles forman el octavo orden. Y San Pablo, hablando del juicio final, dice: "Que la señal de la resurreccion será dada por la voz y por la trompeta del arcángel que ha de volar sobre todas las tumbas."

Los ángeles componen la novena clase. Segun el comun sentir, de ésta saca Dios aquellos á quienes encomienda nuestra guarda.

En muchos puntos del globo conservan los hombres la memoria de la aparicion del arcángel San Miguel. Los griegos hacen una fiesta particular á San Gabriel. San Rafael es particularmente reverenciado en España. En Francia la fiesta de estos tres arcángeles se confunde con la de los otros espíritus celestiales, que celebra la Iglesia el 29 de Setiembre.

TODOS LOS SANTOS.

He aquí el mes de los vientos y de las tormentas, el mes en que el soplo precursor del invierno arrebató las hojas de los árboles, como se lleva el tiempo nuestros hermosos días.

En el curso del año ha dispersado la religion de distancia en distancia fiestas entre nuestros días de trabajo, como descansos, como oasis en el desierto para el cristiano fatigado. En los meses corridos cada misterio ha tenido su solemnidad, cada santo su conmemoracion.

El Nacimiento del Salvador, su Presentacion en el templo, su Circuncision, su Epifanía, su Pasion, su Muerte, su Resurreccion y su Ascension han sido celebradas. La bajada del Espíritu Santo, el Córpus y la Asuncion de la Santa Virgen han visto

sucederse sus aniversarios con los meses que se seguian. Y bien, todas estas jornadas consagradas y benditas no son aún bastantes para el catolicismo: él ha querido otras solemnidades á mas de las de los misterios, y despues de haber buscado en sus anales, despues de haber revisto todos los méritos, todas las virtudes, todos los sufrimientos de los santos, puso cada dia del año bajo la proteccion especial de un habitante del cielo; y como el año no tiene tantos días como elegidos tiene el cielo, coronó todas las conmemoraciones particulares con una conmemoracion general.

Así como una madre llena de ternura, la religion ha reunido todos sus hijos para festejarlos juntos ante el trono de Dios; y en su justicia trae ante el gran remunerador y ante el homenaje de los hombres á todos aquellos que han merecido gloria y recompensa.

En esta solemnidad de *Todos los Santos*, la Iglesia de la tierra da la mano á la Iglesia del cielo; y la Comunión de los Santos que gozan eterna bienaventuranza y de los justos que aspiran á ella, se revela como un gran consuelo, como un auxilio poderoso.

Que los que habitan aún el valle de lágrimas se animen al pensar que por medio de llanto y penas llegaron los que se han adelantado á celestial descanso, y que se digan: ellos fueron como nosotros; séamos, pues, nosotros como ellos.

Para hablar bien de la fiesta de Todos los Santos, seria preciso poder pintar su gloria, su felicidad, sus éstasis sin fin. Y, ¿cómo hacer? Lo que el ojo no percibió, lo que el oído no oyó y lo que jamas entró en el corazon del hombre, no puede ser descrito.

Todo lo que podemos decir con Bossuet, es: "Que para hacer felices á los santos, no empleará Dios su ordinario poder, sino que hará mas. El estenderá su brazo y no se circunscribirá á la naturaleza de las cosas: no tendrá otra ley que la de su poder y la de su amor, y buscará en el fondo del alma el lugar por el que será mas susceptible de felicidad, y el gozo entrará en ella con abundancia y la inundará de delicias.

"Los electos se habrán de tal modo embellecido con los dones de Dios, que apenas la eternidad les bastará para reconocerse. ¿Es ese el cuerpo antes sujeto á tanta enfermedad? ¿Es esa el alma con facultades denantes tan limitadas?"

"Nuestra alma en esta carne mortal no puede hallar nada que la satisfaga: ella es de humor difícil, y encuentra defecto en todo. ¿Qué felicidad, pues, para ella, el haber hallado un bien infinito, una belleza cumplida, que fije para siempre sus afectos sin que su encanto sea turbado ni interrumpido por el menor deseo!"

"Dios es la luz que ilumina á los santos; Dios es la gloria que los circunda; Dios es el placer que los transporta; Dios es la vida que los anima; Dios es la eternidad que los establece en glorioso descanso.

"En la celestial Jerusalem no habrá error, porque allí se verá á Dios; no habrá dolor, porque se gozará en ella de Dios; no habrá temor ni inquietud, porque allí se descansará en Dios."

Amontonaria otras muchas citas del grande orador, porque Bossuet se complacia en hablar de la gloria de los elejidos; empero, me detendré, porque hallo que uno de los mejores medios de hacer concebir las delicias del cielo es manifestar las miserias de la tierra. Hay en lo alto un océano de felicidad, y aquí abajo apenas unas gotas de gozo. "En la tierra, dice el eclesiástico, no se rie sino temblando.

"Aquí abajo pensamos nosotros descansar, y sin embargo, el tiempo nos arrebatara y somos la presa de nuestra propia duracion.

"¿Quién de nosotros no desea el descanso? El que trabaja en su casa, el que labra los campos, el que surca los mares, el que negocia en tierra, el que sirve en los ejércitos, el que intriga y se afana en los palacios; todos aspiran de lejos al reposo.

"Todo hombre sensato se destina un lugar de reposo y retiro, que mira desde lejos como el punto al cual ha de acojerse cuando sea impelido por los vientos contrarios; mas este asilo que uno se prepara contra la fortuna está aún bajo su influencia, y por muy lejos que se lleve la prevision, jamas se burlarán sus caprichos. Se piensa haberse hecho uno fuerte de un lado, y la ruina vendrá del otro: se habrán asegurado todos los contornos, y el edificio se abatirá por sus cimientos; y si el fundamento es sólido, un rayo de lo alto destruirá todo sin dejar piedra sobre piedra. Yo quiero decir simplemente y sin figuras, que las desgracias de aquí abajo nos asaltan y penetran de todos lados para que podamos preverlas y prepararnos por todas partes. No hay sobre la tierra nada en que pongamos nuestro apoyo, hijos, amigos, dignidades, empleos que no solamente no nos falten, sino que no se cambien en inmensa amargura. Y seríamos asaz novicios en la historia humana si hubiéramos de tener necesidad de que se nos probase esta verdad."

aquí como Bossuet pintaba delante de Luis el Grande la miseria de la felicidad del mundo; y habia hallado la tierra tan pobre, porque acababa de contemplar la dicha de los elejidos. Así, cuando del sol radiante se llevan los ojos á los objetos que nos rodean, nos parecen todos oscuros y pequeños.

La Iglesia en la solemnidad de Todos los Santos, quiere hacernos envidiar el cielo; y en ese dia está todo calculado tambien para disgustarnos del lugar de nuestro destierro. Porque nunca se ama mas la patria que cuando el destierro se hace duro.

Antes de establecerse una fiesta comun á Todos los Santos, tuvo la iglesia fiestas para los diferentes órdenes de los habitantes del cielo, ora fuese por la dignidad que tienen en lo alto, ó bien por la condicion que tuvieron en la tierra.

La Iglesia oriental así celebra aun hoy la fiesta de los Santos del Antiguo Testamento: es decir; la de los justos que precedieron la venida de Mesías. Este oficio se hace el domingo que precede la Navidad.

La fiesta de los apóstoles se hizo por largo tiempo el 1.º de Mayo. La de los discípulos el 15 de Julio. La de los mártires tuvo tambien su dia fijo.

La solemnidad en honor de los padres del desierto, se habia establecido el viérnes de Quincuagésima.

El primero que hizo solemnizar en Roma la fiesta de Todos los Santos, fué el papa Gregorio III, que ocupaba la cátedra de San Pedro en 731. Gregorio IV, que vino á Francia en 835, eshortó á Luis el piadoso á celebrar la gran conmemoracion de los Santos en todos sus Estados, lo que se ejecutó el 1.º de Noviembre.

Y despues de este tiempo se hizo esta fiesta del otoño, la fiesta que concluye los bellos dias, la fiesta vecina de la muerte. En ese dia, en tanto que los vientos silban en derredor de la antigua iglesia, y que las hojas de los bosques son arrebatadas por el soplo que anuncia el invierno, la religion en sus santuarios canta este himno á los Santos: "Nosotros mortales nos juntamos llenos de alegría para cantar las palmas y coronas que ganásteis, santos habitantes del cielo, por precio de tanta lucha y tan rudos trabajos.

"Nosotros, revestidos de miseria, os celebramos á vosotros á quienes el Todopoderoso revistió de gloria.

"Nosotros, que comemos el pan de trabajo y lágrimas, os celebramos á vosotros que no vivís sino de amor y de verdad, y que bebeis en copas de oro las aguas vivas de las fuentes sagradas.

"Oh vosotros, que fuisteis nuestros hermanos, sedlo tambien en el cielo! Nosotros somos pobres, mezquinos, vestidos de miseria; y vosotros llevais ropas brillantes purificadas con la sangre del Cordero. ¿No desveis por eso las miradas de vuestros hermanos de abajo?"

Cuando las bóvedas de las catedrales y de las iglesias de las aldeas resuenan con estas poéticas palabras, comienzan á menguar los dias, y la noche llega muy temprano, así es que la salutacion de los Santos se celebraria en las sombras si no fuese por la multitud de cirios que arden en el altar.

La fiesta de Todos los Santos es la última que se festeja en los campos. Despues de esta solemnidad se vuelve á las ciudades, porque entonces el campo se hace triste para los que gustan de verdor, de flores é ilusiones. Grandes rumores se elevan entonces en medio de la noche y hacen soñar tristemente; pero en este luto hay aún algun atractivo para los hombres que se han hecho viejos y que han sufrido. Las floridas fiestas de la primavera dicen bien con la juventud; empero, nuestra fiesta es la que toca á la jornada de los muertos.

FINADOS.

No satisfecha la religion con dar ruegos y bendiciones á cada tumba, ha coronado las cosas de la otra vida con una ceremonia general en que reúne la memoria de los innumerables habitantes del sepulcro. . . . Vasta comunidad de muertos en que el grande está tendido cerca del pequeño; república de igualdad perfecta, en donde no se entra sin quitar

el casco y la corona para pasar por la agachada puerta del sepulcro!

"En este dia solemne en que se celebran los funerales de la familia entera de Adán, mezcla el alma sus tribulaciones por los antiguos muertos á las penas que ya sienten por sus dudosos amigos recién perdidos. Toma el pesar con esta union algo de sublime, como un dolor moderno toma un carácter antiguo cuando el que lo expresa ha nutrido su imaginacion con las viejas tradiciones de Homero. Solamente la religion era capaz de ensanchar así el corazon del hombre para que contuviese amor y suspiros iguales en número á la multitud que habia de honrar (1)."

La tarde de la fiesta de Todos los Santos, cuando cada familia, á la vuelta de los oficios, permanece reunida ante el hogar doméstico en que ha revivido la llama y la dulce calor, se oyen de las torres y campanarios funerales tañidos que se mezclan al primer silencio de la noche: Y es la voz de los FINADOS que piden para sí oraciones á los vivos.

La voz de hierro cae de lo alto sobre aquellos que van en busca de distracciones y placeres, y cae sobre todo dando graves pensamientos á los que no quisieran mas que reir y burlar; porque, ya lo veis, esta fiesta de los muertos no es como las otras fiestas: hay gentes que no se ocupan de Navidad ni Pascua, que no quieren confesar el Nacimiento ni la Resurreccion del Cristo, pero que se ven obligados á creer en la muerte de su madre, de su padre, de sus hijos acaso. . . . Y entonces la campana del dia de Finados les dice interiormente algo, y en silencio confiesan que el catolicismo tiene solemnidades que hablan al corazon.

Admirad el conocimiento que la religion tiene del corazon humano! Ella ha querido que sus hijos rueguen por los muertos; mas para que á la vista de tantos ataúdes, la tristeza y el dolor no absorbiesen demasiado sus almas, ha mostrado los rayos del cielo cerca de las sombras del sepulcro, la Resurreccion al lado de la muerte.

El dia de la fiesta de Todos los Santos no ha hablado sino de la felicidad de los elegidos, de sus delicias infinitas y de su gloria, á fin de que en el siguiente dia orásemos con mas fervor, con mas instancias, para que el Dios de los vivos y de los muertos diese á nuestro padre, á nuestra madre y á nuestros amigos esa felicidad, ese descanso que el orador sagrado nos ha hecho percibir.

Figuraos un dia de Finados sin un reflejo del cielo. ¡Oh Dios! Todo seria negro y lúgubre. Ataúdes, destruccion, podredumbre, he aquí lo que ocuparía el alma, lo que sobrecojería el corazon; y cuando se estuviere reunido para pensar en sus parientes y amigos muertos, se retrocederia de espanto, porque no se veria mas que gusanos y corrupcion. El incienso de esta cruel fiesta seria la hediondez del sepulcro: sus cirios, las antorchas funerales, sus cantos quejas, y sus himnos gemidos.

Dios, que ha hecho el corazon del hombre, conoce su debilidad, concibe sus terrores: así cuando

por nuestro bien quiere que pensemos en la muerte, hace caer sobre ella una vislumbre de su gloria; cuando nos ordena que vayamos á orar cerca de las tumbas, hace bajar á las fúnebres regiones dos hijas de los cielos, la FE y la ESPERANZA; y estas santas encantadoras nos dicen palabras tan dulces que el terror nos abandona, y en lugar del espanto de la muerte, sentimos una paz y una calma que consuelan; por en medio de nuestras lágrimas entrevenimos á los ángeles que llevan sobre sus alas las almas libertadas de nuestros amigos. . . . Y en el profundo silencio que se estiende sobre todas las tumbas, si una palabra llega hasta nosotros, es: ¡RESURRECCION!

Nunca se ha mostrado con mas ahinco, ni enseñado con mas elocuencia el poder de la oracion y la escelencia de nuestro gran sacrificio, que cerca de los altares colgados de luto: la Iglesia ha querido hacernos ver, al lado del féretro, la oracion mas poderosa que la muerte.

Y sobre el cuerpo helado de nuestra madre, sobre los restos de nuestro anciano padre, sobre los tiernos cadáveres de nuestros hijos y sobre las cenizas de nuestros amigos nos dice el Cristianismo: "No tengais miedo: *noli timere*; la tumba es la cuna de la inmortalidad: levantad la cabeza, y vereis vuestros amigos, vuestros hijos, vuestros padres y madres, que no han dejado aquí mas que sus despojos, sus vestidos usados, porque tuvieron fé en el Cristo, y EL CRISTO ES LA RESURRECCION. . . ." Admirable, mil veces admirable la religion que así consuela! ¡Sé, pues, bendita de todos los hombres, santa fé católica! ¡Tú sola puedes gritar sobre las tumbas!

¿Dónde está, ¡oh muerte! tu guadana?

¿Dónde está, ¡oh muerte! tu victoria?

Tú das á nuestros afectos, á nuestras amistades una duracion que se estiende mas allá de la vida; tú cierras los lazos que los años y las enfermedades parecian romper; tú concedes á los hijos el poder de rescatar del purgatorio las almas de sus padres y de sus madres, y á los padres la posibilidad de dar nueva vida á sus hijos.

En tanto que el pobre mendigo vive sus dias penosos, mientras que sufre y gime, ¿quién ha socorrido mejor sus dolores? ¿Quién le consoló mas poderosamente en sus sufrimientos? ¡Oh, la religion! Todos lo sabemos.

Y bien, cuando ese mendigo haya pasado su tiempo de miseria y que su cadáver se halle sin ataúd ni sudario yaciendo sobre paja. . . ¿quién vendrá á recibirlo como el cadáver de un rey?— ¡La religion!

Porque, ya lo veis: "Entre los antiguos (2), los restos del pobre y del esclavo quedaban abandonados y sin honores; y entre nosotros el ministro de los altares está obligado á velar sobre el ataúd del infeliz, como sobre el catafalco del monarca. El indigente del Evangelio, al eschalar su último sus-

(1) Chateaubriand.

(2) Chateaubriand.

piro, se transforma ¡cosa sublime! en un ser augusto y sagrado. . . . Apenas el mendigo que gemía á nuestra puerta, objeto de disgusto y menosprecio, ha dejado la vida, la religion nos fuerza á inclinarnos delante de él. Ella nos recuerda una formidable igualdad, ó mas bien nos ordena reverenciar á un justo rescatado con la sangre de Cristo, que de una condicion oscura y miserable acaba de subir á un trono celestial. Así es que el grande nombre de cristianos nivela todo con la muerte; y el orgullo del mas poderoso potentado, no puede arancar á la religion otro ruego que aquel mismo que ofrece por el último habitador de la ciudad."

Bajo la cruz de mármol que estiende sus brazos sobre los restos del rico, y bajo la cruz negra de madera que protege la huesa de césped del pobre, la religion, cuando llega el dia de Finados, hace oír las mismas palabras. Escuchad: "Bienaventurados los que duermen en el Señor! El Señor hablará, y los muertos oirán la voz del Hijo de Dios. El que oye su palabra y que cree en él, pasa de la muerte á la vida.

"La hora viene; y los que están en los sepulcros oirán su voz; y los que obraron bien saldrán para resucitar á perdurable vida; y los que obraron mal saldrán para resucitar á eterna condenacion.

"Cuando llegue esta hora en que Dios resuelve despertar de su sueño á los escogidos, saldrá una voz del trono y de la propia boca del Hijo de Dios, que ordenará á los muertos que revivan: ¡Huesos áridos, secos, escuchad la palabra del Señor! *Osa arida, audite verbum Domini.*"

Al son de esta voz poderosa, que se hará oír en un momento de Oriente á Occidente y del Septentrion al Mediodia, los cuerpos que yacen, los huesos secos, la ceniza y el polvo frio é insensible se moverán en los huecos de sus tumbas.

Toda la naturaleza se conmoverá, y la mar, y la tierra, y los abismos se prepararán á entregar los muertos que creian haber tragado como su presa, pero que en verdad no habian recibido sino como un depósito para volverlo fielmente á la primera orden: porque *Jesus, que ama á los suyos hasta el fin*, tendrá cuidado de recoger delante de él, de todas las partes del mundo, sus restos preciosos. Y no hay que maravillarse de tan escrupuloso cuidado, porque de él se ha dicho: "Que lleva todo el universo en su eficaz palabra."

Toda la vasta estension de la tierra, y las profundidades de los mares, y la inmensidad del mundo, no son mas que un punto á sus ojos. El sostiene en su dedo los fundamentos de la tierra, y el universo entero está en su mano. Y el que supo hallar nuestros cuerpos en la nada, de donde los sacó por su palabra, no los dejará escaparse de su poder de en medio de las criaturas, pues que esta materia de nuestros cuerpos no le pertenece mas que por haber cambiado de forma y nombre, así recogerá los restos dispersos nuestros que le son queridos, porque los tuvo unidos en un tiempo á una alma que era imagen suya. En cualquiera rincon del globo en que la ley de la transmutacion

los haya arrojado, él los mirará; y cuando la violencia de la muerte los haya llevado hasta la nada, no los perderá Dios por eso; *porque él llama á lo que no existe con la misma facilidad que á lo que existe.* Y Tertuliano, en verdad, con razon dice: *Que la nada es suya.*

Y lo pregunto con orgullo: ¿Hay bajo el sol un culto que sepa como el catolicismo consolar tan bien de la muerte? ¡Oh! no. No lo hay. Sin duda otras religiones ordenan la creencia de la resurreccion: he ahí todo; mas no dicen que los vivos pueden apresurar la bienaventuranza de los muertos. En tanto que nosotros, católicos, con nuestros ruegos y con nuestro gran sacrificio de expiacion, podemos libertar las almas de los que lloramos. La amistad de un protestante no puede nada por su amigo muerto; la amistad de un católico no se detiene ante el mármol del sepulcro, sino que remueve, por decirlo así, la tierra que cubren los ataúdes, para libertar al amigo por quien llora. Y, lo hemos dicho, con nuestra creencia prolongamos nuestro afecto á pesar de la muerte.

Así es que el dia de *Finados* es una de las fiestas que el pueblo comprende mejor. Y se le ve en nuestras iglesias en derredor del catafalco, y en los cementerios entre los monumentos suntuosos y las huesas en que brotan las altas yerbas y las malvas azules, orar con una tristeza mezclada de esperanza. . . . Y ¿cómo no bajaría la esperanza á nuestros corazones cuando pedimos la paz para nuestros prójimos que han pasado de esta á mejor vida?

Los admirables ruegos de la Iglesia son, ora gritos de dolor, y ora gritos de esperanza. La muerte se queja, se regocija, tiembla, se consuela, jime y suplica. Oidlos: "El dia en que los hombres rinden el espíritu, vuelven á la patria y todos sus vanos pensamientos perecen.

"¡Oh Dios mio, no recordeis las inmensas faltas de mi juventud ni de mis ignorancias!

"¡Dios mio, cesad de aflijirme, pues que mis dias son absolutamente nada!

"Cuando me busqueis por la mañana, ¡oh Dios mio! no me hallareis.

"La vida me es pesada, me llena de fastidio, y yo me abandono á los remordimientos.

"Señor, ¡vuestros dias son acaso como los de los mortales, ni vuestros eternos años, como nuestros años pasajeros?

"¡Por qué, Señor, me tornais vuestra cara y me tratais como á vuestro enemigo? ¡Debeis acaso desplegar vuestro poder contra una hoja seca que se lleva el viento?

"El hombre nacido de mujer vive poco, y está lleno de grandes miserias: y es como una sombra que nunca permanece en el mismo estado.

"Mis dias se han pasado, mis pensamientos se desvanecieron y todas las esperanzas de mi razon se disiparon. . . . Y digo al sepulcro: Vos se- reis mi padre; y á los gusanos: Sereis mi madre y mis hermanos."

Una voz dice: "Mis dias se desvanecieron como el humo, y mis huesos se convirtieron en polvo."

Y otra responde: "Mis dias declinaron como la sombra."

"¿Qué es la vida? pregunta el sacerdote, y la multitud responde: Un ligero vapor.

"Los muertos se durmieron sobre el polvo; mas resucitaron como eran antes. Se despertaron gloriosos en el Señor.

"Felices los que descansan en el Señor, porque sus buenas obras les siguen, y se reposan de sus trabajos en el seno de Dios.

"Desde el fondo del abismo gritamos hácia vos, oh Señor! Señor, escuchad nuestra voz!

"Si contais, Señor, nuestras iniquidades, ¿quién podrá sostener vuestro juicio?

"Mas la misericordia es grande en vuestras manos! Sednos, señor, misericordioso! De la mañana á la tarde Israel espera en vos!"

O me ciega una gran parcialidad, ó nunca la tristeza ni el miedo, el dolor ni la esperanza tuvieron palabras iguales á las de las oraciones de los muertos. Hay en ellas algo de mas que la tristeza de la tierra y que las quejas de los vivientes. A las voces de los que gimen en el mundo, se mezclan las de los que finaron, y salen de entre el silencio de las tumbas para este gran concierto de arrepentimiento y lágrimas.

Y desde lo alto del púlpito habla el gran orador de la muerte: "Al fin de los siglos todo el género humano se levantará como una sola mies. Empero es preciso antes morir y sujetarse á la corrupcion, porque llevamos una carne de pecado cargada de males y enfermedades que es necesario depurar."

Id á los hospitales en este triste dia para contemplar allí el espectáculo de las dolencias humanas: allí vereis cuántos achaques señorean nuestro triste cuerpo. Ora lo estienen, lo contraen, lo relajan y adormecen: ora tullido lo clavan al miserable lecho; y ora entero lo conmueven con horrible temblor. ¡Variedad lastimosa! ¡Maravillosa diversidad! ¡Cristianos, la enfermedad juega como quiere con nuestro cuerpo, cuando el pecado lo abandona á sus caprichos!

"¡Oh hombre, considera qué poco eres! Ven á aprender la funesta lista de males que amenazan tu debilidad. ¡Y la fortuna, igualmente injuriosa, no es menos fecunda en penosos acontecimientos! El auxilio que se presta á nuestros cuerpos es la imagen del gran socorro que un dia les dará Jesucristo libertándolos completamente. Entre tanto, es preciso que sucumban para que sean renovados; pero no dejarán en la tierra mas que su mortalidad y su corrupcion: es preciso que el cuerpo sea destruido hasta el polvo. La carne cambiará de naturaleza y tomará otro nombre, porque ni el cadáver le quedará por mucho tiempo; ella vendrá á ser. . . . no sé qué, que no tiene nombre en ninguna lengua: tan verdad es, que todo muere en ella, hasta el fúnebre término que espesaba los miserables restos.

David, Job, Bossuet, Tertuliano, me han procurado las palabras con que he descrito la jornada de los muertos. Si evocase aun la memoria de ca-

da uno de vosotros, estaria seguro de moveros, porque de los que leerán estas páginas, casi todos han llevado su luto en derredor de una tumba; casi todos han repetido las palabras de los agonizantes cerca del lecho de un moribundo; casi todos han visto el interior de un ataúd y recitado el *De profundis* bajo la bóveda mortuoria del finado; casi todos han oído la tierra caer y resonar lúgubremente sobre las tablas del féretro. . . . empero no apelaremos á tan atormentadores recuerdos. El dia de Finados no debe ser un dia de espanto, sino uno de esperanza y casi de consuelo.

Desde su origen, la Iglesia ha rogado siempre por sus hijos muertos. Ella, que conocia las misericordias del Señor, no cesaba de ofrecer por los que finaron, el sacrificio que rescata las almas y que les abre las puertas del cielo. Pero San Odilon, obispo de Cluny, fué uno de los primeros en establecer una conmemoracion general para todos los fieles, y escogió para esta solemnidad el dia siguiente á la fiesta de todos los santos.

Se vió en poco tiempo adoptar y practicar esa observancia en toda la Iglesia de Occidente por la autoridad de la silla apostólica. Y luego se le puso en el número de las fiestas cuya observacion es de precepto entre el pueblo y el clero.

Esta fiesta de arrepentimiento, de recuerdos y oraciones, era ya comun en Inglaterra al principio del siglo XIII, como parece por el concilio de Oxford tenido en 1222. Ella está en la clase de las solemnidades de segundo orden. Y fué ordenada de precepto para la ciudad y diócesis de Paris por el obispo Eustaquio del Bellay en sus estatutos de 1557.

Hoy esta conmemoracion está arraigada en las costumbres de los pueblos, y olvidarian los hombres antes que esta muchas fiestas. Hay en el pensamiento de posibilidad de asegurar la felicidad eterna de nuestros amigos muertos por medio de la oracion, tan grande atractivo y tan fuerte consuelo, que hemos visto protestantes volver al seno de la religion católica por esta sola idea. Un luterano se hizo católico por la creencia en el purgatorio; porque habiendo perdido un hermano en medio de una fiesta, se recordaba sin cesar del repentino paso de un festín á la tumba; y su alma tenia necesidad de consuelo. Y sabiendo la pureza necesaria para el cielo, no veia lugar intermedio entre el atrio celestial y las profundidades del abismo, y sus temores se hacian angustias interminables: sus dias pasaban sin distraccion, sus noches sin sueño, sus pensamientos sin esperanza, y no tenia reposo. En su religion le era preciso creer que así como se espala el último suspiro se cumple la voluntad de Dios: ¡juicio súbito, instantáneo, irrevocable! Nuestro culto nos enseña que podemos aún ayudarnos despues de la muerte: nuestros ruegos quitan su silencio terrible al sepulcro, porque conversamos aún con los que partieron de esta vida; y la debilidad humana, que no es el crimen, empero que tampoco es la pureza, halla entre los confines del cielo y del infierno un lugar de expiacion que Dios ha revelado. En el catoli-

cismo se halla consuelo para aquí abajo, y alivio del peso que de continuo nos oprime y que desaparece orando.

La oracion es el aliento del alma, sobre todo, cerca de las tumbas. Allí todas las cosas accesorias á la muerte, la tierra que cae sobre el ataud, el sellado mármol que pesa sobre los restos frios del que finó, los gusanos, la corrupcion que llegan, á pesar de las cajas de caoba y de plomo, para devorar lo que ha quedado de nuestros parientes y amigos, todo esto nos desgarraria el corazon; la

oracion empero, levanta tan enorme peso, consuela el alma y la hace respirar; como un rocío reverdece la felicidad y hace que la prosperidad sea muy mas dulce, y se levanta sobre nuestras penas como una blanca aurora para disipar las nieblas y para hacer ver el cielo á nuestros ojos anegados en lágrimas.

Así es que la religion la introduce en todas sus fiestas: y en todo el año cristiano sube sin cesar hácia Dios con los méritos de las buenas obras y el humo del incienso.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

